Ensayo

TIM WEINER

Legado de cenizas

La historia de la CIA



DEBOLS!LLO

Tim Weiner

Legado de cenizas

La historia de la CIA

Traducción de

Francisco J. Ramos

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Kate, Emma y Ruby

No hay secreto que el tiempo no revele.

JEAN RACINE, *Británico*, 1669

Nota del autor

El presente volumen recopila la historia de los primeros sesenta años de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense. En él se describe cómo el país más poderoso en toda la historia de la civilización occidental ha sido incapaz de crear un servicio de espionaje de primera línea, un fracaso que actualmente representa un peligro para la seguridad nacional de Estados Unidos.

Por «inteligencia» se entiende el conjunto de acciones secretas dirigidas a conocer o a cambiar lo que ocurre en el extranjero, algo que el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower consideraba «una necesidad desagradable, pero vital». Cualquier país que desee proyectar su poder fuera de sus fronteras ha de ser capaz de otear el horizonte, de saber lo que se avecina y de prevenir cualquier posible ataque contra su población. Debe anticiparse a la sorpresa. Sin un servicio de inteligencia fuerte, inteligente y perspicaz, los presidentes y generales pueden quedar tan ciegos como inútiles. Pese a ello, en toda su historia como superpotencia, Estados Unidos jamás ha contado con tal servicio.

La historia —escribía Edward Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*— es «poco más que el registro de los crímenes, locuras y desventuras de la humanidad». Los anales de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense están llenos de locuras y desventuras, junto con actos de valentía e ingenio. Están repletos de éxitos fugaces y fracasos duraderos en el extranjero, y marcados por batallas políticas y luchas de poder en el propio territorio estadounidense. Los triunfos de la agencia han ahorrado sangre y riqueza; sus errores han derrochado ambas cosas. Han resultado fatales para legiones de soldados y agentes extranjeros estadounidenses; para los aproximadamente tres mil norteamericanos que murieron en Nueva York, Washington y Pensilvania el 11 de septiembre de 2001, y para los otros tres mil que han muerto desde

entonces en Irak y Afganistán. El crimen de consecuencias más duraderas no ha sido otro que la incapacidad de la CIA de llevar a cabo su misión fundamental: informar al presidente de Estados Unidos de lo que ocurre en el mundo.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no disponía de un servicio de inteligencia digno de tal nombre, y la situación apenas varió hasta unas semanas después de finalizado el conflicto. La fiebre de la desmovilización dejó tras de sí a varios centenares de hombres con unos pocos años de experiencia en el mundo de los secretos y la voluntad de seguir combatiendo a un nuevo enemigo. «Todas las grandes potencias salvo Estados Unidos cuentan desde hace mucho tiempo con servicios de inteligencia permanentes de ámbito mundial, que actúan bajo la supervisión directa de los más altos cargos de sus gobiernos —le advertía al presidente Truman, en agosto de 1945, el general William J. Donovan, comandante de la Oficina de Servicios Estratégicos durante la guerra —. Antes del actual conflicto, Estados Unidos no disponía de ningún servicio de inteligencia secreto en el extranjero. No ha tenido nunca, ni tiene ahora, un sistema de inteligencia coordinado.» Por desgracia, aún hoy sigue sin tenerlo.

Se suponía que la CIA había de convertirse en dicho sistema. Pero el proyecto de la agencia se hizo deprisa y corriendo, y no pudo poner remedio a una de las debilidades crónicas de los estadounidenses: el hecho de que el secretismo y el engaño no fueran precisamente uno de sus puntos fuertes. El colapso del Imperio británico dejó a Estados Unidos como la única fuerza capaz de oponerse al comunismo soviético, y el país necesitaba desesperadamente conocer a ese enemigo, suministrar predicciones a sus presidentes, y combatir el fuego con el fuego cuando llegara el momento de encender la mecha. La misión de la CIA consistía, sobre todo, en mantener al presidente de Estados Unidos informado con antelación frente a cualquier posible ataque sorpresa, frente a un segundo Pearl Harbor.

En la década de 1950, las filas de la agencia estaban llenas de miles de patriotas estadounidenses, muchos de ellos valientes y curtidos en la batalla. Algunos estaban dotados de gran prudencia, pero pocos

conocían realmente al enemigo. Allí donde faltó ese conocimiento, los diversos presidentes estadounidenses ordenaron a la CIA que cambiara el curso de la historia por medio de la acción encubierta. «El manejo de la guerra política y psicológica en tiempos de paz era un nuevo arte —escribía Gerald Miller, a la sazón jefe de operaciones encubiertas de la CIA para Europa occidental—. Se conocían algunas de las técnicas, pero faltaban la doctrina y la experiencia.» Sin embargo, las operaciones encubiertas de la CIA no eran, en gran medida, más que palos de ciego. El único camino posible para la agencia era el de aprender sobre la marcha, cometiendo errores en la batalla. De modo que la CIA ocultó sus fracasos en el extranjero, mintiendo a los presidentes Eisenhower y Kennedy; unas mentiras destinadas a preservar su posición en Washington. Lo cierto —explicaba Don Gregg, un hábil jefe de base durante la guerra fría— era que, en el apogeo de su poder, la agencia tenía una gran reputación, pero un terrible historial.

Como la opinión pública estadounidense, también la agencia manifestó sus propias disensiones durante la guerra de Vietnam. Sin embargo, y al igual que la prensa estadounidense, descubrió que sus informes eran rechazados cuando no encajaban con las opiniones preconcebidas de los presidentes. Así, la CIA fue reprendida y desdeñada por los presidentes Johnson, Nixon, Ford y Carter, ninguno de los cuales entendió el funcionamiento de la agencia. Asumían el cargo «con la expectativa de que la inteligencia podía resolver cualquier problema, o de que podía no hacerlo todo bien, y luego pasaban a la visión opuesta —señala un antiguo subdirector de la central de inteligencia, Richard J. Kerr—. Después se aposentaban y oscilaban de un extremo al otro».

Para sobrevivir como institución en Washington, la agencia necesitaba, sobre todo, la atención del presidente. Pero pronto se dio cuenta de que resultaba peligroso decirle lo que no quería oír. Los analistas de la CIA aprendieron entonces a cerrar filas, adaptándose a la opinión predominante. Malinterpretaron las intenciones y capacidades de sus enemigos, calcularon mal la fuerza del comunismo y no supieron juzgar adecuadamente la amenaza del terrorismo.

El objetivo supremo de la CIA durante la guerra fría fue el de robar secretos soviéticos reclutando espías, pero la agencia jamás contó con uno solo de ellos que estuviera realmente al tanto de las interioridades del Kremlin. El número de espías soviéticos con información importante que revelar —todos ellos voluntarios, no reclutados— podría contarse con los dedos de las dos manos. Y todos ellos murieron, capturados y ejecutados por Moscú, casi todos traicionados por agentes de la división soviética de la CIA que espiaban para el otro bando durante los mandatos de Reagan y Bush padre. Durante la administración Reagan, la CIA emprendió varias misiones descabelladas en el Tercer Mundo, vendiendo armas a la Guardia Revolucionaria iraní para financiar una guerra en Centroamérica, quebrantando la ley y malgastando la confianza de la que todavía era depositaria. Pero lo más grave de todo es que no supo captar cuál era la debilidad fatal de su principal enemigo.

Recayó en las máquinas, no en los hombres, la tarea de conocer al otro bando. Mientras la tecnología del espionaje iba ampliando sus horizontes, la visión de la CIA se fue haciendo cada vez más y más miope. Los satélites espía le permitieron contar las armas soviéticas, pero no le transmitieron la información crucial de que el comunismo se desmoronaba. Los principales expertos de la CIA jamás supieron ver al enemigo hasta después de que hubo terminado la guerra fría. La agencia había sangrado a los soviéticos invirtiendo miles de millones de dólares en Afganistán para ayudar a combatir a las fuerzas ocupantes del Ejército Rojo. Ese fue un éxito de proporciones épicas. Pero fue incapaz de ver que los guerreros islámicos a los que apoyaba no tardarían en poner su mira en Estados Unidos, y cuando se enteró de ello, la agencia no fue capaz de actuar en consecuencia. Ese fue un fracaso que hizo época.

La percepción de tener un objetivo concreto que mantuvo a la CIA unida durante la guerra fría se deshizo en la década de 1990, bajo el mandato del presidente Clinton. La agencia contaba todavía con gente que se esforzaba en conocer el mundo, pero sus filas se hallaban ahora demasiado menguadas. Seguía habiendo hábiles agentes consagrados a servir a Estados Unidos en el extranjero, pero su número era

demasiado escaso. Así, por ejemplo, el FBI tenía más agentes solo en Nueva York que la CIA en todos los países extranjeros. A finales de siglo la agencia ya no era un servicio de inteligencia independiente y a pleno rendimiento. Se estaba convirtiendo más bien en una especie de filial del Pentágono, sopesando tácticas para batallas que nunca se producían, en lugar de estrategias para la lucha que se avecinaba. Fue incapaz, pues, de evitar el segundo Pearl Harbor.

Tras los atentados de Nueva York y Washington, la agencia envió a un pequeño grupo de agentes expertos en operaciones encubiertas a Afganistán y Pakistán con la misión de dar caza a los líderes de al-Qaeda. Después perdió su papel como fuente fiable de información secreta al entregar a la Casa Blanca informes falsos sobre la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, proporcionando una tonelada de informes basados apenas en unos gramos de inteligencia. Por su parte, el presidente Bush hijo, junto con su administración, hizo un mal uso de la agencia que antaño dirigiera orgullosamente su padre, convirtiéndola en una fuerza policial paramilitar en el extranjero y en una burocracia paralizada en su sede central. Bush pronunció de manera despreocupada la sentencia de muerte política de la CIA en 2004, cuando dijo que la agencia solo tenía «meras suposiciones» sobre el curso de la guerra en Irak. Ningún presidente estadounidense había desdeñado jamás públicamente a la CIA de ese modo.

Su papel esencial en el gobierno de Estados Unidos terminó con la disolución del cargo de director de la central de inteligencia en 2005. Ahora la CIA debe reconstruirse si pretende sobrevivir, una tarea que llevará años. El reto de conocer el mundo tal como es ha abrumado a tres generaciones de agentes de la CIA. Pocos de los miembros de la nueva generación han llegado a dominar las complejidades de los países extranjeros, y mucho menos la cultura política de Washington. Por su parte, casi todos los presidentes de Estados Unidos, casi todos los Congresos y casi todos los directores de la central de inteligencia desde la década de 1960 se han mostrado incapaces de comprender la mecánica de la CIA. La mayoría de ellos han dejado a la agencia en peor estado del que la habían encontrado. Sus fracasos han dejado a las generaciones futuras, en palabras de Eisenhower, «un legado de

cenizas». Se ha vuelto, pues, a la situación inicial de hace sesenta años: a un estado de confusión.

El presente volumen se propone mostrar cómo se ha llegado a esta situación actual en la que Estados Unidos carece del servicio de inteligencia que va a necesitar en los próximos años. Se parte de las palabras, las ideas y los hechos expuestos en los archivos de los organismos de seguridad nacional estadounidenses, donde se da constancia de lo que realmente dijeron, quisieron e hicieron los líderes de ese país cuando proyectaron su poder en el extranjero. El libro se basa en mi lectura de más de cincuenta mil documentos, principalmente de los archivos de la CIA, la Casa Blanca y el Departamento de Estado; en más de dos mil narraciones orales de agentes de inteligencia, soldados y diplomáticos estadounidenses, y en más de trescientas entrevistas realizadas desde 1987 a agentes y veteranos de la CIA, incluyendo a diez directores de la central de inteligencia. Al final del volumen se incluyen extensas notas que vienen a ampliar el texto.

Esta es una historia oficial; no se basa en fuentes no identificadas, ni en citas anónimas, ni en rumores. Es la primera historia de la CIA recopilada íntegramente a partir de informaciones de primera mano y fuentes primarias. Pero por su propia naturaleza resulta incompleta; ningún presidente estadounidense, ningún director de la central de inteligencia y, sin duda, ningún foráneo pueden saberlo todo sobre la agencia. Lo que aquí he escrito no es toda la verdad; pero, en lo que a mí se me alcanza, sí es, como mínimo, nada más que la verdad.

Confío en que pueda servir de advertencia. No ha habido ninguna república en la historia que durara más de trescientos años, y puede que Estados Unidos tampoco persista como gran potencia a menos que tenga ojos para ver las cosas tal como son en el mundo. Esa precisamente fue antaño la misión de la Agencia Central de Inteligencia.

Primera parte

«Al principio no sabíamos nada»

La CIA durante el mandato de Truman (1945-1953)

1

«La inteligencia debe ser global y totalitaria»

Lo único que quería Harry Truman era un periódico.

Catapultado a la Casa Blanca por la muerte del presidente Franklin D. Roosevelt el 12 de abril de 1945, Truman no sabía nada del desarrollo de la bomba atómica ni de las intenciones de sus aliados soviéticos. Necesitaba información para usar su poder.

«Cuando asumí el cargo —escribiría en una carta a un amigo varios años después—, el presidente [de Estados Unidos] carecía de medios para coordinar la información de inteligencia[*] procedente de todo el mundo.»[1] Roosevelt había creado la Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Stretegic Services, OSS), bajo el mando del general William J. Donovan, para que hiciera las funciones de servicio de inteligencia estadounidense durante la guerra. Pero la OSS de Donovan no se creó con la intención de que perdurara. Cuando de sus cenizas surgió la Agencia Central de Inteligencia, Truman pretendía que esta le sirviera únicamente como servicio de información global, proporcionándole boletines de noticias diarios. «No se trataba de que fuera una unidad "de intrigas palaciegas" —escribiría—, sino de que actuara simplemente como un centro encargado de mantener al presidente informado sobre lo que ocurría en el mundo», insistiendo en que él no quiso en ningún momento que la CIA «actuara como una organización de espionaje. Jamás fue esa la intención cuando se creó».

Pero su visión se vería trastocada desde el principio.

• • •

«En una guerra global y totalitaria —creía el general Donovan—, la inteligencia debe ser global y totalitaria.»[2] El 18 de noviembre de 1944, Donovan había escrito al presidente Roosevelt proponiéndole

que Estados Unidos creara un «Servicio Central de Inteligencia» para los tiempos de paz. Había empezado a esbozar su plan un año antes, a petición del teniente general Walter Bedell Smith, jefe de estado mayor del general Dwight D. Eisenhower, que quería saber cómo se integraría la OSS en el estamento militar estadounidense. Donovan le decía al presidente que él podía averiguar las «capacidades, intenciones y actividades de las naciones extranjeras», al tiempo que llevaba a cabo «operaciones subversivas en el extranjero» contra los enemigos de Estados Unidos.[3] La OSS jamás había llegado a superar los trece mil hombres, un número inferior al de una sola división del ejército. Pero el servicio que imaginaba Donovan constituiría un ejército en sí, una fuerza que combatiera hábilmente al comunismo, defendiendo a Estados Unidos de cualquier posible ataque y suministrando secretos a la Casa Blanca. Instaba al presidente a «poner de inmediato la quilla al barco»,[4] y él pretendía ser su capitán.

Donovan —apodado «Wild Bill» por un lanzador de béisbol, tan rápido como inconstante, que dirigió al equipo de los New York Yankees de 1915 a 1917— era un valiente y viejo soldado que había obtenido la Medalla de Honor del Congreso estadounidense por su heroísmo en las trincheras de Francia durante la Primera Guerra Mundial, pero carecía de dotes políticas. Muy pocos generales y almirantes confiaban en él. Y se sintieron horrorizados ante su idea de crear un servicio de espionaje a base de una variopinta colección de agentes de bolsa, lumbreras universitarias, soldados de fortuna, publicistas, periodistas, especialistas de cine, ladrones de pisos y estafadores.

La OSS había desarrollado un cuadro exclusivamente norteamericano de analistas de inteligencia, pero a Donovan y a su agente estrella, Allen W. Dulles, les entusiasmaba el espionaje y el sabotaje, habilidades en las que los estadounidenses no eran más que meros aficionados. Donovan dependía de la inteligencia británica para formar a sus hombres en aquellas oscuras artes. Los más valientes de la OSS, aquellos que inspiraron leyendas, fueron hombres que habían cruzado las líneas enemigas, disparado cañones, volado puentes o conspirado contra los nazis junto a los movimientos de resistencia

franceses y balcánicos. En el último año de guerra, con sus fuerzas dispersas por toda Europa, el norte de África y Asia, Donovan quiso lanzar a sus agentes directamente sobre Alemania. Lo hizo, y murieron. De los 21 equipos de dos hombres que entraron en el país, solo se volvió a saber de uno de ellos. Esa era la clase de misiones con las que soñaba cada día el general Donovan: algunas, audaces; otras engañosas.

«Su imaginación no tenía límites —diría el que fuera su mano derecha, David K. E. Bruce, más tarde embajador estadounidense en Francia, Alemania e Inglaterra—. Las ideas eran como un juguete para él. La emoción le hacía resoplar como un caballo de carreras. ¡Pobre del agente que rechazara un proyecto porque a sus ojos pareciera ridículo o, cuando menos, inusual! Durante las dolorosas semanas que estuve bajo su mando tuve que comprobar la posibilidad de emplear murciélagos sacados de las concentraciones de las cuevas del oeste para destruir Tokio», concretamente dejándolos caer desde el cielo con bombas incendiarias atadas en el lomo.[5] Ese era el espíritu de la OSS.

El presidente Roosevelt siempre tuvo sus dudas con respecto a Donovan. Ya a principios de 1945 había ordenado a su principal asistente militar en la Casa Blanca, el coronel Richard Park Jr., que realizara una investigación secreta sobre las operaciones de la OSS durante la guerra. Cuando Park inició su labor, las filtraciones desde la Casa Blanca dieron lugar a diversos titulares en Nueva York, Chicago y Washington, donde se advertía de que Donovan pretendía crear una «Gestapo americana». Cuando se publicó la noticia, el presidente instó a Donovan a meter sus planes bajo la alfombra; y el 6 de marzo de 1945, la Junta de Jefes del Estado Mayor les dio el carpetazo oficial.

Estos querían un nuevo servicio de espionaje que sirviera al Pentágono, no al presidente. Su idea era una especie de cámara de compensación integrada por coroneles y oficinistas, que suministrara información recopilada por agregados, diplomáticos y espías, en beneficio de los comandantes de cuatro estrellas. Así se inició una batalla por el control de la inteligencia estadounidense que se

prolongaría a lo largo de tres generaciones.

«Algo extremadamente peligroso»

La OSS tenía muy mala reputación en el territorio estadounidense, y peor aún en el Pentágono. Debido a ello, se había impedido que la organización tuviera acceso a las comunicaciones más importantes interceptadas a Japón y Alemania. Los oficiales estadounidenses de alto rango consideraban que un servicio de inteligencia civil independiente dirigido por Donovan, con acceso directo al presidente, resultaba «algo extremadamente peligroso en una democracia», en palabras del general de división Clayton Bissell, subjefe de estado mayor para la inteligencia militar.[6]

Muchos de ellos eran los mismos hombres que habían estado durmiendo cuando lo de Pearl Harbor. Bastante antes del amanecer del 7 de diciembre de 1941, los militares estadounidenses habían descifrado algunos de los códigos japoneses. Sabían que podía avecinarse un ataque, pero no imaginaron que Japón haría una jugada tan desesperada. El código descifrado era demasiado secreto para compartirlo con los comandantes de campo. Las rivalidades en el seno del propio ejército se tradujeron en el hecho de que la información se dividiera, ocultara y dispersara. Y dado que nadie poseía todas las piezas del rompecabezas, nadie pudo hacerse una idea general de lo que sucedía. Por otra parte, hasta que no terminó la guerra el Congreso no investigó cómo se había podido coger al país por sorpresa, y solo entonces se hizo evidente que Estados Unidos necesitaba una nueva manera de defenderse.

Antes de Pearl Harbor, toda la información de inteligencia que poseía Estados Unidos sobre grandes áreas del globo podía encontrarse en una corta hilera de archivadores de madera situada en el Departamento de Estado,[7] al tiempo que unas pocas docenas de embajadores y agregados militares constituían la única fuente de información. En la primavera de 1945, Estados Unidos no sabía casi nada de la Unión Soviética, y apenas muy poco más del resto del

mundo.

Franklin Roosevelt era el único hombre que podía revivir el sueño de Donovan de crear un servicio de inteligencia estadounidense todopoderoso y de largo alcance, y cuando este murió, el 12 de abril, Donovan vio negro su futuro. Tras permanecer en vela la mitad de la noche presa de la aflicción,[8] bajó las escaleras del Hotel Ritz, su guarida predilecta en la París liberada, y compartió un triste desayuno con William J. Casey, agente de la OSS y futuro director de la central de inteligencia.

—¿Qué cree que significará esto para la organización? —preguntó Casey.

—Me temo que probablemente sea el fin —le respondió Donovan.[9]

Aquel mismo día, el coronel Park enviaba su informe de alto secreto sobre la OSS al nuevo presidente. El informe, que solo se desclasificaría completamente tras finalizar la guerra fría, constituía una mortífera arma política, perfeccionada por el ejército y afilada por J. Edgar Hoover, director del FBI desde 1924; este último despreciaba a Donovan y albergaba sus propias ambiciones de dirigir un servicio de inteligencia de ámbito mundial. El trabajo de Park destruyó la posibilidad de que la OSS continuara formando parte del gobierno estadounidense, echó por tierra los mitos románticos que había creado Donovan para proteger a sus espías, e infundió en Harry Truman un profundo y permanente recelo con relación a las operaciones de inteligencia secretas. La OSS había causado un «grave perjuicio a los ciudadanos, los intereses comerciales y los intereses nacionales de Estados Unidos», decía el informe.[10]

Park no admitía ni un solo caso importante en el que la OSS hubiera ayudado a ganar la guerra, limitándose a enumerar de manera implacable los aspectos en los que había fracasado. El entrenamiento de sus agentes había sido «burdo y poco organizado». Los comandantes de la inteligencia británica veían a los espías estadounidenses como «unos títeres en sus manos». En China, el líder nacionalista Jiang Jieshi había manipulado a la OSS para sus propios fines. Los espías alemanes se habían infiltrado en las operaciones de la

OSS en toda Europa y el norte de África. La embajada japonesa en Lisboa había descubierto los planes de los agentes de la OSS de robar sus libros de códigos, y, como consecuencia, los japoneses habían modificado dichos códigos, lo que había «resultado en un completo bloqueo de información militar vital» en el verano de 1943. Uno de los informantes de Park decía: «Se ignora cuántas vidas de estadounidenses en el Pacífico fueron el coste de esta estupidez por parte de la OSS». La defectuosa información de inteligencia proporcionada por la OSS tras la caída de Roma, en junio de 1944, condujo a miles de soldados franceses hacia una trampa nazi en la isla de Elba —escribía Park—, y «como resultado de esas equivocaciones y errores de cálculo sobre las fuerzas enemigas por parte de la OSS, resultaron muertos unos 1.100 soldados franceses».

El informe, además, atacaba personalmente a Donovan. Decía que el general había perdido un maletín en un cóctel, en Bucarest, que había sido «entregado a la Gestapo por una bailarina rumana». Sus criterios a la hora de contratar y ascender a los agentes se basaban no en sus méritos, sino en una red de conexiones con sus amigos de Wall Street y en su posición social. Había enviado destacamentos de hombres a solitarias avanzadillas como Liberia, y luego se había olvidado de ellos. Había lanzado comandos por error sobre la neutral Suecia. Y había enviado guardias a proteger un depósito de munición capturado a los alemanes en Francia, y habían saltado por los aires.

El coronel Park reconocía que los hombres de Donovan habían realizado con éxito algunas misiones de sabotaje y rescate de pilotos estadounidenses abatidos. Decía que la rama sedentaria de la OSS, la de investigación y análisis, había llevado a cabo «una destacada labor», y concluía que después de la guerra los analistas podían encontrar un puesto en el Departamento de Estado. Pero el resto de la OSS había de desaparecer. «El compromiso casi desesperado del personal de la OSS —advertía— hace inconcebible su uso como agencia de inteligencia secreta en el mundo de posguerra.»

Tras la victoria en Europa, Donovan regresó a Washington para tratar de salvar su servicio de espionaje. El mes de duelo por la muerte del presidente Roosevelt estaba dando paso a una desenfrenada lucha

de poder en la capital estadounidense. En el Despacho Oval, el 14 de mayo, Harry Truman no escuchó ni un cuarto de hora la propuesta de Donovan de mantener a raya al comunismo socavando el Kremlin. El presidente le despachó de inmediato.

Durante todo el verano, Donovan siguió defendiéndose tanto en el Congreso como en la prensa. Finalmente, el 25 de agosto, le dijo a Truman que tenía que elegir entre el conocimiento y la ignorancia. Estados Unidos «no cuenta en este momento con un sistema de inteligencia coordinado —le advirtió—. Los defectos y peligros de esta situación han sido ampliamente reconocidos».[11]

Donovan confiaba en que podría engatusar a Truman —un hombre al que había tratado siempre con altivo desdén— en la creación de la CIA. Pero malinterpretó a su propio presidente. Truman había decidido que el plan de Donovan tenía cierto tufillo a Gestapo. El 20 de septiembre de 1945, seis semanas después de que lanzara las bombas atómicas sobre Japón, el presidente estadounidense destituyó a Donovan y ordenó que se disolviera la OSS en el plazo de diez días. Quedaba abolido así el servicio de espionaje de Estados Unidos.

2

«La lógica de la fuerza»

Entre los escombros de Berlín, Allen Dulles, el representante de mayor rango de la OSS en Alemania, había encontrado en el verano de 1945 una mansión magnífica y bien provista de personal donde establecer su nuevo cuartel general. Su lugarteniente predilecto, Richard Helms, empezó a tratar de espiar a los soviéticos.

«Lo que hay que recordar —diría Helms medio siglo después— es que al principio no sabíamos nada. Nuestros conocimientos sobre lo que tramaba el otro bando, sus intenciones, sus capacidades, era nulo, o casi. Si dabas con una agenda de teléfonos, o un mapa, o un aeródromo, eras todo un hacha. Estábamos totalmente en la inopia con respecto a una gran parte del mundo.»[1]

Helms se había mostrado encantado de volver a Berlín, donde a los veintitrés años se había labrado cierta reputación como periodista de agencia de noticias al entrevistar a Hitler con ocasión de los Juegos Olímpicos de 1936. La abolición de la OSS le dejó perplejo. En el centro de operaciones de la organización en Berlín, una fábrica de vino espumoso requisada, la ira y el alcohol fluyeron libremente la noche en que llegó la orden del presidente estadounidense. El cuartel general de inteligencia que Dulles había imaginado ya no existiría. Solo se mantendría un mínimo de personal en ultramar. Helms sencillamente no podía creer que su misión hubiera terminado. Unos días después se sentiría algo más alentado al recibir un mensaje de la sede central de la OSS en Washington en el cual se le indicaba que quedaba al mando.

«La sagrada causa de la central de inteligencia»

El mensaje provenía del adjunto de Donovan, el general de brigada John Magruder, un aristocrático militar que estaba en el ejército desde 1910. Magruder creía firmemente que sin un servicio de inteligencia, la nueva supremacía de Estados Unidos en el mundo se dejaría en manos del ciego azar, o bien en las de los británicos. El 26 de septiembre de 1945, seis días después de que Truman firmara la disolución de la OSS, el general Magruder recorría los interminables pasillos del Pentágono. El momento era oportuno, pues el secretario de Guerra, Henry Stimson, había dimitido aquella misma semana. Stimson se había opuesto firmemente a la idea de la CIA: «Me parece de lo más desaconsejable», le había dicho a Donovan unos meses antes.[2] Y ahora el general Magruder iba a aprovechar la oportunidad surgida tras la dimisión de Stimson.

El general se sentó con un viejo amigo de Donovan, el subsecretario de Guerra, John McCloy, una de las personas más activas en Washington. Juntos, los dos hombres revocaron la decisión del presidente.

Magruder salió del Pentágono aquel día con una orden de McCloy que decía: «las operaciones en curso de la OSS deben realizarse a fin de preservarlas».[3] Aquel trozo de papel representaba la esperanza de mantener con vida la Agencia Central de Inteligencia. Los espías seguirían en activo bajo un nuevo nombre, la Unidad de Servicios Estratégicos (Strategic Services Unit, SSU). Luego McCloy le pidió a su buen amigo Robert A. Lovett, subsecretario de Guerra Aérea y futuro secretario de Defensa, que creara una comisión secreta encargada de trazar el rumbo de la inteligencia estadounidense, y de decirle a Harry Truman lo que había que hacer. Magruder informó confidencialmente a sus hombres de que «la sagrada causa de la central de inteligencia» prevalecería.[4]

Envalentonado por aquel momentáneo respiro, Helms se puso manos a la obra en Berlín. Purgó a los agentes que se habían metido en el mercado negro berlinés, donde todo y todos estaban a la venta, y donde dos docenas de cartones de Camel, adquiridos por 12 dólares en el economato militar estadounidense, servían para comprar un Mercedes-Benz de 1939. Buscó a científicos y espías alemanes para

llevárselos a la zona oeste con el objetivo de privar de sus servicios a los soviéticos y de ponerlos a trabajar para Estados Unidos. Pero todas esas tareas pronto pasaron a ocupar un segundo lugar en aras del esfuerzo por observar al nuevo enemigo. En octubre «estaba muy claro que nuestro principal objetivo iba a ser saber qué tramaban los rusos», [5] recordaría Tom Polgar, por entonces un agente de veintitrés años destacado en Berlín. Los soviéticos estaban adueñándose de las líneas férreas y asimilando los partidos políticos de la Alemania Oriental. Al principio, lo mejor que podían hacer los espías estadounidenses era tratar de rastrear los movimientos de los transportes militares soviéticos a Berlín, dando al Pentágono la sensación de que había alguien tratando de vigilar al Ejército Rojo. Furiosos por la retirada de Washington ante el avance soviético, y trabajando contra la resistencia de los militares estadounidenses de rango superior destacados en Berlín, Helms y sus hombres empezaron a tratar de reclutar a policías y políticos alemanes a fin de establecer redes de espías en el este. En noviembre «contemplábamos el dominio total por parte de los rusos del sistema germano-oriental»,[6] afirmaba Peter Sichel, otro agente de la SSU de veintitrés años destacado en Berlín.

La Junta de Jefes de Estado Mayor y el enérgico secretario de Marina, James V. Forrestal, empezaban a temer que los soviéticos, como los nazis antes que ellos, pasaran a apoderarse de toda Europa, y siguieran luego por el Mediterráneo oriental, el golfo Pérsico, el norte de China y Corea. Un falso movimiento podría llevar a una confrontación que nadie sería capaz de contener. Y mientras aumentaba el temor a una nueva guerra, los futuros líderes de la inteligencia estadounidense se dividieron en dos bandos rivales.

Uno creía en la recopilación lenta y paciente de información de inteligencia secreta por medio del espionaje. El otro creía en la guerra secreta, presentando batalla al enemigo a través de la acción encubierta. El espionaje aspira a conocer el mundo, y esa era la corriente representada por Richard Helms. La acción encubierta pretende cambiarlo, y esa sería la línea de Frank Wisner.

Wisner era un personaje encantador oriundo de la burguesía terrateniente de Mississippi, un elegante abogado empresarial

ataviado con un uniforme militar hecho a medida. En septiembre de 1944 había sido destinado a Bucarest como nuevo jefe de base de la OSS. El Ejército Rojo y una reducida misión militar estadounidense habían tomado el control de la capital, y las órdenes de Wisner eran que vigilara a los rusos. Allí se sintió como pez en el agua, conspirando con el joven rey Miguel, planeando el rescate de aviadores aliados abatidos y requisando la mansión de treinta habitaciones de un magnate de la cerveza de Bucarest. Bajo sus relucientes lámparas de araña, los agentes rusos se mezclaban con los estadounidenses y brindaban juntos con champán. Wisner estaba encantado —era uno de los primeros hombres de la OSS que empinaban el codo junto a los rusos—, e informó orgullosamente al cuartel general de que había establecido una fructífera relación con el servicio de inteligencia soviético.[7]

Sin embargo, él llevaba menos de un año como espía norteamericano. Los rusos, en cambio, llevaban en el juego más de dos siglos. Disponían ya de agentes bien situados dentro de la OSS, y no tardaron en infiltrarse también en el reducido círculo de aliados y agentes rumanos de Wisner. A mediados del invierno tomaron el control de la capital, metieron a decenas de miles de rumanos de ascendencia alemana en vagones de tren, y los enviaron al este rumbo a la esclavitud o la muerte. Wisner vio salir de Rumanía 27 vagones de mercancías llenos de aquel cargamento humano; un recuerdo que le perseguiría toda su vida.

Era, pues, un hombre conmocionado cuando llegó al cuartel general de la OSS en Alemania, donde él y Helms se convertirían en incómodos aliados. Los dos hombres fueron juntos en avión a Washington en diciembre de 1945, y mientras charlaban durante el largo viaje de dieciocho horas de duración, se dieron cuenta de que no tenían ni idea de si, cuando aterrizaran, Estados Unidos contaría o no con un servicio clandestino.

«Una organización aparentemente espuria»

En Washington, la batalla por el futuro de la inteligencia estadounidense se hacía cada vez más encarnizada. La Junta de Jefes de Estado Mayor pugnaba por conseguir un servicio que se hallara firmemente bajo su control. El ejército y la marina exigían lo propio. J. Edgar Hoover quería que el FBI fuera el encargado del espionaje mundial. El Departamento de Estado quería ejercer el mando. Incluso el director general de Correos intervino en el asunto.

El general Magruder definía así el problema: «Las operaciones de inteligencia clandestinas implican romper constantemente todas las reglas —escribía—. Dicho lisa y llanamente, tales operaciones son necesariamente extralegales, y a veces ilegales».[8] Argumentaba, de manera convincente, que el Pentágono y el Departamento de Estado no podían arriesgarse a dirigir esas misiones; hacía falta un nuevo servicio clandestino que se hiciera cargo de ellas.

Pero no quedaba casi nadie que pudiera incorporarse a sus filas. «Los esfuerzos para recabar información de inteligencia habían llegado más o menos a un punto muerto»,[9] decía el coronel Bill Quinn, segundo comandante del general Magruder en la Unidad de Servicios Estratégicos. Cinco de cada seis veteranos de la OSS habían vuelto a su antigua vida. Para ellos, lo que quedaba de la inteligencia estadounidense resultaba «claramente mal construido y efímero —según decía Helms—, una organización aparentemente espuria con una esperanza de vida impredecible».[10] Su número se redujo en casi diez mil personas en el plazo de tres meses, quedando reducido a tan solo 1.967 a finales de 1945. Las bases de Londres, París, Roma, Viena, Madrid, Lisboa y Estocolmo perdieron a casi todo su personal. Quince de sus veintitrés avanzadillas en Asia se cerraron. En el cuarto aniversario de Pearl Harbor, Allen Dulles, convencido de que Truman había hecho descarrilar definitivamente a la inteligencia estadounidense, volvió a ocupar su puesto en Sullivan & Cromwell, un bufete de abogados neoyorquino del que era socio su hermano John Foster Dulles. Frank Wisner siguió su ejemplo y volvió a su propio bufete, Carter & Ledyard.

A los demás analistas de inteligencia se les encargó la formación de una nueva oficina de investigación dentro el Departamento de Estado.

Pero allí se les trató como a extraños. «No creo que haya habido o que pueda haber nunca un período más triste y atormentado en toda mi vida»,[11] escribiría Sherman Kent, que posteriormente se convertiría en uno de los fundadores de la dirección de inteligencia de la CIA. Incluso los mejores dotados de entre ellos sucumbieron pronto a la desesperación y regresaron a sus antiguas universidades y periódicos. No hubo reemplazos. Durante muchos años, a partir de ese momento, el gobierno estadounidense carecería de una información de inteligencia coherente.

El presidente Truman había encargado a su director de presupuestos, Harold D. Smith, la tarea de desmantelar de forma ordenada la maquinaria de guerra estadounidense. Pero la desmovilización se estaba convirtiendo en una desintegración. El día en que el presidente disolvió la OSS, Smith le había advertido de que Estados Unidos corría el riesgo de volver al estado de inopia que había prevalecido antes de Pearl Harbor.[12] Temía que la inteligencia estadounidense hubiera quedado «totalmente puteada».[13] En una reunión convocada apresuradamente y celebrada en la Casa Blanca el 9 de enero de 1946, el almirante William D. Leahy, el arisco jefe del estado mayor de Truman, le dijo sin rodeos al presidente que «la inteligencia se había manejado de una manera vergonzosa».[14]

Truman se dio cuenta de que había metido la pata, y decidió poner remedio. Convocó entonces al subdirector de inteligencia naval, contraalmirante Sidney W. Souers. Reservista, oriundo de Missouri y firme partidario del Partido Demócrata, Souers era un acaudalado hombre de negocios que había hecho su fortuna gracias a los seguros de vida y a las tiendas Piggly Wiggly, la primera cadena de supermercados de autoservicio de Estados Unidos. Asimismo, había formado parte de una comisión de posguerra encargada de estudiar el futuro de los servicios de inteligencia que había creado el secretario de Marina, James Forrestal; pero en aquel momento no aspiraba más que a un rápido retorno a Saint Louis.

Souers descubrió consternado que el presidente iba a hacer de él el primer director de la central de inteligencia. El almirante Leahy registró el momento de su investidura en su diario de trabajo el 24 de

enero de 1946: «En la comida celebrada hoy en la Casa Blanca, con solo los miembros del estado mayor presentes, el contraalmirante Sidney Souers y yo fuimos obsequiados con capas negras, sombreros negros y dagas de madera» por parte de Truman.[15] Luego el presidente invistió a Souers como jefe del «Grupo de Sabuesos de la Capa y la Daga» y «Director de la Central de Sabuesos». Con aquel acto vodevilesco se situaba al atónito reservista al mando de la espuria y efímera organización denominada Grupo Central de Inteligencia. Souers estaba ahora a cargo de casi dos mil agentes de inteligencia y personal de apoyo que controlaban archivos y expedientes sobre unas cuatrocientas mil personas. Muchos de ellos no tenían ni idea de lo que hacían, o de lo que se suponía que tenían que hacer. Tras su juramento, alguien le preguntó a Souers qué quería hacer él. «Quiero irme a casa», respondió.

Como ocurriría con todos los demás directores de la central de inteligencia que le sucederían, a Souers se le dio una gran responsabilidad sin dotarle de una autoridad equivalente. Carecía de directrices desde la Casa Blanca. El problema era que nadie sabía realmente qué era lo que el presidente quería, y menos aún el propio presidente. Truman decía que solo necesitaba un resumen diario de toda la información de inteligencia que le evitara tener que leer cada mañana una pila de cablegramas de más de medio metro de altura.[16] A los miembros fundadores del Grupo Central de Inteligencia les parecería siempre que aquel era el único aspecto de su trabajo que consideraba.

Otros, sin embargo, veían su misión de manera muy distinta. El general Magruder sostenía que la Casa Blanca había dado a entender tácitamente que el Grupo Central de Inteligencia había de actuar como un servicio clandestino. Si fue así, el caso es que no se consignó por escrito ni una palabra al respecto. El presidente jamás habló de ello, de modo que casi nadie más en el seno del gobierno reconoció la legitimidad del nuevo grupo. El Pentágono y el Departamento de Estado se negaron a hablar con Souers y su gente. El ejército, la marina y el FBI los trataron con el más profundo desdén. Souers apenas duró unos cien días como director, aunque luego pasó a ser

asesor del presidente. Solo dejó tras de sí una nota de cierta trascendencia, un memorando de alto secreto que contenía la siguiente petición: «Existe la urgente necesidad de disponer de información de inteligencia de la mayor calidad posible sobre la URSS en el plazo más breve posible».[17]

Las únicas pistas que los estadounidenses tenían por entonces sobre el Kremlin procedían del recién nombrado embajador norteamericano en Moscú y futuro director de la central de inteligencia, general Walter Bedell Smith, y su mano derecha en Rusia, George Kennan.

«¿Qué quiere la Unión Soviética?»

Bedell Smith era el hijo de un tendero de Indiana que ascendió de soldado raso a general sin el lustre de West Point o de un título universitario. Como jefe del estado mayor de Eisenhower en la Segunda Guerra Mundial, había planeado todas y cada una de las batallas del norte de África y de Europa. Los demás oficiales le respetaban y temían, ya que era el frío sicario de Eisenhower. Trabajaba hasta el agotamiento. Tras haber recibido varias transfusiones de sangre después de que, debido a una úlcera sangrante, se desplomara tras una cena con Eisenhower y Winston Churchill, abandonó el hospital británico en el que se encontraba para regresar a su tienda de mando. Había comido con oficiales del ejército ruso, y había compartido incómodas cenas en el cuartel general aliado en Argel a fin de planear operaciones conjuntas contra los nazis. Había aceptado personalmente la rendición nazi que puso fin a la guerra en Europa, observando con desprecio al mando alemán en la pequeña y desvencijada escuela de paredes rojas de Reims que servía de cuartel general al avance del ejército estadounidense. El día de la victoria en Europa, el 8 de mayo de 1945, se había reunido durante apenas unos minutos en Reims con Allen Dulles y Richard Helms. Dulles, afligido por la gota y apoyado en una muleta, había ido a ver a Eisenhower a fin de obtener su aprobación para la creación de un centro de inteligencia estadounidense con plenos poderes en Berlín. Pero aquella

mañana Eisenhower no tenía tiempo para ver a Dulles; un mal presagio, sin duda.

Bedell Smith llegó a Moscú en marzo de 1946 para ser instruido por George Kennan, el encargado de negocios de la embajada estadounidense. Kennan llevaba ya muchos años en Rusia y había pasado largas e ingratas horas tratando de descifrar las intenciones de Iósiv Stalin. El Ejército Rojo se había apoderado casi de media Europa durante la guerra, un trofeo conseguido al terrible precio de 20 millones de rusos muertos. Sus fuerzas habían liberado naciones de los nazis, pero ahora la sombra del Kremlin se extendía sobre más de 100 millones de personas fuera de las fronteras de Rusia. Kennan preveía que los soviéticos iban a mantener sus conquistas por la fuerza bruta. Y había advertido a la Casa Blanca de que se preparara para un enfrentamiento.

Unos días antes de que Bedell Smith aterrizara en Moscú, Kennan envió el cable más famoso de toda la historia de la diplomacia estadounidense, un largo telegrama de 8.000 palabras que retrataba la paranoia soviética. Todos los lectores de Kennan —primero un puñado de personas; con el tiempo millones de ellas— parecían fijarse especialmente en una línea, aquella en la que se afirmaba que los soviéticos eran inmunes a la lógica de la razón, pero extremadamente sensibles a «la lógica de la fuerza». De inmediato Kennan pasó a ser considerado el mejor kremlinólogo del gobierno estadounidense. «Por nuestra experiencia en la guerra nos habíamos acostumbrado a tener a un gran enemigo ante nosotros —reflexionaría Kennan muchos años después—. El enemigo debía constituir siempre un centro. Debía ser completamente malo.»[18]

Bedell Smith diría de Kennan que había sido «el mejor tutor que podría tener un jefe de legación recién llegado».[19]

Una fría y estrellada noche de abril de 1946, Bedell Smith se dirigió a la fortaleza del Kremlin en una limusina en la que ondeaba la bandera estadounidense.[20] En la puerta exterior, unos agentes de inteligencia soviéticos comprobaron su identidad. Su coche pasó junto a la antigua catedral rusa y la enorme campana rota que yacía a los pies de una elevada torre ya dentro de los muros del Kremlin. Le

recibieron unos soldados ataviados con botas altas de cuero negro y pantalones con franjas rojas, que le hicieron pasar al interior. Había ido solo. Le condujeron por un largo pasillo, a través de una serie de puertas altas de dos hojas revestidas de piel acolchada de color verde oscuro. Finalmente, en una sala de conferencias de techo elevado, el general se reunió con el generalísimo.

Bedell Smith tenía una doble pregunta para Stalin:

—¿Qué quiere la Unión Soviética, y hasta dónde está dispuesta a llegar Rusia?

Stalin miró al vacío y dio una calada a su cigarrillo mientras garabateaba en un papel corazones asimétricos y signos de interrogación con un lápiz rojo. Negó que tuviera planes con respecto a ninguna otra nación. Denunció la advertencia que había hecho Winston Churchill, en un discurso que había pronunciado unas semanas antes en Missouri, en relación con el telón de acero que había caído en Europa.

Luego Stalin dijo que Rusia conocía a sus enemigos.

—¿Es posible que crea realmente que Estados Unidos y Gran Bretaña están unidas en una alianza para desbaratar Rusia? —le preguntó Bedell Smith.

—*Da* —respondió Stalin.

El general repitió:

—¿Hasta dónde está dispuesta a llegar Rusia?

Stalin le miró de frente y le dijo:

—No vamos a llegar mucho más lejos.

Pero ¿cuánto más lejos? Nadie lo sabía. ¿Y cuál era la misión de la inteligencia estadounidense frente a la nueva amenaza soviética? Nadie estaba seguro.

«Un aprendiz de malabarista»

El 10 de junio de 1946, el general Hoyt Vandenberg se convirtió en el segundo director de la central de inteligencia. Vandenberg, un apuesto piloto que había coordinado la guerra aérea táctica de Eisenhower en

Europa, pasaba a dirigir ahora una organización clandestina establecida en un complejo de discretos edificios de ladrillo, en un extremo del barrio washingtoniano de Foggy Bottom, sobre un pequeño risco a orillas del Potomac. Su puesto de mando se hallaba en el número 2430 de la Calle E, el antiguo cuartel general de la OSS, junto a una fábrica de gas abandonada, una fábrica de cerveza y una pista de patinaje.

Vandenberg carecía de tres herramientas esenciales: dinero, poder y personal. El Grupo Central de Inteligencia seguía siendo ilegal, al menos en opinión de Lawrence Houston, asesor jurídico general de la central de inteligencia de 1946 a 1972. Legalmente, el presidente no podía crear una agencia federal de la nada. Y sin el consentimiento del Congreso, la central de inteligencia tampoco podía gastar dinero legalmente. Y la ausencia de dinero se traducía en ausencia de poder.

Vandenberg se dispuso a volver a meter a Estados Unidos en el negocio de la inteligencia. Creó una nueva Oficina de Operaciones Especiales, dedicada al espionaje y la subversión en los países extranjeros, y consiguió 15 millones de dólares bajo mano de un puñado de congresistas para llevar a cabo aquellas misiones. Quería saberlo todo de las fuerzas soviéticas en la Europa centro-oriental —sus movimientos, sus capacidades, sus intenciones—, y ordenó a Richard Helms que le informara lo antes posible. Helms, que estaba al mando del espionaje en Alemania, Austria, Suiza, Polonia, Checoslovaquia y Hungría, con una plantilla extranjera de 228 miembros, declararía sentirse como «un aprendiz de malabarista que tratara de mantener en el aire una pelota de playa inflada, una botella de leche abierta y una metralleta cargada».[21] En toda Europa, «una legión de exiliados políticos, antiguos agentes de inteligencia, ex agentes y una variada gama de empresarios estaban convirtiéndose en magnates de la inteligencia, actuando como intermediarios en la venta de una información fabricada a medida». Cuanto más gastaban sus espías en comprar información de inteligencia, menos valiosa resultaba esta. «Si existe algún ejemplo más gráfico de la manera de tirar el dinero en un problema en el que no se ha reflexionado, a mí no se me ocurre ninguno», escribiría.[22] Lo que pasaba por ser

información de inteligencia sobre los soviéticos y sus satélites no era, en realidad, sino un mosaico de fraudes producidos por mentirosos dotados de especial talento.

Más tarde, Helms determinaría que al menos la mitad de la información sobre la Unión Soviética y Europa del Este que contenían los archivos de la CIA no era sino puras falsedades. Sus bases en Berlín y Viena se habían convertido en fábricas de información de inteligencia falsa, y pocos de sus agentes o analistas podían separar los hechos de la ficción. Sería este un problema que siempre estaría presente; más de medio siglo después, la CIA se vería expuesta a la misma clase de falsedades cuando tratara de descubrir armas de destrucción masiva en Irak.

Desde el día en que Vandenberg asumió el cargo, se vio agobiado por los terroríficos informes que llegaban de ultramar. Sus boletines diarios generaban acaloramiento, pero arrojaban muy poca luz. Resultaba imposible determinar si las advertencias eran ciertas, pero, a pesar de ello, ascendieron por toda la cadena de mando. Noticia de última hora: un oficial soviético borracho se jactaba de que Rusia atacaría sin aviso previo. Noticia de última hora: el comandante de las fuerzas soviéticas en los Balcanes brindaba por la inminente caída de Estambul. Noticia de última hora: Stalin se preparaba para invadir Turquía, rodear el mar Negro y tomar el Mediterráneo y Oriente Próximo. El Pentágono determinó que el mejor modo de frenar un posible avance soviético era cortar las líneas de aprovisionamiento del Ejército Rojo en Rumanía. Los miembros de más alto rango de la Junta de Jefes de Estado Mayor empezaron a elaborar planes de batalla.

Asimismo, le dijeron a Vandenberg que preparara la primera operación encubierta de la guerra fría. En su intento de cumplir aquella orden, Vandenberg modificó la misión del Grupo Central de Inteligencia. El 17 de julio de 1946, envió a dos de sus ayudantes a entrevistarse con el asesor jurídico de la Casa Blanca en la administración Truman, Clark Clifford, al que le dijeron que «había que alterar la concepción original del Grupo Central de Inteligencia» para convertirlo en una «agencia operativa».[23] Y en eso se convirtió,

sin ninguna autoridad legal. Aquel mismo día, Vandenberg pidió personalmente al secretario de Guerra, Robert Patterson, y al secretario de Estado, James Byrnes, que le hicieran llegar otros 10 millones de dólares en fondos secretos para financiar el trabajo de los «agentes de inteligencia en todo el mundo».[24] Y así lo hicieron.

La Oficina de Operaciones Especiales de Vandenberg se propuso crear una fuerza de resistencia clandestina en Rumanía. Frank Wisner había dejado en Bucarest una red de agentes desesperados por trabajar con los americanos, pero a la vez profundamente infiltrados por la inteligencia soviética. Charles W. Hostler, el primer jefe de base de la Oficina de Operaciones Especiales en Bucarest, se encontró rodeado de «conspiración, intriga, inmundicia, fraude, deshonestidad, y ocasionales homicidios y asesinatos» por parte de fascistas, comunistas, monárquicos, industrialistas, anarquistas, moderados, intelectuales e idealistas; «un entorno político y social para el que los jóvenes agentes estadounidenses estaban muy mal preparados».[25]

Vandenberg ordenó al teniente Ira C. Hamilton y al mayor Thomas R. Hall, destacados en la diminuta misión militar estadounidense en Bucarest, que organizaran el Partido Nacional Campesino de Rumanía para convertirlo en una fuerza de resistencia. El mayor Hall, que había sido agente de la OSS en los Balcanes, hablaba algo de rumano. Pero no ocurría lo mismo con el teniente Hamilton; su guía sería el único agente importante que Wisner había reclutado dos años antes: Theodore Manacatide, que había sido sargento del servicio de inteligencia del ejército rumano y ahora trabajaba en la misión militar estadounidense haciendo de traductor de día y de espía de noche. Manacatide se llevó a Hamilton y a Hall a entrevistarse con los líderes del Partido Nacional Campesino. Los norteamericanos les ofrecieron el apoyo clandestino de Estados Unidos: armas, dinero e información de inteligencia. El 5 de octubre, trabajando con la nueva base de la central de inteligencia en la Viena ocupada, los estadounidenses consiguieron hacer pasar a Austria al ex ministro de Exteriores rumano y a otros cinco miembros del que había de ser el futuro ejército de liberación, sedándoles, metiéndoles en sacas de correos y llevándoselos por avión a un lugar seguro.

Pero la inteligencia soviética y la policía secreta rumana solo necesitaron unas semanas para olfatear a los espías. Los norteamericanos y su principal agente hubieron de poner pies en polvorosa cuando las fuerzas de seguridad comunistas aplastaron al grueso de la resistencia rumana. Los líderes del Partido Campesino fueron acusados de traición y encarcelados. Manacatide, Hamilton y Hall fueron condenados en ausencia en un juicio público después de que diversos testigos juraran haber actuado como agentes de un nuevo servicio de inteligencia estadounidense.

El 20 de noviembre de 1946, Frank Wisner abrió el *New York Times* y se encontró con un breve artículo en la página 10 donde se informaba de que su antiguo agente Manacatide, «ex empleado de la Misión de Estados Unidos», había sido condenado a cadena perpetua «por haber acompañado supuestamente al teniente Hamilton, de la Misión Militar Norteamericana, a un congreso [del Partido] Nacional Campesino». A finales del invierno, casi todos los rumanos que habían trabajado para Wisner durante la guerra estaban encarcelados o muertos, y su secretario personal se había suicidado. El control de Rumanía estaba ahora en manos de una brutal dictadura, cuya ascensión al poder se había visto precipitada por el fracaso de la acción encubierta estadounidense.

Wisner dejó su bufete de abogados y se fue a Washington, donde obtuvo un puesto en el Departamento de Estado desde el que supervisaba las zonas ocupadas de Berlín, Viena, Tokio, Seúl y Trieste. Pero presentaba mayores ambiciones. Estaba convencido de que Estados Unidos tenía que aprender a combatir de una nueva manera, con las mismas habilidades y el mismo secretismo que sus enemigos.

3

«Combatir el fuego con fuego»

Washington era una pequeña ciudad gobernada por personas que creían que vivían en el centro del universo. Y su propia ciudad, dentro de la ciudad, era Georgetown, un enclave de unos 2,5 kilómetros cuadrados de calles adoquinadas en las que abundaban las magnolias. En el corazón del barrio, en el número 3327 de la Calle P, se alzaba una magnífica casa de cuatro pisos construida en 1820, con un jardín inglés en la parte de atrás y un ceremonioso comedor con ventanas altas. Frank y Polly Wisner establecieron allí su hogar. En las veladas de los domingos del año 1947 se convertiría en la sede del naciente estamento de la seguridad nacional estadounidense; la política exterior de Estados Unidos se diseñaría en la mesa de los Wisner.

Estos iniciaron lo que se convertiría en una tradición en Georgetown: los refrigerios de los domingos por la noche. El plato principal era el licor, ya que todos los participantes habían atravesado la Segunda Guerra Mundial navegando sobre oleadas de alcohol. El hijo mayor de los Wisner, que se llamaba Frank como su padre, y que con el tiempo llegaría a alcanzar las más altas cumbres de la diplomacia estadounidense, consideraba que las cenas de los domingos por la noche constituían «acontecimientos de extraordinaria importancia. No eran meras reuniones donde se frivolizara sobre temas de sociedad, sino que se convirtieron en la verdadera savia que determinaba cómo los miembros del gobierno pensaban, combatían, trabajaban, comparaban notas, se forjaban su opinión y llegaban al consenso».[1] Tras la cena, y siguiendo la tradición británica, las damas se retiraban, los caballeros se quedaban, y las ideas audaces y las bromas alcohólicas se prodigaban hasta altas horas de la noche. En una velada cualquiera, entre los invitados se podía contar a David Bruce, un buen amigo de los Wisner, veterano de la OSS y futuro

embajador estadounidense en París; Chip Bohlen, asesor jurídico del secretario de Estado y futuro embajador en Moscú; Robert Lovett, subsecretario de Estado; Dean Acheson, el futuro secretario de Estado, y George Kennan, el nuevo y eminente kremlinólogo. Aquellos hombres creían que tenían el poder de cambiar el curso de los acontecimientos en el mundo, y su gran debate versaba en torno al modo de impedir que los soviéticos se apoderaran de Europa. Stalin estaba consolidando su control de los Balcanes. Las guerrillas izquierdistas combatían a la monarquía de derechas en las montañas de Grecia. La escasez de alimentos habían provocado revueltas en Italia y Francia, donde los políticos comunistas llamaban a la huelga general. Los soldados y espías británicos estaban siendo retirados de sus puestos en todo el mundo, dejando amplias zonas del mapa al alcance de los comunistas. Se estaba poniendo el sol para el Imperio británico, ya que la Hacienda de aquel país no podía mantenerlo. Estados Unidos iba a tener que liderar por sí solo el mundo libre.

Wisner y sus invitados escuchaban atentamente a Kennan. Habían leído de arriba abajo su extenso telegrama desde Moscú y compartían su visión de la amenaza soviética. Entre ellos se encontraba el secretario de Marina y muy pronto primer secretario de Defensa James Forrestal, un joven prodigio de Wall Street que consideraba que el comunismo era una fe fanática a la que solo se podía combatir con una convicción aún más profunda. Forrestal se había convertido en el patrono político de Kennan, a quien había instalado en la mansión de un general en la Universidad Militar Nacional, haciendo además que su trabajo fuera lectura obligada para miles de oficiales del ejército. El director de la central de inteligencia, Vandenberg, discutió ampliamente con Kennan el modo de espiar los progresos de Moscú en lo relativo a las armas atómicas. El nuevo secretario de Estado, George C. Marshall, jefe del ejército estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, determinó que el país necesitaba reformular su política exterior, y aquella primavera puso a Kennan al mando de la nueva Sección de Planificación Política del Departamento de Estado.

Kennan estaba elaborando un plan de batalla para la que recientemente se había bautizado como «guerra fría». En el plazo de

seis meses, las ideas de aquel oscuro diplomático darían lugar a tres fuerzas que iban a configurar el mundo: la Doctrina Truman, una advertencia política a Moscú de que cesara en sus actividades de subversión en otros países; el Plan Marshall, un baluarte global de la influencia estadounidense contra el comunismo, y el servicio clandestino de la Agencia Central de Inteligencia.[2]

«EL MAYOR SERVICIO DE INTELIGENCIA DEL MUNDO»

En febrero de 1947, el embajador británico había advertido al secretario de Estado en funciones, Dean Acheson, de que la ayuda militar y económica de Inglaterra a Grecia y Turquía habría de interrumpirse en el plazo de seis semanas. Los griegos necesitarían alrededor de mil millones de dólares durante los cuatro años siguientes para combatir la amenaza del comunismo. Desde Moscú, Walter Bedell Smith transmitió su opinión de que las tropas británicas constituían la única fuerza que podía evitar que Grecia cayera en la órbita soviética.

Mientras tanto, en Estados Unidos, el denominado «temor rojo» iba en aumento. Por primera vez, desde antes de la Gran Depresión, los republicanos controlaban las dos cámaras del Congreso, al tiempo que hombres como el senador por Wisconsin Joseph McCarthy y el congresista por California Richard Nixon acumulaban un creciente poder. La popularidad de Truman caía en picado; según los sondeos, su nivel de aprobación entre la opinión pública había bajado 50 puntos desde el final de la guerra. Por otra parte, el presidente había cambiado de opinión con respecto a Stalin y los soviéticos: ahora estaba convencido de que eran diabólicos para el mundo.

Truman y Acheson se reunieron con el senador Arthur Vandenberg, republicano y presidente del Comité de Relaciones Exteriores (el mismo día en que los periódicos informaban de que el sobrino del senador, Hoyt, no tardaría en ser relevado como director de la central de inteligencia después de solo ocho meses en el cargo). Acheson explicó que una cabeza de puente comunista en Grecia representaría

una amenaza para toda Europa occidental. Estados Unidos tenía que encontrar el modo de salvar al mundo libre, y el Congreso habría de pagar la factura. El senador Vandenberg se aclaró la garganta, se volvió hacia Truman y le dijo:

—Señor presidente, el único modo de que pueda lograr tal cosa es pronunciar un discurso y darle un susto de muerte a todo el país. [3]

El 12 de marzo de 1947 Truman pronunció el discurso, advirtiendo ante una sesión plenaria del Congreso de que el mundo se enfrentaba al desastre a menos que Estados Unidos combatiera al comunismo en el extranjero. Había que destinar cientos de millones de dólares a apoyar a Grecia, ahora «amenazada por las actividades terroristas de varios miles de hombres armados», según sus palabras. Sin la ayuda estadounidense, «podría extenderse el desorden por todo Oriente Medio», se agravaría la desesperación de los países europeos, y todo el mundo libre podría quedar sumido en las tinieblas. Su credo representaba algo nuevo: «Creo que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o de presiones extranjeras». Cualquier ataque de un enemigo de la nación estadounidense a cualquier país del mundo era un ataque a Estados Unidos. Era la que se conocería como Doctrina Truman. El Congreso en pleno se puso en pie y prorrumpió en una ovación.

Un río de millones de dólares empezó a fluir hacia Grecia, junto con barcos de guerra, soldados, cañones, munición, napalm y espías. Atenas no tardó en convertirse en una de las más importantes avanzadillas de la inteligencia estadounidense en el mundo. La decisión de Truman de combatir el comunismo en el extranjero fue la primera directriz clara que recibieron los espías norteamericanos por parte de la Casa Blanca. Pero carecían todavía de un comandante fuerte. El general Vandenberg contaba ya los días que le faltaban para hacerse cargo de la nueva fuerza aérea, pero en sus últimos tiempos como director de la central de inteligencia declaró en secreto ante un puñado de miembros del Congreso, afirmando que la nación se enfrentaba más que nunca a las amenazas extranjeras. «Los océanos se han encogido, hasta que hoy tanto Europa como Asia bordean los

Estados Unidos casi como Canadá y México»,[4] dijo, utilizando una frase que luego repetiría de forma inquietante George Bush a partir del 11-S.

En la Segunda Guerra Mundial —afirmó Vandenberg—, «teníamos que depender ciega y confiadamente del sistema de inteligencia superior de los británicos». Pero «Estados Unidos no debería humillarse de ese modo, suplicando a algún gobierno extranjero que le proporcione los ojos —la inteligencia exterior— con los que ver», declaró (aunque lo cierto es que la CIA dependería siempre de los servicios de inteligencia extranjeros para informarse sobre los territorios y lenguas que no conocía). Vandenberg terminó diciendo que harían falta como mínimo otros cinco años para formar un cuadro profesional de espías estadounidenses. La advertencia se repetiría palabra por palabra medio siglo después, en 1997, por parte del entonces director de la central de inteligencia, George J. Tenet, quien volvería a repetirla de nuevo al dimitir en 2004. El caso es que siempre habría un gran servicio de espionaje en el horizonte a cinco años vista.

El sucesor de Vandenberg, el tercer hombre que ocuparía el puesto en el plazo de quince meses, fue el contraalmirante Roscoe Hillenkoetter, que juró su cargo el primero de mayo de 1947. «Hilly», como todo el mundo le llamaba, era un hombre muy poco apto para ejercer aquella función, ya que todo en él irradiaba insignificancia. Como sus predecesores, jamás tuvo el menor deseo de ser director de la central de inteligencia, «y probablemente jamás debería haberlo sido», como afirmaba una historia de la CIA en aquella época.[5]

El 27 de junio de 1947, una comisión parlamentaria celebró una serie de audiencias secretas que desembocaron en la creación oficial de la CIA a finales del verano. Resulta muy elocuente el hecho de que no se eligiera a Hillenkoetter, sino a Allen Dulles —un abogado en ejercicio—, para dirigir un seminario secreto sobre inteligencia destinado a unos cuantos miembros selectos del Congreso.

Allen Dulles tenía un sentido del deber patriótico digno de las cruzadas. Nacido en el seno de la mejor familia de Watertown, Nueva York, en 1893, su padre era el pastor presbiteriano de la ciudad, y

tanto su abuelo como su tío habían ejercido el cargo de secretario de Estado. El presidente de su universidad, Princeton, era Woodrow Wilson, futuro presidente del país. Dulles había sido un joven diplomático después de la Primera Guerra Mundial, y durante la Depresión había ejercido de abogado en Wall Street. Gracias a su reputación como jefe de espías, meticulosamente cultivada cuando era director de la OSS en Suiza, los líderes republicanos le consideraban una especie de director de la central de inteligencia en el exilio, del mismo modo en que se veía a su hermano John Foster Dulles, principal portavoz del partido en política exterior, como a una especie de secretario de Estado en la sombra. Allen era extremadamente genial, tenía una mirada vivaz, reía a carcajadas y su ingenio rozaba la picaresca. Pero era también un hombre tramposo, adúltero crónico y de una ambición insaciable. No le importaba engañar al Congreso o a sus colegas, o incluso a su comandante en jefe.

La sala 1501 del Longworth Office Building (uno de los edificios que integran el complejo del Capitolio estadounidense) estaba protegida por guardias armados; dentro, todo el mundo había jurado mantener en secreto lo que allí se hablara.[6] Fumando su pipa, con la actitud de un maestro de escuela rural que instruyera a unos escolares rebeldes, Allen Dulles describió una CIA que sería «dirigida por un cuerpo de hombres relativamente reducido, pero de élite, con pasión por el anonimato». Su director habría de tener «un alto grado de temperamento judicial», con «larga experiencia y profundos conocimientos»; es decir, un hombre no muy distinto del propio Allen Dulles. Sus principales ayudantes, en el caso de que fueran militares, se verían «despojados de su rango de soldados, marinos o aviadores, y, por así decirlo, “adoptarían el uniforme” del servicio de inteligencia».

Los estadounidenses contaban con «la materia prima para crear el mayor servicio de inteligencia del mundo —dijo Dulles—. El personal no tenía que ser muy numeroso»; bastarían unos centenares de hombres de valía. «La actividad del servicio no debe ser llamativa, ni tampoco verse excesivamente envuelta en todo ese misterio y abracadabra que tanto gusta a los detectives aficionados —añadió para tranquilizar a los miembros del Congreso—. Lo único que se

requiere para el éxito es trabajo duro, juicio crítico y sentido común.»

Pero en ningún momento dijo lo que realmente quería: resucitar las operaciones encubiertas de la OSS durante la guerra.

La creación de un nuevo servicio clandestino estadounidense estaba a punto. El presidente Truman desveló la nueva arquitectura para la guerra fría cuando firmó la Ley de Seguridad Nacional del 26 de julio de 1947. Esta ley establecía la fuerza aérea como un servicio independiente, dirigido por el general Vandenberg, y habría un nuevo Consejo de Seguridad Nacional que actuaría como una especie de centralita de la Casa Blanca para las decisiones presidenciales. La ley creaba asimismo la oficina del secretario de Defensa, a cuyo primer ocupante, James Forrestal, se le dio la orden de unificar el ejército («Esta oficina —escribiría Forrestal unos días después— probablemente será el mayor cementerio de gatos muertos[*] de la historia»).[7]

Asimismo, en seis breves y lacónicos párrafos, la ley establecía la creación de la Agencia Central de Inteligencia el 18 de septiembre.

Pero la CIA nacía con importantes deficiencias. Desde el primer momento hubo de oponerse a una serie de fieros e implacables oponentes en el seno del Pentágono y el Departamento de Estado, los organismos cuyos informes se suponía que había de coordinar. La agencia no era su supervisora, sino su hijastra. Sus poderes estaban mal definidos. Durante casi dos años no contaría con un estatuto oficial ni con una financiación convenientemente asignada por vía parlamentaria. Hasta entonces, el cuartel general de la agencia sobreviviría solo gracias a unos fondos de subsistencia proporcionados por unos cuantos miembros del Congreso.

Por otro lado, su secretismo entraría constantemente en conflicto con el carácter abierto de la democracia estadounidense. «Yo tenía los más graves presentimientos en torno a la organización —escribía Dean Acheson, futuro secretario de Estado—, y advertí al presidente de que, una vez creada, ni él, ni el Consejo de Seguridad Nacional ni nadie estaría en condiciones de saber qué hacía o de controlarla.»[8]

La Ley de Seguridad Nacional no decía nada de operaciones secretas en el extranjero. Asignaba a la CIA la tarea de correlacionar, evaluar y

difundir información de inteligencia, así como la realización de «otras funciones y deberes relacionados con la inteligencia que afecten a la seguridad nacional». Esas últimas catorce palabras contenían los poderes que el general Magruder había logrado preservar gracias a sus tácticas evasivas con el presidente dos años antes. En su momento, ese resquicio permitiría la realización de cientos de grandes operaciones encubiertas, ochenta y una de ellas durante el segundo mandato de Truman.[9]

La realización de la acción encubierta requería la autoridad directa o implícita del Consejo de Seguridad Nacional (National Security Council, NSC), que por entonces éste estaba integrado por el presidente Truman, el secretario de Defensa, el secretario de Estado y los jefes militares. Fue, no obstante, un organismo bastante fantasmagórico. Apenas se reunió, y cuando lo hizo, Truman raramente estaba presente.

El presidente asistió a la primera reunión el 26 de septiembre, como hizo también el extremadamente cauto Roscoe Hillenkoetter. El asesor jurídico de la CIA, Lawrence Houston, había advertido al director de las crecientes demandas de acción encubierta.[10] Decía que la agencia carecía de autoridad legal para llevarlas a cabo sin el consentimiento expreso del Congreso. Por su parte, Hilly pretendía limitar las misiones de la CIA en el extranjero a la mera recopilación de información de inteligencia. Pero fracasó. En secreto se estaban tomando decisiones trascendentales, a menudo en los desayunos de los miércoles en casa del secretario de Defensa, Forrestal.

El 27 de septiembre, Kennan envió a Forrestal un detallado documento en el que pedía la creación de un «cuerpo guerrillero». Kennan consideraba que, aunque probablemente el pueblo estadounidense jamás aprobaría tales métodos, «podría resultar esencial para nuestra seguridad combatir el fuego con fuego».[11] Forrestal se mostró muy entusiasmado ante la petición. Y entre los dos pusieron en marcha el servicio clandestino estadounidense.

«La inauguración de la guerra política organizada»

Forrestal llamó a Hillenkoetter al Pentágono para tratar de «la actual creencia generalizada de que nuestro Grupo de Inteligencia resulta del todo inepto». Y tenía buenas razones para hacerlo. La discrepancia entre las capacidades de la CIA y las misiones que estaba llamada a realizar resultaba pasmosa.

El nuevo comandante de la Oficina de Operaciones Especiales de la CIA, coronel Donald «Wrong-Day» Galloway, era un presuntuoso tirano que había alcanzado la cúspide de su talento como oficial de caballería de West Point enseñando etiqueta ecuestre a los cadetes. El segundo de a bordo, Stephen Penrose, que había dirigido la división del Medio Este de la OSS, dimitió decepcionado. En un agrio memorando dirigido a Forrestal, Penrose advertía de que «la CIA está perdiendo a sus profesionales, y no está contratando a nuevo personal competente», y ello en el mismo momento «en que, casi como nunca antes, el gobierno necesita contar con un servicio de inteligencia eficaz, profesional y en expansión».[12]

Pese a ello, el 14 de diciembre de 1947, el Consejo de Seguridad Nacional transmitió sus primeras órdenes de alto secreto a la CIA. La agencia había de ejecutar «operaciones psicológicas encubiertas destinadas a contrarrestar las actividades de los soviéticos y las inspiradas por ellos».[13] Con aquel redoble marcial, la CIA se dispuso a batir a los rojos en las elecciones italianas previstas para abril de 1948.

La agencia informó a la Casa Blanca de que Italia podía convertirse en un estado policial totalitario. Si los comunistas ganaban en las urnas, se apoderarían de «la más antigua cuna de la cultura occidental. En particular, los devotos católicos de todas partes se sentirían enormemente preocupados por la seguridad de la Santa Sede».[14] La perspectiva de un gobierno ateo rodeando al Papa a punta de pistola resultaba demasiado terrible de considerar. Kennan creía que era mejor una guerra declarada que permitir que los comunistas tomaran legalmente el poder, pero la segunda opción era la acción encubierta a imagen y semejanza de las propias tácticas de subversión de los comunistas.

F. Mark Wyatt, un agente de la CIA que se estrenó con esta

operación, recordaría posteriormente que de hecho se había iniciado semanas antes de que el Consejo de Seguridad Nacional la autorizara oficialmente. Como es obvio, el Congreso jamás dio luz verde, y la misión fue ilegal desde el principio. «En la CIA, en el cuartel general, estábamos absolutamente aterrorizados, teníamos un susto de muerte —diría Wyatt, no sin razón—. Estábamos rebasando nuestros estatutos.»[15]

Haría falta un montón de dinero para ayudar a derrotar a los comunistas. La mejor estimación, realizada por el jefe de la base de Roma, James J. Angleton, era de 10 millones de dólares. Angleton, que había pasado parte de su infancia en Italia, luego había servido allí como miembro de la OSS y había decidido quedarse, informó a la sede de la agencia que había logrado penetrar tan profundamente en el servicio secreto italiano que prácticamente lo dirigía. Él podía utilizar a sus miembros como una cadena para distribuir el dinero. Pero ¿de dónde iban a sacarlo? La CIA todavía no tenía un presupuesto independiente, ni contaba con fondos reservados para operaciones encubiertas.

James Forrestal y su buen amigo Allen Dulles se lo pidieron a sus amigos y colegas de Wall Street y de Washington —empresarios, banqueros y políticos—, pero no había suficiente. Entonces Forrestal acudió a un viejo amigo, John W. Snyder, por entonces secretario del Tesoro y uno de los más estrechos aliados de Harry Truman. Forrestal convenció a Snyder de que echara mano del Fondo de Estabilización Bursátil, creado en la época de la Depresión para sostener el valor del dólar en el extranjero mediante intercambios monetarios a corto plazo, y convertido durante la Segunda Guerra Mundial en un depósito para almacenar el botín capturado al Eje. El fondo disponía de 200 millones de dólares destinados en principio a la reconstrucción de Europa. Se transfirieron entonces varios millones a las cuentas bancarias de diversos estadounidenses ricos, muchos de ellos italoamericanos, quienes a continuación enviaron el dinero a las recién creadas tapaderas políticas creadas por la CIA. Se dio instrucciones a los donantes de que insertaran un código especial en sus declaraciones de impuestos, consignando las cantidades como

«donaciones benéficas». Los millones fueron entregados a diversos políticos italianos y a los sacerdotes de Acción Católica, un brazo político del Vaticano. Los maletines llenos de dinero cambiaron de manos en un hotel de cuatro estrellas, el Hotel Hassler. «Nos habría gustado hacerlo de una manera más sofisticada —diría Wyatt—. Pasar maletines negros para influir en unas elecciones políticas no resulta precisamente algo muy atractivo.» Pero el caso es que funcionó; los democratacristianos italianos ganaron por un cómodo margen y formaron un gobierno que excluyó a los comunistas. Se inició así un largo romance entre la agencia y ese partido, y en Italia —como en muchos otros países— la práctica de la CIA de comprar elecciones y políticos con maletines llenos de dinero se repetiría durante los veinticinco años siguientes.

Sin embargo, en las semanas anteriores a las elecciones los comunistas se anotaron otra victoria. Se apoderaron de Checoslovaquia, iniciando una brutal cadena de arrestos y ejecuciones que se prolongaría durante casi cinco años. El jefe de la base de la CIA en Praga, Charles Katek, se las arregló para que unos treinta checos —sus agentes y las familias de estos— cruzaran la frontera rumbo a Múnich.[16] Entre ellos ocupaba un lugar destacado el jefe de la inteligencia checa, al que Katek logró sacar clandestinamente del país oculto entre el radiador y la rejilla de un descapotable.

El 5 de marzo de 1948, mientras estallaba la crisis checa, llegó al Pentágono un cable aterrador del general Lucius D. Clay, jefe de las fuerzas de ocupación estadounidenses en Berlín. El general decía que tenía el presentimiento de que en cualquier momento podía producirse un ataque soviético. El Pentágono filtró el cable, y Washington se vio inundado de temor. Aunque la base de la CIA en Berlín envió un informe tranquilizador al presidente, en el que le aseguraba que no había signo alguno de ningún ataque inminente, nadie hizo caso. Al día siguiente Truman compareció ante una sesión plenaria del Congreso en la que advirtió de que la Unión Soviética y sus agentes amenazaban con un cataclismo. Luego pidió, y obtuvo, la inmediata aprobación de la gran empresa que pasaría a conocerse con el nombre de Plan Marshall.[17]

El plan ofrecía miles de millones de dólares al mundo libre para reparar los daños producidos por la guerra y crear una barricada política y económica estadounidense frente a los soviéticos. En diecinueve capitales del mundo —dieciséis en Europa y tres en Asia—, Estados Unidos ayudaría a reconstruir la civilización, aunque con la impronta norteamericana. George Kennan y James Forrestal se hallaban entre los principales autores del plan; Allen Dulles colaboró como asesor.

Los tres contribuyeron a diseñar un codicilo secreto que otorgaba a la CIA la capacidad de hacer la guerra política, y que permitía que muchos millones de dólares del plan se desviaran a la agencia.

La mecánica resultaba sorprendentemente simple. Una vez que el Congreso hubo aprobado el Plan Marshall, le asignó unos 13.700 millones de dólares en cinco años. Cualquier país que recibiera ayuda del plan había de apartar una suma equivalente en su propia moneda. El 5 por ciento de esos fondos —685 millones de dólares en total— se ponía a disposición de la CIA a través de las oficinas extranjeras del plan.

Se trataba de una operación de blanqueo de dinero a escala global que se mantendría en secreto hasta mucho después de que terminara la guerra fría. Allí donde floreció el plan, tanto en Europa como en Asia, también lo hicieron los espías estadounidenses. «Nosotros teníamos que hacer la vista gorda y ayudarles un poco —diría el coronel R. Allen Griffin, que dirigió la división de Extremo Oriente del Plan Marshall—. Decirles que nos metieran la mano en el bolsillo.»[18]

Los fondos secretos eran la clave de las operaciones secretas. La CIA contaba ahora con una fuente inagotable de dinero imposible de rastrear.

El 4 de mayo de 1948, en un comunicado de alto secreto enviado probablemente a unas dos docenas de personas del Departamento de Estado, la Casa Blanca y el Pentágono, Kennan proclamaba «la inauguración de la guerra política organizada»,[19] y propugnaba la creación de un nuevo servicio clandestino para realizar operaciones encubiertas en todo el mundo. Declaraba sin rodeos que el Plan

Marshall, la Doctrina Truman y las operaciones encubiertas de la CIA constituían las diversas partes entrelazadas de una gran estrategia contra Stalin.

El dinero que la CIA extraía del Plan Marshall financiaría toda una red de tapaderas, una fachada de comités y consejos públicos dirigidos por ciudadanos distinguidos. También los comunistas tenían tapaderas por toda Europa: editoriales, periódicos, agrupaciones estudiantiles, sindicatos… Ahora la CIA crearía las suyas propias. Para dichas tapaderas se reclutaría a agentes extranjeros: emigrados de la Europa del Este y refugiados de Rusia. Dichos extranjeros, bajo el control de la CIA, crearían grupos políticos clandestinos en las naciones libres de Europa. Y luego esos movimientos clandestinos pasarían el testigo a «movimientos de liberación total» detrás del telón de acero. Si la guerra fría se calentaba, Estados Unidos contaría entonces con una fuerza de combate en primera línea.

Las ideas de Kennan arraigaron con rapidez. Sus planes fueron aprobados en una orden secreta del Consejo de Seguridad Nacional el 18 de junio de 1948. La directiva 10/2 de dicho organismo abogaba por las operaciones encubiertas para atacar a los soviéticos en todo el mundo.[20]

La fuerza de choque que Kennan concibió para llevar a cabo aquella guerra secreta recibió el nombre más insulso que cabía imaginar: Oficina de Coordinación Política (Office of Policy Coordination, OPC). Se trataba de una fachada para ocultar las actividades del grupo. Se enmarcó dentro de la CIA, pero su jefe estaba bajo las órdenes directas de los secretarios de Defensa y de Estado debido a la debilidad del director de la central de inteligencia. El Departamento de Estado quería que se dedicara a «la propagación de rumores, los sobornos y la organización de tapaderas no comunistas»,[21] según un informe del Consejo de Seguridad Nacional desclasificado en 2003. Forrestal y el Pentágono, por su parte, querían «movimientos guerrilleros … ejércitos clandestinos … sabotajes y asesinatos».

«Un hombre ha de ser el jefe»

El principal campo de batalla era Berlín. Frank Wisner, que trabajaba sin descanso para configurar la política estadounidense en la ciudad ocupada, instó a sus superiores del Departamento de Estado a elaborar una estratagema dirigida a subvertir a los soviéticos introduciendo una nueva moneda alemana. Era seguro que Moscú rechazaría la idea, de modo que los acuerdos de reparto del poder realizados en la posguerra en Berlín se irían a pique. La nueva dinámica política serviría para hacer retroceder a los rusos.

El 23 de junio, las potencias occidentales instituyeron la nueva moneda. En una respuesta inmediata, los soviéticos bloquearon Berlín. Mientras Estados Unidos organizaba un corredor aéreo para romper el bloqueo, Kennan hubo de pasar largas horas en la sala de crisis, el centro de comunicaciones extranjeras cerrado a cal y canto situado en el quinto piso del Departamento de Estado, luchando con los cables y télex que no dejaban de llegar de Berlín.

La base berlinesa de la CIA llevaba más de un año tratando sin éxito de obtener información de inteligencia sobre el Ejército Rojo en la Alemania ocupada y en Rusia, a fin de determinar los progresos de Moscú en armamento nuclear, aviones de combate, misiles y armas biológicas.[22] Aun así, contaba con agentes infiltrados en la policía y la política berlinesas, y lo que es más importante: tenía línea directa con el cuartel general de la inteligencia soviética en Karlshorst, Berlín Este. El artífice de ello era Tom Polgar, un refugiado húngaro que estaba revelándose como uno de los mejores agentes de la CIA. Polgar tenía un mayordomo, y su mayordomo tenía un hermano que trabajaba para un oficial del ejército soviético en Karlshorst. Diversos bienes materiales, tales como cacahuetes salados, fluían de Polgar a Karlshorst, mientras que la información fluía en sentido contrario. Pero Polgar tenía también a un segundo agente, un teletipista que trabajaba en la sección de enlace soviética del cuartel de la policía berlinesa y cuya hermana era la querida de un teniente de la policía muy cercano a los rusos; los amantes se encontraban en el piso de Polgar. «Aquello me reportó fama y gloria», recordaría Polgar, que pudo proporcionar una información de inteligencia crucial que llegó hasta la Casa Blanca. «Yo estaba completamente seguro, durante el

bloqueo de Berlín, de que los soviéticos no se moverían», diría. Los informes de la CIA tampoco desmentían tal afirmación; ni el ejército soviético ni sus recientes aliados germanoorientales estaban preparados para la batalla. En aquellos meses, la base de Berlín hizo su parte para lograr que la guerra fría siguiera siendo fría.

Wisner, en cambio, sí estaba listo para una guerra caliente. Afirmaba que Estados Unidos debía luchar por Berlín con tanques y artillería. Sus ideas fueron rechazadas, pero su espíritu combativo logró prevalecer.

Kennan había insistido en que las operaciones encubiertas no podían ser dirigidas por un comité. Necesitaban un comandante supremo que contara con el pleno respaldo del Pentágono y el Departamento de Estado. «Un hombre ha de ser el jefe», escribió. Forrestal, Marshall y Kennan estuvieron de acuerdo en que aquel hombre fuera Wisner.

Wisner estaba a punto de cumplir los cuarenta y tenía una apariencia engañosamente cortés. De joven había sido un hombre apuesto, pero su cabello empezaba a escasear, y su rostro y su torso empezaban a hincharse por culpa de su afición al alcohol. Tenía en su haber menos de tres años de experiencia como espía y criptodiplomático durante la guerra. Y ahora tenía que crear un servicio clandestino de la nada.

Richard Helms observaba que Wisner ardía de un «celo y vehemencia que le imponían, incuestionablemente, una tensión anormal».[23] Su pasión por la acción encubierta alteraría para siempre el lugar que ocuparía Estados Unidos en el mundo.

4

«Lo más secreto»

Frank Wisner asumió el mando de la acción encubierta de Estados Unidos el primero de septiembre de 1948. Su misión: hacer retroceder a los soviéticos a las antiguas fronteras de Rusia y liberar a Europa del control comunista. Su puesto de mando era una destartalada barraca de tejado de hojalata que formaba parte de una larga hilera de barracones provisionales del Departamento de Guerra que flanqueaban las limpias aguas del estanque situado entre los monumentos a Lincoln y a Washington. Los pasillos estaban infestados de alimañas, y sus hombres llamaban al lugar el «Palacio de las Ratas».

Wisner trabajaba con un controlado frenesí, doce horas o más al día y seis días a la semana, y exigía lo mismo de sus agentes. Raramente informaba de lo que hacía al director de la central de inteligencia. Él solo decidía si sus misiones secretas se adaptaban o no a la política exterior estadounidense.

Pronto su organización llegó a ser mayor que todo el conjunto del resto de la agencia. Las operaciones encubiertas se convirtieron en la fuerza dominante de la CIA, con más personal, más dinero y más poder, y siguió siéndolo durante más de veinte años. La misión declarada de la CIA había sido la de proporcionar al presidente de Estados Unidos información secreta esencial para la seguridad nacional del país. Pero Wisner no tenía paciencia para el espionaje, ni tiempo para extraer y sopesar secretos. Planear un golpe de Estado o comprar a un político resultaba mucho más fácil que penetrar en el Politburó, y para Wisner era también mucho más urgente.

En el plazo de un mes, Wisner había elaborado planes de batalla para los cinco años siguientes.[1] Se proponía crear un conglomerado mediático internacional con fines propagandísticos. Quería librar la

guerra económica contra los soviéticos falsificando dinero y manipulando los mercados. Gastaría millones en tratar de inclinar la balanza política en diversas capitales de todo el mundo. Deseaba reclutar a legiones de exiliados —rusos, albaneses, ucranianos, polacos, húngaros, checos, rumanos…— para formar grupos de resistencia armada que cruzaran el telón de acero. Wisner creía que había unos setecientos mil rusos a la deriva en Alemania que podrían unirse a la causa. Quería transformar a un millar de ellos en tropas de choque políticas. Pero solo encontró a diecisiete.

Siguiendo órdenes de Forrestal, Wisner creó redes de agentes de retaguardia, extranjeros que lucharían contra los soviéticos cuando estallara la Tercera Guerra Mundial. El objetivo era ralentizar el avance de centenares de miles de soldados del Ejército Rojo en Europa occidental. Quería tener armas, municiones y explosivos almacenados en alijos secretos por toda Europa y Oriente Próximo, preparados para volar puentes, almacenes y campos petrolíferos árabes ante un posible avance soviético. El general Curtis LeMay, nuevo jefe del Mando Aéreo Estratégico y responsable del armamento nuclear de Estados Unidos, sabía que sus bombarderos podían quedarse sin combustible después de haber lanzado sus bombas sobre Moscú, y en el vuelo de retorno sus pilotos y tripulaciones se verían obligados a saltar en paracaídas sobre algún lugar situado al este del telón de acero. Debido a ello, LeMay le dijo a quien entonces era la mano derecha de Wisner, Franklin Lindsay, que creara una ruta de evacuación dentro de la Unión Soviética que permitiera a sus hombres escapar por tierra en caso necesario.[2] Al mismo tiempo, los coroneles de la fuerza aérea no dejaban de transmitir órdenes a sus colegas de la CIA: robar un cazabombardero soviético, preferiblemente con el piloto metido en un saco; infiltrar agentes con radios en todos los aeródromos situados entre Berlín y los Urales; sabotear todas las pistas militares de la Unión Soviética al primer indicio de guerra. Y no eran peticiones; eran órdenes.

Pero, por encima de todo, Wisner necesitaba miles de espías estadounidenses. La caza de talentos, entonces como ahora, se hallaba en constante crisis. De modo que dispuso un sistema de reclutamiento

que iba del Pentágono a Park Avenue, Yale, Harvard y Princeton, donde se pagaba a profesores y entrenadores deportivos para que detectaran los posibles talentos. Contrató a abogados, banqueros, universitarios, antiguos compañeros de escuela y veteranos en paro. «Se llevaban a la gente de la calle, a cualquiera de sangre caliente que supiera decir sí o no o mover los brazos y las piernas», decía el agente de la CIA Sam Halpern. Wisner aspiraba a abrir al menos 36 bases en el extranjero en el plazo de seis meses, y logró abrir 47 en tres años. Casi todas las ciudades donde la agencia estableció sede contaban con dos jefes de base: uno trabajaba en la acción encubierta para Wisner; el otro se encargaba del espionaje para la Oficina de Operaciones Especiales. Inevitablemente, ambos se perjudicaban el uno al otro, robándose mutuamente sus agentes y luchando por imponer su criterio. Wisner se llevó a miles de agentes de la Oficina de Operaciones Especiales, ofreciéndoles mayores salarios y la promesa de mayores glorias.

Asimismo, requisó aviones, armas, municiones, paracaídas y uniformes de reserva del Pentágono y sus bases en las zonas ocupadas de Europa y Asia, y no tardó en controlar un arsenal militar con un valor de 250 millones de dólares. «Wisner podía pedir a cualquier agencia del gobierno personal y todo el apoyo que pudiera necesitar —diría James McCargar, uno de los primeros hombres que contrató Wisner en la Oficina de Coordinación Política—. La CIA, obviamente, era una agencia públicamente conocida cuyas operaciones eran secretas. Pero no solo las operaciones de la OPC eran secretas, sino que también lo era la propia existencia de la organización. Fue, de hecho, durante sus primeros años —y esto hay que recalcarlo, dado que hoy pocas personas parecen ser conscientes de ello—, lo más secreto del gobierno estadounidense después de las armas nucleares.»[3] Y al igual que las primeras armas nucleares, cuyas explosiones de prueba resultaron ser mucho más potentes de lo que habían previsto sus creadores, el tinglado de la acción encubierta de Wisner crecería con mayor rapidez y se extendería más de lo que nadie había imaginado.

Durante la Segunda Guerra Mundial, McCargar había trabajado para

el Departamento de Estado norteamericano en la Unión Soviética, donde no tardó en aprender que «los únicos métodos que te ayudaban a hacer tu trabajo eran clandestinos». Él solo había evacuado a varios líderes políticos de Budapest, llevándolos a un refugio seguro en Viena que había preparado Al Ulmer, el primer jefe de base de aquella capital ocupada. Los dos hombres se hicieron amigos, y cuando se encontraron en Washington en el verano de 1948, Ulmer invitó a McCargar a que conociera a su nuevo jefe. Wisner se los llevó a ambos a almorzar al Hotel Hay-Adams, el más elegante de Washington, situado delante del parque Lafayette, justo en el extremo opuesto de donde se encuentra la Casa Blanca. McCargar fue contratado en el acto para incorporarse al cuartel general y se le puso a cargo de siete países: Grecia, Turquía, Albania, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia. Cuando se presentó en su puesto de trabajo, en octubre de 1948, «solo éramos diez, incluido Wisner, un par de agentes, las secretarias y yo mismo: diez personas —explicaría—. Al cabo de un año éramos cuatrocientos cincuenta, y unos años después había ya varios miles».

«Nos veían como reyes»

Wisner envió a Al Ulmer a Atenas, donde se dispuso a hacerse cargo de diez países del Mediterráneo, el Adriático y el mar Negro. El nuevo jefe de base adquirió una mansión situada en lo alto de una colina desde la que se dominaba la ciudad, un complejo amurallado con un comedor de 18 metros de largo y unos diplomáticos de alto rango como vecino. «Nosotros estábamos al mando —diría Ulmer muchos años después—. Dirigíamos las cosas. Nos veían como reyes.»[4]

La CIA empezó a canalizar apoyo político y financiero clandestino a los oficiales militares y agentes de inteligencia más ambiciosos de Grecia, reclutando a jóvenes prometedores que un día pudieran dirigir la nación. Las relaciones que cultivaban podrían producir grandes dividendos más tarde. Primero en Atenas y Roma, y luego en toda Europa, políticos, generales, jefes de espías, editores de periódicos,

líderes sindicales, organizaciones culturales y asociaciones religiosas empezaron a acudir a la agencia en busca de dinero y de asesoramiento.[5] «Individuos, grupos y servicios de inteligencia no tardaron en darse cuenta de que había una fuerza en el mundo en torno a la que podían agruparse»,[6] diría una crónica secreta de los primeros años de Wisner en el poder.

Pero los jefes de base de Wisner necesitaban dinero, de modo que a mediados de noviembre de 1948 viajó a París para tratar del problema con Averell Harriman, el director del Plan Marshall.[7] Se reunieron en una dorada suite del Hotel Talleyrand, antigua residencia del ministro de Exteriores de Napoleón. Bajo la mirada de un busto de mármol de Benjamin Franklin, Harriman le dijo a Wisner que metiera la mano en la bolsa de dinero del plan hasta donde necesitara. Armado con tal autoridad, Wisner regresó a Washington para entrevistarse con Richard Bissell, jefe de administración del Plan Marshall. «Yo había coincidido con él en actos sociales, y le conocía y confiaba en él —recordaría Bissell—. En gran medida formaba parte de nuestro círculo de allegados.» Wisner fue directo al grano. Al principio Bissell se sintió desconcertado, pero «Wisner se tomó tiempo para aliviar cuando menos algunas de mis preocupaciones al asegurarme que Harriman había aprobado la acción. Cuando empecé a presionarle preguntándole cómo se iba a utilizar el dinero, me explicó que no me lo podía decir». Bissell no tardaría mucho en descubrirlo por sí mismo, ya que una década después pasaría a ocupar el puesto de Wisner.

Wisner tenía la intención de romper la influencia comunista sobre las principales federaciones sindicales de Francia e Italia utilizando dinero del plan, y Kennan autorizó personalmente las operaciones. Para ello, Wisner eligió a dos líderes sindicales de especial talento para que se encargaran de dirigir la primera de las operaciones a finales de 1948: Jay Lovestone, ex presidente del Partido Comunista de Estados Unidos, e Irving Brown, su devoto seguidor; los dos hombres eran ahora fervientes anticomunistas después de que sus convicciones se vieran alteradas por las agrias batallas ideológicas de la década de 1930. Lovestone era secretario ejecutivo del Comité del

Sindicato Libre, una escisión de la Federación Estadounidense del Trabajo (American Federation of Labor, AFL), mientras que Brown era su principal delegado en Europa. Ambos se encargaron de repartir pequeñas fortunas procedentes de la CIA entre diversos grupos sindicales respaldados por los democratacristianos y la Iglesia católica. Paralelamente, varios sobornos en los puertos de Marsella y Nápoles garantizaron que las armas y el material militar estadounidense fueran descargados por estibadores más que dispuestos a colaborar. El dinero y el poder de la CIA se emplearon también para untar a gánsteres corsos que sabían cómo romper una huelga a base de puñetazos.[8]

Una de las tareas más refinadas de Wisner fue la de respaldar a una antigua asociación que se convertiría en una influyente tapadera de la CIA durante veinte años, el Congreso por la Libertad Cultural. Wisner había concebido «un vasto proyecto dirigido a los intelectuales; "la batalla por la mente de Picasso", si quiere», en la elegante frase del agente de la CIA Tom Braden, veterano de la OSS y habitual de las ya mencionadas cenas de los domingos por la noche.[9] Fue aquella una guerra de palabras, librada con revistas de pequeña tirada, libros editados en rústica y conferencias culturales. «Creo que el presupuesto para el Congreso por la Libertad Cultural, uno de los años en que estuve a cargo de él, fue de unos 800.000 o 900.000 dólares», diría Braden. Dicho presupuesto incluía los fondos necesarios para poner en marcha una revista cultural mensual llamada *Encuentro*, que en la década de 1950 ejercería una enorme influencia sin llegar a vender más de 40.000 ejemplares de cada número. Aquella constituyó una especie de labor misionera que atrajo especialmente a los estudiantes de artes liberales recién llegados a la agencia; no estaba nada mal pasar un año de prácticas en la inteligencia estadounidense dedicándose a dirigir un pequeño periódico o una editorial en París o en Roma.

Wisner, Kennan y Allen Dulles vieron una manera mucho mejor de aprovechar el fervor político y las energías intelectuales de los exiliados de la Europa del Este, canalizándolos de nuevo hacia el otro lado del telón de acero: Radio Europa Libre. Su planificación se inició a finales de 1948 y principios de 1949, pero hicieron falta más de dos

años para que las emisoras empezaran a funcionar. Dulles se convirtió en fundador del denominado Comité Nacional por una Europa Libre, una de las numerosas tapaderas financiadas por la CIA en el territorio estadounidense. El consejo de administración de Europa Libre incluía al general Eisenhower; a Henry Luce, presidente de *Time*, *Life* y *Fortune*, y al productor de Hollywood Cecil B. DeMille, todos ellos reclutados por Dulles y Wisner como tapadera para encubrir a los verdaderos gestores. Aquellas emisoras se convertirían en una poderosa arma de guerra política.

«Al calor de la confusión»

Wisner tenía grandes esperanzas en que Allen Dulles fuera el próximo director de la central de inteligencia, y el propio Dulles también.

A comienzos de 1948, Forrestal le había pedido a este último que dirigiera una investigación de alto secreto en torno a la debilidad estructural de la CIA. Al acercarse la fecha de las elecciones, Dulles estaba dando los últimos retoques al informe, que habría de servir como su propio discurso de toma de posesión en la agencia. Confiaba en que Truman sería derrotado por el republicano Thomas Dewey, y que el nuevo presidente le ascendería al cargo apropiado.

El informe, que permanecería clasificado durante cincuenta años, era una acusación en toda regla, brutal y detallada.[10] Cargo uno: la CIA producía montones de papeles que apenas contenían datos sobre la amenaza comunista, si es que contenían alguno. Cargo dos: la agencia no tenía espías entre los soviéticos y sus satélites. Cargo tres: Roscoe Hillenkoetter era un fracaso como director. La CIA —rezaba el informe— no constituía todavía «un servicio de inteligencia adecuado», y harían falta «años de paciente trabajo para realizar la tarea» de transformarla. Lo que hacía falta ahora era un líder nuevo y audaz, y su identidad no era ningún secreto. Hillenkoetter señaló mordazmente que a Allen Dulles solo le faltaba grabar su nombre en la puerta del despacho del director. Sin embargo, para cuando llegó el informe, en el mes de enero de 1949, Truman había sido reelegido, y a

Dulles se le asociaba tan estrechamente con el Partido Republicano que su nombramiento resultaba políticamente inconcebible. Hillenkoetter permaneció en el cargo, lo que de hecho equivalía a dejar la agencia acéfala. Aunque el Consejo de Seguridad Nacional le ordenó que pusiera en práctica lo que aconsejaba el informe, él jamás lo hizo.

Dulles empezó a decirles a sus amigos de Washington que, a menos que en la CIA se hiciera algo drástico, el presidente se enfrentaría a un desastre en el extranjero. Un coro de voces vino a unirse a él. Dean Acheson, ahora secretario de Estado, se enteró de que la CIA se «disolvía al calor de la confusión y el resentimiento».[11] Su informador era Kermit «Kim» Roosevelt, nieto de Theodore Roosevelt, primo de Franklin D. Roosevelt y futuro jefe de la división de Oriente Próximo y Asia Meridional de la CIA. El asesor de inteligencia de Forrestal, John Ohly, advirtió a su jefe: «La mayor debilidad de la CIA proviene del tipo y calidad de su personal, y de los métodos a través de los que este es reclutado».[12] Observaba «un completo deterioro de la moral entre algunos de los civiles mejor cualificados a quienes les gustaría hacer carrera en la CIA, y la pérdida de muchas personas capaces que simplemente no podían soportar la situación». Y lo que era aún peor: «la mayoría de las personas capaces que quedaban en la agencia han decidido que, a menos que se produzcan cambios en los próximos meses, se marcharán definitivamente. Con la pérdida de estos cuadros de calidad, la agencia se hundirá en una ciénaga de la que resultará difícil, si no imposible, sacarla». La CIA se convertiría entonces en «una organización de inteligencia entre pobre y mediocre prácticamente a perpetuidad». Esos mismos mensajes podrían haberse escrito medio siglo después, ya que describían de manera precisa los infortunios de la agencia en la década posterior a la caída del comunismo soviético. Escaseaban en sus filas los estadounidenses capacitados, mientras que el número de agentes extranjeros de talento era casi nulo.

Pero las capacidades de la CIA no eran el único problema; las presiones de la guerra fría estaban quebrantando asimismo a los nuevos líderes del estamento de la seguridad nacional.

James Forrestal y George Kennan habían sido los creadores y responsables de las operaciones encubiertas de la CIA. Pero se habían revelado incapaces de controlar la maquinaria que ellos mismos habían puesto en marcha. Kennan estaba a punto de quemarse, aislándose cada vez más en su escondrijo de la Biblioteca del Congreso. Forrestal, por su parte, no pudo más, y dimitió como secretario de Defensa el 28 de marzo de 1949. Durante su último día en el cargo se vino abajo, lamentándose de que llevaba varios meses sin dormir. El doctor William Menninger, el más destacado psiquiatra de Estados Unidos, encontró a Forrestal en pleno episodio psicótico, y lo envió a un pabellón psiquiátrico del Hospital Naval de Bethesda.

Después de cincuenta noches de angustia, en las últimas horas de su vida, Forrestal estaba copiando un poema griego traducido al inglés, «El coro de Áyax», y se detuvo en medio de la palabra *nightingale* («ruiseñor»);[13] escribió *night*, y luego se arrojó al encuentro de la muerte desde su ventana, en el piso dieciséis. «Ruiseñor» era el nombre clave de un grupo de resistencia ucraniano al que Forrestal había encargado la ejecución de una guerra secreta contra Stalin. Entre sus líderes había colaboracionistas nazis que habían asesinado a miles de personas tras las líneas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Los miembros del grupo habían de ser lanzados en paracaídas por la CIA detrás del telón de acero.

En la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había hecho causa común con los comunistas para combatir a los fascistas. Ahora, en la guerra fría, la CIA empleaba a fascistas para combatir a los comunistas. Y se suponía que quienes realizaban esas misiones eran patriotas que lo hacían en nombre de Estados Unidos. «No puedes controlar los ferrocarriles —diría Allen Dulles, en una desafortunada frase— sin contar con unos cuantos miembros del Partido Nazi.»[14]

Más de dos millones de personas deambulaban a la deriva por la Alemania ocupada por Estados Unidos. Muchos de ellos eran refugiados que huían desesperados de la alargada sombra del dominio soviético.[15] Frank Wisner envió a sus agentes directamente a los campos de desplazados a fin de reclutarles para una misión que él definía como «alentar movimientos de resistencia en el mundo

soviético y proporcionar contactos con el mundo clandestino», argumentando que la CIA tenía que «utilizar a refugiados del mundo soviético en el interés nacional de Estados Unidos».

Pese a las objeciones del director de la central de inteligencia, pretendía enviar armas y dinero a aquellos hombres. Los exiliados soviéticos eran muy apreciados «como reserva de cara a una posible emergencia bélica», según informaba la agencia, aunque estos se hallaban «desesperadamente divididos en grupos con objetivos, filosofías y composiciones étnicas distintas».

Las órdenes de Wisner dieron lugar a la primera de las misiones paramilitares de la agencia; la primera de muchas otras misiones que enviarían a la muerte a miles de agentes extranjeros (aunque todo esto solo empezaría a revelarse en una historia de la CIA que no se publicaría hasta 2005).

Pero entonces, el 25 de junio de 1950, y sin advertencia previa, Estados Unidos hubo de enfrentarse a un ataque sorpresa que parecía ser el comienzo de la Tercera Guerra Mundial.

5

«Eran misiones suicidas»

La guerra de Corea fue la primera gran prueba para la CIA, y proporcionó a la agencia su primer líder de verdad, el general Walter Bedell Smith. El presidente Truman le había llamado para salvar a la CIA antes de que estallara la guerra. Pero después de haber ejercido de embajador estadounidense en Moscú, el general había regresado con una úlcera que estuvo a punto de matarle. Cuando llegó la noticia de la invasión de Corea, se encontraba en el Hospital Militar Walter Reed, donde le habían extraído las dos terceras partes del estómago. Truman le imploraba que asumiera el cargo, pero él le pidió un mes de margen para ver si sobrevivía. Después la petición se transformó en orden, y Bedell Smith se convirtió en el cuarto director de la central de inteligencia en el plazo de cuatro años.

La tarea del general era enterarse de los secretos del Kremlin, y tenía bastante idea de cuáles eran sus posibilidades: «Hay solo dos personalidades que yo conozca que puedan hacer tal cosa —les dijo a los cinco senadores que le confirmaron en el cargo, en una audiencia celebrada el 24 de agosto en la que pudo exhibir su recién adquirida cuarta estrella, un premio que le había otorgado el presidente—. Uno es Dios, y el otro Stalin; y ni siquiera estoy seguro de que Dios pueda hacerlo, ya que ignoro si mantiene un contacto lo bastante estrecho con el "tío José" como para saber qué está tramando».[1] En cuanto a lo que le aguardaba en la CIA, declaró: «Espero lo peor, y estoy seguro de que no me sentiré decepcionado».[2] Inmediatamente después de tomar posesión de su cargo, en octubre, descubrió que había heredado un tremendo enredo. «Es interesante veros aquí a todos —dijo en su primera reunión con el personal, mirando por encima de la mesa—. Pero todavía será más interesante ver cuántos de vosotros seguís aquí dentro de unos meses.»

Bedell Smith hacía gala de un autoritarismo feroz y de un sarcasmo devastador, y no toleraba la imperfección. Las descontroladas operaciones de Wisner le encolerizaban. «Era allí donde se gastaba todo el dinero —diría—, [y] todo el resto de la agencia recelaba de ello.»[3] En su primera semana en el cargo descubrió que Wisner recibía órdenes directas del Departamento de Estado y el Pentágono, y no del director de la central de inteligencia. Enfurecido por ello, informó al jefe de operaciones encubiertas de que sus días de pillaje habían terminado.

«Una tarea imposible»

Para cumplir con la labor que le había encomendado el presidente, el general trató de salvar la parte analítica de la agencia, lo que él calificaba como el «alma de la CIA».[4] Revisó los procedimientos de la agencia para la redacción de los informes de inteligencia, y finalmente persuadió a Sherman Kent, que había abandonado Washington en los primeros y sombríos tiempos del Grupo Central de Inteligencia, de que regresara de Yale para crear un sistema de estimaciones de ámbito nacional reuniendo la mejor información de la que dispusieran los diversos estamentos del gobierno. Kent consideró que aquella era «una tarea imposible».[5] Al fin y al cabo —dijo—, «las estimaciones son lo que uno hace cuando no sabe algo».[6]

Unos días después de que Bedell Smith asumiera el cargo, Truman se disponía a reunirse con el general Douglas MacArthur en el atolón de Wake, en el Pacífico. El presidente quería obtener la mejor información de inteligencia que la CIA pudiera proporcionarle sobre Corea. Pero sobre todo quería saber si la China comunista intervendría en la guerra. MacArthur, que estaba introduciendo profundamente a sus tropas en el territorio de Corea del Norte, había insistido en que China jamás atacaría.

La CIA no sabía casi nada de lo que pasaba en China. En octubre de 1949, cuando Mao Zedong expulsó a las fuerzas nacionalistas de Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek) y proclamó la República Popular, todos los

espías estadounidenses destacados en China, salvo un puñado de ellos, habían huido a Hong Kong o Taiwán. La CIA, que cojeaba ya por culpa de Mao, quedó lisiada del todo por causa de MacArthur, que odiaba a la agencia e hizo todo lo posible por excluir a sus agentes de Extremo Oriente. Aunque la CIA trabajaba frenéticamente para vigilar a China, las cadenas de agentes extranjeros que había heredado de la OSS resultaban demasiado débiles. Y lo mismo ocurría con la capacidad de investigación y redacción de informes de la agencia. Cuando estalló la guerra de Corea, la CIA contaba con cuatrocientos analistas encargados de redactar boletines de inteligencia diarios para el presidente Truman, pero el 90 por ciento de sus informes no eran más que archivos del Departamento de Estado reescritos, mientras que casi todo el resto eran comentarios insustanciales.[7]

Los aliados de la CIA en el teatro bélico eran los servicios de inteligencia de dos líderes tan corruptos como poco fiables: el presidente de Corea del Sur, Syngman Rhee, y el líder nacionalista chino, Jiang Jieshi. La impresión más fuerte que recibieron los agentes de la CIA tras su llegada a las respectivas capitales de Seúl y Taipei fue el hedor de las heces humanas que fertilizaban los campos circundantes. Pero la información fiable resultaba tan escasa como la electricidad y el agua corriente. La CIA se encontró manipulada por amigos deshonestos, engañada por enemigos comunistas y a merced de unos exiliados hambrientos de dinero que falsificaban la información de inteligencia que proporcionaban.[8] Fred Schultheis, jefe de la base de Hong Kong en 1950, se pasó los seis años siguientes rebuscando entre la basura que los refugiados chinos le vendieron a la agencia durante la guerra de Corea. La CIA sustentaba así un mercado libre de falsificación de documentos regido por estafadores.

La única fuente de información fiable sobre Extremo Oriente desde los últimos días de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de 1949 habían sido los genios de la inteligencia relacionada con la transmisión de señales. Estos habían sido capaces de interceptar y descifrar párrafos de los cables comunistas y comunicados enviados entre Moscú y Extremo Oriente. Pero luego se hizo el silencio, justo en el momento en que el líder norcoreano Kim Il Sung consultaba con

Stalin y con Mao sus intenciones de atacar; la capacidad de Estados Unidos de enterarse de los planes militares soviéticos, chinos y norcoreanos se desvaneció de repente.

En vísperas del estallido de la guerra de Corea, un espía soviético había penetrado en el centro neurálgico del descifrado de claves, Arlington Hall, una antigua escuela femenina reconvertida y situada a un tiro de piedra del Pentágono. Se trataba de William Wolf Weisband, un lingüista que traducía los mensajes descifrados del ruso al inglés. Reclutado como espía por Moscú en la década de 1930, Weisband logró por sí solo destruir la capacidad de Estados Unidos de leer los despachos secretos soviéticos. Bedell Smith se dio cuenta de que algo terrible había ocurrido con la inteligencia estadounidense relacionada con la transmisión de señales, y alertó de ello a la Casa Blanca. El resultado fue la creación de la Agencia de Seguridad Nacional, el servicio de inteligencia de transmisión de señales que con el tiempo crecería hasta dejar pequeña a la CIA en tamaño y poder. Medio siglo después, la Agencia de Seguridad Nacional calificaría el caso Weisband como «probablemente la pérdida de información de inteligencia más significativa de toda la historia de Estados Unidos». [9]

«Ningún indicio convincente»

El presidente viajó al atolón de Wake el 11 de octubre de 1950. La CIA le aseguró que no veía «ningún indicio convincente de una intención real por parte de los comunistas chinos de recurrir a una intervención a gran escala en Corea ... salvo una decisión soviética de guerra global».[10] La agencia llegó a aquella conclusión a pesar de dos alarmas procedentes de su base de Tokio, integrada por tres hombres. Primero, el jefe de la base, George Aurell, informó de que un oficial chino nacionalista de Manchuria le había advertido de que Mao había apostado a trescientos mil soldados cerca de la frontera coreana. En el cuartel general de la agencia apenas prestaron atención. Luego, Bill Duggan, que más tarde sería jefe de la base de Taiwán, insistió en que

los comunistas chinos no tardarían en cruzar a Corea del Norte. El general MacArthur respondió amenazando con hacer arrestar a Duggan. Ninguna de las dos advertencias llegó al atolón de Wake.

En el cuartel general, la agencia seguía asegurándole a Truman que China no intervendría en la guerra en una escala significativa. El 18 de octubre, mientras las tropas de MacArthur avanzaban hacia el norte en dirección al río Yalu y la frontera china, la CIA informaba de que «la aventura coreana de los soviéticos ha terminado en fracaso». El 20 de octubre, la CIA afirmaba que las fuerzas chinas detectadas en el Yalu estaban allí para proteger las centrales hidroeléctricas. El 28 de octubre informaba a la Casa Blanca de que aquellas fuerzas estaban integradas por voluntarios dispersos. El 30 de octubre, después de que las tropas estadounidenses hubieran sido atacadas causando un gran número de víctimas, la CIA reafirmó que una intervención china a gran escala resultaba improbable. Unos días después, unos agentes de la CIA que hablaban chino interrogaron a varios prisioneros capturados durante el enfrentamiento, y determinaron que eran soldados de Mao. Pese a ello, el cuartel general de la CIA afirmó una vez más que China no llevaría a cabo una invasión en masa. Dos días después, trescientos mil soldados chinos realizaron un ataque tan brutal que estuvieron a punto de hacer retroceder a los estadounidenses hasta el mar.

Bedell Smith se quedó horrorizado. Él creía que la misión de la CIA consistía en proteger al país frente a las sorpresas militares. Pero en el último año la agencia había malinterpretado todas las crisis globales: la bomba atómica soviética, la guerra de Corea y la invasión china. En diciembre de 1950, mientras el presidente Truman declaraba una situación de emergencia nacional y ordenaba la reincorporación del general Eisenhower a la vida activa, Bedell Smith incrementaba su propia guerra para convertir a la CIA en un servicio de inteligencia profesional. Y lo primero que hizo fue buscar a alguien que controlara a Frank Wisner.

«Un claro peligro»

Solo se presentó un candidato.

El 4 de enero de 1951, Bedell Smith cedió ante lo inevitable y nombró a Allen Dulles subdirector de planificación de la CIA (el título era una tapadera, y el puesto era en realidad el de jefe de operaciones encubiertas). Los dos hombres no tardaron en revelar sus desavenencias, tal como pudo comprobar el agente Tom Polgar cuando tuvo ocasión de verles juntos en el cuartel general de la agencia: «Resulta evidente que a Bedell no le gusta Dulles, y es fácil ver por qué —explicaría—. Un oficial del ejército recibe una orden y la ejecuta. Un abogado encuentra el modo de escabullirse. En la CIA, tal como ha evolucionado, una orden es un punto de partida para una discusión».

Las operaciones de Wisner se habían quintuplicado desde el comienzo de la guerra. Bedell Smith era consciente de que Estados Unidos carecía de estrategia para librar aquella clase de lucha, y acudió al presidente Truman y al Consejo de Seguridad Nacional. ¿Se suponía realmente que la agencia había de apoyar una revolución armada en la Europa del Este? ¿Y en China? ¿Y en Rusia? El Pentágono y el Departamento de Estado le respondieron que sí; que todo eso, y mucho más. Pero el director se preguntaba cómo hacerlo. Wisner reclutaba a cientos de universitarios cada mes, les sometía a unas cuantas semanas de entrenamiento guerrillero, los enviaba al extranjero durante un semestre, y luego, cuando acababa su turno, los reemplazaba por nuevos reclutas. Pretendía construir una maquinaria militar de ámbito global mundial sin la apariencia de un entrenamiento, una logística o unas comunicaciones profesionales. Sentado en su despacho, mientras mordisqueaba las galletas con papilla de las que vivía tras su operación de estómago, Bedell Smith se debatía entre la ira y la desesperación.

Su segundo de a bordo, el subdirector de la central de inteligencia, Bill Jackson, dimitió decepcionado, afirmando que las operaciones de la CIA constituían una maraña imposible de desentrañar.[11] Bedell Smith no tuvo otra opción que ascender a Dulles al cargo de subdirector y a Wisner al de jefe de operaciones encubiertas. Pero cuando vio el presupuesto que ambos hombres le proponían, estalló.

Este era nada menos que de 587 millones de dólares, lo que equivalía a once veces el de 1948.[12] De ellos, más de 400 millones eran para las operaciones encubiertas de Wisner, lo que representaba el triple de los costes de espionaje y análisis combinados.

Esto planteaba «un claro peligro a la CIA como agencia de inteligencia —diría Bedell Smith echando humo—. Será como poner el carro operativo delante de los bueyes de la inteligencia —advertía—. Los altos cargos se verán obligados a dedicar todo su tiempo a la dirección de operaciones, y necesariamente descuidarán la inteligencia».[13] Fue entonces cuando el general empezó a sospechar que Dulles y Wisner le ocultaban algo. En sus reuniones diarias con los subdirectores y mandos de la CIA, registradas en una serie de documentos que no serían desclasificados hasta 2002, les interrogaba constantemente acerca de lo que ocurría en el extranjero. Pero sus preguntas directas recibían respuestas que siempre resultaban extrañamente vagas, o simplemente no las recibía. Él les advirtió que no «ocultaran» o «encubrieran incidentes desafortunados o errores graves». Les ordenó elaborar informes detallados de sus misiones paramilitares: nombres clave, descripciones, objetivos, costes… Pero ellos jamás cumplieron la orden. «Presa de la exasperación, les dedicó a ambos más manifestaciones violentas de su furia que a nadie», según escribiría su representante personal en el estado mayor del Consejo de Seguridad Nacional, Ludwell Lee Montague. Bedell Smith no era precisamente un hombre asustadizo, pero le enfurecía y le horrorizaba la idea de que Dulles y Wisner estuvieran llevando a la CIA hacia «una mal concebida y desastrosa desventura —escribiría Montague—. Temía que alguna metedura de pata en el extranjero pudiera llegar a hacerse pública».

«No sabíamos lo que hacíamos»

Los relatos clasificados de la CIA sobre la guerra de Corea revelan lo que temía Bedell Smith.[14]

En ellos se dice que las operaciones paramilitares de la agencia

resultaban «no solo ineficaces, sino probablemente también moralmente reprensibles en cuanto al número de vidas perdidas». Miles de agentes coreanos y chinos reclutados por la agencia fueron lanzados sobre Corea del Norte durante el conflicto, para no regresar jamás. «La cantidad de tiempo y dinero gastados fue enormemente desproporcionada en relación con los resultados», concluía la agencia. De nada habían servido «las importantes sumas gastadas y los numerosos coreanos sacrificados». Asimismo, varios centenares más de agentes chinos habían muerto tras ser introducidos en el territorio en operaciones mal concebidas por tierra, mar y aire.

«La mayoría de esas misiones no se realizaban con el propósito de recabar información de inteligencia. Se hacían para abastecer a grupos de resistencia inexistentes o ficticios —diría Peter Sichel, que tuvo ocasión de ver con sus propios ojos aquella cadena de fracasos después de convertirse en jefe de la base de Hong Kong—. Eran misiones suicidas. Eran suicidas e irresponsables.»[15] Sin embargo, se prolongarían hasta la década de 1960, enviando a la muerte a legiones de agentes con el pretexto de perseguir fantasmas.

En los primeros días de la guerra, Wisner asignó un millar de agentes a Corea y trescientos a Taiwán, con órdenes de infiltrarse, respectivamente, en la amurallada fortaleza de Mao y en la dictadura militar de Kim Il Sung. Eran hombres arrojados al campo de batalla sin apenas preparación o entrenamiento. Uno de ellos fue Donald Gregg, recién salido de la Universidad Williams. Su primer pensamiento cuando estalló la guerra fue: «¿Y dónde demonios está Corea?». Tras un cursillo acelerado de operaciones paramilitares, fue destinado a una nueva avanzadilla de la CIA en medio del Pacífico. Wisner estaba construyendo una base de operaciones encubiertas en la isla de Saipán, con un coste de 28 millones de dólares. Saipán, todavía plagada de huesos de los muertos de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en campo de entrenamiento para las misiones paramilitares de la CIA en Corea, China, el Tíbet y Vietnam. Gregg reclutó a jóvenes y duros campesinos coreanos procedentes de los campos de refugiados, hombres tan valientes como indisciplinados que no hablaban inglés, y trató de convertirlos en agentes instantáneos de la

inteligencia estadounidense. Luego la CIA les envió a misiones burdamente concebidas que apenas produjeron otro resultado que un largo rosario de pérdidas humanas. Aquel recuerdo acompañó a Gregg mientras fue ascendiendo en el escalafón de la División de Extremo Oriente de la CIA para convertirse en jefe de la base de Seúl, luego en embajador estadounidense en Corea del Sur, y finalmente en el principal asesor de seguridad nacional del presidente George Bush padre.

«Nosotros seguíamos los pasos de la OSS —diría Gregg—. Pero la gente contra la que luchábamos tenía un completo control. No sabíamos lo que hacíamos. Yo les preguntaba a mis superiores cuál era la misión, y ellos no me lo decían. No sabían cuál era. Se trataba de ir a la aventura en las peores condiciones. Entrenábamos a coreanos, a chinos y a un montón de otros extranjeros, lanzando a los coreanos en Corea del Norte, y a los chinos en China justo al norte de la frontera coreana; los dejábamos caer, y ya no volvíamos a saber de ellos.»

«El historial en Europa era malo —añadiría—. El historial de Asia era malo. La agencia tenía un historial terrible en sus primeros días; una gran reputación, pero un historial terrible.»[16]

«Se estaba engañando a la CIA»

Bedell Smith advirtió repetidamente a Wisner de que tuviera cuidado con la información de inteligencia falsificada por el enemigo. Pero resultaba que algunos de los agentes de Wisner eran ellos mismos falsificadores, incluyendo al jefe de la base y al jefe de operaciones que él había enviado a Corea.

En febrero, marzo y abril de 1951, más de mil doscientos exiliados norcoreanos fueron congregados en la isla de Yong-do, en el puerto de Pusan, bajo el mando del jefe de operaciones, Hans Tofte, un veterano de la OSS con más talento para engañar a sus superiores que a sus enemigos. Tofte formó tres brigadas —denominadas Tigre Blanco, Dragón Amarillo y Dragón Azul—, integradas por 44 grupos guerrilleros. Se les asignó una triple misión: habían de actuar como

infiltrados para recabar información de inteligencia, como escuadrones guerrilleros y como redes de evasión y escape para rescatar a pilotos y tripulaciones estadounidenses abatidos.

El Tigre Blanco desembarcó en Corea del Norte a finales de abril de 1951 con 104 hombres, reforzados por otros 36 agentes lanzados en paracaídas. Antes de abandonar Corea, cuatro meses después, Tofte envió brillantes informes sobre sus resultados. Sin embargo, en noviembre la mayor parte de los guerrilleros del Tigre Blanco estaban muertos, habían sido capturados o habían desaparecido. El Dragón Azul y el Dragón Amarillo se enfrentaron a destinos similares. Los pocos equipos de infiltrados que lograron sobrevivir fueron hechos prisioneros y obligados bajo pena de muerte a engañar a sus superiores estadounidenses con falsos mensajes de radio. Ninguno de los guerrilleros salió vivo de allí. Y la mayoría de los integrantes de las redes de escape y evasión desaparecieron o fueron asesinados.

En la primavera y el verano de 1952, los hombres de Wisner introdujeron a más de mil quinientos agentes coreanos en el territorio de Corea del Norte, que enviaron luego por radio un aluvión de detallados informes sobre los movimientos militares de los norcoreanos y de los comunistas chinos. Dichos informes fueron pregonados por el jefe de la base de la CIA en Seúl, Albert R. Haney, un charlatán y ambicioso coronel del ejército que se jactaba abiertamente de tener a miles de hombres trabajando para él en operaciones guerrilleras y misiones de inteligencia. Haney afirmaba que había supervisado personalmente el reclutamiento y entrenamiento de cientos de coreanos. Algunos de sus compatriotas estadounidenses le consideraban un loco peligroso. William W. Thomas hijo, un agente de inteligencia política del Departamento de Estado destacado en Seúl, sospechaba que el jefe de la base tenía una nómina llena de gente que estaba «controlada por el otro bando».[17]

Lo mismo pensaba Limond Hart, que reemplazó a Haney como jefe de la base de Seúl en septiembre de 1952. Tras una serie de agrias experiencias con falsificadores de información de inteligencia en Europa durante sus primeros cuatro años en la CIA, y un período dedicado a sacar a exiliados albaneses de Roma, Hart era

enormemente consciente de los problemas derivados del engaño y de la desinformación, y decidió «examinar detenidamente los milagrosos logros que se atribuían mis predecesores».[18]

Haney había tenido bajo su mando en Seúl a doscientos hombres de la CIA, ninguno de los cuales hablaba coreano. La base dependía de agentes coreanos reclutados que supervisaban las operaciones guerrilleras y las misiones de recopilación de información de inteligencia de la agencia en Corea del Norte. Después de tres meses de investigaciones, Hart determinó que casi todos los agentes coreanos que había heredado o bien se inventaban sus informes, o bien trabajaban en secreto para los comunistas. Todos los despachos que la base había enviado al cuartel general de la CIA desde el frente durante los últimos dieciocho meses eran falsificaciones perfectamente calculadas.

«Hay un informe en concreto que me viene a la memoria —relataría Hart—. Se suponía que era una recapitulación de todas las unidades chinas y norcoreanas situadas a lo largo del frente, citando el potencial y la designación numérica de cada unidad.» Los mandos militares estadounidenses lo habían celebrado como «uno de los más destacados informes de inteligencia de la guerra», pero Hart determinó que se trataba de una completa falsificación.

Luego descubrió que todos los agentes coreanos importantes que había reclutado Haney —no algunos; todos— eran «estafadores que durante un tiempo habían vivido felices y contentos de los generosos pagos de la CIA que supuestamente se destinaban a los "activos" de Corea del Norte. Casi todos los informes que habíamos recibido de sus supuestos agentes procedían de nuestros enemigos».

Mucho después de que la guerra de Corea hubiera terminado, la CIA llegaría a la conclusión de que Hart tenía razón; casi toda la información secreta que recabó la agencia durante la guerra había sido fabricada por los servicios de seguridad norcoreanos y chinos. Aquella información de inteligencia ficticia se transmitió luego al Pentágono y a la Casa Blanca. Así, las operaciones paramilitares de Corea habían sido víctimas de la infiltración y de la traición ya antes de que se iniciaran.

Hart declaró al cuartel general de la agencia que la base debía interrumpir sus operaciones hasta que se aclararan las cosas y se repararan los daños. Tener un servicio de inteligencia infiltrado por el enemigo era peor que no tenerlo. Pero en lugar de ello, Bedell Smith envió a un emisario a Seúl para decirle a Hart que «al ser una nueva organización que todavía no se había creado una reputación, la CIA sencillamente podía negarse a admitir ante otras ramas del gobierno —y sobre todo ante los altamente competitivos servicios de la inteligencia militar estadounidense— su incapacidad para recabar información de inteligencia sobre Corea del Norte».[19] El mensajero era el subdirector de inteligencia, Loftus Becker. Después de que Bedell Smith le enviara en viaje de inspección a recorrer todas las bases asiáticas de la CIA, en noviembre de 1952, Becker regresó a Estados Unidos y presentó su dimisión. Había llegado a la conclusión de que la situación era desesperada; la capacidad de la agencia para recabar información de inteligencia en Extremo Oriente resultaba «prácticamente insignificante». Pero antes de renunciar, se enfrentó a Frank Wisner: «Las operaciones fallidas denotan falta de éxito —le dijo—, y últimamente ha habido unas cuantas de ellas».[20]

Los informes de Hart y los fraudes de Haney fueron enterrados. La agencia se había metido en una emboscada, y la representó como una maniobra estratégica. Dulles declaró a los miembros del Congreso que la «CIA controlaba un número considerable de elementos de la resistencia en Corea del Norte», según palabras del coronel de la fuerza aérea James G. L. Kellis, que había sido director de operaciones paramilitares bajo el mando de Wisner. Por entonces, a Dulles se le había advertido de que «las “guerrillas de la CIA” en Corea del Norte estaban bajo el control del enemigo»; en realidad, «la CIA carecía de tales activos» y «se estaba engañando a la CIA»,[21] según informaría Kellis en una reveladora carta que envió a la Casa Blanca una vez finalizada la guerra.

La habilidad para representar el fracaso como un éxito se estaba convirtiendo en una tradición en la CIA. La falta de disposición de la agencia a aprender de sus propios errores se convertiría en un rasgo permanente de su cultura. Las operaciones encubiertas de la CIA jamás

se traducirían en posteriores estudios basados en las lecciones aprendidas. Aun hoy, apenas hay reglas o procedimientos —si es que hay alguno— acerca de cómo elaborarlos.

«Todos somos conscientes de que nuestras operaciones en Extremo Oriente están lejos de lo que nos gustaría —admitiría Wisner en una reunión celebrada en el cuartel general—. Simplemente no hemos tenido tiempo de dotarnos de la cantidad y la clase de personas con las que debemos contar si pretendemos llevar con éxito las pesadas cargas que se han colocado sobre nosotros.»[22] La incapacidad para infiltrarse en Corea del Norte sigue siendo el fracaso más duradero de las operaciones de inteligencia de toda la historia de la CIA.

Para Dulles, Asia tuvo siempre un carácter marginal. Él creía que la verdadera guerra por la civilización occidental se libraba en Europa. Y aquella lucha requería a «personas dispuestas y preparadas para resistir y afrontar las consecuencias»,[23] según le diría a unos cuantos de sus amigos y colegas más íntimos en una conferencia secreta celebrada en el hotel Princeton Inn en mayo de 1952. «Al fin y al cabo, en Corea hemos tenido cien mil bajas —declararía, según una transcripción desclasificada en 2003—. Si hemos estado dispuestos a aceptar esas bajas, a mí no me preocuparía que hubiera unas cuantas bajas o unos pocos mártires detrás del telón de acero … No creo que puedan esperar hasta que tengan a todas sus tropas y estén seguros de que van a ganar. Tienen que ponerse en marcha y tirar adelante.»

«Tienen que contar con unos cuantos mártires —añadiría Dulles—. Algunas personas han de morir.»

6

«Un vasto campo de ilusiones»

Allen Dulles les pidió a sus colegas en el Princeton Inn que consideraran cuál era la mejor forma de destruir la capacidad de Stalin para controlar sus estados satélites. Creía que se podía desintegrar al comunismo mediante la acción encubierta, y la CIA estaba dispuesta a hacer retroceder a Rusia hasta sus antiguas fronteras.

—Si vamos a intervenir y a tomar la ofensiva, Europa oriental representa el mejor lugar para empezar —declaró—. No quiero una batalla sangrienta, pero me gustaría ver que las cosas se ponen en marcha.[1]

A continuación tomó la palabra Chip Bohlen, que había intervenido en el asunto desde el primer momento y que pronto sería nombrado embajador estadounidense en Moscú. Las semillas del programa de guerra política de la CIA se habían plantado ya en las cenas de los domingos por la noche a las que había asistido cinco años antes.

—¿Estamos librando una guerra política? —le preguntó retóricamente a Dulles—. Lo estamos haciendo desde 1946, y desde entonces han pasado muchas cosas. Que haya sido efectivo, o que se haya hecho de la mejor manera, ya es otra cuestión.

»Cuando ustedes se preguntan “¿debemos tomar la ofensiva?”, yo veo un vasto campo de ilusiones —añadió Bohlen.

Mientras la guerra de Corea proseguía en toda su furia, la Junta de Jefes encargó a Frank Wisner y a la CIA que realizaran «una importante ofensiva encubierta contra la Unión Soviética», dirigida al «corazón del sistema de control comunista».[2] Wisner se puso manos a la obra. El Plan Marshall se estaba transformando en una serie de pactos que proporcionaban armas a los aliados de Estados Unidos, y Wisner vio este hecho como una oportunidad para armar a fuerzas

quintacolumnistas secretas que lucharan contra los soviéticos en caso de guerra. De modo que se dedicó a preparar el terreno en toda Europa. En las montañas y bosques de Escandinavia, Francia, Alemania, Italia y Grecia, sus hombres ocultaban lingotes de oro en lagos y enterraban alijos de armas para la inminente batalla. Paralelamente, en las marismas y laderas de Ucrania y el Báltico, sus pilotos lanzaban agentes hacia una muerte segura.

En Alemania, más de un millar de sus agentes introducían octavillas en Berlín Este, falsificaban sellos postales en los que aparecía un retrato del líder germano-oriental Walter Ulbricht ahorcado con una soga alrededor del cuello, y tramaban misiones paramilitares en Polonia. Pero nada de todo esto proporcionaba ninguna pista sobre la naturaleza de la amenaza soviética. Las operaciones de sabotaje del Imperio soviético seguían predominando de manera abrumadora sobre los planes para espiarlo.

«El futuro de la agencia»

La CIA era ahora una fuerza de ámbito mundial que contaba con 15.000 personas, 500 millones de dólares en fondos reservados para gastar cada año y más de 50 bases extranjeras. A base de fuerza de voluntad, Bedell Smith la había convertido en una organización muy parecida a lo que sería durante los cincuenta años siguientes. Había transformado la Oficina de Coordinación Política y la Oficina de Operaciones Especiales en un solo servicio clandestino que operaba en el extranjero, había creado un sistema unificado de análisis en el cuartel general, y había logrado que la CIA fuera objeto de cierto respeto en la Casa Blanca.

Pero no había convertido a la agencia en un servicio de inteligencia profesional. «No podemos conseguir gente cualificada —se lamentaría en sus últimos días como director de la central de inteligencia—. Sencillamente no existe.»[3] Y tampoco lograría que Allen Dulles y Frank Wisner se doblegaran a su autoridad. Una semana antes de las elecciones presidenciales de 1952, Bedell Smith trató una vez más de

someterles a su control.

El 27 de octubre convocó una conferencia de los veintiséis principales cargos de la agencia y proclamó que «hasta que la CIA pueda dotarse de una reserva de personal bien entrenado, debería restringir sus actividades a un número limitado de operaciones que realmente pueda hacer bien, en lugar de intentar abarcar un campo amplio con un mal rendimiento» a base de un «personal inadecuadamente entrenado o inferior».[4] Galvanizado por los resultados de ciertas investigaciones realizadas en Alemania, el general ordenó la creación de una «Junta Criminal», una especie de jurado encargado de liquidar las peores de entre las operaciones encubiertas de la CIA. Pero Wisner se defendió de inmediato. Dijo que clausurar las operaciones dudosas representaría un proceso largo y doloroso, y que harían falta muchos, muchos meses —de hecho, hasta bien entrada la nueva administración estadounidense— para que la orden de Bedell Smith se llevara a cabo. El general fue derrotado, y la Junta Criminal, rechazada.

Dwight D. Eisenhower obtuvo la presidencia del país con un programa que hacía especial hincapié en la seguridad nacional y que apelaba al mundo libre para liberar a los satélites soviéticos; un guión que había escrito su más estrecho asesor de política exterior, John Foster Dulles. Sus planes de victoria incluían la designación de un nuevo director de la central de inteligencia. Elegido pese a las protestas de Bedell Smith, confirmado sin oposición alguna por el Senado y celebrado por la prensa, Allen Dulles obtuvo finalmente el puesto que tanto codiciaba.

Hacía ocho años que Richard Helms conocía bien a Dulles, desde que ambos habían viajado juntos a la pequeña escuela de paredes rojas de Francia donde Bedell Smith aceptó la rendición incondicional del Tercer Reich. Helms, que tenía ahora cuarenta años, era un hombre de complexión fuerte que no tenía ni un solo cabello fuera de lugar ni dejaba un solo papel desordenado en su mesa cuando por la noche se apagaban las luces. Dulles, por su parte, tenía sesenta, caminaba arrastrando los pies con unas zapatillas de fieltro que llevaba en privado para aliviar su gota, y exhibía siempre cierto aire

de profesor distraído. No mucho después de la victoria de Eisenhower en las elecciones, Dulles llamó a Helms al despacho de dirección, y los dos hombres se sentaron a charlar.

—Hablemos del futuro —dijo Dulles, llenando la atmósfera de grandes nubes de humo de pipa—. Del futuro de la agencia.[5]

»¿Recuerda los complots y el derramamiento de sangre que se produjeron cuando tratábamos de arreglar las cosas en 1946? ¿De que podía hacerse responsable a la central de inteligencia? ¿Existía por entonces siquiera un servicio?

Dulles quería que Helms comprendiera que, mientras él fuera el director de la central de inteligencia, iba a existir por narices un servicio dedicado a realizar misiones audaces, difíciles y peligrosas.

—Quiero estar absolutamente seguro de que comprende usted lo importantes que resultan las operaciones encubiertas en este preciso momento —añadió Dulles—. La Casa Blanca y esta administración tienen un especial interés en todos los aspectos de la acción encubierta.

Durante los ocho años siguientes, gracias a su devoción por la acción encubierta, a su desprecio por los detalles del análisis y a su peligrosa práctica de engañar al presidente de Estados Unidos, Allen Dulles causaría incontables daños a la agencia que él mismo había contribuido a crear.

Segunda parte

«Una extraña clase de genio»

La CIA durante el mandato de Eisenhower (1953-1961)

7

«No tenemos ningún plan»

Allen Dulles llevaba una semana como director de la central de inteligencia cuando, el 5 de marzo de 1953, murió Iósiv Stalin. «No disponemos de información de inteligencia interna fiable o de conocimientos internos sobre el Kremlin —se lamentaría la agencia al cabo de unos días—. Nuestras estimaciones sobre los planos de largo alcance y las intenciones de los soviéticos son meras especulaciones derivadas de evidencias insuficientes.»[1] El nuevo presidente de Estados Unidos no estaba nada contento. «Ya desde 1946 —diría Eisenhower furioso—, todos los llamados expertos han estado cotorreando sobre lo que ocurriría cuando muriera Stalin y sobre lo que nosotros como país deberíamos hacer al respecto. Bueno, pues ya se ha muerto. Y ya puede uno revolver de arriba abajo los archivos de nuestro gobierno buscando, en vano, cualquier plan que se hubiera establecido. No tenemos ningún plan. Ni siquiera sabemos con certeza qué diferencia representa su muerte.»[2]

La muerte de Stalin intensificó aún más los temores de los estadounidenses con respecto a las intenciones soviéticas. Para la CIA, la cuestión era si los sucesores de Stalin —cualesquiera que fuesen— iniciarían una guerra preventiva. Pero las especulaciones de la agencia sobre los soviéticos no eran sino reflejos en un espejo de feria de esos que deforman la imagen. Stalin jamás tuvo un plan maestro para dominar el mundo ni contó con los medios para llevarlo a cabo. El hombre que a la larga tomaría el control de la Unión Soviética tras su muerte, Nikita Jruschov, recordaría que Stalin «temblaba» y «se estremecía» ante la perspectiva de un combate global con Estados Unidos. «La guerra le daba miedo —diría Jruschov—. Stalin jamás hizo nada para provocar una guerra con Estados Unidos. Era consciente de su debilidad.»[3]

• • •

Uno de los defectos fundamentales del Estado soviético era el hecho de que todas las facetas de la vida cotidiana estaban subordinadas a la seguridad nacional. Stalin y sus sucesores tenían una obsesión patológica por las fronteras de su país. Napoleón las había invadido desde París, y luego Hitler desde Berlín. La única política exterior de Stalin durante la posguerra había sido la de convertir a Europa del Este en un enorme escudo humano. Mientras él dedicaba sus energías a asesinar a sus enemigos internos, el pueblo soviético hacía colas interminables para comprar un saco de patatas. Los estadounidenses, por su parte, estaban a punto de disfrutar de ocho años de paz y prosperidad bajo el mandato de Eisenhower. Pero esa paz se produciría al precio de una acelerada carrera armamentística, cazas de brujas políticas y una permanente economía de guerra.

El reto para Eisenhower era enfrentarse a la Unión Soviética sin desencadenar la Tercera Guerra Mundial y sin subvertir la democracia estadounidense. Pero temía que los costes de la guerra fría perjudicaran gravemente a Estados Unidos; si sus generales y almirantes se salían con la suya, acabarían con el tesoro público. Decidió, pues, basar su estrategia en las armas secretas —bombas nucleares y operaciones encubiertas—, que resultaban mucho más baratas que las multimillonarias escuadras de aviones de caza y flotas de portaaviones. Con la suficiente potencia de fuego nuclear, Estados Unidos podía disuadir a los soviéticos de iniciar una nueva guerra mundial, o de ganarla en el caso de que esta se produjera. Con una campaña global de acción encubierta, Estados Unidos podía detener la expansión del comunismo; o, como proclamaba públicamente la política de Eisenhower, hacer retroceder a los rusos.

Eisenhower apostó el destino de la nación a su arsenal nuclear y su servicio de espionaje. Las preguntas en torno a cuál era su mejor uso fueron moneda corriente en casi todas las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional en los primeros tiempos de su presidencia. Este organismo, creado en 1947 para gobernar el uso del poder de Estados Unidos en el extranjero, rara vez se convocó bajo el mandato de

Truman. Eisenhower lo revivió y lo dirigió como un buen general dirige a su estado mayor. Cada semana, Allen Dulles abandonaba los confines de su desvencijada oficina y se metía en su limusina negra, pasaba junto a los barracones provisionales donde trabajaban Wisner y sus hombres de operaciones encubiertas, y atravesaba las puertas de la Casa Blanca. Allí se sentaba ante la gran mesa oval de la Sala del Gabinete, frente a su hermano Foster, secretario de Estado, y al lado del secretario de Defensa, el presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, el vicepresidente Richard Nixon y el presidente. Normalmente Allen abría cada sesión con un recorrido por los puntos calientes del globo. Luego la conversación pasaba a girar sobre las estrategias de la guerra secreta.

«Podíamos barrer el mundo entero»

A Eisenhower le preocupaba constantemente la posibilidad de un Pearl Harbor nuclear, y la CIA no podía tranquilizarle en ese aspecto. En la reunión del Consejo de Seguridad Nacional del 5 de junio de 1953, Allen Dulles le dijo que la agencia no podía proporcionarle «ninguna advertencia previa a través de los canales de inteligencia sobre un ataque soviético imprevisto».[4] Unos meses después, la CIA aventuró la suposición de que los soviéticos no serían capaces de lanzar un misil balístico intercontinental contra Estados Unidos hasta 1969. Aquella estimación se revelaría errónea nada menos que al cabo de una docena de años.

En agosto de 1953, cuando la Unión Soviética probó su primera arma de destrucción masiva —no precisamente una bomba termonuclear, pero sí algo bastante aproximado—, la agencia no tenía indicio alguno, ni proporcionó la menor advertencia. Seis semanas después, cuando Allen Dulles informó al presidente de la prueba soviética, Eisenhower se preguntó si debería lanzar un ataque nuclear exhaustivo sobre Moscú antes de que fuera demasiado tarde, y declaró que parecía «como si hubiera llegado la hora de la decisión, y que en aquel momento teníamos que abordar realmente la cuestión de si

debíamos o no lanzarlo todo de una vez contra el enemigo —según constaría en las actas posteriormente desclasificadas del NSC—. Había planteado aquella terrible cuestión porque en aquel momento no tenía sentido limitarse a estremecerse ante las capacidades del enemigo»,[5] especialmente teniendo en cuenta que Estados Unidos no podía saber si Moscú contaba con un arma nuclear o con un millar de ellas. «Nuestra tarea era la defensa de una forma de vida, y el gran peligro estaba en que, al defender tal forma de vida, nos encontraríamos recurriendo a métodos que ponían en peligro esa misma forma de vida. El verdadero problema, tal como lo veía el presidente, consistía en diseñar métodos para hacer frente a la amenaza soviética y adoptar controles que, en caso necesario, no se tradujeran en nuestra transformación en un estado guarnición. Todo ello, decía el presidente, constituía una paradoja.»

Cuando Dulles advirtió al presidente de que «los rusos podían lanzar un ataque atómico sobre Estados Unidos mañana»,[6] Eisenhower replicó que «no creía que hubiera nadie allí que pensara que el coste de ganar una guerra global contra la Unión Soviética fuera un coste demasiado caro de pagar». Pero el precio de la victoria podría ser la destrucción de la propia democracia estadounidense. El presidente señaló que la Junta de Jefes del Estado Mayor le había dicho que «debíamos hacer lo que fuera necesario aunque el resultado fuera cambiar la forma de vida estadounidense. Podíamos barrer el mundo entero … si estábamos dispuestos a adoptar el sistema de Adolf Hitler».

Eisenhower creía que podía afrontar la paradoja por medio de la acción encubierta. Pero una encarnizada batalla en Berlín Este había revelado la incapacidad de la CIA para enfrentarse frontalmente al comunismo. Los días 16 y 17 de junio de 1953, cerca de trescientos setenta mil germano-orientales tomaron las calles. Miles de estudiantes y trabajadores atacaron violentamente a sus opresores, quemando edificios del Partido Comunista soviético y germano-oriental, destrozando coches de policía, y tratando de impedir que los tanques rusos quebrantaran sus ánimos. La revuelta fue mucho mayor de lo que en un primer momento creyó la CIA, pero la agencia no

pudo hacer nada para salvar a los rebeldes. Aunque Frank Wisner sopesó los riesgos de tratar de armar a los berlineses del Este, al final se echó atrás. Sus ejércitos de liberación se revelaban ineficaces. El 18 de junio dijo que la CIA «por el momento no debería hacer nada para incitar a los germano-orientales a nuevas acciones». Y la revuelta fue aplastada.[7]

La semana siguiente, Eisenhower ordenó a la CIA «entrenar y equipar a organizaciones clandestinas capaces de realizar incursiones a gran escala o de realizar una guerra sostenida» en Alemania Oriental y los demás satélites de la Unión Soviética.[8] La orden pedía también a la agencia que «alentara la eliminación de los funcionarios títere clave» de los estados cautivos; lo de «eliminación» era en sentido literal. Pero la orden no era más que un gesto vacuo; el presidente empezaba a ser consciente de los límites de las capacidades de la CIA. Aquel verano, en el solario de la Casa Blanca, Eisenhower reunió a los hombres en los que más confiaba en el ámbito de la seguridad nacional —entre ellos, Walter Bedell Smith, George Kennan, Foster Dulles y el teniente general retirado de la fuerza aérea James R. Doolittle, el piloto que había dirigido el bombardeo de Tokio en 1942—, y les pidió que redefinieran la estrategia nacional de Estados Unidos frente a los soviéticos. A raíz del denominado Proyecto Solario, la idea de hacer retroceder a los rusos mediante la acción encubierta fue definitivamente descartada después de cinco años de vigencia.

El presidente empezó entonces a tratar de redirigir la agencia. La CIA combatiría al enemigo en Asia, Oriente Próximo, África y Latinoamérica, y en cualquier parte donde los imperios coloniales se derrumbaran. Bajo el mandato de Eisenhower, la agencia realizaría 170 nuevas operaciones encubiertas importantes en 48 países, misiones de guerra política, psicológica y paramilitar en naciones donde los espías estadounidenses apenas sabían nada de la cultura, de la lengua o de la historia de la población.[9]

Eisenhower tomaría a menudo sus decisiones relativas a la acción encubierta en conversaciones privadas con los hermanos Dulles. Normalmente, Allen le hablaba a Foster de la propuesta de una operación, y luego este se la contaba al presidente durante algún

cóctel en el Despacho Oval. Después Foster le llevaba a Allen la aprobación del presidente, junto con un consejo: que no os pillen. Luego los hermanos trazaban el rumbo de la acción encubierta en conversaciones privadas en sus respectivos cuarteles generales, por teléfono, o bien los domingos junto a la piscina con su hermana Eleanor, que era funcionaria del Departamento de Estado. Foster creía firmemente que Washington debía hacer todo lo posible por alterar o abolir cualquier régimen que no se aliara abiertamente con Estados Unidos, y Allen estaba totalmente de acuerdo. Con la bendición de Eisenhower, se dispusieron, pues, a rehacer el mapa del mundo.

«UNA SITUACIÓN EN RÁPIDO DETERIORO»

Desde sus primeros días en el poder, Allen Dulles se dedicó a pulir la imagen pública de la CIA, cultivando las relaciones con las editoriales y emisoras más poderosas del país, cautivando a senadores y congresistas, y cortejando a columnistas de prensa.[10] Consideraba que una publicidad digna resultaba mucho más adecuada que un discreto silencio.

Dulles mantuvo un estrecho contacto con los hombres que dirigían el *New York Times*, el *Washington Post* y las principales revistas semanales de la nación. Podía coger el teléfono y hacer que se publicara una noticia de impacto, asegurarse de que se obligaba a abandonar el terreno de juego a un corresponsal extranjero que resultaba irritante, o contratar los servicios de hombres como el jefe de la oficina de *Time* en Berlín o el corresponsal de *Newsweek* en Tokio. Filtrar noticias a la prensa constituía una costumbre muy arraigada en Dulles. Las salas de prensa de Estados Unidos estaban dominadas por veteranos de la rama propagandística del gobierno durante el período bélico, la denominada Oficina de Información de Guerra, antaño bajo los dominios del general William J. Donovan. Entre los hombres que respondieron a la llamada de la CIA estaban Henry Luce y sus redactores de *Time*, *Look* y *Fortune*; diversas revistas populares como *Parade*, *Saturday Review* y *Reader's Digest*, así como los ejecutivos más poderosos de CBS News. Dulles construyó, así, una

maquinaria de relaciones públicas y de propaganda que llegaría a incluir a más de cincuenta empresas de noticias y una docena de editoriales, además de diversos compromisos personales de ayuda por parte de hombres como Axel Springer, el magnate de la prensa más poderoso de Alemania Occidental.

Dulles quería que se le viera como el discreto jefe de un servicio de espionaje profesional, y la prensa reflejó obedientemente esa imagen. Los archivos de la CIA, sin embargo, cuentan una historia distinta.

Las actas de las reuniones diarias de Dulles con sus subordinados retratan a una agencia que pasaba dando tumbos de las crisis internacionales a los desastres internos: alcoholismo galopante, malversaciones financieras, dimisiones masivas...[11] ¿Qué había que hacer con un agente de la CIA que había matado a un colega británico y se enfrentaba a un juicio por homicidio involuntario? ¿Por qué se había suicidado el ex jefe de la base suiza? ¿Qué podía hacerse con respecto a la falta de talento en el servicio clandestino? El nuevo inspector general de la agencia, Lyman Kirkpatrick, se convirtió en un constante portador de malas noticias sobre el calibre del personal, el entrenamiento y el rendimiento de la CIA. Kirkpatrick advirtió a Dulles de que varios centenares de los hábiles oficiales militares que la CIA había reclutado durante la guerra de Corea estaban abandonando la agencia, y de que «resultaba de lo más evidente que un porcentaje demasiado elevado se marchaba con una actitud hostil con respecto a la CIA».

Al final de la guerra, un grupo de agentes de baja y media graduación, horrorizados ante la escasa moral reinante en el cuartel general, pidieron y obtuvieron permiso para realizar un sondeo interno entre sus colegas. Entrevistaron a 115 miembros del personal de la CIA, y luego escribieron un largo y detallado informe que se completó al final del primer año de Dulles como director. En él describían «una situación en rápido deterioro»: frustración generalizada, confusión y falta de objetivos. Se había reclutado a personas inteligentes y patrióticas con la promesa de un emocionante servicio en el extranjero —«una impresión completamente falsa»—, y luego se les había arrinconado en puestos sin porvenir como

mecanógrafos y mensajeros. Cientos de agentes regresaron de un destino en el extranjero solo para deambular por el cuartel general durante meses, buscando en vano un nuevo puesto de trabajo. «La perjudicial acumulación en la Agencia de la práctica del personal inactivo aumenta en progresión, no aritmética, sino geométrica —informaban—. Por cada agente capaz que la Agencia pierde debido al descontento o la frustración, puede haber muy bien dos o tres hombres competentes más (del mismo nivel educativo, profesional o social) a los que la Agencia jamás tendrá la oportunidad de emplear ... El daño causado puede ser irreparable.»

Los agentes más jóvenes de la CIA trabajaban para «demasiadas personas en puestos de responsabilidad que aparentemente no saben lo que están haciendo». Los autores del informe observaban que se derrochaba «una espantosa cantidad de dinero» en misiones fallidas en el extranjero. Uno de los hombres de Frank Wisner escribía que las operaciones en las que trabajaba eran «en gran medida ineficaces y bastante caras. Algunas se dirigen a objetivos que apenas resultan lógicos, y menos aún legítimos. Así, para proteger los puestos de trabajo y el prestigio, tanto aquí como sobre el terreno, la misión del cuartel general consiste en encubrir el presupuesto operativo y programar justificaciones, en el mejor de los casos, exagerando las partidas». El informe concluía que «la Agencia está plagada de mediocridad y menoscabo».

Aquellos jóvenes agentes habían visto un servicio de inteligencia que se engañaba a sí mismo, y describían a una CIA en la que se daba un gran poder a personas incompetentes y donde los reclutas más capacitados eran apilados como leña en los pasillos.

Allen Dulles enterró el informe. Nada cambió. Cuarenta y tres años después, en 1996, una investigación del Congreso concluía que la CIA «sigue afrontando una importante crisis de personal que hasta ahora no se ha abordado de una manera coherente ... Hoy la CIA no cuenta todavía con el número suficiente de agentes para dotar a muchas de sus bases en todo el mundo».[12]

Eisenhower, que deseaba convertir a la CIA en un instrumento eficaz del poder presidencial, trató de imponer a la agencia una estructura de mando que pasara por Walter Bedell Smith. En los días posteriores a la elección del presidente, el general había confiado en que se le nombrara presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, y se sintió desolado ante la decisión de Eisenhower de designarle subsecretario de Estado. Bedell Smith no quería ser el segundo de a bordo de Foster Dulles, un hombre al que consideraba un pomposo fanfarrón.[13] Pero el presidente le quería —y le necesitaba— para que actuara como honesto mediador entre él mismo y los hermanos Dulles.

Bedell Smith aireó su enfado ante el vicepresidente Nixon, su vecino en Washington. De vez en cuando el general se pasaba a hacerle una visita, según recordaría el propio Nixon, y en esas ocasiones «un par de copas le soltaban la lengua de manera inusitada ... Recuerdo que una noche estábamos sentados tomando whisky con soda, y Bedell se puso muy sensible y dijo: "Quiero decirte algo de Ike ... Yo solo he sido el pringado de Ike ... Ike debe tener a alguien que haga el trabajo sucio, y él no quiere hacerlo para poder parecer un buen tipo"».[14]

Y Bedell Smith hizo ese trabajo sucio en calidad de supervisor de la acción encubierta de Eisenhower, actuando de vínculo crucial entre la Casa Blanca y las operaciones secretas de la CIA. Como fuerza impulsora de la recién creada Junta de Coordinación de Operaciones, se encargó de materializar las directrices secretas del presidente y el Consejo de Seguridad Nacional, y supervisó la ejecución de dichas órdenes por parte de la CIA. Sus embajadores, cuidadosamente elegidos, desempeñaron un papel fundamental en la realización de esas misiones.

Durante los diecinueve meses en los que Bedell Smith ejerció de procónsul del presidente en lo referente a la acción encubierta, la agencia llevó a cabo los dos únicos golpes victoriosos de toda su historia. Los informes desclasificados sobre dichos golpes revelan que triunfaron gracias al soborno, la coacción y la fuerza bruta, y no precisamente al secretismo, el sigilo y la astucia. Pero crearon la

leyenda de que la CIA era una bala de plata en el arsenal de la democracia, proporcionando a la agencia el aura que tanto codiciara Dulles.

8

«El mayor triunfo de la CIA»

En enero de 1953, unos días antes de la toma de posesión de Eisenhower, Walter Bedell Smith mandó llamar a Kim Roosevelt al cuartel general de la CIA, y le preguntó: «¿Cuándo se va a poner en marcha nuestra maldita operación?».[1]

Dos meses antes, a principios de noviembre de 1952, Roosevelt, jefe de operaciones de la CIA para Oriente Próximo, había viajado a Teherán para solucionar un lío en nombre de sus amigos de la inteligencia británica. El primer ministro iraní, Muhammad Mossadeg, había pillado a los británicos tratando de derrocarle, y había expulsado a todo el personal de su embajada, incluidos los espías. Roosevelt había acudido al país para preservar y pagar a una red de agentes iraníes que habían trabajado para los británicos, pero que aceptaron encantados la generosidad estadounidense. De regreso a casa, se detuvo en Londres para informar a sus colegas británicos.

Allí se enteró de que el primer ministro, Winston Churchill, deseaba que la CIA ayudara a derrocar el régimen iraní. Cuarenta años antes, el petróleo de Irán había catapultado a Churchill al poder y la gloria. Y ahora sir Winston quería repetir.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Churchill, en su calidad de primer lord del Almirantazgo, había transformado los barcos de la armada real, que habían pasado de funcionar con carbón a hacerlo con petróleo. También había propugnado la compra por parte de Inglaterra del 51 por ciento de la nueva Compañía Petrolífera Anglo-Persa, que cinco años antes había sido la primera en meterle mano al petróleo iraní. Los británicos se quedaron con la mejor parte. La nueva armada de Churchill no solo se alimentaba del petróleo de Irán, sino que también se había pagado con los ingresos derivados de él. El petróleo se convirtió, así, en la savia de la Hacienda británica. Y

mientras Britania gobernaba los mares,[*] las tropas inglesas, rusas y turcas irrumpían en el norte de Irán, destruyendo gran parte de la agricultura del país y generando una hambruna que probablemente mató a dos millones de personas. De este caos surgió un comandante cosaco, Reza Kan, que tomó el poder con tanta maña como fuerza, y que en 1925 sería proclamado sha de Irán. El político nacionalista Muhammad Mossadeg sería uno de los cuatro miembros del Parlamento iraní, el Majlis, que se opondrían a él.

El Majlis no tardó en descubrir que el gigante petrolífero británico, la ahora denominada Compañía Petrolífera Anglo-Iraní, estafaba sistemáticamente miles de millones de dólares a su gobierno. En la década de 1930, el odio a los ingleses y el temor a los soviéticos alcanzó tal extremo en Irán que los nazis llegaron a realizar profundas incursiones en el país. Y tan profundas fueron, que en agosto de 1941 Churchill y Stalin invadieron Irán. Luego enviaron a Reza al exilio e instalaron en el poder a su dócil e ingenuo hijo, Muhammad Reza Pahlavi, que entonces tenía veintiún años.

Mientras las tropas soviéticas y británicas ocupaban Irán, las fuerzas estadounidenses utilizaban sus aeropuertos y carreteras para transportar ayuda militar a Stalin por un valor aproximado de 18.000 millones de dólares. El único norteamericano de importancia en Irán durante la Segunda Guerra Mundial fue el general Norman Schwarzkopf, que organizó la Gendarmería —la policía rural— iraní (su hijo, del mismo nombre, sería el comandante de la denominada Operación Tormenta del Desierto, la guerra estadounidense de 1991 contra Irak). En diciembre de 1943, Roosevelt, Churchill y Stalin celebraron una conferencia de guerra en Teherán, pero los aliados dejaron tras de sí una nación hambrienta donde un trabajador del petróleo ganaba el equivalente a medio dólar diario y el joven sha mantenía el poder a través del fraude electoral. Finalizado el conflicto, Mossadeg acudió al Majlis para renegociar la concesión petrolífera británica. La Compañía Anglo-Iraní controlaba las mayores reservas conocidas del mundo, y su refinería marítima frente a la costa de Abadán era la mayor del planeta. Mientras los ejecutivos y técnicos petrolíferos británicos disfrutaban de clubes y piscinas privados, los

trabajadores del petróleo iraníes vivían en barrios de chabolas sin agua corriente, electricidad ni alcantarillado; una injusticia que haría aumentar el apoyo al partido iraní Tudeh, que por entonces afirmaba tener unos dos mil quinientos afiliados. Los ingleses obtenían el doble de ingresos del petróleo que los iraníes, pero ahora Irán exigió un reparto al 50 por ciento. Los ingleses se negaron, y trataron de ganarse a la opinión pública comprando, entre otros, a diversos políticos y editores de periódicos, además del director de la radio estatal.

El jefe de la inteligencia británica en Teherán, Christopher Montague Woodhouse, advirtió a sus compatriotas de que se exponían a un desastre. Y este se produjo en abril de 1951, cuando el Majlis votó a favor de nacionalizar la producción de petróleo iraní. Unos días después, Muhammad Mossadeg se convertía en el primer ministro de Irán. A finales de junio había barcos de guerra británicos frente a la costa iraní. En julio, el embajador estadounidense, Henry Grady, informaba de que los ingleses, en un acto de «completa locura», estaban tratando de derrocar al nuevo primer ministro. En septiembre, Gran Bretaña logró fraguar un boicot internacional al petróleo de Irán, un acto de guerra económica con el que se pretendía destruir a Mossadeg. Luego Churchill volvió al poder como primer ministro británico. Tenía entonces sesenta y seis años; Mossadeg, por su parte, tenía sesenta y nueve. Ambos eran dos viejos testarudos que dirigían asuntos de Estado en pijama. Los comandantes británicos hicieron planes para que setenta mil soldados tomaran los campos petrolíferos iraníes y la refinería de Abadán. Mossadeg llevó el caso ante las Naciones Unidas y la Casa Blanca, mostrándose encantador en público mientras que en privado advertía a Truman de que un ataque británico podría desencadenar una Tercera Guerra Mundial. Truman le dijo a Churchill lisa y llanamente que Estados Unidos jamás respaldaría aquella invasión. Churchill le respondió que el precio del apoyo militar británico en la guerra de Corea era el respaldo político estadounidense para su posición en Irán. En el verano de 1952 llegaron a un punto muerto.

El espía británico Monty Woodhouse viajó a Washington para reunirse con Walter Bedell Smith y Frank Wisner. El 26 de noviembre de 1952 discutían el modo de «derribar a Mossadeg».[2] Su complot se inició en el crepúsculo de una transición presidencial; conforme menguaba el poder de Truman, aumentaban los planes del golpe. Como diría Wisner cuando la conjura estaba ya en plena marcha, había veces en que la CIA hacía «la única política viable».[3] La política exterior oficialmente declarada por parte de Estados Unidos consistía en respaldar a Mossadeg; pero, mientras tanto, la CIA se disponía a derrocarle sin contar con el visto bueno de la Casa Blanca.

El 18 de febrero de 1953 llegó a Washington el recién nombrado jefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico (British Secret Intelligence Service, SIS) sir John Sinclair, un escocés de voz agradable conocido por la opinión pública como «C» y por sus amigos como «Simbad», se reunió con Allen Dulles y propuso a Kim Roosevelt como comandante de campo para orquestar un golpe de Estado. Los ingleses dieron a su plan el prosaico nombre de Operación Bota. Pero Roosevelt tenía un nombre más sonoro, Operación Áyax, por el mítico héroe de la guerra de Troya (una extraña elección, ya que, según la leyenda, Áyax se volvió loco, exterminó a un rebaño de ovejas creyendo que eran guerreros, y luego se suicidó avergonzado tras recuperar la cordura).

Roosevelt dirigió el espectáculo con elegancia. Llevaba dos años trabajando en operaciones políticas, propagandísticas y paramilitares destinadas a repeler la temida invasión soviética de Irán. Los agentes de la CIA disponían ya de las reservas de dinero y de armas suficientes para respaldar a diez mil guerreros tribales durante seis meses. Tenía autoridad para atacar al Tudeh, el pequeño, influyente e ilegalizado partido comunista de Irán. Ahora cambió de objetivo, aspirando a socavar el respaldo a Mossadeg en el seno de los principales grupos políticos y religiosos del país.

Roosevelt empezó por organizar una campaña de sobornos y subversión. Los hombres de la agencia y sus agentes iraníes compraron

las lealtades de halcones políticos, líderes religiosos y matones. Contrataron los servicios de bandas callejeras que reventaban a puñetazos los mítines del Tudeh, y de mulás que denunciaban a Mossadeg desde las mezquitas. La CIA no contaba con las décadas de experiencia en Irán que tenía Gran Bretaña, ni tampoco disponía, ni de lejos, de tantos agentes iraníes reclutados. Pero sí tenía más dinero para repartir: al menos un millón de dólares al año, lo que representaba una gran fortuna en uno de los países más pobres del mundo.

La CIA siguió el ejemplo de la red de influencias controlada por la inteligencia británica. Esta estaba dirigida por los hermanos Rashidian, tres hijos de un iraní anglófilo que controlaba barcos, bancos y propiedades inmobiliarias, los cuales ejercían una gran influencia entre los miembros del Parlamento iraní, y dominaban a los principales comerciantes del bazar, los legisladores extraoficiales de Teherán. Los Rashidian habían sobornado a diversos senadores, militares de alta graduación, editoriales, bandas de pistoleros, y al menos a un miembro del gabinete de Mossadeg, y compraban información utilizando cajas de galletas llenas de dinero. Su círculo, que llegaba a incluir al principal sirviente del sha, se revelaría como un catalizador en el golpe de Estado.

Allen Dulles acudió a la reunión del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense del 4 de marzo de 1953 con siete páginas de notas centradas en las «consecuencias de la toma soviética» de Irán.[4] El país afrontaba «la maduración de un plan revolucionario», y si se hacía comunista, todos los demás países de Oriente Próximo le seguirían como piezas de dominó. El 60 por ciento del petróleo del mundo libre estaría en manos de Moscú. Esa desastrosa pérdida «mermaría seriamente nuestras reservas para la guerra», advertía Dulles, y en Estados Unidos habría que racionar el petróleo y la gasolina. El presidente no se creyó una sola palabra. Él creía que probablemente era mejor ofrecer a Mossadeg un crédito de 100 millones de dólares a fin de estabilizar su gobierno, en lugar de derrocarle.[5]

Monty Woodhouse sugirió discretamente a sus colegas

estadounidenses de la CIA que podían adoptar un enfoque distinto a la hora de plantearle el problema a Eisenhower. Tal vez no pudieran sostener que Mossadeg era comunista,[6] pero sí podían argumentar que, cuanto más tiempo permaneciera en el poder, mayor sería el peligro de que los soviéticos invadieran Irán. Kim Roosevelt perfeccionó sus argumentos para el presidente: si Mossadeg se inclinaba hacia la izquierda, Irán caería en manos de los soviéticos; pero si se le presionaba de la manera adecuada, la CIA podría asegurarse de que el gobierno cayera bajo el control de Estados Unidos.

Mossadeg cayó directamente en la trampa. En un farol que en realidad representó un error de cálculo, alzó el espectro de la amenaza soviética ante la embajada estadounidense en Teherán. Él esperaba ser «rescatado por los norteamericanos», según diría John H. Stutesman, un diplomático estadounidense que conocía bien a Mossadeg y que en 1953 era el funcionario del Departamento de Estado norteamericano encargado de los asuntos iraníes. «Mossadeg creía que, si echaba a los ingleses y amenazaba a los norteamericanos con la hegemonía rusa, nosotros entraríamos a toda prisa. Y no estaba tan equivocado.»[7]

El 18 de marzo de 1953, Frank Wisner informaba a Roosevelt y a Woodhouse de que Allen Dulles había dado el pistoletazo de salida. El 4 de abril, el cuartel general de la CIA envió un millón de dólares a la base de Teherán. Pero Eisenhower tenía sus dudas, como también las tenían otros elementos clave en el plan para derrocar al gobierno iraní.

Unos días después, el presidente pronunció un elocuente discurso, titulado «La posibilidad de la paz», en el que declaraba que «el derecho de todo país a formar un gobierno y un sistema económico de su propia elección es inalienable», y que «el intento por parte de cualquier país de dictar a otros su forma de gobierno resulta indefendible». Esas ideas molestaron al jefe de la base de la CIA en Teherán, Roger Goiran, quien se dirigió al cuartel general de la agencia preguntando por qué Estados Unidos quería aliarse con las tradiciones del colonialismo británico en Oriente Próximo. Aquello representaba un error histórico —afirmaba—, un desastre a largo

plazo para los intereses estadounidenses. Entonces Allen Dulles le llamó a Washington y le destituyó como jefe de base. El embajador estadounidense en Irán, Loy Henderson, que había participado en los planes desde el primer momento, se opuso con firmeza a la elección británica de un disoluto general de división iraní retirado, Fazlollah Zahedi, como figura clave del golpe. Mossadeg le había dicho al embajador que sabía que Zahedi era un traidor con la connivencia de los ingleses.

Pese a ello, los británicos eligieron a Zahedi, y la CIA respaldó la decisión, ya que era el único hombre que aspiraba abiertamente al poder del que se creía que era pro norteamericano. A finales de abril, Zahedi hubo de ocultarse tras el secuestro y asesinato del jefe de la policía nacional iraní; no le faltaban razones, puesto que se sospechaba que los asesinos habían sido sus propios partidarios. No volvería a aparecer en público hasta once semanas después.

En mayo el complot cobró un nuevo impulso, aunque todavía carecía de la aprobación del presidente estadounidense. La elaboración del plan se hallaba ya en la fase final. Zahedi, armado con 75.000 dólares en dinero de la CIA, había de formar una secretaría militar y elegir a los coroneles con los que orquestar el golpe. Un grupo de fanáticos religiosos denominado «Guerreros del Islam» —una «banda terrorista», según reza el informe de la CIA sobre el golpe de Estado— había de amenazar la vida de los partidarios políticos y personales de Mossadeg dentro y fuera del gobierno. Tenía que llevar a cabo violentos ataques a respetados líderes religiosos, pero de modo que diera la impresión de que eran obra de los comunistas. La CIA redactó panfletos y carteles como parte de una campaña propagandística de 150.000 dólares para controlar la prensa y la opinión pública de Irán, proclamando que «Mossadeg favorece al Partido Tudeh y a la URSS ... Mossadeg es un enemigo del islam ... Mossadeg está destruyendo deliberadamente la moral del Ejército ... Mossadeg está llevando deliberadamente al país al colapso económico ... Mossadeg ha sido corrompido por el poder». El día D, los organizadores del golpe, dirigidos por la secretaría militar de Zahedi, habían de tomar el cuartel general del estado mayor del ejército,

Radio Teherán, la residencia de Mossadeg, el banco central, el cuartel general de la policía y las centrales de teléfonos y de telégrafos. Luego arrestarían a Mossadeg y a los miembros de su gabinete. Se envió más dinero —11.000 dólares en una semana— destinado de inmediato a comprar al suficiente número de miembros del Majlis como para asegurar que hubiera una mayoría que proclamara a Zahedi nuevo primer ministro. Este último detalle tenía la ventaja de dar al golpe de Estado una apariencia de legalidad. Zahedi, por su parte, rendiría pleitesía al sha y restauraría a su monarquía en el poder.

Pero ¿desempeñaría su papel el voluble sha? El embajador Henderson no creía que este tuviera agallas para respaldar un golpe de Estado. Pero Roosevelt consideraba imposible seguir adelante sin él.

El 15 de junio, Roosevelt viajó a Londres para mostrarles el plan a los cerebritos de la inteligencia británica. Se reunieron en la sala de conferencias del cuartel general de esta última, donde un letrero rezaba: «Controle a sus invitados». No hubo objeciones. Al fin y al cabo eran los estadounidenses quienes iban a pagar la cuenta. Los ingleses habían concebido el golpe, pero sus líderes no podían desempeñar un papel dominante en su ejecución. El 23 de junio, el ministro de Exteriores, Anthony Eden, hubo de someterse a una importante operación abdominal en Boston. Aquel mismo día, Winston Churchill sufrió una grave embolia y estuvo a punto de morir; pero la noticia se mantuvo tan en secreto que la CIA ni siquiera se enteró de ello.

Durante las dos semanas siguientes la agencia estableció una cadena de mando con dos ramificaciones. Una había de regir la secretaría militar de Zahedi, mientras que la otra controlaría la guerra política y la campaña propagandística. Ambas estaban bajo las órdenes directas de Frank Wisner. Kim Roosevelt se dispuso a viajar en avión a Beirut, y desde allí, atravesar Siria e Irak en automóvil hasta llegar a Irán para establecer contacto con los hermanos Rashidian. La CIA solo esperaba la luz verde por parte del presidente de Estados Unidos.

Esta llegó el 11 de julio. Y a partir de ese momento, casi todo salió mal.

El secretismo de la misión se fue a pique ya antes de empezar. El 7 de julio, la CIA había captado una emisión radiofónica del Partido Tudeh. La emisora clandestina advertía a los iraníes de que el gobierno estadounidense, junto con diversos «espías y traidores», incluyendo al general Zahedi, trabajaban para «liquidar al gobierno de Mossadeg». [8] Este, por su parte, tenía sus propias fuentes de inteligencia militar y política, independientes del Tudeh, y sabía muy bien a lo que se enfrentaba.

Después la CIA descubrió que su golpe de Estado no disponía de tropas. El general Zahedi no tenía ni un solo soldado bajo su control. La agencia no poseía ningún mapa de la situación militar en Teherán, ni ninguna lista de militares iraníes. Entonces Kim Roosevelt acudió al general de brigada Robert A. McClure, el padre de las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses.[9] McClure había sido el principal agente de inteligencia de Eisenhower durante la Segunda Guerra Mundial, había dirigido la División de Guerra Psicológica en la guerra de Corea, y estaba especializado en la supervisión de operaciones conjuntas con la CIA. Había trabajado codo a codo con Dulles y Wisner, y no confiaba en ninguno de ellos.

El general McClure había ido a Teherán para dirigir el grupo de asesoramiento militar estadounidense, creado en 1950 para proporcionar apoyo, entrenamiento y asesoramiento militar a los oficiales iraníes más prometedores. Como parte de la guerra de nervios de la CIA, había roto los contactos de Estados Unidos con los comandantes favorables a Mossadeg. Roosevelt dependía íntegramente de McClure para tener una idea general de la situación del ejército iraní y de las lealtades políticas de sus oficiales de alta graduación. De hecho, Eisenhower insistiría personalmente en que McClure recibiera una segunda estrella después del golpe, señalando sus «excelentes relaciones con el sha y otros altos cargos en los que estamos interesados». El caso es que la CIA reclutó a un coronel que había actuado como enlace iraní para el grupo de asesoramiento militar de McClure a fin de que participara en el golpe. Y este reclutó en secreto

a otros cuarenta oficiales.

Ahora lo único que faltaba era el sha.

Un coronel de la CIA, Stephen J. Meade, se dirigió a París para llevarse a la hermana gemela del sha, la princesa Ashraf, una mujer impopular y de voluntad fuerte. El guión elaborado por la agencia requería que ella volviera del exilio y convenciera al sha de que diera su respaldo al general Zahedi. Pero la princesa Ashraf no aparecía por ninguna parte. Un agente de la inteligencia británica, Asadollah Rashidian, le siguió el rastro hasta la Riviera francesa. Hicieron falta otros diez días para convencerla de que tomara un vuelo comercial con rumbo a Teherán. Entre los incentivos para hacer tal cosa se incluía una gran suma de dinero y un abrigo de visón regalo del servicio de inteligencia británico, junto con la promesa del coronel Meade de que Estados Unidos se encargaría de la manutención de la familia real en el caso de que el golpe fracasara. Tras un acalorado encuentro cara a cara con su hermano gemelo, la princesa abandonó Teherán el 30 de julio, erróneamente convencida de que le había puesto firme. Luego, el primero de agosto, la CIA llevó al general Norman Schwarzkopf para que incrementara las presiones sobre el sha. Este, temeroso de que en su palacio hubiera escuchas, condujo al general a la gran sala de baile, puso una pequeña mesa en el centro y le dijo susurrando que no iba a secundar el golpe; no confiaba en que el ejército le apoyara.

Kim Roosevelt pasó toda la semana siguiente entrando y saliendo a escondidas del palacio del sha, presionándole de manera implacable y advirtiéndole de que, si no seguía los planes de la CIA, Irán podría hacerse comunista o convertirse en «una segunda Corea», lo que, en cualquiera de los dos casos, representaría la condena a muerte del monarca y su familia. Aterrorizado, el sha huyó a su regia residencia veraniega a orillas del mar Caspio.

Roosevelt hubo de improvisar frenéticamente. Elaboró un real decreto por el que se destituía a Mossadeg y se nombraba primer ministro al general Zahedi. Luego ordenó al coronel que mandaba la guardia imperial del sha que le presentara a Mossadeg a punta de pistola una copia firmada de aquel documento de dudosa legalidad, y

que le arrestara si se resistía. El 12 de agosto el coronel fue a buscar al sha al mar Caspio, y regresó la noche siguiente con copias firmadas del decreto. Después, los agentes iraníes de Roosevelt se lanzaron a las calles de Teherán. Periodistas e imprentas empezaron a vomitar propaganda: Mossadeg era comunista, Mossadeg era judío. Los matones callejeros de la CIA, haciéndose pasar por miembros del Partido Tudeh, atacaron a varios mulás y profanaron una mezquita. Mossadeg contraatacó clausurando el Majlis —según la ley, solo este podía destituirle, no el sha—, neutralizando así a todos los senadores y diputados cuyo voto había comprado la CIA.

Roosevelt siguió adelante. El 14 de agosto cablegrafió al cuartel general de la agencia con una petición urgente de otros 5 millones de dólares para afianzar al general Zahedi. El golpe se había preparado para aquella misma noche. Mossadeg lo sabía, de modo que movilizó la guarnición de Teherán del ejército iraní y rodeó su casa de tanques y soldados. Cuando la guardia imperial del sha fue a arrestar al primer ministro, unos oficiales leales se lo llevaron. Zahedi se escondió en un piso franco de la CIA, vigilado por uno de los agentes de Roosevelt, un novato llamado Rocky Stone. El cuadro de coroneles iraníes que la CIA había montado a toda prisa se desintegró.

Radio Teherán inició su emisión del 16 de agosto a las seis menos cuarto de la mañana anunciando que el golpe había fracasado. En el cuartel general de la CIA no tenían ni idea de lo que habían de hacer a continuación. Allen Dulles había abandonado Washington una semana antes para tomarse unas prolongadas vacaciones en Europa, confiando despreocupadamente en que todo iba bien, y no se le podía localizar. A Frank Wisner se le habían acabado las ideas. Roosevelt decidió por su cuenta tratar de convencer al mundo de que había sido el propio Mossadeg quien había orquestado el fallido golpe de Estado. Para hacer creíble su historia necesitaba al sha, pero el monarca había huido del país. El embajador estadounidense en Irak, Burton Berry, se enteró unas horas después de que el sha estaba en Bagdad, pidiendo ayuda. Roosevelt le dio instrucciones a Berry de que aconsejara al sha que emitiera una declaración por radio diciendo que había tenido que abandonar el país debido a una revuelta izquierdista. Este hizo lo que

se le pedía, y luego le dijo a su piloto que preparara un plan de vuelo para dirigirse a la capital mundial de los monarcas exiliados: Roma.

La noche del 16 de agosto, uno de los hombres de Roosevelt entregó 50.000 dólares a los agentes de la base iraní y les dijo que exaltaran a la muchedumbre haciéndose pasar por pistoleros comunistas. A la mañana siguiente, varios cientos de agitadores pagados inundaron las calles de Teherán, saqueando, incendiando y destrozando los símbolos del gobierno. También se les unieron miembros auténticos del Partido Tudeh, pero estos no tardaron en darse cuenta de que «se estaba organizando una acción encubierta», tal como informaría la base de la CIA, y «trataron de convencer a los manifestantes de que se fueran a casa». Después de una segunda noche sin dormir, Roosevelt fue a recibir al embajador Loy Henderson, que llegó de Beirut el 17 de agosto. Cuando se dirigían a recibirle al aeropuerto, los miembros de la embajada estadounidense pasaron junto a una estatua de bronce del padre del sha que alguien había derribado y de la que solo las botas se mantenían en su sitio.

Henderson, Roosevelt y el general McClure celebraron una conferencia de cuatro horas en el complejo de edificios de la embajada. El resultado fue un nuevo plan para provocar la anarquía. Gracias a McClure, diversos oficiales del ejército iraní fueron enviados a guarniciones remotas con la misión de reclutar soldados para respaldar el golpe. A los agentes iraníes de la CIA se les ordenó movilizar a nuevas muchedumbres. Asimismo, se enviaron emisarios religiosos para convencer al ayatolá supremo chií de Irán de que declarara la guerra santa.

Mientras tanto, en el cuartel general, Wisner se desesperaba tras leer la evaluación de la jornada por parte de los mejores analistas de la CIA: «El fracaso del golpe militar en Teherán y la huida del sha a Bagdad subrayan el constante dominio de la situación del primer ministro Mossadeg y presagian nuevas acciones drásticas por su parte para eliminar toda oposición».[10] Ya bien entrada la noche del 17 de agosto, envió un mensaje a Teherán diciendo que, a falta de una firme recomendación en sentido contrario por parte de Roosevelt y Henderson, el golpe contra Mossadeg debía cesar. Unas horas después,

en algún momento pasadas las dos de la madrugada, Wisner realizó una desesperada llamada de teléfono a John Waller, responsable de la sección iraní en el cuartel general de la CIA.

El sha —le dijo Wisner— había huido a Roma y se había alojado en el Hotel Excelsior. Y luego se había producido «una terrible, terrible coincidencia».

—¿Te imaginas qué es?

Pero Waller no se lo imaginaba.

—Piensa en lo peor que se te ocurra —añadió Wisner.

—Le ha atropellado un taxi y se ha muerto —respondió Waller.

—¡No, no! —repuso Wisner—. John, tal vez no sepas que Dulles había decidido prolongar sus vacaciones para ir a Roma. ¿Te imaginas ahora lo que ha ocurrido?

Waller se apresuró a contestar:

—¿Dulles le ha atropellado con su coche y lo ha matado?

Pero a Wisner no le hizo ninguna gracia.

—Los dos se presentaron en la recepción del Excelsior en el mismo momento —explicó Wisner—. Y Dulles tuvo que decir: «Después de usted, Majestad».[11]

«Un apasionado abrazo»

Al amanecer del 19 de agosto, las turbas contratadas por la agencia se reunieron en Teherán dispuestas a iniciar una revuelta. Llegaron a la capital autobuses y camiones cargados con miembros de las tribus del sur, a cuyos líderes había pagado la CIA. El subjefe de legación del embajador Henderson, William Rountree, describiría lo que ocurrió a continuación como «una revolución casi espontánea».[12]

«Se inició con una especie de manifestación pública de un gimnasio, levantando pesas y cadenas y esa clase de cosas», relataría. Se trataba de los levantadores de pesas y los forzudos circenses que la CIA había reclutado para la ocasión. «Empezaron a gritar eslóganes anti-Mossadeg y prosha, y luego iniciaron la marcha por las calles. Hubo muchos otros que se les unieron, y pronto surgió una importante

manifestación en favor del sha y en contra de Mossadeg. Los gritos de "¡Viva el sha!" se extendieron por toda la ciudad, y luego la multitud se dirigió hacia el edificio que alojaba al gabinete de Mossadeg», donde cogió a algunos de los principales miembros del gobierno, después de lo cual quemó cuatro oficinas de periódicos y saqueó la sede de un partido político favorable a Mossadeg. Dos de los hombres de la multitud eran líderes religiosos. Uno de ellos era el ayatolá Ahmed Kashani,[13] al que acompañaba su fiel devoto de cincuenta y un años, el ayatolá Ruhollah Musavi Jomeini, futuro líder de Irán.

Roosevelt les dijo a sus agentes iraníes que tomaran la oficina de telégrafos, el Ministerio de Propaganda y los cuarteles generales de la policía y del ejército. Por la tarde, tras una escaramuza que dejó al menos tres muertos, los agentes de la CIA emitían desde Radio Teherán. Roosevelt acudió al escondite de Zahedi, en el piso franco vigilado por el agente de la CIA Rocky Stone, y le dijo que estuviera preparado para proclamarse primer ministro. Zahedi estaba tan aterrorizado que Stone hubo de abrocharle la guerrera. Aquel día murieron en las calles de Teherán al menos un centenar de personas.

Como mínimo murieron también otras doscientas más cuando la CIA envió a la guardia imperial del sha a atacar la residencia de Mossadeg, fuertemente defendida. El primer ministro logró escapar, pero al día siguiente se entregó. Pasó los tres años siguientes en la cárcel, y luego una década bajo arresto domiciliario hasta el día de su muerte. Roosevelt le entregó a Zahedi un millón de dólares en efectivo, y el nuevo primer ministro se dispuso a aplastar a toda la oposición y a encerrar a miles de presos políticos.

«La CIA lo hizo remarcablemente bien a la hora de crear una situación en la que, con las circunstancias y la atmósfera apropiadas, pudiera efectuarse un cambio —recordaría el embajador Rountree, que posteriormente sería subsecretario de Estado para Oriente Próximo—. Resulta bastante evidente que las cosas no funcionaron como habían previsto, o al menos como esperaban; pero el caso es que al final funcionaron.»

En medio de aquel momento de gloria, Kim Roosevelt viajó a Londres. El 26 de agosto, a las dos de la tarde, era recibido en el

número 10 de Downing Street por el primer ministro británico. Winston Churchill —informaría Roosevelt— estaba «en mala forma», articulaba mal, tenía la visión borrosa y le fallaba la memoria: «Las iniciales CIA no le decían nada, pero tenía una vaga idea de que Roosevelt debía de estar vinculado de algún modo a su viejo amigo Bedell Smith».[14]

En la Casa Blanca, Roosevelt fue recibido como un héroe. La fe en la magia de la acción encubierta se puso por las nubes. «Las habladurías románticas sobre el "golpe" de Irán se propagaron por todo Washington como el fuego —recordaría Ray Cline, uno de los más destacados analistas de la CIA—. Allen Dulles disfrutaba de la gloria de la hazaña.»[15] Pero no todo el mundo en el cuartel general de la agencia veía la caída de Mossadeg como un triunfo. «El problema de este aparentemente brillante éxito» era «la extravagante impresión del poder de la CIA que había creado —escribía Cline—. No demostraba que la CIA pudiera derribar gobiernos y poner a gobernantes en el poder, sino que constituía un caso único en el que se había proporcionado justo la cantidad adecuada de ayuda marginal de la manera precisa y en el momento exacto». Comprando las lealtades de soldados y turbas callejeras, la CIA había creado un grado de violencia suficiente para dar un golpe de Estado. El dinero había cambiado de manos, y esas manos habían cambiado de régimen.

El sha regresó al trono y después amañó las siguientes elecciones parlamentarias utilizando para ello a las bandas callejeras de la CIA. Impuso tres años de ley marcial y reforzó su control sobre el país, pidiendo a la agencia y a la misión militar estadounidense en Irán que le ayudaran a asegurar su poder creando un nuevo servicio de inteligencia, que pasaría a conocerse como la Savak. La CIA quería que la Savak actuara como sus ojos y sus oídos contra los soviéticos, y el sha deseaba disponer de una policía secreta que protegiera su poder. La Savak, entrenada y equipada por la CIA, impondría su dominio durante más de veinte años.

El sha se convirtió en la pieza clave de la política exterior estadounidense en el mundo islámico. Durante los años siguientes, sería el jefe de base, y no el embajador norteamericano, quien

hablaría al sha en nombre de Estados Unidos. La CIA se entremezcló con la cultura política de Irán, fundida en «un apasionado abrazo con el sha», en palabras de Andrew Killgore, un funcionario político del Departamento de Estado a las órdenes del que sería embajador estadounidense entre 1972 y 1976, Richard Helms.

El golpe «se consideró el mayor triunfo de la CIA —diría Killgore—, y se anunció a bombo y platillo como una gran victoria nacional norteamericana. Habíamos cambiado completamente el curso de un país».[16] Hubo una generación entera de iraníes que crecieron sabiendo que la CIA había instaurado al sha, pero, con el tiempo, el caos que la agencia había creado en las calles de Teherán volvería para atormentar a los estadounidenses.

La ilusión de que la CIA podía derrocar al gobierno de un país por arte de magia resultaba muy atractiva. Y llevaría a Estados Unidos a una batalla en Centroamérica que se prolongaría durante los cuarenta años siguientes.

9

«Bomba, repito, bomba»

El coronel Al Haney aparcó su nuevo Cadillac al borde de una decrépita base aérea de Opa-Locka, Florida, unos días después de la Navidad de 1953; luego avanzó por el asfalto y examinó sus nuevos dominios: tres barracones de dos plantas situados al borde de los Everglades. El coronel Haney había enterrado la ruina humana que había creado siendo jefe de base en Corea del Sur bajo un sudario de alto secreto, y luego se las había ingeniado para lograr un nuevo destino. Haney, un apuesto bribón de treinta y nueve años de edad, recién divorciado, que ostentaba un impoluto uniforme militar sobre la musculosa complexión de su metro noventa de estatura, acababa de ser nombrado por Allen Dulles adjunto especial de la Operación Éxito, el complot de la CIA para derrocar al gobierno de Guatemala.

La agencia llevaba casi tres años dando vueltas a posibles complots para derrocar al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, y estos se reanudaron en el mismo momento en que Kim Roosevelt regresó triunfante de Irán. Entonces, un exaltado Allen Dulles le pidió que dirigiera la operación en Centroamérica, pero Roosevelt declinó respetuosamente la oferta. Tras estudiar el asunto, había determinado que la agencia estaba dando palos de ciego. No tenía espías en Guatemala e ignoraba cuáles eran los sentimientos del ejército o del pueblo. ¿Eran los militares leales a Arbenz? ¿Podía quebrantarse esa lealtad? La CIA no tenía ni idea.

Haney tenía órdenes de prepararle el camino al poder a un coronel guatemalteco cesante escogido por el cuartel general de la CIA, Carlos Castillo Armas. Pero su estrategia no era más que un elaborado borrador, que se limitaba a establecer que la CIA entrenaría y equiparía a una fuerza rebelde y la dirigiría hacia el palacio presidencial de la ciudad de Guatemala. Wisner envió el borrador al

Departamento de Estado a fin de obtener el espaldarazo del general Walter Bedell Smith, que designó a un nuevo equipo de diplomáticos estadounidenses para la operación.

«Mano dura»

Jack Peurifoy, siempre con su pistola encima, se había ganado su reputación librando al Departamento de Estado de izquierdistas y liberales en 1950. En su primera misión en el extranjero, como embajador de Grecia, entre 1951 y 1953, trabajó en estrecha colaboración con la CIA para establecer canales de poder encubierto estadounidense en Atenas. Tras llegar a su nuevo destino, Peurifoy cablegrafió a Washington diciendo: «He venido a Guatemala para emplear mano dura». Luego se reunió con el presidente Arbenz e informó: «Estoy definitivamente convencido de que, si el presidente no es un comunista, sin duda esperará a que venga uno».

Bedell Smith escogió a Whiting Willauer, uno de los fundadores de la compañía Transporte Aéreo Civil (Civil Air Transport, CAT) —la aerolínea asiática que Frank Wisner había comprado en 1949— como embajador en Honduras. Willauer convocó a los pilotos de la sede central de la CAT en Taiwán y les dio instrucciones de que se ocultaran y aguardaran órdenes en Miami y La Habana. Paralelamente, el embajador Thomas Whelan acudía a Nicaragua para colaborar con el dictador Anastasio Somoza, que estaba ayudando a la CIA a construir una base de entrenamiento para los hombres de Castillo Armas.

El 9 de diciembre de 1953, Allen Dulles aprobó oficialmente la Operación Éxito y autorizó un presupuesto de 3 millones de dólares. Nombró a Al Haney jefe de operaciones y a Tracy Barnes su responsable de guerra política.

Dulles creía en la idea romántica del «espía-caballero», y Tracy Barnes era un buen ejemplo de ello. El educado señor Barnes tenía el clásico currículum de la CIA en la década de 1950: primero la selecta escuela de Groton, luego Yale y después la facultad de derecho de

Harvard.[1] Había crecido en una lujosa propiedad de Long Island que contaba con su propio campo de golf privado. En la Segunda Guerra Mundial había sido un héroe de la OSS y había ganado una Estrella de Plata por tomar una guarnición alemana. Hombre brioso y desenvuelto, tenía esa clase de orgullo que suele preceder a la caída, y llegaría a representar lo peor del servicio clandestino. «Como aquellos que, por mucho que se esfuercen, parecen condenados a no dominar jamás una lengua extranjera, Barnes se reveló incapaz de cogerle el tranquillo a las operaciones secretas —reflexionaría Richard Helms—. Y lo que es aún peor: gracias a los constantes elogios y presiones de Allen Dulles, aparentemente Tracy siguió sin ser consciente de su problema.»[2] Luego pasó a ser jefe de base en Alemania e Inglaterra, y después fue a la bahía de Cochinos.

Barnes y Castillo Armas viajaron a Opa-Locka el 29 de enero de 1954, donde empezaron a forjar sus planes con el coronel Haney. Pero al despertarse a la mañana siguiente, descubrieron que su plan había saltado por los aires. Todos los grandes periódicos del hemisferio occidental publicaban las acusaciones del presidente Arbenz en las que mencionaba la existencia de un «complot contrarrevolucionario» patrocinado por el «gobierno norteamericano», dirigido por Castillo Armas y que contaba con un campo de entrenamiento de rebeldes situado en una granja de Somoza en Nicaragua. La filtración se había producido a partir de diversos cables y documentos secretos que un agente de la CIA —el enlace del coronel Haney con Castillo Armas— se había dejado en una habitación de hotel en la ciudad de Guatemala. El desventurado agente fue llamado de inmediato a Washington, donde se le recomendó que aceptara un puesto de trabajo como vigilante forestal en lo más profundo de la selva del noroeste del Pacífico.

La crisis no tardó en revelar que Haney era una bomba de relojería en el arsenal de la CIA. Buscaba la forma de distraer a los guatemaltecos de las noticias del complot publicando noticias falsas en la prensa local: «Si es posible, inventen noticias de gran interés humano, como platillos volantes o nacimientos de sextillizos en una zona remota», cablegrafió al cuartel general de la CIA. Ya podía

imaginarse los titulares: ¡Arbenz obligaba a todos los soldados católicos a afiliarse a una nueva religión que adoraba a Stalin!, ¡un submarino soviético se dirigía a Guatemala cargado de armamento! Esa última idea cautivó la imaginación de Tracy Barnes. Tres semanas después, Barnes hizo que su personal situara un alijo de armas soviéticas en la costa nicaragüense, y luego inventaron falsas historias afirmando que los soviéticos armaban a escuadrones asesinos comunistas en Guatemala. Pero muy pocos entre la prensa y la opinión pública se tragaron el cuento de Barnes.

Los estatutos de la CIA exigían que la acción encubierta se realizara de una manera lo bastante sutil como para que no se viera detrás la mano de Estados Unidos. Pero eso le importaba muy poco a Wisner. «No cabe la menor duda de que, si la operación se lleva a cabo, muchos latinoamericanos verán la mano de Estados Unidos en ella», le dijo a Dulles. Pero si la Operación Éxito se interrumpía «alegando que la mano de Estados Unidos se ve demasiado —argumentaba Wisner—, se planteará una seria cuestión acerca de si resulta apropiado incluir alguna operación de este tipo entre las armas estadounidenses en la guerra fría independientemente de lo grande que sea la provocación y de lo favorables que resulten los auspicios». Wisner consideraba que una operación era clandestina mientras Estados Unidos no la reconociera y se mantuviera en secreto ante el pueblo norteamericano.

Wisner mandó llamar al coronel Haney al cuartel general para llamarle al orden: «No hay ninguna operación que se considere tan importante como esta, y tampoco hay ninguna en la que esté más en juego la reputación de la agencia», le dijo Wisner; aunque «el cuartel general no ha recibido una declaración clara y concisa sobre cuáles son los planes con respecto a lo que ocurra el día D». El proyecto del coronel Haney consistía en una serie de líneas cronológicas entrelazadas, garabateadas en un rollo de papel de carnicero de unos 12 metros de longitud, colgado en la pared de los barracones de Opa-Locka. Y le explicó a Wisner que solo se podía entender la operación estudiando los garabatos de aquel rollo.

Wisner empezó «a perder confianza en el juicio y la moderación de Haney», según recordaría Richard Bissell. Este último, un hombre

extremadamente cerebral, otro producto de Groton y Yale al que en otro tiempo se había conocido como «Míster Plan Marshall», acababa de incorporarse a la CIA. Se le había contratado como «aprendiz de Dulles»,[3] según sus propias palabras, con la promesa de grandes responsabilidades en el futuro. El director le pidió de inmediato que ordenara la cada vez más complicada logística de la Operación Éxito.

Bissell y Barnes representaban la flor y nata de la CIA de Allen Dulles. Aunque no tenían experiencia alguna en la dirección de operaciones encubiertas, resulta indicativo de la fe que Dulles tenía en ellos el hecho de que les ordenara averiguar lo que Al Haney se traía entre manos en Opa-Locka.

Bissell aseguraría que tanto a él como a Barnes les gustaba el hiperactivo coronel: «Barnes era muy favorable a Haney y estaba entusiasmado con la operación. Yo creía que Haney era el hombre adecuado para el trabajo, puesto que la persona a cargo de una operación de esa clase tenía que ser un líder fuerte y activo. Tanto a Barnes como a mí nos gustaba Haney y aprobábamos el modo en que llevaba las cosas. No cabe duda de que la operación de Haney dejó una impresión positiva en mí, ya que después creé una oficina de proyectos parecida a aquella durante la preparación de la invasión de la bahía de Cochinos».

«Lo que queríamos era crear una campaña de terror»

El «audaz pero incompetente» Castillo Armas (por citar las palabras de Barnes), junto con sus «extremadamente reducidas y mal entrenadas» fuerzas rebeldes (por citar las de Bissell), esperaba una señal de los estadounidenses para atacar, siempre bajo la vigilante mirada del hombre de Haney, Rip Robertson, que había dirigido algunas de las aciagas operaciones guerrilleras de Corea.

Nadie sabía qué ocurriría cuando Castillo Armas y sus pocos centenares de rebeldes atacaran a los cinco mil hombres del ejército guatemalteco. La CIA subvencionaba a un movimiento estudiantil anticomunista en la ciudad de Guatemala compuesto por varios

cientos de estudiantes. Pero estos actuaban sobre todo, en palabras de Wisner, más como una «banda de pistoleros» que como un ejército de resistencia. De modo que Wisner prefirió asegurarse y abrió un segundo frente en la guerra contra Arbenz. Envió a uno de los mejores agentes de la CIA, Henry Hecksher, jefe de la base de Berlín, a la ciudad de Guatemala con órdenes de convencer a los militares de alto rango de que se rebelaran contra el gobierno. Hecksher estaba autorizado a gastar hasta 10.000 dólares al mes en sobornos, y no tardó en comprar la lealtad de un ministro sin cartera del gabinete de Arbenz, el coronel Elfego Monzón. La esperanza era que cuanto más dinero se pusiera, más fácil sería abrir una brecha en un cuerpo de oficiales que ya empezaba a quebrantarse bajo las presiones simultáneas del embargo de armas impuesto por Estados Unidos y la amenaza de una invasión norteamericana.

Pero Hecksher no tardó en convencerse de que solo un ataque real por parte de Estados Unidos animaría al ejército guatemalteco a derrocar a Arbenz. Así, escribía a Haney: «La "chispa crucial" ha de generarse por el calor, el calor de Estados Unidos», en la forma de un bombardeo de la capital.

A continuación, el cuartel general de la agencia remitió a Haney una lista de cinco páginas con los nombres de 58 guatemaltecos escogidos para ser asesinados. Aquellos asesinatos selectivos fueron aprobados por Wisner y Barnes. La lista abarcaba «altos cargos del gobierno y líderes de organizaciones» sospechosos de inclinaciones comunistas, y «unos cuantos individuos en puestos clave del gobierno y el ejército de importancia táctica, cuya eliminación resulta obligatoria para el éxito de la acción militar por razones psicológicas, organizativas o de otra índole». Castillo Armas y la CIA acordaron que los asesinatos se producirían durante o inmediatamente después de su llegada triunfal a la ciudad de Guatemala. Servirían para transmitir un mensaje recalcando la seriedad de las intenciones de los rebeldes.

Uno de los numerosos mitos sobre la Operación Éxito, filtrado por Allen Dulles a la prensa estadounidense, es el de que su triunfo final se debió, no a la violencia, sino a una brillante operación de espionaje. Tal como Dulles relataba la noticia, la clave estuvo en el trabajo de un

espía estadounidense que actuaba en la ciudad polaca de Stettin, a orillas del Báltico —el límite septentrional del telón de acero—, haciéndose pasar por un apasionado de la ornitología. A través de sus binoculares pudo ver que un carguero llamado *Alfhem* transportaba armas checas al gobierno de Arbenz. Entonces envió una carta con un mensaje en micropunto —«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»— dirigido a un agente encubierto de la CIA que trabajaba en una tienda de recambios de automóvil de París, quien, a su vez, retransmitió la señal codificada por onda corta a Washington. Tal como Dulles contaba la historia, luego otro agente de la CIA inspeccionó en secreto la bodega del barco mientras se hallaba atracado en el canal de Kiel, que une el Báltico con el mar del Norte. Así pues, la agencia sabía ya desde el momento en que el *Alfhem* abandonaba Europa que el barco se dirigía a Guatemala cargado de armas.

Un bonito cuento, repetido luego en muchos libros de historia, pero también una descarada mentira; una tapadera que disfrazaba lo que en realidad fue un grave error operativo. Lo cierto es que la CIA perdió el barco.

Arbenz estaba desesperado por romper el embargo de armas estadounidense sobre Guatemala. Creía que podría asegurarse la lealtad de su cuerpo de oficiales proporcionándoles armas. Henry Hecksher había informado de que el Banco de Guatemala había transferido 4,86 millones de dólares a un almacén de armas checo a través de una cuenta en Suiza. Pero la CIA perdió la pista, y siguieron cuatro semanas de frenética búsqueda antes de que el *Alfhem* atracara sin novedad en Puerto Barrios, Guatemala. Solo después de desempaquetado el cargamento, llegó a la embajada estadounidense la noticia de que se había desembarcado un envío de fusiles, ametralladoras, obuses y otras armas.

La llegada de las armas —muchas de ellas oxidadas e inútiles, y algunas con una esvástica grabada que delataba su edad y su origen— produjo un inesperado beneficio propagandístico para Estados Unidos. Exagerando burdamente el tamaño y la importancia del cargamento, Foster Dulles y el Departamento de Estado anunciaron que Guatemala

había pasado a formar parte del complot soviético para subvertir al hemisferio occidental. El futuro portavoz de la Cámara, John McCormack, calificó el envío de armas como una bomba atómica plantada en el patio trasero de Estados Unidos.

El embajador Peurifoy dijo que Estados Unidos estaba en guerra. «Nada que no sea una intervención militar directa tendrá éxito», cablegrafió a Wisner el 21 de mayo. Tres días después, barcos de guerra y submarinos de la marina estadounidense bloqueaban las costas de Guatemala, con lo que se violaba la legislación internacional.

El 26 de mayo, un avión de la CIA sobrevoló el palacio de la presidencia y lanzó octavillas sobre el cuartel general de la guardia presidencial, la más elitista de todas las unidades militares de la ciudad de Guatemala. «¡Lucha contra el ateísmo comunista! —rezaban —. ¡Lucha junto a Castillo Armas!» Fue una hábil maniobra. «Supongo que en realidad no importaba lo que decían las octavillas», le diría Tracy Barnes a Al Haney. Y tenía razón. Lo que importaba era que la CIA se había abatido y había arrojado un arma en un país que jamás había sido bombardeado antes.

«Lo que queríamos era crear una campaña de terror —diría E. Howard Hunt, un hombre de la CIA que trabajó en la sección de guerra política de la operación— para aterrorizar sobre todo a Arbenz, para aterrorizar a sus tropas, de modo parecido a como los bombarderos Stuka alemanes habían aterrorizado a la población de Holanda, Bélgica y Polonia en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial.»[4]

Durante cuatro semanas, a partir del primero de mayo de 1954, la CIA había estado librando una guerra psicológica en Guatemala a través de una estación de radio pirata llamada La Voz de la Liberación, dirigida por un agente contratado por la CIA, actor aficionado y hábil dramaturgo, llamado David Atlee Phillips. En un extraordinario golpe de suerte, la emisora de radio estatal guatemalteca dejó de emitir momentáneamente a mediados de mayo debido a que tenía previsto reemplazar la antena. Phillips se metió entonces en su frecuencia de emisión, y cuando los oyentes buscaban

las emisiones de la radio estatal se encontraban con las de «Radio CIA». El malestar se tornó en histeria entre el populacho cuando la emisora rebelde empezó a transmitir en onda corta informes de imaginarias revueltas y defecciones, y de conjuras para envenenar los pozos y llamar a filas a los niños.

El 5 de junio, el antiguo jefe de la fuerza aérea guatemalteca se dirigió a la granja de Somoza en Nicaragua donde tenían su origen las emisiones. Los hombres de Phillips le emborracharon con whisky y le instaron a hablar de sus razones para huir de Guatemala. Después de que la grabación fuera convenientemente manipulada en el estudio de campaña de la CIA, sonaba como un apasionado llamamiento a la rebelión.

«Considera la revuelta una farsa»

Cuando Arbenz se enteró de la emisión a la mañana siguiente, perdió la razón y se convirtió precisamente en el dictador que la CIA había descrito. Mandó que toda su fuerza aérea permaneciera en tierra por temor a que sus pilotos desertaran. Luego mandó hacer una redada en la casa de un líder estudiantil anticomunista que trabajaba en estrecha colaboración con la agencia, donde encontró evidencias del complot norteamericano. Entonces suspendió las libertades civiles y empezó a arrestar a cientos de personas, golpeando con especial dureza al grupo de estudiantes de la CIA. Al menos setenta y cinco de ellos fueron torturados, asesinados y enterrados en fosas comunes.

«Se extiende el pánico en los círculos del gobierno», cablegrafiaba la base de la CIA en Guatemala el 8 de junio. Eso era exactamente lo que Haney quería oír, y dio órdenes de avivar aún más las llamas con nuevas falsedades: «Un grupo de comisarios, agentes y asesores políticos soviéticos, dirigidos por un miembro del Politburó de Moscú, han aterrizado ... Además del reclutamiento militar, los comunistas introducirán el reclutamiento laboral. Se está imprimiendo ya un decreto en ese sentido. Todos los niños y niñas de dieciséis años serán llamados a realizar un servicio laboral en campos especiales, sobre

todo para adoctrinarlos políticamente y para romper la influencia de la familia y de la Iglesia en la juventud ... Arbenz ha abandonado ya el país. Sus declaraciones desde el Palacio Nacional en realidad las hace un doble, proporcionado por la inteligencia soviética».

Haney empezó a enviar bazucas y ametralladoras al sur por iniciativa propia, esgrimiendo falsas órdenes de armar a los campesinos e instarles a matar a los policías guatemaltecos. «Cuestionamos con firmeza ... que se ordene a los campesinos que maten a los guardias civiles —le advirtió Wisner por cable—. Eso equivale a una incitación a la guerra civil ... desacreditando el movimiento como una empresa terrorista e irresponsable dispuesta a sacrificar vidas inocentes.»

El coronel Monzón, el hombre de la CIA en el gabinete de Arbenz, pidió bombas y gases lacrimógenos para iniciar el golpe de Estado. «Es de vital importancia que se haga», aconsejaría la base de la CIA a Haney. A Monzón se la ha «dicho que tiene que actuar rápido. Él está de acuerdo ... Ha dicho que Arbenz, los comunistas y los enemigos serán ejecutados». La base de la agencia en Guatemala volvió a pedir que se atacara: «Solicitamos con urgencia que se tire una bomba, que se haga una demostración de fuerza, que se envíe a todos los aviones disponibles, que se muestre al ejército y a la capital que ha llegado el momento de las decisiones».

El 18 de junio, Castillo Armas lanzó su esperado ataque, que llevaba fraguándose durante más de cuatro años. Una fuerza de 198 rebeldes atacó Puerto Barrios, en la costa atlántica; pero fueron derrotados por la policía y los estibadores. Otros 122 marcharon sobre la guarnición del ejército guatemalteco en Zacapa; todos, salvo treinta, murieron o fueron capturados. Una tercera fuerza de sesenta rebeldes inició su avance desde El Salvador, solo para ser capturada por la policía local. El propio Castillo Armas, vestido con una chaqueta de cuero y al volante de una destartalada camioneta, condujo a otros cien hombres desde Honduras hasta tres aldeas guatemaltecas apenas defendidas. Acampó a unos kilómetros de la frontera para pedir a la CIA más comida, más hombres y más armas; sin embargo en el plazo de setenta y dos horas, más de la mitad de sus hombres habían muerto, habían

sido capturados o estaban al borde de la derrota.

La tarde del 19 de junio, el embajador Peurifoy se apropió de la línea de comunicaciones seguras de la CIA en la embajada estadounidense para escribir directamente a Allen Dulles: «Bomba, repito, bomba», le imploró. Haney intervino menos de dos horas después con un frenético mensaje a Wisner: «¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo la última esperanza de liberar al pueblo de Guatemala se hunde en las profundidades de la opresión y la atrocidad comunista hasta que no enviemos una fuerza armada norteamericana contra el enemigo? ... ¿No resulta nuestra intervención ahora, bajo tales circunstancias, mucho más aceptable que la de los marines? Se trata del mismo enemigo al que combatimos en Corea y al que puede que mañana combatamos en Indochina».

Wisner no movió un dedo. Una cosa era enviar a la muerte a legiones de extranjeros, y otra muy distinta enviar a pilotos estadounidenses a volar por los aires la capital de otro país.

La mañana del 20 de junio, la base de la CIA en la ciudad de Guatemala informaba de que el gobierno Arbenz estaba «recuperando el aplomo». La capital se hallaba «muy quieta, con las tiendas cerradas. La gente espera apática, y considera la revuelta una farsa».

La tensión en el cuartel general de la CIA resultaba casi insoportable. Wisner adoptó una actitud fatalista. Cablegrafió a Haney y a la base de la CIA diciendo: «Estamos dispuestos a autorizar el uso de bombas, momento que estamos convencidos incrementaría sustancialmente posibilidades de éxito sin daños desastrosos para los intereses de Estados Unidos ... Tememos que el bombardeo de instalaciones militares muy probablemente una al ejército contra la rebelión antes que inducir a la defección, y estamos convencidos de que los ataques contra objetivos civiles, que derramarían la sangre de personas inocentes, encajarían perfectamente en la línea de propaganda comunista y tenderían a alienar a todos los elementos de la población».

Bissell le dijo a Dulles que «el resultado del intento de derrocar al régimen del presidente Arbenz de Guatemala sigue siendo muy dudoso». En el cuartel general de la CIA, «todos estábamos

desesperados sin saber cómo proceder —según escribiría Bissell años más tarde—. Después de lidiar con constantes meteduras de pata operativas, éramos demasiado conscientes de lo peligrosamente cerca que estábamos de fracasar».[5] En aras de la denominada «negación plausible» (la capacidad del gobierno estadounidense de negar la existencia de una operación), Dulles había limitado el suministro de aviones para Castillo Armas a tres cazabombarderos F-47 Thunderbolt. Pero dos de ellos estaban fuera de servicio. Ahora —consignaría Bissell en sus memorias— «estaban en juego la reputación de la agencia y la suya propia».

Dulles autorizó en secreto un nuevo ataque aéreo sobre la capital mientras se disponía a reunirse con el presidente. La mañana del 22 de junio, el único avión que todavía seguía volando para la CIA le pegó fuego a un pequeño tanque de petróleo situado en las afueras de la ciudad. El incendio se apagó en veinte minutos. «La impresión pública es que los ataques revelan una increíble debilidad y falta de decisión, así como un pusilánime esfuerzo —rugió Haney—. En general, los esfuerzos de Castillo Armas se describen como una farsa. La moral anticomunista y antigobierno está a punto de desaparecer.» Luego cablegrafió directamente a Dulles, pidiendo más aviones de inmediato.

Entonces Dulles cogió el teléfono y llamó a William Pawley, uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, presidente de la organización Demócratas por Eisenhower, uno de los principales benefactores de este en las elecciones de 1952, y asesor de la CIA. Si había alguien que podía proporcionar una fuerza aérea secreta, ese era Pawley. Luego Dulles envió a Bissell a ver a Walter Bedell Smith, a quien la CIA había estado consultando diariamente todos los pasos de la Operación Éxito, y el general aprobó la petición clandestina de aviones. Pero en el último momento, el subsecretario de Estado para Latinoamérica, Henry Holland, se opuso violentamente a la idea, exigiendo que ambos fueran a ver al presidente.

A las dos y cuarto de la tarde del 22 de junio, Dulles, Pawley y Holland entraban en el Despacho Oval. Eisenhower les preguntó cuáles eran en aquel momento las probabilidades de éxito de la rebelión. Dulles le confesó que ninguna. ¿Y si la CIA disponía de más

aviones y bombas? Tal vez de un 20 por ciento, conjeturó Dulles.

El presidente y Pawley registrarían la conversación casi de manera idéntica en sus respectivas memorias, con una sola excepción. Eisenhower eliminó a Pawley de la historia, y está claro por qué lo hizo: porque había llegado a un acuerdo secreto con su benefactor político. «Ike —escribiría Pawley— se dirigió a mí y me dijo: “Bill, sigue adelante y coge los aviones”.»

Pawley telefoneó al Riggs Bank, situado a una manzana de la Casa Blanca. Luego llamó al embajador nicaragüense en Estados Unidos. Tras sacar 150.000 dólares en efectivo, se llevó al embajador al Pentágono. Pawley le entregó el dinero a un oficial del ejército, que se apresuró a transferir la propiedad de tres Thunderbolt al gobierno de Nicaragua. Aquella misma noche, los aviones, fuertemente armados, llegaban a Panamá desde Puerto Rico.

Al amanecer entraron en combate, desatando una lluvia de fuego sobre aquellas mismas fuerzas militares guatemaltecas cuya lealtad constituía el eje del plan para derribar a Arbenz. Los pilotos de la CIA ametrallaron trenes militares que llevaban soldados al frente. Arrojaron bombas, dinamita, granadas de mano y cócteles Molotov. Volaron una emisora de radio gestionada por misioneros cristianos estadounidenses y hundieron un carguero británico atracado en la costa del Pacífico.

Mientras tanto, en tierra, Castillo Armas era incapaz de avanzar ni un centímetro. Retrocediendo, llamó por radio a la CIA para implorar más efectivos aéreos. La Voz de la Liberación, cuyas señales se emitían ahora desde un transmisor situado encima de la embajada estadounidense, radiaba noticias astutamente fraguadas que informaban de que miles de soldados rebeldes marchaban sobre la capital. Unos altavoces situados en el tejado de la embajada emitían una grabación con el ruido de los aviones P-38 volando en plena noche. El presidente Arbenz, emborrachándose hasta casi perder la conciencia, se dio cuenta a través de su estupor que estaba siendo atacado por Estados Unidos.

La tarde del 25 de junio, la CIA bombardeó las plazas de armas del mayor campamento militar de la ciudad de Guatemala. Aquello

quebró la voluntad del cuerpo de oficiales. Arbenz reunió a los miembros de su gabinete aquella misma noche y les dijo que algunos elementos del ejército se habían rebelado. Y era cierto; un puñado de oficiales habían decidido en secreto alinearse con la CIA y derrocar a su presidente.

El embajador Peurifoy se reunió con los conspiradores del golpe el 27 de junio, con la victoria ya al alcance de la mano. Pero entonces Arbenz cedió el poder al coronel Carlos Enrique Díaz, que formó una junta y juró combatir a Castillo Armas. «Hemos sido traicionados», cablegrafió Peurifoy. Al Haney envió un mensaje a todas las bases de la CIA identificando a Díaz como «agente comunista», y ordenó a un elocuente agente de la CIA, Enno Hobbing —que antes de incorporarse a la agencia había sido jefe de la oficina de *Time* en Berlín—, que mantuviera una pequeña charla con Díaz al amanecer del día siguiente. Hobbing transmitió el mensaje a Díaz: «Coronel, usted no resulta conveniente para la política exterior estadounidense».

La junta se disolvió al instante, para ser reemplazada, en rápida sucesión, por otras cuatro, cada una de ellas más pro norteamericana que la anterior. El embajador Peurifoy pedía ahora que la CIA se retirara. El 30 de junio, Wisner envió un cable diciendo que había llegado el momento de que «los cirujanos se retiren y las enfermeras se hagan cargo del paciente». Peurifoy estuvo maniobrando aún durante otros dos meses, hasta que finalmente Castillo Armas asumió la presidencia. Este fue recibido con una salva de veintiún cañonazos y una cena oficial en la Casa Blanca, donde el vicepresidente de Estados Unidos le ofreció este brindis: «Aquí, en Estados Unidos, hemos observado cómo el pueblo de Guatemala registraba un episodio de su historia profundamente significativo para todos los demás pueblos —declaró Richard Nixon—. Dirigido por el valeroso soldado que esta noche es nuestro invitado, el pueblo guatemalteco se rebeló contra el gobierno comunista, que, al derrumbarse, dio un testimonio patente de su propia superficialidad, falsedad y corrupción». Guatemala iniciaba así un período de cuarenta años de gobernantes militares, escuadrones de la muerte y represión armada.

Los jefes de la CIA crearon un mito en torno a la Operación Éxito, exactamente tal como habían hecho con el golpe de Estado en Irán. La versión de la agencia era que la misión había sido una obra maestra. Pero lo cierto es que «en realidad no creíamos que tuviera demasiado éxito»,[6] según diría Jake Esterline, que a finales del verano se convertiría en el nuevo jefe de la base de Guatemala. El golpe había triunfado en gran medida gracias a la fuerza bruta y a la suerte ciega. Pero la CIA inventaría otra historia en un informe oficial para la Casa Blanca que se presentaría al presidente el 29 de julio de 1954. La noche antes, Allen Dulles invitó a Frank Wisner, Tracy Barnes, Dave Phillips, Al Haney, Henry Hecksher y Rip Robertson a su casa de Georgetown para un ensayo general. Allí escuchó con creciente horror cómo Haney iniciaba un farragoso discurso con un largo preámbulo sobre sus heroicas hazañas en Corea.

—Jamás había escuchado una estupidez semejante —dijo Dulles, y ordenó a Phillips que volviera a redactar el discurso.

En el Ala Este de la Casa Blanca, en una habitación que se había dejado en penumbra para proyectar un pase de diapositivas, la CIA le endosó a Eisenhower una versión adornada de la Operación Éxito. Cuando se encendieron las luces, la primera pregunta del presidente se dirigió al paramilitar Rip Robertson.

—¿Cuántos hombres ha perdido Castillo Armas? —preguntó.

Robertson le respondió que solo uno.

—¡Increíble! —exclamó el presidente.

Al menos cuarenta y tres de los hombres de Castillo Armas habían muerto durante la invasión, pero nadie contradijo a Robertson. Fue una descarada falsedad.

Aquello marcó un punto de inflexión en la historia de la CIA. Las historias-tapadera exigidas por la acción encubierta en el extranjero pasarían a formar parte de la conducta política de la agencia en Washington. Bissell lo diría lisa y llanamente: «Muchos de quienes nos incorporamos a la CIA no nos sentíamos obligados, en las acciones que emprendimos como miembros de su dirección, a observar todas las

reglas éticas». Él y sus colegas estaban dispuestos a mentir al presidente de Estados Unidos para proteger la imagen de la agencia. Y sus mentiras tendrían consecuencias duraderas.

10

«Y entonces habrá tormenta»

«Todo lo de la CIA está rodeado de secretismo: su coste, su eficacia, sus éxitos, sus fracasos»,[1] decía en marzo de 1954 el senador por Montana Mike Mansfield.

Allen Dulles respondía ante muy pocos miembros del Congreso. Estos protegían a la CIA del escrutinio público a través de servicios armados extraoficiales y asignaciones de partidas de gastos. Dulles les pedía regularmente a sus adjuntos que le proporcionaran «historias de éxitos de la CIA que pudieran utilizarse en la siguiente sesión presupuestaria».[2] Pero no se guardaba ningún as en la manga, y en raras ocasiones incluso estaba dispuesto a ser franco. Dos semanas después de la crítica de Mansfield, Dulles se enfrentó a tres senadores en una audiencia a puerta cerrada. Las notas que preparó para su informe decían que la rápida expansión de las operaciones encubiertas de la CIA podría haber sido «arriesgada o incluso imprudente para el prolongado esfuerzo de la guerra fría».[3] Aceptaba que «las operaciones no planeadas, urgentes e instantáneas normalmente no solo fracasaban, sino que también perturbaban e incluso reventaban nuestros cuidadosos preparativos para las actividades de más largo alcance».

Esa clase de secretos podían estar seguros en el Capitolio. Pero había un senador que planteaba una grave y creciente amenaza a la CIA: el cazarrojos Joseph McCarthy. Este y su personal habían desarrollado una red clandestina de informadores que hacia el final de la guerra de Corea había provocado las iras de la agencia. En los meses posteriores a la elección de Eisenhower, los archivos de McCarthy se llenaron de acusaciones de que «la CIA había contratado sin saberlo a un gran número de agentes dobles; individuos que, aunque trabajaban para la CIA, eran en realidad agentes comunistas

cuya misión consistía en filtrar datos inexactos»,[4] tal como explicaría su asesor jurídico principal, Roy Cohn. A diferencia de muchas de las acusaciones de McCarthy, esta era cierta. La agencia no resistiría ni el más mínimo análisis sobre la cuestión, y Allen Dulles era consciente de ello. Si el pueblo estadounidense se enteraba, en plena caza de brujas, de que la agencia había sido engañada en toda Europa y Asia por los servicios de inteligencia soviéticos y chinos, la CIA sería destruida.

Cuando McCarthy le dijo privadamente a Dulles a la cara que «la CIA no era ni sacrosanta ni inmune a la investigación»,[5] el director supo que estaba en juego su supervivencia. Foster Dulles había abierto la puerta a los sabuesos de McCarthy en una exhibición pública de mojigatería que devastaría el Departamento de Estado durante toda una década. Pero Allen se defendió. Rechazó el intento del senador de citar judicialmente a Bill Bundy, un miembro de la CIA que, debido a viejas lealtades, había contribuido con 400 dólares a la defensa de Alger Hiss, sospechoso de ser un espía comunista. Allen se negó a permitir que el senador hostigara a la CIA.

Su postura pública se basaba en fuertes principios, pero al mismo tiempo Allen dirigía una poco escrupulosa operación encubierta contra McCarthy.[6] Esa campaña clandestina se esbozaba ya en el testimonio secreto de un agente de la CIA ante el comité parlamentario de McCarthy y el asesor jurídico de la minoría, el joven de veintiocho años Robert F. Kennedy; un testimonio que se haría público en 2003 y que se reproduciría con detalle en un relato de la CIA desclasificado en 2004.

Tras su confrontación privada con McCarthy, Dulles organizó un equipo de agentes de la CIA con la misión de penetrar en la oficina del senador por medio de un espía o de un micrófono; preferiblemente ambas cosas. La metodología era exactamente como la de J. Edgar Hoover: encontrar trapos sucios y luego airearlos. Dulles dio instrucciones a James Angleton, su jefe de contraespionaje, de que encontrara el modo de suministrar información falsa a McCarthy y su personal como medio para desacreditarle. Angleton, a su vez, convenció a James McCargar —el que había sido uno de los primeros

fichajes de Wisner— de que filtrara falsos informes sobre un conocido miembro del grupo clandestino de McCarthy en la CIA. McCargar tuvo éxito; la CIA se infiltró en el Senado.

«Ha salvado usted la república», le dijo Allen Dulles.

«ESTA FILOSOFÍA ESENCIALMENTE REPUGNANTE»

Pero en 1954, la amenaza para la agencia creció al tiempo que el poder de McCarthy empezaba a desvanecerse. El senador Mansfield y treinta y cuatro de sus colegas respaldaban un proyecto de ley destinado a crear un comité de supervisión y a ordenar a la agencia que mantuviera al Congreso regular y plenamente informado de su trabajo (el proyecto no se aprobaría hasta veinte años después). Una comisión parlamentaria dirigida por un fiel colega de Eisenhower, el general Mark Clark, se preparaba para investigar la agencia.[7]

A finales de mayo de 1954, el presidente de Estados Unidos recibió una extraordinaria carta de seis páginas de un coronel de la fuerza aérea.[8] Se trataba del apasionado clamor de la primera persona que se decidía a tirar de la manta dentro de la CIA. Eisenhower la leyó y se la guardó.

El autor, Jim Kellis, era uno de los padres fundadores de la agencia, un veterano de la OSS que había luchado en la guerrilla en Grecia, luego había ido a China y había sido el primer jefe de la base de la Unidad de Servicios Estratégicos en Shanghái. Cuando nació la CIA, se contaba entre sus pocos hombres con experiencia en China. Después regresó a Grecia para investigar a las órdenes de Wild Bill Donovan, a quien se le había pedido, como ciudadano privado, que investigara el asesinato de un reportero de la CBS en 1948. Kellis averiguó que el asesinato había sido obra de los aliados de la derecha estadounidense en Atenas, y no de los comunistas, como comúnmente se creía. Pero sus descubrimientos se taparon. Luego volvió a la CIA, y durante la guerra de Corea estuvo a cargo de las operaciones paramilitares y las fuerzas de resistencia de la agencia en todo el mundo. Walter Bedell Smith le encargó diversas investigaciones delicadas en Asia y en

Europa; pero no le gustó lo que vio. Unos meses después de que Allen Dulles tomara el mando, Kellis dimitió asqueado.

«La Agencia Central de Inteligencia está podrida —le advertía el coronel Kellis a Eisenhower—. Hoy la CIA apenas cuenta con operaciones importantes detrás del telón de acero. En sus informes presentan un panorama de color de rosa a las personas ajenas a la organización, pero bajo la etiqueta de ALTO SECRETO de la agencia se oculta la espantosa verdad.»

Y la verdad era que la «CIA, voluntaria o involuntariamente, entregó un millón de dólares a un servicio de seguridad comunista» (se trataba de la denominada Operación WIN realizada en Polonia; no es probable que Dulles le hablara al presidente de los detalles escabrosos de aquella operación, que estalló tres semanas antes de la toma de posesión de Eisenhower). «La CIA organizó sin saberlo una red de inteligencia para los comunistas», escribía Kellis, aludiendo a la debacle producida por la base de Seúl durante la guerra de Corea. Dulles y sus lugartenientes, «temiendo las posibles consecuencias para su reputación», habían mentido al Congreso acerca de las operaciones de la agencia en Corea y en China. Kellis había investigado personalmente la cuestión en un viaje que había realizado a Oriente Próximo en 1952. Y había determinado que «se estaba engañando a la CIA».

Dulles había estado filtrando noticias a la prensa para crearse una imagen de «misionero cristiano intelectual y afable, el principal experto en inteligencia del país —escribía Kellis—. Pero algunos de nosotros, que hemos visto la otra cara de Allen Dulles, no observamos demasiados rasgos cristianos. Yo personalmente le considero un administrador público inflexible, ambicioso y totalmente incompetente». Luego Kellis le suplicó al presidente que tomara «las medidas drásticas necesarias para limpiar» la CIA.

Eisenhower quería contrarrestar las amenazas al servicio clandestino y solventar sus problemas en secreto. En julio de 1954, poco después de que concluyera la Operación Éxito, el presidente encargó al general Jimmy Doolittle, que había trabajado en el Proyecto Solario, y a su buen amigo William Pawley, el millonario que

había proporcionado los cazabombarderos para el golpe de Guatemala, que evaluaran la capacidad de acción encubierta de la agencia.

Doolittle disponía de diez semanas para enviar un informe. Él y Pawley se reunieron con Dulles y Wisner, viajaron a las bases de la CIA en Alemania y Londres, y entrevistaron a militares de alta graduación y a diplomáticos que trabajaban en colaboración con sus colegas de la CIA. También hablaron con Bedell Smith, quien les dijo que «Dulles era demasiado sensible para estar en ese puesto crucial» y que «su sensiblería era mucho peor de lo que parecía a primera vista».

El 19 de octubre de 1954, Doolittle fue a ver al presidente a la Casa Blanca.[9] Allí le informó de que la agencia «se había hinchado hasta convertirse en una vasta y dispersa organización dirigida por un gran número de personas, algunas de ellas de dudosa competencia». Dulles se había rodeado de gente tan poco capacitada como indisciplinada. Surgió también la delicada cuestión de «la relación familiar» con Foster Dulles. Doolittle consideraba que era mejor para todos los implicados que la conexión personal no fuera una conexión profesional: «esta lleva a la mutua protección o a la mutua influencia de uno sobre el otro». Un comité independiente de civiles de confianza debía encargarse de supervisar a la CIA en representación del presidente.

El informe Doolittle advertía de que el servicio clandestino de Wisner estaba «lleno de gente que tenía poca o ninguna formación para su trabajo».[10] Con sus seis secciones independientes, sus siete divisiones geográficas y sus más de cuarenta filiales, «hay demasiado personal inútil prácticamente en todos los niveles». El informe recomendaba una «completa reorganización» del imperio de Wisner, que había sufrido de una «descontrolada expansión» y «tremendas presiones para aceptar encargos más allá de su capacidad de acción». Observaba que «en las operaciones encubiertas la calidad es más importante que la cantidad. Un pequeño número de personas competentes puede resultar más útil que un gran número de incompetentes».

Dulles era muy consciente de que el servicio clandestino estaba

fuera de control, y de que los agentes de la CIA realizaban operaciones a espaldas de sus jefes. Dos días después de que Doolittle presentara su informe, el director le dijo a Wisner que le preocupaba el hecho de que «se están llevando a cabo operaciones sensibles y/o delicadas en los niveles inferiores sin que se llame la atención del subjefe apropiado, del subdirector de la central de inteligencia o del director de la central de inteligencia».[11]

Pero Dulles hizo con el informe Doolittle lo que solía hacer con las malas noticias, enterrarlo. Y no permitió que lo vieran ni los directivos de alto rango de la CIA; ni siquiera Wisner.[12]

Aunque el informe íntegro permanecería clasificado hasta 2001, su prefacio se haría público un cuarto de siglo antes. Este contenía uno de los más sombríos pasajes de toda la guerra fría:

> Ahora está claro que nos enfrentamos a un enemigo implacable cuyo objetivo declarado es la dominación del mundo por todos los medios y a cualquier precio. No hay reglas en este juego. No se aplican aquí las normas de conducta humana hasta ahora aceptables. Si Estados Unidos pretende sobrevivir, hay que reconsiderar los arraigados conceptos norte americanos del «juego limpio». Hemos de desarrollar unos servicios de espionaje y contraespionaje eficaces, y hemos de aprender a subvertir, sabotear y destruir a nuestros enemigos con métodos más inteligentes, sofisticados y eficaces que los empleados contra nosotros. Puede ser necesario que el pueblo estadounidense deba conocer, entender y respaldar esta filosofía esencialmente repugnante.

El informe decía que el país necesitaba «una agresiva organización encubierta psicológica, política y paramilitar más eficaz, más peculiar y, si es necesario, más implacable que la que emplea el enemigo», puesto que la CIA —añadía— no había resuelto «el problema de la infiltración de agentes humanos». «Una vez cruzadas las fronteras —mediante paracaídas, o por otros medios—, resulta extremadamente difícil escapar a la detección.» Y concluía: «La información que hemos obtenido por este método de adquisición ha sido insignificante, y su coste en esfuerzo, dólares y vidas humanas ha resultado prohibitivo».

Otorgaba la mayor prioridad al espionaje a fin de obtener información de inteligencia sobre los soviéticos, subrayando que el precio de dicho conocimiento jamás resultaría demasiado caro.

Dulles trataba desesperadamente de situar a un espía estadounidense detrás del telón de acero.[13]

El primer agente de la CIA que había enviado a Moscú, en 1953, había sido seducido por su criada rusa —que en realidad era coronel de la KGB—, fotografiado en flagrante delito, chantajeado y finalmente despedido de la agencia por sus indiscreciones. En 1954, un segundo agente fue descubierto en pleno acto de espionaje, arrestado y deportado al poco tiempo de su llegada. Poco después, Dulles mandó llamar a uno de sus ayudantes especiales, John Maury, que había estado en Rusia antes de la Segunda Guerra Mundial y había pasado gran parte de la guerra en la embajada estadounidense en Moscú como representante de la Oficina de Inteligencia Naval. Dulles le pidió a Maury que se incorporara al servicio clandestino y que se preparara para una misión en Moscú.

Dulles le dijo que ninguno de los agentes de Wisner había estado jamás en Rusia.

—No saben nada del objetivo.

—Pues yo no sé nada de operaciones —le respondió Maury.

—Me parece que ellos tampoco —replicó Dulles.

Aquellos hombres difícilmente podían proporcionarle al presidente la información de inteligencia que más anhelaba: la prevención estratégica de un posible ataque nuclear. Cuando el Consejo de Seguridad Nacional se reunió para hablar de lo que había que hacer si dicho ataque se producía, el presidente se volvió hacia Dulles y le dijo: «Que no tengamos otro Pearl Harbor».[14] Y esa fue la tarea que el presidente asignó al segundo comité de inteligencia secreta que creó en 1954.

Eisenhower le dijo a James R. Killian, presidente del Instituto de Tecnología de Massachusetts, que creara un grupo de trabajo que se encargara de buscar formas de evitar un ataque sorpresa soviético, haciendo especial hincapié en las técnicas que recomendaba el informe Doolittle: «comunicaciones y vigilancia electrónica» destinadas a proporcionar «la alerta anticipada de un ataque

inminente».

La CIA redobló sus propios esfuerzos para poner escuchas al enemigo. Y lo logró, a su manera.

En el desván de la base de la agencia en Berlín, un jugador de béisbol fracasado, reconvertido en abogado y luego reconvertido en espía, llamado Walter O'Brien, había fotografiado diversos documentos robados de la oficina de correos de Berlín Este. En ellos se describían las rutas subterráneas de los nuevos cables de telecomunicaciones empleados por los funcionarios soviéticos y germano-orientales. Aquella hazaña del espionaje daría lugar al proyecto del túnel de Berlín.

En su momento, el túnel se consideró el mayor triunfo público de la CIA. La idea —como su ruina posterior— vendría de la inteligencia británica. En 1951, los ingleses habían informado a la CIA de que habían estado interceptando los cables de comunicaciones soviéticos a través de una red de túneles situados en las zonas ocupadas de Viena desde poco después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Y les sugirieron que ellos hicieran lo mismo en Berlín. Ahora, gracias a los planos robados, la idea se convertía en una posibilidad real.

Un relato secreto de la CIA sobre el túnel de Berlín, escrito en agosto de 1967 y desclasificado en febrero de 2007, planteaba tres preguntas que había tenido que afrontar William K. Harvey, un ex agente del FBI tan aficionado a la bebida como a usar la pistola, que en 1952 se había convertido en el jefe de la base de Berlín:[15] ¿podía la agencia cavar un túnel de 450 metros en la zona soviética de Berlín Este y pinchar un objetivo de cinco centímetros de diámetro —y situado a tan solo 68 centímetros por debajo de una importante autopista— sin que lo descubrieran?, ¿cómo podía deshacerse de los desechos —unas tres mil toneladas de suelo arenoso— en secreto?, ¿y qué clase de tapadera serviría para disfrazar la construcción de una instalación para las excavaciones en un miserable barrio de barracas de refugiados en los límites de la zona estadounidense?

Allen Dulles y su homólogo británico, sir John Sinclair, acordaron en diciembre de 1953 las condiciones de referencia para celebrar una serie de conferencias sobre la operación del túnel, que recibiría el

nombre clave de «JOINTLY» («conjuntamente»). Las conversaciones se tradujeron en un plan de acción el verano siguiente. Entre los escombros se levantaría un edificio que abarcaría una manzana entera, con el techo erizado de antenas, y se haría creer a los soviéticos que se trataba de una estación para interceptar señales e inteligencia de la atmósfera, el viejo truco de los magos de distraer la atención. Luego los estadounidenses cavarían el túnel hacia el este, hasta un punto situado bajo los cables. Los ingleses, basándose en su experiencia en Viena, cavarían un pozo vertical desde el final del túnel hasta los cables, y luego instalarían los micrófonos. Un despacho londinense dotado de 317 agentes se encargaría de procesar las conversaciones grabadas interceptadas por la CIA. En Washington, la agencia pondría a trabajar a 350 personas transcribiendo las transmisiones de teletipo interceptadas en el túnel. El Cuerpo Militar de Ingenieros haría la excavación, con la asistencia técnica de los británicos. El mayor problema, como siempre, resultó ser la traducción de las palabras interceptadas en la operación: «Jamás conseguíamos obtener todos los lingüistas que necesitábamos», señalaba el relato de la CIA, puesto que las capacidades lingüísticas de la agencia en lo referente al ruso, e incluso al alemán, resultaban extremadamente deficientes.

El túnel se terminó a finales de febrero de 1955, y los ingleses comenzaron a poner los micrófonos un mes después. En mayo empezó a llegar la información: decenas de miles de horas de conversaciones y teletipos, que incluían detalles muy valiosos sobre las fuerzas nucleares y convencionales soviéticas en Alemania y Polonia, interioridades del Ministerio de Defensa soviético en Moscú, y la arquitectura de las operaciones de contraespionaje soviético en Berlín. Delatando un panorama de confusión política e indecisión entre la oficialidad soviética y germano-oriental, proporcionó los nombres o las identidades encubiertas de varios cientos de agentes de la inteligencia soviética. Con un coste total de 6,7 millones de dólares, suministró noticias cuya traducción requirió semanas, cuando no meses. Una vez descubierto —como la CIA había previsto que ocurriría un día—, el túnel pasó a verse como un signo de que

«Estados Unidos, casi universalmente considerado un vacilante neófito en cuestiones de espionaje, era capaz de dar un golpe contra la Unión Soviética, a la que durante mucho tiempo se ha reconocido como maestra en tales asuntos», según informaría patéticamente el relato de la agencia.

La CIA no esperaba que la operación saltara tan pronto. Lo cierto es que había transcurrido menos de un año cuando se descubrió el túnel en el mes de abril siguiente. Ello se debía a que el Kremlin lo había sabido desde el principio, ya antes de que se vaciara el primer cubo de tierra. El plan fue descubierto por un topo soviético infiltrado en la inteligencia británica, George Blake, que había cambiado de bando siendo prisionero de guerra en Corea del Norte, y que había informado del secreto a los soviéticos a finales de 1954. Pero estos valoraban tanto la colaboración de Blake, que Moscú permitió que la operación del túnel funcionara durante once meses antes de revelarla en un burdo derroche de publicidad. Años después, pese a ser consciente de que el otro bando había sabido de la existencia del túnel desde el primer momento, la CIA seguía creyendo que había descubierto una mina de oro. Aun hoy sigue en pie la pregunta: ¿es posible que Moscú suministrara deliberadamente información falsa a través del túnel? Las evidencias sugieren que la CIA obtuvo dos inestimables y fidedignas informaciones gracias a los micrófonos: por una parte, la agencia se enteró del esquema básico de los sistemas de seguridad soviéticos y germano-orientales; por otra, en ningún momento detectó el menor indicio de que Moscú tuviera intenciones de entrar en guerra.[16]

«Quienes de nosotros sabíamos un poco de Rusia, la veíamos como un país atrasado del Tercer Mundo que quería desarrollarse siguiendo el ejemplo de Occidente»,[17] diría el agente de la CIA Tom Polgar, el veterano de la base de Berlín. Pero en las altas esferas de Washington se rechazaba aquella visión. La Casa Blanca y el Pentágono presuponían que las intenciones del Kremlin eran idénticas a las suyas: destruir al enemigo ya el primer día de la Tercera Guerra Mundial. Su misión era, pues, localizar las capacidades militares soviéticas y ser los primeros en destruirlas. Pero el caso es que no tenían confianza en que los espías estadounidenses pudieran hacer eso.

Las máquinas estadounidenses, en cambio, sí podían.

El informe Killian representó el principio del triunfo de la tecnología y del eclipse del espionaje a la antigua usanza en el seno de la CIA: «Obtenemos poca información significativa de las clásicas operaciones encubiertas dentro de Rusia —le advertía el informe a Eisenhower—. Pero podemos emplear lo último en ciencia y tecnología para mejorar nuestra obtención de información de inteligencia».[18] Asimismo, el informe instaba a Eisenhower a construir aviones espía y satélites espaciales que sobrevolaran la Unión Soviética y fotografiaran sus arsenales.

La tecnología sí estaba al alcance de los estadounidenses. De hecho, lo estaba desde hacía ya dos años. Dulles y Wisner habían estado demasiado ocupados en cuestiones operativas para prestar atención a un memorando de julio de 1952, procedente de su colega Loftus Becker, por entonces subdirector de inteligencia, en relación con una propuesta para construir «un satélite de reconocimiento» —una cámara de televisión lanzada con un cohete— destinado a observar la Unión Soviética desde el espacio exterior. La clave estaba en la construcción de la cámara. Edwin Land, el genio científico que había inventado la Polaroid, estaba seguro de poder hacerlo.

En noviembre de 1954, con el túnel de Berlín en construcción, Land, Killian y Dulles se reunieron con el presidente y obtuvieron su aprobación para construir el avión espía U-2, un planeador a motor con una cámara en el vientre que llevaría la mirada de los estadounidenses detrás del telón de acero. Eisenhower dio luz verde, junto con una sombría predicción. Algún día —dijo— «van a coger una de esas máquinas, y entonces habrá tormenta».[19]

Dulles encargó la tarea de la construcción del avión a Dick Bissell, que no sabía nada de aeronáutica pero sí supo crear hábilmente una tapadera burocrática secreta que ocultó el programa U-2 del escrutinio público y contribuyó a acelerar la creación del avión. «Nuestra agencia —declararía con orgullo en una clase para futuros agentes de la CIA unos años después— es el último refugio de privacidad organizativa disponible en el gobierno estadounidense.»[20]

Bissell, un hombre desgarbado con grandes ambiciones, se paseaba

arriba y abajo por los pasillos de la CIA dando grandes zancadas. Creía que algún día sería el próximo director de la central de inteligencia, ya que se lo había dicho Dulles. Se mostraba cada vez más desdeñoso con el espionaje, y despreciaba a Richard Helms y a sus agentes de inteligencia. Los dos hombres se convirtieron en rivales burocráticos y, más adelante, en encarnizados enemigos. Personificaban la batalla entre espías y artilugios que se inició hace cincuenta años y continúa todavía hoy. Bissell veía el U-2 como un arma, como un agresivo golpe contra la amenaza soviética.[21] Si Moscú «no podía hacer un carajo para evitar» que se violara el espacio aéreo soviético y se espiara a las fuerzas soviéticas, ese hecho por sí solo minaba el orgullo y el poder de la Unión Soviética. De modo que formó una célula secreta de agentes de la CIA, muy reducida, para llevar a cabo el programa, y asignó a James Q. Reber, subdirector de coordinación de inteligencia, la tarea de decidir qué era lo que debía fotografiar el avión dentro de la Unión Soviética. Reber ascendería luego para convertirse en el presidente, durante mucho tiempo, del comité encargado de elegir los objetivos de los aviones U-2 y de los satélites espía que vendrían después. Al final, no obstante, sería siempre el Pentágono el que fijaría los requisitos del reconocimiento: ¿cuántos bombarderos tenían los soviéticos?, ¿cuántos misiles nucleares?, ¿cuántos tanques?

Años después, Reber diría que la guerra fría bloqueó mentalmente la mera idea de fotografiar cualquier otra cosa.

«No hicimos las preguntas correctas», diría Reber. Si la CIA se hubiera hecho una idea más general de la vida en la Unión Soviética, se habría dado cuenta de que los soviéticos destinaban poco dinero a aquellos recursos que realmente hacen fuerte a una nación. Eran, pues, un enemigo débil. Si los jefes de la agencia hubiesen sido capaces de llevar a cabo operaciones de inteligencia eficaces dentro de la Unión Soviética, podrían haber observado que los rusos no eran capaces de satisfacer las necesidades básicas. La idea de que las últimas batallas de la guerra fría serían económicas antes que militares estaba más allá del alcance de su imaginación.

Los esfuerzos del presidente estadounidense por investigar las capacidades de la CIA se tradujeron en un salto tecnológico que revolucionaría el modo de recabar información de inteligencia. Pero en ningún momento llegaron a la raíz del problema. Siete años después de su creación, seguía sin haber supervisión ni control alguno sobre la CIA. Sus secretos se revelaban a todo aquel que supuestamente necesitara saberlos, y era Allen Dulles el que decidía quién lo necesitaba y quién no.

Cuando Walter Bedell Smith abandonó el gobierno, en octubre de 1954, ya no quedó nadie que inspeccionara la agencia. A base de fuerza de voluntad, Bedell Smith había tratado de controlar a Allen Dulles; pero cuando se marchó, la capacidad de que alguien pudiera controlar la acción encubierta —con la única excepción de Eisenhower— desapareció con él.

En 1955, el presidente cambió las reglas creando el «Grupo Especial», integrado por tres representantes designados respectivamente por la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa, que se encargarían de revisar las operaciones secretas de la CIA. Sin embargo, no tendrían la capacidad de aprobar operaciones encubiertas por adelantado. A veces, si le apetecía, Dulles mencionaba de pasada sus planes en los almuerzos extraoficiales con los miembros del Grupo Especial, concretamente el nuevo subsecretario de Estado, el subsecretario de Defensa y el asesor de seguridad nacional del presidente. Pero lo más frecuente era que no lo hiciera. Un relato de la CIA en cinco volúmenes sobre la trayectoria de Dulles como director de la central de inteligencia señalaba que este creía que no tenían ninguna necesidad de saber nada de la acción encubierta.[22] No estaban en situación de juzgarle ni a él ni a la agencia. Y consideraba que sus decisiones «no requerían ninguna aprobación política».

El director, sus adjuntos y sus jefes de las bases extranjeras siguieron gozando de libertad para establecer sus propias políticas, tramar sus propias operaciones y juzgar los resultados por sí mismos,

siempre en secreto. Y Dulles aconsejaba a la Casa Blanca cuando lo creía oportuno. «Hay algunas cosas que no le cuenta al presidente —le confesaría su hermana a un colega del Departamento de Estado—. Es mejor que no las sepa.»[23]

11

«Ilusoria ceguera»

Abstraído en la acción encubierta, Allen Dulles descuidó su misión principal de proporcionar información de inteligencia al presidente de Estados Unidos.

Trataba a la mayoría de los analistas de la CIA, así como a una gran parte de su trabajo, con estudiado desprecio. Dulles les tenía siempre esperando durante horas cuando iban a verle para preparar con él las reuniones de la mañana siguiente en la Casa Blanca. Cuando caía la tarde, de repente abría la puerta y salía corriendo porque llegaba tarde a una cena.

Había adquirido «el hábito de evaluar los informes por su peso —según relataría Dick Lehman, un veterano analista de la CIA durante tres décadas y, más tarde, el hombre encargado de preparar el informe diario para el presidente—. Los sopesaba y decidía, sin leerlos, si los aceptaba o no».[1]

Un analista que accediera al sanctasantórum a media tarde para aconsejar a Dulles sobre la crisis del momento podía encontrar al director mirando un partido de béisbol en la televisión de su despacho. Repantigado en un sillón reclinable, con los pies en una otomana, Dulles seguía el partido mientras su impotente ayudante le hablaba desde detrás del televisor. Mientras el informador detallaba sus puntos cruciales, Dulles analizaba la jugada de béisbol.

Había dejado de prestar atención a los asuntos de vida o muerte que tenía más próximos.

«Condenar todo el sistema soviético»

Dulles y Wisner habían iniciado juntos más de doscientas importantes

operaciones encubiertas en el extranjero en el curso de cinco años, invirtiendo verdaderas fortunas de dinero estadounidense en la política de Francia, Japón, Tailandia, Filipinas y Vietnam. La agencia había derrocado gobiernos. Podía poner y quitar presidentes y primeros ministros. Pero era incapaz de saber cómo lidiar con el enemigo.

A finales de 1955, el presidente Eisenhower cambió las órdenes de funcionamiento de la CIA. Tras reconocer que la acción encubierta no podía socavar al Kremlin, revisó las reglas escritas al comienzo de la guerra fría. La nueva orden, denominada NSC 5412/2 y fechada el 28 de diciembre de 1955, seguiría en vigor durante quince años.[2] Los nuevos objetivos eran «crear y explotar problemas que perturben al comunismo internacional», «contrarrestar cualquier amenaza de un partido o individuos directa o indirectamente responsables del control comunista» y «fortalecer la orientación hacia Estados Unidos de la gente del mundo libre»; grandes ambiciones, sin duda, pero más modestas y matizadas de lo que pretendían Dulles y Wisner.

Unas semanas después, el líder soviético Nikita Jruschov creaba más problemas para el comunismo internacional de los que la propia CIA podría haber soñado. En su discurso de febrero de 1956 ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, denunció a Stalin, que había muerto hacía menos de tres años, como «un supremo egoísta y un sádico capaz de sacrificarlo todo y a todos en aras de su propio poder y su propia gloria». La CIA recibió los primeros rumores sobre el contenido del discurso en marzo. «Mi reino por una copia», les dijo Allen Dulles a sus hombres. ¿Podría la agencia obtener finalmente información de inteligencia de las interioridades del Politburó?

Entonces, como ahora, la CIA tenía una fuerte dependencia de los servicios de inteligencia extranjeros, a los que pagaba por obtener unos secretos que era incapaz de descubrir por sí misma. En abril de 1956, los espías israelíes le entregaron el texto del discurso a James Angleton, que se había convertido en el único enlace de la CIA con el estado judío. Este canal proporcionaría un montón de información de inteligencia sobre el mundo árabe, pero lo haría a cambio de un

precio: la creciente dependencia estadounidense de Israel a la hora de explicar todos los acontecimientos de Oriente Próximo. Durante décadas, las percepciones de Estados Unidos al respecto estarían sesgadas por la perspectiva israelí.

En mayo, después de que George Kennan y otros juzgaran el texto como auténtico, surgió un gran debate en el seno de la CIA.

Tanto Wisner como Angleton deseaban mantenerlo en secreto frente al resto del mundo libre, y filtrar fragmentos seleccionados en el extranjero a fin de sembrar la discordia entre los diversos partidos comunistas del mundo. Angleton creía que retocando el texto con algo de propaganda «lo podría haber utilizado con tal provecho que habría llegado a dislocar a los rusos y a sus servicios de seguridad, y tal vez habría usado a los grupos de emigrados, que por entonces todavía confiábamos en activar, para liberar Ucrania o algo así», diría Ray Cline, uno de los analistas de inteligencia más fiables de Dulles en aquella época.

Pero, por encima de todo, querían cortarlo para que sirviera de anzuelo a los espías soviéticos, a fin de salvar una de las más prolongadas y menos eficaces operaciones de Wisner, la Operación Gorra Roja.

Gorra Roja —que tomaba su nombre del término con el que se designaba en Estados Unidos a los mozos de estación que ayudaban a los viajeros cargados con un equipaje pesado— era un programa de alcance mundial que se había iniciado en 1952 y que aspiraba a inducir a los soviéticos a renegar de su país y trabajar para la CIA. Lo ideal era que actuaran como «disidentes in situ», es decir, que permanecieran en sus cargos públicos mientras espiaban para Estados Unidos; de no ser así, podían huir a Occidente y revelar lo que conocían acerca del sistema soviético. Sin embargo, el número de fuentes soviéticas importantes creadas hasta entonces en el marco de Gorra Roja era exactamente cero. La división soviética del servicio clandestino de la CIA estaba dirigida por un licenciado en Harvard estrecho de miras llamado Dana Durand, que ostentaba el cargo debido a una combinación de casualidad, desidia y alianzas con Angleton. Según un informe del inspector general elaborado en junio

de 1956 y desclasificado en 2004, la división soviética no funcionaba. [3] Era incapaz de producir «una declaración seria sobre sus misiones y funciones», y mucho menos aún de enterarse de lo que ocurría dentro de la Unión Soviética. El informe contenía una lista de los veinte «agentes controlados» que la CIA tenía en Rusia en 1956. Uno de ellos era un oficial de ingeniería naval de baja graduación. Otro era la esposa de un científico que trabajaba en la investigación de misiles guiados. A los demás se les enumeraba como: trabajador, técnico de telefonía, responsable de garaje, veterinario, profesor de secundaria, cerrajero, camarero y en paro; ninguno de ellos podían tener la menor idea de lo que se cocía dentro del Kremlin.

La mañana del primer sábado de junio de 1956, Dulles llamó a Ray Cline al despacho de dirección.

—Wisner dice que usted cree que debemos divulgar el discurso secreto de Jruschov —le dijo Dulles.

Cline defendió su argumento: se trataba de una magnífica revelación de «los verdaderos sentimientos de todos esos tipos que han tenido que trabajar durante años a las órdenes de ese viejo bastardo de Stalin».

—¡En nombre de Dios —le dijo a Dulles—, soltémoslo!

Dulles sostenía su copia del texto entre unos dedos temblorosos, agarrotados por la artritis y la gota. Según recordaría Cline, el anciano puso los pies, enfundados en unas zapatillas, sobre la mesa, se reclinó hacia atrás, se colocó las gafas sobre la cabeza y dijo:

—¡Caramba! ¡Creo que voy a tomar una decisión política!

Luego llamó a Wisner por el interfono, «y astutamente llevó a Frank a una posición en la que este no podía negarse a revelarlo, y empleando el mismo tipo de argumento que yo había usado, que se trataba de una gran oportunidad histórica —como yo le sugerí que dijera— para “condenar todo el sistema soviético”».[4]

Luego Dulles cogió el teléfono y llamó a su hermano. El texto se filtró a través del Departamento de Estado, y tres días después aparecía en el *New York Times*. La decisión desencadenaría una serie de acontecimientos que la CIA no podía siquiera imaginar.

Durante meses, desde aquel momento, el discurso secreto fue retransmitido al otro lado del telón de acero por Radio Europa Libre, la maquinaria mediática de la CIA que había costado 100 millones de dólares. Más de tres mil emigrados locutores, redactores e ingenieros, junto con sus supervisores estadounidenses, emitían los programas en ocho lenguas, llenando las ondas hasta diecinueve horas diarias. En teoría, se suponía que se limitaban a emitir directamente sus noticias y su propaganda. Pero Wisner quería usar las palabras como armas. Y su interferencia crearía una señal dividida en Radio Europa Libre.[5]

Los emigrados encargados de las emisiones radiofónicas habían estado pidiendo a sus jefes estadounidenses que les dieran un mensaje claro que transmitir. Y el mensaje fue este: había que transmitir el discurso día y noche.

Las consecuencias fueron inmediatas. Los mejores analistas de la CIA habían deducido unos meses antes que durante la década de 1950 no era probable que estallara en Europa del Este ninguna revuelta popular. El 28 de junio, tras la emisión del discurso, los trabajadores polacos empezaron a rebelarse contra sus gobernantes comunistas. Se alzaron contra la reducción de los salarios y destruyeron los radiofaros que entorpecían las transmisiones de Radio Europa Libre. Pero la CIA no podía hacer otra cosa que alimentar su ira; al menos no mientras un mariscal de campo soviético dirigiera el ejército polaco y los agentes de la inteligencia soviética controlaran la policía secreta, que asesinó a cincuenta y tres polacos y encarceló a centenares de ellos.

La lucha de los polacos llevó al Consejo de Seguridad Nacional estadounidense a buscar alguna grieta en la arquitectura del control soviético. El vicepresidente Nixon sostenía que si los soviéticos sometían a otro estado satélite, como Hungría, proporcionando así una nueva fuente de propaganda anticomunista global, ello beneficiaría a los intereses de Estados Unidos.[6] Recogiendo ese mismo tema, Foster Dulles obtuvo la aprobación presidencial para llevar a cabo nuevos intentos de fomentar «manifestaciones espontáneas de descontento» en las naciones cautivas. Allen Dulles prometió iniciar

un programa, en el marco de Radio Europa Libre, que consistía en soltar globos hacia el este, al otro lado del telón de acero, cargados con octavillas y con «Medallas de la Libertad», unas insignias de aluminio que llevarían grabados eslóganes y una reproducción de la célebre Campana de la Libertad de Filadelfia.

Luego Dulles emprendió un viaje por todo el mundo de cincuenta y siete días de duración, dando la vuelta al globo ataviado con un traje de aviador y a bordo de un cuatrimotor DC-6 especialmente configurado para la ocasión. Visitó las bases de la CIA en Londres y París, Frankfurt y Viena, Roma y Atenas, Estambul y Teherán, Dhahran y Delhi, Bangkok y Singapur, Tokio y Seúl, Manila y Saigón. El viaje fue un secreto a voces; Dulles era recibido como un jefe de Estado y se convertía en el centro de la atención pública. Sería «uno de los viajes clandestinos con más publicidad que se haya hecho jamás», según diría Ray Cline, que acompañó al director. Oculta y a la vez llamativa: así era la CIA bajo el mandato de Allen Dulles. Se trataba de un lugar en el que «las prácticas verdaderamente clandestinas se veían comprometidas», mientras que «el análisis —creía Cline— se revestía de una atmósfera de secretismo que resultaba innecesaria, con frecuencia contraproducente y a la larga perjudicial». Viendo a los líderes extranjeros adular a Dulles en cenas oficiales, aprendió también otra lección: «La CIA representaba un gran poder. Resultaba un poco aterrador».[7]

«Ilusoria ceguera»

El 22 de octubre de 1956, poco después de que Dulles regresara a Washington, Frank Wisner, profundamente agotado, apagó las luces de su oficina, recorrió los pasillos de desgastado linóleo y desconchadas paredes del barracón provisional L, se dirigió a su elegante residencia en Georgetown y empezó a hacer las maletas para emprender su propio recorrido por las bases de la CIA en Europa.

Ni él ni su jefe estaban al tanto de los dos grandes eventos que ocurrían en el mundo: en Londres y París se hacían planes de guerra,

mientras que en Hungría la revolución popular era inminente. En el transcurso de una quincena crucial, Dulles malinterpretaría o tergiversaría todos y cada uno de los aspectos de estas crisis en sus informes al presidente de Estados Unidos.

Wisner partió de noche hacia el otro lado del Atlántico. Tras su vuelo nocturno a Londres, la primera actividad de su agenda era una cena de trabajo, programada desde hacía ya tiempo, con sir Patrick Dean, un alto cargo de la inteligencia británica. Se proponían discutir sus planes para derribar al líder egipcio Gamal Abdel Nasser, que había accedido al poder tres años antes en un golpe militar. El asunto se había preparado durante meses. Sir Patrick había estado en Washington unas semanas antes, y los dos hombres habían acordado que, de un modo u otro, sus respectivos objetivos requerían que se apartara a Nasser del poder.

Al principio la CIA había apoyado a Nasser entregándole millones de dólares, construyéndole una potente emisora de radio pública y prometiéndole la ayuda económica y militar de Estados Unidos. Sin embargo, los acontecimientos acaecidos en Egipto cogieron a la agencia por sorpresa pese al hecho de que, en la embajada estadounidense de El Cairo, los agentes de la CIA superaban en número a los funcionarios del Departamento de Estado por una proporción aproximada de cuatro a uno. La mayor sorpresa fue el hecho de que Nasser no se dejara comprar; así pues, utilizó parte de los 3 millones de dólares en sobornos que la CIA le había dado para construir un minarete en El Cairo, en una isla situada frente al hotel Nile Hilton, al que se conocería como *el wa'ef rusfel* («la erección de Roosevelt»). Dado que Roosevelt y la CIA no podían cumplir sus promesas de ayuda militar estadounidense, Nasser había aceptado vender algodón egipcio a la Unión Soviética a cambio de armas. Más tarde, en julio de 1956, había desafiado el legado del colonialismo nacionalizando la Compañía del Canal de Suez, la corporación creada por los ingleses y los franceses para controlar aquella vía marítima comercial abierta por el hombre en Oriente Próximo.

Los británicos propusieron asesinar a Nasser y contemplaron la posibilidad de desviar el Nilo para destruir las opciones de

autogobierno de Egipto. Eisenhower dijo que sería un «tremendo error» utilizar una fuerza letal. La CIA más bien estaba a favor de una larga y lenta campaña de subversión contra Egipto.[8]

Y eso era lo que Wisner había ido a arreglar con sir Patrick Dean. Sin embargo, Dean no se presentó a la reunión, pese a estar programada desde hacía tiempo, lo cual dejó a Wisner primero perplejo y luego furioso. El espía británico tenía sin embargo otra misión; estaba en una villa de las afueras de París resolviendo los últimos detalles de un ataque militar coordinado a Egipto por parte de Gran Bretaña, Francia e Israel, con el que pretendían destruir el gobierno de Nasser y recuperar Suez por la fuerza. Primero Israel atacaría Egipto, y luego intervendrían Gran Bretaña y Francia, haciéndose pasar por fuerzas de pacificación, pero con la intención de apoderarse del canal.

La CIA no sabía nada de eso. Dulles le aseguró a Eisenhower que los informes que hablaban de un plan militar conjunto anglo-franco-israelí resultaban absurdos.[9] Y se negó a escuchar tanto al principal analista de inteligencia de la CIA como al agregado militar estadounidense en Tel Aviv, pese a que ambos estaban convencidos de que Israel estaba a punto de declarar la guerra a Egipto. Ni tampoco escuchó a un viejo amigo, Douglas Dillon, el embajador estadounidense en París, que llamó para advertir que Francia formaba parte del complot. Lejos de ello, el director prefirió escuchar a Jim Angleton y a sus contactos israelíes. Tras haber obtenido su eterna gratitud por haberle proporcionado una copia del discurso secreto de Jruschov, los israelíes deslumbraron a Dulles y a Angleton con un montón de desinformación, advirtiendo que habría problemas en otras partes de Oriente Próximo. El 26 de octubre, el director le trasladó aquellas falsedades al presidente de Estados Unidos en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional: ¡el rey de Jordania había sido asesinado! ¡Egipto pronto iba a atacar a Irak!

Pero el presidente dejó de lado aquellos grandes titulares, y declaró que «las noticias más apremiantes seguían siendo las de Hungría».

Dos días antes, una enorme multitud se había congregado en el Parlamento de Budapest encabezada por estudiantes que se alzaban

contra el gobierno comunista. La odiada policía de seguridad estatal se enfrentó a una segunda multitud concentrada en la emisora de radio del gobierno, donde un funcionario del partido estaba denunciando las protestas. Algunos de los estudiantes iban armados. Del edificio de la radio salió un disparo, la policía de seguridad abrió fuego, y durante toda la noche hubo enfrentamientos entre los estudiantes y la policía secreta. En el parque municipal de Budapest, una tercera multitud arrancó una estatua de Stalin de su pedestal, la arrastró hasta dejarla ante el Teatro Nacional y luego la hizo añicos. A la mañana siguiente, los soldados y los tanques del Ejército Rojo entraron en la ciudad, y los manifestantes persuadieron al menos a un puñado de jóvenes soldados soviéticos de que se unieran a su causa. Luego los rebeldes se dirigieron al Parlamento montados en tanques soviéticos en los que ondeaba la bandera húngara. Los comandantes rusos fueron presa del pánico, y en un terrible momento estalló un cegador fuego cruzado en la plaza de Kossuth. Murieron al menos un centenar de personas.

Mientras tanto, en la Casa Blanca, Allen Dulles trataba de explicarle al presidente de Estados Unidos el significado de la revuelta húngara. «Es muy posible que Jruschov tenga los días contados», le dijo. Se equivocaba nada menos que de siete años.

Al día siguiente, 27 de octubre, Dulles contactó con Wisner en Londres. El jefe de acción encubierta quería hacer todo lo posible por ayudar a la revuelta ya que llevaba ocho años rezando para que se produjera una ocasión como aquella.

El Consejo de Seguridad Nacional le había encargado que mantuviera viva la esperanza en Hungría. «Hacer menos que eso —rezaban sus órdenes— equivaldría a sacrificar la base moral del liderazgo estadounidense de los pueblos libres.» Él, por su parte, había comunicado a la Casa Blanca que crearía un movimiento clandestino de ámbito nacional destinado a librar una guerra política y paramilitar a través de la Iglesia católica, colectivos campesinos, agentes reclutados y grupos de exiliados. Pero había fracasado del todo. Los exiliados que había enviado a través de la frontera austríaca habían sido arrestados. Los hombres que había tratado de reclutar eran ladrones y embusteros. Sus esfuerzos para crear una red de

información clandestina en Hungría se habían visto frustrados. Había enterrado alijos de armas por toda Europa, pero cuando se produjo la crisis, nadie fue capaz de encontrarlos.

En octubre de 1956 la CIA no tenía ninguna base en Hungría, y en el cuartel general de la agencia tampoco había una sección de operaciones húngara en el servicio clandestino, ni casi nadie que hablara húngaro. Cuando estalló la revuelta, Wisner tenía a un solo hombre en Budapest, Geza Katona, un húngaro-americano que se pasaba el 95 por ciento de su tiempo cumpliendo con su trabajo oficial como mero administrativo del Departamento de Estado: enviando cartas, comprando sellos y material de escritorio, llenando formularios… Cuando se produjo la revuelta, los suyos eran los únicos ojos y oídos en los que la CIA podía confiar en Budapest.

Durante las dos semanas que duró la revolución húngara, la agencia no supo más de ella que lo que pudo leer en los periódicos. No tenía ni idea de que la revuelta estallaría, ni de que prosperaría, ni de que los soviéticos finalmente la aplastarían. En el caso de que la Casa Blanca hubiera estado dispuesta a enviar armas, la agencia no habría tenido el menor indicio de dónde enviarlas. Un relato secreto de la CIA sobre la revolución húngara afirmaba que el servicio clandestino se hallaba en un estado de «ilusoria ceguera».[10]

«En ningún momento —decía— tuvimos nada que pudiera parecerse ni remotamente a una operación de inteligencia.»

«La fiebre del momento»

El 28 de octubre, Wisner viajó a París y se reunió con unos cuantos miembros de confianza de una delegación estadounidense que asistía a una conferencia de la OTAN sobre la cuestión de la Europa del Este. Entre sus miembros se hallaba Bill Griffith, el principal asesor político de la sede de Radio Europa Libre en Múnich. Wisner, exultante al ver una auténtica revuelta contra el comunismo en ciernes, presionó a Griffith para que aumentara el tono de la propaganda. Sus exhortaciones dieron lugar a un comunicado del director de Radio

Europa Libre en Nueva York al personal húngaro de Múnich: «Todas las restricciones se han eliminado —rezaba—. Todo se permite. Repito: todo se permite». A partir de aquella noche, Radio Europa Libre empezó a instar a cientos de ciudadanos húngaros a sabotear vías férreas, derribar líneas telefónicas, armar a los partisanos, volar los tanques y luchar a muerte contra los soviéticos. «Esto es REL, la Voz de Hungría Libre —anunciaba la emisora—. En caso de un ataque con tanques, todas las armas ligeras deben abrir fuego en cuanto se divisen los cañones.» Asimismo, se aconsejaba a los oyentes que arrojaran «un cóctel Molotov ... una botella de vino de un litro llena de gasolina ... en la rejilla de ventilación situada encima del motor». La frase de cierre era: «¡Libertad o muerte!».[11]

Aquella noche, Imre Nagy, ex primer ministro húngaro que había sido expulsado del Partido Comunista por los halcones de dicho partido, acudió a la emisora de radio estatal a denunciar los «terribles errores y crímenes de estos últimos diez años».[12] Afirmó que las tropas rusas saldrían de Budapest, que las viejas fuerzas de seguridad del Estado se disolverían y que «un nuevo gobierno, basado en el poder del pueblo», lucharía por el autogobierno democrático. En el plazo de setenta y dos horas, Nagy formaría una coalición de gobierno operativa, rompería con Moscú, declararía a Hungría país neutral y acudiría a la ONU y a Estados Unidos en busca de ayuda. Pero mientras Nagy tomaba el poder y trataba de desmantelar el control soviético de Hungría, Allen Dulles consideraba que Nagy no era la persona idónea. De modo que le dijo al presidente que el hombre del Vaticano en Hungría, el cardenal Mindszenty, que acababa de ser liberado de su arresto domiciliario, eran quien podía y debía dirigir el país. Y esa pasó a ser la línea defendida por Radio Europa Libre: «Una Hungría renacida y el líder designado y enviado por Dios se han encontrado en esta hora».

Las emisoras de la CIA acusaron falsamente a Nagy de incitar a las tropas soviéticas a que entraran en Budapest. Le atacaron acusándole de traidor, mentiroso y asesino. Antaño había sido comunista, y eso solo ya le condenaba para siempre. En aquel momento había en el aire tres nuevas frecuencias de la CIA. Desde Frankfurt, unos supuestos

exiliados «Rusos Solidarios» decían que un ejército de guerrilleros se dirigía hacia la frontera húngara. Desde Viena, la CIA amplificaba las poco potentes emisiones de los partisanos húngaros y las retransmitía a Budapest. Desde Atenas, los expertos en guerra psicológica de la agencia sugerían que se enviara a los rusos a la horca.

El director de la CIA se hallaba poco menos que en éxtasis cuando informó a Eisenhower sobre la situación en Budapest en la siguiente reunión del Consejo de Seguridad Nacional, celebrada el primero de noviembre. «Lo que había ocurrido allí era un milagro —le diría Dulles al presidente estadounidense—. Gracias al poder de la opinión pública, la fuerza armada no podía emplearse con eficacia. Aproximadamente el 80 por ciento del ejército húngaro se había pasado a los rebeldes y les había proporcionado armas.»[13]

Pero Dulles se equivocaba de medio a medio. No podía decirse precisamente que los rebeldes tuvieran armas. Tampoco el ejército húngaro había cambiado de bando; simplemente estaba esperando a ver qué vientos soplaban desde Moscú. Y lo cierto es que los soviéticos estaban enviando más de 200.000 hombres y unos 2.500 tanques y vehículos blindados a la batalla de Hungría.

La mañana de la invasión soviética, el locutor húngaro de Radio Europa Libre, Zoltan Thury, les dijo a sus oyentes que «la presión sobre el gobierno de Estados Unidos para enviar ayuda militar a los guerrilleros se hará irresistible». Aunque durante las semanas siguientes habría decenas de miles de refugiados, no menos frenéticos que furiosos, que cruzarían la frontera con Austria, muchos considerarían que aquella emisión representaba «la promesa de que llegará ayuda».[14] Pero la ayuda no llegó. Allen Dulles insistió en que las emisoras de la CIA no habían hecho nada para alentar a los húngaros, y el presidente le creyó. Habrían de transcurrir cuarenta años antes de que se desenterraran las transcripciones de las emisiones.

Durante cuatro brutales días, las tropas soviéticas aplastaron a los partisanos de Budapest, mataron a decenas de miles de ellos y arrastraron a varios miles más a una muerte cierta en campos de prisioneros de Siberia.

El ataque soviético se inició el 4 de noviembre. Aquella misma noche, los refugiados de Hungría empezaron a rodear la embajada norteamericana en Viena pidiendo que Estados Unidos hiciera algo. Según el jefe de la base de la CIA, Peer de Silva, hacían preguntas incisivas como, por ejemplo: «¿Por qué no les habíamos ayudado? ¿Acaso no sabíamos que los húngaros habían contado con nuestra ayuda?». Pero él no tenía respuestas.

Mientras tanto, llovían las órdenes del cuartel general de la agencia para que se fuera a recoger a unas supuestas —e inexistentes— legiones de soldados soviéticos que al parecer estaban arrojando sus armas y dirigiéndose a la frontera austríaca. Dulles le habló al presidente estadounidense de aquellas deserciones en masa. Pero no eran más que un espejismo. De Silva no pudo por menos que suponer que «el cuartel general había sucumbido a la fiebre del momento». [15]

«Tienden a derivarse cosas extrañas»

El 5 de noviembre, Wisner llegó tan alterado a la base de la CIA en Frankfurt, dirigida por Tracy Barnes, que apenas podía hablar. Mientras los tanques rusos perpetraban una matanza de adolescentes en Budapest, Wisner pasó toda la noche sin dormir en la residencia de Barnes jugando con maquetas de trenes. La reelección de Eisenhower al día siguiente no le produjo la menor alegría. Tampoco al presidente le hizo ninguna gracia despertarse con un informe de Allen Dulles, tan reciente como falso, donde se indicaba que los soviéticos estaban dispuestos a enviar doscientos cincuenta mil soldados a Egipto para defender el canal de Suez de los ingleses y los franceses.[16] Ni tampoco le puso especialmente contento la incapacidad de la CIA para elaborar un informe sobre el ataque soviético —este sí real— en Hungría.

El 7 de noviembre Wisner viajó a la base de Viena, situada a unos 50 kilómetros de la frontera húngara. Allí pudo ver impotente cómo los partisanos húngaros enviaban sus últimos mensajes al mundo libre

a través de las líneas cablegráficas de Associated Press: «ESTAMOS BAJO UN INTENSO FUEGO DE AMETRALLADORA … ADIÓS, AMIGOS. DIOS SALVE NUESTRAS ALMAS».

Luego abandonó Viena con rumbo a Roma. Aquella noche cenó con los espías estadounidenses de la base romana de la CIA, entre ellos William Colby, que más tarde sería director de la central de inteligencia. A Wisner le enfurecía que estuviera muriendo gente mientras la agencia vacilaba. Quería «acudir en ayuda de los guerrilleros —según recordaría Colby—. Aquel era exactamente el objetivo para el que se había diseñado la capacidad paramilitar de la agencia. Y cabía argumentar que se podía haber hecho sin implicar a Estados Unidos en una guerra mundial con la Unión Soviética». Pero Wisner no estaba en condiciones de argumentar de manera coherente. «Era evidente que estaba al borde de un ataque de nervios», recordaría Colby.[17]

Después Wisner pasó a Atenas, donde el jefe de la base de la CIA, John Richardson, le vio «acelerado a una velocidad e intensidad extremas».[18] Calmaba sus nervios con cigarrillos y alcohol, y bebía whisky directamente de la botella, en un arrebato de tristeza y de rabia.

El 14 de diciembre se hallaba de regreso en el cuartel general, escuchando a Allen Dulles evaluar las posibilidades que tenía la CIA de librar una guerra urbana en Hungría. «Estamos bien equipados para la lucha guerrillera en los bosques», decía Dulles, pero «hay una grave carencia de armas para la lucha en las calles y de proximidad, y, en particular, de dispositivos antitanque».[19] Quería que Wisner le dijera cuáles eran «las mejores armas para poner en manos de los húngaros» y los «guerrilleros de otros países del telón de acero que pudieran rebelarse contra los comunistas». Wisner le dio una respuesta lapidaria: «Las heridas de los comunistas rusos provocadas por los recientes acontecimientos mundiales son considerables, y algunas de ellas son muy profundas —le dijo—. Estados Unidos y el mundo libre parecen estar más o menos a salvo». Algunos de sus colegas creyeron ver en Wisner un caso típico del trastorno postraumático conocido como fatiga de combate, pero sus más íntimos vieron algo peor. El 20

de diciembre yacía postrado en una cama de hospital, presa de delirios, sin que sus médicos atinaran a diagnosticar su enfermedad.

Aquel mismo día, en la Casa Blanca, el presidente Eisenhower recibió un informe oficial de una investigación secreta en el propio servicio clandestino de la CIA. Da haberse hecho público, habría destruido a la agencia.

El embajador David K. E. Bruce, el principal autor del informe, era también uno de los mejores amigos de Frank Wisner en Washington, lo bastante íntimo como para acudir a casa de Wisner a ducharse y afeitarse una mañana en que su espléndida residencia de Georgetown se quedó sin agua caliente. Bruce era un aristócrata, y había sido el número dos de Wild Bill Donovan en la base londinense de la OSS, embajador de Truman en Francia, predecesor de Walter Bedell Smith en el puesto de subsecretario de Estado y candidato a director de la central de inteligencia en 1950. Sabía mucho de las operaciones de la CIA tanto en Estados Unidos como en el extranjero. Sus diarios personales revelan que entre 1949 y 1956 se reunió para desayunar, almorzar, cenar, tomar algo y charlar discretamente con Allen Dulles y Frank Wisner en París o Washington en docenas de ocasiones.[20] Dejó constancia escrita de su «gran admiración y afecto» por Dulles, que fue quien recomendó personalmente que Bruce formara parte de la nueva junta de consultores de inteligencia del presidente estadounidense.

Eisenhower había querido disponer de sus propios ojos dentro de la agencia, y ya en enero de 1956, siguiendo la recomendación secreta del informe Doolittle, había anunciado públicamente la creación de la junta presidencial. En su diario escribió que deseaba que los consultores le informaran cada seis meses sobre el valor del trabajo de la CIA.

El embajador Bruce pidió, y obtuvo, la autorización del presidente para examinar más de cerca las operaciones encubiertas de la CIA, es decir, el trabajo de Allen Dulles y Frank Wisner. El afecto personal y la consideración profesional que sentía por ellos venía a añadir un peso inconmensurable a sus palabras. Su informe de alto secreto no se ha desclasificado jamás, y los propios historiadores internos de la CIA

han llegado a cuestionar públicamente que hubiera llegado a existir. [21] Pero sus conclusiones fundamentales aparecieron en 1961, en un documento elaborado por la junta de inteligencia, que ha llegado a manos de quien esto escribe. Reproducimos aquí por primera vez algunos de sus pasajes.

«Estamos seguros de que los partidarios de la decisión de 1948 de lanzar a este gobierno hacia una guerra psicológica y un programa paramilitar ciertos no podían haber previsto las ramificaciones de las operaciones que han resultado de ello —decía el informe—. Nadie, aparte de quienes en la CIA se ven inmediatamente afectados por el día a día de la operación, posee ningún conocimiento detallado de lo que ocurre.»

La planificación y aprobación de unas operaciones encubiertas exquisitamente delicadas y extremadamente costosas estaba «convirtiéndose cada vez más en un asunto exclusivo de la CIA, fuertemente sustentada con fondos no autorizados … A la atareada, adinerada y privilegiada CIA le gusta su responsabilidad de "quitar y poner reyes" (la intriga resulta fascinante; de los éxitos deriva una considerable autosatisfacción, a veces incluso el aplauso; no se acusa a nadie de los "fracasos", ¡y todo el asunto resulta mucho más sencillo que recabar información de inteligencia encubierta de la URSS a través de los métodos habituales de la CIA!)».

El informe proseguía:

> Existe una gran preocupación en todo el Departamento de Estado con respecto a los impactos de la guerra psicológica y las actividades paramilitares de la CIA en nuestras relaciones exteriores. La gente del Departamento de Estado considera que quizá la mayor contribución que esta junta pueda hacer sea la de llamar la atención del presidente sobre las significativas y casi unilaterales influencias que la guerra psicológica y las actividades paramilitares de la CIA tienen en la formación real de nuestra política exterior y de las relaciones con nuestros «amigos» …
>
> El apoyo de la CIA y su manipulación de los medios informativos locales, grupos sindicales, figuras políticas y partidos, así como otras actividades que pueden tener, en algún momento, los impactos más significativos en las responsabilidades del embajador local, resultan en ocasiones completamente desconocidas o solo vagamente reconocidas para él … Con demasiada frecuencia surgen diferencias de opinión relativas a la actitud de Estados Unidos con respecto a figuras u organizaciones locales, especialmente entre la CIA y el Departamento de Estado … (A veces, la relación de hermandad entre la Secretaría de Estado y el DCI puede establecer arbitrariamente «la postura de Estados Unidos».) …

La guerra psicológica y las operaciones paramilitares (a menudo surgidas de la creciente injerencia en los asuntos internos de otros países por parte de hombres jóvenes, brillantes y con altos cargos que constantemente tienen que hacer algo para justificar su razón de ser) se llevan a cabo actualmente a escala global por una horda de representantes de la CIA [*borrado*] muchos de los cuales, por la propia naturaleza de la situación personal [*borrado*], son políticamente inmaduros. (De sus «tratos» con personajes furtivos y cambiantes, de su aplicación de los «temas» sugeridos desde el cuartel general o desarrollados por ellos mismos sobre el terreno —a veces a instancias de oportunistas locales—, tienden a derivarse, y de hecho se derivan, cosas extrañas.)

Las operaciones encubiertas de la CIA se realizaban «de una manera autónoma e irresponsable en áreas sumamente críticas relacionadas con la gestión de las relaciones exteriores —decía un informe de seguimiento elaborado por la junta presidencial de inteligencia en enero de 1957—. En algunas zonas esto lleva a situaciones que resultan casi increíbles».

Durante sus siguientes cuatro años en el cargo, el presidente Eisenhower trató de cambiar la forma de dirigir la CIA, aunque él mismo diría que era consciente de que no podía cambiar a Allen Dulles. Pero tampoco podía pensar en ninguna otra persona para dirigir la agencia. Esta constituía, según sus propias palabras, «uno de los tipos más peculiares de operación que un gobierno puede tener», y «probablemente hace falta una extraña clase de genio para dirigirla». [22]

Allen no había aceptado nunca ningún supervisor. Pero bastó un silencioso gesto de asentimiento con la cabeza de su hermano Foster. Jamás había habido en el gobierno estadounidense un equipo como el que formaban los hermanos Dulles, pero la edad y el agotamiento les estaban desgastando. Además, Foster, que tenía siete años más que Allen, se estaba muriendo. Sabía que tenía un cáncer mortal, y lo cierto es que este le iría matando lentamente durante los dos años siguientes. Luchó con valentía, viajando por todo el mundo y esgrimiendo todas y cada una de las armas del arsenal estadounidense. Pero se iba consumiendo, y eso creó un perturbador desequilibrio en el director de la central de inteligencia. Este fue perdiendo la chispa vital al tiempo que su hermano se debilitaba. Sus ideas y su sentido del orden se hicieron tan evanescentes como el humo de su pipa.

Mientras Foster empezaba a desfallecer, Allen llevaba a la CIA a

nuevas batallas en Asia y Oriente Próximo. Puede que en Europa —les dijo a sus jefes— la guerra fría quedara en tablas, pero desde el Pacífico hasta el Mediterráneo la lucha había de proseguir con renovada intensidad.

12

«Toda clase de torpes operaciones»

«Si se van a vivir con esos árabes —declaró el presidente Eisenhower ante Allen Dulles y los miembros del Consejo de Seguridad Nacional que se habían reunido con él—, descubrirán que simplemente no pueden entender nuestras ideas sobre la libertad y la dignidad humana. Después de vivir tanto tiempo bajo dictaduras de una u otra clase, ¿cómo podemos esperar que dirijan con éxito un gobierno libre?»[1]

La CIA se dispuso a responder a aquella pregunta tratando de convertir, de coaccionar o de controlar a diversos gobiernos de toda Asia y Oriente Próximo. Se veía compitiendo con Moscú por la lealtad de millones de personas, luchando por ejercer una influencia política y económica sobre aquellos países a los que la casualidad geológica había proporcionado millones de barriles de petróleo. El nuevo frente de batalla era el denominado «gran creciente», que se extendía desde Indonesia, a través del océano Índico y los desiertos de Irán e Irak, hasta las antiguas capitales de Oriente Próximo.

La agencia consideraba a todo aquel líder musulmán que no jurara lealtad a Estados Unidos como «un objetivo de acción política legalmente autorizado por los estatutos de la CIA», según las propias palabras de Archie Roosevelt, jefe de la base de Turquía y primo de Kim Roosevelt, el máximo responsable de la CIA para los asuntos de Oriente Próximo.[2] Muchos de los hombres más poderosos del mundo islámico aceptaron el dinero y el asesoramiento de la agencia. Y esta ejerció su influencia en ellos siempre que pudo. Pero pocos agentes de la CIA hablaban la lengua, conocían las costumbres o comprendían a aquellas mismas personas a las que pretendían apoyar o sobornar.[3]

El presidente declaró que deseaba fomentar la idea de una *yilhad*

islámica contra el comunismo ateo. «Debemos hacer todo lo posible por subrayar el aspecto de la “guerra santa”», dijo en una reunión celebrada en la Casa Blanca en septiembre de 1957, a la que asistieron Frank Wisner, Foster Dulles, el subsecretario de Estado para Oriente Próximo, William Rountree, y varios miembros de la Junta de Jefes de Estado Mayor.[4] Foster Dulles propuso «un grupo de trabajo secreto» bajo cuyos auspicios la CIA entregaría armas, dinero e información de inteligencia estadounidense al rey Saud de Arabia Saudí, al rey Hussein de Jordania, al presidente Camille Chamoun del Líbano y al presidente Nuri al-Said de Irak.

«Se suponía que esos cuatro mestizos iban a ser nuestra defensa contra el comunismo y los extremismos del nacionalismo árabe en Oriente Próximo», diría Harrison Symmes, que había trabajado en estrecha colaboración con la CIA cuando era la mano derecha de Rountree, y que posteriormente sería embajador estadounidense en Jordania.[5] El único legado duradero del «grupo de trabajo secreto» sería la puesta en práctica de la propuesta de Frank Wisner de poner al rey Hussein de Jordania en la nómina de la CIA.[6] La agencia creó un servicio de inteligencia jordano que actualmente pervive todavía como su enlace con una gran parte del mundo árabe. El rey, por su parte, estuvo recibiendo una subvención secreta durante los veinte años siguientes.

Si en Oriente Próximo había lealtades que el armamento no podía comprar, el todopoderoso dólar seguía siendo el arma secreta de la CIA. El dinero para la guerra política y los juegos de poder era siempre bien recibido. Si podía ayudar a crear un imperio estadounidense en tierras árabes y asiáticas, a Foster le parecía perfecto. «Digámoslo así —explicaba el embajador Symmes—. John Foster Dulles había adoptado el punto de vista de que teníamos que hacer todo lo posible por derribar aquellos regímenes neutralistas, antiimperialistas, anticolonialistas y nacionalistas extremistas.»

«A Allen Dulles se le había dado el mandato de hacerlo así ... Y, evidentemente, Allen Dulles se limitó a soltar a su gente.» Como resultado de ello, «nos vimos metidos en intentos de golpes, y en toda clase de torpes operaciones». Él y sus colegas diplomáticos trataban de

«seguir el rastro de algunos de aquellos chanchullos que se fraguaban en Oriente Próximo para que, si se revelaban del todo imposibles, los paráramos antes de que fueran más lejos. Y en algunos casos conseguimos hacerlo. Pero no pudimos pararlos todos».[7]

«Preparado para un golpe de Estado militar»

Hubo uno de aquellos «chanchullos» que duraría toda una década: el complot para derrocar al gobierno de Siria.

En 1949, la CIA instaló a un coronel pro norteamericano, Adib Shishakli, como líder del gobierno sirio. Este obtuvo la ayuda militar directa de Estados Unidos, además de una ayuda financiera encubierta. El jefe de la base de la CIA en Damasco, Miles Copeland, calificaba al coronel de «un simpático canalla» que «jamás, estoy seguro de ello, se había inclinado ante ningún ídolo. Sin embargo, había cometido sacrilegio, blasfemia, asesinato, adulterio y latrocinio».[8] Duró cuatro años, antes de ser derrocado por el Partido Baaz, ayudado por políticos comunistas y oficiales del ejército. En marzo de 1955, Allen Dulles predijo que el país estaba «preparado para un golpe de Estado militar» respaldado por la agencia.[9] En abril de 1956, Kim Roosevelt, de la CIA, y su colega del SIS, sir George Young, decidieron movilizar a los oficiales derechistas del ejército sirio; la CIA entregó medio millón de libras sirias a los jefes del complot. Pero el fiasco de Suez vino a envenenar el clima político en Oriente Próximo, hizo que Siria se acercara a los soviéticos, y a finales de octubre de 1956 forzó a los estadounidenses y a los británicos a posponer su plan.

Lo reactivaron en la primavera y el verano de 1957. Un documento descubierto en 2003 entre los papeles privados de Duncan Sandys, el secretario de Defensa del primer ministro Harold Macmillan, revela con detalle sus esfuerzos en ese sentido.[10]

Era preciso que Siria apareciera como «patrocinadora de los complots, el sabotaje y la violencia dirigidos contra los gobiernos vecinos», rezaba el documento. La CIA y el SIS fabricarían

«conspiraciones nacionales y diversas actividades de fuerza» en Irak, Líbano y Jordania, y culparían de ellas a Siria. Crearían facciones paramilitares y desencadena rían revueltas entre los Hermanos Musulmanes en Damasco. La creación de una apariencia de inestabilidad desestabilizaría al gobierno; los choques fronterizos fabricados por la inteligencia estadounidense y británica servirían como pretexto para la invasión de los ejércitos pro occidentales de Irak y Jordania. La CIA y el SIS imaginaban que cualquier nuevo régimen que instauraran probablemente «se basaría inicialmente en medidas represivas y en el ejercicio arbitrario del poder» para sobrevivir.

Roosevelt identificó a Abdul Hamid Serraj, el jefe del servicio de inteligencia sirio desde hacía bastante tiempo, como el hombre más poderoso de Damasco. Había que asesinar a Serraj, junto con el jefe del estado mayor del ejército sirio y el presidente del Partido Comunista de dicho país.

La CIA envió a Rocky Stone, que había tenido su bautismo de fuego en la operación de Irán, a que asumiera la dirección de la base de Damasco. Acreditado como diplomático (concretamente como segundo secretario de la embajada estadounidense), utilizó la promesa de millones de dólares y de un ilimitado poder político para entablar amistad con diversos oficiales del ejército sirio. En sus informes al cuartel general de la agencia describía a las personas a las que había reclutado como el cuerpo de oficiales clave para un golpe de Estado respaldado por Estados Unidos.

Pero Abdul Hamid Serraj se enteró de las intenciones de Stone en cuestión de semanas.

Los sirios prepararon su revancha. «Los oficiales con los que trataba Stone cogieron su dinero y luego se fueron a la televisión y anunciaron que habían recibido ese dinero de los “corruptos y siniestros americanos” en su intento de derrocar al gobierno legítimo de Siria», según explicaría Curtis F. Jones, un funcionario del Departamento de Estado enviado para deshacer el embrollo que Stone había organizado.[11] Las fuerzas de Serraj rodearon la embajada estadounidense en Damasco, cogieron a Stone y le interrogaron con

dureza. Él les contó todo lo que sabía. Los sirios le identificaron públicamente como un espía estadounidense que se hacía pasar por diplomático, un veterano del golpe de la CIA en Irán que había conspirado con oficiales del ejército y políticos sirios para derrocar al gobierno a cambio de millones de dólares en ayuda norteamericana.

La revelación de aquel «especialmente torpe complot de la CIA» —en palabras del embajador estadounidense en Siria, Charles Yost— tendría consecuencias que todavía hoy se dejan sentir.[12] El gobierno sirio declaró oficialmente persona non grata a Rocky Stone. Era la primera vez que un diplomático estadounidense de cualquier rango —ya fuera un espía que trabajara de forma encubierta o un funcionario de buena fe del Departamento de Estado— era expulsado de un país árabe. Por su parte, Estados Unidos expulsó al embajador sirio en Washington, lo que representaba también la primera expulsión de un diplomático extranjero destinado a la capital norteamericana desde la Primera Guerra Mundial; y asimismo denunció las «mentiras» y «calumnias» de Siria. Los conspiradores sirios que habían colaborado con Stone, incluido el ex presidente Adib Shishakli, fueron condenados a muerte. Luego se hizo una purga de todos los oficiales del ejército que habían tenido alguna relación con la embajada estadounidense.

De aquel trastorno político surgió una alianza sirio-egipcia, la República Árabe Unida, que sería el foco del sentimiento antinorteamericano en Oriente Próximo. Pero mientras en Damasco la reputación de Estados Unidos se desplomaba, la influencia política y militar de la Unión Soviética aumentaba. Tras el chapucero golpe, ningún estadounidense pudo ya ganarse la confianza de unos líderes sirios cada vez más tiránicos.

Un problema de las operaciones frustradas como esta era que «no admitían la posibilidad de la "negación plausible"», según había advertido el informe de David Bruce al presidente Eisenhower. La mano estadounidense resultaba demasiado evidente. ¿No se contabilizaban «los costes inmediatos de [las] decepciones (Jordania, Siria, Egipto, y otros)?», preguntaba el informe. ¿Quién estaba «calculando los impactos de nuestra postura internacional»? ¿Estaba la CIA «alentando la confusión y sembrando las dudas sobre nosotros que

actualmente existen en muchos países del mundo? ¿Y qué hay de los efectos de nuestras actuales alianzas? ¿Dónde estaremos mañana?».

«Llegamos al poder en un tren de la CIA»

El 14 de mayo de 1958, Allen Dulles convocó a sus adjuntos para su habitual reunión matutina. Allí arremetió contra Wisner, aconsejándole que hiciera un «examen de conciencia» sobre los resultados de la agencia en Oriente Próximo.[13] Además del chapucero golpe de Siria, en Beirut y en Argel habían estallado violentas revueltas antinorte americanas sin previo aviso. ¿Acaso todo aquello formaba parte de un complot global? Dulles y sus ayudantes especulaban con la posibilidad de que fueran «los comunistas quienes de hecho estaban moviendo los hilos» en Oriente Próximo y en todo el mundo. Conforme aumentaba el temor a una invasión soviética, el objetivo de crear una capa de países pro norteamericanos en el flanco sur de los soviéticos se hacía cada vez más urgente.

Los agentes de la CIA en Irak tenían órdenes de colaborar con líderes políticos, comandantes militares, responsables de seguridad y poderes en la sombra, ofreciéndoles dinero y armas a cambio de alianzas anticomunistas. Pero el 14 de julio de 1958, cuando un grupo de oficiales del ejército derribaron la monarquía pro norteamericana iraquí de Nuri al-Said, la base de la agencia en Bagdad estaba profundamente dormida. «Nos cogieron completamente por sorpresa», diría el embajador Robert C. F. Gordon, que por entonces era un agente político destacado en la embajada.[14]

El nuevo régimen, dirigido por el general Abd al-Karim Qasim, se dedicó a bucear en los archivos del gobierno anterior, y encontró pruebas de que la CIA había estado estrechamente relacionada con el gobierno monárquico iraquí y pagaba a los jefes de la vieja guardia. Un estadounidense que trabajaba contratado por la CIA haciéndose pasar por escritor de una organización tapadera, los «Amigos Americanos de Oriente Medio», fue arrestado en su hotel y desapareció sin dejar rastro. Los agentes de la base de la CIA huyeron.

Allen Dulles comenzó a considerar a Irak el «lugar más peligroso del mundo».[15] El general Qasim empezó a permitir la presencia de delegaciones políticas, económicas y culturales soviéticas en Irak. «No tenemos evidencias de que Qasim sea comunista», informaba la CIA a la Casa Blanca, pero «a menos que se emprendan acciones para frenar al comunismo, o a menos que los comunistas cometan un importante error táctico, Irak probablemente se transformará en un estado bajo el control comunista».[16] Los jefes de la agencia reconocían entre ellos que no tenían ni idea de qué hacer con aquella amenaza: «La única fuerza eficaz y organizada de Irak capaz de contrarrestar al comunismo es el ejército. Nuestra información de inteligencia básica sobre la situación actual del ejército es muy débil».[17] La CIA, tras haber perdido una batalla en Siria y otra en Irak, se debatía sin saber qué hacer para evitar que Oriente Próximo se volviera rojo.

Tras la debacle de Irak, Kim Roosevelt, el jefe de la división de Oriente Próximo de la CIA desde 1950, dimitió para buscar fortuna como consultor privado para diversas compañías petrolíferas estadounidenses. Fue reemplazado por James Critchfield, quien durante muchos años fue el enlace de la agencia con el general Reinhard Ghelen en Alemania.

Critchfield se interesó de inmediato en el Partido Baaz de Irak después de que sus matones trataran de asesinar a Qasim en un tiroteo fallido. Sus agentes organizaron otro frustrado intento de asesinato utilizando un pañuelo envenenado, una idea que contó en todo momento con el respaldo de la cadena de mando de la CIA.[18] Hubieron de pasar cinco años más, pero finalmente la agencia apoyó con éxito un golpe de Estado en Irak en aras de la influencia estadounidense.

«Llegamos al poder en un tren de la CIA», diría Alí Saleh al-Saadi, que sería ministro del Interior del Partido Baaz durante la década de 1960.[19] Uno de los pasajeros de aquel tren era un joven y prometedor asesino llamado Saddam Hussein.

13

«Mentía a los de abajo y mentía a los de arriba»

El primero de enero de 1959, Richard Bissell se convirtió en el jefe del servicio clandestino.[1] Aquel mismo día, Fidel Castro accedía al poder en Cuba. Un relato secreto de la CIA desenterrado en 2005 describía con detalle cómo se tomó la agencia aquella amenaza.[2]

La agencia observaba detenidamente a Fidel, ya que no sabía qué hacer con él. «Muchos observadores serios creen que su régimen se desmoronará en cuestión de meses», predecía Jim Noel, el jefe de la base de la CIA, cuyos agentes llevaban demasiado tiempo informando desde el Club de Campo de La Habana.[3] En el cuartel general de la agencia, algunos creían que Castro merecía las armas y el dinero de la CIA. Al Cox, jefe de la división paramilitar, propuso «establecer contactos secretos con Castro» y ofrecerle armas y municiones para establecer un gobierno democrático.[4] Cox les dijo a sus superiores que la CIA podía enviarle las armas a Castro en un barco de tripulación cubana. Pero «la manera más segura de ayudar sería darle el dinero a Castro, con el que luego podría comprar sus propias armas —escribía a sus superiores—. Una combinación de armas y dinero probablemente sería mejor». Cox era alcohólico, y puede que tuviera la mente algo nublada, pero lo cierto era que unos cuantos más de sus colegas pensaban igual. Por entonces «mi personal y yo éramos todos fidelistas», diría muchos años después Robert Reynolds, jefe de la división de operaciones caribeñas de la CIA.[5]

En abril y mayo de 1959, cuando el ya victorioso Castro visitó Estados Unidos, un agente de la CIA se entrevistó personalmente con él en Washington. Le describió como «un nuevo líder espiritual de las fuerzas democráticas y antidictatoriales de Latinoamérica».[6]

El presidente estadounidense se puso furioso al descubrir que la CIA había juzgado tan mal a Castro. «Aunque nuestros expertos de inteligencia han estado vacilando durante varios meses —escribiría Eisenhower en sus memorias—, los acontecimientos les fueron llevando poco a poco a la conclusión de que, con la llegada de Castro, los comunistas habían penetrado en este hemisferio.»[7]

El 11 de diciembre de 1959, tras haber llegado a aquella conclusión, Richard Bissell le envió a Allen Dulles un memorando sugiriéndole que «hay que considerar detenidamente la eliminación de Fidel Castro». Pero Dulles hizo una corrección crucial a la propuesta: eliminó la palabra «eliminación», un término que hacía pensar demasiado en el asesinato, y lo sustituyó por «remoción de Cuba»; luego le dio luz verde.[8]

El 8 de enero de 1960, Dulles le pidió a Bissell que organizara una fuerza operativa especial que se encargara de derrocar a Castro. Bissell eligió personalmente a muchas de las mismas personas que habían subvertido el gobierno de Guatemala seis años antes, y que habían engañado al presidente Eisenhower a la cara con respecto al golpe. Escogió al irresponsable Tracy Barnes para la guerra política y psicológica, al capacitado Dave Phillips para la propaganda, al entusiasta Rip Robertson para el entrenamiento paramilitar y al inexorablemente mediocre E. Howard Hunt para la gestión de los grupos políticos tapadera.

Su jefe sería Jake Esterline, que había dirigido el centro de mando de la Operación Éxito en Washington. Esterline era jefe de base en Venezuela cuando empezó a fijarse en Fidel Castro a comienzos de 1959. Había podido observar al joven comandante recorrer Caracas inmediatamente después de su triunfo de año nuevo sobre el dictador Fulgencio Batista, y había tenido ocasión de escuchar a la multitud vitoreando a Castro como conquistador.

«Pude ver —¡vaya, cualquiera que tuviera ojos podía verlo!— que había una nueva y poderosa fuerza operando en el hemisferio —diría Esterline—. Y había que afrontarla.»[9]

Esterline volvió al cuartel general de la CIA en enero de 1960 para recibir su nombramiento como jefe de la fuerza operativa de Cuba. El grupo adoptó la forma de una célula secreta en el seno de la agencia. Todo el dinero, toda la información y todas las decisiones de la fuerza operativa cubana pasaban a través de Bissell. Este apenas mostraba interés en el trabajo de sus espías, y mucho menos aún en recabar información de inteligencia del interior de Cuba. Jamás se paró a analizar qué ocurriría si el golpe contra Castro tenía éxito, o si fracasaba. «No creo que esa clase de cosas se plantearan siquiera con cierta profundidad —diría Esterline—. Creo que su primera reacción fue: ¡Dios mío, tenemos ahí a un posible comunista!; haríamos bien en echarle tal como echamos a Arbenz» de Guatemala.

Bissell casi nunca hablaba de Cuba con Richard Helms, su segundo de a bordo en el servicio clandestino. Los dos hombres se caían mal y recelaban intensamente el uno del otro. Pero Helms intervino con respecto a una idea que se había filtrado de la fuerza operativa de Cuba. Se trataba de un truco propagandístico; un agente cubano, entrenado por la CIA, aparecería en la costa de Estambul afirmando ser un preso político que acababa de escapar a nado de un barco soviético. Proclamaría que Castro estaba esclavizando a miles de compatriotas y enviándolos a Siberia. El plan se conocía con el nombre de «El cubano empapado».[10] Helms se lo cargó.

El 2 de marzo de 1960 —dos semanas antes de que el presidente Eisenhower aprobara una acción encubierta contra Castro—, Dulles informó al vicepresidente Nixon de las operaciones que se hallaban ya en ejecución. Mientras leía un documento de siete páginas firmado con las iniciales de Bissell y titulado «Qué estamos haciendo en Cuba», Dulles enumeraba diversos actos de guerra económica, sabotaje y propaganda política, así como un plan para utilizar «una droga que, si se ponía en la comida de Castro, le haría comportarse de una forma tan irracional que cualquier aparición pública le podría acarrear consecuencias muy funestas». Nixon se mostró totalmente a favor del plan.

Dulles y Bissell presentaron sus planes a Eisenhower y Nixon en una reunión a cuatro bandas celebrada en la Casa Blanca a las dos y media

de la tarde del 17 de marzo de 1960. No proponían invadir la isla; en lugar de ello, le dijeron a Eisenhower que podían derrocar a Castro mediante un sencillo truco. Crearían «una oposición cubana responsable, atractiva y unificada», dirigida por agentes reclutados. Una emisora de radio clandestina emitiría propaganda a La Habana con el fin de desatar una revuelta. Los agentes de la CIA destacados en el campo de entrenamiento guerrillero que el ejército estadounidense tenía en la selva de Panamá adiestrarían a seis cubanos para que se infiltraran en la isla. Luego la CIA les arrojaría armas y municiones.

Fidel —prometió Bissell— caería seis u ocho meses después. La elección del momento era tremendamente importante, ya que faltaban siete meses y medio para que se celebraran elecciones en Estados Unidos. El senador John F. Kennedy y el vicepresidente Nixon habían ganado por un amplio margen en las primarias de New Hampshire, celebradas la semana anterior.

El general Andrew Goodpaster, la mano derecha de Eisenhower, tomó notas de la reunión. «El presidente dice que no conoce un plan mejor ... El gran problema son las filtraciones y la seguridad ... Todo el mundo debe estar dispuesto a jurar que jamás ha oído hablar de ello ... No debe verse nuestra mano en nada de lo que se haga.» La agencia no necesitaba que nadie le recordara que, según sus estatutos, toda acción encubierta requería del secretismo necesario para asegurar que ninguna evidencia condujera hasta el presidente estadounidense. Pero Eisenhower quería estar seguro de que la CIA hacía todo lo posible por mantenerla especialmente oculta.

«ÍBAMOS A PAGAR POR AQUELLA MENTIRA»

El presidente y Dick Bissell se hallaban enzarzados en una lucha cada vez más intensa por el control de uno de los mayores secretos de todos, el avión espía U-2. Eisenhower no había permitido que se realizara ningún vuelo sobre territorio soviético desde sus conversaciones con Jruschov en Camp David seis meses antes. Jruschov había regresado de Washington elogiando el coraje del

presidente de Estados Unidos de cara a buscar una coexistencia pacífica. Y Eisenhower quería que el «espíritu de Camp David» fuera su legado.

Bissell luchaba con todas sus fuerzas por reanudar las misiones secretas. Y el presidente se hallaba en un dilema, puesto que, por otra parte, deseaba la información de inteligencia que el U-2 pudiera recoger.

Anhelaba poder enterrar la supuesta «brecha nuclear»; es decir, la falsa afirmación de la CIA, la fuerza aérea, los contratistas militares y los políticos de ambos partidos de que los soviéticos llevaban una amplia ventaja a Estados Unidos en lo referente al armamento nuclear. Las estimaciones oficiales de la CIA sobre la capacidad militar soviética no se basaban en la información de inteligencia, sino en la política y las conjeturas. Desde 1957, la CIA le había estado enviando a Eisenhower aterradores informes donde se informaba de que la acumulación por parte de los soviéticos de misiles balísticos intercontinentales con cabeza nuclear era mucho más rápida y mucho mayor que el arsenal estadounidense. En 1960, la agencia describía una amenaza mortal para Estados Unidos, diciéndole al presidente que en 1961 los soviéticos dispondrían de quinientos misiles balísticos intercontinentales listos para ser disparados. El Mando Aéreo Estratégico utilizó aquellas estimaciones como base para elaborar un plan secreto que permitiera a Estados Unidos atacar primero en caso de conflicto, empleando más de tres mil cabezas nucleares para destruir todas las ciudades y todas las avanzadillas militares desde Varsovia hasta Pekín. Pero lo cierto es que por entonces Moscú no tenía quinientos misiles nucleares apuntando a Estados Unidos; tenía cuatro.[11]

Durante cinco años y medio, al presidente estadounidense le preocupó la posibilidad de que el propio U-2 pudiera desencadenar la Tercera Guerra Mundial. Si el avión caía en territorio soviético, podía llevarse consigo cualquier esperanza de paz. El mes posterior a los diálogos de Camp David con Jruschov, el presidente estadounidense había rechazado una misión recientemente propuesta del U-2 sobre la Unión Soviética, diciéndole sin rodeos a Allen Dulles, una vez más,

que adivinar las intenciones de los soviéticos por medio del espionaje era más importante para él que descubrir detalles acerca de su capacidad militar. Solo los espías, y no los artilugios, podían informarle de si los soviéticos tenían o no intenciones de atacar.

Sin aquel conocimiento —dijo el presidente—, los vuelos del U-2 no eran más que «aguijonazos provocativos, y pueden hacerles creer que estamos preparando seriamente planes para eliminar sus instalaciones» con un ataque sorpresa.[12]

Eisenhower tenía prevista una reunión en la cumbre con Jruschov para el 16 de mayo de 1960 en París. Y temía que su mayor activo —su reputación de persona honesta— se desperdiciara si caía un U-2 mientras Estados Unidos se hallaba, según sus propias palabras, «ocupado en deliberaciones aparentemente sinceras» con los soviéticos.

En teoría, solo el presidente tenía poder para autorizar una misión del U-2. Pero era Bissell quien dirigía el programa, y le irritaba que cuestionaran sus planes de vuelo. De modo que trató de esquivar la autoridad presidencial intentando en secreto externalizar los vuelos a través de los británicos y de los nacionalistas chinos. En sus memorias escribiría que Allen Dulles se habría horrorizado al saber que el primer vuelo del U-2 había pasado directamente por encima de Moscú y Leningrado. El director no había sido informado, dado que Bissell no había considerado adecuado decírselo.

Discutió durante semanas con la Casa Blanca hasta que Eisenhower finalmente cedió y aceptó que el 9 de abril de 1960 se sobrevolara la Unión Soviética desde Pakistán. A primera vista, el vuelo fue un éxito. Pero los soviéticos supieron que se había vuelto a violar su espacio aéreo y se pusieron en alerta máxima. Bissell luchó por un nuevo vuelo, y el presidente puso la fecha tope del 25 de abril. Llegó la fecha, y el día amaneció cubierto de nubes que ocultaban los objetivos comunistas. Bissell pidió más tiempo y Eisenhower le concedió una prórroga de seis días. El domingo siguiente sería el último día para realizar el vuelo antes de la cumbre de París. Bissell trató entonces de saltarse a la Casa Blanca acudiendo directamente al secretario de Defensa y al presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor a fin de

obtener su apoyo para otro vuelo más. En su celo, olvidó prever un plan en caso de desastre.

El primero de mayo, tal como Eisenhower había temido, el U-2 fue derribado en Rusia central. El piloto de la CIA, Francis Gary Powers, fue capturado vivo. Aquel día C, Douglas Dillon era el secretario de Estado en funciones. «El presidente me dijo que colaborara con Allen Dulles —relataría Dillon—. Teníamos que hacer alguna clase de declaración.» Para sorpresa de ambos hombres, la NASA anunció que un avión climatológico estadounidense había desaparecido en Turquía. Era la tapadera de la CIA. El director de la central de inteligencia, o jamás había sabido nada, o lo había olvidado por completo.

«No podíamos entender cómo había sucedido —diría Dillon—. Pero teníamos que salir de ello.»

No fue cosa fácil. Al fraguar la tapadera, la Casa Blanca y el Departamento de Estado lograron engañar al pueblo estadounidense durante una semana con respecto al vuelo. Pero sus mentiras se fueron haciendo cada vez más transparentes. La última llegó el 7 de mayo: «No había autorización para un vuelo como aquel». Aquello quebrantó la moral de Eisenhower. «No podía permitir que Allen Dulles asumiera toda la culpa, ya que parecería como si el presidente no supiera lo que ocurría en el gobierno», diría Dillon.

El 9 de mayo, Eisenhower entró en el Despacho Oval y dijo en voz alta: «Me gustaría dimitir». Por primera vez en la historia de Estados Unidos, millones de ciudadanos descubrían que su presidente podía engañarles en nombre de la seguridad nacional. La doctrina de la «negación plausible» había muerto. La cumbre con Jruschov se fue a pique, y el breve deshielo producido en la guerra fría se congeló de nuevo. El avión espía de la CIA destruyó la idea de la distensión durante casi una década. Eisenhower había aprobado la última misión con la esperanza de poder desmentir la supuesta brecha nuclear. Ya jubilado, declararía que lo que más lamentaba de su presidencia era «la mentira que contamos sobre el U-2. No fui consciente del alto precio que íbamos a pagar por aquella mentira».[13]

El presidente sabía que no podría dejar el cargo en una atmósfera de

paz y reconciliación internacionales, de modo que se propuso vigilar el máximo número posible de zonas del planeta antes de abandonar su puesto.

El verano de 1960 se convirtió en una temporada de incesantes crisis para la CIA. Las flechas rojas que representaban puntos calientes en el Caribe, África y Asia se multiplicaban en los mapas que Allen Dulles y sus hombres llevaban a la Casa Blanca. El disgusto por el derribo del U-2 dio paso a una ira mortífera.

Primero, Dick Bissell redobló los planes de la CIA para derrocar al gobierno de Cuba. Estableció una nueva base de la agencia en Coral Gables, Florida, con el nombre clave de «Onda». Le dijo al vicepresidente Nixon que necesitaría una fuerza de quinientos exiliados cubanos bien entrenados —mientras que unas semanas antes habían sido solo sesenta hombres— para dirigir la lucha. Pero el centro guerrillero que tenía el ejército estadounidense en la selva de Panamá no tenía capacidad para varios centenares de soldados rasos; de modo que Bissell envió a Jake Esterline a Guatemala, donde por sí solo negoció un acuerdo secreto con el presidente Miguel Ydígoras Fuentes, general retirado y hábil rapichero. El emplazamiento que proporcionó se convertiría en el principal campo de entrenamiento para el desembarco en la bahía de Cochinos, con su propio aeropuerto, su propio burdel y sus propios códigos de conducta. Los cubanos de la CIA lo encontraron «completamente insatisfactorio», según informaría el coronel de marines Jack Hawkins, principal planificador paramilitar de Esterline. Vivían en «las condiciones de un campo de prisioneros», lo que producía «complicaciones políticas» que resultaban «muy difíciles de manejar para la CIA». Aunque el campo estaba aislado, el ejército guatemalteco era plenamente consciente de su existencia, y la presencia de una fuerza extranjera en su territorio estuvo a punto de provocar un golpe militar contra su presidente.

Luego, a mediados de agosto, el cortés y encantador Dick Bissell estableció un contrato criminal contra Fidel Castro. Para ello, acudió al coronel Sheffield Edwards, jefe de seguridad de la CIA, y le pidió que le pusiera en contacto con un gánster que estuviera dispuesto a dar un golpe. Esta vez informó de ello a Dulles, que le dio su

aprobación. Un historiador de la agencia concluía: «Probablemente Bissell creía que Castro moriría a manos del asesino financiado por la CIA antes de que la brigada pusiera siquiera el pie en la playa» en la bahía de Cochinos.[14]

Los hombres de Bissell, que no sabían nada de aquel plan criminal, idearon un segundo complot de asesinato. La cuestión era cómo situar a un asesino entrenado por la CIA a la conveniente distancia de tiro de Fidel: «¿Podemos conseguir que se le acerque un Rip Robertson? ¿Podemos conseguir a un cubano realmente duro, quiero decir, a un cubano con agallas?», se preguntaba Dick Drain, jefe de operaciones de la fuerza operativa de Cuba. La respuesta era que no. Miami hervía de miles de exiliados cubanos dispuestos a unirse a la cada vez más conocida operación encubierta de la CIA; pero entre ellos abundaban también los espías de Castro, y Fidel sabía ya bastante sobre los planes de la CIA. Un agente del FBI llamado George Davis, tras pasar varios meses oyendo hablar a los cubanos de lengua suelta en las cafeterías y bares de Miami, le dio un consejo de amigo a uno de los agentes de la CIA destacados en la base de Onda: sería imposible derrocar a Castro con aquellos charlatanes exiliados cubanos; la única esperanza era que se enviara a los marines. El colega de la CIA transmitió el mensaje al cuartel general de la agencia. Pero fue ignorado.

El 18 de agosto de 1960, Dulles y Bissell trataron de la fuerza operativa cubana en privado con el presidente Eisenhower durante menos de veinte minutos. Bissell pidió otros 10,75 millones de dólares para iniciar el entrenamiento paramilitar de los quinientos cubanos en Guatemala. Eisenhower dijo que sí, aunque con una condición: «Siempre que la Junta de Jefes, Defensa, Estado y la CIA crean que tenemos unas buenas probabilidades de éxito» de cara a «liberar a los cubanos de su pesadilla». Cuando Bissell trató de plantear la idea de crear una fuerza militar estadounidense que llevara a los cubanos a la batalla, Dulles le cortó en dos ocasiones, evitando el debate y la disensión.

El presidente —el hombre que había dirigido la mayor invasión secreta en la historia de Estados Unidos— advirtió a los jefes de la CIA del «peligro de hacer movimientos falsos» o de «iniciar nada antes de

que estemos preparados».

«Evitar otra Cuba»

Más tarde, aquel mismo día, en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, el presidente ordenó al director de la central de inteligencia que eliminara al hombre que la CIA consideraba el «Castro» de África, Patrice Lumumba, el primer ministro del Congo.

Lumumba, que había sido elegido libremente, había acudido a Estados Unidos en busca de ayuda cuando su país se liberó del brutal dominio colonial belga y declaró su independencia en el verano de 1960. Pero la ayuda estadounidense no llegó jamás, puesto que la CIA veía a Lumumba como un títere comunista atontado por las drogas. Debido a ello, cuando los paracaidistas belgas entraron en el país para recuperar el control de la capital, Lumumba aceptó los aviones, camiones y «técnicos» soviéticos para reforzar un gobierno que a duras penas funcionaba.

La misma semana en la que llegaron los soldados belgas, Dulles envió a Larry Devlin, el jefe de la base de la agencia en Bruselas, a que se hiciera cargo del puesto de la CIA en la capital del Congo y evaluara a Lumumba como posible objetivo de acción encubierta. El 18 de agosto, después de seis semanas en el país, Devlin cablegrafió al cuartel general de la CIA: «El Congo está experimentando el clásico intento de absorción comunista … Sea o no Lumumba un verdadero comunista o les siga el juego a los comunistas … Puede que quede poco tiempo para emprender acciones de cara a evitar otra Cuba». Allen Dulles transmitió lo esencial del mensaje en la reunión del NSC celebrada aquel mismo día. Según un testimonio secreto declarado años más tarde ante el Senado por la persona encargada de tomar notas en representación del NSC, Robert Johnson, el presidente Eisenhower se dirigió a continuación a Dulles y le dijo lisa y llanamente que Lumumba debía ser eliminado.[15] Tras un embarazoso silencio de unos quince segundos, la reunión continuó. Ocho días después, Dulles cablegrafiaba a Devlin: «Aquí en el cuartel general se ha llegado a la

clara conclusión de que, si lll [Lumumba] continúa ejerciendo su alto cargo, el resultado inevitable será en el mejor de los casos el caos, y en el peor se preparará el camino a la absorción comunista del Congo … Concluimos que su remoción debe ser un primer y urgente objetivo, y que en las condiciones actuales esa sería una alta prioridad de nuestra acción encubierta. En consecuencia, deseamos darle la más amplia autoridad».

Sidney Gottlieb, un hombre con una malformación en el pie, y que era el experto en química de la CIA, viajó al Congo llevando como equipaje de mano una bolsa que contenía varios viales de toxinas letales, que le entregó al jefe de base de la agencia. El lote incluía una jeringuilla hipodérmica para inyectar las gotas letales en la comida, en la bebida o en un tubo de dentífrico. La muerte de Lumumba era tarea de Devlin. Los dos hombres sostuvieron una nerviosa conversación en el piso de Devlin más o menos la noche del 10 de septiembre. «Yo le pregunté por orden de quién se daban tales instrucciones», declaraba Devlin bajo juramento en un testimonio secreto que sería desclasificado en 1998. «Del presidente», fue la respuesta.

Devlin testificó que, tras guardar las toxinas en la caja fuerte de su despacho, se debatía angustiado sin saber qué hacer. Recordaba haber pensado: que me condene si dejo eso ahí tirado. Al cabo de cierto tiempo se llevó los viales venenosos a la orilla del río Congo, y los enterró. Dijo que se sentía avergonzado por la orden de matar a Lumumba, ya que sabía que la CIA disponía de otros medios.

La agencia había elegido ya al que había de ser el próximo líder del Congo, Joseph Mobutu, «el único hombre del Congo capaz de actuar con firmeza», como Dulles le diría al presidente estadounidense en la reunión del NSC celebrada el 21 de septiembre. A primeros de octubre la CIA le entregó 250.000 dólares, a los que siguieron varios envíos de armas y municiones en noviembre.[16] Mobutu capturó a Lumumba y, en palabras de Devlin, lo puso en manos de un «enemigo implacable». La base de la CIA en Elisabethville, cerca de la frontera con Zambia, informó de que «un oficial belga de origen flamenco ejecutó a Lumumba con una ráfaga de metralleta» dos noches antes de que el nuevo presidente de Estados Unidos tomara posesión de su cargo. Con el inquebrantable apoyo de la CIA, Mobutu obtuvo finalmente el pleno control del Congo tras una lucha de poder que

duró cinco años. Sería el aliado predilecto de la agencia en África y el centro de información para la acción encubierta estadounidense en todo el continente durante la guerra fría. Gobernaría durante tres décadas como uno de los dictadores más brutales y corruptos del mundo, robando miles de millones de dólares de ingresos provenientes de los enormes yacimientos de diamantes, minerales y metales estratégicos del país, y asesinando a auténticas multitudes para mantenerse en el poder.

«Una posición completamente insostenible»

Al acercarse las elecciones de 1960, al vicepresidente Nixon le resultaba cada vez más evidente que la CIA se hallaba lejos de estar preparada para un ataque a Cuba. A finales de septiembre, Nixon ordenó nerviosamente a la fuerza operativa: «No hagan nada ahora; esperen a después de las elecciones». La demora proporcionó un margen crucial a Fidel Castro. Sus espías le advirtieron de que era inminente una invasión respaldada por Estados Unidos, y él aumentó sus efectivos militares y de inteligencia, reprimiendo con dureza a los disidentes políticos que la CIA confiaba en utilizar como fuerzas de choque para el golpe de Estado. La resistencia interna contra Castro empezó a morir aquel verano, aunque la CIA jamás prestó demasiada atención a lo que ocurría realmente en la isla. Tracy Barnes encargó privadamente un sondeo de opinión pública en Cuba, el cual reveló que la inmensa mayoría de la gente apoyaba a Castro. Como los resultados no le gustaban, los ignoró.

El intento de la agencia de arrojar armas a los rebeldes de la isla fue un fiasco. El 28 de septiembre, un palé de ametralladoras, fusiles y pistolas Colt 45 para un centenar de combatientes descendió sobre Cuba desde un avión de la CIA que había despegado de Guatemala. El envío erró el blanco por una distancia de 11 kilómetros. Las fuerzas de Castro se apoderaron de las armas, capturaron al agente cubano que había ido a buscarlas y lo fusilaron. El piloto se perdió en el camino de regreso y hubo de aterrizar en el sur de México, donde la policía

local se incautó del avión. En total se enviaron treinta misiones como aquella; como mucho, solo tres tuvieron éxito.

A principios de octubre, la CIA se dio cuenta de que no sabía casi nada de las fuerzas anticastristas del interior de Cuba. «No teníamos confianza alguna en que no hubieran sido infiltradas» por los espías de Castro, diría Jake Esterline, que ahora estaba seguro de que no se podía derrocar a Fidel por medio de una discreta subversión.

«Habíamos hecho grandes esfuerzos de infiltración y reabastecimiento, pero dichos esfuerzos no habían sido fructíferos», recordaría Bissell, que decidió que «lo que se necesitaba era una acción de choque», es decir, una invasión a gran escala. [17]

La CIA no contaba ni con la aprobación presidencial ni con las tropas necesarias para llevar a cabo aquella misión. Los quinientos hombres sometidos a entrenamiento en Guatemala constituían «un número absurdamente insuficiente», según le diría Bissell a Esterline. Ambos hombres eran conscientes de que solo una fuerza mucho mayor podría tener éxito contra Castro, que contaba con un ejército de sesenta mil hombres con tanques y artillería, junto con un servicio de seguridad interna cada vez más cruel y eficaz.

Bissell tenía a los criminales en una línea telefónica y a la Casa Blanca en otra. Las elecciones presidenciales estadounidenses eran inminentes. En algún momento durante la primera semana de noviembre de 1960, el concepto esencial de la operación cubana se quebró por exceso de presión. Esterline calificó el plan de inviable, y Bissell sabía que tenía razón. Pero no se lo dijo a nadie. En los meses, semanas y días anteriores a la invasión se refugió en el engaño.

«Mentía a los de abajo y mentía a los de arriba», diría Jake Esterline. Por abajo, a la fuerza operativa cubana de la CIA; por arriba, primero al presidente y después al nuevo presidente electo.

John Kennedy derrotó a Richard Nixon en noviembre por menos de 120.000 votos. Algunos republicanos consideraron que les habían robado las elecciones en las circunscripciones políticas de Chicago. Otros señalaron a una supuesta compra de votos en Virginia Occidental. Richard Nixon culpó a la CIA. Estaba convencido —aunque erróneamente— de que «los progresistas de Georgetown»

como Dulles y Bissell habían ayudado en secreto a Kennedy con información privilegiada sobre Cuba antes de un crucial debate presidencial televisado.

El nuevo presidente anunció de inmediato que mantendría en sus cargos a J. Edgar Hoover y Allen Dulles. Aquella decisión venía de su padre, y se tomó por razones de protección política y personal. Hoover conocía algunos de los secretos más profundos de la familia Kennedy —incluidos los flirteos sexuales del nuevo presidente con una presunta espía nazi durante la Segunda Guerra Mundial— y había puesto esa información en conocimiento de Dulles. Y Kennedy estaba al tanto de ello debido a que su padre, antiguo miembro de la junta de consultores de inteligencia exterior de Eisenhower, le había dicho que lo sabía de buena tinta.

El 18 de noviembre, el nuevo presidente se reunió con Dulles y Bissell en la casa de vacaciones que su padre tenía en Palm Beach, Florida. Tres días antes, Bissell había recibido un informe concluyente de Esterline sobre la operación cubana. «Nuestro concepto original se considera ahora inviable frente a los controles que Castro ha instaurado —decía Esterline—. No habrá el malestar interno que anteriormente creíamos posible, ni tampoco las defensas permitirán el tipo de ataque inicialmente planeado. Nuestro segundo concepto (una fuerza de 1.500-3.000 hombres para asegurar una playa con pista de aterrizaje) también se considera ahora inviable, salvo como acción conjunta de la agencia y el DOD [Departamento de Defensa].»

En otras palabras: para derrocar a Castro, Estados Unidos tenía que enviar a los marines.

«Me senté allí en mi despacho de la CIA —recordaría Esterline— y dije: "¡Maldita sea, espero que Bissell tenga suficientes agallas para decirle a John Kennedy cómo están las cosas!".» Pero Bissell no dijo ni pío. El plan inviable se convirtió en una misión positiva.

La reunión de Palm Beach colocaba a los jefes de la CIA en «una posición completamente insostenible», según le contaría Bissell a un historiador de la agencia. Sus notas de la reunión muestran que tenían la intención de tratar de sus triunfos pasados —especialmente de Guatemala— y de una multitud de operaciones encubiertas en curso

en Cuba, la República Dominicana, Centroamérica y Sudamérica, y Asia. Pero no lo hicieron. Antes de la reunión, el presidente Eisenhower les había dicho que elaboraran «una agenda estricta», lo que ellos interpretaron como una prohibición de tratar de nada de lo ocurrido en las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional. Como resultado, una información crucial sobre las operaciones encubiertas de la CIA se perdió en la transición de un presidente al siguiente.

Eisenhower no había aprobado nunca la invasión de Cuba. Pero eso Kennedy no lo sabía. Solo sabía lo que le habían contado Dulles y Bissell.

«Una derrota de ocho años»

Durante ocho años, Allen Dulles había esquivado todos los intentos externos de cambiar la CIA. Tenía una reputación que proteger, la de la agencia y la suya propia. Negándolo todo, y no admitiendo nada, había ocultado la verdad para encubrir los fracasos de sus operaciones encubiertas.

Desde 1957, como mínimo, había desoído las voces de la razón y la moderación, había ignorado las recomendaciones cada vez más urgentes de los consejeros de inteligencia del presidente, había dejado de lado los informes de su propio inspector general, y había tratado a sus subordinados con desprecio. «Por entonces era un hombre viejo y cansado», cuya conducta profesional «podía ser, y normalmente era, en extremo difícil —según diría Dick Lehman, uno de los mejores analistas que jamás tuvo la agencia—. La forma en que nos trataba reflejaba su sentido de los valores. Se equivocaba, obviamente, pero teníamos que aceptarlo».[18]

En sus últimos días en el cargo, el presidente Eisenhower llegó a ser consciente de que no tenía un servicio de espionaje digno de tal nombre. Llegó a aquella conclusión después de leer una gruesa pila de informes que había encargado con la esperanza de cambiar la CIA.

El primero de ellos, del 15 de diciembre de 1960, era obra del Grupo de Estudio Conjunto que él mismo había creado tras el derribo

del U-2 para revisar el panorama global de la inteligencia estadounidense. Retrataba una aterradora imagen de caos y desorden. Afirmaba que Dulles jamás había abordado el problema de un ataque sorpresa por parte de los soviéticos. Nunca había coordinado la inteligencia militar con los analistas civiles. No había establecido la capacidad de proporcionar alertas en caso de crisis. Se había pasado ocho años organizando operaciones encubiertas en lugar de controlar la inteligencia estadounidense.

Más adelante, el 5 de enero de 1961, la Junta de Consejeros de la Presidencia sobre Actividades de Inteligencia Exterior publicó sus recomendaciones finales. En ellas propugnaba una «reevaluación total» de la acción encubierta: «Somos incapaces de concluir que, teniendo todos los factores en consideración, todos los programas de acción encubierta emprendidos por la CIA hasta el momento han acarreado el riesgo de un gran gasto de mano de obra, dinero y otros recursos implicados». Y advertía de que «la concentración de la CIA en actividades de acción encubierta políticas, psicológicas y otras relacionadas ha tendido a desviarla sustancialmente de la ejecución de su misión primordial de recabar información de inteligencia».[19]

La junta instó al presidente a considerar la «completa separación» del director de la central de inteligencia de la CIA, alegando que Dulles era incapaz de dirigir la agencia mientras cumplía con sus tareas de coordinación de la inteligencia estadounidense: la codificación y descodificación para la Agencia de Seguridad Nacional; las nacientes capacidades de los satélites espía y del fotorreconocimiento espacial, y los interminables pleitos del ejército, la marina y la fuerza aérea.

«Yo le recordé al presidente que muchas veces se había ocupado de ese problema general», escribía su asesor de Seguridad Nacional, Gordon Gray, tras revisar el informe con Eisenhower.[20] Este le respondió que ya lo sabía y que lo había intentado, pero que no podía cambiar a Allen Dulles.

«Se ha conseguido mucho», le insistió Dulles al presidente Eisenhower en las últimas reuniones del Consejo de Seguridad Nacional durante su mandato. Todo estaba controlado, le decía. Él

había arreglado el servicio clandestino; la inteligencia estadounidense nunca había sido tan ágil y experta; la coordinación y cooperación eran mejores de lo que habían sido nunca. Las propuestas de la junta de inteligencia presidencial eran absurdas —le dijo—; eran dementes e ilegales. Según la ley de coordinación de inteligencia —le recordó al presidente—, el responsable era él, y no podía delegar esa responsabilidad. Sin su liderazgo —le dijo—, la inteligencia estadounidense sería «un cuerpo flotando en el aire».

Al final, Dwight Eisenhower explotó de rabia y frustración. «La estructura de nuestra organización de inteligencia resulta defectuosa», le dijo a Dulles. No tenía sentido, había que reorganizarla, y eso era algo que habría tenido que hacerse ya hacía tiempo. Nada había cambiado desde Pearl Harbor. «En este aspecto he sufrido una derrota de ocho años», declaró el presidente estadounidense. Y añadió que iba a dejar «un legado de cenizas» a su sucesor.[21]

Tercera parte

«Causas perdidas»

La CIA durante los mandatos de Kennedy y Johnson

(1961-1968)

14

«Nadie sabía qué hacer»

El legado se transmitió la mañana del 19 de enero de 1961, cuando el viejo general y el joven senador se reunieron a solas en el Despacho Oval. Como si tuviera un mal presentimiento, Eisenhower informó brevemente a Kennedy de las estratagemas de la seguridad nacional: armas nucleares y operaciones encubiertas.

Luego los dos hombres salieron y se reunieron en la Sala del Gabinete con los secretarios de Estado, de Defensa y del Tesoro tanto entrantes como salientes. «El senador Kennedy pidió la opinión del presidente sobre el apoyo estadounidense a las operaciones guerrilleras en Cuba, aun en el caso de que dicho apoyo implicara públicamente a Estados Unidos —según registraría aquella mañana una de las personas encargadas de tomar notas—. El presidente respondió que sí, ya que no podemos dejar que siga el actual gobierno ... El presidente aconsejó también que ayudaría a la situación que pudiésemos manejar al mismo tiempo a la República Dominicana.»[1] La idea de Eisenhower de que un golpe en el Caribe podría contrarrestar al otro representaba una ecuación que nadie en Washington había resuelto.

Cuando Kennedy se levantó a la mañana siguiente dispuesto a jurar su cargo, el corrupto líder derechista de la República Dominicana, generalísimo Rafael Trujillo, llevaba treinta años en el poder. El respaldo del gobierno de Estados Unidos y de la comunidad empresarial norteamericana le había ayudado a mantenerse en el cargo. Gobernaba mediante la fuerza, el fraude y el temor, y se complacía en colgar a sus enemigos en ganchos de carnicero. «Tenía sus cámaras de tortura, tenía sus asesinatos políticos —decía el cónsul general Henry Dearborn, el diplomático estadounidense de mayor rango en la República Dominicana a comienzos de 1961—. Pero

mantenía la ley y el orden, limpiaba el lugar, haciéndolo más higiénico, construía obras públicas y no molestaba a Estados Unidos. Así que a nosotros ya nos iba bien.» Pero Trujillo —proseguía Dearborn— se había vuelto intolerable. «Para cuando yo llegué allí, sus iniquidades se habían agravado tanto que había una gran presión por parte de varios grupos políticos, grupos de derechos civiles y otros, no solo en Estados Unidos, sino en todo el hemisferio, en el sentido de que había que hacer algo con aquel hombre.»[2]

Dearborn se quedó a cargo de la embajada estadounidense en Santo Domingo cuando Estados Unidos rompió sus relaciones diplomáticas con la República Dominicana en agosto de 1960. Casi todos los diplomáticos y espías estadounidenses abandonaron la isla. Pero Richard Bissell le había pedido a Dearborn que se quedara para que actuara como jefe de base de la CIA en funciones, y el cónsul general había aceptado.

El 19 de enero de 1961, Dearborn fue informado de que se había enviado un cargamento de armas cortas a un grupo de conspiradores dominicanos que pretendían matar a Trujillo. El Grupo Especial, presidido por Allen Dulles, había tomado la decisión una semana antes. Dearborn pidió la aprobación de la agencia para armar a los dominicanos con tres carabinas que el personal de la marina había dejado en la embajada. El adjunto de Bissell para la acción encubierta, Tracy Barnes, dio la luz verde. Luego la CIA envió tres pistolas del calibre 38 a los dominicanos. Bissell autorizó un segundo envío de cuatro ametralladoras y 240 cargas de munición. Pero las ametralladoras se quedaron en el consulado estadounidense en Santo Domingo cuando los miembros de la nueva administración se preguntaron cuál sería la reacción mundial si se sabía que Estados Unidos enviaba armas mortíferas a través de la valija diplomática.

Dearborn recibió un cable, aprobado personalmente por el presidente Kennedy, que rezaba: «Nos da igual que los dominicanos asesinen a Trujillo, no hay problema. Pero no queremos que haya nada que nos relacione con ello». Y no lo hubo. Cuando los asesinos de Trujillo le dispararon, dos semanas después, el arma del crimen podía ser o no de la agencia, ya que no había huellas. Pero el asesinato

estuvo todo lo cerca que se podía estar de una muerte encargada directamente por la Casa Blanca.

El fiscal general de Estados Unidos, Robert F. Kennedy, redactó algunas notas cuando se enteró del asesinato. «El gran problema ahora —escribió— es que no sabemos qué hacer.»[3]

«Me avergonzaba de mi país»

Cuando la CIA se precipitó hacia la invasión de Cuba, «la cosa empezó a desmandarse y a descontrolarse», en palabras de Jake Esterline. Bissell fue la fuerza impulsora. Siguió adelante, negándose a reconocer que la CIA no podía derribar a Castro y no queriendo ver el hecho de que el secretismo de la operación se había ido a pique hacía ya tiempo.

El 11 de marzo, Bissell acudió a la Casa Blanca con cuatro planes distintos detallados por escrito. Pero ninguno de ellos satisfizo al presidente Kennedy, que dio al jefe del servicio clandestino tres días para idear algo mejor. La idea brillante de Bissell fue su elección de una nueva zona de aterrizaje, tres amplias playas situadas en la bahía de Cochinos. El lugar satisfacía un nuevo requisito político de la administración estadounidense: después de desembarcar, los invasores cubanos habían de tomar una pista de aterrizaje a fin de establecer una cabeza de puente política de cara a un nuevo gobierno cubano.

Bissell le aseguró al presidente que aquella operación tendría éxito. Lo peor que podía pasar era que los rebeldes de la CIA se enfrentaran a las fuerzas de Castro en las playas y hubieran de refugiarse en las montañas.[4] Pero lo cierto era que el terreno de la bahía de Cochinos era una insuperable maraña de raíces de mangle y barro, y nadie en Washington lo sabía. Los toscos mapas topográficos de los que disponía la CIA y que sugerían que aquella ciénaga podría ser un buen terreno para la guerrilla habían sido dibujados en 1895.

La semana siguiente, los contactos criminales de la CIA dieron un nuevo acelerón al plan para asesinar a Castro. Le entregaron unas píldoras venenosas y varios miles de dólares a uno de los más

prominentes cubanos de la CIA, Tony Varona (quien, descrito por Esterline como «granuja, estafador y ladrón», llegaría a reunirse más tarde con el presidente Kennedy en la Casa Blanca). Varona logró pasarle el vial de veneno a un camarero de un restaurante de La Habana, que tenía que echarlo en un cucurucho de helado para Castro. Los agentes de la inteligencia cubana encontrarían más tarde el vial en un congelador.

En la primavera, el presidente todavía no había aprobado un plan de ataque, ya que no entendía cómo podía funcionar la invasión. El miércoles 5 de abril se reunió de nuevo con Dulles y Bissell, pero seguía sin verle sentido a su estrategia. El jueves 6 de abril les preguntó si el bombardeo de la pequeña fuerza aérea de Castro que tenían planeado no eliminaría el elemento sorpresa de los invasores. Pero nadie tenía una respuesta.

El sábado por la noche, 8 de abril, Richard Bissell contestó al insistente timbre del teléfono de su casa. Era Jake Esterline, que llamaba desde el centro de mando de la CIA en Washington para decirle que él y el coronel Hawkins, su planificador paramilitar, tenían que ver a Bissell a solas lo antes posible. El domingo por la mañana, Bissell abrió la puerta de su casa para encontrarse a Esterline y Hawkins en un estado de ira apenas controlada. Se dirigieron a la sala de estar, se sentaron y le dijeron que había que suspender la invasión de Cuba.

Bissell les dijo que era demasiado tarde para dar marcha atrás; estaba previsto que el golpe contra Castro se iniciara en el plazo de una semana. Esterline y Hawkins le amenazaron con dimitir. Entonces Bissell cuestionó su lealtad y su patriotismo, y ellos vacilaron.

«Si no quieren que haya un desastre, debemos eliminar absolutamente a toda la fuerza aérea de Castro», le dijo Esterline a Bissell (y no era la primera vez que lo hacía). Los tres sabían que los 36 aviones de combate de Castro eran capaces de matar a varios centenares de los cubanos de la CIA en cuanto desembarcaran. Tras pedirles que confiaran en él, Bissell les prometió que convencería al presidente Kennedy de que se exterminara a la fuerza aérea de Castro. «Nos convenció de que siguiéramos —recordaría Esterline con

amargura—. Nos dijo: “Les prometo que no habrá reducción de los ataques aéreos”.»

A la hora de la verdad, sin embargo, Bissell redujo a la mitad el número de efectivos enviados para destruir los aviones de Castro, pasando de dieciséis a ocho bombarderos. Lo hizo para agradar al presidente, que deseaba un golpe discreto, y Bissell le hizo creer engañosamente que la CIA era capaz de hacer tal cosa.

El sábado 15 de abril, ocho bombarderos estadounidenses B-26 atacaron tres aeródromos cubanos, mientras una brigada de 1.511 hombres de la CIA se dirigía hacia la bahía de Cochinos. Cinco aviones cubanos fueron destruidos y probablemente una docena más sufrieron daños. Pero la mitad de la fuerza aérea de Castro permaneció intacta. La tapadera de la CIA era que el atacante había sido un solitario desertor de la fuerza aérea cubana, que luego había aterrizado en Florida. Aquel mismo día, Bissell envió a Tracy Barnes a Nueva York para que le fuera con el cuento al embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, Adlai Stevenson.

Bissell y Barnes engañaron a Stevenson como si fuera uno de sus agentes. Al igual que le ocurriría al secretario de Estado Colin Powell en vísperas de la invasión de Irak, Stevenson le vendió la historia de la CIA al mundo entero. Pero a diferencia de Powell, él descubrió al día siguiente lo que había hecho.

La noticia de que se había pillado a Stevenson mintiendo públicamente llamó la atención del secretario de Estado, Dean Rusk, que tenía ya buenas razones para estar furioso con la CIA. Solo cuatro horas antes, inmediatamente después de que otra operación saltara a la luz pública, Rusk había tenido que enviar otra carta oficial de disculpa al primer ministro de Singapur, Lee Kwan Yew.[5] La policía secreta singapurense había irrumpido en un piso franco de la CIA, donde se estaba interrogando a un ministro del gobierno a sueldo de la agencia. Lee Kwan Yew, un aliado clave de los estadounidenses, dijo que el jefe de base le había ofrecido un soborno de 3,3 millones de dólares por echar tierra al asunto.

A las seis de la tarde del domingo 16 de abril, Stevenson cablegrafió a Rusk desde Nueva York para advertirle del «grave riesgo de otro

desastre como el del U-2 en una operación tan descoordinada». A las nueve y media de la noche, el asesor de seguridad nacional del presidente, McGeorge Bundy, llamó al subdirector de Dulles, el general Charles Pearre Cabell, diciéndole que la CIA no podía lanzar ataques aéreos sobre Cuba a menos que «pudieran realizarse desde una pista situada en la cabeza de playa» de la bahía de Cochinos.[6] A las diez y cuarto, Cabell y Bissell corrían hacia el elegante despacho del séptimo piso del secretario de Estado. Rusk les dijo que los aviones de la CIA podían entrar en combate para proteger la cabeza de playa, pero no para atacar los aeródromos, ni los puertos, ni las emisoras de radio cubanas. «Me preguntó si querría hablar con el presidente —escribiría Cabell—. El señor Bissell y yo estábamos impresionados por lo extremadamente delicado de la situación con el embajador Stevenson y las Naciones Unidas, y por el riesgo para la posición política de Estados Unidos» —una situación creada precisamente por las mentiras de Bissell y Barnes—, de modo que «no veíamos objeción alguna en que yo hablara personalmente con el presidente». Atrapado en sus propias tapaderas, Bissell decidió no luchar. Posteriormente, en sus memorias, atribuiría aquel silencio a la cobardía.

Cuando Cabell regresó al centro de mando de la CIA para informar de lo que había ocurrido, Jake Esterline consideró seriamente la posibilidad de matarle con sus propias manos. La agencia —le dijo Esterline— iba a dejar morir a sus cubanos «como un blanco seguro en aquella maldita playa».

La orden de cancelación de Cabell cogió a los pilotos de la CIA en Nicaragua, subidos ya en las cabinas y calentando motores. A las cuatro y media de la madrugada del lunes 17 de abril, Cabell llamó a Rusk a su casa y le rogó la autorización presidencial para incrementar la potencia aérea a fin de proteger a los barcos de la CIA, que estaban cargados hasta los topes de municiones y abastecimientos militares. Rusk llamó al presidente Kennedy a su casa de vacaciones en Virginia —*Glen Ora*— y puso a Cabell al teléfono.

El presidente le dijo que él no tenía noticia de que hubiera de haber ningún ataque aéreo la mañana del día D.[7] Petición denegada.

Cuatro horas después, un cazabombardero Hawker Sea Fury se

abatió sobre la bahía de Cochinos. El piloto, capitán Enrique Carreras, entrenado por Estados Unidos, era el as de la fuerza aérea de Fidel Castro. Se dirigía hacia el *Río Escondido*, un destartalado carguero que había zarpado de Nueva Orleans contratado por la CIA. Por debajo de él en dirección sudeste, a bordo del *Blagar*, una lancha de desembarco de la Segunda Guerra Mundial reconvertida, un oficial paramilitar de la CIA llamado Grayston Lynch disparó al caza cubano con una defectuosa ametralladora del calibre 50. El capitán Carreras lanzó un cohete que alcanzó la cubierta delantera del *Río Escondido* a unos 2 metros por debajo de la barandilla, haciendo blanco en varias docenas de barriles de 200 litros llenos de combustible de aviación. El fuego inflamó 11.000 litros de combustible de aviación y 145 toneladas de munición en la bodega delantera. La tripulación abandonó el barco y empezó a nadar para salvar la vida. El carguero explotó en una bola de fuego, provocando una nube en forma de hongo que alcanzó una altura de casi un kilómetro por encima de la bahía de Cochinos. Desde unos veinticinco kilómetros de distancia, en otra playa que había empezado a llenarse con los muertos y heridos de la brigada estadounidense, el comando de la CIA Rip Robertson creyó que Castro había lanzado una bomba atómica.

El presidente Kennedy llamó al almirante Arleigh Burke, comandante de la marina estadounidense, para pedirle que salvara a la CIA del desastre. «Nadie sabía qué hacer, ni tampoco la CIA, que estaba dirigiendo la operación y que era plenamente responsable de ella, sabía qué hacer ni qué estaba ocurriendo —diría el almirante el 18 de abril—. Nos han mantenido en una completa ignorancia sobre esto, y nos han contado solo verdades a medias.»

Durante dos desdichados días con sus noches, los cubanos de Castro y los cubanos de la CIA estuvieron matándose unos a otros. La noche del 18 de abril, el comandante de la brigada rebelde, Pepe San Román, envió un mensaje por radio a Lynch: «¿Se da cuenta su gente de lo desesperada que es la situación? ¿Nos apoyan o se van? ... Por favor, no nos abandonen. Me he quedado sin munición antitanque y de bazuca. Los tanques van a atacarme al amanecer. No seré evacuado. Lucharé hasta el final si es necesario». Llegó la mañana,

pero no vino ayuda alguna. «Estamos sin munición y luchando en la playa. Por favor, envíe ayuda. No podemos resistir», se desgañitaba San Román a través de la radio. Sus hombres perecieron hundidos en el agua hasta las rodillas.

«Situación para apoyo aéreo a cabeza de playa completamente fuera de nuestras manos —le informaría en un cable el jefe de operaciones aéreas de la agencia a Bissell a mediodía—. Hemos perdido cinco pilotos cubanos, seis copilotos, dos pilotos estadounidenses y un copiloto.» En total, cuatro pilotos estadounidenses de la Guardia Nacional de Alabama contratados por la CIA murieron en combate. Durante años, la agencia les ocultaría la causa de su muerte a sus viudas y familiares.

«Aún tenemos fe —proseguía el cable del jefe de operaciones aéreas —. Esperando sus indicaciones.» Pero Bissell no tenía ninguna que ofrecer. Alrededor de las dos de la tarde del 19 de abril, San Román maldijo a la CIA, le pegó un tiro a la radio y se rindió. En cuestión de sesenta horas, 1.189 miembros de la brigada cubana habían sido hechos prisioneros, y otros 114 habían muerto.

«Por primera vez en mis treinta y siete años de vida —escribiría Grayston Lynch—, me sentí avergonzando de mi país.»

Aquel mismo día, Robert Kennedy le envió una profética nota a su hermano. «Ha llegado la hora de la verdad, ya que en un año o dos la situación será inmensamente peor —escribía—. Si no queremos que Rusia instale bases de misiles en Cuba, es mejor que decidamos ahora qué estamos dispuestos a hacer para impedirlo.»[8]

«COGER EL CUBO DEL AGUA SUCIA Y PONERLE OTRA TAPA ENCIMA»

El presidente Kennedy les contó a dos de sus ayudantes que Allen Dulles le había asegurado personalmente en el Despacho Oval que lo de la bahía de Cochinos sería un éxito seguro: «Señor presidente, aquí mismo, ante el escritorio de Ike, le dije que estaba seguro de que nuestra operación en Guatemala sería un éxito, y, señor presidente, las perspectivas de este plan son aún mejores que las de aquel».[9] Si eso

es cierto, se trataba de una descarada mentira. En realidad, Dulles le había dicho a Eisenhower que las posibilidades de la CIA en Guatemala eran, en el mejor de los casos, de uno contra cinco, y de cero si no se empleaba potencia aérea.

En el momento de la invasión, Allen Dulles estaba dando una conferencia en Puerto Rico. Inicialmente, su partida pública de Washington formaba parte de una artimaña deliberada, pero ahora parecía un almirante que abandonaba el barco. A su regreso —según relataría Bobby Kennedy—, parecía un muerto viviente, con el rostro hundido entre sus temblorosas manos.

El 22 de abril, el presidente convocó al Consejo de Seguridad Nacional, un instrumento de gobierno que hasta entonces había despreciado.[10] Tras ordenar al afligido Dulles que empezara a «incrementar la cobertura de las actividades de Castro en Estados Unidos», una tarea ajena al mandato de la CIA, el presidente le dijo al general Maxwell Taylor, el nuevo asesor militar de la Casa Blanca, que realizara, con la colaboración de Dulles, Bobby Kennedy y el almirante Arleigh Burke, una autopsia de lo ocurrido en la bahía de Cochinos. La junta de investigación de Taylor se reunió aquella misma tarde, y Dulles se presentó esgrimiendo una copia de la NSC 5412/2, la autorización de 1955 de las operaciones encubiertas de la CIA.

«Soy el primero en reconocer que no creo que la CIA deba dirigir operaciones paramilitares —declaró Dulles a la junta, en lo que no era sino una cortina de humo para encubrir toda una década de imperturbable apoyo a tales operaciones—. Creo, no obstante, que lejos de destruirlo todo y empezar de cero, deberíamos coger lo bueno que tenemos, librarnos de aquello que realmente queda fuera de la competencia de la CIA, y luego reunirlo todo y hacerlo más eficaz. Deberíamos echar un vistazo a los documentos de la 5412 y revisarlos de tal modo que las operaciones paramilitares se gestionen de alguna otra manera. No va a ser fácil encontrar un sitio donde meterlas; resulta muy difícil mantener las cosas en secreto.»[11]

El trabajo de la junta de Taylor pronto hizo que al presidente le resultara obvio que necesitaba una nueva forma de gestionar las operaciones encubiertas. Uno de los últimos testimonios ante la junta

fue el de un hombre moribundo que habló con grave claridad de los problemas más profundos que afrontaba la CIA. Todavía hoy, el testimonio del general Walter Bedell Smith resuena con escalofriante autoridad:

> PREGUNTA: ¿Cómo, en una democracia, podemos utilizar todos nuestros activos de una manera eficaz sin tener que reorganizar completamente el gobierno?
>
> GENERAL SMITH: Una democracia no puede hacer la guerra. Cuando se va a la guerra, se aprueba una ley que otorga poderes extraordinarios al presidente. La población del país presupone que, una vez finalizada la emergencia, los derechos y poderes que temporalmente se delegaron en el comandante en jefe se devolverán a los estados, a los condados y a la gente.
>
> PREGUNTA: Actualmente decimos a menudo que nos hallamos en estado de guerra…
>
> GENERAL SMITH: Sí, señor, eso es correcto.
>
> PREGUNTA: ¿Está sugiriendo que deberíamos aproximarnos a los poderes presidenciales de guerra?
>
> GENERAL SMITH: No. Sin embargo, el pueblo estadounidense no cree que esté en guerra en el momento actual y, en consecuencia, no está dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para hacer la guerra. Cuando se está en guerra, una guerra fría si se quiere, hay que disponer de una agencia amoral que pueda operar en secreto … Creo que se ha dado tanta publicidad a la CIA que el trabajo encubierto habría de ponerse bajo otro tejado.
>
> PREGUNTA: ¿Cree que deberíamos quitarle a la CIA las operaciones encubiertas?
>
> GENERAL SMITH: Ha llegado el momento de coger el cubo del agua sucia y ponerle otra tapa encima.[12]

Tres meses después, Walter Bedell Smith moría a los sesenta y cinco años de edad.

El inspector general de la CIA, Lyman Kirkpatrick, hizo su propia autopsia de la bahía de Cochinos, y llegó a la conclusión de que Dulles y Bissell no habían sido capaces de mantener a dos presidentes y a dos administraciones informados de manera fiel y realista sobre la operación. Si la CIA quería seguir en el negocio —decía Kirkpatrick—, tendría que mejorar drásticamente su organización y su gestión. El adjunto de Dulles, general Cabell, le advirtió de que si el informe caía en manos hostiles, destruiría a la agencia. Dulles estuvo plenamente de acuerdo, y se encargó de que el informe se enterrara. Diecinueve de las veinte copias que se habían impreso fueron recuperadas y destruidas; la única que se conservó permanecería guardada bajo llave durante casi cuarenta años.

El septiembre de 1961, Allen Dulles se jubiló como director de la

central de inteligencia. Todavía quedaban obreros dando los últimos retoques al nuevo y flamante cuartel general de la CIA por el que él había estado luchando tantos años y que finalmente se había construido en los bosques de Virginia, en la orilla occidental del río Potomac, a unos once kilómetros de los límites de la capital. Había encargado que se grabara una inscripción del Evangelio de san Juan en el vestíbulo central del edificio: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». En aquel mismo espacio de inmensa altura se colgaría también un medallón con su efigie y con el lema: «*Si monumentum requiris circumspice*» («Si buscas su monumento, mira a tu alrededor»).

Richard Bissell permaneció en el cargo otros seis meses. Posteriormente confesaría, en testimonio secreto, que la cacareada pericia de su servicio clandestino era pura fachada; no era «el lugar donde cabría esperar que uno buscara competencia profesional». Cuando se fue, el presidente le puso la Medalla de Seguridad Nacional en la solapa. «Los elevados objetivos, la incansable energía y la inquebrantable devoción al deber del señor Bissell son un punto de referencia para el servicio de inteligencia —declaró—. Deja un perdurable legado.»[13]

Parte de dicho legado era una confianza quebrantada. Durante los diecinueve años siguientes, ningún presidente estadounidense volvería a depositar plenamente su fe y su confianza en la Agencia Central de Inteligencia.

«Ahora vive usted en el centro de la diana»

En su cólera a raíz de lo de la bahía de Cochinos, en un primer momento John Kennedy quiso destruir la CIA. Luego sacó al servicio clandestino de la agencia de su mortífera espiral, entregándole el control a su hermano. Sería una de las decisiones menos sabias de su presidencia. Robert F. Kennedy, de treinta y cinco años de edad, con fama de implacable y fascinado por el secretismo, tomó el mando de las operaciones encubiertas más delicadas de Estados Unidos. Los dos

hombres darían a la acción encubierta una intensidad sin precedentes. Eisenhower había realizado 170 grandes operaciones encubiertas de la CIA en ocho años; los Kennedy pusieron en marcha 163 de ellas en menos de tres.

El presidente había deseado que Robert fuera el nuevo director de la central de inteligencia, pero su hermano consideró que era mejor escoger para el puesto a un hombre que pudiera permitirse gozar de la protección política del presidente después de lo de la bahía de Cochinos. Tras buscar durante varios meses, ambos acordaron ofrecerle el puesto a un viejo estadista de Eisenhower, John McCone.

McCone, de casi sesenta años de edad, californiano, republicano profundamente conservador, devoto católico y feroz anticomunista, muy probablemente habría sido secretario de Defensa en el caso de que Nixon hubiera salido elegido en 1960. Había hecho su fortuna construyendo barcos en la Costa Oeste durante la Segunda Guerra Mundial, y luego había sido adjunto al secretario de Defensa James Forrestal, con quien discutió largamente el primer presupuesto del nuevo Departamento de Defensa en 1948. Como subsecretario de la fuerza aérea durante la guerra de Corea, había ayudado a crear la primera potencia militar auténticamente global del mundo de posguerra. Como presidente de la Comisión de Energía Atómica durante el mandato de Eisenhower, había supervisado las fábricas de armamento nuclear del país y ocupado un puesto en el Consejo de Seguridad Nacional. El nuevo jefe de operaciones encubiertas de McCone, Richard Helms, le describía como «salido directamente del reparto central de Hollywood», con su «cabello blanco, sus sonrosadas mejillas, su caminar enérgico, sus impecables trajes oscuros, sus gafas sin montura, sus maneras distantes y su inconfundible confianza en sí mismo».[14]

El nuevo director no era «un hombre que tendiera a gustar a la gente», diría Red White, su administrador jefe, pero pronto pasó a ser un colaborador «muy estrecho de Robert Kennedy».[15] McCone congenió de entrada con Bobby como correligionario y anticomunista. La gran casa de madera blanca del fiscal general, *Hickory Hill*, se hallaba a tan solo un centenar de metros del nuevo cuartel general de

la agencia, y Kennedy solía detenerse en la CIA cada mañana de camino a su trabajo en el Departamento de Justicia, en el centro de la ciudad, pasando a visitar a McCone tras su reunión diaria a las ocho de la mañana con la dirección de la agencia.

McCone dejó un único y meticuloso registro diario de su trabajo, sus pensamientos y sus conversaciones, una gran parte de los cuales se desclasificaron en 2003 y 2004. Sus memorandos proporcionan un relato momento a momento de sus años como director; junto con miles de páginas de conversaciones secretamente grabadas por el presidente Kennedy dentro de la Casa Blanca, muchas de las cuales no serían adecuadamente transcritas hasta 2003 y 2004, relatan con detalle los días más peligrosos de la guerra fría.

Antes de que jurara su cargo, McCone trató de hacerse una idea general de las operaciones de la agencia.[16] Recorrió Europa en compañía de Allen Dulles y Richard Bissell, luego mantuvo una reunión con los jefes de base de Extremo Oriente en un refugio de montaña al norte de Manila, y después se sumergió en la lectura de un montón de documentos.

Pero Dulles y Bissell se dejaron algunos detalles. Por ejemplo, no consideraron oportuno hablarle a McCone del mayor, más duradero y más ilegal de todos los programas de la CIA en Estados Unidos, la apertura del correo preferente que entraba y salía del país. Desde 1952, trabajando en la principal instalación postal estadounidense situada en el aeropuerto internacional de Nueva York, un grupo de agentes de seguridad de la CIA se dedicaba a abrir las cartas, mientras que el personal de contraespionaje de Jim Angleton tamizaba la información. Dulles y Bissell tampoco le hablaron a McCone de los planes de la CIA para asesinar a Fidel Castro, transitoriamente suspendidos a raíz de lo de la bahía de Cochinos. Habrían de pasar casi dos años antes de que el director se enterara de dichos planes; sin embargo, no llegaría a enterarse de las violaciones de la correspondencia hasta que lo supo todo el resto del país.

Tras la bahía de Cochinos, el presidente Kennedy se dejó convencer de la necesidad de reconstruir los centros de intercambio de información de acción encubierta que había desmontado tras su toma

de posesión. Se restableció así la junta presidencial de asesores de inteligencia exterior. Se reconstituyó el Grupo Especial (más tarde rebautizado como Comité 303) con la misión de supervisar el servicio clandestino, y durante los cuatro años siguientes su presidente sería el asesor de seguridad nacional: el frío, lacónico y correcto McGeorge Bundy, educado en Groton y Yale, y ex decano de artes y ciencias de la Universidad de Harvard. Sus miembros serían el propio McCone, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y dos altos cargos de los departamentos de Defensa y de Estado. Sin embargo, hasta bien avanzada la administración Kennedy, se dejó en manos de los propios responsables de las operaciones encubiertas de la CIA la opción de consultar o no con el Grupo Especial. Debido a ello, habría más de una operación de la que tanto McCone como el Grupo Especial sabrían poco o nada.[17]

En noviembre de 1961, en medio del mayor de los secretismos, John y Bobby Kennedy crearon una nueva célula de planificación de acción encubierta, denominada esta vez Grupo Especial (Aumentado). Era idea de Robert y tenía una misión concreta: eliminar a Castro. La noche del 20 de noviembre, nueve días antes de que jurara su cargo de director, McCone contestó al teléfono de su casa y oyó cómo el presidente le convocaba a la Casa Blanca. Cuando llegó allí, por la tarde del día siguiente, se encontró a los Kennedy en compañía de un desgarbado general de brigada de cincuenta y tres años llamado Ed Lansdale. Su especialidad era la contrainsurgencia, y su peculiaridad residía en saber ganarse los corazones y las mentes del Tercer Mundo mediante el ingenio estadounidense, los billetes de dólar y las mentiras. Había trabajado para la CIA y el Pentágono desde antes de la guerra de Corea, actuando como el hombre de Frank Wisner en Manila y en Saigón, donde había ayudado a los líderes pro norteamericanos a tomar el poder.

Lansdale fue presentado como el nuevo jefe de operaciones del Grupo Especial (Aumentado). «El presidente explicó que el general Lansdale había realizado un estudio de posibles acciones en Cuba, actuando bajo la dirección del fiscal general, y él, el presidente, deseaba un plan de acción inmediato que pudiera enviársele en el

plazo de dos semanas —consignaría McCone en sus archivos de la CIA —. El fiscal general expresó su intensa preocupación por Cuba, la necesidad de acción dinámica inmediata.» McCone les dijo que la CIA y el resto de la administración Kennedy se hallaban en estado de shock desde lo de la bahía de Cochinos, «y, en consecuencia, estamos haciendo muy poco».[18]

McCone pensaba que nada salvo una guerra declarada derribaría a Castro. Y creía que la CIA no estaba capacitada para dirigir una guerra, secreta o no. Le dijo al presidente Kennedy que no podía seguir considerándose a la agencia como «una organización "de intrigas palaciegas" … dedicada a derrocar gobiernos, asesinar jefes de Estado o implicarse en asuntos políticos de estados extranjeros».[19] Le recordó que la CIA tenía una responsabilidad fundamental según la ley: «reunir toda la información de inteligencia» recabada por Estados Unidos, y luego analizarla, evaluarla e informar de ella a la Casa Blanca. Los Kennedy acordaron, en una orden escrita redactada por McCone y firmada por el presidente, que él sería «el principal responsable de inteligencia del gobierno». Y su trabajo consistiría en «la adecuada coordinación, correlación y evaluación de la información de inteligencia de todas las fuentes».

McCone creía también que había sido contratado para configurar la política exterior de Estados Unidos en nombre del presidente. Pero ese no era, ni debería haber sido jamás, el papel del responsable de inteligencia de un país. Sin embargo, pese a que su juicio a menudo se reveló más atinado que el de los hombres de Harvard que ocupaban los más altos cargos del gobierno, no tardó en descubrir que los Kennedy tenían nuevas ideas sobre el modo en que él y la CIA habían de servir a los intereses estadounidenses. El día en que juró su cargo ante el presidente Kennedy, descubrió que él, junto con Robert Kennedy y el empalagoso general Lansdale, pasaban a encargarse de Castro.

—Ahora vive usted en el centro de la diana —le dijo el presidente a McCone en la ceremonia de juramento—, y le doy la bienvenida a ese lugar.[20]

El presidente le pidió a McCone desde el primer momento que encontrara un modo de traspasar el Muro de Berlín. El muro se había erigido —primero con alambre de espino, luego con hormigón— en agosto de 1961. Podría haber sido un enorme regalo del cielo político y propagandístico para Occidente, una prueba fehaciente de que las desorbitadas mentiras del comunismo ya no servían para evitar la huida de millones de ciudadanos germano-orientales. Podría haber representado una oportunidad dorada para la CIA.

La semana en la que se erigió el muro, Kennedy envió al vicepresidente Lyndon B. Johnson a Berlín, donde recibió un resumen de alto secreto del jefe de base de la CIA, Bill Graver. Johnson examinó un mapa en el que se mostraba con enorme detalle la ubicación de todos los agentes de la CIA en el Este.

«Yo vi aquel mapa resumen —diría Haviland Smith, por entonces una figura emergente en la base de Berlín—. Si escuchabas lo que decía Graver, teníamos agentes en el complejo de Karlsruhe —el centro de la inteligencia soviética—, en la misión militar polaca, en la misión militar checa; teníamos todo Berlín Este absolutamente infiltrado hasta el puñetero techo. Sin embargo, si sabías lo que teníamos, sabías que el infiltrado en la misión militar polaca era el tío que vendía periódicos en la esquina. Y sabías que el gran infiltrado en el complejo militar soviético era un *Dachermeister*; un maestro techador, que arreglaba techos.»

«Berlín era una vergüenza», añadiría.[21] La agencia, pues, estaba mintiendo sobre sus logros al futuro presidente de Estados Unidos.

David Murphy, por entonces jefe de la división de Europa oriental de la CIA, se reunió con el presidente Kennedy en la Casa Blanca la semana después de construirse el muro. «La administración Kennedy nos presionaba sobremanera para convencernos de que diseñáramos planes de acción militar encubierta y fomento de la disidencia» en Alemania Oriental —diría—, pero «las operaciones en Alemania Oriental resultaban imposibles».[22]

La razón de ello se revelaría finalmente en un documento

desclasificado en junio de 2006, una devastadora evaluación de daños redactada por el propio David Murphy.

El 6 de noviembre de 1961, el jefe de contraespionaje de Alemania Occidental, Heinz Felfe, fue arrestado por su propia policía de seguridad. Felfe había sido un nazi de la línea dura que se había incorporado a la Organización Gehlen en 1951, dos años después de que la CIA se hiciera cargo de ella. Había ascendido rápidamente en las filas de la organización, y siguió haciéndolo después de que esta se convirtiera en el servicio de inteligencia oficial de Alemania Occidental, el BND, en 1955.

Pero resultaba que Felfe había estado trabajando para los soviéticos desde el primer momento. Se había infiltrado en el servicio de Alemania Occidental, y, a través de él, en la base de la CIA. Se las ingenió para manipular y engañar a los agentes de la CIA en Alemania hasta que estos llegaron a ignorar completamente si la información que recababan del otro lado del telón de acero era verdadera o falsa.

Felfe pudo «iniciar, dirigir y detener cualquier operación del BND, y más tarde, algunas de la CIA», según escribiría Murphy en tono sombrío. Había revelado al servicio de inteligencia de Alemania Oriental los detalles esenciales de todas y cada una de las misiones de importancia de la CIA contra Moscú desde junio de 1959 hasta noviembre de 1961. Entre ellas se incluían alrededor de setenta importantes operaciones encubiertas, las identidades de más de un centenar de agentes de la CIA y alrededor de quince mil secretos.

La agencia casi quedó fuera de servicio en Alemania y en toda Europa del Este.[23] Haría falta una década para reparar el daño.

«El presidente quiere acción, y enseguida»

El Muro de Berlín —y todo lo demás— se quedaba pequeño frente al deseo de Kennedy de vengar el honor de la familia perdido en la bahía de Cochinos. El derrocamiento de Castro era «la primera prioridad del gobierno de Estados Unidos», según le dijo Bobby Kennedy a McCone el 19 de enero de 1962. «No hay que escatimar tiempo, dinero,

esfuerzo ni mano de obra.»[24] Sin embargo, el nuevo director le advirtió de que la agencia apenas contaba con información de inteligencia en la que basarse. «De los 27 o 28 agentes que en este momento tiene la CIA en Cuba, solo 12 están en comunicación, y esas comunicaciones son infrecuentes», le explicó al fiscal general.[25] Siete de los cubanos de la CIA habían sido capturados cuatro semanas antes, tras infiltrarse en la isla.

Siguiendo órdenes de Robert Kennedy, Lansdale redactó una lista de tareas que la agencia debía realizar: reclutar y movilizar a la Iglesia católica y a los movimientos clandestinos cubanos contra Castro,[26] fracturar al régimen desde dentro, sabotear la economía, subvertir a la policía secreta, destruir las cosechas con armas biológicas o químicas, y cambiar el régimen antes de las siguientes elecciones al Congreso estadounidense, previstas para noviembre de 1962.

«Ed desprendía cierta aureola —diría Sam Halpern, el nuevo subjefe de la sección de Cuba, un veterano de la OSS que conocía a Lansdale desde hacía una década—. Algunas personas creían que Ed era una especie de mago. Pero yo le diré lo que era: básicamente, un estafador. Un estafador de esos de "traje de franela gris" típicos de Madison Avenue. Eche un vistazo a su plan para deshacerse de Castro y del régimen de Castro. Es un puro disparate.»[27] El plan se reducía a una vacua promesa: derrocar a Castro sin tener que enviar a los marines.

Halpern le dijo a Richard Helms: «Esta es una operación política en la ciudad de Washington, y no tiene nada que ver con la seguridad de Estados Unidos». Y le advirtió de que la CIA carecía de información de inteligencia sobre Cuba. «No sabemos lo que pasa —le dijo a Helms—. No sabemos quién está haciendo qué a quién. No tenemos ni idea de su orden de batalla en términos de organización política y estructura. ¿Quién odia a quién? ¿Quién ama a quién? No tenemos nada.» Era el mismo problema que habría de abordar la CIA cuando se enfrentara a lo de Irak cuarenta años después.

Helms estuvo de acuerdo. El plan era una quimera.

Pero no era eso lo que los Kennedy querían oír; ellos deseaban un rápido y silencioso sabotaje para derrocar a Castro. «¡Al cuerno! —bramaría el fiscal general—. El presidente quiere acción, y

enseguida.»[28] Helms obedeció cortésmente y lo mandó todo al cuerno. Creó una nueva fuerza operativa independiente bajo las órdenes directas de Ed Lansdale y Robert Kennedy. Reunió a un equipo de personas de todo el mundo, creando la mayor operación de inteligencia en tiempos de paz conocida hasta la fecha, con unos seiscientos agentes de la CIA establecidos en Miami y sus alrededores, casi cinco mil contratistas de la agencia y la tercera flota en tamaño de todo el Caribe, que contaba con submarinos, patrulleros, guardacostas e hidroaviones, y tenía su base en la bahía de Guantánamo. Según explicaba el propio Helms, el Pentágono y la Casa Blanca habían propuesto algunos «planes descabellados» contra Fidel. Entre ellos se incluían volar un barco estadounidense en el puerto de Guantánamo o simular un atentado terrorista contra una compañía aérea estadounidense para justificar una nueva invasión.

La operación necesitaba un nombre clave, y a Sam Halpern se le ocurrió el de «Mangosta».

«Por supuesto, no hay nada escrito»

Helms eligió a William K. Harvey, el hombre que había construido el túnel de Berlín, para que dirigiera el Equipo Mangosta. Harvey denominó al Proyecto Fuerza Operativa W en honor de William Walker, un filibustero estadounidense que en la década de 1850 había dirigido un ejército privado en Centroamérica y se había proclamado emperador de Nicaragua. Parecía una extraña elección; al menos cuando uno no conocía a Bill Harvey.

Harvey fue presentado a los Kennedy como el «James Bond» de la CIA. Parece ser que ello dejó bastante perplejo a John, ávido lector de las novelas de espías de Ian Fleming, ya que lo único que Bond y Harvey tenían en común era su afición por los martinis. Harvey, un hombre obeso, de ojos saltones, que iba a todas partes con su pistola, se tomaba martinis dobles para almorzar y luego regresaba al trabajo murmurando amenazas y maldiciendo el día en que había conocido a Robert Kennedy. Bobby «quería acciones rápidas y quería respuestas

rápidas —según explicaría el ayudante ejecutivo de McCone, Walt Elder—. Y Harvey no tenía ni acciones ni respuestas rápidas».[29]

Pero sí tenía un arma secreta.

La Casa Blanca de Kennedy había ordenado en dos ocasiones a la CIA que creara un escuadrón de asesinos. En 1975, sometido a un meticuloso interrogatorio por parte de los investigadores del Senado y de una comisión presidencial, Richard Bissell declararía que aquellas órdenes procedían del asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy, y de su ayudante, Walt Rostow, y que los hombres del presidente «no habrían alentado tal cosa a menos que confiaran en que gozaba de la aprobación presidencial».[30]

Bissell le había transmitido la orden a Bill Harvey, que hizo lo que se le dijo. Este había regresado al cuartel general en septiembre de 1959, después de un largo recorrido como jefe de la base de Berlín dirigiendo la División D del servicio clandestino. Los agentes de esta división irrumpieron en diversas embajadas extranjeras, robando libros de claves y cifrados para las escuchas de la Agencia de Seguridad Nacional. Estos agentes se llamaban a sí mismos los «hombres del segundo piso», y sus habilidades iban desde las cerraduras hasta el latrocinio, entre otras cosas. La división tenía contactos con delincuentes de capitales extranjeras, a los que se podía recurrir para perpetrar robos de guante blanco, secuestros de correos diplomáticos y toda una gama de delitos mayores en nombre de la seguridad nacional de Estados Unidos.

En febrero de 1962, Harvey creó un programa de «acción ejecutiva», con el nombre clave de «Rifle», y contrató los servicios de un agente extranjero, un hombre que residía en Luxemburgo pero que era apátrida, para que trabajara en la División D. Harvey tenía la intención de utilizarlo para matar a Fidel Castro.

En abril de 1962, y según muestran los archivos de la CIA, Harvey adoptó un nuevo enfoque. Primero se reunió con el gánster John Rosselli en Nueva York. Luego recogió un nuevo lote de píldoras venenosas, destinadas a ser deslizadas en el café o el té de Castro, de manos del doctor Edward Gunn, jefe de la división de operaciones de la Oficina de Servicios Médicos de la CIA. Después se dirigió a Miami

y se las entregó a Rosselli, junto con un camión lleno de armas.

El 7 de mayo de 1962, el fiscal general fue informado plenamente sobre el Proyecto Rifle por el asesor jurídico general de la CIA, Lawrence Houston, y el jefe de seguridad de la agencia, Sheffield Edwards. Robert Kennedy estaba «muy enfadado», no por el complot de asesinato en sí, sino por el papel que la Mafia tenía en él.[31] El caso es que no hizo nada para impedir que la CIA tratara de matar a Castro.

Richard Helms, que había tomado el mando del servicio clandestino tres meses antes, dio luz verde a Harvey con lo del Proyecto Rifle. Si la Casa Blanca quería una varita mágica, él creía que era tarea de la agencia tratar de encontrarla. Consideró que era mejor no decírselo a McCone, juzgando —acertadamente— que el director le plantearía fuertes objeciones religiosas, legales y políticas.

En cierta ocasión pude plantearle la pregunta personalmente a Helms: ¿quería el presidente Kennedy ver a Castro muerto? «Por supuesto, no hay nada escrito —me respondió en tono sereno—. Pero en mi opinión, no hay ninguna duda de que quería.»[32]

Helms consideraba que el asesinato político en tiempos de paz era una aberración moral. Pero había también consideraciones prácticas. «Si te implicas en el asunto de eliminar a líderes extranjeros, y ello se considera por parte de los gobiernos con más frecuencia de lo que te gustaría admitir, está siempre la pregunta de qué es lo que viene después —observaba—. Si tú matas a los líderes de otros, ¿por qué ellos no iban a matar a los tuyos?»[33]

«Una verdadera incertidumbre»

Cuando John McCone asumió el cargo de director de la central de inteligencia, «la CIA estaba sufriendo» y «la moral estaba bastante destrozada», según sus propias palabras. «Mi primer problema fue tratar de recuperar la confianza.»[34]

Pero el cuartel general de la CIA estuvo alborotado durante sus primeros seis meses de reinado. McCone empezó a despedir a cientos

de agentes del servicio clandestino, con la intención inicial de purgar a la agencia de los «propensos a los accidentes», los «que maltratan a sus esposas» y los «adictos al alcohol», según señalaría su director adjunto, el general Marshall S. Carter. Los despidos, los coletazos de la bahía de Cochinos y las palizas casi diarias de la Casa Blanca sobre Cuba estaban creando «una verdadera incertidumbre con respecto a cuál podía ser el futuro de la agencia», según le diría a McCone su director ejecutivo, Lyman Kirkpatrick, en un memorando redactado el 26 de julio de 1962. Él sugería que quizá «había que hacer algo de inmediato para restaurar la moral en la agencia».[35]

Helms determinó que la única cura era un retorno a las bases del espionaje. No sin ciertas dudas, sacó a sus mejores hombres de las paralizadas divisiones de la Unión Soviética y Europa del Este, y los destinó a la Cuba castrista. Ahora tenía en Florida a un puñado de hombres bajo su mando que habían aprendido a meter y sacar a agentes y correos de las zonas bajo control comunista como Berlín Este. La CIA estableció un centro de interrogatorios en Opa-Locka destinado a entrevistar a miles de personas que habían salido de Cuba en aviones comerciales y barcos privados. El centro interrogó a unos mil trescientos refugiados cubanos,[36] que proporcionaron a la agencia una valiosa información política, militar y económica, junto con documentos y enseres cotidianos —ropa, monedas, cigarrillos— que ayudaran a disfrazar a los agentes infiltrados en la isla. En el verano de 1962, la base de Miami afirmaba disponer de cuarenta y cinco hombres sacando información de Cuba.[37] Algunos llegaban a Florida para participar en un cursillo acelerado de la CIA, de diez días de duración, y luego regresaban en una lancha rápida al amparo de la noche. La pequeña red de espionaje que crearon dentro de Cuba fue el único logro que realmente consiguieron los 50 millones de dólares de la Operación Mangosta.

Bobby Kennedy siguió pidiendo en vano que se enviaran comandos secretos a volar centrales eléctricas, fábricas y azucareras cubanas. «¿Realmente la CIA puede confiar en producir tales ataques? —le preguntó Lansdale a Harvey—. ¿Por qué ahora eso se considera una posibilidad?»[38] Harvey le respondió que harían falta dos años más y

otros 100 millones de dólares para crear una fuerza capaz de derrocar a Castro.

Pero la CIA estaba tan absorta en la acción encubierta que no supo ver que en Cuba se preparaba una amenaza para la supervivencia nacional de Estados Unidos.

15

«También nos habíamos engañado nosotros mismos»

El lunes 30 de julio de 1962, John F. Kennedy entró en el Despacho Oval y puso en marcha el nuevo y flamante sistema de grabación de última tecnología que había ordenado instalar durante el fin de semana.[1] La primera conversación que grabó fue un complot para subvertir al gobierno de Brasil y echar a su presidente, João Goulart.

Kennedy y su embajador en Brasil, Lincoln Gordon, hablaron de la posibilidad de gastar 8 millones de dólares para manipular las siguientes elecciones y preparar el terreno para un golpe militar contra Goulart; «para echarlo a empujones, si es necesario», según le dijo el embajador Gordon al presidente. La base de la CIA en Brasil dejaría «claro, discretamente, que no somos necesariamente hostiles a ninguna clase de acción militar si está clara que la razón de dicha acción militar es...»

«... Contra la izquierda», añadió el presidente. No iba a permitir que Brasil ni ningún otro país del hemisferio occidental se convirtiera en una segunda Cuba.

El dinero empezó a fluir desde las arcas de la CIA a la vida política brasileña. Uno de los canales empleados para ello fue el Instituto Americano para el Desarrollo del Trabajo Libre, una filial del poderoso sindicato estadounidense AFL-CIO (al que los diplomáticos británicos que estaban en el ajo denominaban «AFL-CIA»). Otro fue el Instituto de Estudios de Investigación Social, una organización recientemente formada de líderes empresariales y cívicos brasileños. Los destinatarios eran diversos políticos y oficiales militares que se oponían al presidente Goulart y que mantenían un estrecho contacto con el nuevo agregado militar estadounidense en Brasil, Vernon Walters, futuro subdirector de la central de inteligencia. El rendimiento de aquellas inversiones se cobraría en menos de dos años.

[2]

Las cintas de la Casa Blanca, transcritas en 2001, registraron el cotidiano redoble de tambor de los planes de acción encubierta que tomaban forma en el Despacho Oval.

El 8 de agosto, McCone se reunió con el presidente en la Casa Blanca para discutir la conveniencia de lanzar a cientos de soldados nacionalistas chinos a la China de Mao. El presidente había aprobado la operación paramilitar. Pero McCone dudaba. Mao disponía de misiles tierra-aire, y el último U-2 que la CIA había enviado sobre territorio chino —según le explicó McCone al presidente— había sido detectado y rastreado por los radares de la China comunista doce minutos después de haber despegado de Taiwán. «Eso es gracioso —dijo el asesor de seguridad nacional de Kennedy, Michael Forrestal, hijo del difunto secretario de Defensa—. Vamos a darle al presidente otro desastre con un U-2.» ¿Y cuál iba a ser esta vez la tapadera?, bromeó Kennedy, y todos rieron. Un mes después de aquella reunión, las fuerzas maoístas derribaron un U-2 que sobrevolaba China.

El 10 de agosto, John McCone, Robert Kennedy y el secretario de Defensa, Robert McNamara, se reunieron en la adornada sala de conferencias del secretario de Estado, Dean Rusk, situada en el séptimo piso del Departamento de Estado. El tema fue Cuba.[3] McCone recordaría «que se hizo la sugerencia de liquidar a altos cargos del régimen de Castro», incluidos el propio Fidel y su hermano Raúl, ministro de Defensa, que acababa de regresar de un viaje a Moscú, adonde había ido a comprar armas. Pero McCone encontró la idea detestable. El director veía avecinarse un gran peligro, y predijo que la Unión Soviética iba a darle a Castro armas nucleares, misiles balísticos de medio alcance capaces de alcanzar Estados Unidos. Hacía más de cuatro meses que estaba preocupado por aquella posibilidad, aunque carecía de información de inteligencia, y no se basaba en otra cosa que en su instinto.

McCone era el único que veía la amenaza con claridad. «Si yo fuera Jruschov —advertía—, pondría misiles ofensivos en Cuba. Luego daría un golpe sobre la mesa con el zapato y le diría a Estados Unidos: "¿Cómo se siente uno cuando, para variar, se encuentra mirando la

boca del cañón? Ahora vamos a hablar de Berlín y de cualquier otra cosa que se me ocurra".»[4] Pero no parece que nadie le creyera. «Los expertos coincidían unánime y rotundamente en que tal cosa quedaba fuera del ámbito de lo posible —rezaba un relato de la agencia sobre los años de McCone—. Se quedó completamente solo.»

Existía un creciente escepticismo en torno a la capacidad de la agencia para predecir el comportamiento de los soviéticos. Sus analistas se habían estado equivocando constantemente durante toda una década. «La CIA venía y pintaba el panorama más espeluznante posible acerca de lo que iban a hacernos los soviéticos; nosotros íbamos a pasar a segunda fila, y los soviéticos serían el número uno[5] —diría el ex presidente Gerald Ford, que en 1962 formaría parte del hermético subcomité parlamentario encargado de elaborar el presupuesto secreto de la CIA—. Tenían mapas en la pared, tenían gráficos, y su conclusión era que en el plazo de diez años Estados Unidos quedaría por detrás de la Unión Soviética en cuanto a capacidad militar y en crecimiento económico —añadiría Ford—. Era un panorama espeluznante. Pero lo cierto es que se equivocaban de medio a medio. Y esa era la mejor gente que teníamos, los llamados expertos de la CIA.»[6]

«La zona más peligrosa del mundo»

El 15 de agosto, McCone volvió a la Casa Blanca para discutir cuál era el mejor modo de derrocar a Cheddi Jagan, primer ministro de la Guayana Británica, una miserable colonia situada en las marismas caribeñas de Sudamérica.

Jagan, un dentista educado en Estados Unidos y casado con una marxista de Chicago llamada Janet Rosenberg, descendía de los obreros de las plantaciones coloniales. Había sido elegido por primera vez en 1953, y poco después Winston Churchill había suspendido la Constitución colonial, había ordenado la disolución del gobierno y había metido a los Jagan entre rejas, aunque posteriormente fueron liberados cuando los ingleses restauraron el orden constitucional.

Luego Jagan había sido reelegido en dos ocasiones, y había visitado el Despacho Oval en octubre de 1961.

«Fui a ver al presidente Kennedy para buscar la ayuda de Estados Unidos y para pedirle su apoyo de cara a nuestra independencia de los británicos —recordaría Jagan más tarde—. Se mostró muy encantador y jovial. Ahora bien, Estados Unidos temía que yo les entregara la Guayana a los rusos. Yo le dije: “Si eso es lo que teme, no hay por qué”. Nosotros no tendremos ni una base soviética.»[7]

John F. Kennedy proclamó públicamente —en una entrevista con el yerno de Jruschov, director de *Izvestia*, celebrada en noviembre de 1961— que «Estados Unidos apoya la idea de que todo pueblo tenga derecho a elegir libremente la clase de gobierno que quiere».[8] Cheddi Jagan podía ser «marxista» —añadía—, «pero Estados Unidos no tiene nada que objetar, puesto que esa opción se ha escogido mediante unas elecciones honestas, que él ha ganado».

Pese a ello, Kennedy decidió utilizar a la CIA para derrocarle. Así, no mucho después de que Jagan dejara la Casa Blanca, la guerra fría se calentó en Georgetown, la capital de la Guayana. Salieron al aire emisoras de radio que hasta entonces no se habían oído. Dimitieron funcionarios públicos. Estallaron revueltas que se cobraron la vida de más de un centenar de personas. Los sindicatos de rebelaron tras haber recibido el dinero y el asesoramiento del Instituto Americano para el Desarrollo del Trabajo Libre, que a su vez había recibido dinero y asesoramiento de la CIA. Arthur Schlesinger, ayudante especial e historiador oficial de la Casa Blanca de Kennedy, le preguntó al presidente: «¿Cree la CIA que puede llevar a cabo una operación realmente encubierta; es decir, una operación que, ante cualquier sospecha que Jagan pudiera tener, no deje un rastro visible que él pueda esgrimir ante el mundo, gane o pierda, como evidencia de la intervención estadounidense?».[9]

El 15 de agosto de 1962, en la Casa Blanca, el presidente, McCone y el asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy, decidieron que había llegado el momento de llevar las cosas a un punto crítico.[10] El presidente lanzó una campaña, con un coste de 2 millones de dólares, que a la larga echaría a Jagan del poder.[11] Posteriormente, Kennedy

le explicaría al primer ministro británico, Harold Macmillan: «Latinoamérica es la zona más peligrosa del mundo. El efecto de tener un estado comunista en la Guayana Británica … sería el de crear presiones irresistibles sobre Estados Unidos para atacar militarmente a Cuba».[12]

En la misma reunión del 15 de agosto que decidió la suerte de Jagan, McCone le entregó al presidente Kennedy la nueva doctrina de la CIA sobre la contrainsurgencia. Le acompañaba asimismo un segundo documento en el que se esbozaban las operaciones encubiertas en curso en once países: Vietnam, Laos y Tailandia; Irán y Pakistán, así como Bolivia, Colombia, la República Dominicana, Ecuador, Guatemala y Venezuela. El documento estaba «clasificado de alto secreto debido a que lo explica todo sobre los trapos sucios»,[13] le dijo McCone al presidente. «Una maravillosa colección o diccionario de sus crímenes», añadió Bundy con una carcajada.

El 21 de agosto, Robert Kennedy le preguntó a McCone si la CIA podía orquestar un falso ataque a la base militar estadounidense en la bahía de Guantánamo como pretexto para que Estados Unidos invadiera Cuba.[14] McCone puso reparos a la idea. Al día siguiente le dijo en privado a John Kennedy que una invasión sería un error fatal. Advirtió al presidente por primera vez de que creía que los soviéticos podrían estar instalando misiles balísticos de medio alcance en la isla. De ser así, un ataque sorpresa por parte de Estados Unidos podría desencadenar una guerra atómica. Él era partidario de aumentar la alarma social con respecto a la probabilidad de una base de misiles soviética. El presidente rechazó esa idea de inmediato, pero se preguntó en voz alta si harían falta las guerrillas de la CIA o las tropas estadounidenses para destruir los silos de los misiles, en el caso de que realmente existieran. En aquel momento, nadie más que McCone estaba convencido de su existencia.

Su conversación prosiguió en el Despacho Oval, poco después de las seis de la tarde del 22 de agosto, cuando se les unió Maxwell Taylor, el general en el que mayor confianza tenía Kennedy. El presidente deseaba examinar otras dos operaciones secretas antes de tratar de Cuba. La primera era el plan que se estaba elaborando para lanzar a

veinte soldados nacionalistas chinos en la China comunista durante la semana siguiente. El segundo era un plan para que la CIA pusiera escuchas telefónicas a diversos miembros de la prensa acreditada en Washington.

«¿Cómo está funcionando ese sistema en el asunto Baldwin?», preguntó el presidente.[15] Cuatro semanas antes, Hanson Baldwin, el redactor de seguridad nacional del *New York Times*, había publicado un artículo sobre los esfuerzos soviéticos para proteger las rampas de lanzamiento de los misiles balísticos intercontinentales con búnkeres de hormigón. El reportaje de Baldwin, extremadamente detallado, llegaba —acertadamente— a las mismas conclusiones que las estimaciones más recientes de la inteligencia nacional de la CIA.

El presidente le dijo a McCone que creara una fuerza operativa de ámbito nacional destinada a frenar la afluencia de secretos del gobierno a los periódicos. La orden violaba los estatutos de la agencia, que prohíbe expresamente el espionaje dentro del territorio nacional estadounidense. Mucho antes de que Nixon creara su unidad de «fontaneros» con veteranos de la CIA a fin de frenar las filtraciones a la prensa, Kennedy utilizó ya a la agencia para espiar a sus conciudadanos.

«La CIA está completamente de acuerdo con ... la creación de esa fuerza operativa, que constituiría un grupo de investigación permanente bajo mis órdenes directas», le diría más tarde McCone al presidente. La agencia vigilaría a Baldwin y a otros cuatro periodistas, así como a sus fuentes, desde 1962 hasta 1965. Al ordenar al director de la central de inteligencia que llevara a cabo un programa de vigilancia de ámbito nacional, Kennedy estableció un precedente que luego seguirían Johnson, Nixon y Bush hijo.

En aquella misma reunión en la Casa Blanca, la conversación volvió finalmente a Castro. McCone le dijo al presidente que en las últimas siete semanas habían atracado en Cuba 38 barcos soviéticos. Su cargamento «podría contener piezas de misiles. No lo sabemos». Pero, fuera como fuere, los soviéticos estaban trabajando para incrementar la fuerza militar de Cuba. «Sin embargo, eso nos aparta de la cuestión de si están o no construyendo bases de misiles, ¿no?», preguntó el

presidente. «Bueno, no —respondió McCone—. Creo que las dos están relacionadas. Creo que están haciendo ambas cosas.»

McCone salió de Washington al día siguiente rumbo a una larga luna de miel. No hacía mucho se había quedado viudo, y recientemente se había vuelto a casar. Tenía planeado viajar a París y el sur de Francia. «Tendría mucho gusto en que mandara a buscarme —le escribió al presidente—; y si lo hace, me sentiría algo aliviado de este sentimiento de culpa que parece poseerme.»[16]

«Métalo en una caja y clave la tapa»

El 29 de agosto, un U-2 sobrevoló Cuba. Las imágenes que tomó se revelaron durante la noche. El 30 de agosto, un analista de la CIA se inclinó sobre su mesa de proyección y gritó: «¡Tengo un silo de misiles SAM!». Se trataba del misil tierra-aire SA-2, la misma arma soviética que había derribado al U-2 que sobrevolara Rusia. Aquel mismo día, otro U-2 fue detectado mientras cruzaba el espacio aéreo soviético, violando un juramento solemne de Estados Unidos y precipitando una protesta oficial de Moscú.

El conocimiento de que Cuba disponía de misiles tierra-aire creó «una renuencia o timidez comprensible»[17] en la Casa Blanca con respecto a la posibilidad de autorizar nuevos vuelos, según explicaría McCone posteriormente. John Kennedy le ordenó al general Carter, director de la central de inteligencia en funciones durante la luna de miel de McCone, que enterrara el informe sobre los SAM. «Métalo en una caja y clave la tapa», le dijo el presidente.[18] No podía permitirse el lujo de dejar que las tensiones internacionales generaran un tumulto político dentro del país; no con las elecciones a dos meses vista. Luego, el 9 de septiembre, otro U-2 fue abatido en China. El avión espía y sus riesgos se veían ahora —como decía un informe de la CIA— con «universal repugnancia, o, cuando menos, con extrema inquietud» tanto en el Departamento de Estado como en el Pentágono. McGeorge Bundy, furioso, espoleado por Dean Rusk y actuando en nombre del presidente, canceló el siguiente vuelo previsto para un U-2

sobre Cuba y después mandó llamar a James Q. Reber, el veterano de la CIA que estaba a cargo del Comité de Reconocimiento Aéreo.

—¿Es que hay alguien implicado en la planificación de esas misiones que quiere iniciar una guerra? —preguntó Bundy secamente. [19]

El 11 de septiembre, el presidente Kennedy prohibió que los vuelos del U-2 cruzaran el espacio aéreo cubano. Cuatro días después, los primeros misiles soviéticos de alcance medio atracaban en el puerto cubano de Mariel. El vacío fotográfico —un punto ciego en un momento decisivo de la historia— se prolongaría durante cuarenta y cinco días.[20]

McCone, que vigilaba lo que se hacía en el cuartel general de la CIA a través de innumerables cables enviados desde la Riviera francesa, ordenó que la agencia advirtiera a la Casa Blanca del «peligro de una sorpresa». Pero no se le obedeció. La CIA estimaba que en Cuba había unos 10.000 soldados soviéticos; en realidad había 43.000. Asimismo, la agencia afirmaba que los efectivos cubanos sumaban un total de 100.000 hombres, cuando el verdadero número era 275.000. Por lo demás, la CIA rechazaba de plano la posibilidad de que los soviéticos estuvieran construyendo silos nucleares en Cuba.

«El establecimiento en suelo cubano de fuerzas de ataque nucleares soviéticas que pudieran utilizarse contra Estados Unidos sería incompatible con la política soviética», concluían los principales expertos de la agencia el 19 de septiembre en una «Estimación Especial de Inteligencia Nacional». En un ejemplo clásico de contrasentido, la CIA aseveraba vacilante: «Los propios soviéticos probablemente no están seguros de su futuro programa militar para Cuba». Esa estimación vendría a representar el paradigma de la capacidad de formular juicios erróneos durante cuarenta años, hasta que la CIA evaluara el arsenal militar iraquí.

McCone era el único que disentía. El 20 de septiembre, en los últimos cables que envió al cuartel general durante su luna de miel, instó a su agencia a que reconsiderara el asunto. Los analistas suspiraron con resignación. Luego le echaron otro vistazo a un mensaje que habían recibido al menos ocho días antes de manos de un

vigilante de carreteras, un agente cubano que ocupaba uno de los peldaños inferiores en el escalafón de la inteligencia. Este había informado de que un convoy de tráileres soviéticos de 20 metros de largo estaba trasladando unas misteriosas mercancías cubiertas con una lona y del tamaño de gruesos postes de teléfonos por la campiña cubana cerca de la población de San Cristóbal. «Nunca supe su nombre —diría Sam Halpern, de la CIA—. Aquel agente, el único resultado decente de toda la Operación Mangosta, nos dijo que ahí había algo divertido ... Y después de diez días de discutir frente al Comité de Reconocimiento Aéreo, finalmente se aprobó que hubiera un sobrevuelo.»[21]

El 4 de octubre, McCone, de nuevo al mando, arremetió contra la prohibición de los U-2 impuesta por la Casa Blanca. Hacía casi cinco semanas que no había ningún vuelo espía sobre Cuba. En una reunión del Grupo Especial (Aumentado) con Bobby Kennedy, «hubo una considerable discusión (con cierto acaloramiento)»[22] con respecto a quién había interrumpido los vuelos. Obviamente, había sido el presidente. Bobby Kennedy reconoció la necesidad de disponer de más información de inteligencia sobre Cuba, pero también dijo que lo primero que quería el presidente eran más acciones de sabotaje: «Instaba a que se organizara una “actividad masiva”».[23] Pedía que McCone y Lansdale enviaran agentes a Cuba para que minaran los puertos y secuestraran a soldados cubanos a fin de interrogarlos, una orden que llevaría a la última misión de la Operación Mangosta en octubre, cuando se enviaron a Cuba alrededor de cincuenta espías y saboteadores en submarino en el apogeo de la crisis nuclear.

El mismo 4 de octubre, mientras la inteligencia estadounidense vacilaba, 99 cabezas nucleares soviéticas entraban en Cuba sin ser detectadas. Cada una de ellas era setenta veces más potente que la bomba que Harry Truman había lanzado sobre Hiroshima. Con un solo y sigiloso acto, los soviéticos habían duplicado los posibles daños que podían infligir a Estados Unidos. El 5 de octubre, McCone fue a la Casa Blanca a argumentar que la seguridad del país dependía de que hubiera más vuelos de U-2 sobre Cuba. Bundy se mofó, diciendo que estaba convencido de que no existía amenaza alguna, y que si la había

la CIA no podía encontrarla.

«Sorpresa casi total»

El descubrimiento de los misiles por parte de la CIA diez días después se ha retratado normalmente como un triunfo. Pero pocos de los hombres que por entonces estaban en el poder lo vieron así.

«La sorpresa casi total experimentada por la inteligencia estadounidense con respecto a la introducción y el despliegue de misiles estratégicos soviéticos en Cuba se derivó en gran medida de una disfunción del proceso analítico por el que se evalúan e informan los indicadores de inteligencia», explicaría unos meses después la junta presidencial de inteligencia exterior.[24] El presidente había sido «mal servido» por la CIA, que «no había sabido transmitir a los funcionarios clave del gobierno el panorama más preciso posible» sobre lo que estaban haciendo los soviéticos. La junta consideraba que «la cobertura de agentes clandestinos dentro de Cuba resultaba insuficiente», y que «no se hacía pleno uso de la vigilancia fotográfica aérea», para concluir: «La manera en que se gestionaron los indicadores de inteligencia en la situación de Cuba podría ser muy bien el fallo más serio de nuestro sistema de inteligencia, y un fallo que si no se corrige, podría llevar a las más graves consecuencias».

Pero el fallo no se corrigió. La incapacidad de ver el verdadero estado del arsenal iraquí en 2002 se produciría de un modo muy parecido.

El caso es que, debido a la insistencia de McCone, finalmente se puso fin al vacío fotográfico. Con las primeras luces del 14 de octubre, un avión U-2, pilotado por el mayor de la fuerza aérea Richard D. Heyser, del Mando Aéreo Estratégico, sobrevoló la zona occidental de Cuba, haciendo 928 fotografías en seis minutos. Veinticuatro horas después, los analistas de la CIA examinaban las imágenes de las armas comunistas de mayor tamaño que habían visto jamás. Durante todo el 15 de octubre estuvieron comparando las imágenes del U-2 con fotos de misiles soviéticos hechas durante los desfiles del Primero de Mayo

en las calles de Moscú. Comprobaron los manuales de especificaciones técnicas proporcionados el año anterior por Oleg Penkovski, un coronel del servicio de inteligencia militar soviético. Desde el verano de 1960, Penkovski había pasado cuatro meses tratando de acercarse a la CIA. Pero los agentes de la organización se habían mostrado demasiado inexpertos, demasiado cautos y demasiado timoratos para cerrar un acuerdo con él. Finalmente se había puesto en contacto con los ingleses, que colaboraron con él de acuerdo con la base londinense de la CIA. Asumiendo un gran riesgo, había sacado clandestinamente unas cinco mil páginas de documentos, la mayoría de los cuales proporcionaban información sobre tecnología y doctrina militares. Fue un voluntario, y el primer espía soviético de importancia con el que contó la CIA. Exactamente una semana después de que llegaran a Washington las fotos del U-2, Penkovski fue arrestado por la inteligencia soviética.

A última hora de la tarde del 15 de octubre, los analistas de la CIA sabían ya que estaban viendo misiles balísticos de alcance medio SS-4, capaces de transportar una cabeza nuclear de un megatón desde la parte occidental de Cuba hasta Washington. El presidente Kennedy estaba en Nueva York, haciendo campaña en favor de los candidatos para las elecciones de noviembre, ahora a solo tres semanas de distancia. Aquella noche, McGeorge Bundy estaba en casa, celebrando una cena de despedida para Chip Bohlen, recién nombrado embajador estadounidense en Francia. Alrededor de las diez de la noche sonó el teléfono. Era Ray Cline, el subdirector de inteligencia de la CIA. «Sobre esas cosas por las que nos hemos preocupado… —dijo Cline—, parece que realmente hay algo.»[25]

Richard Helms llevó las fotos del U-2 al despacho del fiscal general a las nueve y cuarto de la mañana del 16 de octubre. «Kennedy se levantó de su escritorio y durante un momento se quedó de pie mirando por la ventana —recordaría Helms—. Luego se volvió hacia mí. “¡Mierda!”, dijo en voz alta, llevándose los puños al pecho como si estuviese a punto de boxear con un adversario imaginario. “¡Maldita sea una y mil veces!” Esos eran exactamente mis sentimientos.»[26]

Bobby Kennedy pensó que «Jruschov nos había engañado, pero

también nos habíamos engañado nosotros mismos».[27]

16

«Estaríamos encantados de intercambiar esos misiles»

La CIA se había engañado al pensar que los soviéticos jamás enviarían armas nucleares a Cuba. Pero ahora que había visto los misiles, seguía sin ser capaz de captar la mentalidad soviética. «No puedo entender su punto de vista —se lamentaba el presidente Kennedy el 16 de octubre —. ¡Maldita sea!, es un misterio para mí. No conozco lo suficiente sobre la Unión Soviética.»

El general Marshall Carter era de nuevo el director en funciones, ya que McCone había viajado a Seattle para asistir al funeral de su nuevo hijastro, que había fallecido en un accidente de automóvil. Carter acudió a la reunión del Grupo Especial (Aumentado) a las nueve y media de la mañana en la denominada «sala de situación», un puesto de mando subterráneo situado en la Casa Blanca, con nuevas propuestas de ataques secretos a Cuba encargadas por Robert Kennedy. Carter, que privadamente comparaba las intervenciones de Kennedy en las reuniones de la Operación Mangosta con los mordiscos de un terrier furioso, escuchaba en silencio mientras el fiscal general aprobaba ocho nuevos actos de sabotaje, siempre que contaran con el visto bueno del presidente. Carter se reunió luego con el jefe de interpretación fotográfica de la CIA, Art Lundahl, y con el principal experto en misiles de la agencia, Sidney Graybeal, en el piso de arriba de la Casa Blanca. Los tres hombres llevaron imágenes ampliadas del U-2 a la Sala del Gabinete, donde los principales responsables de la seguridad nacional se reunieron poco antes del mediodía.

El presidente puso en marcha su grabadora.[1] Habrían de pasar más de cuarenta años para que se realizara una transcripción adecuada de las reuniones sobre la crisis de los misiles cubanos.

El presidente miró las fotos. «¿Esto es muy avanzado?», preguntó. «Señor, nunca habíamos visto antes esta clase de instalación», dijo Lundahl. «¿Ni siquiera en la Unión Soviética?», inquirió Kennedy. «No, señor», respondió Lundahl. «¿Está listo para ser disparado?», preguntó a continuación el presidente. «No, señor», intervino Graybeal. «¿Cuánto tiempo…? ¿No podemos saber… o sí… cuánto tiempo tenemos hasta que los disparen?», preguntó Kennedy. Nadie lo sabía. ¿Dónde estaban las cabezas nucleares?, preguntó el secretario de Defensa McNamara. Nadie lo sabía. ¿Por qué Jruschov había hecho eso?, se preguntaba el presidente. Nadie lo sabía. Pero el secretario Rusk tenía una buena hipótesis: «En realidad nosotros no vivimos bajo el temor de sus armas nucleares en la misma medida en que él tiene que vivir bajo el temor de las nuestras —sugirió—. Además, nosotros tenemos armas nucleares cerca, en Turquía y en sitios así».

El presidente solo era vagamente consciente de que aquellos misiles estaban allí. Casi había olvidado que había decidido mantener aquellas armas apuntando a los soviéticos.

Kennedy ordenó que se prepararan tres planes de ataque: uno, destruir los silos de misiles nucleares con la fuerza aérea o los jets de la marina; dos, organizar un ataque aéreo de mucha mayor envergadura; tres, invadir y conquistar Cuba. «Sin duda vamos a hacer el número uno —dijo—. Vamos a quitar de ahí esos misiles.» La reunión terminó a la una de la tarde, después de que Bobby Kennedy abogara por la invasión a gran escala.

A las dos y media de la tarde, Bobby fustigaba al equipo de la Operación Mangosta en su enorme despacho del Departamento de Justicia, exigiendo nuevas ideas y nuevas misiones. Transmitiendo una cuestión que le había planteado el presidente noventa minutos antes, le pidió a Helms que le dijera cuántos cubanos lucharían por el régimen en el caso de una invasión estadounidense. Nadie lo sabía. A las seis y media de la tarde, los hombres del presidente volvieron a reunirse en la Sala del Gabinete. Pensando en las misiones de la Operación Mangosta, el presidente Kennedy preguntó si los misiles

balísticos de medio alcance podían ser destruidos con balas.[2] Sí, le respondió el general Carter, pero se trataba de misiles móviles; podían trasladarlos a nuevos escondites. El problema de cómo atacar y destruir misiles móviles ha permanecido sin solución hasta la fecha.

El presidente contempló entonces la cuestión de una guerra nuclear por Cuba. Y empezó a darse cuenta de lo poco que sabía del líder soviético. «Sin duda nos hemos equivocado con respecto a lo que trata de hacer —dijo el presidente—. No había muchos de nosotros que creyeran que iba a poner misiles balísticos de alcance medio en Cuba.» De hecho, nadie, salvo John McCone, murmuró Bundy. ¿Por qué Jruschov había hecho eso?, preguntó el presidente. «¿Qué ventaja tiene eso? Es como si de repente nosotros empezáramos a aumentar el número de misiles balísticos de medio alcance en Turquía —dijo—. Yo pensaría que en este momento eso sería condenadamente peligroso.»

Se produjo un embarazoso silencio. «Bueno, el caso es que lo hemos hecho, señor presidente», dijo Bundy.

Luego la conversación pasó a girar sobre la guerra secreta. «Tenemos una lista de opciones de sabotaje, señor presidente —dijo Bundy— ... Presumo que está usted a favor del sabotaje.» Y ciertamente lo estaba. Se autorizó a diez equipos de cinco agentes de la Operación Mangosta a infiltrarse en Cuba en submarino. Sus órdenes eran volar barcos soviéticos poniendo minas submarinas en puertos cubanos, atacar tres silos de misiles tierra-aire con ametralladoras y morteros, y quizá buscar las lanzaderas de los misiles nucleares. Los Kennedy estaban cambiando radicalmente, y la CIA era su instrumento más directo.

El presidente salió de la reunión dejando dos opciones militares sobre la mesa: un ataque sorpresa a Cuba y una invasión a gran escala. Sus palabras de despedida fueron una petición para ver a McCone a la mañana siguiente, antes de partir en un viaje de campaña electoral a Connecticut. El general Carter, McNamara, Bundy y unos cuantos más se quedaron.

El subdirector de la central de inteligencia, Marshall Carter, tenía sesenta y un años y era un hombre bajo, rechoncho, calvo y de afilada lengua. Había sido jefe de estado mayor del NORAD, el Mando de

Defensa Aérea norteamericano, durante el mandato de Eisenhower. Conocía las estrategias nucleares de Estados Unidos. Ahora, con el presidente fuera de la sala, el hombre de la CIA expresó en voz alta su más profundo temor: «Irrumpes allí con un ataque sorpresa —dijo Carter—. Eliminas todos los misiles. Pero ese no es el final, es solo el comienzo». Él creía que iba a ser el primer día de la Tercera Guerra Mundial.

«La opción que yo había recomendado»

Al día siguiente, miércoles 17 de octubre, John McCone y John Kennedy se reunieron a las nueve y media de la mañana. «El presidente parecía inclinado a actuar de inmediato a ser posible, sin advertencia previa», anotaría McCone en su registro diario. Luego el presidente le pidió que fuera a Gettysburg, Pensilvania, a informar a Dwight D. Eisenhower. McCone llegó a mediodía con unas fotos de los misiles balísticos de medio alcance tomadas por el U-2. «Eisenhower parecía inclinarse por una acción militar (aunque sin recomendarla específicamente) que aislara a La Habana y, en consecuencia, tomara el núcleo de gobierno», anotaría McCone.

El director volvió luego a Washington y trató de poner en orden sus ideas. Estaba fatigado; había ido a la Costa Oeste y regresado en menos de cuarenta y ocho horas. Las seis páginas de notas a un solo espacio que redactó aquella tarde serían desclasificadas en 2003.[3] En ellas se reflejaba su búsqueda de un modo de librar a Cuba de los misiles sin desencadenar una guerra nuclear.

Dados sus antecedentes de armador, McCone conocía muy bien el poder militar, político y económico de los barcos en el mar. Las notas que redactó incluían la idea de imponer «un bloqueo total» a Cuba, «la interrupción de la entrada de cualquier cargamento», respaldada por la amenaza de un ataque. En diversas reuniones con Bobby Kennedy, McNamara, Rusk y Bundy que duraron hasta casi la medianoche, elaboró la estrategia del bloqueo. Las notas de McCone muestran que la idea no fue objeto de un apoyo evidente por parte de los principales

asesores del presidente.

A las once de la mañana del jueves 18 de octubre, McCone y Art Lundahl fueron a la Casa Blanca con nuevas fotos del U-2. En ellas se mostraba un nuevo conjunto de misiles de mayor tamaño, cada uno de ellos con un alcance de 3.500 kilómetros, capaces de alcanzar todas las ciudades estadounidenses importantes salvo Seattle. McCone dijo que las bases de misiles estaban controladas por tropas soviéticas; McNamara señaló que un ataque aéreo sorpresa a las bases mataría a varios centenares de soviéticos. Atacarles representaría un acto de guerra contra Moscú, no contra La Habana. Luego el subsecretario de Estado, George Ball, expresó lo mismo que Marshall Carter, de la CIA, había dicho dos noches antes: «La opción de que ataquemos sin advertencia previa es como Pearl Harbor».

El presidente respondió: «En realidad la cuestión es qué acción emprender que minimice las posibilidades de un intercambio nuclear, lo que evidentemente representa el fracaso definitivo … Tenemos el bloqueo sin declaración de guerra. Tenemos el bloqueo con declaración de guerra. Tenemos los ataques uno, dos y tres. Y tenemos la invasión».

Aquel día, McCone obtuvo dos votos en favor de su argumento del bloqueo respaldado por la amenaza de un ataque. Uno fue el de Eisenhower; el otro, el de Robert Kennedy; ambos habían adoptado ahora la postura de McCone. Seguían estando en minoría, pero al menos cuestionaban la tendencia general. El presidente, sentado a solas en el Despacho Oval cerca de la medianoche, se dijo a sí mismo, hablando directamente a los micrófonos ocultos, que «obviamente las opiniones se han apartado de las ventajas de un primer ataque».[4] El domingo llamó a McCone a su casa para decirle, como el director anotaría con satisfacción, que «se había decidido a tomar la opción que yo había recomendado».[5] El presidente anunció aquella decisión al mundo en un discurso televisado el lunes 22 de octubre, por la noche.

«Me habrían recusado»

La mañana del martes 23 de octubre se inició en la Casa Blanca con un informe de McCone. Intensamente atentos al daño político que el director podría causarles al ser el único hombre en Washington que les había prevenido acertadamente de la amenaza, los Kennedy pusieron a McCone de portavoz, con el encargo de informar a los miembros del Congreso y a los columnistas de la prensa. También le advirtieron de que adoctrinara convenientemente al embajador Adlai Stevenson, que tenía que defender los argumentos estadounidenses ante las Naciones Unidas.

Desde la Casa Blanca, McCone llamó a Ray Cline, su principal analista de inteligencia, y le pidió que viajara a Nueva York con copias de las fotografías del U-2. El equipo de Stevenson se hallaba «en ciertas dificultades para presentar un argumento convincente ante el Consejo de Seguridad —explicó McCone—. Fíjese que están en una situación un poco delicada porque, cuando lo de la bahía de Cochinos, ¡bueno!, Stevenson enseñó algunas fotos que luego resultaron ser falsas».

Los doce principales responsables de la seguridad nacional del presidente Kennedy se reunieron luego para hablar de cómo gestionar el bloqueo, que estaba previsto que se iniciara a la mañana siguiente. Técnicamente se trataba de un acto de guerra. McCone informó de que, según le había transmitido Ray Cline, en los pasillos de las Naciones Unidas se rumoreaba que los barcos soviéticos en ruta hacia Cuba podrían tratar de saltarse el bloqueo de los buques de guerra estadounidenses.

«Ahora bien, ¿qué hacemos mañana por la mañana, cuando esos ocho barcos sigan su ruta? —preguntó el presidente Kennedy—. ¿Tenemos claro —un momento de silencio, una risita nerviosa— cómo vamos a reaccionar?»

Nadie lo sabía. Se hizo otro breve silencio.

«Disparándoles al timón, ¿no?», dijo McCone.

La reunión terminó. Kennedy firmó la declaración de cuarentena. A continuación, él y su hermano se quedaron a solas durante unos minutos en la sala del gabinete.

«Bueno, parece que esto va a ser malo de verdad. Pero, por otra

parte, lo cierto es que no hay otra opción —dijo el presidente—. Si se lo toman por la tremenda ... ¡Dios mío!, ¿qué coño harán después?» Su herma no le dijo: «No había otra opción. Quiero decir que, de haber tomado otra, te habrían recusado». El presidente estuvo de acuerdo: «Sí, me habrían recusado».

A las diez de la mañana del miércoles 24 de octubre entró en vigor el bloqueo, el ejército estadounidense activó su más alto nivel de alerta por debajo de la alerta nuclear, y McCone inició su informe diario en la Casa Blanca. El director de la central de inteligencia estaba cumpliendo finalmente el mandato de sus estatutos, llevándole toda la información de inteligencia de la que disponía Estados Unidos al presidente del país por medio de un solo portavoz. El ejército soviético —le informó— no estaba en máxima alerta, pero sí había incrementado el nivel de esta, mientras que la marina soviética tenía submarinos en el Atlántico siguiendo a la flota destinada a Cuba. Nuevos reconocimientos fotográficos revelaban la presencia de edificios de almacenamiento de cabezas nucleares, pero no había signo alguno de las propias cabezas. Aquel día McCone se esforzó en señalarle al presidente que el bloqueo no impediría a los soviéticos preparar las rampas de lanzamiento de los misiles.

McNamara empezó a diseñar sus planes para interceptar a los barcos y submarinos soviéticos. Entonces McCone le interrumpió diciendo: «Señor presidente, me acaban de entregar una nota ... Los seis barcos soviéticos actualmente identificados en aguas cubanas ... o se han detenido o han dado media vuelta». Rusk intervino: «¿Qué demonios significa "aguas cubanas"?». El presidente, por su parte, preguntó: «Pero ¿son barcos que se van de Cuba o que llegan a ella?». McCone se levantó, dijo: «Lo averiguaré», y salió de la sala. Rusk murmuró: «Hay cierta diferencia».

Más tarde, McCone volvió con la noticia de que los barcos soviéticos inicialmente se dirigían hacia Cuba y estaban a más de 800 kilómetros de la isla, pero luego, o se habían detenido, o habían dado la vuelta. En ese momento, Rusk, que debió de inclinarse hacia Bundy, le dijo: «Estamos mirándonos cara a cara, y creo que el otro tío acaba de parpadear».

La primera parte de la estrategia de McCone estaba funcionando; la cuarentena de los cargamentos soviéticos se mantendría. Pero la segunda parte iba a ser mucho más difícil. Como él mismo no dejaba de recordar al presidente, los misiles seguían estando ahí; las cabezas nucleares estaban ocultas en algún lugar de la isla, y el peligro aumentaba.

El 26 de octubre, en la Casa Blanca, Adlai Stevenson dijo que harían falta semanas, o quizá meses de negociaciones para sacar los misiles de Cuba. McCone sabía que no había tiempo para eso. A mediodía se llevó aparte al presidente (Bobby, si estaba presente, no dijo una palabra) para mantener una reunión privada, solo con él y con el intérprete fotográfico Art Lundahl, en el Despacho Oval. Nuevos reconocimientos fotográficos mostraban que los soviéticos habían introducido armas nucleares de batalla de corto alcance. Había lanzaderas de misiles recién camufladas y casi listas para disparar. Cada uno de los silos de misiles estaba controlado por un total de hasta quinientos miembros de personal militar y custodiado por otros trescientos soviéticos.

«Estoy cada vez más preocupado —le dijo McCone al presidente—. Podrían empezar de noche y a la mañana siguiente tener misiles apuntándonos. Por ello, cada vez me preocupa más la posibilidad de seguir una ruta política.»

«¿Y qué otro camino hay? —preguntó el presidente—. La alternativa es que realicemos el ataque aéreo o la invasión. Pero todavía tenemos que afrontar el hecho de que, si les invadimos, para cuando lleguemos a los silos, después de una lucha muy sangrienta, nos encontraremos con eso, con que nos estarán apuntando. Así que todo sigue reduciéndose a la cuestión de si van a disparar o no los misiles.»

«Eso es correcto», dijo McCone. Entonces la mente del presidente pasó repentinamente de la diplomacia a la guerra. «Quiero decir que, aparte de la diplomática —dijo Kennedy—, no hay otra acción que podamos emprender, la cual no nos libra inmediatamente de ellos. La otra vía, creo, sería una combinación de un ataque aéreo y una probable invasión, lo que significa que tendríamos que realizar ambas cosas con la perspectiva de que los pudieran disparar.»

McCone le desaconsejó la invasión. «Lo de invadir será un asunto mucho más serio de lo que la mayoría de la gente cree —le dijo al presidente.» Los rusos y los cubanos tenían «un puñetero montón de equipamiento ... Tienen ahí un material muy letal. Lanzacohetes, baterías autopropulsadas, semiorugas ... Se lo harán pasar muy mal a cualquier fuerza invasora. No sería tarea fácil de ninguna de las maneras».

Aquella noche llegó a la Casa Blanca un largo mensaje de Moscú. El cable tardó más de seis horas en ser transmitido y recibido, y no se completó hasta las nueve de la noche. Era una carta personal de Nikita Jruschov en la que describía «la catástrofe de una guerra termonuclear» y proponía —o eso parecía— una solución. Si los estadounidenses prometían no invadir Cuba, los soviéticos retirarían los misiles.

El sábado 27 de octubre, McCone empezó la reunión de las diez de la mañana en la Casa Blanca con la sombría noticia de que los misiles podrían dispararse en un plazo de solo seis horas. Apenas había concluido su informe cuando el presidente Kennedy leyó un boletín extraído de los teletipos de Associated Press y fechado en Moscú: «El premier Jruschov le dijo ayer al presidente Kennedy que retiraría las armas ofensivas de Cuba si Estados Unidos retira sus cohetes de Turquía». Entre los presentes se produjo un alboroto.

Al principio nadie se lo creyó, excepto el presidente y McCone.

«No nos lo tomemos a broma —dijo Kennedy—. Han hecho una propuesta muy buena.»

McCone estuvo de acuerdo; era un propuesta concreta, seria e imposible de ignorar. La discusión en torno a cómo responder se prolongó durante todo el día, salpicada de algunos momentos de terror. Primero, un U-2 se extravió penetrando en el espacio aéreo soviético frente a las costas de Alaska, lo que puso en pie de guerra a los jets soviéticos. Luego, hacia las seis de la tarde, McNamara anunció repentinamente que otro U-2 había sido derribado sobre Cuba y había muerto el piloto, el mayor de la fuerza aérea Rudolf Anderson.

Ahora la Junta de Jefes recomendaba encarecidamente que se iniciara un ataque a gran escala sobre Cuba en el plazo de treinta y

seis horas. Alrededor de las seis y media de la tarde, el presidente Kennedy abandonó la sala, y la conversación adquirió de inmediato un tono menos formal, y también más brutal.

«El plan militar es básicamente la invasión —dijo MacNamara—. Cuando ataquemos Cuba, vamos a tener que hacerlo con un ataque a gran escala —añadió—. Y es casi seguro que ello llevará a una invasión.» O a una guerra nuclear, murmuró Bundy. «La Unión Soviética puede atacar los misiles turcos, y creo que probablemente lo hará», continuó McNamara. En ese caso, Estados Unidos tendría que atacar los barcos o las bases soviéticas en el mar Negro.

«Y yo diría que eso es condenadamente peligroso —prosiguió el secretario de Defensa—. Ahora bien, no estoy seguro de que podamos evitar algo así si atacamos Cuba. Pero creo que debemos hacer todos los esfuerzos posibles por evitarlo. Y una forma de evitarlo es desactivar los misiles turcos antes de atacar Cuba», añadió McNamara.

McCone explotó: «¡Entonces no veo por qué no hace el intercambio!», dijo, y el suelo tembló.

Se le unieron otras voces: «¡Haga el intercambio! ¡Hágalo!». Con creciente irritación, McCone continuó: «Ya hemos hablado de eso, y diríamos que estaríamos encantados de intercambiar esos misiles de Turquía por los de Cuba». Insistía en ello. «Yo intercambiaría los chismes turcos de inmediato. Ni siquiera hablaría de ello con nadie. Nos sentábamos durante una semana y ahí estaba; ¡todo el mundo estaba a favor de hacerlo!» Hasta Jruschov lo proponía.

El presidente regresó a la Sala del Gabinete hacia las siete y media de la tarde, y les sugirió a todos que hicieran una pausa para cenar. Después, en el Despacho Oval, él y su hermano hablaron con McNamara, Rusk, Bundy y otros cuatro colaboradores de confianza, aunque McCone fue excluido. Entonces discutieron su idea, que era lo que quería el presidente. Todos los presentes en la sala juraron guardar el secreto. Bobby Kennedy salió de la Casa Blanca y se reunió con el embajador soviético, Anatoli Dobrinin, en su despacho del Departamento de Justicia. Le dijo al embajador que Estados Unidos aceptaba el intercambio de los mi siles a condición de que no se hiciera público. No podía verse a los Kennedy haciendo un trato con

Jruschov. El fiscal general falsificó deliberadamente su memorando de la reunión, eliminando la referencia al intercambio. El trueque se mantuvo en un profundo secreto. Un cuarto de siglo después, John McCone diría: «El presidente Kennedy y el fiscal general Bobby Kennedy insistieron en que en ningún momento habían hablado de los misiles de Turquía con ningún representante de los soviéticos, y en que jamás hubo un acuerdo tal».[6]

A partir de entonces, durante muchos años el mundo creería que solo la tranquila resolución del presidente Kennedy y el firme compromiso de su hermano con una solución pacífica habían salvado a Estados Unidos de una guerra nuclear. El papel fundamental de McCone en la crisis de los misiles cubanos quedaría oscurecido durante el resto del siglo XX.

Los Kennedy no tardaron en volverse en contra de McCone. El director hizo correr la voz por todo Washington de que él había sido el único centinela en la crisis de los misiles cubanos, y testificó ante la junta presidencial de inteligencia exterior que ya el 22 de agosto le había hablado al presidente de su presentimiento. Lo esencial del informe de la junta sobre el «vacío fotográfico» apareció publicado en el *Washington Post* el 4 de marzo de 1963. Aquel día, Bobby Kennedy le dijo a su hermano que probablemente la CIA había filtrado la información para perjudicarle.

«Sí —respondió el presidente—, ese John McCone es un auténtico bastardo.»[7]

«Eliminar a Fidel, mediante la ejecución si es necesario»

En el apogeo de la crisis de los misiles, McCone había tratado de «domesticar» a la «Mangosta» y de concentrar sus considerables energías en recabar información de inteligencia para el Pentágono.[8] Y creía que lo había conseguido. Pero en la CIA, Bill Harvey llegó a la conclusión de que Estados Unidos estaba a punto de invadir Cuba, y ordenó a sus saboteadores de la Operación Mangosta que atacaran.

Cuando Bobby Kennedy, que había sido quien más había presionado

en favor de las misiones «Mangosta», se enteró de aquel peligroso fallo de la cadena de mando, montó en cólera. Tras escuchar una buena bronca, Harvey fue desterrado de Washington. Helms le envió a Roma como jefe de base, aunque no antes de que el FBI tomara nota de una ebria comida de despedida que Harvey celebró con Johnny Rosselli, el asesino a sueldo de la Mafia al que había contratado para matar a Castro. En Roma, el bebedor Harvey se desquició, tratando a sus hombres como Bobby Kennedy le había tratado a él.

Para reemplazarle como el hombre encargado de Cuba, Helms puso a su jefe para Extremo Oriente, Desmond FitzGerald, un millonario educado en Harvard que vivía en una mansión de ladrillo rojo de Georgetown con un mayordomo en la despensa y un Jaguar en el garaje. Al presidente le caía bien, ya que encajaba con la imagen de James Bond. Había dejado su bufete de abogados en Nueva York cuando Frank Wisner le había contratado al comienzo de la guerra de Corea, y al instante había sido nombrado director ejecutivo de la división de Extremo Oriente del servicio clandestino. Luego había mandado la misión china de la CIA, que había estado enviando a agentes extranjeros a una muerte segura hasta 1955, año en que una inspección del cuartel general juzgó que la misión era una pérdida de tiempo, de dinero, de energía y de vidas humanas. FitzGerald ascendió luego a subjefe de Extremo Oriente, donde ayudó a planificar y ejecutar la operación indonesia en 1957 y 1958. Como jefe de la división de Extremo Oriente, presidió la rápida expansión de las operaciones de la CIA en Vietnam, Laos y el Tíbet.

Ahora los Kennedy le ordenaron que volara minas, fábricas, centrales eléctricas y barcos mercantes cubanos, que destruyera al enemigo con la esperanza de crear una contrarrevolución. El objetivo, como el propio Bobby Kennedy le explicaría a FitzGerald en abril de 1963, era echar a Castro en el plazo de dieciocho meses, antes de que se celebraran las siguientes elecciones presidenciales en Estados Unidos. Veinticinco agentes de la CIA morirían en aquellas fútiles operaciones.

Luego, en el verano y el otoño de 1963, FitzGerald dirigió la última misión destinada a matar a Fidel Castro.[9]

La CIA planeaba utilizar a Rolando Cubela, su agente mejor situado en el gobierno cubano, como asesino a sueldo. Cubela, un hombre excitable, violento y de lengua larga que detestaba a Castro, había alcanzado el rango de mayor en el ejército cubano, había sido agregado militar en España y había viajado mucho. El primero de agosto de 1963, en una conversación con un agente de la CIA en Helsinki, se ofreció voluntario para «eliminar a Fidel, mediante la ejecución si es necesario». El 5 de septiembre se reunió con su contacto de la CIA, Néstor Sánchez, en la ciudad brasileña de Porto Alegre, donde en aquel momento representaba al gobierno cubano en los Juegos Universitarios internacionales. El 7 de septiembre, la CIA señaló diligentemente que Castro había elegido una recepción en la embajada brasileña en La Habana para pronunciar una larga diatriba ante un periodista de Associated Press. Castro dijo que «los líderes de Estados Unidos correrían peligro si colaboraban en cualquier intento de deshacerse de líderes cubanos ... Si ayudan a complots terroristas para eliminar a líderes cubanos, tampoco ellos estarán a salvo».

Sánchez y Cubela volvieron a reunirse en París a comienzos de octubre, y el agente cubano le dijo al hombre de la CIA que quería un rifle de alta potencia con una mira telescópica. El 29 de octubre de 1963, FitzGerald cogió un avión a París y se reunió con Cubela en un piso franco de la CIA.

FitzGerald le dijo que él era un emisario personal enviado por Robert Kennedy, lo cual se hallaba peligrosamente cerca de la verdad, y que la CIA le entregaría a Cubela las armas que eligiera. Estados Unidos —añadió— deseaba un «verdadero golpe» en Cuba.

17

«¡Eh, jefe! Hemos hecho un buen trabajo, ¿no?»

El lunes 4 de noviembre de 1963, solo, en el Despacho Oval, John F. Kennedy dictaba un memorando en relación con una tormenta que había desencadenado a medio mundo de distancia: el asesinato de un aliado de Estados Unidos, el presidente Ngo Dinh Diem de Vietnam del Sur.

«Debemos aceptar una buena parte de la responsabilidad de ello», dijo Kennedy.[1] Se detuvo un momento para jugar con sus hijos, que corrían de un lado a otro de la sala. Luego prosiguió. «La forma en la que ha sido asesinado —volvió a hacer una pausa— lo hace particularmente aborrecible.»

Lucien Conein, de la CIA, era el espía de Kennedy entre los generales amotinados que asesinaron a Diem. «Yo fui parte integrante de toda la conspiración», declararía Conein años después en un extraordinario testamento.[2]

Su apodo era «Black Luigi», y tenía el salero de un gánster corso. Conein se había incorporado a la OSS, se había entrenado con los ingleses y se había lanzado en paracaídas tras las líneas francesas. En 1945 se fue a Indochina a combatir a los japoneses; estuvo en Hanoi con Ho Chi Minh, y durante un tiempo fueron aliados. Luego permaneció allí y se convirtió en miembro fundador de la CIA.

En 1954 fue uno de los primeros agentes de inteligencia estadounidenses destacados en Vietnam. Cuando Ho derrotó a los franceses en la batalla de Dien Bien Phu, Vietnam se dividió en Norte y Sur en una conferencia internacional celebrada en Ginebra, donde Estados Unidos estuvo representado por el subsecretario de Estado Walter Bedell Smith.

Durante los nueve años siguientes, Estados Unidos apoyó al presidente Diem como el hombre que luchaba contra el comunismo en

Vietnam. Conein estaba bajo las órdenes de Ed Lansdale en la nueva Misión Militar de Saigón de la CIA. Lansdale tenía «un mandato muy amplio —en palabras de Rufus Phillips, de la CIA—. Literalmente fue: “Ed, haz todo lo que puedas para salvar Vietnam del Sur”».[3]

Conein fue a Vietnam del Norte en diversas misiones de sabotaje; destruyó trenes y autobuses, contaminó combustible y petróleo, organizó a doscientos comandos vietnamitas entrenados por la CIA y enterró armas en los cementerios de Hanoi. Luego volvió a Saigón para ayudar a afianzarse al presidente Diem, un místico católico en un país budista a quien la CIA suministró varios millones de dólares, una falange de guardaespaldas y una línea directa con Allen Dulles. En Vietnam del Sur, la agencia creó partidos políticos, entrenó a la policía secreta, realizó películas populares e imprimió y vendió una revista de astrología que predecía que los astros eran favorables a Diem. Estaba construyendo una nación en el sentido más radical del término.

«La ignorancia y la arrogancia»

En 1959, los soldados campesinos de Vietnam del Norte empezaron a abrir la denominada «Pista Ho Chi Minh» a través de las junglas de Laos; sus senderos se llenaron de guerrilleros y espías que se dirigían a Vietnam del Sur.

Laos, un adormecido territorio preindustrial, se convirtió en «un punto caliente donde Estados Unidos veía amenazados sus intereses por el mundo comunista», en palabras de John Gunther Dean, por entonces un joven funcionario del Departamento de Estado en la embajada estadounidense en Vientián.[4] La CIA se puso manos a la obra para crear un nuevo gobierno laosiano y construir un ejército guerrillero que combatiera a los comunistas y atacara la pista.[5] Los norvietnamitas reaccionaron acelerando sus tentativas de infiltrarse en el país y entrenar a los comunistas locales, el Pathet Lao.

El artífice de la estrategia política estadounidense en Laos fue el jefe de base de la CIA, Henry Hecksher, un veterano de la base de Berlín y del golpe de Guatemala. Hecksher empezó a crear una red de control

norteamericano utilizando a jóvenes diplomáticos como correos. «Un día, Heckshher me preguntó si podía llevarle un maletín al primer ministro —recordaría Dean—. El maletín contenía dinero.»[6]

El dinero sirvió para que los líderes de Laos «se dieran cuenta de que el verdadero poder en la embajada no era el embajador, sino el jefe de base de la CIA —dijo Dean, que posteriormente sería embajador estadounidense en Tailandia, la India y Camboya, entre otros países—. Se suponía que el embajador apoyaba al gobierno laosiano, y que básicamente no daría problemas. Henry Hecksher se comprometió a oponerse al neutralista primer ministro, y quizá incluso a precipitar su caída. Y eso fue lo que ocurrió».

La CIA forzó un gobierno de coalición libremente elegido e instauró a un nuevo primer ministro, el príncipe Souvanna Phouma. El contacto de la agencia con el nuevo primer ministro fue Campbell Jones, heredero de una fortuna ferroviaria que se vestía, actuaba y pensaba como un granadero inglés del siglo XIX. Ocho años después de salir de Yale, se veía a sí mismo como una especie de virrey en Laos, y vivía de manera acorde con ello. James hizo amigos y compró influencias entre los líderes de Laos en un club de juego privado que él mismo creó, cuya principal atracción era una ruleta que había pedido prestada a John Gunther Dean.[7]

La verdadera batalla por Laos empezó cuando un hombre de la CIA, Bill Lair, que dirigía una academia de entrenamiento guerrillero en la jungla para comandos tailandeses, descubrió a un hombre originario de las tierras altas llamado Vang Pao, un general del Real Ejército Laosiano que además era el jefe de una tribu de montaña que se denominaba a sí misma los hmong. En diciembre de 1960, Lair le habló al jefe de la división de Extremo Oriente, Desmond FitzGerald, de su nuevo fichaje. Según le informó: «Vang Pao había dicho: “No podemos vivir con los comunistas. Dadnos las armas y les combatiremos”». A la mañana siguiente, en la base de la CIA, FitzGerald le dijo a Lair que redactara una propuesta. «Fue un cable de dieciocho páginas —recordaría Lair—. La respuesta llegó en un plazo muy breve ... Aquella fue la verdadera luz verde.»[8]

A comienzos de enero de 1961, en los últimos días de la

administración Eisenhower, los pilotos de la CIA proporcionaron sus primeras armas a los hmong. Seis meses después, más de nueve mil miembros de las tribus de montaña controlados por Vang Pao se unieron a los trescientos comandos tailandeses que Lair entrenaba para operaciones de combate contra los comunistas. La CIA envió armas, dinero, radios y aeroplanos al ejército laosiano en la capital y a los líderes tribales en las montañas. Su misión más urgente era cortar la Pista Ho Chi Minh. Hanoi había proclamado un Frente Nacional de Liberación en el sur. Aquel año, cuatro mil oficiales survietnamitas murieron a manos del Vietcong.

Unos meses después de que el presidente Kennedy accediera al poder, los destinos de Laos y de Vietnam del Sur se veían como uno solo. Kennedy no quería enviar tropas de combate estadounidenses a morir en aquellas junglas. Lejos de ello, pidió a la CIA que duplicara sus fuerzas tribales en Laos y que «hiciera todos los esfuerzos posibles para lanzar operaciones guerrilleras en Vietnam del Norte» con sus reclutas asiáticos.[9]

Los estadounidenses enviados a Laos durante los años de la administración Kennedy no conocían el nombre tribal de los hmong, y los denominaban los «meo», un epíteto cuyo significado se hallaba a medio camino entre «bárbaro» y «negro». Uno de aquellos jóvenes era Dick Holm. Años después, mirando atrás, se arrepentiría de «la ignorancia y la arrogancia de los norteamericanos que llegaban al sudeste asiático … Apenas teníamos un mínimo conocimiento de la historia, la cultura y la política de las gentes a las que queríamos ayudar … Nuestros intereses estratégicos se superponían en una región donde nuestro presidente había decidido “trazar la frontera” frente al comunismo. Y lo haríamos a nuestra manera».[10]

En el cuartel general de la CIA, «los activistas estaban a favor de una guerra en Laos —según diría Robert Amory hijo, el subdirector de inteligencia—. Pensaban que aquel era un gran sitio para tener una guerra».[11]

«COSECHAMOS UN MONTÓN DE MENTIRAS»

Los estadounidenses enviados a Vietnam tenían una ignorancia igualmente profunda con respecto a la cultura y la historia del país. [12] Pero los agentes de la CIA se veían a sí mismos como la punta de lanza del combate global contra el comunismo.

Se movían a sus anchas por Saigón. «Se ocultaban bajo tapaderas tan variadas como productores de cine y de teatro, o vendedores industriales; eran entrenadores, expertos en armas, comerciantes... —diría el embajador Leonardo Nether, por entonces funcionario del Departamento de Estado norteamericano en Saigón—. Disponían de unos fondos increíbles ... Se divertían de lo lindo. Tenían todo lo que querían.»[13]

Pero lo que les faltaba era información de inteligencia sobre el enemigo. Esa era la responsabilidad de William E. Colby, el jefe de la base de Saigón desde 1959 hasta 1961, y muy pronto jefe de la división de Extremo Oriente del servicio clandestino.

Colby, que había luchado tras las líneas enemigas como comando de la OSS, hizo lo mismo que había hecho en la Segunda Guerra Mundial. Inició una operación denominada Proyecto Tigre destinada a lanzar en paracaídas a unos 250 agentes survietnamitas sobre Vietnam del Norte.[14] Dos años después, 217 de ellos constaban como muertos, desaparecidos o sospechosos de ser agentes dobles. Un informe final enumeraba la suerte que habían corrido 52 equipos de agentes, integrado cada uno de ellos por 17 comandos:

«Capturados poco después de aterrizar.»

«Radio Hanoi anuncia su captura.»

«Equipo destruido.»

«Equipo supuestamente bajo el control de Vietnam del Norte.»

«Capturados poco después de aterrizar.»

«Doblado, actuado, terminado.»

La última frase parece sugerir que Estados Unidos había descubierto que uno de sus equipos de comandos estaba trabajando en secreto para Vietnam del Norte, y luego había dado caza y ejecutado a sus miembros. La razón del fracaso de las misiones se le escaparía a la CIA hasta después de la guerra fría, cuando uno de los hombres de Colby, el capitán Do Van Tien, subjefe del Proyecto Tigre, revelara que en

todo momento había estado espiando para Hanoi.

«Cosechamos un montón de mentiras —diría Robert Barbour, subjefe de la sección política de la embajada estadounidense—. Algunas de ellas sabíamos que eran mentiras, pero otras no.»[15]

En octubre de 1961, el presidente Kennedy envió al general Maxwell Taylor a evaluar la situación.[16] «Vietnam del Sur está sufriendo ahora una grave crisis de confianza», advertiría Taylor en un informe de alto secreto al presidente. Estados Unidos había de «demostrar con actos —no solo con palabras— el compromiso norteamericano serio para ayudar a salvar Vietnam». Asimismo, escribía: «Para ser persuasivo, dicho compromiso debe incluir el envío a Vietnam de algunas fuerzas militares estadounidenses».[17] Aquel había de ser un secreto muy profundo.

Para ganar la guerra —proseguía el general Taylor—, Estados Unidos necesitaba más espías. En un anexo secreto al informe, el subjefe de la base de la CIA en Saigón, David Smith, decía que una batalla clave sería la que se libraría en el gobierno de Vietnam del Sur. Afirmaba que los norteamericanos tenían que infiltrarse en el gobierno de Saigón, influir en él, «acelerar los procesos de decisión y acción» en su seno y, en caso necesario, cambiarlo.

Aquella sería la tarea de Lucien Conein.

«A NADIE LE GUSTABA DIEM»

Conein empezó a trabajar con el hermano medio loco del presidente Diem, Ngo Dinh Nhu, para establecer el programa de Aldeas Estratégicas, destinado a sacar a los campesinos de sus poblados y agruparlos en campamentos armados como defensa contra la subversión comunista. Ataviado con el uniforme de un teniente coronel del ejército estadounidense, Conein se abrió paso hasta lo más profundo de la decadente cultura militar y política de Vietnam del Sur.

«Podía ir a cualquier provincia, podía hablar con los comandantes de unidad —diría—. A algunos de aquellos hombres hacía años que

los conocía. A otros los conocía desde la Segunda Guerra Mundial. Algunos de ellos ocupaban puestos de poder.» Sus contactos pronto se convirtieron en lo mejor que tenía la agencia en Vietnam. Pero había muchas cosas que él no sabía.

El 7 de mayo de 1963, la víspera del 2.527 aniversario del nacimiento de Buda, Conein viajó a Huê, donde encontró a un gran séquito militar cuya presencia no acertaba a comprender. Le instaron a que se marchara en el siguiente vuelo. «Yo quería quedarme —recordaría—. Quería ver la celebración del aniversario de Buda. Quería ver los barcos con las velas encendidas descendiendo por el río perfumado; pero no pudo ser.» A la mañana siguiente, los soldados de Diem atacaron y mataron a los miembros de un cortejo budista en Huê.

«Diem había perdido el contacto con la realidad», diría Conein. Sus grupos de jóvenes exploradores, ataviados con un uniforme azul e inspirados en las Juventudes Hitlerianas, sus fuerzas especiales entrenadas por la CIA y su policía secreta aspiraban a crear un régimen católico en una nación budista. Al oprimir a los monjes, Diem los había convertido en una poderosa fuerza política. Sus protestas contra el gobierno se incrementarían durante las cinco semanas siguientes. El 11 de junio, un monje de sesenta y seis años llamado Quang Duc se sentó en el suelo y se prendió fuego en una esquina de Saigón; lo único que quedó de él fue el corazón. Las fotografías de aquella inmolación dieron la vuelta al mundo. A partir de ese momento Diem empezó a atacar las pagodas, matando a monjes, mujeres y niños para sustentar su poder.

«A nadie le gustaba Diem —diría Bobby Kennedy no mucho después—. Pero el verdadero problema era cómo librarse de él y encontrar a alguien que continuara la guerra y que no dividiera el país en dos, de modo que perdiera no solo la guerra sino también al país.»[18]

A finales de junio y primeros de julio de 1963, el presidente Kennedy empezó a hablar en privado de la manera de librarse de Diem. Si se quería hacer bien, lo mejor era que se hiciera en secreto. Kennedy inició el cambio de régimen nombrando a un nuevo embajador estadounidense, el imperioso Henry Cabot Lodge, un rival

político al que había derrotado en dos ocasiones: primero, en la carrera para ser senador por Massachusetts, y luego, como candidato a la vicepresidencia con Richard Nixon. Lodge estuvo encantado de aceptar el puesto, una vez le aseguraron que en Saigón tendría las atribuciones de un virrey.

El 4 de julio, Lucien Conein recibió un mensaje del general Tran Van Don, jefe en funciones del estado mayor del ejército de Vietnam del Sur, un hombre al que conocía desde hacía dieciocho años. «Reúnase conmigo en el hotel Caravelle», rezaba el mensaje. Aquella noche, en el club nocturno situado en los sótanos del hotel, lleno de humo y abarrotado de gente, el general Don le comunicó la noticia de que los militares se preparaban para alzarse contra Diem.

«¿Cuál será la reacción norteamericana si llegamos hasta el final?», le preguntó Don a Conein.

El 23 de agosto, John F. Kennedy le dio la respuesta.

Estaba solo, un lluvioso sábado por la noche, en el puerto de Hyannis, apoyado en unas muletas para aliviar su dolor de espalda, y afligido por su hijo Patrick, que había nacido muerto y al que habían enterrado dos semanas antes. Poco después de las nueve de la noche, el presidente recibió una llamada de su asesor de seguridad nacional Michael Forrestal, y sin más preámbulos aprobó un cable secreto destinado al recién llegado embajador Lodge y redactado por Roger Hilsman, del Departamento de Estado. «Debemos afrontar la posibilidad de que al propio Diem no se le pueda proteger», informaba el cable a Lodge, al tiempo que le instaba a «hacer planes detallados con respecto a cómo podríamos producir el reemplazo de Diem».[19] El secretario de Estado, el secretario de Defensa y el director de la central de inteligencia no habían sido consultados. Los tres vacilaban ante la posibilidad de un golpe de Estado contra Diem.

«No debería haber dado mi consentimiento a aquello», se diría el presidente Kennedy a sí mismo una vez que se hicieron claras las consecuencias.[20] Pero el caso es que se dio la orden.

Hilsman le dijo a Helms que el presidente había ordenado que se echara a Diem.[21] Helms le transmitió el encargo a Bill Colby, el nuevo jefe de la división de Oriente Próximo de la CIA.[22] Colby, por

su parte, se la transmitió a John Richardson, la persona que había elegido para reemplazarle como jefe de la base de Saigón: «Dadas las circunstancias, creo que la CIA debe aceptar plenamente las directivas de los responsables políticos y buscar formas de cumplir los objetivos que estos pretenden», le dijo a Richardson, aunque la orden «parece descartar el pájaro en mano hasta que tengamos adecuadamente identificados a los pájaros del bosque, o los cantos que estos pueden producir».[23]

El 29 de agosto, su sexto día en Saigón, Lodge cablegrafió a Washington: «Nos hemos lanzado a una acción de la que no hay vuelta atrás: el derrocamiento del gobierno de Diem». En la Casa Blanca, Helms escuchaba cómo el presidente recibía aquel mensaje, lo aprobaba y ordenaba a Lodge que se asegurara, por encima de todo, de que el papel de Estados Unidos en el golpe —el papel de Conein— quedara oculto.[24]

El embajador, resentido por el elevado estatus de la agencia en Saigón, escribiría en su diario privado: «La CIA tiene más dinero, casas más grandes que los diplomáticos, mayores salarios, más armas y un equipamiento más moderno».[25] Envidiaba los poderes que ostentaba John Richardson, y se mofaba de la cautela que exhibía el jefe de base con respecto al papel central de Conein en la trama del golpe. Lodge decidió, pues, que quería un nuevo jefe de base.[26]

De modo que «quemó» a Richardson —«lo expuso y dio su nombre públicamente a los periódicos»,[27] como diría Bob Kennedy ocho meses después, en un relato oral clasificado—, provocando una filtración fríamente calculada a un reportero que pasaba por Saigón. La noticia causó sensación. Identificando a Richardson por su nombre —una violación de la seguridad sin precedentes—, se decía de él que había «frustrado un plan de acción que el señor Lodge había traído de Washington porque la agencia estaba en desacuerdo con él ... Un alto funcionario aquí destinado, un hombre que ha dedicado la mayor parte de su vida al servicio de la democracia, comparaba el crecimiento de la CIA con un tumor maligno, y añadía que no estaba seguro de que ni siquiera la Casa Blanca pudiera controlarlo». También el *New York Times* y el *Washington Post* se hicieron eco de la

noticia. Richardson, con su carrera arruinada, abandonó Saigón cuatro días después; luego, tras dejar pasar un intervalo de tiempo prudencial, el embajador Lodge se mudó a su casa.

«Fue una suerte que se mandara regresar a Richardson —diría un viejo amigo de Conein, el general Don—. De haber estado aquí, habría puesto en gran peligro nuestro plan.»[28]

«Una completa falta de información de inteligencia»

El 5 de octubre, Lucien Conein fue a ver al general Duong Van Minh, conocido como «Gran Minh», al cuartel general del estado mayor conjunto en Saigón. Luego informó de que el general había planteado la cuestión del asesinato y la cuestión del apoyo estadounidense a una nueva junta. Dave Smith, el nuevo jefe de base en funciones, recomendó que «no nos posicionemos irrevocablemente en contra del complot de asesinato», algo que sonó como música a oídos del embajador Lodge, y como anatema a los de McCone.[29]

Este último ordenó a Smith que dejara de «estimular, o aprobar, o respaldar el asesinato», y se fue corriendo al Despacho Oval. Teniendo especial cuidado de evitar utilizar palabras que pudieran relacionar a la Casa Blanca con un asesinato —según testificaría más tarde—, eligió una analogía deportiva: «Señor presidente, si yo fuera el director de un equipo de béisbol y contara con un solo lanzador, le mantendría en su puesto fuera un buen lanzador o no». En una reunión del Grupo Especial celebrada el 17 de octubre, y en un encuentro personal con el presidente celebrado cuatro días después, McCone dijo que, desde la llegada de Lodge en agosto, la política exterior estadounidense en Vietnam se había basado en «una completa falta de información de inteligencia» sobre la política de Saigón.[30] La situación que se desarrollaba en torno a Conein era «sumamente peligrosa», según decía, y amenazaba con un «absoluto desastre para Estados Unidos».

El embajador norteamericano tranquilizó a la Casa Blanca. «Creo que nuestra implicación hasta la fecha a través de Conein sigue entrando en el ámbito de la negación plausible —informaba—. No debemos frustrar un golpe por dos razones. En primer lugar, parece

sensato pensar que el próximo gobierno no la pifiará tanto como lo ha hecho el actual. En segundo lugar, resulta extremadamente imprudente a largo plazo para nosotros poner trabas a los intentos de un golpe … Hemos de recordar que esta es la única manera en la que el pueblo de Vietnam posiblemente puede tener un cambio de gobierno.»[31]

La Casa Blanca cablegrafío una serie de meticulosas instrucciones a Conein: enterarse de los planes de los generales, no alentarlos, mantenerse en un discreto segundo plano… Demasiado tarde. La línea divisoria entre el espionaje y la acción encubierta se había cruzado ya. Conein era demasiado famoso para trabajar de forma clandestina. «En Vietnam realizaba una actividad muy prominente», decía. Todas las figuras relevantes sabían exactamente quién era y qué representaba. Tenían fe en que el hombre que representaba la punta de lanza de la CIA hablaba en nombre de Estados Unidos.

Conein se reunió con el general Don la noche del 24 de octubre y se enteró de que apenas faltaban diez días para el golpe. El 28 de octubre volvieron a reunirse. Don escribiría más tarde que Conein «nos ofreció dinero y armas, pero yo lo rechacé, diciéndole que lo único que necesitábamos era coraje y convicción».[32]

Conein transmitió meticulosamente el mensaje de que Estados Unidos se oponía al asesinato. La reacción de los generales —según su testimonio— fue: «¿No les gusta? Bueno, pues de todos modos lo haremos por nuestra cuenta … Si no les gusta, no hablemos más de ello». Pero tampoco les desalentó de que lo hicieran. De haberlo hecho, según sus propias palabras, «me habrían matado y me habrían sacado los ojos».

Conein informó a Lodge de que el golpe era inminente. El embajador envió a un hombre de la CIA, Rufus Phillips, a ver a Diem. Los dos hombres se reunieron en palacio y hablaron de guerra y de política. Luego, según recordaría Phillips, «Diem me miró de manera burlona y me dijo: “¿Va a haber un golpe contra mí?”».[33]

«Yo le miré con ojos lacrimosos y le dije: “Me temo que sí, señor presidente”. Eso fue lo único que hablamos sobre el asunto.»

El golpe se inició el primero de noviembre.[34] Era mediodía en Saigón y medianoche en Washington. Reclamada su presencia en Estados Unidos por un emisario del general Don, Conein se cambió de uniforme y llamó a Rufus Phillips para que cuidara de su esposa y de sus hijos pequeños. Luego cogió un revólver del calibre 38 y una cartera con unos 70.000 dólares en fondos de la CIA, saltó a su jeep y recorrió a toda velocidad las calles de Saigón hasta la sede del Estado Mayor Conjunto del ejército survietnamita. En las calles había disparos por todas partes. Los líderes del golpe habían cerrado el aeropuerto, cortado las líneas telefónicas de la ciudad, asaltado la comisaría central de la policía, tomado la emisora de radio pública y atacado los centros del poder político.

Conein hizo su primer informe poco después de las dos de la tarde, hora de Saigón. Se mantenía en contacto con la base de la CIA a través del enlace de comunicaciones seguras de su jeep, describiendo los lanzamientos de proyectiles, los bombardeos, los movimientos de tropas y las maniobras políticas conforme se iban produciendo. Luego la base transmitía sus informes a la Casa Blanca y al Departamento de Estado por medio de cables codificados. Era lo más parecido a una información de inteligencia en tiempo real que podía conseguirse en aquella época.

«Conein desde cuartel general estado mayor conjunto de los generales Gran Minh y Don, y observación presencial —decía el primer cable—. Los generales intentan contacto con palacio por teléfono, pero no pueden. Su propuesta es: si el presidente renuncia de inmediato, garantizarán su seguridad y la partida segura del presidente y de Ngo Dinh Nhu. Si el presidente rechaza esos términos, el palacio será atacado en una hora.»

Conein envió un segundo mensaje algo más de una hora después: no habría «discusión con el presidente. Dirá sí o no, y ese es el final de la conversación». El general Don y sus aliados llamaron al presidente Diem poco después de las tres de la tarde para pedirle que se rindiera. Le ofrecieron protección y una vía segura para salir del país. Él lo

rechazó. Luego el presidente survietnamita llamó al embajador estadounidense. «¿Cuál es la postura de Estados Unidos?», preguntó Diem. Lodge dijo que no tenía ni idea. «En Washington son las cuatro y media de la madrugada —respondió—, y el gobierno estadounidense no puede tener ninguna opinión.» Luego Lodge añadió: «Me han informado de que quienes están a cargo de la actividad actual le ofrecen a usted y a su hermano un salvoconducto para salir del país. ¿Se ha enterado de ello?».

«No», mintió Diem. Luego hizo una pausa, quizá percibiendo que Lodge formaba parte del complot contra él. «Tiene mi número de teléfono», dijo, y allí acabó la conversación. Tres horas después, él y su hermano huían a un piso franco, en realidad una villa, propiedad de un comerciante chino que también había financiado la red de espionaje privada de Diem en Saigón. La villa estaba equipada con una línea telefónica enlazada con la del palacio presidencial, lo que mantenía la falsa ilusión de que el presidente permanecía en la sede del poder. La batalla se prolongó durante toda la noche; cerca de un centenar de vietnamitas murieron cuando los rebeldes asaltaron el palacio presidencial.

Alrededor de las seis de la mañana, Diem telefoneó al general Gran Minh. El presidente le informó de que estaba dispuesto a dimitir, y el general garantizó su seguridad. Diem le dijo que le esperaba en la iglesia de San Francisco Javier, en el barrio chino de Saigón. El general envió a un transporte blindado para que recogiera a Diem y a su hermano, ordenó a sus guardaespaldas personales que escoltaran el convoy y a continuación levantó dos dedos de la mano derecha. Era una señal: matadlos a ambos.

El general Don ordenó a sus tropas que despejaran su cuartel general, que metieran una gran mesa cubierta de fieltro de color verde y que prepararan una conferencia de prensa. «Lárguese de aquí —le dijo el general a su amigo Conein—. Vamos a traer a la prensa.» Conein se fue a casa, pero de inmediato fue reclamado por Lodge. «Fui a la embajada, y allí me informaron de que tenía que encontrar a Diem —diría posteriormente—. Yo estaba cansado y hastiado, de modo que les dije: “¿Quién ha dado esas órdenes?”. Ellos me hicieron

saber que las órdenes venían del presidente de Estados Unidos.»

Alrededor de las diez de la mañana, Conein volvió al cuartel general del estado mayor y se encaró con el primer general que encontró. «Gran Minh me dijo que se habían suicidado. Yo le miré y le pregunté: ¿dónde? Él me dijo que estaban en la iglesia católica de Cholon, y que se suicidaron allí», declararía Conein en un testimonio clasificado ante el comité del Senado que investigaría el asesinato doce años después.

«Creo que en aquel momento perdí la calma», diría Conein, pensando en el pecado mortal y en su alma inmortal.

«Yo le dije a Gran Minh: Mire, usted es budista, yo soy católico. Si se han suicidado en esa iglesia y el sacerdote celebra misa esta noche, la historia va a hacer aguas. Luego dije: ¿dónde están? Él me dijo que estaban en el cuartel general del estado mayor, mejor dicho, detrás del cuartel general del estado mayor. ¿Quiere verlos? Yo le dije que no. Él me dijo: ¿por qué no? Y yo le respondí: bueno, si por casualidad una persona entre un millón le cree a usted eso de que se han suicidado en la iglesia, y yo veo que no se han suicidado y sé otra cosa distinta, estaré en apuros.»

Conein volvió a la embajada estadounidense para informar de que el presidente Diem había muerto. Pero no contó toda la verdad. «Informado por colegas vietnamitas de que se suicidaron de camino para salir de la ciudad», cablegrafió. A las 2.50 de la madrugada, hora de Washington, llegó la respuesta, firmada en nombre de Dean Rusk: «Conmoción aquí por la noticia del suicidio de Diem y Nhu ... importante establecer públicamente más allá de toda duda que se trata realmente de suicidios si es verdad».

El sábado 2 de noviembre de 1963, a las 9.35 de la mañana, el presidente celebró una reunión extraoficial en la Casa Blanca con su hermano, McCone, Rusk, McNamara y el general Taylor. Al cabo de poco, Michael Forrestal entró corriendo con una noticia de última hora de Saigón. El general Taylor explicaría más tarde que el presidente Kennedy se levantó de un salto y «salió corriendo de la habitación con una expresión de conmoción y preocupación en el rostro que no había visto nunca».[35]

A las 18.31, McGeorge Bundy cablegrafió a Lodge y envió copias

confidenciales a McCone, McNamara y Rusk: «La muerte de Diem y Nhu, pese a sus defectos, ha causado conmoción aquí, y existe el peligro de que el estatus y la reputación del gobierno entrante se vean significativamente dañados si se extiende la convicción de su asesinato a instancias de uno o más altos cargos del régimen entrante … No se debe hacer creer que aquí el asesinato político es algo fácilmente aceptado».

Jim Rosenthal era el agente de servicio en la embajada estadounidense en Saigón aquel sábado. El embajador Lodge le envió a la entrada principal a recibir a unos importantes visitantes. «Jamás olvidaré aquella visión —diría—. Un coche se detiene ante la embajada, mientras las cámaras no paran de funcionar. Conein salta del asiento delantero, abre la puerta de atrás y saluda, y entonces salen esos tipos. Como si estuviera entregándolos a la embajada, que era lo que estaba haciendo. Luego yo subí con ellos en el ascensor, y Lodge los recibió … Allí estaban los tipos que acababan de dar un golpe y de matar al jefe del Estado, y luego se presentan en la embajada como si estuvieran diciendo: “¡Eh, jefe! Hemos hecho un buen trabajo, ¿no?”.»[36]

18

«Yo creía que era una conspiración»

El martes 19 de noviembre de 1963, Richard Helms llevó a la Casa Blanca una metralleta belga oculta en una bolsa de viaje de una compañía aérea.

El arma era un trofeo de guerra; la CIA se había apoderado de un alijo de tres toneladas de armamento que Fidel Castro había tratado de introducir clandestinamente en Venezuela. Helms se había llevado el arma al Departamento de Justicia para enseñársela a Bobby Kennedy, que consideró que debían llevársela también a su hermano. Se fueron al Despacho Oval y hablaron con el presidente acerca de cómo combatir a Fidel. La luz de aquel día otoñal se desvanecía ya cuando Kennedy se levantó de su mecedora y se puso a contemplar el Jardín de Rosas a través de la ventana.

Helms metió de nuevo el arma en la bolsa y dijo: «Suerte que el servicio secreto no nos ha pillado entrando aquí con esta arma».[1] El presidente, sumido en sus pensamientos, apartó la vista de la ventana y le estrechó la mano a Helms. «Sí —le dijo con una sonrisa—. Eso me da una gran tranquilidad.»

El viernes siguiente, McCone y Helms estaban en el cuartel general de la CIA, compartiendo un almuerzo a base de bocadillos en la suite del director. Las altas y amplias ventanas del séptimo piso daban a una extensión ininterrumpida de copas de árboles que se perdía en el horizonte. Entonces llegó la terrible noticia.

Habían disparado al presidente. McCone se encasquetó su sombrero de fieltro y se fue a casa de Bobby Kennedy, a un minuto en coche. Helms se fue a su despacho y trató de redactar un mensaje oficial, un cable que pudiera enviarse a todas las bases de la CIA en el mundo. En aquel momento sus pensamientos estaban muy próximos a los de Lyndon Johnson.

«Lo que pasó por mi mente —recordaría este último— fue que, si le habían disparado a nuestro presidente … ¿a quién dispararían después? ¿Y qué estaba ocurriendo en Washington? ¿Y cuándo vendrían los misiles? Yo creía que era una conspiración, y planteé la cuestión, y casi todos los que estaban conmigo la plantearon también.»[2]

A lo largo de todo el año siguiente, y en nombre de la seguridad nacional, la agencia ocultó gran parte de lo que sabía al nuevo presidente y a la comisión que este creó para que investigara el asesinato. Su propia investigación interna del magnicidio se hundió en medio de la confusión y la sospecha, arrojando una serie de dudas que todavía hoy persisten. El siguiente relato se basa en los registros de la CIA y en la declaración jurada de varios de sus agentes, todo ello desclasificado entre 1998 y 2004.

«El efecto fue electrizante»

«La trágica muerte del presidente Kennedy requiere que todos nosotros agucemos la vista para detectar cualquier hecho inusual relacionado con la inteligencia», escribía Helms en su mensaje mundial a las bases de la CIA el 22 noviembre.[3] En el cuartel general de la agencia, Charlotte Bustos detectó uno de inmediato. Era la encargada de los archivos mexicanos del servicio clandestino, y dos minutos después de que la radio anunciara que la policía de Dallas había arrestado a Lee Harvey Oswald, corría ya por los pasillos pintados de color pastel, con el dosier de Oswald en la mano, en busca de su jefe, John Whitten, el responsable de las operaciones encubiertas de la CIA en México y Centroamérica. Whitten dio un rápido vistazo al expediente.

«El efecto fue electrizante», recordaría más tarde.

El expediente decía que a las once menos cuarto del primero de octubre de 1963, un hombre que se había identificado como Lee Oswald había telefoneado a la embajada soviética en Ciudad de México, preguntando qué ocurría con el visado que había pedido para

viajar a la Unión Soviética. Con la inestimable ayuda de la policía secreta mexicana, la base de Ciudad de México había puesto escuchas en las embajadas soviética y cubana, en una operación que tenía el nombre clave de «Enviado». Y la CIA tenía la llamada de Oswald.

«México tenía la mayor y más activa operación de escuchas telefónicas de todo el mundo —diría Whitten—. J. Edgar Hoover solía enrojecer cada vez que pensaba en la base de México.»[4] Así, más de un soldado norteamericano destacado en el sudoeste de Estados Unidos había sido pillado tratando de vender secretos militares o de pasarse a los rusos en Ciudad de México. La CIA disponía también de vigilancia fotográfica de la embajada soviética, y abría todas y cada una de las cartas que entraban o salían de ella.

Pero las operaciones de escucha eran de tal envergadura que inundaban la base de la agencia, ahogándola en un montón de información inútil. Hubieron de pasar ocho días antes de que la base escuchara la cinta del primero de octubre, elaborara el informe de la visita de Oswald, y luego preguntara al cuartel general de la agencia: ¿quién es Lee Oswald? La CIA sabía que era un marine norteamericano que había desertado públicamente a la Unión Soviética en octubre de 1959. En sus archivos había toda una serie de informes del FBI y del Departamento de Estado donde se detallaba los intentos de Oswald de renunciar a su ciudadanía estadounidense, sus amenazas de informar a los soviéticos sobre las instalaciones militares norteamericanas en el Pacífico, su matrimonio con una mujer rusa y su repatriación en junio de 1962.

Durante la estancia de Oswald en la Unión Soviética, «la CIA no disponía de ninguna fuente en condiciones de informar de sus actividades o de lo que la KGB podía estar haciendo con él»,[5] escribiría Whitten en un informe interno. Pero «se sospechaba que Oswald y todos los demás disidentes similares estaban en manos de la KGB. Estábamos seguros de que todos aquellos disidentes serían interrogados por la KGB, estarían rodeados de informadores de la KGB dondequiera que se instalaran en la Unión Soviética, e incluso posiblemente serían reclutados más tarde por la KGB para alguna misión en el extranjero».

Whitten era consciente de que el hombre que había disparado al presidente Kennedy podía ser un agente comunista. De modo que cogió el teléfono y le pidió a Helms que ordenara la inmediata revisión de todas las cintas y transcripciones de la Operación Enviado que hubiera en Ciudad de México. El jefe de base de la CIA, Win Scott, llamó de inmediato al presidente mexicano, cuya policía secreta estuvo trabajando durante toda la noche con los escuchas de la CIA en busca del menor indicio de la voz de Oswald.

Mientras McCone volvía al cuartel general de la CIA, se corrió la noticia del expediente de Oswald. Y a continuación siguieron seis horas de frenéticas conferencias, la última de las cuales se celebró a las once y media de la noche. Cuando McCone se enteró de que la CIA conocía de antemano el viaje de Oswald a la embajada soviética en Ciudad de México, se enfureció con sus colaboradores, airado por el modo en que funcionaba la agencia.[6]

La investigación interna de la CIA tomó forma el sábado por la mañana, 23 de noviembre. Helms se reunió con los barones de la agencia, incluido James Angleton, jefe de contraespionaje desde 1954, que esperaba que se le asignara el caso Oswald. Sin embargo, y para indignación suya, fue a John Whitten a quien Helms asignó el caso.

Whitten era un hombre que sabía cómo desentrañar una conspiración. Hábil interrogador de prisioneros de guerra durante la Segunda Guerra Mundial, se había incorporado a la CIA en 1947 y había sido el primero en utilizar el polígrafo en la agencia. A comienzos de la década de 1950, utilizó el detector de mentiras en cientos de investigaciones de agentes dobles, detectores falsos y falsificaciones de información de inteligencia en Alemania. Había descubierto algunos de los mayores engaños de los que la agencia había sido víctima, incluido el trabajo de un estafador que vendió a la base de Viena un falso libro de códigos de comunicaciones soviético. Otro de los casos que descubrió estaba relacionado con un agente al que Angleton había dirigido en Italia y al que había mandado a enfrentarse a cinco servicios de inteligencia extranjeros distintos. El agente resultó ser un fraude y un mentiroso patológico; había revelado alegremente a los cinco servicios de inteligencia que trabajaba para la

CIA, y los cinco se habían apresurado a convertirle en agente doble para infiltrarse en la agencia. Pero no fue esa la única operación fallida de Angleton que reveló Whitten. En todos los casos, Helms le dijo a este que fuera al despacho de Angleton, siempre oscuro y lleno de humo, y se enfrentara a él.

«Yo solía entrar llevando mi póliza de seguro en la mano, y tras notificar a mi pariente más próximo», diría Whitten. Los enfrentamientos creaban «agrios sentimientos, los más agrios sentimientos» entre los dos hombres.[7] Desde el momento en que se asignó a Whitten el caso Oswald, Angleton se propuso sabotearle.

A media mañana del 23 de noviembre, en el cuartel general de la CIA se supo que Oswald había visitado tanto la embajada cubana como la soviética en repetidas ocasiones a finales de septiembre y durante el mes de octubre, con la intención de desplazarse lo antes posible a Cuba y permanecer allí hasta que llegara su visado soviético. «El hecho de que hubiera estado en las embajadas cubana y soviética en Ciudad de México obviamente constituía una parte importante de las impresiones iniciales que uno tenía», diría Helms.[8] Poco después de mediodía, McCone regresó apresuradamente al centro de la ciudad y le dio la noticia de la conexión cubana al presidente Johnson, interrumpiendo una larga charla entre este y Dwight Eisenhower, que estaba advirtiendo al nuevo presidente del poder que ejercía Robert Kennedy sobre las operaciones encubiertas.[9]

A las 13.35, el presidente Johnson llamó a un viejo amigo, un traficante de influencias de Wall Street llamado Edwin Weisl, a quien confesó: «Todo esto de … este asesino … puede que tenga muchas más complicaciones de lo que sabes … puede calar más hondo de lo que crees».[10] Aquella tarde, el embajador estadounidense en México, Tom Mann, oriundo de Texas y estrecho confidente de Johnson, manifestó sus propias sospechas de que Castro estuviera detrás del asesinato.

El domingo 24 de noviembre, por la mañana, McCone volvió a la Casa Blanca, donde se reunía el cortejo fúnebre que acompañaría el ataúd de John Kennedy a la capilla ardiente en el Capitolio. McCone informó a Lyndon Johnson con mayor detalle sobre algunas de las

operaciones de la CIA para derrocar al gobierno cubano, pero Johnson seguía sin tener ni idea de que Estados Unidos había estado tratando de matar a Castro durante la mayor parte de los últimos tres años. De hecho, muy pocas personas lo sabían. Una de ellas era Allen Dulles, otra era Richard Helms, una tercera era Bobby Kennedy, y muy probablemente una cuarta era el propio Fidel Castro.

Aquel mismo día, la base de la CIA en Ciudad de México determinó sin ninguna duda que Oswald había hecho su solicitud de visado a los agentes de la inteligencia soviética el 28 de septiembre. Había hablado personalmente con un hombre llamado Valeri Kostilov, del que se creía que era miembro del Departamento 13 de la KGB, el departamento responsable de los asesinatos.[11]

La base de la CIA envió al cuartel general una lista de todos los extranjeros de los que sospechaba que habían establecido contacto con los agentes de la inteligencia soviética en Ciudad de México.[12] Uno de ellos era Rolando Cubela, el agente cubano de la CIA en el último complot para asesinar a Castro. Solo dos días antes, a la hora de la muerte del presidente Kennedy, el enlace de Cubela con la agencia, Néstor Sánchez, le había dado al cubano una pluma que llevaba camuflada una jeringuilla hipodérmica llena de veneno. El informe de la base de Ciudad de México planteaba una angustiosa cuestión: ¿era Cubela un doble agente de Fidel?

El cortejo hacia el Capitolio estaba a punto de salir de la Casa Blanca cuando Lee Harvey Oswald fue asesinado ante las cámaras de la televisión en el cuartel de la policía de Dallas. El presidente ordenó que la CIA le entregara de inmediato todo lo que tuviera de Oswald. Whitten preparó un resumen de todo y se lo entregó a Helms, que al cabo de unas horas se lo hizo llegar al presidente. El propio informe se había perdido o había sido destruido. Pero lo que decía básicamente, según explicó Whitten, era que la CIA no tenía pruebas fehacientes de que Oswald fuera un agente de Moscú o de La Habana, aunque podría serlo.

«Andábamos con mucho tiento»

John McCone le entregó un informe de inteligencia oficial al nuevo presidente de Estados Unidos el martes 26 de noviembre. «El presidente señaló con considerable desdén el hecho de que ciertas personas del Departamento de Justicia le habían sugerido el sábado que debería realizarse una investigación independiente del asesinato del presidente —escribiría McCone en su memorando oficial diario—. El presidente Johnson rechazó la idea.»

Setenta y dos horas después, y en contra de lo que le decía su instinto, Johnson cambió de idea. El 29 de noviembre logró convencer al reacio presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren, de que dirigiera la investigación. Luego se dedicó a elegir al resto de los miembros de la que sería la Comisión Warren en una furiosa ronda de llamadas telefónicas de cinco horas de duración. Siguiendo la recomendación de Bobby Kennedy, el presidente telefoneó a Allen Dulles a su casa, que se mostró tan asombrado como confundido. «¿Ha considerado el efecto de mi anterior trabajo y mi anterior puesto?», le preguntó Dulles. Johnson se apresuró a tranquilizarle diciéndole que sí lo había hecho, y colgó. Dulles llamó inmediatamente a James Angleton.[13]

Fuera era ya de noche, y el presidente se apresuraba a reunir a la comisión antes del cierre de los periódicos vespertinos. Echó un vistazo a la lista de los elegidos. Johnson insistía en que la discreción era la clave: «No podemos tener a la Cámara, al Senado, al FBI o a otras personas yendo por ahí testificando que Jruschov mató a Kennedy, o que le mató Castro». Asimismo, recalcó al representante Gerald R. Ford que quería hombres que supieran cómo funcionaba la CIA. Su llamada más importante se produjo justo antes de las nueve de la noche. El apreciado mentor de Johnson y el hombre que más estrechamente vigilaba a la CIA en el Congreso, el senador Richard Russell, hablaba al otro extremo de la línea desde Winder, Georgia. Aunque Johnson ya había dado su nombre a las agencias de prensa como miembro de la Comisión Warren, Russell trató de hacerle cambiar de opinión.

«Convénzase de una puñetera vez de que debe hacerlo, se lo digo yo —insistió el presidente—. Prestará su nombre porque usted es el jefe

del comité de la CIA.» Johnson le repitió que no podía producirse ningún comentario que relacionara a Jruschov con la muerte de Kennedy.

«Bueno, no creo que lo hiciera directamente», le dijo el senador Russell, pero «no me sorprendería que Castro tuviera algo que ver en ello».

La creación de la Comisión Warren planteaba un dilema moral fundamental para Richard Helms. «Helms era consciente de que revelar los complots de asesinato daría una pobre imagen de la agencia y daría una pobre imagen de él mismo, y de que podría resultar incluso que los cubanos hubieran perpetrado el asesinato en represalia por nuestras operaciones para asesinar a Castro. Eso tendría un efecto desastroso en él y en la agencia», declararía John Whitten. [14]

Helms lo sabía demasiado bien. «Andábamos con mucho tiento —diría en una declaración secreta quince años después—. En aquel momento estábamos muy preocupados con respecto a lo que nos podríamos encontrar ... Acusar a un gobierno extranjero de haber sido el responsable de ese acto es rasgar el velo de la forma más desagradable posible.»[15]

La cuestión de la revelación de los complots contra Castro creaba asimismo una carga imposible de sobrellevar para Bobby Kennedy, que de momento guardaba silencio.

El presidente había ordenado al FBI que investigara el asesinato del presidente, había mandado a la CIA que cooperara plenamente, y les había dicho a ambas organizaciones que informaran de sus descubrimientos a la Comisión Warren, que dependía de ellas para disponer de los datos del caso. Pero sus malas prácticas tenían raíces muy profundas.

A comienzos de 1962, la CIA, el FBI, el Pentágono, el Departamento de Estado y el Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos disponían todos ellos de expedientes sobre Oswald. En agosto de 1963, en Nueva Orleans, Oswald había tenido una serie de enfrentamientos con diversos integrantes de la Dirección de Estudiantes Cubanos, un grupo anticastrista financiado por la CIA,

cuyos miembros informaron a su agente de enlace de que sospechaban que Oswald trataba de infiltrarse en sus filas. En octubre de 1963, el FBI lo tenía por un posible marxista desquiciado que respaldaba la revolución cubana, que era capaz de actuar con violencia y que recientemente había estado en contacto con agentes de la inteligencia soviética. El 30 de octubre, la oficina se enteró de que estaba trabajando en Dallas, en el Almacén de Libros Escolares de Texas.

En resumen: un airado disidente que admiraba a Castro, de quien la CIA tenía razones para creer que se le podría haber reclutado como agente comunista, y que buscaba urgentemente un modo de regresar a Moscú a través de La Habana, estaba vigilando la ruta que iba a recorrer la caravana del presidente en Dallas.

La CIA y el FBI jamás compararon sus notas, y el FBI jamás estuvo cerca de seguirle la pista. Aquello fue un preludio de la que sería su actuación en las semanas anteriores al 11 de septiembre de 2001; un caso de «flagrante incompetencia», según declararía J. Edgar Hoover en un memorando redactado el 10 de diciembre de 1963 y que se mantendría en secreto hasta finales del siglo XX.[16]

Cartha DeLoach, el subdirector del FBI, instó a Hoover a no sancionar a sus agentes por incumplimiento del deber, por temor a que ello pudiera interpretarse como «un reconocimiento directo de que somos responsables de una negligencia que podría haber resultado en el asesinato del presidente». Sin embargo, Hoover sí castigó a diecisiete de sus hombres. «Fallamos a la hora de llevar a cabo algunos de los aspectos más sobresalientes de la investigación sobre Oswald —escribiría Hoover en octubre de 1964—. Eso debería haber sido una lección para todos nosotros, pero dudo de que alguien se dé cuenta siquiera hoy.»

Los miembros de la Comisión Warren no sabían nada de todo eso. Como pronto descubrió John Whitten, la CIA ocultó también a la comisión muchas cosas que sabía que eran ciertas.

Whitten hubo de hacer un terrible esfuerzo para diferenciar los hechos de la avalancha de falsedades que le inundaban procedentes de las bases extranjeras de la CIA. «Docenas de personas afirmaban que habían visto a Oswald aquí, allá y acullá en toda clase de

circunstancias conspiradoras, desde el polo Norte hasta el Congo», recordaría más tarde.[17] Miles de pistas falsas metieron a la CIA en un auténtico laberinto. Para diferenciar los hechos relevantes del caso, Whitten dependía de la información que el FBI compartiera con él. Pero hubieron de pasar dos semanas antes de que se le permitiera leer el informe de investigación preliminar del FBI sobre Oswald, en diciembre de 1963. «Por primera vez —declararía años después—, me enteré de un montón de hechos vitales sobre los antecedentes de Oswald que aparentemente el FBI había averiguado por medio de la investigación y no me había comunicado.»

Era habitual que el FBI no compartiera información con la CIA. Pero el presidente les había ordenado que cooperaran. El único hombre responsable del enlace de la CIA con el FBI era Jim Angleton, y este «jamás me habló de sus conversaciones con el FBI o de la información que había obtenido del FBI en aquellas reuniones», diría Whitten. Incapaz de influir en el curso inicial de la investigación, Angleton había engañado a Whitten, denunciando su trabajo y condenando al fracaso sus esfuerzos por desentrañar los hechos del caso.

Helms y Angleton acordaron no decir nada a la Comisión Warren y a los propios investigadores de la CIA sobre los complots para matar a Castro. Aquel era «un acto moralmente reprensible», según testificaría Whitten quince años después. «Helms se guardó la información porque le habría costado el puesto.» Su conocimiento habría representado «un factor absolutamente vital a la hora de analizar los acontecimientos que rodearon al asesinato de Kennedy», diría Whitten. De haberlo sabido, «nuestra investigación del asesinato de Kennedy habría sido muy distinta de lo que fue».

Las conversaciones clandestinas de Angleton con Allen Dulles controlaban el flujo de información que salía de la CIA. Posiblemente las decisiones que tomaron él y Helms configuraran las conclusiones de la Comisión Warren. Pero Angleton declaró que la comisión no podría haber interpretado la trascendencia de las conexiones soviéticas y cubanas de la forma en que lo hicieron él y su reducido equipo.

«Nosotros lo veíamos más claramente —diría—. Estábamos más

fuertemente implicados … Teníamos más experiencia en el Departamento 13 y en toda una historia de treinta años de sabotajes y asesinatos soviéticos. Conocíamos los casos y conocíamos el modus operandi.»[18] Y añadía que no tenía objeto divulgar secretos que estaban mejor guardados en sus manos.

Su conducta, que representaba una clara obstrucción a la justicia, solo tenía una defensa: Angleton creía que Moscú había enviado a un agente doble para ocultar su papel en el asesinato de Kennedy.

«Las consecuencias … habrían sido catastróficas»

Su sospechoso era Yuri Nosenko, que había entrado en Estados Unidos como desertor de la KGB en febrero de 1964, justo cuando Angleton se hacía cargo de la investigación de la CIA. Nosenko era un niño mimado de la élite soviética; su padre era ministro de Astilleros y miembro del comité central del Partido Comunista, y a su muerte sería enterrado en los muros del Kremlin. Yuri se incorporó a la KGB en 1953, a los veinticinco años de edad. En 1958 trabajaba en la sección de la organización encargada de vigilar a los viajeros estadounidenses y británicos que entraban en la Unión Soviética. Transferido luego al departamento norteamericano, en 1961 y 1962 espió en la embajada de Estados Unidos, y luego se convirtió en el subjefe del departamento de turistas.

El estatus de su padre le protegió de sus muchos tropiezos, todos ellos creados por su afición al vodka, hasta que en junio de 1962 viajó a Ginebra como agente de seguridad de la delegación soviética que participaba en una conferencia de dieciocho países sobre el desarme. La primera noche se emborrachó considerablemente, y al despertarse, a la mañana siguiente, descubrió que una prostituta le había robado alrededor de 900 dólares en francos suizos. Las restricciones que imponía la KGB con respecto al manejo inadecuado de sus fondos eran bastante severas.

Nosenko creía que había identificado —aunque se equivocaba— a un miembro de la delegación diplomática estadounidense llamado

David Mark como agente de la CIA; de modo que fue a buscarle. Mark había llegado a Moscú cinco años antes como agregado político y económico de la embajada estadounidense. Aunque jamás fue un espía, sí había hecho pequeños favores a la CIA, y los soviéticos le habían declarado públicamente persona non grata. Ello, no obstante, no perjudicó a su carrera, ya que más tarde se convertiría él mismo en embajador y en el número dos de la sección de inteligencia del Departamento de Estado estadounidense.

Al final de una reunión vespertina sobre el tratado de prohibición de pruebas nucleares —según recordaría Mark—, Nosenko se acercó a él y le dijo, en ruso: «Me gustaría hablar con usted ... Pero no quiero hablar aquí. Quiero que comamos juntos».[19] La intención era obvia. Mark pensó en un restaurante en las afueras de la ciudad, y quedaron al día siguiente. «Obviamente, de inmediato hablé de ello a la gente de la CIA, y ellos me dijeron: "¡Dios!, ¿por qué has elegido ese restaurante? ¡Ahí es donde van todos los espías!".» De modo que el norteamericano y el ruso compartieron el pan estrechamente vigilados por dos agentes de la CIA.

Nosenko le habló a Mark de la prostituta y del dinero robado. «Tengo que arreglarlo —recordaría Mark que le dijo—. De modo que le voy a dar cierta información que resultará muy interesante para la CIA, y lo único que quiero es mi dinero.» Mark le advirtió: «Pero dese cuenta de que va a cometer traición». Sin embargo, el ruso estaba decidido. Así pues, acordaron otro encuentro para el día siguiente en Ginebra. Dos agentes de la CIA salieron a toda prisa hacia la ciudad suiza para dirigir el interrogatorio. Uno de ellos era Tennent Bagley, un agente de la división soviética de la agencia destacado en Berna, que hablaba un poco de ruso. El otro era George Kisevalter, principal responsable del manejo de los espías rusos en la CIA, que viajó directamente desde el cuartel general.

Nosenko llegó borracho a su primera reunión. «Muy borracho», diría él mismo muchos años después. La CIA le grabó durante mucho rato, pero la grabadora no funcionaba bien. Aunque luego Bagley trató de completar la grabación basándose en la memoria de Kisevalter, hubo muchos trozos que se perdieron.[20]

Bagley cablegrafió al cuartel general el 11 de junio de 1962, diciendo que Nosenko había «probado completamente su buena fe», había «proporcionado información de importancia» y se había mostrado absolutamente cooperador. Pero a lo largo de los dieciocho meses siguientes Angleton logró convencer a Bagley de que había sido engañado; así que este, antaño el más ferviente defensor de Nosenko, pasó a convertirse en su más encarnizado antagonista.

Nosenko había aceptado espiar para la CIA en Moscú. A finales de febrero de 1964 volvió a Ginebra con la delegación soviética de desarme y se reunió con sus contactos de la agencia. El 3 de febrero, el mismo día en que la Comisión Warren escuchaba a su primer testigo, les dijo a los estadounidenses que quería desertar de inmediato. Explicó también que había tenido en sus manos el expediente sobre Oswald de la KGB, y no había nada en él que implicara a la Unión Soviética en el asesinato de Kennedy.

Angleton estaba seguro de que mentía. Su opinión tendría consecuencias catastróficas.

Nosenko proporcionó un aluvión de secretos. Pero Angleton había decidido ya que formaba parte de un complot maestro soviético. Creía que la KGB hacía tiempo que se había infiltrado en los más altos niveles de la CIA. ¿Qué otra cosa, si no, podía explicar la larga lista de operaciones reventadas en Albania y Ucrania, en Polonia y en Corea, en Cuba y en Vietnam? Quizá Moscú estaba al tanto de todas las operaciones de la CIA contra los soviéticos, o tal vez incluso las controlara. Acaso Nosenko había sido enviado para que protegiera al topo que tenían en la CIA. El único disidente al que Angleton apoyó jamás —Anatoli Golitsin, certificado por los psiquiatras de la CIA como clínicamente paranoide— vino a confirmar y a reforzar con mayor intensidad sus más profundos temores.

El principal deber de Angleton como jefe del contraespionaje era el de proteger a la CIA y sus agentes contra sus enemigos. Pero bajo su supervisión muchas cosas habían ido mal.[21] En 1959, el mayor Piotr Popov, el primer espía de la CIA de cierta relevancia dentro de la Unión Soviética, había sido arrestado y ejecutado por la KGB. George Blake, el espía británico que trabajaba para Moscú y que reveló lo del

túnel de Berlín antes de que este se empezara a excavar siquiera, había sido descubierto en la primavera de 1961, lo que llevó a pensar a la CIA que los soviéticos habían estado utilizando el túnel para desinformarles. Seis meses después se descubrió que Heinz Felfe, el homólogo de Angleton en Alemania Occidental, era un espía soviético, y ello cuando esta había infligido ya graves perjuicios a las operaciones de la agencia en Alemania y Europa del Este. Un año después, los rusos arrestaron al coronel Oleg Penkovski, el héroe secreto de las crisis de los misiles cubanos. Fue ejecutado en la primavera de 1962.

Luego ocurrió lo de Kim Philby. En enero de 1963, el principal maestro de Angleton en cuestiones de contraespionaje, además de viejo confidente suyo y compañero de borracheras, huyó a Moscú. Se descubrió públicamente que se trataba de un espía soviético que había trabajado en los más altos niveles de la inteligencia británica. Pero Philby había sido sospechoso durante doce años. Cuando estuvo por primera vez bajo sospecha, Walter Bedell Smith pidió informes sobre todos los que habían estado en contacto con él. Bill Harvey afirmó categóricamente que Philby era un agente soviético; Jim Angleton afirmó categóricamente que no lo era.

En la primavera de 1964, tras varios años de aplastantes fracasos, Angleton trató de buscar la redención. Creía que si la CIA lograba doblegar a Nosenko, podría revelarse el complot maestro y resolverse el asesinato de Kennedy.

Helms delimitó muy bien el problema en una declaración ante el Congreso estadounidense que sería desclasificada en 1998:

> SEÑOR HELMS: Si la información que Nosenko había proporcionado sobre Oswald era cierta, entonces llevaba a una determinada conclusión sobre Oswald y su relación con las autoridades soviéticas. Si era incorrecta, si informaba al gobierno de Estados Unidos siguiendo instrucciones del servicio soviético, entonces habría llevado a una conclusión completamente distinta … Si se establecía más allá de toda duda que había estado mintiendo y, en consecuencia, pues, Oswald era un agente de la KGB, yo habría pensado que las consecuencias de ello —no para la CIA o el FBI, sino para el presidente de Estados Unidos y el Congreso de Estados Unidos— habrían sido catastróficas.
>
> PREGUNTA: ¿Puede ser más concreto?
>
> SEÑOR HELMS: Sí, puedo serlo. En otras palabras: el gobierno soviético ordenó que se asesinara al presidente Kennedy.

Así estaban las cosas. En abril de 1964, con la aprobación del fiscal general Robert F. Kennedy, la CIA encerró a Nosenko en régimen de incomunicación, primero en un piso franco de la agencia y luego en Camp Peary, el campo de entrenamiento de la CIA en las afueras de Williamsburg, Virginia.[22] Bajo la custodia de la división soviética de la agencia, Nosenko recibió el mismo trato que recibían sus compatriotas rusos en el gulag: escasas comidas a base de té aguado y gachas, una sola bombilla desnuda que estaba encendida las veinticuatro horas del día y ningún contacto humano. «No tenía suficiente comida y estaba hambriento todo el día —diría Nosenko en una declaración desclasificada en 2001—. No tenía contacto con nadie con quien poder hablar. No podía leer. No podía fumar. Ni siquiera podía tener aire fresco.»

Su testimonio resulta extraordinariamente parecido a los de los prisioneros que haría la CIA a partir de septiembre de 2001: «Los guardias me llevaron en coche, vendado y esposado; me condujeron a un aeropuerto y allí me metieron en un avión —decía—. Luego me llevaron a otro sitio donde me metieron en una habitación de hormigón con barrotes en la puerta. En la habitación solo había una cama de acero con un colchón». Nosenko fue objeto de intimidación psíquica y de privaciones físicas durante otros tres años. Una cinta de audio de un interrogatorio hostil realizado por Tennent Bagley en la celda de la CIA se conservó en los archivos de la agencia. Allí se escucha el bajo continuo de las súplicas de Nosenko en ruso: «¡Por mi alma ... por mi alma ... les suplico que me crean!»; mientras la voz aguda de Bagley le grita en inglés: «¡Gilipolleces! ¡Gilipolleces! ¡Gilipolleces!». Por su trabajo, Bagley fue ascendido a subjefe de la división soviética de la agencia y premiado por Richard Helms con la Medalla de Servicios Distinguidos en Inteligencia.

A finales del verano de 1964, la tarea de hablarle a la Comisión Warren de Nosenko recayó en Helms. Era un asunto terriblemente delicado. Días antes de que la comisión concluyera su trabajo, Helms le dijo al presidente del Tribunal Supremo que la CIA no podía aceptar las protestas de Moscú proclamando su inocencia en el asesinato de Kennedy, pero Earl Warren no se sintió especialmente complacido por

aquel acontecimiento de última hora. El informe final de la comisión no mencionaba en absoluto la existencia de Nosenko.

El propio Helms llegó a temer las consecuencias del encarcelamiento de Nosenko. «Reconocía que no podíamos mantenerle en el infame confinamiento en que le teníamos, contraviniendo las leyes de Estados Unidos —diría—. Dios sabe lo que ocurriría si hoy se produjera una situación comparable, ya que las leyes no han cambiado, y no sé qué se haría con las personas como Nosenko. Nosotros en aquel momento pedimos consejo al Departamento de Justicia. Estaba claro que lo reteníamos violando la ley, pero ¿qué íbamos a hacer con él? Si lo liberábamos, al cabo de un año nos habrían dicho: "Bueno, tíos, tendríais que haber tenido un poco más de cabeza. Él era la clave para averiguar quién mató al presidente Kennedy".»[23]

La CIA envió a otro equipo de interrogadores a sonsacar a Nosenko. Y estos llegaron a la conclusión de que había estado diciendo la verdad. Finalmente, cinco años después de su deserción, lo liberaron, le dieron 80.000 dólares y una nueva identidad, y lo pusieron a sueldo de la CIA.

Pero Angleton y su círculo jamás dieron el caso por cerrado. Su búsqueda del traidor en las filas de la CIA desgarró la división soviética de la agencia. La caza del topo se inició persiguiendo a todos los agentes con apellidos eslavos, y luego ascendió por la cadena de mando hasta el jefe de la división soviética. Debido a ello, paralizó las operaciones rusas de la agencia durante toda una década, hasta bien entrada la de 1970.

Durante veinticinco años, tras la deserción de Nosenko, la CIA luchó por escribir el último capítulo de su historia. En total, llevó a cabo siete grandes estudios del caso.[24] Nosenko fue condenado, exonerado y vuelto a acusar hasta que se impuso un juicio definitivo por parte de un hombre de la CIA, Rich Heuer, al final de la guerra fría. Heuer había empezado creyendo firmemente en la teoría del complot maestro. Pero luego había considerado también el valor de lo que Nosenko había proporcionado a Estados Unidos. El espía ruso había identificado directamente, o dado pistas que habían conducido a

la identificación de 200 extranjeros y 238 norteamericanos en quienes la KGB había mostrado interés. Había señalado a unos trescientos agentes y contactos extranjeros de la inteligencia soviética, y a unos dos mil hombres de la KGB. Había informado de la existencia de 52 micrófonos ocultos que los soviéticos habían colocado en la embajada estadounidense en Moscú. Y había ampliado los conocimientos de la CIA acerca de cómo los rusos trataban de chantajear a diplomáticos y periodistas extranjeros. Para creer en la teoría del complot maestro, hacía falta aceptar cuatro cosas a pie juntillas: la primera, que Moscú estaba dispuesto a intercambiar toda aquella información para proteger a un topo; la segunda, que todos aquellos desertores comunistas eran señuelos; la tercera, que el inmenso aparato de la inteligencia soviética existía únicamente para engañar a Estados Unidos, y la cuarta, que tras el asesinato de Kennedy existía una impenetrable conspiración comunista.

Para Richard Helms, el caso seguía siendo un libro abierto. Hasta el día en que los servicios de inteligencia soviéticos y cubanos no entregaran sus informes, no podría enterrarse el caso. O bien el asesinato de John Kennedy era la obra de un desquiciado armado con un rifle barato y una mira telescópica de siete dólares, o bien la verdad resultaba mucho más terrible. Como diría Lyndon Johnson hacia el final de su mandato: «Kennedy trataba de atrapar a Castro, pero Castro le atrapó a él primero».

19

«Una ominosa desviación»

Las operaciones encubiertas de los Kennedy atormentarían a Lyndon Johnson durante toda su vida. El presidente diría una y otra vez que lo de Dallas había sido un castigo divino por lo de Diem. «Entre todos nos dedicamos a juntar a un maldito puñado de matones, y luego vamos y le asesinamos», se lamentaría.[1] Durante su primer año de mandato, en Saigón se acumuló un golpe tras otro, una misteriosa insurgencia empezó a matar estadounidenses en Vietnam, y su temor de que la CIA fuera un instrumento de asesinato político aumentó y se acentuó todavía más.

Ahora sabía que Bobby Kennedy ejercía una gran autoridad sobre las operaciones encubiertas, y además lo veía como un rival declarado para la presidencia. En una reunión con John McCone, celebrada en el Despacho Oval el 13 de diciembre de 1963, Johnson le preguntó abiertamente si Kennedy pensaba dejar el gobierno. McCone le respondió que «el fiscal general pretendía seguir siendo fiscal general, pero no estaba claro hasta qué punto el presidente deseaba que se involucrara en el trabajo de la inteligencia, los problemas del NSC o los asuntos de la contrainsurgencia».[2] La reacción pronto se hizo evidente; los días de Bobby como voz cantante del servicio clandestino habían terminado. Se marcharía siete meses después.

El 28 de diciembre, McCone viajó al rancho de Johnson en Texas para desayunar con el presidente e informarle brevemente de su reciente viaje a Saigón. «El presidente expresó de inmediato su deseo de “cambiar la imagen de la CIA” alejándola del estereotipo de las intrigas palaciegas», recordaría McCone.[3] El director no podría haber estado más de acuerdo. Para McCone, la única tarea legal de la agencia era la de recabar, analizar y proporcionar información de inteligencia, y no la de organizar conspiraciones para derrocar a

gobiernos extranjeros. Johnson le dijo que «estaba cansado de la situación que se había creado, en la cual, cada vez que se mencionaba mi nombre o el de la CIA, se relacionaba con algún trapo sucio».

Pero Lyndon Johnson permaneció despierto aquella noche, tratando de decidir si ir a por todas en Vietnam o dejarlo correr. Sin el apoyo estadounidense, Saigón caería. No quería tener que enredarse allí con miles de soldados norteamericanos; pero tampoco podía dar la imagen de una retirada. El único camino entre la guerra y la diplomacia era la acción encubierta.

«QUE NADIE PUEDA DIRIGIR EL ASUNTO DE LA INTELIGENCIA»

A comienzos de 1964, McCone y su nuevo jefe de base en Saigón, Peer de Silva, no tenían más que malas noticias para el presidente. McCone estaba «extremadamente preocupado por la situación».[4] Creía que los datos de la inteligencia «en base a los que calibramos la tendencia de la guerra estaban tremendamente equivocados». Advirtió a la Casa Blanca y al Congreso de que «el Vietcong está recibiendo un importante apoyo de Vietnam del Norte y posiblemente de otras partes, y dicho apoyo puede incrementarse. Detenerlo bloqueando las fronteras, las extensas vías fluviales y las largas costas resulta difícil, si no imposible. El atractivo del Vietcong para la gente de Vietnam del Sur en términos políticos ha resultado eficaz, ha hecho ganar reclutas a sus fuerzas armadas y ha neutralizado la resistencia».

El Proyecto Tigre, el programa paramilitar desarrollado durante dos años por la base de Saigón contra Vietnam del Norte, había acabado en muerte y traición. Ahora el Pentágono se proponía empezar de nuevo, en colaboración con la CIA. Su Plan de Operaciones 34A consistía en una serie de operaciones encubiertas, que habían de desarrollarse a lo largo de un año, y con las que se pretendía convencer a Hanoi de que renunciara a su insurgencia en Vietnam del Sur y en Laos. La principal medida era otro conjunto de operaciones aéreas para lanzar equipos de inteligencia y comandos sobre el territorio norvietnamita, acompañado de ataques marítimos a lo largo

de toda la costa. Las incursiones las llevarían a cabo soldados de las fuerzas especiales survietnamitas, apoyados por comandos nacionalistas chinos y surcoreanos, todos ellos entrenados por la CIA. McCone no confiaba en que los ataques hicieran cambiar de opinión a Ho Chi Minh. «Habría que informar al presidente de que esta no es precisamente la mejor idea desde que se inventara la mantequilla de cacahuete», advirtió.[5]

Siguiendo órdenes, la agencia cedió su red de paramilitares asiáticos al Grupo de Operaciones Especiales del Pentágono en Vietnam. Helms advirtió de aquella «ominosa desviación» que estaba alejando a la CIA del espionaje para acercarla al papel del personal de apoyo militar convencional. El director ejecutivo de la agencia, Lyman Kirkpatrick, presagiaba «la fragmentación y destrucción de la CIA, con un servicio clandestino engullido por la Junta de Jefes del Estado Mayor». Sus temores se revelarían proféticos.

En marzo de 1964, Johnson envió a McCone y McNamara de regreso a Saigón. El director regresó para decirle al presidente que la guerra no estaba yendo bien. «El señor McNamara daba una visión muy optimista, diciendo que las cosas iban muy bien —diría McCone en un historial oral para la biblioteca presidencial de Johnson—. Yo tenía que adoptar la postura de que, mientras la Pista Ho Chi Minh estuviera abierta y pudieran entrar ininterrumpidamente abastecimientos y convoyes de personas, no podíamos decir que las cosas fueran tan bien.»

Aquel fue el principio del fin de la carrera de John McCone como director de la central de inteligencia. Lyndon Johnson cerró la puerta del Despacho Oval. La comunicación entre la CIA y el presidente de Estados Unidos se limitó a un informe por escrito sobre los acontecimientos del mundo redactado dos veces por semana y que el presidente leía en su tiempo libre, eso cuando le apetecía hacerlo. El 22 de abril, McCone le dijo a Bundy que estaba «sumamente insatisfecho por el hecho de que el presidente Johnson no reciba informes de inteligencia directamente de mí como era costumbre con el presidente Kennedy y lo había sido con Eisenhower».[6] Una semana después, McCone le dijo a Johnson que «últimamente no le

veía mucho, y eso me preocupaba». De modo que en el mes de mayo, Johnson y McCone jugaron juntos ocho hoyos de golf en el club de campo de Burning Tree. Pero no mantuvieron una conversación importante hasta octubre. El presidente llevaba ya once meses en el cargo cuando le preguntó a McCone por primera vez qué tamaño tenía la CIA, cuánto costaba y exactamente para qué podía servirle. El consejo del director raramente se escuchaba y raramente se tenía en cuenta. Sin la atención del presidente, este carecía de poder; y al carecer de poder, la CIA empezó a derivar hacia el peligroso trayecto de mediados de la década de 1960.

Las diferencias entre McCone y McNamara con respecto a Vietnam revelaban una fisura política aún más profunda. Según la ley, el director de la central de inteligencia era el presidente de la junta directiva de todas las agencias de inteligencia estadounidenses. Pero el Pentágono había luchado durante dos décadas para lograr que el director no fuera más que el segundo violín en aquella discordante banda que ahora la gente había dado en llamar «la comunidad de la inteligencia». Durante seis años, los asesores de la junta de inteligencia presidencial habían sugerido que el director de la central de inteligencia debería encargarse de la dirección de aquella comunidad y dejar en manos de un subdirector la gestión de la CIA. Allen Dulles había rechazado rotundamente la idea y se negaba a prestar atención a otra cosa que no fuera la acción encubierta. McCone seguía diciendo que quería deshacerse de todo lo que oliera a intrigas palaciegas. Pero en 1964 el servicio clandestino de la CIA consumía cerca de las dos terceras partes del presupuesto de la agencia y el 90 por ciento del tiempo de McCone. Este quería reafirmar su poder estatutario sobre la inteligencia estadounidense. Para ello necesitaba una autoridad equiparable a su responsabilidad. Pero jamás se le otorgó, y el Pentágono le obstaculizaba a cada paso.

Durante la última década se habían desarrollado tres grandes secciones en la inteligencia estadounidense, y las tres quedaban oficialmente bajo el mando del director. Pero ese poder existía solo sobre el papel. Se suponía que el director supervisaba la Agencia de Seguridad Nacional (National Security Agency, NSA), el cada vez más

gigantesco brazo de la inteligencia estadounidense especializado en las escuchas electrónicas globales. La NSA había sido creada por Truman en 1952, a instancias de Walter Bedell Smith, tras las demoledoras sorpresas de la guerra de Corea. Pero era el secretario de Defensa quien gestionaba su dinero y su poder. McNamara controlaba también la nueva Agencia de Inteligencia de la Defensa, que había creado después de lo de la bahía de Cochinos con la intención de coordinar la avalancha de información proporcionada por el ejército, la marina, la fuerza aérea y el cuerpo de marines.[7] Luego estaba la Oficina de Reconocimiento Nacional (National Reconnaissance Office, NRO), nacida en 1962 para dedicarse a la construcción de satélites espía. En la primavera de 1964, los generales de la fuerza aérea trataron de arrebatar el control del programa, al que se destinaban 1.000 millones de dólares anuales, de manos de la CIA, y aquella lucha de poder vino a fracturar la ya frágil Oficina de Reconocimiento.

«Estoy a punto de decirles al secretario de Defensa y al presidente dónde pueden meterse la NRO —bramaba McCone—. Creo que lo que tendría que hacer es llamar al presidente y decirle que se busque a un nuevo director de la central de inteligencia ... Los burócratas del Pentágono están tratando de fastidiar las cosas de modo que nadie pueda dirigir el asunto de la inteligencia.»[8]

McCone trató de dimitir aquel verano, pero Lyndon Johnson le ordenó que permaneciera en su puesto al menos hasta el día de las elecciones. La guerra de Vietnam se hallaba entonces en pleno auge, y la apariencia de lealtad resultaba de suma importancia.

«Disparando a los peces voladores»

La guerra se autorizó por medio de la Resolución del Golfo de Tonkín y se metió con calzador en el Congreso después de lo que el presidente estadounidense y el Pentágono proclamaron que había sido un ataque no provocado por parte de Vietnam del Norte a barcos estadounidenses en aguas internacionales, el 4 de agosto. La Agencia de Seguridad Nacional, que recopilaba y controlaba la información de

inteligencia sobre el ataque, insistía en que las evidencias eran irrefutables. Robert McNamara lo juraba. Y la versión oficial de la guerra de Vietnam de la marina estadounidense las califica de concluyentes.

No fue aquel un error deliberado. La guerra de Vietnam empezó con unas mentiras políticas basadas en una información de inteligencia falsificada. Si la CIA hubiera trabajado ateniéndose a sus estatutos, si McCone hubiese cumplido sus deberes según la ley y según él los veía, probablemente los informes falsos no habrían sobrevivido más de unas horas. Pero la verdad no se revelaría plenamente hasta el mes de noviembre de 2005, en una confesión minuciosamente detallada publicada por la Agencia de Seguridad Nacional.[9]

En julio de 1964, el Pentágono y la CIA determinaron que los ataques terrestres del denominado OPLAN 34A (Plan Operativo 34A), iniciados seis meses antes, no habían representado para el enemigo más que una serie de inútiles y pequeñas molestias, tal como McCone había advertido. Estados Unidos incrementó las incursiones de comandos en el mar, bajo la dirección de Tucker Gougelmann, de la CIA, un marine curtido en mil batallas que muchos años después se convertiría en el último estadounidense que moriría en la guerra de Vietnam. Para potenciar sus fuerzas, Washington incrementó la vigilancia de Vietnam del Norte. La marina había iniciado un programa de escucha de las comunicaciones codificadas del enemigo —el término técnico es «señales de inteligencia», o SIGINT («*signals intelligence*»)— en el marco de una operación que recibía el nombre clave de «Desoto». Las misiones se iniciaron dentro de unas cajas negras, del tamaño de contenedores de transporte, amarradas a la cubierta de un destructor situado frente a la costa vietnamita. Dentro de cada una de ellas había antenas y monitores que manejaban al menos una docena de agentes del Grupo de Seguridad Naval. Estos se dedicaban a escuchar todas las conversaciones militares norvietnamitas, y los datos que recogían eran descodificados y traducidos por la Agencia de Seguridad Nacional.

La Junta de Jefes del Estado Mayor envió al *Maddox*, al mando del capitán John Herrick, a cumplir una de las misiones «Desoto», con

órdenes de «estimular y registrar» las reacciones de Vietnam del Norte ante las incursiones de los comandos. Se había ordenado al *Maddox* que se mantuviera a 8 millas marinas de tierra y a 4 nudos de las islas costeras de Vietnam del Norte, en el golfo de Tonkín, dado que Estados Unidos no reconocía el límite internacional de las 12 millas en el caso de Vietnam. La última noche de julio y la primera de agosto de 1964, el *Maddox* monitorizó uno de los ataques OPLAN 34A a la isla de Hon Me, situada en el golfo de Tonkín, frente a la costa central de Vietnam del Norte. Luego registró el contraataque norvietnamita, observando la presencia de patrulleros de fabricación soviética armados con torpedos y ametralladoras concentrándose frente a la isla.

La tarde del 2 de agosto, el *Maddox* detectó que tres de los barcos se aproximaban. El capitán Herrick envió un mensaje luminoso a los comandantes de la VII Flota: en caso necesario, abriría fuego. Asimismo, pidió ayuda al destructor *Turner Joy* y a los cazas del portaaviones *Ticonderoga*. Poco después de las tres de la tarde, el *Maddox* disparó tres veces a los patrulleros norvietnamitas. Ni la Casa Blanca ni el Pentágono reconocerían que se hubieran producido tales disparos, afirmando que los comunistas habían sido los primeros en disparar. El *Maddox* todavía seguía disparando cuando cuatro jets F-8E de la marina estadounidense bombardearon los patrulleros, matando a cuatro marineros, causando graves daños a dos de los barcos y tocando también al tercero. Sus capitanes comunistas huyeron y ocultaron los barcos en las ensenadas de la costa, esperando órdenes de Haiphong. Los daños del *Maddox* se reducían a un agujero de bala de una ametralladora.

El 3 de agosto, el presidente Johnson proclamó que los patrulleros estadounidenses permanecerían en el golfo de Tonkín, y el Departamento de Estado anunció que había enviado su primera nota diplomática a Hanoi, advirtiendo de las «graves consecuencias» de «nuevas acciones militares no provocadas». A aquella misma hora se enviaba otra provocadora misión marítima OPLAN 34A con órdenes de sabotear una estación de radar situada frente a la costa norvietnamita, en la isla de Hon Matt.

A continuación, la tormentosa noche del 4 de agosto, los capitanes de los destructores estadounidenses, los comandantes de la VII Flota y sus jefes del Pentágono recibieron una alerta urgente de los operadores SIGINT situados en la costa: los tres patrulleros norvietnamitas descubiertos frente a la isla de Hon Me el 2 de agosto regresaban a ella. En Washington, Robert McNamara llamó al presidente. A las diez de la noche en el golfo de Tonkín, diez de la mañana en Washington, los destructores estadounidenses enviaron un mensaje luminoso advirtiendo de que estaban siendo atacados.[10]

Los operadores de radar y de sonar que iban a bordo del *Maddox* y del *Turner Joy* detectaron la presencia de unas manchas fantasmales en medio de la oscuridad de la noche. Sus capitanes abrieron fuego. El informe de la NSA desclasificado en 2005 describía cómo «los dos destructores giraron a toda prisa en las oscuras aguas del golfo de Tonkín, mientras el *Turner Joy* disparaba como loco trescientas ráfagas», y ambos barcos realizaban furiosas maniobras evasivas. «Fue aquel giro a toda velocidad de los barcos norteamericanos a través de las aguas el que creó todos los informes de sonar adicionales relativos a la presencia de más torpedos.» Habían estado disparando a su propia sombra.

El presidente estadounidense ordenó de inmediato un ataque aéreo contra las bases navales norvietnamitas, que debía iniciarse aquella misma noche.

En el plazo de una hora, el capitán Herrick informó: «LA ACCIÓN ENTERA SUSCITA MUCHAS DUDAS». Noventa minutos después, todas las dudas se desvanecían en Washington. La NSA le dijo al secretario de Defensa y al presidente de Estados Unidos que había interceptado un comunicado naval norvietnamita que decía: «DOS BARCOS SACRIFICADOS Y TODOS LOS DEMÁS ESTÁN BIEN».

Sin embargo, una vez iniciados los ataques aéreos estadounidenses contra Vietnam del Norte, la NSA revisó las comunicaciones interceptadas aquel día. No había nada. Todos los escuchas SIGINT de Vietnam del Sur y las Filipinas miraron de nuevo. Nada. La NSA reexaminó la comunicación interceptada que le había entregado al presidente, volvió a comprobar la traducción y la fecha y hora

registradas del mensaje original.

Tras la revisión, resultó que en realidad el mensaje decía: «HEMOS SACRIFICADO A DOS CAMARADAS PERO TODOS SON VALIENTES». El mensaje se había redactado o bien inmediatamente antes, o bien en el mismo momento en que el *Maddox* y el *Turner Joy* abrieron fuego el día 4 de agosto. No hablaba, pues, de lo que había ocurrido aquella noche, sino del primer enfrentamiento, ocurrido dos noches antes, el 2 de agosto.

La NSA ocultó este hecho trascendental. No se lo dijo a nadie. Sus analistas y lingüistas examinaron una tercera vez, y una cuarta, la fecha y hora registradas del mensaje. Todo el mundo —incluidos los que dudaban— decidió guardar silencio. Entre el 5 y el 7 de agosto, los jefes de la NSA redactaron cinco informes y sumarios distintos sobre la acción. Luego elaboraron una cronología oficial, es decir, la versión oficial de la verdad, la última palabra sobre lo que ocurrió en el golfo de Tonkín; la versión que se conservaría para las futuras generaciones de analistas de inteligencia y comandantes militares.

Y de paso, alguien de la NSA destruyó el arma del crimen, la comunicación interceptada que McNamara le había mostrado a Johnson: «McNamara había cogido el SIGINT sin revisar y le había enseñado al presidente lo que él creía que constituía la evidencia de un segundo ataque —diría Ray Cline, por entonces subdirector de inteligencia de la CIA—. Y eso era exactamente lo que Johnson estaba buscando».[11] En un mundo racional, la CIA se habría encargado de examinar con más detalle el SIGINT del golfo de Tonkín y habría dado una interpretación independiente de su contenido. Pero aquel ya no era un mundo racional. «Era demasiado tarde para cambiar algo —diría Cline—. Los aviones ya habían despegado.»

Como reza la confesión de la NSA de noviembre de 2005: «El abrumador corpus de informes, de haberse usado, habría puesto de manifiesto que no se había producido ningún ataque. De modo que se hizo un esfuerzo consciente para demostrar que el ataque había ocurrido … un esfuerzo activo para hacer que el SIGINT encajara con la pretensión de lo que había ocurrido durante la noche del 4 de agosto en el golfo de Tonkín». La información de inteligencia, concluía el informe, «fue deliberadamente tergiversada para respaldar la idea

de que se había producido un ataque». Los agentes de la inteligencia estadounidense «racionalizaron las evidencias contradictorias».

Lyndon Johnson había estado dispuesto a bombardear Vietnam del Norte durante dos meses. Siguiendo sus órdenes, en junio de 1964, Bill Bundy, el subsecretario de Estado para Extremo Oriente, hermano del asesor de seguridad nacional y veterano analista de la CIA, había redactado una resolución de guerra que había de enviarse al Congreso cuando llegara el momento oportuno.

La falsa información de inteligencia encajaba perfectamente en la política preconcebida de Estados Unidos. El 7 de agosto, el Congreso autorizó la guerra en Vietnam, que se aprobó por una votación de 416 a 0, mientras que en el Senado la votación fue de 88 a 2. Fue como una «tragedia griega», en palabras de Cline; un acto de teatro político que se repetiría cuatro décadas después cuando la falsa información de inteligencia sobre el arsenal iraquí vendría a sustentar los argumentos de otro presidente estadounidense en favor de la guerra.

Le correspondería a Lyndon Johnson evaluar lo que realmente ocurrió en el golfo de Tonkín, lo cual haría cuatro años después de que sucediera. «¡Mierda! —diría el presidente—. ¡Esos estúpidos marineros estaban disparando a los peces voladores!»[12]

20

«Más coraje que prudencia»

«Vietnam fue mi pesadilla durante sus buenos diez años», escribiría Richard Helms.[1] Mientras este ascendía de jefe del servicio clandestino a director de la central de inteligencia, la guerra le acompañaría en todo momento. «Como un íncubo, requería esfuerzos que nunca parecían tener éxito, y demandas que jamás podían satisfacerse, pero que se repetían, duplicaban, intensificaban y redoblaban.»

«Probamos todos los enfoques operativos del manual, y consagramos nuestros más experimentados operativos de campaña al intento de penetrar en el gobierno de Hanoi —relataría Helms—. Dentro de la agencia, nuestra incapacidad de penetrar en el gobierno norvietnamita fue el único aspecto frustrante de aquellos años. No podíamos determinar qué estaba ocurriendo en los más altos niveles del gobierno de Ho, ni podíamos enterarnos de cómo se elaboraba su política o de quién la elaboraba.» La raíz de aquel fracaso de la inteligencia radicaba en «nuestra ignorancia nacional de la historia, la sociedad y la lengua vietnamitas», diría Helms.

Estados Unidos decidió no saber, de modo que jamás supo cuánto era lo que no sabía.

«Lo más triste —diría Helms en una historia oral grabada para la biblioteca de Lyndon Johnson— era nuestra ignorancia —o inocencia, si se quiere—, que nos llevó a malinterpretar, a no comprender y a tomar un montón de decisiones equivocadas.»[2]

Lyndon Johnson tenía también una pesadilla recurrente sobre Vietnam. Si alguna vez dudaba con relación a la guerra, si flaqueaba, si perdía, «allí estaría Robert Kennedy dirigiendo la lucha contra mí, diciéndole a todo el mundo que yo había traicionado el compromiso de John Kennedy con Vietnam del Sur. Que yo era un cobarde. Un

hombre poco viril. Un hombre débil. ¡Sí, puedo verlo venir, desde luego! Cada noche, cuando me duermo, me veo a mí mismo tendido en el suelo en medio de un gran espacio abierto. A lo lejos puedo oír las voces de miles de personas. Todas están gritando y corriendo hacia mí: "¡Cobarde! ¡Traidor! ¡Pelele!"».[3]

«La guerra de McCone»

La fuerza del Vietcong, la guerrilla comunista del sur, seguía creciendo. Un nuevo embajador, el general Maxwell Taylor, que más tarde formaría parte del Grupo Especial (Contrainsurgencia), y Bill Colby, el jefe de la división de Extremo Oriente de la CIA, buscaron una nueva estrategia para combatir a los misteriosos terroristas. «Lo de contrainsurgencia se convirtió en un grito de guerra casi ridículo —diría Robert Amory, que había renunciado después de nueve años como subdirector de inteligencia de la CIA para convertirse en responsable presupuestario de la Casa Blanca para programas clasificados—. Significaba demasiadas cosas para demasiadas personas distintas.»[4] Pero Bobby Kennedy conocía bien su significado y sabía reducirlo a su esencia: «Lo que necesitábamos —diría— era gente que supiera disparar un arma».[5]

El 16 de noviembre de 1964, un explosivo trabajo de Peer de Silva, el jefe de la base de la CIA en Saigón, aterrizó sobre la mesa de John McCone en el cuartel general de la agencia. Se titulaba «Nuestro experimento de contrainsurgencia y sus implicaciones».[6] Helms y Colby lo habían leído y aprobado. Se trataba de una idea audaz, con un gran riesgo: el potencial «de convertir "la guerra de McNamara" en "la guerra de McCone"», tal como le advirtió abiertamente el subdirector de la central de inteligencia, Marshall Carter, a su jefe aquel mismo día.

De Silva había estado tratando de ampliar el poder de la CIA en Vietnam del Sur creando patrullas paramilitares en las provincias para dar caza al Vietcong. Trabajando en colaboración con el ministro del Interior y el jefe de la policía nacional, De Silva le compró una finca

situada en el extremo nororiental de Vietnam del Sur a un corrupto líder sindical y empezó a ofrecer un curso acelerado de contrainsurgencia para civiles. En la primera semana de noviembre de 1964, mientras los estadounidenses elegían al presidente Johnson para un mandato completo, De Silva había ido a inspeccionar su naciente proyecto. Allí, sus hombres habían entrenado a tres equipos de cuarenta reclutas vietnamitas, que habían declarado haber dado muerte a 167 miembros del Vietcong mientras que solo habían perdido a seis de sus hombres. Ahora De Silva quería llevar a la finca a cinco mil ciudadanos survietnamitas procedentes de todo el país para que recibieran un entrenamiento de tres meses en tácticas militares y políticas a cargo de agentes de la CIA y asesores militares estadounidenses. Luego volverían a casa, en palabras de De Silva, como «equipos contraterroristas», y aniquilarían al Vietcong.

John McCone tenía mucha fe en Peer de Silva, y le dio su aprobación. Pero creía que era una batalla perdida. El día después de que llegara el memorando de De Silva, McCone entró en la Casa Blanca y por segunda vez le presentó su dimisión al presidente Johnson. Le ofreció un abanico de sucesores cualificados, y le rogó que aceptara su cese. Pero una vez más —y no sería la última— el presidente ignoró al director de la central de inteligencia.

McCone se mantuvo en su sitio mientras se acumulaban las crisis que había de afrontar. Él, como los presidentes a quienes había servido, creía en la teoría del dominó. De este modo, le dijo al que sería futuro presidente de Estados Unidos, el entonces diputado Gerald R. Ford, que «si Vietnam del Sur cae en manos de los comunistas, sin duda Laos y Camboya lo harán también, seguidos de Tailandia, Indonesia, Malaisia y, a la larga, las Filipinas», lo que tendría «un vasto efecto» en Oriente Próximo, África y Latinoamérica.[7] Él no creía que la CIA estuviera equipada para combatir a los insurgentes y los terroristas, y temía que «el Vietcong pueda ser la oleada del futuro».[8] Estaba bastante seguro de que la CIA era incapaz de combatir al Vietcong.

De Silva lamentaría posteriormente la «ceguera» de la agencia ante el enemigo y su estrategia. En las aldeas, «el uso del terror por parte

del Vietcong era decidido, preciso y terrible de contemplar», escribía. [9] Los campesinos «los alimentaban, eran reclutados por ellos, los ocultaban y les proporcionaban toda la información de inteligencia que el Vietcong necesitaba». Luego, a finales de 1964, el Vietcong llevó la guerra a la capital del país. «El uso del terror por parte del Vietcong en la ciudad de Saigón era frecuente, a veces aleatorio, y otras cuidadosamente planificado y ejecutado», escribiría De Silva. El secretario de Defensa, McNamara, estuvo a punto de ser alcanzado por una bomba colocada en la cuneta de la carretera que iba de la ciudad al aeropuerto. Asimismo, un coche bomba destrozó los barracones para oficiales solteros de Saigón la Nochebuena de 1964. El número de bajas iba aumentando poco a poco mientras los terroristas suicidas atacaban a voluntad. A las dos de la madrugada del 7 de febrero de 1965, el Vietcong atacó una base de Estados Unidos en Pleiku, en la zona montañosa del centro del país; murieron ocho norteamericanos. Cuando cesó el tiroteo, los estadounidenses registraron el cadáver de uno de los atacantes del Vietcong y le encontraron en la mochila un mapa muy preciso de la base.

Estados Unidos tenía más armas, y de mayor tamaño; pero el Vietcong tenía más y mejores espías. La diferencia fue decisiva.

Cuatro días después, Lyndon Johnson contraatacó, y sobre Vietnam cayeron bombas ciegas, bombas de racimo y bombas de napalm. La Casa Blanca envió un mensaje urgente a Saigón pidiendo la mejor estimación posible de la situación por parte de la CIA. George W. Allen, el analista de inteligencia de la base de Saigón con más experiencia en Vietnam, dijo que no se iba a disuadir al enemigo con bombas; este se hacía cada vez más fuerte y su voluntad era inquebrantable. Pero el embajador Maxwell Taylor repasó el informe línea por línea, borrando metódicamente todos los párrafos de tono pesimista antes de enviárselo al presidente estadounidense. Los hombres de la CIA en Saigón tomaron nota de que las malas noticias no interesaban. Prosiguió, pues, la corrupción de la inteligencia por parte de generales políticos, de mandos civiles y de la propia agencia. [10] Habrían de transcurrir tres años hasta que la CIA proporcionara al presidente de Estados Unidos un informe realmente influyente sobre

el tema de la guerra.

El 8 de marzo, los marines desembarcaron en Da Nang en traje de campaña. Fueron recibidos por hermosas jóvenes que les obsequiaron con guirnaldas. Pero en Hanoi, Ho Chi Minh preparaba su propia recepción.

El 30 de marzo, Peer de Silva se hallaba en su despacho del segundo piso de la base de la CIA en Saigón —situada en un cruce de calles, en la esquina diagonalmente opuesta a donde estaba la embajada—, hablando por teléfono con uno de sus agentes al tiempo que miraba por la ventana a un hombre que iba empujando un viejo sedán Peugeot de color gris por la calle. De Silva observó el asiento del conductor, y vio una mecha encendida.

«Sentí como si todo a mi alrededor se congelara y se moviera a cámara lenta mientras mi mente me decía que aquel coche era una bomba —recordaría De Silva—. Con el teléfono todavía en la mano y sin ninguna idea consciente, empecé a alejarme de la ventana con la intención de bajar, pero solo había recorrido la mitad del camino hasta la planta baja cuando explotó el coche.»[11] Los trozos de vidrio y de metal que salieron disparados le produjeron cortes en los ojos, las orejas y el cuello. La explosión mató al menos a veinte personas en la calle, además de la secretaria de De Silva, de veintidós años de edad. Dos agentes de la CIA que se hallaban en la base quedaron ciegos de por vida. Otras sesenta personas de la agencia y de la embajada resultaron heridas. George Allen sufrió múltiples contusiones, cortes y una conmoción cerebral. De Silva perdió la visión del ojo izquierdo. Los médicos le atiborraron de analgésicos, le envolvieron la cabeza en gasa y le dijeron que si permanecía en Saigón podía quedarse completamente ciego.

El presidente de Estados Unidos se preguntaba cómo podía combatir a un enemigo al que no podía ver. «Debe de haber alguien por ahí que tenga la suficiente inteligencia como para encontrar alguna manera de que descubramos unos cuantos objetivos especiales a los que atacar», reflexionaba Johnson mientras la noche caía en Saigón.[12] Decidió entonces poner a unos cuantos miles de soldados más en combate e intensificar la campaña de bombardeos. Pero en ningún momento

consultó con el director de la central de inteligencia.

«Un esfuerzo militar que no podemos ganar»

El 2 de abril de 1965, John McCone presentó por última vez su dimisión, que se haría efectiva en cuanto Lyndon Johnson eligiera un sucesor. También le hizo una fatídica predicción al presidente: «Con el paso de los días y de las semanas, podemos esperar una presión cada vez mayor para detener los bombardeos —le dijo—. Esta vendrá de diversos elementos de la opinión pública estadounidense, de la prensa, de Naciones Unidas y de la opinión mundial. Por lo tanto, en esta operación el tiempo irá contra nosotros, y creo que los norvietnamitas cuentan con eso».[13] Uno de sus mejores analistas, Harold Ford, le dijo: «Nos estamos distanciando progresivamente de la realidad de Vietnam» y «actuamos con más coraje que prudencia». Ahora McCone era consciente de ello. Le dijo a McNamara que el país estaba a punto de «meterse en una situación de combate donde la victoria sería dudosa». Su última advertencia al presidente sería todo lo directa que podía ser: «Nos encontraremos empantanados en un combate en la jungla en el marco de un esfuerzo militar que no podemos ganar, y del que tendremos una dificultad extrema para salir».

Pero Lyndon Johnson hacía tiempo que había dejado de escuchar a John McCone. El director dejó el cargo sabiendo que no había influido en absoluto en el pensamiento del presidente estadounidense. Como casi todos los que le seguirían, a Lyndon Johnson solo le gustaba el trabajo de la agencia si encajaba con sus ideas; cuando no era así, iba a parar a la papelera. «Déjeme que le diga algo de esos tíos de la inteligencia —diría—. Donde yo crecí, en Texas, teníamos una vaca llamada *Bessie*. Yo tenía que levantarme temprano y ordeñarla. La ponía en el montante, me sentaba y le sacaba un cubo de leche fresca. Un día me esforcé más y le saqué un cubo lleno hasta arriba; pero no prestaba atención, y la vieja *Bessie* metió el rabo lleno de mierda en el cubo de la leche. Bueno, pues eso es lo que hacen esos tíos de la inteligencia. Uno se esfuerza y saca un buen programa o una buena

política, y entonces van ellos y le meten dentro un rabo lleno de mierda.»[14]

21

«El principio de una larga cuesta abajo»

El presidente de Estados Unidos seguía buscando a «un gran hombre» para ocupar el puesto de director de la central de inteligencia, «uno capaz de encender la mecha si es eso lo que hay que hacer para salvar al país».[1]

El subdirector de la central de inteligencia, Marshall Carter, advirtió de la inconveniencia de elegir a un extraño. Dijo que sería «un grave error» elegir a un militar servil y «un desastre» escoger a un compinche político; si la Casa Blanca creía que la CIA no tenía a nadie dentro que valiese la pena, «harían mejor en cerrar el puesto y dárselo a los indios».[2] Richard Helms fue la elección casi unánime de los miembros del equipo de seguridad nacional del presidente: McCone, McNamara, Rusk y Bundy.

Pero Johnson no hizo caso a ninguno de ellos. La tarde del 6 de abril de 1965, telefoneó a un almirante retirado de cincuenta y nueve años llamado Red Raborn, nacido en Decatur, Texas. Raborn tenía sus credenciales políticas: se había ganado el afecto de Lyndon Johnson al aparecer en un anuncio de televisión pagado, durante la campaña electoral de 1964, diciendo que el candidato republicano, el senador por Arizona Barry Goldwater, era demasiado tonto para ser presidente. Pero su principal hazaña fue dirigir el desarrollo del misil nuclear Polaris para los submarinos de la marina estadounidense, un esfuerzo que le valió amistades en el Congreso. Era un buen hombre con un buen trabajo en la industria aeroespacial y una buena propiedad en Palm Springs desde la que dominaba la undécima calle de su campo de golf favorito.

Red Raborn se cuadró al oír la voz de su comandante en jefe. «Le necesito —le dijo Lyndon Johnson—, y le necesito con una desesperada y horrorosa urgencia.»[3] Su conversación se prolongaría

durante un buen rato antes de que Raborn se diera cuenta de que Lyndon Johnson le quería para que dirigiera la CIA. El presidente le prometió que Richard Helms, como nuevo subdirector, haría el trabajo pesado. «Cada día después de comer podrá echar una siesta —le dijo —. No vamos a cargarle de trabajo.» Apelando al patriotismo de Raborn, y empleando su encanto sureño, Johnson le dijo: «Sé muy bien lo que hace el viejo caballo de guerra cuando oye sonar la campana».

El almirante subió a bordo el 28 de abril de 1965. El presidente preparó un gran espectáculo para su juramento en la Casa Blanca, diciendo que había buscado por todo lo largo y ancho del país y solo había encontrado a un hombre capaz de hacer el trabajo. Por el rostro de Raborn corrieron lágrimas de agradecimiento. Fue su último momento de felicidad como director de la central de inteligencia.

La República Dominicana explotó aquel mismo día. Estados Unidos había tratado en vano de convertir a dicho país en un escaparate del Caribe después de respaldar el asesinato del dictador Rafael Trujillo en 1961. Ahora, los rebeldes armados estaban combatiendo en las calles de la capital. Johnson decidió enviar a cuatrocientos marines, junto con el FBI y refuerzos de la base de la CIA. Era el primer desembarco a gran escala de fuerzas estadounidenses en Latinoamérica desde 1928, y la primera aventura armada de esa clase en el Caribe desde lo de la bahía de Cochinos.

En una reunión de gala celebrada aquella noche en la Casa Blanca, Raborn informó —sin evidencias ni cualificación para hacerlo— de que los rebeldes estaban controlados por Cuba. «En mi opinión, esta es una verdadera lucha montada por el señor Castro —diría Raborn a la mañana siguiente en una conversación telefónica con el presidente—. Para mí no cabe duda de que este es el principio de la expansión de Castro.»

El presidente le preguntó: «¿Cuántos terroristas de Castro hay allí?».

Raborn respondió: «Bueno, hemos identificado positivamente a ocho de ellos. Y a eso de las seis he enviado a la Casa Blanca una lista —debería estar en la Sala de Situación— de quiénes son, qué están haciendo y qué entrenamiento han tenido». La lista de los ocho

«terroristas de Castro» aparecería luego en un memorando de la CIA, que rezaba: «No hay evidencias de que el régimen de Castro esté directamente implicado en la actual insurrección».

El presidente colgó el teléfono y decidió enviar a otros mil marines a la República Dominicana.

¿Había habido alguna noticia de la crisis por parte de la CIA?, le preguntó el presidente a su asesor de seguridad nacional aquella mañana. Bundy le respondió que no había nada.

«Nuestra CIA dice que es una operación completamente dirigida ... por Castro —le dijo el presidente a su abogado personal, Abe Fortas, el 30 de abril, mientras dos mil quinientos paracaidistas aterrizaban en la República Dominicana—. ¡Dicen que lo es! ¡Su gente de dentro nos lo dice! ... No hay duda de que esto es cosa de Castro ... Están moviéndose a otros lugares del hemisferio. Puede que forme parte de una pauta comunista global relacionada con Vietnam ... El peor desastre político interno que podríamos sufrir sería que Castro tomara el mando.»[4] El presidente se dispuso a enviar a otros seis mil quinientos soldados estadounidenses a Santo Domingo.

Pero McNamara desconfiaba de lo que Raborn le decía al presidente. «¿No cree que la CIA pueda documentarlo?», le preguntó Johnson al secretario de Defensa.[5] «No lo creo, señor presidente —repuso McNamara—. Usted no sabe que Castro esté tratando de hacer algo. Le costaría mucho demostrar a ningún grupo que Castro haya hecho algo más que entrenar a esa gente, y nosotros hemos entrenado a un montón de gente.»

Aquello le dio un respiro al presidente. «Bueno, ¿entonces no cree que eso es algo de lo que deberíamos hablar usted, Raborn y yo? —dijo Johnson—. La CIA me había dicho que había dos líderes castristas implicados. Y un poco más tarde me dicen que ocho, y un poco más tarde me dicen que cincuenta y ocho...»

«Sencillamente, no me creo la historia», le dijo McNamara sin rodeos.

Pese a ello, en un discurso dirigido al pueblo estadounidense, el presidente insistiría en que no permitiría que los «conspiradores comunistas» de la República Dominicana establecieran «otro gobierno

comunista en el hemisferio occidental».

El informe de Raborn sobre la crisis hizo por Lyndon Johnson lo mismo que el U-2 había hecho por Eisenhower y la bahía de Cochinos por Kennedy. Llevó directamente a la primera afirmación por parte de la prensa estadounidense de que Johnson tenía un «vacío de credibilidad». La afirmación se publicó por primera vez el 23 de mayo de 1965. Resultó tan hiriente como persistente.

El presidente no volvió a seguir ningún consejo más de su nuevo director de la central de inteligencia.

En el cuartel general de la agencia, la moral se hundió bajo el vacilante mando de Raborn. «Fue trágico —diría Ray Cline, el subdirector de inteligencia—, el principio de una larga cuesta abajo.»[6] Lo más irónico era que Dulles había capitaneado un barco caracterizado por el jolgorio, mientras que el de McCone había sido el barco de la eficiencia; sin embargo, Raborn ahora capitaneaba un barco que se hundía. «¡Pobre Raborn! —diría Red White, el tercero de a bordo dado su cargo de director ejecutivo—. Salía cada mañana a las seis y media, y desayunaba pensando que algún día el presidente iba a llamarle.»[7] Pero Johnson nunca lo hizo. Resultaba dolorosamente claro que Raborn no estaba «cualificado para dirigir la CIA», según diría White. El desventurado almirante estaba «completamente en las nubes. Si hablabas de países extranjeros, no sabía si estabas hablando de un país de África o de Sudamérica». Según informó el senador Richard Russell a Lyndon Johnson, el nuevo director hizo el ridículo cuando declaró en secreto ante el Congreso: «Raborn ha cometido un fallo que va a traerle problemas. Ni siquiera admitía que no sabía … Si alguna vez decide librarse de él, tiene que poner al amigo Helms en su lugar. Tiene más cabeza que ninguno de ellos».[8]

Richard Helms dirigía la CIA mientras Raborn vacilaba y daba palos de ciego. Ese año tenía que librar tres importantes campañas de acción encubierta. Todas ellas habían sido iniciadas por el presidente Eisenhower, luego habían sido potenciadas por el presidente Kennedy y ahora resultaban fundamentales para la pretensión de Johnson de ganar la guerra en el sudeste asiático. En Laos, la CIA luchaba por

cortar la Pista Ho Chi Minh. En Tailandia, se proponía amañar las elecciones. En Indonesia, apoyaba secretamente a unos líderes responsables de la matanza de innumerables comunistas. Los tres países eran fichas de dominó del presidente, que ordenó a la CIA que los mantuviera a raya, temiendo que si uno de ellos caía, Vietnam caería también.

El 2 de julio, Lyndon Johnson llamó a Eisenhower para pedirle consejo ante la escalada de la guerra. El número de bajas estadounidenses en Vietnam se elevaba a 446. Acababa de acceder al poder la novena junta desde el asesinato del presidente Diem, encabezada por Nguyen Cao Ky, un piloto que había enviado a la muerte a varios agentes paramilitares en misiones de la CIA, y Nguyen Van Thieu, el general que más tarde asumiría la presidencia. Ky era despiadado; Thieu, corrupto. Juntos representaban el rostro público de la democracia en Vietnam del Sur. «¿Cree usted que realmente podemos derrotar al Vietcong allí?», le preguntó el presidente. La victoria dependía absolutamente de que se dispusiera de una buena información de inteligencia —le respondió Eisenhower—; y «eso es lo más difícil».[9]

«Una guerra sagrada»

Lo de Laos empezó como una guerra de inteligencia. Al amparo de los acuerdos firmados por las superpotencias y sus aliados, se suponía que todas las fuerzas combatientes extranjeras habían de abandonar el país. El recién llegado embajador estadounidense, William Sullivan, había contribuido personalmente a la negociación de los acuerdos. Pero Hanoi seguía manteniendo a miles de soldados en el norte apoyando a las fuerzas comunistas, el Pathet Lao, mientras que la CIA tenía a sus es pías y soldados encubiertos en el resto de Laos. Los jefes de base y sus hombres tenían órdenes de librar una guerra secreta, desafiando las sutilezas diplomáticas y los hechos militares que acaecían sobre el terreno.

En el verano de 1965, mientras Lyndon Johnson enviaba a decenas

de miles de soldados estadounidenses a Vietnam, la guerra en Laos estaba dirigida por unos treinta agentes de la CIA. Equipados con los suministros militares que les enviaban los pilotos de la agencia, armaban a los miembros de las tribus hmong para que actuaran como guerrilleros, viajaran hasta las inmediaciones de la Pista Ho Chi Minh y supervisaran a los comandos tailandeses entrenados por otro hombre de la CIA, Bill Lair.

Lair libraba la guerra en Laos desde un complejo secreto situado en una base de Udorn, construida por la CIA y el Pentágono, y situada en Tailandia, justo al otro lado del Mekong. Tenía entonces cuarenta años, y llevaba catorce trabajando para la CIA en el sudeste asiático. Sus antepasados habían vivido en Texas desde El Álamo, pero él estaba casado con una mujer tailandesa, comía arroz pastoso con pimientos picantes y bebía aguardiente hmong. Cuando las cosas se pusieron feas en Laos, guardó todos los datos relevantes en su caja fuerte. Cuando sus compañeros de la CIA murieron en combate, mantuvo clasificada la información relativa a su destino. Se suponía que la guerra había de ser «lo más invisible posible —decía Lair—. La idea era, pues, mantener el secreto, ya que, cuando llegamos allí, no teníamos ni idea del largo alcance de lo que estaba haciendo Estados Unidos … Una vez que empiezan con esta táctica de mantener el secreto, resulta bastante difícil cambiarla».[10]

El agente de la CIA que más se esforzó en Laos fue Anthony Poshepny, conocido por todo el mundo como «Tony Poe». En 1965 también él tenía cuarenta años de edad. Herido en la batalla siendo un joven marine en Iwo Jima, y luego veterano de las misiones paramilitares de la CIA en la guerra de Corea, fue uno de los cinco agentes de la CIA que huyeron de la isla de Sumatra en submarino en 1958, cuando el golpe de Indonesia se vino abajo. Poe vivía en la base que la CIA tenía en el valle de Long Tien, en la zona central de Laos, a unos 150 kilómetros al norte de la capital. Con una botella de whisky escocés, o de whisky de arroz hmong, como su inseparable compañera, Tony Poe era el jefe de operaciones de la guerra secreta, recorriendo las pistas de montaña y los caminos de los valles con sus soldados hmong y tailandeses. Se había convertido en un auténtico

nativo, y en una persona algo más que ligeramente desquiciada.

«Hacía un montón de cosas extrañas —diría Lair—. Sabías que si enviabas a Tony a casa, no duraría ni cinco minutos en aquellos pasillos. Le echarían de la agencia. Pero en la agencia tenías a un montón de tíos que lo admiraban porque nunca habían estado cerca de él, ¡vaya!, y porque había hecho algunas cosas buenas. Todos los tipos importantes de la agencia también sabían exactamente lo que ocurría, y no decían una maldita palabra.»

Poe les dijo a sus chicos que a los hombres que mataran les cortaran las orejas como prueba de sus victorias en la batalla. Luego las guardó en una bolsa de celofán verde, y en el verano de 1965 se las llevó a la base de la CIA en Vientián, donde las arrojó sobre la mesa del subdirector; Jim Lilley fue el desafortunado receptor. Si Tony Poe pretendía impresionar al nuevo pez gordo, educado en una de las mejores universidades de Estados Unidos, desde luego lo logró.

Lilley había sido contratado por la CIA justo cuando acababa de salir de Yale, en 1951. Se incorporó a la división de Extremo Oriente y durante toda la guerra de Corea estuvo metiendo agentes en China al tiempo que era embaucado por los chinos nacionalistas. Luego pasó a trabajar en Pekín, primero como jefe de base y luego como embajador estadounidense.

En mayo de 1965, Lilley aterrizó en Laos en calidad de subjefe de base; más tarde, cuando su jefe se quemó, él se convirtió en jefe en funciones. Centró su actividad en la guerra política que se libraba en la capital del país. El dinero de la CIA afluía «como parte de nuestro esfuerzo de "construcción nacional" —explicaría—, y destinábamos una cantidad de dinero relativamente grande a los políticos que escuchaban nuestros consejos». Los resultados de las siguientes elecciones para la asamblea nacional celebradas en Laos revelarían que 54 de un total de 57 escaños estaban en manos de líderes elegidos por la CIA. Pero Vientián era una plaza más difícil.

«Vimos morir a algunos de nuestros chavales en accidentes de helicóptero —recordaría Lilley posteriormente—. Tuvimos que afrontar golpes de Estado, inundaciones y toda clase de desgracias. Vimos a algunos de los nuestros venirse abajo porque ya no podían

aguantarlo.»[11]

Los problemas normales de cualquier soldado vigoroso destacado en una zona bélica tropical —sexo, alcohol, demencia— se multiplicaban en Vientián, casi siempre en un club nocturno llamado La Rosa Blanca. Lilley recordaría el día en que «uno de nuestros agentes de alto rango de la CIA estuvo informando a una delegación parlamentaria que había venido de visita sobre las interioridades de la guerra secreta. Aquella noche se condujo a la delegación a La Rosa Blanca para que pudiera observar la vida nocturna de Vientián. Allí, los miembros de la delegación vieron a un estadounidense muy grande tendido en el suelo del bar completamente desnudo y gritando: “¡Lo quiero ahora!”. Una camarera se quitó la falda y se le sentó en la cara. Era el mismo agente que había estado informando a la delegación durante el día».

La base de la CIA luchaba por identificar objetivos comunistas en Laos, por detectar los senderos que enlazaban con la Pista Ho Chi Minh y por dar caza al enemigo. «Tratábamos de formar equipos tribales —diría Lilley—. Estos solían informar de cifras muy elevadas de norvietnamitas muertos, que yo creo que en parte eran inventadas.» También identificaban objetivos para las misiones de bombardeo estadounidenses. En cuatro ocasiones, durante 1965, los norteamericanos mataron a civiles inocentes en Laos, y en una de ellas incluso bombardearon una aldea amiga a la que el embajador Sullivan había realizado una visita de buena voluntad el día antes. La ronda de bombardeos se había realizado a petición de Bill Lair, que pretendía rescatar a un piloto estadounidense que había tocado tierra en una zona caliente y había sido capturado por el Pathet Lao. Las bombas cayeron a 30 kilómetros de su objetivo; el piloto, Ernie Brace, pasó ocho años como prisionero de guerra en el «Hanoi Hilton».[*]

En junio de 1965, uno de los mejores agentes de Vang Pao murió a causa del fuego antiaéreo cuando se hallaba en la puerta abierta de un helicóptero tratando de divisar a un piloto estadounidense abatido en Vietnam del Norte unos 65 kilómetros en el interior del país. En agosto, un helicóptero de Air America se estrelló en el Mekong, en las afueras de Vientián, matando a Lewis Ojibway, el jefe de la base de la

CIA en el noroeste de Laos, y a un coronel del ejército laosiano que trabajaba con él. Los altos mandos de la CIA hicieron grabar una estrella para honrar a Ojibway en el mármol del vestíbulo del cuartel general de la agencia. En octubre, otro helicóptero cayó en la jungla cerca de la frontera camboyana, matando a Mike Deuel y a Mike Maloney, dos jóvenes que eran hijos de destacados agentes de la CIA. Se hicieron grabar otras dos estrellas.

La guerra de la CIA en Laos había empezado desde abajo, con «una gran efervescencia, una sensación de que finalmente habíamos encontrado a gente que combatía a los comunistas y que ocasionalmente les derrotaba en la guerra de guerrillas —diría Lilley —. Era una guerra sagrada. Una guerra buena».

Más tarde, la avanzadilla de la CIA en Long Tieng empezó a ampliarse: nuevas carreteras, almacenes, barracones, camiones, jeeps, excavadoras, una pista de aterrizaje más grande, más vuelos, más potencia de fuego, mayor apoyo aéreo... Los hmong dejaron de cultivar la tierra cuando empezó a caer arroz del cielo arrojado por los aviones de la CIA. «Incrementamos nuestro personal, duplicándolo o triplicándolo», diría Lilley. Los agentes de la CIA recién llegados «consideraban realmente que Laos era un problema paramilitar. Carecían de una base sobre la situación global ... Aquello se volvió un poco más parecido a Vietnam. Y fue entonces cuando la situación se nos empezó a escapar de las manos».

Ese momento se produjo en octubre de 1965, cuando Bill Colby llegó a Laos y se dirigió a Long Tieng en visita de inspección. La guerra de Vietnam se hallaba entonces en pleno apogeo, y a finales de aquel año se desplegarían 184.000 soldados. La clave para derrotar al Norte seguía estando en la Pista Ho Chi Minh en Laos, donde los comunistas trasladaban hombres y materiales al campo de batalla más deprisa de lo que tardaba Estados Unidos en destruirlos. Colby estaba desanimado; el enemigo controlaba diversas avanzadillas estratégicas por todo Laos, incluso en las afueras de Vientián.[12]

Quería a un nuevo jefe de base, un jefe de sangre fría, agresivo y ambicioso. Y el hombre adecuado para el puesto era Ted Shackley.

Cuando se produjo la llamada, Shackley llevaba menos de seis meses como jefe de la base de la CIA en Berlín después de haber pasado una larga temporada tratando de derrocar a Castro desde Miami. Su carrera se había centrado en los soviéticos, los cubanos y los alemanes orientales, pero jamás se había acercado a Asia. Shackley se dirigió a la base de Udorn, en Tailandia, donde las excavadoras estadounidenses removían la arcillosa tierra roja y los jets norteamericanos camuflados calentaban motores para sus próximos ataques aéreos a Vietnam. Más tarde recordaría haber visto los dispositivos portabombas cargados y haber pensado: «Aquí nadie habla de teorías».[13]

Él quería llevar la guerra al enemigo, y deseaba resultados inmediatos. De modo que empezó a construir un imperio en la jungla, con Jim Lilley como subjefe. Los dos hombres se hicieron íntimos amigos. La descripción que Lilley hiciera de Shackley —«ambicioso, duro e implacable»— resulta reveladora. «Lo que estaba decidido a hacer era reforzar la base de Laos y desempeñar un papel crucial en la guerra de Vietnam atacando la Pista Ho Chi Minh —diría Lilley—. Él trajo los activos paramilitares que quería implicar en su objetivo clave. No se quedaba sentado. Quería ganar guerras.»

Shackley se trajo a varios hombres en los que confiaba de las bases de Miami y de Berlín, y les dijo que fueran a las provincias, formaran milicias rurales y las enviaran a luchar. Las milicias empezaron espiando la Pista Ho Chi Minh, y terminaron combatiendo. Luego abrió nuevas bases de la CIA en todo Laos. El número de agentes de la CIA que trabajaban para él se multiplicó por más de siete, pasando de 30 a 250. Los efectivos paramilitares laosianos bajo su mando se duplicaron hasta alcanzar los cuarenta mil hombres, que utilizó como avanzadillas de vigilancia aérea para que los aviones estadounidenses pudieran bombardear Laos. En abril de 1966, veintinueve equipos de vigilancia de carreteras de la CIA destacados en el sudeste de Laos informaron de movimientos enemigos en la pista que llevaba a la base de la CIA en Udorn, lo que precipitó el envío de bombarderos

estadounidenses para su destrucción.

La fuerza aérea norteamericana empezó a convertir las junglas de Laos en eriales. Se enviaron bombarderos B-52 a Vietnam del Norte para destruir los pueblos y aldeas del extremo de la Pista Ho Chi Minh, mientras el ejército y la marina enviaban comandos para tratar de cortar la pista allí donde se curvaba hacia el sur.

Shackley evaluó los daños y el número de bajas. Y llegó a la conclusión de que su fusión de las tribus de montaña con la tecnología militar estadounidense había «revolucionado la guerra irregular» y «puesto un arma esencialmente nueva en manos de los responsables políticos norteamericanos». En Washington, los hombres del presidente leyeron los informes de Shackley —tantos miles de comandos laosianos reclutados, tantos miles de comunistas muertos cada mes, tantas misiones realizadas— y consideraron que su trabajo representaba «un historial de éxitos ejemplar».[14] De modo que aprobaron que se destinaran varias decenas de millones de dólares más a la guerra de la CIA en Laos. Shackley creía, pues, que estaba ganando la guerra. Pero seguían llegando comunistas por la pista.

«Un territorio afianzado del sudeste asiático»

En Tailandia, la CIA había de afrontar un problema más peliagudo: crear una falsa ilusión de democracia.

En 1953, Walter Bedell Smith y los hermanos Dulles habían enviado a un embajador extraordinario a Bangkok, Wild Bill Donovan.[15] Tenía entonces setenta años de edad, pero todavía le quedaban ganas de luchar. «El embajador Donovan recomendó al presidente Eisenhower que permanecieran en Tailandia, y que desde allí trataran de penetrar en alguno de aquellos países y de detener la embestida del comunismo —diría Bill Thomas, el jefe de información de la embajada en Bangkok—. El dinero no era problema.»[16]

Después de la guerra de Corea, Donovan desencadenó una gran oleada de operaciones encubiertas de la CIA por todo el sudeste asiático. Para ello contó con la ayuda de la policía nacional tailandesa,

integrada por cuarenta mil efectivos, cuyo comandante, respaldado por la CIA y la embajada de Donovan, era uno de los reyes del opio. La agencia, junto con un grupo de asesores militares estadounidenses en rápida expansión, armaban y entrenaban a los militares tailandeses, cuyo comandante controlaba los lupanares, los mataderos porcinos y las licorerías de Bangkok. Donovan respaldaba públicamente a los generales tailandeses como defensores de la democracia. La agencia utilizó su influencia entre ellos para construir su base en las inmediaciones de Udorn. Esta, que durante un tiempo sería el centro neurálgico de las operaciones encubiertas de la CIA en todo el sudeste asiático, a partir del 11-S se convertiría en una cárcel secreta para la detención y el interrogatorio de radicales islámicos.

Tailandia permaneció bajo una dictadura militar durante más de una década tras la marcha de Donovan. En 1965, presionados por Washington, los generales aceptaron celebrar elecciones algún día. Pero temían que la izquierda ganara en las urnas, de modo que la CIA se dispuso a crear y controlar el proceso democrático.

El 28 de septiembre de 1965, Helms, el jefe de operaciones encubiertas Desmond FitzGerald y el responsable de Extremo Oriente Bill Colby presentaron a la Casa Blanca una propuesta de «financiación de un partido político, apoyo electoral a dicho partido y apoyo a diversos candidatos al Parlamento escogidos de dicho partido».[17] Sus planes contaban con el firme respaldo del taimado y ambicioso embajador estadounidense en Tailandia, Graham Martin, que consideraba la CIA como una especie de caja de caudales y de policía personal. El problema —decía— era delicado. «Hoy Tailandia se halla todavía bajo la ley marcial, que no permite los partidos políticos»; los generales tailandeses habían «hecho poco o nada por evolucionar y organizarse políticamente de cara a las inminentes elecciones». Pero bajo la mano firme del embajador y de la CIA, habían acordado unir sus fuerzas y formar un nuevo partido. A cambio, la agencia les proporcionaría millones de dólares para ayudar a crear la nueva maquinaria política.

El objetivo era mantener «el liderazgo y el control del actual grupo gobernante» y «asegurar que el partido creado tiene éxito a la hora de

obtener una mayoría cómoda y dominante en las elecciones». La agencia decía que podía empezar «literalmente construyendo un proceso electoral democrático desde cero», de modo que Estados Unidos pudiera contar con «un régimen pro occidental estable en un territorio afianzado del sudeste asiático». El presidente Johnson aprobó personalmente el plan. La estabilidad de Tailandia resultaba esencial para una victoria estadounidense en Vietnam.

«Solo nos dejamos llevar por las olas hasta la orilla»

La CIA había advertido a la Casa Blanca que la pérdida de influencia estadounidense en Indonesia podría hacer inútil una victoria en Vietnam.[18] De modo que la agencia se esforzaba en encontrar un nuevo líder para la nación musulmana más poblada del mundo.

Entonces, la noche del primero de octubre de 1965, se produjo un terremoto político. Siete años después de que la CIA tratara de derrocarle, el presidente indonesio, Sukarno, inició en secreto lo que parecía ser un golpe de Estado contra su propio gobierno. Después de dos décadas en el poder, Sukarno, con su salud tan deteriorada como su capacidad de juicio, había tratado de reforzar su dominio aliándose con el Partido Comunista de Indonesia, el PKI. El partido había incrementado sus efectivos, ganando afiliados mediante el recordatorio constante de los ataques de la CIA a la soberanía nacional, y ahora constituía la mayor organización comunista del mundo al margen de Rusia y China, y contaba oficialmente con 3,5 millones de miembros.

El giro de Sukarno hacia la izquierda se reveló un error fatal. Al menos cinco generales fueron asesinados aquella noche, incluyendo el jefe del estado mayor del ejército. La radio pública anunció que un consejo revolucionario había tomado el mando a fin de proteger al presidente y a la nación de la CIA.

La base de Yakarta tenía pocos amigos en el ejército o en el gobierno. Contaba exactamente con un solo agente bien situado, Adam Malik, un antiguo marxista desencantado, de cuarenta y ocho

años de edad, que había sido embajador de Sukarno en Moscú y también su ministro de Comercio.

Tras un permanente enfrentamiento con su presidente en 1964, Malik se había reunido con un hombre de la CIA, Clyde McAvoy, en un piso franco de Yakarta. McAvoy era el agente de operaciones encubiertas que una década antes había ayudado a reclutar al futuro primer ministro de Japón, y que había llegado a Indonesia con órdenes de penetrar en el PKI y en el gobierno Sukarno.

«Yo recluté y dirigí a Adam Malik —declararía McAvoy en una entrevista en 2005—. Fue el indonesio de mayor rango que reclutamos jamás.»[19] Les había presentado un amigo común, que habló a Malik en favor de McAvoy; el intermediario era un empresario japonés, establecido en Yakarta, que había sido miembro del Partido Comunista de Japón. Tras el reclutamiento de Malik, la CIA obtuvo la aprobación para que se acelerara un programa de acción encubierta dirigido a crear una cuña política entre la izquierda y la derecha en Indonesia.

Más adelante, durante unas semanas aterradoras de octubre de 1965, el estado indonesio se partió en dos.

La CIA trabajaba para consolidar un gobierno en la sombra, una troika formada por Adam Malik, el sultán que gobernaba en la zona central de Java y un general de división del ejército llamado Suharto. Malik utilizó sus relaciones con la CIA para organizar una serie de reuniones secretas con el nuevo embajador estadounidense en Indonesia, Marshall Green. El embajador explicó que se había reunido con Adam Malik «en un escenario clandestino» y que se había formado «una idea muy clara sobre lo que pensaba Suharto, lo que pensaba Malik, y lo que ambos se proponían hacer» para librar a Indonesia del comunismo a través del nuevo movimiento político que lideraban, el Kap-Gestapu.[20]

«Ordené que los catorce walkie-talkies que había en la embajada para comunicaciones de emergencia le fueran entregados a Suharto —explicaría el embajador Green—. Esto les proporcionaba una mayor seguridad interna a él y a sus altos oficiales», y también una forma de que la CIA controlara lo que estaban haciendo. «Informé de ello a

Washington y recibí un telegrama de lo más gratificante de Bill Bundy», el subsecretario de Estado para Extremo Oriente y un buen amigo de Green desde que ambos estudiaran juntos en Groton, hacía ya treinta años.

A mediados de octubre de 1965, Malik envió a un ayudante a casa del agregado político de la embajada estadounidense, Bob Martens, que había estado destinado en Moscú cuando Malik era el enviado de Indonesia. Martens le entregó al emisario una lista no clasificada de 66 líderes del PKI, que había elaborado a base de recortes de prensa comunistas. «Ciertamente, no se trataba de una lista de personas a eliminar —diría Martens—. Era un medio para que los no comunistas, que básicamente estaban luchando por su supervivencia —recuérdese que el resultado de la lucha a vida o muerte entre los comunistas y los no comunistas todavía no estaba claro—, conocieran la organización del otro bando.»[21] Dos semanas después, el embajador Green y el jefe de la base de la CIA en Yakarta, Hugh Tovar, empezaron a recibir informes de segunda mano sobre asesinatos y atrocidades en el este y centro de Java, donde miles de personas eran asesinadas por fuerzas de choque civiles con la bendición del general Suharto.

McGeorge Bundy y su hermano Bill decidieron que Suharto y el Kap-Gestapu merecían el apoyo estadounidense. El embajador Green les advirtió de que la ayuda no podría llegar a través del Pentágono ni del Departamento de Estado, ya que de ese modo no podría ocultarse satisfactoriamente y los riesgos políticos eran demasiado grandes. Los tres ex alumnos de Groton —el embajador, el asesor de seguridad nacional y el subsecretario de Estado para Extremo Oriente— acordaron entonces que sería la CIA la que entregaría el dinero.

Decidieron respaldar al ejército indonesio en forma de 500.000 dólares de material médico que se entregarían a través de la agencia, bien entendido que luego el ejército vendería todo ese material para conseguir dinero; asimismo, provisionalmente aprobaron el envío de un sofisticado equipamiento de comunicaciones a los jefes militares indonesios. El embajador Green, tras conferenciar con Hugh Tovar en representación de la CIA, le envió un cable a Bill Bundy recomendando el pago de una cantidad sustancial a Adam Malik:

> Por la presente confirmo mi anterior conformidad con que proporcionemos a Malik 50 millones de rupias [alrededor de 10.000 dólares] para las actividades del movimiento Kap-Gestapu. Este grupo de acción, de inspiración militar, pero dotado de personal civil, sigue llevando la carga de los actuales esfuerzos represivos … Nuestra voluntad de ayudarle de este modo creo que vendrá a representar en la mente de Malik nuestro apoyo a su actual papel en los esfuerzos anti-PKI del ejército, y fomentará unas relaciones de buena cooperación entre él y el ejército. Las posibilidades de detección o de posterior revelación de nuestro apoyo en este caso son tan mínimas como pueden serlo en cualquier operación encubierta.

Se inició entonces en Indonesia una gran oleada de violencia. El general Suharto y el Kap-Gestapu perpetraron una matanza. Posteriormente, el embajador Green le dijo al vicepresidente estadounidense Hubert H. Humphrey, en una conversación celebrada en el despacho de este último en el Capitolio, que «entre 300.000 y 400.000 personas murieron asesinadas» en «un baño de sangre».[22] El vicepresidente mencionó que hacía muchos años que conocía a Adam Malik, y el embajador lo elogió como «uno de los hombres más inteligentes que había conocido jamás». Malik fue nombrado ministro de Exteriores e invitado a pasar veinte minutos con el presidente de Estados Unidos en el Despacho Oval. Dedicaron casi todo ese tiempo a hablar de Vietnam. Al final de su conversación, Lyndon Johnson declaró que estaba observando los acontecimientos de Indonesia con el mayor interés, y expresó sus mejores deseos a Malik y Suharto. Con el respaldo de Estados Unidos, posteriormente Malik llegaría a ser presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El embajador Green revisó sus cálculos sobre el número de bajas en Indonesia en una sesión secreta del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. «Creo que subiría esa estimación a quizá alrededor de medio millón de personas —declaró en un testimonio que sería desclasificado en marzo de 2007—. Obviamente, nadie lo sabe. Simplemente lo calculamos por el número de aldeas enteras que han quedado despobladas.»[23]

El presidente del comité, el senador por Arkansas J. William Fulbright, le formuló la siguiente pregunta de manera sencilla y directa:

—¿Estuvimos implicados en el golpe? —preguntó.

—No, señor —fue la respuesta del embajador Green.

—¿Estuvimos implicados en la tentativa de golpe anterior? —preguntó luego el senador.

—No —respondió el embajador—, no lo creo.

—¿La CIA no tomó parte en él? —preguntó Fulbright.

—¿Se refiere a 1958? —le preguntó a su vez Green.

Obviamente, la CIA había dirigido ese golpe, desde su chapucero comienzo hasta su amargo final.

—Me temo que no puedo responder a eso —dijo el embajador—. No sé con certeza lo que sucedió.

Aquel fue un momento peligroso, se bordeaba lo que había sido una operación desastrosa y sus mortíferas consecuencias, pero el senador lo dejó escapar.

—Así que no sabe usted si la CIA estuvo implicada o no —dijo Fulbright—. Y nosotros no estuvimos implicados en este golpe.

—No, señor —repitió el embajador—. Categóricamente, no.

Más de un millón de presos políticos fueron encarcelados por el nuevo régimen. Algunos de ellos permanecerían en prisión durante décadas; otros morirían allí. Indonesia seguiría siendo una dictadura militar durante todo el resto de la guerra fría. Todavía hoy perduran las consecuencias de la represión.

Estados Unidos ha estado negando durante cuarenta años que hubiera tenido nada que ver con la matanza realizada en Indonesia en nombre del anticomunismo. «Nosotros no creamos las olas —diría Marshall Green—. Solo nos dejamos llevar por ellas hasta la orilla.»[24]

«Genuina y profundamente preocupada»

Veinte años antes, Frank Wisner y Richard Helms habían salido juntos de Berlín rumbo a Washington, preguntándose si alguna vez habría una Agencia Central de Inteligencia. Después, los dos habían ascendido hasta llegar a dirigir el servicio clandestino. Ahora, uno de ellos estaba a punto de alcanzar la cúspide de su poder, mientras que el otro se había precipitado en el abismo.

Durante unos meses interminables, Frank Wisner había estado debatiéndose en su preciosa casa de Georgetown, bebiendo vasos de vidrio tallado llenos de whisky, presa de una sombría desesperación. Uno de los secretos mejor guardados de la CIA era el de que uno de sus padres fundadores llevaba años entrando y saliendo del manicomio. Wisner había sido destituido del puesto de jefe de base en Londres y obligado a retirarse después de que su enfermedad mental le doblegara de nuevo en 1962. Había tenido delirios con Adolf Hitler, veía visiones y oía voces. Sabía que nunca estaría bien. El 29 de octubre de 1965, Wisner tenía que dirigirse a su finca de la orilla oriental de Maryland, donde había quedado en ir a cazar con un viejo amigo de la CIA, Joe Bryan. Aquella tarde, Wisner se fue a su casa de campo, cogió una pistola y se voló la cabeza. Tenía cincuenta y seis años de edad. Tuvo un grandioso funeral, celebrado en la Catedral Nacional de Washington; fue enterrado en el Cementerio Nacional de Arlington, y en su lápida se grabó: «Teniente de la Marina de Estados Unidos».

El espíritu de equipo de la guerra fría empezaba a erosionarse. Solo unas semanas después de que se enterrara a Wisner, Ray Cline, el subdirector de inteligencia, fue a ver a Clark Clifford, presidente de la junta asesora de inteligencia de la presidencia estadounidense, y le pidió la cabeza de Red Raborn.

Cline le advirtió de que el director era un peligro para el país. El 25 de enero de 1966, Clifford le dijo a McGeorge Bundy, que estaba a punto de renunciar tras cinco agotadores años como asesor de seguridad nacional, que la junta de inteligencia estaba «genuina y profundamente preocupada por el problema de liderazgo en la CIA». [25] Unos días después, una oportuna filtración al *Washington Post* hizo saber a Raborn que sus días estaban contados. Pero el almirante se defendió. Envió una larga lista de sus logros al ayudante del presidente Bill Moyers: la agencia se había deshecho de las acciones encubiertas anquilosadas e improductivas; había instalado un centro de operaciones que funcionaba las veinticuatro horas del día destinado a proporcionar noticias e información al presidente; había duplicado los efectivos de los equipos antiterroristas en Vietnam, y había

triplicado sus esfuerzos en Saigón.[26] Aseguraba a la Casa Blanca que la moral era alta tanto en el cuartel general como en el extranjero. La mañana del 22 de febrero de 1966, el presidente Johnson leyó la entusiasta autoevaluación del almirante Raborn, luego cogió el teléfono y llamó a McGeorge Bundy.

Raborn era «completamente inconsciente del hecho de que no se le tiene en muy alta consideración ni está haciendo un buen trabajo —le dijo el presidente—. Cree que ha hecho una gran mejora y que ha tenido un gran éxito. Y yo me temo que Helms deja que se lo crea». [27]

Lyndon Johnson no puso a nadie al mando de la junta de revisión de acción encubierta, conocida como Comité 303, cuando Bundy dimitió aquella misma semana. Las operaciones que requerían la atención de la Casa Blanca quedaron en suspenso, incluyendo un plan para amañar las elecciones en la República Dominicana en favor de un ex presidente exiliado que vivía en Nueva York, y una nueva inyección de dinero y armamento para el dictador del Congo. Johnson dejó el cargo vacío durante todo marzo y abril de 1966. Al principio quería que fuera Bill Moyers —que posteriormente se convertiría en la voz izquierdista más lúcida de la televisión pública estadounidense— quien se hiciera cargo del Comité 303. Moyers asistió a una reunión celebrada el 5 de mayo de 1966, se estremeció ante la propuesta y declinó el honor. El presidente eligió entonces a su más acérrimo incondicional, Walt Whitman Rostow, como nuevo asesor de seguridad nacional y presidente del Comité 303, que volvió al trabajo en mayo.[28] A pesar del impasse, aquel año aprobó 54 grandes operaciones encubiertas de la CIA, la mayoría de ellas en apoyo de la guerra en el sudeste asiático.

Finalmente, el tercer sábado de junio de 1966, la operadora de la Casa Blanca hizo una llamada de parte del presidente a casa de Richard Helms.

Helms era entonces un hombre de cincuenta y tres años, en buena forma gracias al tenis, con algunas canas y preciso como un reloj suizo. Cada mañana a las seis y media se dirigía en su viejo Cadillac negro al cuartel general de la CIA, incluidos los sábados; raramente se

tomaba un día de descanso. Lo que para él había empezado como un romance de guerra con la inteligencia secreta, se había convertido con el tiempo en una absorbente pasión. Su matrimonio de veintisiete años con Julia Shields, una escultora seis años mayor que él, se consumía por falta de atención. Su hijo estaba fuera, en la universidad. Helms dedicaba su vida íntegramente a la agencia. Aquel día, cuando contestó al teléfono, oyó que iba a cumplirse su mayor deseo.

El acto de juramento de su cargo tuvo lugar en la Casa Blanca el 30 de junio, con la música de la Banda de Marines, que el presidente había llevado para el acto. Helms pasó a mandar a cerca de veinte mil personas, más de la tercera parte de las cuales espiaban en el extranjero, contando con un presupuesto de alrededor de 1.000 millones de dólares. Ahora se le consideraba uno de los hombres más poderosos de Washington.

22

«Entonces supimos que no podíamos ganar la guerra»

Cuando Richard Helms asumió el control de la CIA, había un cuarto de millón de soldados estadounidenses en guerra. Un millar de hombres implicados en operaciones encubiertas en el sudeste asiático, justo a tres mil analistas de inteligencia en Estados Unidos, se consumían por el creciente desastre.

En el cuartel general de la agencia se preparaba una batalla. El trabajo de los analistas era juzgar si podía ganarse la guerra; el trabajo del servicio clandestino era ayudar a ganarla. La mayoría de los analistas se mostraban pesimistas, mientras que entre la mayoría de los agentes predominaba el entusiasmo. Trabajaban en mundos distintos, y en el cuartel general había guardias armados que separaban las distintas administraciones. Helms se sentía como «un jinete de circo montado a horcajadas sobre dos caballos, cada uno de los cuales tiene las mejores razones para seguir su propio camino».[1]

Uno de los centenares de nuevos reclutas que llegaron a trabajar a la CIA el verano en el que Helms asumió el poder era un hombre de veintitrés años que se había apuntado a la agencia medio en broma, buscando un modo de viajar gratis a Washington durante su último año en la Universidad de Indiana. Bob Gates, futuro director de la central de inteligencia y secretario de Defensa, cogió un autobús de la agencia en el centro de Washington que le condujo hasta una carretera flanqueada por una alta valla de tela metálica coronada por alambre de espino. Luego entró en un imponente bloque de hormigón de siete pisos coronado por un montón de antenas.

«El interior del edificio resultaba engañosamente anodino —recordaría más tarde—. Pasillos largos y desnudos. Diminutos cubículos para trabajar. Suelos de linóleo. Los reglamentarios muebles metálicos. Era como una gigantesca compañía de seguros. Pero, en

cambio, no lo era.» La CIA dio a Gates directamente el grado de alférez, y luego le envió a la base de la fuerza aérea de Whiteman, en Missouri, para que aprendiera la ciencia de los objetivos nucleares. Desde allí, el novato analista de la CIA pudo hacerse una aterradora idea del curso de la guerra en Vietnam: Estados Unidos se estaba quedando sin pilotos y estaba enviando a coroneles que ya peinaban canas a bombardear a los comunistas.

«Entonces supimos —recordaría Gates— que no podíamos ganar la guerra.»[2]

«Ahora se ha cuadrado el círculo»

Helms y su primer jefe de Extremo Oriente, Bill Colby, habían hecho su carrera en las operaciones encubiertas, y sus informes reflejaban el espíritu resuelto característico del viejo servicio clandestino. Helms le dijo a Lyndon Johnson: «Esta agencia está totalmente dedicada a su esfuerzo de contribuir al éxito del programa total de Estados Unidos en Vietnam».[3] Colby envió a la Casa Blanca una entusiasta evaluación de la base de la CIA en Saigón. Aunque «la guerra no ha terminado en absoluto —notificaba—, el informe de mi colega soviético o chino debe de mostrar una gran preocupación por los crecientes problemas del Vietcong y la constante mejora de la capacidad tanto de los survietnamitas como de los estadounidenses para librar una guerra popular». George Carver, a quien Helms había elegido como su ayudante especial para asuntos vietnamitas, era también un constante portador de buenas noticias para la Casa Blanca.

Sin embargo, los mejores analistas de la CIA habían concluido, en un estudio que tenía la extensión de un libro —«La voluntad de los comunistas vietnamitas de perseverar», enviado al presidente y quizá a una docena de sus principales asesores—, que nada de lo que hiciera Estados Unidos podía derrotar al enemigo. Cuando el secretario de Defensa McNamara leyó el informe, el 26 de agosto de 1966, de inmediato llamó a Helms y le dijo que quería hablar con el principal experto de la agencia sobre Vietnam. Resultaba, sin embargo, que

aquella semana Carver estaba de vacaciones. De modo que fue su adjunto, George Allen, a quien se convocó al sanctasantórum del Pentágono para mantener su primera y única charla de tú a tú con el secretario de Defensa. Dispuso de media hora, a las diez y media de la mañana. Aquella conversación resultaría ser la única reunión auténtica entre las mentes de la CIA y el Pentágono durante la presidencia de Lyndon Johnson.

McNamara se sintió fascinado al saber que Allen se había pasado diecisiete años trabajando en Vietnam. No sabía que hubiera nadie que hubiera dedicado tanto tiempo a aquella lucha. Bueno —le dijo—, en ese caso seguramente debía de tener unas cuantas ideas sobre lo que había que hacer. «Quería saber qué haría yo si estuviera en su lugar —recordaría Allen—. Decidí responderle con franqueza.»

«Detenga el despliegue de tropas estadounidenses —le dijo—. Interrumpa el bombardeo en el Norte y negocie un alto el fuego con Hanoi.»[4] McNamara llamó a su secretaria y le dijo que cancelara el resto de sus citas hasta después de comer.

¿Por qué —preguntó el secretario de Defensa— iba a decidir Estados Unidos dejar que cayeran las fichas de dominó de Asia? Allen le respondió que el riesgo no era mayor en la mesa de la paz que en el teatro de la guerra. Si Estados Unidos detenía el bombardeo e iniciaba negociaciones con China y la Unión Soviética, además de con sus aliados y enemigos asiáticos, podría haber una paz con honor.

Después de escuchar aquellas fascinantes herejías durante noventa minutos, McNamara tomó tres fatídicas decisiones: pidió a la CIA que elaborara un orden de batalla, una estimación de las fuerzas enemigas formadas contra Estados Unidos; les dijo a sus ayudantes que empezaran a redactar una historia secreta de la guerra desde 1954 (los célebres «papeles del Pentágono»), y cuestionó lo que se estaba haciendo en Vietnam. El 19 de septiembre, McNamara telefoneó al presidente y le dijo: «Estoy cada vez más convencido de que debemos planificar definitivamente el fin de los bombardeos en el Norte. Creo que también deberíamos planificar, como ya había mencionado antes, la fijación de un límite para nuestros niveles de fuerzas. No creo que debamos limitarnos a encarar el futuro y decir que vamos a ir cada

vez a más, y más, y más, y más… seiscientos mil, setecientos mil, cueste lo que cueste».[5] La única respuesta del presidente fue un gruñido ininteligible.

McNamara llegaría a entender, aunque demasiado tarde, que Estados Unidos había subestimado drásticamente la fuerza de los insurgentes que mataban a soldados estadounidenses en Vietnam; un error fatal que muchos años después volvería a repetirse en Irak. El estudio sobre el orden de batalla que encargó desataría una enorme polémica entre los comandantes militares destacados en Saigón y los analistas de la CIA en el cuartel general de la agencia. ¿Se enfrentaba Estados Unidos a un total de menos de trescientos mil combatientes comunistas en Vietnam, como sostenían los militares, o a más de medio millón, como creían la mayoría de los analistas?

La diferencia se hallaba en el número de guerrilleros, irregulares, milicianos…, es decir, de soldados sin uniforme. Si el enemigo realmente poseía unos efectivos de medio millón de hombres después de dos años de incesantes bombardeos por parte de los aviones estadounidenses y de intensos ataques por parte de las tropas estadounidenses, ello constituiría un signo de que realmente no se podía ganar la guerra. El extremo opuesto venía representado por un artículo de fe del general William Westmoreland, el comandante militar estadounidense en Vietnam del Sur, y su ayudante, Robert Komer. Este último, conocido como «Soplete Bob», era un miembro fundador de la CIA que ahora dirigía la nueva y rápida campaña de contrainsurgencia de Westmoreland, que tenía el nombre clave de «Fénix». Enviaba constantemente memorandos confidenciales a Johnson diciendo que la victoria estaba a la vuelta de la esquina. La verdadera cuestión, afirmaba, no era si Estados Unidos iba a ganar, sino con qué rapidez deseaba hacerlo.

Las discusiones se prolongaron durante meses. Finalmente, Helms sacó a Carver de Saigón y le envió a entrevistarse con Westmoreland y Komer. Pero las conversaciones no fueron bien; los militares se cerraban en banda. El 11 de septiembre de 1967 la discusión llegó a su apogeo.

«Lo que tenéis que hacer es largaros», le dijo Komer a Carver en un

monólogo de una hora de duración mientras cenaban.[6] La verdad «crearía un desastre público y desharía todo lo que hemos estado tratando de lograr ahí fuera». Carver le envió un cable a Helms explicándole que los militares no daban su brazo a torcer. Tenían que demostrar que estaban ganando. Le habían recalcado «su frustrante incapacidad de convencer a la prensa (y, por ende, a la opinión pública) de los grandes progresos que se estaban haciendo, así como de la importancia capital de no decir nada que desdijera esa imagen de progreso», según le informó Carver al director. Cuantificar el número de combatientes irregulares del Vietcong en Vietnam del Sur «produciría un total políticamente inaceptable de más de cuatrocientos mil». Dado que los militares tenían «un total predeterminado, fijado en función de las relaciones públicas, no podemos ir más allá (a menos que me dé instrucciones en sentido contrario)».

Helms sentía una acuciante presión para que jugara en equipo y adaptara el informe de la CIA a la política presidencial. Y al final cedió, diciendo que el número «no significaba una mierda». Oficialmente, la agencia aceptó la falsa cifra de 299.000 fuerzas enemigas, o menor. «Ahora se ha cuadrado el círculo», cablegrafió Carver al director.

La supresión y falsificación de los informes sobre Vietnam tenía una larga historia. Ya en la primavera de 1963, John McCone había sufrido una enorme presión por parte del Pentágono para echar por tierra una estimación pesimista que hablaba de «una enorme debilidad» en el gobierno de Vietnam del Sur, incluyendo la baja moral entre las tropas, un servicio de inteligencia terrible y la infiltración del ejército por parte de los comunistas. La CIA rescribió la estimación de forma que dijera: «Creemos que los progresos comunistas se han visto entorpecidos y que la situación está mejorando».[7] Pero en realidad la CIA no creía tal cosa. Unas semanas después estallaron las revueltas de Hue, a las que siguieron la autoinmolación de budistas y el complot para deshacerse de Diem.

Las presiones no cesaban; el nuevo asesor de seguridad nacional del presidente, Walt Rostow, ordenaba constantemente a la CIA que

fabricara buenas noticias sobre la guerra para la Casa Blanca. ¿De qué lado están ustedes?, gruñía Rostow. Pero el mismo día en que Helms cuadraba el círculo, enviaba también un estudio brutalmente honesto de la CIA al presidente Johnson. «El documento adjunto es delicado, especialmente si se filtrara su existencia —empezaba diciendo la carta de Helms al presidente—. No se ha facilitado, ni se facilitará, a ningún otro funcionario del gobierno.» El propio título del informe, «Consecuencias de un resultado desfavorable en Vietnam», resultaba explosivo. «La convincente proposición —decía— era que Estados Unidos, actuando dentro de los límites impuestos por sus tradiciones y sus posturas públicas, no puede aplastar un movimiento revolucionario que es suficientemente grande, entregado, competente y bien respaldado ... La estructura de la fuerza militar estadounidense se adapta mal a una guerra de guerrillas librada por un adversario resuelto, ingenioso y astuto. Este no es un descubrimiento nuevo.»[8]

En Saigón, los mejores agentes de la CIA estaban haciendo su propio descubrimiento. Cuanta más información de inteligencia recopilaban, más conscientes eran de lo poco que sabían.

Pero para entonces poco importaba ya lo que la CIA explicara a Washington. Nunca había habido una guerra en la que se depositara tanta información de inteligencia en manos de los comandantes: documentos capturados al enemigo, interrogatorios brutales de prisioneros de guerra, escuchas electrónicas, reconocimiento aéreo, informes de campaña llegados a la base de Saigón a través de la sangre y el barro del frente, minuciosos análisis, estudios estadísticos, síntesis trimestrales de todo lo que sabían la CIA y los comandantes militares estadounidenses. Actualmente, una vieja fábrica de torpedos situada no muy lejos del Pentágono almacena 13 kilómetros de microfilmes, que representan solo una pequeña parte de los archivos de la inteligencia norteamericana sobre la guerra.

Nunca tanta cantidad de información de inteligencia había servido para tan poco. El rumbo de la guerra se había marcado a través de una serie de mentiras que los líderes de Estados Unidos se contaron a sí mismos y al pueblo estadounidense. La Casa Blanca y el Pentágono seguían tratando de convencer a la gente de que la guerra iba bien.

Pero con el tiempo habrían de prevalecer los hechos de la realidad.

23

«Una bomba H política»

El 13 de febrero de 1967, Richard Helms estaba en Alburquerque, al final de una larga jornada que había dedicado a recorrer los laboratorios de armamento nuclear de Estados Unidos, cuando un agente de comunicaciones de la CIA sumamente agitado se reunió con él en su habitación del hotel con un mensaje de la Casa Blanca: tenía que volver a Washington de inmediato.

Una pequeña revista mensual de izquierdas llamada *Ramparts* estaba a punto de publicar una noticia en la que se afirmaba que la Asociación Nacional de Estudiantes, un respetado grupo que unía a estudiantes norteamericanos en todo el mundo, llevaba años recibiendo un generoso estipendio de la agencia. El cuartel general de la CIA acababa de advertir a la Casa Blanca de que iba a estallar una tormenta «en torno a la implicación de la CIA en organizaciones voluntarias y fundaciones privadas. Probablemente la CIA sería acusada de interferir impropiamente en los asuntos nacionales, y de manipular y poner en peligro a jóvenes inocentes. La Administración probablemente se verá atacada».[1]

Cuando se publicó la noticia, el presidente Johnson anunció de inmediato que Nick Katzenbach, el número dos del Departamento de Estado, dirigiría una revisión exhaustiva de las relaciones que la CIA había forjado con las organizaciones voluntarias privadas de Estados Unidos. Dado que Helms era el único que sabía exactamente qué había ocurrido, «LBJ [Lyndon B. Johnson] me adjudicó la responsabilidad de sacarle las castañas del fuego a la agencia».[2]

James Reston, del *New York Times*, señalaba intencionadamente que los vínculos de la CIA con algunas emisoras de radio, publicaciones y sindicatos cuyos nombres no mencionaba se hallaban ahora en peligro. En poco tiempo, el trabajo secreto de dos décadas de la CIA

quedó al descubierto.

Radio Europa Libre, Radio Libertad y el Congreso por la Libertad Cultural se revelaron como creaciones de la agencia. Todas las pequeñas revistas influyentes que habían florecido bajo la bandera de la izquierda progresista anticomunista, todos los grupos eminentemente respetables que habían servido de canales para el tráfico de dinero y de personas de la CIA, como la Fundación Ford y la Fundación Asia, se hallaban interrelacionadas en un rastro documental de empresas ficticias y organizaciones tapadera vinculadas a la CIA. De modo que cuando una de ellas quedaba expuesta, todas lo hacían.

Las emisoras de radio seguramente vinieron a representar las operaciones de guerra política más influyentes de toda la historia de la agencia. La CIA había gastado cerca de 400 millones de dólares en subvencionarlas, y tenía razones para creer que había millones de oyentes tras el telón de acero que apreciaban todas y cada una de las palabras que emitían. Pero su legitimidad se vio debilitada cuando se reveló su carácter de frecuencias vinculadas a la agencia.

La agencia había construido un castillo de naipes, y Helms lo sabía. Los apoyos de la CIA a emisoras de radio y a fundaciones representaban algunos de los mayores programas de acción encubierta realizados por la agencia. Pero no había en ellos nada auténticamente clandestino. Diez años antes, Helms había hablado con Wisner acerca de la posibilidad de ir reduciendo poco a poco las subvenciones secretas y dejar que fuera el Departamento de Estado el que manejara las emisoras de radio. Habían acordado tratar de convencer de ello al presidente Eisenhower, pero luego lo habían dejado correr. Desde 1961, el secretario de Estado Dean Rusk había estado advirtiendo de que los millones de dólares que afluían de la CIA a diversos grupos de estudiantes y fundaciones privadas eran «motivo corriente de habladurías, o eran conocidos, tanto aquí como en el extranjero».[3] Durante un año, *Ramparts* había estado en el radar de la agencia; Helms le había enviado un memorando a Bill Moyers, en la Casa Blanca, en el que se detallaba el comportamiento personal y político de sus editores y reporteros.

Pero la CIA no era la única parte culpable de negligencia cuando se

trataba del control de la acción encubierta. Durante años, la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado habían sido incapaces de vigilar a la agencia. Se habían iniciado más de trescientas grandes operaciones encubiertas desde la toma de posesión del presidente Kennedy, y a excepción de Helms, nadie que estuviera en el poder había sabido demasiado de ellas. «Carecemos de los detalles adecuados acerca de cómo hay que realizar determinados programas y carecemos de una revisión constante de los principales programas en curso», informaba el 15 de febrero de 1967 un funcionario de inteligencia del Departamento de Estado.[4]

Los mecanismos creados para vigilar a la CIA y someter su servicio clandestino a la autoridad presidencial no funcionaban. Jamás lo habían hecho. En la Casa Blanca, en el Departamento de Estado, en el Departamento de Justicia y en el Congreso existía la creciente sensación de que la agencia había quedado ligeramente fuera de control.

«EN LO QUE PIENSAN CONCRETAMENTE ES EN MATARLO»

El 20 de febrero de 1967, el presidente telefoneó al fiscal general en funciones, Ramsey Clark.

Cinco semanas antes, Lyndon Johnson y el columnista independiente Drew Pearson habían mantenido una conversación extraoficial de una hora de duración en la Casa Blanca.[5] No en vano la columna de Pearson se titulaba «El tiovivo de Washington», ya que había hecho bailar la cabeza del presidente con una noticia sobre el mafioso John Rosselli, amigo leal del agente de la CIA Bill Harvey, que a su vez era enemigo declarado del senador Robert F. Kennedy.

«Esta noticia que está circulando acerca de que la CIA … envía gente a encargarse de Castro —le dijo Johnson a Ramsey Clark— resulta increíble.»[6] Este le repitió la historia tal como la había oído: «Tienen un hombre que está implicado, que fue traído por la CIA, junto con varios otros, y entrenado por la CIA y el fiscal general para asesinar a Castro después de lo de la bahía de Cochinos … Tenían unas píldoras».

Todas y cada unas de estas palabras eran ciertas. Pero la historia no terminó ahí, ya que aquello llevó a Johnson a una terrible e infundada conclusión: Castro había capturado a los conspiradores y los había «torturado. Y ellos se lo contaron todo ... De modo que él dijo: "Vale, vamos a encargarnos de eso". Así que llamó a Oswald y a un grupo de dentro, y les dijo que ... hicieran el trabajo». El «trabajo», obviamente, era el asesinato del presidente Kennedy.

Johnson le dijo a Ramsey Clark que descubriera qué era lo que sabía el FBI sobre las conexiones entre la CIA, la Mafia y Bobby Kennedy.

El 3 de marzo, la columna de Pearson informaba de que «El presidente Johnson está sentado sobre una bomba H política; fuentes sin confirmar informan de que el senador Robert Kennedy podría haber aprobado un complot de asesinato que luego se habría vuelto contra su difunto hermano». Aquello dejó helado a Bobby Kennedy. Al día siguiente, él y Helms comieron juntos, y el director llevó la única copia del único memorando de la CIA donde se vinculaba a Kennedy con el complot mafioso contra Castro.

Dos días después, el FBI completó un informe para el presidente con el cáustico título de «Las intenciones de la Agencia Central de Inteligencia de enviar matones a Cuba para asesinar a Castro». El informe era claro y conciso: la CIA había tratado de matar a Castro; había contratado a miembros de la Mafia para hacerlo; Robert Kennedy, en su calidad de fiscal general, estaba al tanto de la evolución del complot de la CIA, y conocía a los mafiosos implicados.

El presidente Johnson estuvo reflexionando sobre el asunto durante dos semanas antes de ordenar a Helms que emprendiera una investigación oficial de los complots contra Castro, Trujillo y Diem. Helms no tuvo elección. Le dijo al inspector general de la CIA, John Earman, que se pusiera manos a la obra. Uno por uno, Earman fue llamando a su despacho al puñado de hombres que sabían lo ocurrido, y uno por uno fue recopilando expedientes de la CIA hasta reunir poco a poco una versión detallada.

El secretario de Estado Rusk ordenó al jefe de la oficina de inteligencia del Departamento de Estado, Tom Hughes, que realizara su propia revisión independiente de las operaciones encubiertas de la

CIA. El 5 de mayo, Hughes se reunió con Rusk y Katzenbach en el despacho del secretario de Estado, iluminado con una lámpara de araña. Los tres hombres sopesaron la conveniencia de que el presidente realizara fuertes recortes en el servicio clandestino. Hughes había llegado a creer que comprar a políticos extranjeros, apoyar golpes de Estado en países extranjeros y proporcionar armas a rebeldes extranjeros eran actividades que podían socavar los valores estadounidenses. Propuso que Estados Unidos recortara las operaciones encubiertas «hasta un mínimo irreducible».[7] Estas solo se deberían llevar a cabo cuando «los resultados potenciales sean esenciales para la seguridad nacional o los intereses nacionales; que sean de tal valor que supere significativamente a los riesgos, y no puedan obtenerse eficazmente de ninguna otra manera». Rusk transmitió esas ideas a Richard Helms, que no se opuso demasiado a ellas.

Aquella misma semana, Helms leyó minuciosamente el borrador de 133 páginas del informe del inspector general de la CIA. En él se decía que los asesinos de Diem y de Trujillo habían sido «alentados, aunque no controlados, por el gobierno de Estados Unidos». En cambio, diseccionaba con sombrío detalle los complots contra Castro. «No está de más insistir en la medida en que los agentes responsables de la agencia se sintieron sometidos a las fuertes presiones de la administración Kennedy para que hicieran algo con respecto a Castro —rezaba—. Hemos encontrado a personas que hablan vagamente de "hacer algo con respecto a Castro", cuando es obvio que en lo que piensan concretamente es en matarlo.» Aunque las presiones habían venido de los más altos niveles del gobierno, el informe guardaba silencio en torno a la cuestión de la autorización presidencial. El único hombre que podía dar una respuesta definitiva, el senador Robert F. Kennedy, estaba ocupado en aquel momento defendiendo un proyecto de ley para aumentar las sanciones federales contra quienes ultrajaran la bandera estadounidense.

El informe implicaba a todos los agentes vivos de la CIA que en un momento u otro habían sido jefes del servicio clandestino —Allen Dulles, Richard Bissell, Richard Helms y Desmond FitzGerald— en

diversas conspiraciones para cometer asesinato. Atribuía una responsabilidad especialmente grave a FitzGerald, afirmando que este había prometido personalmente rifles de alta potencia con mira telescópica al agente cubano Rolando Cubela, que había jurado matar a Castro, la misma semana en que fue asesinado el presidente Kennedy. FitzGerald lo negó vehementemente, pero había muchas probabilidades de que mintiera.

El 10 de mayo, Helms metió sus notas manuscritas sobre el informe del inspector general en su maletín y se fue a ver al presidente. No se sabe de la existencia de ningún registro de su conversación. El 23 de mayo, Helms declaró ante el subcomité sobre la CIA del senador Richard Russell. Este último, que sabía más que ningún foráneo de los asuntos de la agencia y estaba más próximo al presidente Johnson que ningún otro hombre de Washington, le formuló a Helms una pregunta del todo intencionada en el contexto del asesinato político. Le preguntó por la «capacidad [de la CIA] para hacer guardar silencio a sus antiguos empleados».[8]

Helms regresó aquel mismo día al cuartel general de la agencia y se aseguró de que se destruyeran todos los documentos creados por la investigación del inspector general. Luego puso la única copia del informe a salvo en su caja fuerte, donde permanecería sin que nadie la tocara durante los seis años siguientes.

Helms era muy consciente de que el agente de la CIA que conocía los hechos potencialmente más perjudiciales sobre la conspiración de Castro era el peligrosamente inestable Bill Harvey, que había sido destituido de su puesto de jefe de la base de Roma por su embriaguez crónica, pero que seguía en nómina, dando tumbos por los pasillos del cuartel general de la agencia. «Bill solía presentarse en algunas reuniones después de haber empinado el codo —decía Red White, el director ejecutivo de la CIA—. Se bebía una bañera de martinis.» White recordaría haberse reunido en el despacho de Helms con Des FitzGerald y Jim Angleton en la última semana de mayo de 1967. El tema había sido qué hacer con Harvey.[9] Lo sacaron de la agencia con el mayor cuidado y trataron de asegurarse de que tuviera una jubilación tranquila. El director de seguridad de la CIA, Howard

Osborn, se llevó al desmejorado agente a comer y luego informó de «su extremada amargura con respecto a la agencia y el director»,[10] y su predisposición a chantajearles a ambos si le acorralaban. Antes de morir, Harvey reaparecería para atormentar a la agencia.

«Un hombre obsesionado»

Era aquel un momento de gran riesgo profesional para Helms. A lo largo de la primavera de 1967 se enfrentó a otra crisis en el cuartel general de la agencia, tan grave como la bomba de relojería de los complots de asesinato. Algunos de sus mejores agentes habían iniciado una rebelión interna contra las teorías de conspiración de Jim Angleton.

Durante más de una década, ya incluso desde que Angleton obtuviera, con la ayuda de Israel, una copia del discurso secreto de Jruschov denunciando a Stalin, había disfrutado de un estatus elevado en la CIA. Todavía controlaba los asuntos israelíes y el enlace con el FBI, lo que venía a unirse a su papel crucial como jefe del contraespionaje, el hombre que protegía a la agencia frente a la infiltración por parte de espías comunistas. Pero su visión de un «complot maestro» orquestado por Moscú había empezado a envenenar la atmósfera de la agencia. Un documento secreto de la CIA sobre el período de Richard Helms como director de la central de inteligencia, desclasificado en febrero de 2007, revela con detalle la naturaleza exacta del trabajo de Angleton en el cuartel general:

> A mediados de la década de 1960, Angleton había llegado a tener una serie de opiniones que, de ser acertadas, auguraban graves consecuencias para Estados Unidos. Angleton creía que la Unión Soviética, guiada por el grupo de líderes más hábiles que jamás habían servido a un gobierno, era implacable en su hostilidad hacia Occidente. El comunismo internacional seguía siendo monolítico, y los informes sobre una ruptura entre Moscú y Pekín no eran sino parte de una elaborada «campaña de desinformación». Un «Bloque Socialista integrado y resuelto» —escribía Angleton en 1966— debía fomentar falsas historias de «escisiones, evolución, luchas de poder, desastres económicos [y] un comunismo bueno y uno malo» a fin de presentar al confundido Occidente «un laberinto de espejos». Una vez que este programa de engaño estratégico hubiera logrado fragmentar la solidaridad de Washington, a Moscú le resultaría cosa fácil liquidar una a una a las naciones del mundo libre. Solo los

> servicios de inteligencia occidentales, en opinión de Angleton, podían contrarrestar este desafío y evitar el desastre. Y dado que los soviéticos se habían infiltrado en todos y cada uno de dichos servicios, el destino de la civilización occidental se hallaba en gran medida en las manos de los expertos del contraespionaje.[11]

Angleton era poco sólido; «un hombre de ideas vagas e inconexas, cuyas teorías, cuando se aplicaban a asuntos de interés público, resultaban manifiestamente poco merecedoras de una consideración seria»,[12] según concluiría posteriormente una evaluación oficial de la CIA. Las consecuencias de creer en él eran graves. En la primavera de 1967, estas incluían el continuado encierro de Yuri Nosenko, el disidente soviético que se hallaba ya en su tercer año de encarcelamiento ilegal en condiciones infrahumanas en una prisión de la CIA; una cascada de falsas acusaciones contra agentes de alto rango de la división soviética de la agencia de los que se sospechaba, erróneamente, que espiaban para Moscú, y la negativa a aceptar la palabra de ninguno de los disidentes y agentes reclutados soviéticos. «Los empleados leales de la agencia se hallan bajo sospecha de traición solo basándose en coincidencias y endebles evidencias circunstanciales —afirma la historia secreta sobre los años de Helms —. Se habían cerrado operaciones en curso contra objetivos soviéticos, y se habían frenado otras, debido a la convicción de que el Kremlin, advertido por un topo dentro de la CIA, había doblado la mayoría de los activos de la agencia. Se ignoraba la valiosa información proporcionada por los disidentes y por diversas fuentes consolidadas, por temor a que estuviera contaminada.»[13]

En el seno del servicio clandestino se desarrollaba una pequeña pero decidida resistencia a Angleton. «En lugar de ser desinformados por el enemigo, nos engañamos a nosotros mismos»,[14] advertía un agente de alto rango de la división soviética llamado Leonard McCoy en un memorando que Helms leyó por primea vez en abril de 1967; en él informaba a Helms de que la postura de Angleton había provocado una completa «parálisis de nuestro esfuerzo soviético». En mayo, Howard Osborn, director de la Oficina de Seguridad de la CIA, advertía de que el caso Nosenko constituía una abominación tanto jurídica como moral. Helms le pidió al subdirector de la central de

inteligencia, almirante Rufus Taylor, que tratara de resolver el caso. Después Taylor le informó de que Nosenko no era en absoluto un agente doble, que la división soviética de la CIA se estaba desmoronando, y que Helms tenía que liberar al prisionero y hacer unos cuantos cambios de personal importantes para despejar la atmósfera.

Angleton y su personal casi no elaboraban informes de inteligencia para el resto de la agencia; él se consideraba el destinatario último de su trabajo y se negaba a divulgar sus conclusiones por escrito. Había saboteado a los jefes de base de toda Europa, había socavado los servicios de inteligencia extranjeros y había emponzoñado el ambiente en el cuartel general, y todo ello sin «la más mínima evidencia que respaldara la posibilidad de que hubiera entonces o de que hubiera habido nunca»[15] un topo dentro de la división soviética de la agencia, tal como manifestaba en vano Rolfe Kingsley, el recién nombrado jefe de la división durante el mandato de Helms. Este último creía, en palabras del almirante Taylor, que «Jim era un hombre obsesionado … Helms deploraba esa obsesión, pero consideraba que Angleton era un hombre tan valioso y tal difícil de reemplazar, que sus demás atributos superaban las desventajas de dicha obsesión».[16]

Pese a las carreras arruinadas, las vidas dañadas y el propio caos que creó Angleton, Helms nunca perdió la fe en él. ¿Por qué? En primer lugar porque, que se sepa, durante los veinte años en los que Angleton fue el responsable del contraespionaje no hubo ni un solo traidor o espía soviético que se infiltrara en la CIA, y Helms le estaría eternamente agradecido por ello. Y en segundo lugar, y como aclara por primera vez la historia secreta de la CIA sobre el mandato de Helms, Angleton fue en parte responsable del que sería su mayor triunfo como director de la central de inteligencia: la acertada previsión por parte de la agencia de la guerra de los Seis Días.

El 5 de junio de 1967, Israel lanzó un ataque sobre Egipto, Siria y Jordania. Y la CIA lo había visto venir. Los israelíes habían estado diciendo a la Casa Blanca y al Departamento de Estado norteamericano que se hallaban en gran peligro. Helms le explicó al

presidente Johnson que aquella era una jugada calculada, una mentirijilla contada con la esperanza de obtener el apoyo directo del ejército estadounidense. Para gran alivio de Johnson, Helms dijo que Israel atacaría en el momento y lugar escogidos, y que era muy probable que ganara con bastante rapidez, prácticamente en cuestión de días. La fuente última de aquella confiada predicción era Angleton, que la había obtenido de sus amigos situados en los más altos niveles de la inteligencia israelí, y se la había transmitido directa y exclusivamente a Helms. Y en efecto fue así. «La posterior certeza de su predicción consolidó la reputación de Helms en la Casa Blanca de Johnson —registraba la historia de la CIA—. La experiencia representó casi con toda certeza el punto culminante del trabajo de Helms como director. Y también reforzó la estimación de Angleton a los ojos del director de la central de inteligencia.»[17]

Johnson quedó debidamente impresionado por aquel raro acierto. Y Helms relataría con orgullo a los historiadores de la CIA que Johnson, por primera vez en su presidencia, se dio cuenta de que «la inteligencia tenía un papel en su vida, y un papel importante ... Era la primera vez que se sentía impresionado por el hecho de que “esos tíos de la inteligencia tengan algunas ideas que los otros no tienen”».[18]

Johnson le ofreció a Helms un sitio en los almuerzos presidenciales de los martes —la mejor mesa de la ciudad y el más alto consejo de gobierno, lo que Helms denominaba el «mágico círculo interior»— junto al secretario de Estado, el secretario de Defensa y el presidente de la Junta de Jefes. Durante los dieciocho meses siguientes, una vez por semana, la CIA tendría precisamente lo que más necesitaba: la atención del presidente de Estados Unidos.

«Una enorme cantidad de tuberías»

Helms quería mantener bajo control los secretos de la CIA en el ámbito nacional. Y a tal efecto, no quería que hubiese sorpresas en el extranjero. En las condiciones políticas predominantes, muchas de las operaciones encubiertas de la agencia eran potenciales bombas H.

En junio de 1967, Helms le dijo a Desmond FitzGerald que evaluara todas y cada una de las operaciones encubiertas extranjeras de la CIA, asegurándose de que el secretismo que las rodeaba estuviera garantizado, y que clausurara todas las que pudieran quedar al descubierto. La agencia no estaba en condiciones de resistir otro escándalo ni de arriesgarse a ser objeto del escrutinio público. Las presiones ejercidas sobre FitzGerald, aparte de la responsabilidad que había recaído sobre él por la investigación interna de los complots contra Castro, resultaron ser demasiado grandes. Cinco semanas después, un ataque al corazón acabó con su vida mientras jugaba al tenis con el embajador británico. Como Frank Wisner, tenía cincuenta y seis años cuando murió.

Tras el entierro de FitzGerald, Helms eligió a un viejo y leal amigo para que dirigiera el servicio clandestino: Thomas Hercules Karamessines, «Tom K.» para los amigos, miembro fundador de la CIA y ex jefe de la base de Atenas, que vivía constantemente afligido por un dolor agobiante debido a una deformación de la columna vertebral. Juntos, en el verano y el otoño de 1967, los dos hombres prosiguieron con la revisión de las operaciones encubiertas de la CIA en todo el mundo. Ningún país en la tierra era territorio neutral, y Helms aspiraba a dar un alcance global a la agencia.

En Saigón, la CIA acababa de iniciar una operación tremendamente delicada, aprobada por el presidente Johnson, y que recibía el nombre clave de «Ranúnculo»;[19] la agencia trataba de sondear las posibilidades de paz en Vietnam del Norte devolviendo a Hanoi a un prisionero de guerra del Vietcong políticamente entrenado con un transmisor de radio clandestino y con el objetivo de iniciar conversaciones en los más altos niveles con el enemigo. Pero no había conseguido nada. Asimismo, la CIA había creado y dirigido el Partido Comunista local de varios países pro norteamericanos —entre ellos, Panamá—, confiando en que los líderes de dichos partidos serían invitados a Moscú y descubrirían de primera mano los secretos de la doctrina soviética.[20] Pero las lecciones aprendidas en la interminable batalla por infiltrarse en el Kremlin eran escasas. Por otra parte, Helms trataba de crear el primer cuadro mundial de

agentes de la CIA especialmente encubiertos, es pías que trabajaban sin la protección de un pasaporte diplomático, haciéndose pasar por abogados o por viajantes de alguna de las quinientas grandes empresas estadounidenses. El programa, que recibía el nombre clave de «Globo», llevaba cinco años en marcha, pero apenas había más de una docena de dichos agentes deambulando por el planeta.[21]

Las buenas operaciones tardaban años en realizarse. «Tienes que conseguir la infraestructura, conseguir a la gente que ha de trabajar contigo —explicaría Helms en cierta ocasión—. Existe una enorme cantidad de tuberías que hay que meter en la estructura si pretendes tener alguna posibilidad de éxito.»[22]

Pero la paciencia, la persistencia, el dinero y la astucia por sí solos no bastaban para combatir al comunismo. Había que poner armas de verdad en manos de los gobernantes amistosos, así como en las de su policía secreta y fuerzas paramilitares entrenadas por la CIA. El presidente Eisenhower había creado un plan para dejar contento a todo el mundo, denominado Programa de Seguridad Interna Extranjera y dirigido por la CIA conjuntamente con el Pentágono y el Departamento de Estado. El hombre que había escrito el manifiesto de la misión —«un enfoque democrático, desinteresado y a menudo incondicional para ayudar a otros países a ayudarse a sí mismos»— era un miembro de la propia agencia, Al Haney, el embaucador de la base de Seúl y comandante de la Operación Éxito en Guatemala.

Haney proponía controlar el globo armando a los aliados de Estados Unidos en el Tercer Mundo. «Ha habido acusaciones en el sentido de que resulta moralmente erróneo que Estados Unidos ayude a regímenes no democráticos a reforzar sus sistemas de seguridad, contribuyendo con ello a consolidarlos en el poder», sostenía.[23] Pero «Estados Unidos no puede permitirse el lujo moral de ayudar solo a aquellos regímenes del mundo libre que se adaptan a nuestros ideales de autogobierno. Elimínense todas las monarquías absolutas, dictaduras y juntas del mundo libre, y cuéntense los [regímenes] que quedan, y debería hacerse evidente de inmediato que Estados Unidos iría directo hacia el aislamiento».

El programa supuso el entrenamiento de 771.217 militares y

policías extranjeros en veinticinco países. Donde encontró el terreno más fértil fue en las naciones en las que la acción encubierta de la CIA había preparado el terreno. Esta había ayudado a crear la policía secreta de Camboya, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Irán, Irak, Laos, Perú, las Filipinas, Corea del Sur, Vietnam del Sur y Tailandia. En cada uno de esos países, los ministerios del Interior y la policía nacional trabajaban en estrecho contacto con la base de la CIA. La agencia estableció también una academia de policía internacional en Panamá y una «escuela de bombas» en Los Fresnos, Texas, que entrenaba a agentes de Centro y Sudamérica. Entre sus graduados se incluirían los futuros jefes de los escuadrones de la muerte de El Salvador y Honduras.

A veces solo había un paso desde las aulas hasta la cámara de tortura. La agencia pisaba un «terreno peligroso», en palabras de Robert Amory, jefe de la dirección de inteligencia de la CIA durante los mandatos de Eisenhower y Kennedy. «Puedes caer en tácticas tipo Gestapo.»[24]

En la década de 1960, el ámbito de trabajo de la CIA se había expandido espectacularmente por Latinoamérica. «Castro fue el catalizador —diría Tom Polgar, el veterano de la base de Berlín que luego sería jefe del departamento de inteligencia exterior de la división latinoamericana entre 1965 y 1967—. La CIA y las clases adineradas de Latinoamérica tenían una cosa en común: ese miedo.»[25]

«Mi misión era utilizar las bases latinoamericanas como medio para recabar información de inteligencia sobre la Unión Soviética y sobre Cuba —diría Polgar—. Para hacer eso, has de tener un gobierno relativamente estable que coopere con Estados Unidos.»

La CIA estaba respaldando a los líderes de once países latinoamericanos: Argentina, Bolivia, Brasil, la República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Guyana, Honduras, Nicaragua, Perú y Venezuela. Una vez que ocupaba el poder un gobierno amistoso, el jefe de base de la CIA tenía cinco caminos para mantener la influencia estadounidense sobre los líderes extranjeros: «Te conviertes en su servicio de inteligencia exterior —explicaría Polgar—. Ellos no saben lo que

ocurre en el mundo; de modo que les das un resumen semanal, amañado para adaptarse a sus sensibilidades. Dinero; eso siempre es bienvenido. Aprovisionamiento: juguetes, juegos, armas… Entrenamiento. Y luego siempre puedes llevarte a un grupo de oficiales a Fort Bragg o a Washington; unas maravillosas vacaciones».

La agencia mantenía la postura, convenientemente declarada en una estimación formal firmada por Richard Helms, de que las juntas militares latinoamericanas eran buenas para Estados Unidos.[26] Estas constituían la única fuerza capaz de controlar las crisis políticas. La ley y el orden eran mejores que la lucha descontrolada por la democracia y la libertad.

En la época de Lyndon Johnson, las misiones de contrainsurgencia iniciadas por los Kennedy arraigaron allí donde previamente habían florecido los programas de seguridad interna de Eisenhower y la CIA había instaurado a aliados militares y políticos. En 1967, a través de su meticuloso cultivo de dictadores en dos continentes, la CIA obtuvo una de sus mayores victorias en toda la guerra fría: dar caza al Che Guevara.

«Recuerde que está matando a un hombre»

El Che era un emblema viviente para los soldados y espías de la revolución cubana. Estos servían en avanzadillas tan remotas como el Congo, donde el poder del hombre fuerte del régimen, Joseph Mobutu, se veía amenazado por una variopinta fuerza rebelde conocida como los «simbas», cuyos guerreros habían secuestrado al jefe de la base de la CIA en Stanleyville (Kisangani), en 1964.

El Congo era uno de los reñideros de la guerra fría, y Mobutu y la agencia trabajaban en estrecha armonía. Gerry Gossens, el número tres de la CIA en el Congo, propuso que crearan una nueva fuerza para combatir la influencia soviética y cubana en África. «Mobutu me dio una casa, siete agentes y seis Volkswagen, y yo les enseñé a realizar tareas de vigilancia —diría Gossens—. Creamos un servicio congoleño bajo las órdenes de la CIA. Los dirigimos. Los organizamos. A la larga,

con la bendición del presidente, pagamos sus gastos operativos. Yo cogía la recaudación, la examinaba, la cuadraba y se la pasaba a Mobutu.»[27] Este conseguía todo lo que quería de la CIA —dinero y armas, aviones y pilotos, un médico personal, y la seguridad política de una estrecha relación con el gobierno estadounidense— y mientras tanto la agencia podía construir sus bases y cuarteles en el corazón de África.

En una clásica batalla de las de la guerra fría, el Che y sus cubanos se enfrentaron a la CIA y sus cubanos en las costas occidentales del lago Tanganica, en el corazón del continente africano.[28] Las fuerzas de la agencia, equipadas con fusiles sin retroceso y aviones de combate, atacaron a varios miles de simbas y alrededor de un centenar de soldados cubanos del Che. Bajo el fuego enemigo, el Che pidió instrucciones a Fidel. «Evitad la aniquilación», fue el consejo del «jefe máximo».

El Che realizó entonces una ignominiosa retirada. En su huida, cruzó el Atlántico con la idea de encender la llama de la revolución en Latinoamérica. Acabaría en las montañas de Bolivia, donde sería localizado por la CIA.

Un general derechista, René Barrientos, había tomado el poder en aquel país desesperadamente pobre, respaldado por más de un millón de dólares de la CIA.[29] El dinero servía «para fomentar —en palabras de la agencia— un gobierno estable que se incline favorablemente hacia Estados Unidos» y «para apoyar los planes de la Junta gobernante para pacificar el país». El general aplastaba a sus oponentes cada vez con más contundencia. Bill Broe, jefe de la división latinoamericana del servicio clandestino, le escribía a Helms con satisfacción: «Con la elección de René Barrientos como presidente de Bolivia el 3 de julio de 1966, esta acción se ha completado satisfactoriamente». La CIA envió su expediente sobre Barrientos a la Casa Blanca; el asesor de seguridad nacional, Walt Rostow, se lo entregó al presidente y le dijo: «Esto es para explicarle por qué el general Barrientos puede darle las gracias cuando coma con él el próximo miércoles día 20».

En abril de 1967, Barrientos le había dicho al embajador

estadounidense, Douglas Henderson, que sus agentes estaban siguiendo la pista del Che en las montañas de Bolivia. Aquella semana, el embajador Henderson había ido a Washington y le había dado la noticia a Desmond FitzGerald. «Ese no puede ser el Che Guevara —le había respondido FitzGerald—. Creemos que el Che Guevara fue asesinado en la República Dominicana y está enterrado en una tumba anónima.»[30] Pese a ello, la CIA envió a dos cubanos veteranos de la bahía de Cochinos para que se unieran a la caza con un escuadrón de soldados bolivianos entrenados por Estados Unidos.

Uno de los cubanos de la CIA era Félix Rodríguez, que envió una serie de emocionantes boletines desde el frente de batalla. Sus mensajes, desclasificados en 2004, constituyen el único testimonio presencial contemporáneo de un enfrentamiento durante largo tiempo envuelto en el mito. Desde la aldea de Higueras, Rodríguez se comunicaba por radio con John Tilton, el jefe de la base de La Paz, que a su vez retransmitía las noticias a Bill Broe y Tom Polgar, en el cuartel general de la agencia. Sus informes iban luego a Helms, que los entregaba personalmente a la Casa Blanca.

El 8 de octubre de 1967, el Che fue capturado tras un enfrentamiento con los soldados bolivianos. Tenía una herida en la pierna, pero por lo demás estaba en buenas condiciones. Sus sueños de crear un Vietnam en Sudamérica se habían desvanecido en el altiplano de Bolivia. Sus captores se lo llevaron a una pequeña escuela. Rodríguez supo que el alto mando boliviano, en La Paz, decidiría la suerte del Che al día siguiente.

«Estoy logrando mantenerle vivo —informaba Rodríguez—, lo cual resulta muy difícil.»[31]

Al amanecer del día siguiente, Rodríguez trató de interrogar al Che, que estaba sentado en el suelo de la escuela, con el rostro entre las manos, las muñecas y los tobillos atados, y los cadáveres de dos compañeros cubanos junto a él. Hablaron del enfrentamiento en el Congo y del curso de la revolución cubana. El Che le dijo que Castro no había matado a más de mil quinientos enemigos políticos, aparte de los conflictos armados como el de la bahía de Cochinos. «“El gobierno cubano, obviamente, ejecutó a todos los líderes guerrilleros

que invadieron su territorio” —declaró el Che, siempre según Rodríguez—. Luego se detuvo con una expresión burlona en el rostro y sonrió al reconocer su propia posición en suelo boliviano —prosiguió Rodríguez—. Con su captura, el movimiento guerrillero había sufrido un aplastante revés … Insistió en que al final sus ideas vencerían … No tenía planeada ninguna ruta de salida desde Bolivia para el caso de fallar. Había decidido definitivamente fracasar o vencer.»

El alto mando envió la orden de matar al Che a las 11.50 de la mañana. «Guevara fue ejecutado con una ráfaga de disparos a las 13.15 —informó Rodríguez por radio a Tilton—. Sus últimas palabras fueron: “Díganle a mi esposa que se vuelva a casar y a Fidel Castro que la revolución resurgirá en América”. A su verdugo le dijo: “Recuerde que está matando a un hombre”.»

Tom Polgar era el agente de servicio en el cuartel general cuando Tilton llamó para dar la noticia de la muerte del Che. «¿Puede enviar huellas dactilares?», preguntó Polgar.[32]

«Puedo enviarle los dedos», fue la respuesta de Tilton. Los verdugos del Che le habían cortado las manos.

«NUESTRAS CONSIDERACIONES CAPITALES DEBEN SER LA DELICADEZA POLÍTICA…»

Hubo pocos de estos triunfos de los que pudieran jactarse Helms y sus hombres. Y en cualquier caso, estos se vieron superados por una multitud de errores. «Una vez más, las operaciones de la CIA han creado un importante problema», informaba la oficina de asuntos egipcios del Departamento de Estado a Luke Battle, el nuevo subsecretario de Estado para Oriente Próximo.[33] El gobernante de Egipto, Gamal Abdel Nasser, se quejaba —no por primera vez, y no sin motivo— de que la agencia estaba tratando de derrocar a su gobierno. «La CIA parece esperar que esos incidentes puedan ocultarse debajo de la alfombra —informaba el mensaje a Battle—. No debe permitirse que eso ocurra.»

Battle sabía lo que implicaba el trabajo de la CIA en Egipto. Había

sido embajador de Estados Unidos en dicho país cuando un despreocupado agente de enlace reveló imprudentemente la relación de la agencia con el editor de un destacado periódico de El Cairo llamado Mustafá Amin. Este había sido un personaje próximo a Nasser, y la CIA le había pagado por su información y por publicar noticias pro norteamericanas. El jefe de la base de El Cairo había mentido al embajador con respecto a la relación de la agencia con Amin. «Había estado en la nómina de Estados Unidos —diría Battle—. [34] Bruce Odell [el agente de la CIA en cuestión] se había estado reuniendo regularmente con Mustafá Amin. A mí se me había asegurado que en Egipto no se habían cambiado fondos, pero cuando Mustafá Amin fue arrestado, se hizo una fotografía de dicha transacción.» El caso saltó a los titulares de todo el mundo, destacando sobre todo el papel de Odell, que había estado trabajando bajo cobertura diplomática. Amin fue juzgado como espía, brutalmente torturado y encarcelado durante nueve años.

Helms trató de aumentar la confianza en el seno de la CIA. Había confiado en que el presidente Johnson viajaría a Langley, Virginia, para pronunciar un discurso en el cuartel general en septiembre de 1967, durante las ceremonias de celebración del vigésimo aniversario de la agencia. Pero Johnson jamás llegaría a hacer ni una sola visita a la agencia. Para la ceremonia envió al vicepresidente Humphrey, y este pronunció el característico discurso de ánimo. «Se os criticará —les dijo—. Las únicas personas a las que no se critica son las que no hacen nada, y yo odiaría ver que la agencia cae en ese estado.»[35]

La CIA no podía sobrevivir a las constantes críticas del propio gobierno, y mucho menos de la opinión pública. Su supervivencia dependía del secretismo. Cuando las operaciones descubiertas terminaban en los periódicos, erosionaban la fe en la agencia que aún pudiera quedar.

El 30 de septiembre de 1967, Helms estableció una serie de nuevas y estrictas directrices para la acción encubierta, y las envió a todas las bases. Por primera vez en la historia de la CIA, se dio instrucciones a los jefes de base y sus superiores de que pecaran por exceso de cautela. «Revisen todos los proyectos políticamente delicados», rezaba

la orden.[36] Asimismo, había que informar al cuartel general de las identidades de «políticos extranjeros, tanto del gobierno como de la oposición, así como de ciertos líderes militares, que están en la nómina encubierta de Estados Unidos». Ninguna cantidad de dinero gastada en la acción encubierta resultaba demasiado pequeña para informar de ella. «Nuestras consideraciones capitales deben ser la delicadeza política de la actividad y su coherencia con la política exterior estadounidense.»

Empezó a cortarse el envío de dinero a agentes extranjeros «quemados», periódicos de tercera, partidos políticos sin posibilidad de victoria y otras operaciones improductivas. El número de grandes operaciones de guerra política en Europa occidental empezó a reducirse. La CIA se centraría en la guerra caliente del sudeste asiático y en la guerra fría de Oriente Próximo, África y Latinoamérica.

Pero también en el propio territorio de Estados Unidos se estaba librando una guerra. El presidente acababa de pedirle a Helms que llevara a cabo la operación políticamente más delicada de todas: el trabajo de espiar a los propios estadounidenses.

El presidente Johnson temía que el movimiento antibélico pudiera acabar echándole de la Casa Blanca. Pero al final sería la propia guerra la que lo haría.

En octubre de 1967, un puñado de analistas de la CIA se unieron a la primera gran manifestación contra la guerra celebrada en Washington. El presidente consideraba a los manifestantes enemigos del estado; estaba convenido de que el movimiento pacifista estaba controlado y financiado por Moscú y Pekín. Y quería pruebas de ello. De modo que ordenó a Richard Helms que se las diera.

Helms le recordó a Johnson que la CIA tenía prohibido espiar a los propios estadounidenses. Según sus propias palabras, el presidente le respondió: «Soy muy consciente de ello. Lo que quiero que haga es encargarse del tema, y hacer lo que sea necesario para seguir la pista de los comunistas extranjeros que están detrás de esta intolerable injerencia en nuestros asuntos internos».[37] Es muy probable que Johnson se expresara en términos más claros.

En una flagrante violación de los poderes que la ley le atribuía, el

director de la central de inteligencia se convirtió en jefe de la policía secreta a tiempo parcial. La CIA inició una operación de vigilancia interna que tenía el nombre clave de «Caos». Duró casi siete años. Helms creó un nuevo Grupo de Operaciones Especiales encargado del espionaje de los propios estadounidenses, y lo ocultó astutamente entre las sombras del personal de contraespionaje de Angleton. Once agentes de la CIA se dejaron crecer el pelo, se aprendieron la jerga de la nueva izquierda y se infiltraron en grupos pacifistas tanto de Estados Unidos como de Europa. La agencia elaboró un índice informatizado de trescientos mil nombres de personas y organizaciones estadounidenses, además de extensos expedientes sobre siete mil doscientos ciudadanos. Asimismo, empezó a colaborar en secreto con los departamentos de policía de todo el territorio estadounidense. Incapaz de establecer una distinción clara entre la extrema izquierda y el grueso de la oposición a la guerra, se dedicó a espiar a todas las organizaciones importantes del movimiento en favor de la paz. Por orden del presidente, transmitida a través de Helms y del secretario de Defensa, la Agencia de Seguridad Nacional dirigió su inmensa capacidad de escucha contra los propios ciudadanos estadounidenses.

Cuarta parte

«Desháganse de esos payasos»

La CIA durante los mandatos de Nixon y Ford (1968-1976)

24

«¿Qué demonios hacen esos payasos de Langley?»

En la primavera de 1968, Richard Helms tenía buenas razones para temer que su próximo jefe fuera Robert Kennedy o Richard Nixon. Como fiscal general, Kennedy había abusado de los poderes de la agencia. Se había apropiado de la CIA y había tratado a Helms con frío desdén. Como candidato, o como comandante en jefe, se vería amenazado por los secretos que contenían los archivos de la agencia. Helms se sintió realmente conmocionado cuando el senador fue asesinado en junio durante la campaña electoral. Pero no se puede decir que le entristeciera demasiado, ya que durante el resto de su vida seguiría llevando las cicatrices de los latigazos que Kennedy le había dado.

Richard Nixon era un problema completamente distinto. Helms sabía cuán profundos eran sus resentimientos. Nixon consideraba que la agencia estaba llena de elitistas de la Costa Este, rabiosos progresistas, cotillas de Georgetown y hombres de Kennedy. Era un secreto a voces que hacía responsable a la CIA del mayor desastre que había sufrido en toda su vida, su derrota en las elecciones de 1960. Estaba convencido —erróneamente— de que los secretos y mentiras filtrados por Allen Dulles habían ayudado a John Kennedy a ganar unos puntos cruciales en los debates presidenciales televisados. En sus memorias de 1962, *Seis crisis*, Nixon había escrito que, de haber salido elegido presidente, habría creado una organización ajena a la CIA para la realización de las operaciones encubiertas.[1] Era una amenaza clara de extirpar el corazón de la agencia.

El 10 de agosto de 1968, Nixon y Helms se reunieron para hablar por primera vez largo y tendido.[2] El presidente Johnson había invitado al candidato al rancho que tenía en Texas, le había ofrecido carne con mazorca de maíz y luego le había llevado a recorrer el

rancho en un descapotable. Después se había dirigido a Helms para dar un repaso al mundo: la confrontación entre Checoslovaquia y la Unión Soviética, el constante apoyo de Castro a diversos movimientos revolucionarios y, por último, las negociaciones secretas de paz entre Estados Unidos y Vietnam del Norte.

Luego Nixon le formuló directa e intencionadamente a Helms una pregunta:

—¿Siguen creyendo que hemos perdido la guerra? —le dijo.

—Los norvietnamitas están convencidos de que han ganado desde lo de Dien Bien Phu —le respondió Helms. Era lo último que Nixon quería oír.

Tres días después de ganar las elecciones, Nixon telefoneó a Johnson.

—¿Qué piensa usted de Helms? —le preguntó—. ¿Lo mantendría? [3]

—Sí —le respondió Johnson—. Es sumamente competente. Es conciso. Te dice las cosas como son, y es leal.

Sin duda, era una muy buena opinión. Después de un año y medio comiendo en la mesa del presidente, Helms se había ganado la confianza de Johnson, al tiempo que en Washington se había labrado una reputación de consumado profesional. Consideraba que la CIA, después de veinte años, había desarrollado un cuadro de analistas con unos conocimientos únicos sobre la amenaza soviética y un servicio clandestino capaz de realizar actividades de espionaje sin ser descubierto. Se veía a sí mismo como un soldado leal al servicio de su presidente.

Helms no tardaría en descubrir el precio de aquella lealtad.

«Un incurable secretismo»

«Richard Nixon nunca confiaba en nadie —reflexionaría Helms veinte años después—. Se había convertido en presidente de Estados Unidos y, por lo tanto, en jefe del poder ejecutivo; y sin embargo iba diciendo constantemente por ahí que la fuerza aérea, en sus bombardeos sobre

Vietnam, no acertaba ni a tocarse el culo con la mano, que el Departamento de Estado no era más que un puñado de diplomáticos de traje a rayas aficionados a los cócteles, que la agencia no podía lograr una victoria definitiva en Vietnam … Y así sucesivamente … "Son tontos, son estúpidos, son incapaces de esto y son incapaces de lo otro".»[4]

En la Casa Blanca, en enero de 1969, solo unos días después de estrenada la nueva administración, Helms se disponía a almorzar en medio de un tenso silencio con Nixon, mientras este se servía queso fresco y piña en lata. El presidente se abalanzó entonces sobre la CIA, mientras su asesor de seguridad nacional, Henry Kissinger, escuchaba con atención. «No tengo la menor duda —recordaría Helms posteriormente— de que las críticas de Nixon influían en Kissinger.»[5]

El recién elegido presidente y el hombre de Harvard habían descubierto que eran almas gemelas. «Ambos ostentaban un incurable secretismo, aunque Kissinger lo hacía de una manera encantadora —observaba Thomas Hughes, director de la oficina de inteligencia del Departamento de Estado—. Los dos eran manipuladores inveterados, aunque Nixon era más transparente.»[6] Habían llegado a un acuerdo: solo ellos dos concebirían, dirigirían y controlarían las operaciones clandestinas. La acción encubierta y el espionaje podían ser herramientas apropiadas para su uso personal. Nixon las utilizó para construirse una fortaleza política en la Casa Blanca, mientras que Kissinger se convirtió, en palabras de su ayudante Roger Morris, en el jefe de Estado en funciones para los asuntos de seguridad nacional.

Como acto preventivo de autoprotección, Helms había creado un «comité de sabios» denominado Grupo de Estudios de Operaciones Encubiertas, encargado de informar al presidente sobre el valor del servicio clandestino, y de protegerlo de posibles ataques. El grupo estaba dirigido por Franklin Lindsay, antaño la mano derecha de Frank Wisner, alojado en Harvard y convocado en secreto; sus principales miembros eran Richard Bissell y Lyman Kirkpatrick. Incluía asimismo a media docena de profesores de Harvard que anteriormente habían servido ya a la Casa Blanca, al Pentágono, al

Departamento de Estado o a la CIA. Tres de ellos eran lo bastante afines a su colega Henry Kissinger como para saber que él iba a ser el próximo asesor de seguridad nacional ganara quien ganara la carrera electoral, ya que Kissinger había sido a la vez asesor confidencial de Nixon y de Humphrey. Ninguno de los dos hombres consideró a ningún otro candidato para el puesto.

El informe secreto del Grupo de Estudio de Operaciones Encubiertas se fechó el primero de diciembre de 1968. Una de sus recomendaciones agradó especialmente a Kissinger; aconsejaba que el nuevo presidente otorgara a un alto funcionario de la Casa Blanca la responsabilidad de supervisar todas las operaciones encubiertas. Pero Kissinger no se limitaría a supervisarlas, sino que las dirigiría.

El informe instaba al nuevo presidente a «dejar muy claro al director de la CIA que se espera que diga "no" cuando, a su juicio, una operación propuesta no pueda hacerse».[7] Nixon nunca seguiría el consejo.

«Las operaciones encubiertas raramente pueden alcanzar un objetivo importante por sí solas —proseguía el informe—. En el mejor de los casos, una operación encubierta puede ganar tiempo, anticipar un golpe de Estado, o bien crear condiciones favorables que hagan posible utilizar medios manifiestos para alcanzar finalmente un objetivo importante.» Nixon jamás entendió este principio.

«Un individuo, un partido político o un gobierno en funciones pueden verse seriamente dañados o destruidos por la exposición a una asistencia encubierta de la CIA —proseguía el informe—. Al fin y al cabo, la exposición a las operaciones clandestinas tiene un coste para Estados Unidos en términos de la opinión mundial. Para algunos, dicha exposición demuestra la desatención de Estados Unidos con respecto a los derechos nacionales y los derechos humanos; para otros, muestra solo nuestra impotencia e ineptitud al dejarnos pillar ... La impresión para muchos norteamericanos, especialmente entre la comunidad intelectual y entre la juventud, de que Estados Unidos está practicando un "juego sucio" tiende a distanciarles de su gobierno.» Asimismo, continuaba: «En esta atmósfera, las revelaciones han creado para la "Nueva Izquierda" una oportunidad de influir en un espectro

de la opinión política mucho más amplio de lo que, de otro modo, hubiera sido el caso. Estados Unidos ha estado en la vanguardia de las naciones preocupadas por la expansión del imperio de la ley en los asuntos internacionales. Nuestra credibilidad y nuestra eficacia en este papel resulta necesariamente dañada en la medida en que se descubre que estamos interviniendo en secreto en lo que podría ser (o parece ser) los asuntos internos de otros». Nixon y Kissinger ignoraron deliberadamente todas esas ideas.

«Tenemos la impresión de que la CIA se ha anquilosado demasiado con los años —concluía el informe—. Casi todos los altos cargos llevan alrededor de veinte años en la organización ... Hay también una fuerte tendencia al aislamiento y la introversión ... una falta de innovación y de perspectiva.» Eso, en gran parte, también lo creía Nixon, que se propuso infiltrar a alguien en aquel influyente círculo. Para ello, empezó por nombrar al teniente general de la marina Robert Cushman —que había sido su asesor de seguridad nacional cuando él era vicepresidente— subdirector de la central de inteligencia, ocupando así el cargo inmediatamente inferior al de Helms. La misión de Cushman consistía en espiar a los espías estadounidenses para el presidente de Estados Unidos.

Ansiosa por ganarse el favor del nuevo presidente, la CIA enviaba a Nixon los mismos resúmenes diarios de inteligencia que había recibido Lyndon Johnson. Pero estos se amontonaban sin que nadie los leyera en la caja fuerte de la suite de Nixon en el piso treinta y nueve del hotel Pierre de Nueva York. El montón siguió creciendo durante un mes, hasta que Kissinger avisó en diciembre de que Nixon no se los miraba, y dejó claro que a partir de entonces cualquier cosa que la agencia quisiera comunicarle al presidente habría de pasar a través de él. Ni Helms ni nadie más de la CIA volvería a entrevistarse con Nixon a solas.

Desde el primer momento, Kissinger ejerció un control cada vez más férreo sobre las operaciones de la CIA. En 1967 y 1968, los supervisores de la agencia en el Comité 303 habían sostenido vívidos debates sobre el rumbo de la acción encubierta. Aquellos tiempos habían pasado. Kissinger dominaba ahora a todos los demás miembros

del comité: Helms, el fiscal general John Mitchell y los funcionarios número dos del Departamento de Estado y el Pentágono. Aquello se convirtió en un monólogo; durante un período de treinta y dos meses, el comité aprobó técnicamente casi cuarenta operaciones encubiertas, pero en realidad no llegó a reunirse ni una sola vez. En total, más de las tres cuartas partes de los programas de acción encubierta de la administración Nixon no llegaron a ser oficialmente considerados por el comité. Las operaciones «en negro» de Estados Unidos fueron aprobadas por Henry Kissinger.

En 1969, como es bien sabido, el presidente puso escuchas telefónicas a ciudadanos particulares para interrumpir las filtraciones de noticias y controlar el flujo de información producida en el seno del gobierno. Su asesor de seguridad nacional fue aún más allá; Kissinger utilizó también a la CIA para espiar a los estadounidenses, un hecho que hasta ahora ha escapado a la atención de la historia.

Cuando el movimiento antibélico propugnó una moratoria nacional mensual, una suspensión durante un día de las actividades habituales de Estados Unidos, Helms recibió de Kissinger la orden de espiar a los líderes de dicho movimiento. El memorando correspondiente, registrado en el diario de trabajo de Robert L. Bannerman —un alto cargo de la Oficina de Seguridad de la CIA—, se titulaba «Doctor Kissinger: solicitud de información».

«El doctor Kissinger formuló una solicitud con respecto a la información que tenemos sobre los líderes de los grupos que han realizado la moratoria sobre Vietnam —reza el memorando de la CIA —. Tras considerar la solicitud, se le entregó a [*borrado*], que aceptó ser el referente de este informe, y el trabajo del informe se realizó durante el fin de semana.»[8] Esta no era meramente una continuación de «Caos», la operación en curso por la que la CIA buscaba fuentes de apoyo extranjero al movimiento antibélico; era una petición específica, por parte del asesor de seguridad nacional del presidente, de expedientes de la CIA sobre ciudadanos estadounidenses.

El registro no refleja la menor vacilación por parte de Richard Helms. Desde 1962, tres presidentes sucesivos habían ordenado al

director de la central de inteligencia que espiara a estadounidenses, prescindiendo por completo de los estatutos de la CIA. Nixon creía que en el ámbito de la seguridad nacional cualquier acción presidencial era legal. Si el presidente lo hace, decía, no es ilegal. Entre sus sucesores, solo George Bush hijo suscribiría plenamente esa interpretación del poder presidencial, que arraiga en el derecho divino de los reyes. Pero una cosa era que un presidente emitiera aquella orden, y otra muy distinta que lo hiciera un funcionario no electo en nombre del presidente.

«Dar a los soviéticos, y darles fuerte»

Nixon y Kissinger operaban en un nivel de clandestinidad que iba más lejos aún que el de la CIA. Cuando trataban con los enemigos de Estados Unidos —negociando en secreto con los soviéticos, los chinos o los norvietnamitas—, la CIA sabía poco o nada de ello. Había una razón: la Casa Blanca no se creía una gran parte de lo que decían los expertos de la CIA sobre las fuerzas del comunismo, especialmente las estimaciones de la agencia con respecto a la potencia militar de la Unión Soviética.

«No pretendo decir que mientan con respecto a la información de inteligencia o que la distorsionen, pero quiero que sean ustedes muy cuidadosos a la hora de separar los hechos de las opiniones», le dijo Nixon a Helms en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional celebrada el 18 de junio de 1969.[9]

«El hecho es que las proyecciones de inteligencia para 1965, 1966, 1967 y 1968 —y las hemos visto todas— se han equivocado en un 50 por ciento con respecto a lo que iban a hacer los rusos, y lo han hecho a la baja —decía Nixon—. Tenemos que partir del hecho, de todos los hechos, y llegar a conclusiones sobre la base de hechos incuestionables. ¿Se entiende esto?»

Nixon se indignó cuando la agencia afirmó que los soviéticos no tenían ni la intención ni la tecnología suficiente para lanzar un primer y definitivo ataque nuclear. Aquella conclusión llegó en medio de un

frenesí de estimaciones oficiales sobre las fuerzas estratégicas soviéticas, todas ellas rechazadas por Nixon. «Inútil —escribió en el margen de un memorando de Helms sobre la capacidad nuclear de Moscú—. Una relación superficial y absurda de lo que ya sabemos por la prensa diaria.»[10] Los análisis de la CIA chocaban frontalmente con los planes de Nixon de construir un escudo antimisiles balísticos, un preludio de las futuras fantasías de la *Guerra de las galaxias*. «¿De qué lado está la agencia? —fue la expresión con la que Helms recordaría el argumento de la Casa Blanca—. O en otras palabras: “Unámonos para retocar las evidencias”.»[11]

Al final, eso fue exactamente lo que hizo Helms, borrando un párrafo clave de la estimación más importante de la CIA sobre las fuerzas nucleares soviéticas en 1969. Una vez más, la agencia estaba readaptando su trabajo para que se ajustara a la pauta marcada por la política de la Casa Blanca. Su decisión de seguir la corriente a la presidencia «no sentó bien a los analistas de la CIA —recordaría Helms—. En su opinión, yo había comprometido una de las responsabilidades fundamentales de la agencia: el mandato de evaluar todos los datos disponibles y expresar conclusiones independientemente de las políticas de Estados Unidos». Pero Helms no se arriesgaría a perder esta batalla: «Yo estaba convencido de que habríamos salido perdiendo si nos oponíamos a la administración Nixon, y de paso la agencia habría resultado permanentemente dañada». Sus analistas se quejaban de la supresión del disentimiento y de la incapacidad de aprender de los errores del pasado. Pero no se elaboró ningún plan para mejorar el análisis de las capacidades e intenciones soviéticas.

La CIA llevaba ocho años estudiando fotos de reconocimiento de la Unión Soviética realizadas por satélites espía, observando desde el espacio y montando el rompecabezas de las instalaciones militares de los rusos. La agencia estaba trabajando en la siguiente generación de satélites espía, que habían de ir equipados con cámaras de televisión. Helms siempre había creído que los artilugios no eran un buen sustituto de los espías de carne y hueso.[12] Sin embargo, le garantizó a Nixon que aquellos le darían a Estados Unidos el poder de

asegurarse de que Moscú cumpliera los acuerdos de las conversaciones para el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (Strategic Arms Limitation Treaty, SALT) que por entonces se celebraban en Helsinki. [13]

Pero cuantos más datos en bruto obtenía la CIA sobre el ejército soviético, menos claro parecía el panorama general. Nixon criticaba a la CIA —con razón— por haber subestimado la potencia nuclear soviética en la década de 1960, y durante toda su presidencia no dejaría de machacar a la agencia por esa cuestión. Hoy es evidente el resultado de aquellas presiones; durante trece años, desde la era de Nixon hasta los últimos días de la guerra fría, todas las estimaciones de las fuerzas estratégicas nucleares soviéticas sobreestimaron la velocidad a la que Moscú modernizaba su armamento.[14]

No obstante, Nixon dependería constantemente de la CIA para subvertir a la Unión Soviética; no solo en Moscú, sino también en todos los países del mundo.

«El presidente nos ha convocado hoy a Henry Kissinger y a mí al Despacho Oval, tras la reunión del NSC, para lo que ha resultado ser una discusión de veinticinco minutos sobre una serie de temas, incluyendo el SALT, Laos, Camboya, Cuba y las operaciones en negro —anotaría Helms en un memorando el 25 de marzo de 1970—. Con respecto a las operaciones en negro, el presidente me ha exigido que les demos a los soviéticos, y que les demos fuerte, en cualquier lugar del mundo que podamos. Me dijo que "sigamos adelante", que mantengamos a Henry Kissinger informado y que seamos lo más imaginativos posible. Insistió en ello tanto como nunca le había oído insistir en nada.»[15] Alentado por aquel raro momento de atención presidencial, Helms aprovechó «la ocasión para hacer hincapié en el tema de que yo estaba firmemente convencido de que Estados Unidos no debía renunciar a nada que representara una presión sobre la Unión Soviética o una irritación para ellos sin exigir un precio concreto a cambio». Y prometió al presidente una nueva serie de propuestas de acciones encubiertas contra los soviéticos.

Solo un párrafo del documento que Helms envió a la Casa Blanca la semana siguiente llamó la atención de Nixon.

Helms revisó la labor de Radio Europa Libre y de Radio Libertad —una inversión de más de 400 millones de dólares a lo largo de veinte años—, así como la capacidad de dichas emisoras para mantener vivo el fuego de la disidencia detrás del telón de acero. Detalló el trabajo de diversos disidentes soviéticos como el físico Andréi Sajárov y el escritor Alexandr Solzhenitsin, cuyas palabras había retransmitido la CIA al territorio de la Unión Soviética. Treinta millones de personas de la Europa del Este escuchaban Radio Europa Libre, mientras que los ciudadanos soviéticos hacían todo lo posible por sintonizar Radio Libertad, mientras que Moscú se gastaba el equivalente a 150 millones de dólares al año para obstaculizar sus señales. Además, las organizaciones de Radio Europa Libre y Radio Libertad habían distribuido dos millones y medio de libros y periódicos en la Unión Soviética y Europa del Este desde finales de la década de 1950. La esperanza era que aquellas palabras, tanto las radiadas como las impresas, pudieran fomentar la libertad intelectual y cultural.

Todo eso era bueno, pero para Nixon también estaba demasiado visto. Lo que realmente cautivaba su imaginación era la capacidad de la CIA para alterar las elecciones.

«Ha habido numerosos casos en los que, frente a la amenaza de victoria de un partido comunista o de un frente popular en unas elecciones del mundo libre, hemos afrontado dicha amenaza y la hemos resuelto con éxito —le recordaría Helms al presidente—. Guyana en 1963 y Chile en 1964 son buenos ejemplos de lo que puede lograrse en circunstancias difíciles. Puede que pronto hayamos de afrontar situaciones similares en diversas partes del mundo, y estamos preparados para actuar con programas de acción encubierta cuidadosamente planificados.»[16] Eso ya le gustaba más; el dinero y la política eran temas especialmente próximos al corazón de Nixon.

«La única forma de avanzar era a la antigua usanza»

La agencia había respaldado secretamente a diversos políticos de Europa occidental durante la guerra fría. La lista incluía al canciller

Willy Brandt de Alemania, al primer ministro Guy Mollet de Francia[17] y a cualquier democratacristiano que hubiera ganado unas elecciones generales en Italia.

La CIA había pasado veinte años y había gastado al menos sesenta y cinco millones de dólares en comprar influencias en Roma, Milán y Nápoles.[18] En 1965, McGeorge Bundy había calificado al programa de acción encubierta vigente en Italia como «la vergüenza anual». Pese a ello, prosiguió. Las potencias extranjeras llevaban siglos interfiriendo en la política italiana; Washington seguía «la tradición de lo que los fascistas, los comunistas, los nazis, los ingleses y los franceses habían hecho antes», según diría Thomas Fina, cónsul general estadounidense en Milán durante la administración Nixon y veterano de la inteligencia y la diplomacia norteamericanas en Italia. La CIA había estado «subvencionando a partidos políticos, privando de dinero a partidos políticos, dando dinero a políticos concretos, dejándoselo de dar a otros, subvencionando la publicación de libros, el contenido de programas de radio, subvencionando periódicos y subvencionando a periodistas», señalaba Fina. Contaba con «recursos financieros, recursos políticos, amigos y capacidad de chantaje».[19]

Nixon y Kissinger reavivaron esa tradición. Su instrumento para hacerlo fue la base de la CIA en Roma y el extraordinario embajador Graham Martin.

Kissinger denominaba a Martin «ese tipo de mirada fría», y lo decía como un cumplido.[20] «Obviamente, admiraba a alguien que podía ser tan implacable en el ejercicio del poder como lo era él mismo», según diría al agregado político de Martin en Roma, Robert Barbour. Otros diplomáticos estadounidenses consideraban a Martin misterioso y extraño,[21] «escurridizo como una anguila».[22] Veinte años antes, en la embajada estadounidense en París, Martin había convertido los fondos del Plan Marshall en dinero para la CIA,[23] y más tarde, entre 1965 y 1968, había trabajado en estrecha colaboración con la agencia como embajador en Tailandia. No había ningún diplomático estadounidense más profundamente enamorado de las operaciones encubiertas.

Nixon lo encontraba genial. «Tengo una gran confianza personal en

Graham Martin»,[24] le dijo a Kissinger el 14 de febrero de 1969, y con eso la máquina se puso en movimiento.

El nombramiento de Martin como embajador en Italia fue obra de un rico norteamericano de derechas llamado Pier Talenti, que vivía en Roma, donde había recaudado cientos de miles de dólares para la campaña presidencial de Nixon entre sus amigos y aliados políticos, lo que le abrió las puertas de la Casa Blanca. Talenti fue a ver al coronel Alexander M. Haig hijo, asistente militar de Kissinger, para advertirle de que los socialistas estaban a punto de tomar el poder en Italia y de que era necesario nombrar a un nuevo embajador estadounidense para contrarrestar a la izquierda.[25] Dio el nombre de Martin, y su mensaje fue directo a las altas esferas. Martin había persuadido a Nixon y a Kissinger de que «era exactamente su hombre, puesto que era lo bastante fuerte como para propiciar un cambio en la política italiana», en palabras de Wells Stabler, su subjefe de misión en Roma.[26]

«Martin decidió que la única forma de avanzar era a la antigua usanza», diría Stabler, que acabaría participando a regañadientes en la reactivación de la acción encubierta estadounidense en Italia. Según Stabler, a partir de 1970, tras recibir la aprobación oficial de la Casa Blanca de Nixon, Martin supervisó la distribución de 25 millones de dólares tanto a los democratacristianos como a los neofascistas italianos. El dinero se repartía en «la trastienda» —la base de la CIA, situada en la suntuosa embajada estadounidense— por «el propio embajador, yo mismo y el jefe de base —diría Stabler—. Una parte se entregaba a los partidos, otra a determinadas personas. A veces el jefe de base o yo mismo aconsejábamos algo, pero era el embajador quien daba la aprobación». El jefe de base era Rocky Stone, el veterano del golpe de Irak y del frustrado intento de derrocar al gobierno sirio, que había venido a Roma después de tres años como jefe de operaciones de la división soviética.

Stone entregó alrededor de seis millones de dólares a los principales grupos democratacristianos. Varios millones más —siempre según Stabler— fueron a parar a comités que impulsaban «políticas conservadoras» en el partido. Y también hubo más millones destinados

a un movimiento clandestino de extrema derecha.

El dinero, tal como había prometido Martin, transformó el rostro político de Italia. El hombre al que respaldó, Giulio Andreotti, ganó las elecciones gracias a la inyección de dinero de la CIA. Pero la financiación encubierta de la extrema derecha desencadenó un fallido golpe neofascista en 1970. El dinero ayudó a financiar operaciones encubiertas derechistas, incluyendo atentados terroristas, de los que la inteligencia italiana culpó a la extrema izquierda. Asimismo, condujo al peor escándalo político de la Italia de posguerra. Las investigaciones parlamentarias revelaron que el general Vito Miceli, jefe del servicio de inteligencia militar italiano, había recibido como mínimo 800.000 dólares en dinero de la CIA. Miceli fue encarcelado por tratar de acceder al poder por la fuerza. Andreotti, el político italiano que más tiempo permaneció en activo desde hacía décadas, pasó los últimos años defendiéndose de diversas acusaciones criminales, incluyendo el asesinato.

Los días en que la CIA compró influencia política en Italia terminaron finalmente cuando Graham Martin dejó Roma para convertirse en el nuevo —y último— embajador estadounidense en Vietnam del Sur.

«Somos conscientes de lo que está en juego»

A lo largo de 1969 y 1970, Nixon y Kissinger concentraron los esfuerzos de la CIA en la extensión secreta de la guerra en el sudeste asiático.[27] Ordenaron a la agencia que entregara 725.000 dólares en sobornos políticos al presidente survietnamita Thieu, que manipulara los medios de comunicación de Saigón, que amañara las elecciones en Tailandia y que incrementara los ataques de comandos encubiertos en Vietnam del Norte, Camboya y Laos.

En un crudo despacho enviado la víspera de un viaje que llevaría a Nixon por todo el sudeste asiático, Helms le habló al presidente de la larga guerra de la CIA en Laos. La agencia —le recordaba Nixon— «mantenía una fuerza irregular encubierta de un total de 39.000

hombres que han llevado una parte importante de la lucha activa» contra los comunistas. Se trataba de los combatientes hmong de la CIA, dirigidos desde 1960 por el general Vang Pao. «Esas fuerza irregulares están agotadas después de ocho años de guerra constante, y Vang Pao … se ha visto forzado a usar a niños de trece y catorce años para reemplazar a sus bajas … Hace ya tiempo que se han alcanzado los límites de lo que puede hacer esta agencia en el ámbito paramilitar para detener el avance norvietnamita.» Nixon respondió ordenando a Helms que creara un nuevo batallón paramilitar tailandés en Laos para respaldar a los hmong. Kissinger preguntó si no sería mejor bombardear Laos con B-52.

Mientras su guerra clandestina en el sudeste asiático se intensificaba, Nixon y Kissinger hacían planes para un acercamiento secreto con el presidente chino Mao Zedong. Para despejar el camino hacia China, restringieron las operaciones de la agencia contra el régimen comunista.

Durante la década anterior, en nombre de la lucha contra el comunismo chino, la CIA se había gastado decenas de millones de dólares en lanzar en paracaídas toneladas de armas a centenares de guerrilleros tibetanos que luchaban por su líder espiritual, Su Santidad Tenzin Gyatso, el decimocuarto dalái lama. Cuando Allen Dulles y Desmond FitzGerald informaron a Eisenhower de la operación, en febrero de 1960, «el presidente se preguntó si el resultado neto de aquellas operaciones no serían unas represalias todavía más brutales por parte de los comunistas chinos».[28]

A pesar de ello, Eisenhower aprobó el programa. La agencia creó un campo de entrenamiento para los guerrilleros tibetanos en las montañas Rocosas de Colorado. Había estado pagando una subvención anual de unos 180.000 dólares directamente el propio dalái lama, y había creado Casas del Tíbet en Nueva York y Ginebra para que actuaran como sus embajadas extraoficiales. El objetivo era mantener vivo el sueño de un Tíbet libre, al tiempo que se hostigaba al Ejército Rojo en China occidental. Los resultados hasta la fecha habían sido varias docenas de resistentes muertos y una cartera manchada de sangre y llena de valiosos documentos militares chinos capturada en

un tiroteo.

En agosto de 1969, la agencia pidió otros 2,5 millones de dólares para apoyar a los insurgentes tibetanos durante el año siguiente, calificando al grupo paramilitar de mil ochocientos hombres como «una fuerza que podría emplearse plenamente en el caso de hostilidades» contra China.[29] «¿Tiene eso algún beneficio directo para nosotros?», preguntó Kissinger. Y él mismo respondió: aunque se mantuvo la subvención de la CIA al dalái lama, se abandonó el apoyo a la resistencia tibetana.

Luego Kissinger dio al traste con lo que quedaba de los veinte años de esfuerzos de la CIA para realizar operaciones clandestinas contra China.

Las incursiones de comandos de la guerra de Corea habían ido menguando hasta convertirse en emisiones irregulares de radio desde Taipéi y Seúl, lanzamientos de octavillas sobre el territorio, falsas noticias publicadas en Hong Kong y en Tokio, y lo que la agencia vendría a describir como «actividades a escala mundial para denigrar y obstaculizar a la República Popular China». La CIA seguía colaborando con el general Jiang Jieshi en su frustrado esfuerzo por liberar Taiwán, ignorando que Nixon y Kissinger tenían planes para sentarse a hablar con el presidente Mao y el primer ministro Zhou Enlai en Pekín.

Cuando Kissinger finalmente se entrevistó con Zhou, el primer ministro le preguntó por la última campaña «Taiwán Libre». «¿La CIA ha tenido algo que ver en ella?»[30]

Kissinger le aseguró a Zhou que «sobrevalora inmensamente las competencias de la CIA».

—Se han convertido en tema de discusión en todo el mundo —le dijo Zhou—. Cada vez que ocurre algo en el mundo, siempre se piensa en ellos.

—Eso es verdad —le respondió Kissinger—, y es un halago para ellos; pero no se lo merecen.

Zhou se sintió fascinado al enterarse de que era Kissinger en persona quien aprobaba las operaciones encubiertas de la CIA. Asimismo, manifestó sus sospechas de que la agencia siguiera

subvirtiendo a la República Popular.

Kissinger le respondió que la mayoría de los agentes de la CIA «se dedican a escribir informes largos e incomprensibles, y no a hacer la revolución».

—Usted habla de revolución —le dijo Zhou—, pero nosotros lo llamamos subversión.

—Pues subversión —concedió Kissinger—. Lo entiendo. Somos conscientes de lo que está en juego en nuestras relaciones, y no permitiremos que ninguna organización lleve a cabo operaciones mezquinas que puedan entorpecer su curso.

Aquello marcó el final. Durante los años siguientes la CIA se abstendría por completo de intervenir en China.[31]

«La democracia no funciona»

La CIA luchaba en todos los frentes para apoyar la guerra de Vietnam. Uno de sus mayores esfuerzos dio sus frutos tres semanas después de que el presidente Nixon tomara posesión de su cargo. En febrero de 1969, la acción encubierta creó la apariencia de una democracia en Tailandia.

Hacía once años que el país estaba gobernado por una junta militar y que decenas de miles de soldados estadounidenses se preparaban para el combate contra Hanoi en bases militares tailandesas. La dictadura no hacía mucho por respaldar la idea de que los estadounidenses estaban luchando por la democracia en el sudeste asiático.

La operación electoral de la CIA, que recibió el nombre clave de «Loto», fue una campaña de dinero en mano concebida inicialmente por el embajador Graham Martin en 1965, aprobada por Lyndon Johnson y confirmada luego por Nixon. La base de la CIA en Bangkok trataba de engatusar a la junta militar para que celebrara elecciones, pero los generales las aplazaban una y otra vez. Finalmente, en 1968 y 1969, la agencia inyectó millones de dólares en la política tailandesa; ese dinero sirvió para financiar la aparente transformación de los

militares uniformados en un partido gobernante dispuesto a presentarse a unas elecciones. El correo de la CIA fue Pote Sarasin, embajador tailandés en Estados Unidos desde 1952 hasta 1957, jefe de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático entre 1957 y 1964, y principal hombre de paja civil de la junta gobernante.[32]

Se celebraron las elecciones, y la junta arrasó. Pero los gobernantes se impacientaron frente a las trabas de la democracia, y no tardaron en poner fin al experimento, suspendiendo la Constitución y disolviendo el Parlamento. Pote Sarasin volvió a ocupar su puesto de rostro civil de la ley marcial la noche del incruento golpe, y la tarde siguiente acompañó a los generales para que se explicaran ante sus amigos de la embajada estadounidense en Bangkok. Dijeron que respetaban los principios de la democracia y que habían tratado de ponerlos en práctica. Pero añadieron que «estaba claro que en Tailandia hoy la democracia no funciona».[33]

La acción encubierta de la CIA no había representado más que un fino barniz. «No debería haber cambios en las relaciones de Tailandia con Estados Unidos —le dijo Kissinger a Nixon tras el golpe—. Los líderes del Consejo Revolucionario son básicamente los mismos con los que hemos estado tratando en todo momento —añadió—. Podemos prever que nuestros programas en Tailandia continuarán sin interrupción.»

«Que esos gilipollas de la CIA se pongan a trabajar»

En febrero de 1970, el presidente ordenó urgentemente a la agencia que se pusiera en marcha en Camboya. Tras un año de planificación, se decidió que su campaña secreta de bombardeos contra objetivos sospechosos del Vietcong en aquel país técnicamente neutral empezaría el 17 de marzo. Los B-52 estadounidenses lanzarían 108.823 toneladas de bombas sobre seis supuestos campamentos comunistas que la CIA y el Pentágono habían identificado —incorrectamente— como centros de mando clandestinos norvietnamitas.

Helms trataba de sentar las directrices de una nueva base de la CIA en Camboya cuando el primer ministro derechista del país, Lon Nol, tomó el poder. El derrocamiento se produjo el mismo día en que se iniciaban los bombardeos secretos, y el golpe conmocionó tanto a la CIA como al resto del gobierno estadounidense.

«¿Qué demonios hacen esos payasos de Langley?», gritó Nixon. «Que esos gilipollas de la CIA se pongan a trabajar en Camboya», ordenó.[34] Le dijo a Helms que enviara varios miles de fusiles automáticos AK-47 a Lon Nol, que imprimiera un millón de panfletos de propaganda, y que hiciera correr el rumor por todo el mundo de que Estados Unidos estaba dispuesto a una invasión. Luego ordenó a la CIA que entregara diez millones de dólares al nuevo líder camboyano. «Denle el dinero a Lon Nol», insistió.[35]

Nixon había exigido una cuenta detallada del armamento y la munición que llegaban a manos del enemigo a través del puerto camboyano de Sihanoukville. La agencia llevaba cinco años trabajando sin éxito en el asunto, pero Nixon sugería que se podía cortar la afluencia de armas si la CIA sobornaba a los generales camboyanos adecuados. Helms ponía reparos a la idea por razones prácticas; los generales estaban ganando millones con el tráfico de armas y la agencia no tenía fondos suficientes para comprar, o alquilar siquiera, sus lealtades. Pero aquel argumento no impresionaba al presidente. En una reunión celebrada el 18 de julio de 1970 con su junta asesora de inteligencia exterior, Nixon arremetió ferozmente contra la actuación de la agencia.

«La CIA había descrito la afluencia de materiales a través de Sihanoukville como un mero goteo»,[36] se quejó, cuando en realidad el puerto estaba suministrando las dos terceras partes de todas las armas comunistas en Camboya. «Si habían podido cometerse tales errores en una cuestión tan sencilla como aquella —preguntó—, ¿cómo deberíamos juzgar las evaluaciones de la CIA sobre acontecimientos más importantes?»

«Estados Unidos está gastando cada año 6.000 millones de dólares en inteligencia, y merece obtener mucho más de lo que está obteniendo»,[37] dijo Nixon. Las actas de la junta de inteligencia

registran su creciente enfado. El presidente dijo que «no podía soportar a la gente que le mentía con respecto a la información de inteligencia. Si esta es insuficiente, o si describe una situación mala, él quiere saberlo y no está dispuesto a que se le entreguen evaluaciones tergiversadas».[38]

«Comprende que la comunidad de la inteligencia ha sido objeto de fuertes ataques unas cuantas veces, y debido a ello, tiende a hacer sus informes lo más anodinos posible para que no se la vuelva a atacar —rezan las actas—. Cree que los responsables de la distorsión deliberada de un informe de inteligencia deben ser despedidos. Y sugirió que es posible que se acerque el momento en que tenga que leerle la cartilla a toda la comunidad de la inteligencia.»

En aquel delicado momento, Nixon ordenó a la CIA que amañara las siguientes elecciones chilenas.

25

«El gobierno estadounidense quiere una solución militar»

En 1970, la influencia de la CIA se dejaba sentir en todos los países del hemisferio occidental, desde la frontera de Texas hasta la Tierra del Fuego. En México, el presidente trataba exclusivamente con el jefe de base de la agencia, no con el embajador, y el día de Año Nuevo recibía un resumen personal en su casa enviado por el director de la central de inteligencia. En Honduras, dos jefes de base sucesivos habían prometido en privado el apoyo de Estados Unidos a la junta militar, desafiando así a los propios embajadores a los que servían.

Pocos países latinoamericanos defendían más que de boquilla los ideales de la democracia y el estado de derecho.[1] Uno de ellos era Chile, donde la CIA veía una creciente amenaza.[2]

El izquierdista Salvador Allende iba en cabeza en la campaña para las elecciones presidenciales, previstas para septiembre de 1970. El moderado Radomiro Tomic, respaldado por los democratacristianos, los tradicionales favoritos de la CIA, parecía estar a bastante distancia por detrás de él. Por su parte, el derechista Jorge Alessandri tenía un marcado historial pro norteamericano, pero era un corrupto; el embajador estadounidense, Edward Korry, lo encontraba insoportable. No había más alternativas.

La CIA ya había derrotado antes a Allende en una ocasión. El presidente Kennedy fue el primero en aprobar un programa de guerra política en su contra más de dos años antes de las elecciones chilenas de septiembre de 1964.[3] La agencia montó sus cañerías e inyectó alrededor de 3 millones de dólares en el aparato político de Chile. Aquello representó casi un dólar por voto para el candidato democratacristiano y pro norteamericano Eduardo Frei. Lyndon Johnson, que aprobó que se mantuviera la operación, se gastó mucho menos dinero por votante cuando ganó las elecciones a la presidencia

estadounidense en 1964. La campaña de Frei se benefició de asesores políticos y de maletines llenos de dinero. La CIA financió asimismo acciones encubiertas anti-Allende por parte de la Iglesia católica y los sindicatos, al tiempo que alentaba la resistencia contra Allende entre los mandos militares chilenos y la policía nacional. El secretario de Estado Rusk le dijo al presidente Johnson que la victoria de Frei era «un triunfo de la democracia», logrado «en parte como resultado del buen trabajo de la CIA».

El presidente Frei ejerció el cargo durante seis años, dado que la Constitución del país le limitaba a un solo mandato. Y ahora la cuestión volvía a ser cómo detener a Allende. Durante meses, Helms había estado advirtiendo a la Casa Blanca de que si quería mantener a Chile bajo control, había que aprobar de inmediato una nueva acción encubierta. Ganar unas elecciones extranjeras requería tanto tiempo como dinero. La agencia tenía a uno de sus hombres más duraderos y responsables en el puesto de jefe de base en Santiago; se trataba de Henry Hecksher, que había espiado a los soviéticos desde Berlín, había ayudado a derrocar al gobierno de Guatemala y había metido a Laos en el bando estadounidense. Ahora aconsejaba firmemente a la Casa Blanca que apoyara a Alessandri, el derechista.

Kissinger estaba preocupado, ya que tenía entre manos una auténtica guerra en el sudeste asiático. Había calificado a Chile, en una célebre frase, como una daga que apuntaba al corazón de la Antártida; pero el caso es que en marzo de 1970 aprobó un programa de guerra política para aplastar a Allende con un presupuesto de 135.000 dólares. El 27 de junio, mientras añadía otros 165.000, observaba: «No veo por qué tenemos que dejar que un país se haga marxista solo porque su población es irresponsable». Respaldó así la derrota de Allende, pero no la elección de ningún otro.

En la primavera y el verano de 1970, la CIA se puso manos a la obra. Tanto en el territorio estadounidense como en el extranjero, suministró propaganda a destacados reporteros que actuaban como verdaderos taquígrafos de la agencia. «Especialmente notable en esta conexión fue una noticia de portada de *Time* que se debía sobremanera a los materiales escritos y resúmenes proporcionados por

la CIA», señalaba un informe interno de la agencia. En Europa, altos representantes del Vaticano y diversos líderes democratacristianos de Alemania Occidental y de Italia trabajaban a instancias de la CIA para detener a Allende.[4] Paralelamente, en Chile «se imprimieron carteles, se filtraron falsas noticias, se alentaron comentarios editoriales, se hicieron correr rumores, se arrojaron octavillas y se distribuyeron panfletos», según relataría Helms.[5] El objetivo era aterrorizar al electorado; «mostrar que una victoria de Allende corría el riesgo de destruir la democracia chilena —en palabras de Helms—. Fue un esfuerzo agotador, pero el efecto discernible parecía ser mínimo».

El embajador Korry encontraba el trabajo de la CIA tremendamente falto de profesionalidad. «No había visto nunca emplear una propaganda tan espantosa en una campaña en ningún lugar del mundo —diría muchos años después—. Yo dije que los idiotas de la CIA que habían ayudado a crear la "campaña de terror" —y se lo dije a la propia CIA— debían haber sido despedidos de inmediato por no entender a Chile y a los chilenos. Era algo parecido a lo que había visto en Italia en 1948.»[6]

El 4 de septiembre de 1970, Allende ganó a los otros dos candidatos en las elecciones por un margen del 1,5 por ciento y con menos del 37 por ciento de los votos. Según la ley chilena, el Congreso había de ratificar los resultados y confirmar la mayoría relativa de Allende cincuenta días después de las elecciones. Pero se trataba de una mera formalidad legal.

«Usted ya tiene su Vietnam»

La CIA tenía un montón de experiencia a la hora de amañar elecciones antes de la votación. Pero jamás lo había hecho después de esta. Disponía de siete semanas para invertir los resultados.

Kissinger dio instrucciones a Helms de que calculara las probabilidades de un golpe de Estado. Eran más bien escasas; Chile era una democracia desde 1932, y desde entonces el ejército no había

aspirado al poder político. Helms le envió al jefe de base Henry Hecksher un cable ordenándole que estableciera contactos directos con oficiales del ejército chileno que pudieran encargarse de Allende. Hecksher carecía de tales contactos. Pero sí conocía a Agustín Edwards, uno de los hombres más poderosos de Chile. Edwards poseía la mayoría de las minas de cobre del país; su periódico más importante, *El Mercurio*, y su planta embotelladora de Pepsi-Cola. Una semana después de las elecciones, Edwards viajó al norte para ver a su buen amigo Donald Kendall, director general de Pepsi y uno de los apoyos financieros más valiosos de Nixon.

El 14 de septiembre, Edwards y Kendall tomaron café con Kissinger. Luego «Kendall fue a ver a Nixon y le pidió ayuda para echar a Allende»,[7] según recordaría Helms (posteriormente Kendall negaría haber hecho tal cosa, y Helms se mofaría de su desmentido). A mediodía, Helms se reunió con Edwards en el Hilton de Washington, y estuvieron hablando sobre el mejor momento para dar un golpe militar contra Allende. Aquella tarde, Kissinger aprobó 250.000 dólares más para la guerra política en Chile. En total, la CIA entregó 1,95 millones de dólares directamente a Edwards, *El Mercurio* y su campaña contra Allende.

Aquella misma mañana, Helms le había dicho a Tom Polgar, que ahora era el jefe de la base de Buenos Aires, que cogiera el primer avión hacia Washington, y que se llevara consigo al jefe de la junta militar argentina, general Alejandro Lanusse. El general era un hombre nada sentimental, que en la década de 1960 había pasado cuatro años en la cárcel después de un intento de golpe fallido. La tarde del día siguiente, 15 de septiembre, Polgar y Lanusse estaban sentados en la suite del director en el cuartel general de la CIA, aguardando a que Helms regresara de una reunión con Nixon y Kissinger.

«Helms estaba muy nervioso cuando volvió», recordaría Polgar. Y no le faltaban razones; Nixon le había ordenado que organizara un golpe militar sin decírselo al secretario de Estado, al secretario de Defensa, al embajador estadounidense o al jefe de base. Helms había garabateado las órdenes del presidente en un bloc:

Tal vez una posibilidad entre 10, ¡pero hay que salvar a Chile!...
10.000.000 dólares disponibles...
Los mejores hombres que tengamos...
Hacer chirriar la economía.

Helms tenía cuarenta y ocho horas para presentar un plan de ataque a Kissinger, y cuarenta y nueve días para detener a Allende.

Tom Polgar conocía a Richard Helms desde hacía veinticinco años. Habían empezado juntos en la base de Berlín en 1945. Cuando entró, Polgar miró a los ojos a su viejo amigo y percibió un atisbo de desesperación. Helms se dirigió al general Lanusse y le preguntó qué querría su junta por ayudar a derrocar a Allende.

El general argentino miró fijamente al jefe de la inteligencia estadounidense.

—Señor Helms —le dijo—, usted ya tiene su Vietnam; no me haga a mí tener el mío.[8]

«Lo que necesitamos es un general con cojones»

El 16 de septiembre, Helms convocó una reunión a primera hora de la mañana con su jefe de acción encubierta, Tom Karamessines, y otros siete altos cargos de la CIA. «El presidente ha pedido a la agencia que impida que Allende llegue al poder o que lo derribe», anunció. Karamessines tenía el mando global, además del ingrato trabajo de mantener informado a Kissinger.

La CIA dividió la operación Allende en dos partes, que denominó Vía Uno y Vía Dos. La Vía Uno era la guerra política, la presión económica, la propaganda y el juego diplomático.[9] Aspiraba a comprar el número suficiente de votos en el Senado chileno para bloquear la confirmación de Allende. Si eso fallaba, el embajador Korry planeaba persuadir al presidente Frei de que diera un golpe constitucional. Como último recurso, Estados Unidos «condenaría a Chile y los chilenos a una privación y pobreza absolutas —según le dijo Korry a Kissinger—, obligando a Allende a adoptar los rasgos más duros de un estado policial» y provocando, de ese modo, una revuelta

popular.

La Vía Dos era directamente un golpe militar. Korry no sabía nada de ello, pero Helms desafió la orden del presidente de excluir a Henry Hecksher y le pidió a Tom Polgar que regresara a Argentina para apoyarle. Hecksher y Polgar —ambos de la base de Berlín y grandes amigos desde la Segunda Guerra Mundial— se contaban entre los mejores agentes de los que disponía la CIA. Ambos pensaban que la Vía Dos era una idea descabellada.

Helms le pidió al jefe de la base de Brasil, David Atlee Phillips, que dirigiera la fuerza operativa de Chile. Phillips, un hombre de la CIA desde 1950, veterano de Guatemala y de la República Dominicana, era el mejor experto en propaganda de la agencia. No daba ni una sola posibilidad a la Vía Uno.

«Cualquiera que hubiera vivido en Chile, como yo, y que conociera a los chilenos, sabía que podía salirse con la suya sobornando a un senador chileno. Pero ¿a dos? Nunca. ¿Y a tres? Imposible —diría posteriormente—. Darían la voz de alarma. Eran demócratas y llevaban mucho tiempo siéndolo.»[10] En cuanto a la Vía Dos, Phillips diría: «El ejército chileno era un verdadero modelo de rectitud democrática». Su comandante, el general René Schneider, había proclamado que el ejército obedecería la Constitución y se abstendría de intervenir en política.

Para la Vía Uno, Phillips tenía en nómina a veintitrés periodistas extranjeros encargados de agitar la opinión internacional. Él y sus colegas habían dictado la feroz noticia anti-Allende publicada en la portada de *Time*. Para la Vía Dos, contaba con un equipo de hombres encubiertos de la CIA dotados de pasaportes falsos y adscritos a una falsa bandera. Uno de ellos se hacía pasar por un hombre de negocios colombiano; otro, por un contrabandista argentino; un tercero, por un oficial de inteligencia militar boliviano.

El 27 de septiembre, los miembros de dicho equipo le pidieron al agregado militar de la embajada estadounidense, coronel Paul Wimert, un viejo amigo de la CIA, que les ayudara a encontrar a oficiales chilenos que estuvieran dispuestos a derrocar a Allende. Uno de los poquísimos generales que habían tratado de dar un golpe de Estado en

el pasado reciente, Roberto Viaux, era ahora candidato al gobierno. Pero muchos de sus compañeros de armas creían que Viaux era un necio peligroso; algunos incluso le consideraban un demente.

El 6 de octubre, uno de los hombres encubiertos de la agencia mantuvo una larga conversación con Viaux. Al cabo de unas horas, el embajador Korry se enteró de que la CIA estaba planeando un golpe a sus espaldas, y a continuación tuvo un acalorado enfrentamiento con Henry Hecksher: «Tiene veinticuatro horas para entender que aquí mando yo o para abandonar el país», le dijo el embajador.

«Estoy horrorizado —le cablegrafió Korry a Kissinger—. Cualquier intento por nuestra parte de alentar activamente un golpe podría llevarnos a un fracaso como el de la bahía de Cochinos.»

Kissinger, furioso, ordenó al embajador que dejara de entrometerse. Luego convocó a Helms una vez más a la Casa Blanca. El resultado fue un cable a la base de la CIA en Santiago: «CONTACTEN CON LOS MILITARES Y HÁGANLES SABER QUE EL USG [EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE] QUIERE UNA SOLUCIÓN MILITAR, Y QUE LES RESPALDAREMOS AHORA Y DESPUÉS ... CREEN AL MENOS ALGUNA CLASE DE CLIMA DE GOLPE ... PATROCINEN UN MOVIMIENTO MILITAR».

El 7 de octubre, horas después de que la orden saliera del cuartel general de la CIA, Helms salió en un viaje de inspección de dos semanas con destino a las bases de Saigón, Bangkok, Vientián y Tokio.

Aquel día, Henry Hecksher trató de cargarse la idea de dar un golpe en connivencia con el general Viaux. El jefe de base informó al cuartel general de que un régimen de Viaux «sería una tragedia para Chile y para el mundo libre ... Un golpe de Viaux solo produciría un masivo baño de sangre». Pero sus palabras tuvieron poco éxito en Washington. El 10 de octubre, cuando solo faltaban dos semanas para la toma de posesión de Allende, Hecksher volvió a intentar explicarles los hechos a sus superiores. «Nos han pedido que provoquemos el caos en Chile —escribía—. A través de Viaux, les proporcionamos una fórmula para el caos que no es muy probable que resulte incruenta. Disimular la implicación de Estados Unidos será claramente imposible. El equipo de la base, como saben, ha considerado seriamente todos los planes sugeridos por sus colegas del cuartel general. Nosotros

concluimos que ninguno de ellos tiene siquiera la más remota posibilidad de alcanzar su objetivo. De ahí que la apuesta de Viaux, pese a los factores de alto riesgo, pueda ser la más recomendable para ustedes.»

Pero en el cuartel general vacilaban.

El 13 de octubre, Hecksher cablegrafió para dar la noticia de que Viaux estaba pensando en secuestrar al comandante en jefe del ejército chileno, el general Schneider, leal a la Constitución. Kissinger convocó a Karamessines a la Casa Blanca. La mañana del 16 de octubre, este cablegrafió sus órdenes a Hecksher:

Es [nuestra] política firme y constante que Allende sea derrocado mediante un golpe … Se ha determinado que un intento de golpe de Viaux llevado a cabo por él solo con las fuerzas de las que ahora dispone fracasaría … Ínstenle a unir fuerzas con otros golpistas … [tenemos un] grande y constante interés en las actividades de … Valenzuela y otros, y les deseamos la mejor de las suertes.

El general Camilo Valenzuela, jefe de la guarnición de Santiago, había estado en contacto con la CIA seis días antes. Había revelado que él estaba dispuesto, que tal vez era capaz de hacerlo, pero que se sentía atemorizado. La tarde del 16 de octubre, uno de los oficiales de Valenzuela acudió a la CIA a pedir dinero y consejo. «*Lo que necesitamos es un general con cojones*»,[*] dijo el oficial.

La noche siguiente, el general Valenzuela envió a dos coroneles a entrevistarse en secreto con el coronel Wimert, el representante uniformado de la CIA. Su plan —prácticamente idéntico al ideado inicialmente por Viaux— consistía en secuestrar al general Schneider, llevárselo a Argentina, disolver el Congreso y tomar el poder en nombre de las fuerzas armadas. Se les hizo entrega de 50.000 dólares en efectivo, tres metralletas y una cartera llena de gas lacrimógeno, todo ello con la aprobación personal del cuartel general en la figura de Tom Karamessines.

El 19 de octubre, con solo cinco días por delante, Hecksher señalaba que la Vía Uno había sido «tan poco profesional y poco segura que, en el escenario chileno, podía tener alguna posibilidad de éxito». En otras

palabras, ahora había tantos oficiales del ejército chileno que sabían que la CIA quería detener a Allende, que las probabilidades de un golpe iban en aumento. «Todas las partes militares interesadas conocen nuestra postura», reza un memorando de la CIA fechado el 20 de octubre. Al día siguiente, Richard Helms volvió a Estados Unidos después de su recorrido de dos semanas por las bases asiáticas.

El 22 de octubre, cincuenta horas antes de que el Congreso chileno se reuniera para confirmar los resultados de las elecciones, un grupo de hombres armados tendieron una emboscada al general Schneider cuando iba de camino al trabajo. Sufrió varios disparos y murió en el quirófano poco después de que Salvador Allende fuera confirmado por el Congreso como presidente constitucionalmente electo de Chile con 153 votos a favor y 35 en contra.

La CIA necesitó unos cuantos días para averiguar quién había matado al general Schneider. En el cuartel general, Dave Phillips había supuesto que habían sido las metralletas de la agencia las que habían hecho el trabajo, de modo que sintió un gran alivio al enterarse de que habían sido los hombres de Viaux, y no los de Valenzuela, los que habían apretado el gatillo. El avión de la CIA que inicialmente tenía que haber sacado clandestinamente al general Schneider de Santiago transportó en su lugar al oficial chileno que había recibido el dinero y las armas de la agencia. Este «llegó a Buenos Aires con una pistola en el bolsillo y diciendo: “Estoy en un gran lío; tienen que ayudarme”», según recordaría Tom Polgar. En Chile, pues, la agencia había empezado comprando votos y había terminado entregando clandestinamente armas automáticas a unos presuntos asesinos.

«La CIA no vale un carajo»

En la Casa Blanca estaban furiosos por el fracaso de la agencia a la hora de detener a Allende. El presidente y sus hombres creían que dentro de la CIA existía un contubernio progresista que había saboteado la acción encubierta en Chile. Alexander Haig, ahora

general e indispensable mano derecha de Kissinger, dijo que la operación había fracasado debido a que los agentes de la CIA habían dejado que sus sentimientos políticos «impregnaran sus evaluaciones definitivas y sus propuestas de acción correctiva en el ámbito encubierto».[11] Era hora ya —le dijo Haig a su jefe— de purgar «los huecos clave bajo el mandato de Helms dominados por izquierdistas», [12] e insistió asimismo en la necesidad de «una importante reestructuración de los medios, la actitud y la base conceptual sobre los que deben realizarse los programas encubiertos de la CIA».[13]

Nixon decretó que Helms podría conservar su puesto solo si hacía limpieza. El director le prometió de inmediato que echaría a cuatro de sus seis adjuntos, y solo conservaría a Tom Karamessines para la acción encubierta y a Carl Duckett para el departamento de ciencia y tecnología. En un memorando enviado a Kissinger, advertía indirectamente de que una constante purga supondría una amenaza para la moral y la dedicación de sus hombres. El presidente respondió amenazando una y otra vez con recortar cientos de millones de dólares del presupuesto de la agencia. «Nixon despotricaba contra la agencia y su pésima inteligencia», recordaría George P. Shultz, que por entonces era su director presupuestario.[14] «“Quiero que reduzca el presupuesto a la CIA a una tercera parte del actual —solía decir el presidente—. No, déjelo en la mitad del actual.” Era la forma que tenía Nixon de descargar su ira, pero uno no se lo tomaba demasiado en serio.»

Sin embargo, Nixon no bromeaba. En diciembre de 1979, uno de los ayudantes de Kissinger le rogaba que «inste al presidente en privado a que no haga ese recorte tan grande, arbitrario y generalizado ... Esa manera de recortar a base de hachazos podría ser desastrosa».[15] Pero el presidente seguiría dando hachazos a la agencia durante los dos años siguientes.

A la Casa Blanca de Nixon le fue fácil arremeter contra la CIA, pero le resultó mucho más difícil salvarla. Aquel mes, y a instancias del presidente, Kissinger y Shultz encargaron a un ambicioso maestro del hacha de la oficina presupuestaria llamado James R. Schlesinger que supervisara durante tres meses el papel y las responsabilidades de

Richard Helms. Schlesinger, un hombre de cabellos prematuramente grises a sus cuarenta y un años, era compañero de clase de Kissinger y le igualaba en intelecto, aunque carecía de la esencial cualidad del engaño. Se había labrado su reputación en la Casa Blanca de Nixon internándose en la espesura del gobierno y podando las ramas muertas.[16]

Schlesinger informó de que el coste de la inteligencia se estaba disparando al tiempo que su calidad menguaba. Siete mil analistas de la CIA inundados de datos eran incapaces de determinar las pautas del presente. Seis mil agentes del servicio clandestino eran incapaces de infiltrarse en los altos conciliábulos del mundo comunista. El director de la central de inteligencia carecía de poder para hacer nada excepto dirigir la acción encubierta y producir informes de inteligencia que Nixon y Kissinger raramente leían. La agencia no podía respaldar las ambiciones globales de Nixon: abrir las puertas a China, hacer frente a los soviéticos y terminar la guerra de Vietnam según las condiciones de los estadounidenses.[17] «No hay evidencias de que la comunidad de la inteligencia, dada su estructura actual, vaya a abordar esta clase de problemas», concluía Schlesinger.[18]

Lo que él proponía representaba la remodelación más radical del espionaje estadounidense desde 1947. Un nuevo responsable, denominado «director de la inteligencia nacional», trabajaría directamente en la Casa Blanca y supervisaría el imperio de la inteligencia. La CIA había de desmembrarse, y había que inventar una nueva agencia encargada de realizar la acción encubierta y el espionaje.

Haig, que era quien había puesto en marcha la idea, escribió un memorando que se convertiría en «el más polémico» del que se tenga memoria en el gobierno estadounidense.[19] El problema era que el Congreso había creado la CIA y, por tanto, también tendría que jugar un papel en su renacimiento, cosa que Nixon no podía soportar. Tendría que hacerse, pues, en secreto. De modo que ordenó a Kissinger que pasara un mes entero sin hacer otra cosa que asegurarse de que aquello sucediera. Pero Kissinger no tenía estómago. «Prefiero quedarme sentado —garabateó en el memorando de Haig—. No tengo

la intención de dejarme la piel en esto.»

La larga batalla terminó un año después de la llegada al poder de Allende. El presidente le ordenó directamente a Helms que cediera el control de la CIA a su subdirector —el pistolero contratado por Nixon, el general Cushman— y que asumiera el papel de emperador simbólico de la inteligencia estadounidense.[20] Helms esquivó aquella estocada mortal con una hábil respuesta: le hizo el vacío a Cushman hasta el punto de que el general acabó solicitando un nuevo destino como comandante de los marines. El puesto de número dos quedó vacante durante seis meses.

Con eso murió la propuesta, salvo en la mente de Richard Nixon. «La inteligencia es una vaca sagrada —decía furioso—. Desde que estamos aquí no hemos hecho nada al respecto. La CIA no vale un carajo.»[21] Y tomó mentalmente nota de que había de deshacerse de Richard Helms.

«Las consecuencias naturales y probables»

La subversión contra Salvador Allende prosiguió. «En realidad, la Vía Dos no terminó nunca», diría Tom Karamessines, y las notas que tomó en una reunión celebrada en la Casa Blanca el 10 de diciembre de 1970 reflejaban lo que iba a venir: «Kissinger, en el papel de abogado del diablo, señalaba que el programa de la CIA propuesto aspiraba a respaldar a los moderados. Pero dado que Allende se considera a sí mismo moderado, se preguntaba, ¿por qué no respaldar a los extremistas?».

Y eso fue precisamente lo que hizo la agencia, que gastó la mayor parte de los 10 millones de dólares autorizados por Nixon en sembrar el caos político y económico en Chile. Las semillas dieron fruto en 1971. El nuevo jefe de la división latinoamericana de la CIA, Ted Shackley, de regreso al cuartel general de la agencia después de trabajar como jefe de base en Laos y en Vietnam del Sur, les dijo a sus superiores que sus agentes «usarán nuestra influencia para relacionarse con mandos militares clave de modo que puedan

desempeñar un papel decisivo en el bando de las fuerzas golpistas». El nuevo jefe de la base de Santiago, Ray Warren, creó una red de saboteadores militares y políticos que trataban de distanciar al ejército chileno de sus cimientos constitucionales. Por su parte, el presidente Allende cometió un error fatal. En respuesta a las presiones de las que era objeto por parte de la CIA, creó un ejército paralelo denominado Grupo de Amigos del Presidente, y Fidel Castro respaldó la iniciativa. El ejército chileno no podía consentirlo.

Casi tres años después de que Allende ganara las elecciones, un joven agente de la CIA en Santiago, que respondía al nombre de Jack Devine y que muchos años después se convertiría en el jefe en funciones del servicio clandestino, envió un comunicado que fue directo a Kissinger, a quien Richard Nixon acababa de nombrar secretario de Estado. El cable decía que, en el plazo de unos minutos o de unas horas, Estados Unidos recibiría una petición de ayuda de «un oficial clave del grupo militar chileno que planeaba derrocar al presidente Allende».

El golpe se produjo el 11 de septiembre de 1973. Fue rápido y terrible. Ante la perspectiva de ser capturado en el palacio presidencial, Allende se suicidó con un fusil automático, un regalo de Fidel Castro. La dictadura militar del general Augusto Pinochet asumió el poder aquella misma tarde, y la CIA no tardó en forjar una alianza con la junta de los generales. Pinochet reinó con crueldad, asesinando a más de tres mil personas, y encarcelando y torturando a otras decenas de miles en la represión que pasaría a conocerse como la «Caravana de la Muerte».

«No cabe duda —confesaría la agencia en una declaración ante el Congreso estadounidense después de que terminara la guerra fría— de que algunos contactos de la CIA participaron activamente en la comisión y encubrimiento de graves violaciones de los derechos humanos.» Uno de los más importantes fue el coronel Manuel Contreras, jefe del servicio de inteligencia chileno bajo el mandato de Pinochet. Este se convirtió en un agente a sueldo de la CIA y se reunió con altos cargos de la agencia en Virginia dos años después del golpe, en un momento en el que la agencia informaba de que era

personalmente responsable de miles de casos de asesinato y tortura en Chile. Contreras se distinguió con un singular acto de terror, el asesinato en 1976 de Orlando Letelier, que había sido embajador de Allende en Estados Unidos, y de un ayudante estadounidense, Ronni Moffitt. Murieron por la explosión de un coche bomba situado a catorce manzanas de la Casa Blanca. Luego Contreras chantajeó a Estados Unidos amenazando con contarle al mundo su relación con la CIA, impidiendo así su extradición y juicio por asesinato. La agencia no tenía ninguna duda de que Pinochet conocía y había aprobado aquel asesinato terrorista en suelo estadounidense.

El régimen de Pinochet detentó el poder durante diecisiete años. Tras su caída, Contreras fue condenado por un tribunal chileno por el asesinato de Orlando Letelier y pasó siete años en la cárcel. Pinochet murió en diciembre de 2006, a los noventa y un años de edad, con juicios pendientes por asesinato y con 28 millones de dólares en cuentas bancarias secretas en el extranjero. En el momento de redactar estas líneas, Henry Kissinger tiene procesos abiertos en tribunales de Chile, Argentina, España y Francia, iniciados por supervivientes de la Caravana de la Muerte. Cuando era secretario de Estado, el consejero jurídico de la Casa Blanca le hizo la sabia advertencia de que «a quien pone en marcha un intento de golpe se le puede atribuir la responsabilidad de las consecuencias naturales y probables de tal acción».

La CIA fue incapaz de «dotar de acelerador y freno a la maquinaria»[22] de la acción encubierta, en palabras de Dave Phillips, jefe de la fuerza operativa chilena. «Yo creía que si había un golpe militar, podía haber dos semanas de lucha en las calles de Santiago, y quizá varios meses de lucha y miles de muertes en el campo —declararía Phillips en secreto ante un comité del Senado estadounidense cinco años después del fracaso inicial de la Vía Dos—. Dios sabe que yo era consciente de que estaba implicado en algo donde un hombre podía ser asesinado.»

Sus interrogadores le preguntaron: ¿qué diferencia establece usted entre una muerte en un asesinato y miles en un golpe?

—Señor —respondió—, ¿qué diferencia establecía en la época en la

que fui piloto de bombardero en la Segunda Guerra Mundial, y cuando apretaba un botón, morían cientos o quizá miles de personas?

26

«¡Nos va a caer una buena encima…!»

Bajo el mandato del presidente Nixon, la vigilancia secreta del gobierno de Estados Unidos llegó a su apogeo en la primavera de 1971, con la CIA, la NSA y el FBI espiando a los propios ciudadanos estadounidenses. El secretario de Defensa Melvin Laird y la Junta de Jefes del Estado Mayor empleaban las escuchas electrónicas y el espionaje para vigilar a Kissinger. Nixon, mejorando la labor de Kennedy y Johnson, había llenado la Casa Blanca y Camp David de micrófonos ocultos de última tecnología activados por la voz.[1] Asimismo, Nixon y Kissinger interceptaban las conversaciones telefónicas de sus más estrechos colaboradores y de diversos periodistas de Washington, tratando de evitar la filtración de noticias a la prensa.[2]

Pero el de las filtraciones era un manantial inagotable. En junio, el *New York Times* empezó a publicar largos extractos de los célebres «papeles del Pentágono», la historia secreta de Vietnam encargada por el secretario de Defensa Robert McNamara cuatro años antes. La fuente de la filtración fue Daniel Ellsberg, un antiguo chico prodigio del Pentágono al que Kissinger había contratado como consultor del Consejo de Seguridad Nacional y al que asimismo había invitado a la residencia que Nixon tenía en San Clemente, California. Kissinger se enfureció al enterarse, y esto hizo que Nixon se pusiera aún más furioso. El presidente acudió entonces a su jefe de política interior, John Ehrlichman, para que acabara con las filtraciones. Este organizó un equipo conocido como «los Fontaneros», dirigido por un agente de la CIA que hacía muy poco que se había jubilado y que había desempeñado un destacado papel en Guatemala y la bahía de Cochinos.

Everette Howard Hunt hijo era un «personaje único —en palabras

del embajador Sam Hart, que le conoció cuando Hunt era jefe de base en Uruguay, a finales de la década de 1950—, totalmente egocéntrico, totalmente amoral, y un peligro tanto para sí mismo como para todos los que le rodeaban. Por lo que yo sé, Howard iba de desastre en desastre, ascendiendo cada vez más y dejando que todo quedara flotando tras de sí».[3] Cuando se alistó en la CIA, en 1950, Hunt era un joven romántico partidario de la guerra fría. Ahora se había convertido en un fantasioso que encauzaba su talento escribiendo mediocres novelas de espías. Llevaba menos de un año retirado de la agencia cuando un conocido, el ayudante de Nixon Chuck Colson, le ofreció una nueva y emocionante misión: dirigir operaciones secretas para la Casa Blanca.

Hunt se fue a Miami a ver a su viejo compañero cubano-norte americano Bernard Barker, que ahora se dedicaba a la venta inmobiliaria, y ambos estuvieron hablando junto a un monumento a los caídos en la bahía de Cochinos. «Él calificó su misión como de seguridad nacional —diría Barker—. Yo le pregunté a Howard que a quién representaba, y la respuesta que me dio fue realmente inesperada. Me dijo que estaba en un grupo del nivel de la Casa Blanca, bajo las órdenes directas del presidente de Estados Unidos.»[4] Juntos, los dos hombres reclutaron a otros cuatro cubanos de Miami, incluyendo a Eugenio Martínez, que había dirigido unas trescientas misiones marítimas en Cuba para la CIA y seguía cobrando unos honorarios de 100 dólares al mes del cuartel general de la agencia.

El 7 de julio de 1971, Ehrlichman telefoneó al espía de Nixon en la CIA, el subdirector de la agencia, general Cushman. El asesor del presidente le dijo que Howard Hunt le llamaría directamente para pedirle ayuda. «Quería que supiera que ciertamente está haciendo algo por el presidente —le dijo Ehrlichman—. Debería considerar que tiene más o menos carta blanca.»[5] Las demandas de Hunt se dispararon: quería volver a tener a su antigua secretaria, quería un despacho con una línea de teléfono segura en Nueva York, quería grabadoras de última generación, quería una cámara de la CIA para vigilar cualquier posible allanamiento de la consulta del psiquiatra de Ellsberg en Beverly Hills, y quería que luego la CIA se encargara de revelar la

película. Cushman informó tardíamente a Helms de que la agencia le había entregado a Hunt una serie de materiales de camuflaje: una peluca pelirroja, un dispositivo distorsionador de voz y una identificación personal falsa. Luego la Casa Blanca exigió que la agencia realizara un perfil psicológico de Daniel Ellsberg, lo que constituía una violación directa de los estatutos de la CIA, que prohibían espiar a los propios estadounidenses. Pero Helms hizo lo que se le pedía.

Helms echó a Cushman de la agencia en noviembre de 1971. Hubieron de pasar varios meses hasta que Nixon encontró al candidato perfecto para ocupar su puesto: el teniente general Vernon Walters.

El general Walters había pasado la mayor parte de los últimos veinte años realizando misiones secretas para varios presidentes. Pero Helms no tuvo oportunidad de conocerle hasta que llegó para ocupar el puesto de nuevo subdirector de la central de inteligencia el 2 de mayo de 1972. «Yo acababa de regresar de dirigir una operación de la que la CIA no sabía nada —relataría más tarde el general Walters—. Helms, que habría preferido a otra persona, dijo: "He oído hablar de usted; ¿qué sabe de inteligencia?". Yo le respondí: "Bueno, he estado negociando con los chinos y los vietnamitas durante tres años, y he llevado clandestinamente a Henry Kissinger a París quince veces sin que usted ni nadie de la agencia supieran nada de ello".»[6] Helms no pudo por menos que sentirse impresionado, pero pronto tendría buenas razones para preguntarse por la lealtad de su nuevo subordinado.

«Caerán todos los árboles del bosque»

El sábado 17 de junio de 1972, a altas horas de la noche, Howard Osborn, jefe de la Oficina de Seguridad de la CIA, telefoneó a Helms a casa. El director supo que no podían ser buenas noticias. Así recordaría posteriormente la conversación:

—Dick, ¿todavía estás levantado?

—Sí, Howard.

—Acabo de enterarme de que la policía del distrito ha cogido a cinco hombres que intentaban allanar la sede nacional del Partido Demócrata en el Watergate… cuatro cubanos y Jim McCord.

—¿McCord? ¿No se había retirado de tu negocio?

—Hace dos años.

—¿Y los cubanos? ¿Eran de Miami o de La Habana?

—De Miami… llevaban ya algún tiempo en el país.

—¿Los conocemos?

—Por ahora no sé decírtelo.

—Localiza a la gente de operaciones, eso lo primero… Que se vayan para Miami. Comprobad todos los registros aquí y en Miami… ¿Hay algo más?

—¡Ya lo creo! —dijo Osborn pesadamente—. Parece que Howard Hunt también está implicado.[7]

Al oír el nombre de Hunt, Helms suspiró profundamente. «¿Qué demonios estaban haciendo?», preguntó. Pero tenía una idea bastante aproximada: McCord era un experto en escuchas electorales, Hunt trabajaba para Nixon, y se les acusaba de pinchar los teléfonos, lo que constituía un delito federal.

Sentado al borde de la cama, Helms localizó al director en funciones del FBI, L. Patrick Gray, en un hotel de Los Ángeles (J. Edgar Hoover había muerto seis semanas antes después de cuarenta y ocho años en el poder). Helms le dijo a Gray con mucho cuidado que los ladrones del Watergate habían sido contratados por la Casa Blanca, y que la CIA no tenía nada que ver con aquello. ¿Queda claro? De acuerdo, pues entonces buenas noches.

El lunes 19 de junio, a las nueve de la mañana, Helms celebró su reunión diaria con altos cargos de la CIA en el cuartel general de la agencia. Bill Colby, ahora director ejecutivo de la CIA y, por lo tanto, número tres de la organización, recordaría posteriormente que Helms dijo entonces que «¡Nos va a caer una buena encima, ya que todos esos son ex!» (es decir, ex agentes de la CIA), y que «nosotros sabíamos que estaban trabajando en la Casa Blanca».[8] A la mañana siguiente, el *Washington Post* situó la responsabilidad del Watergate en

la puerta del Despacho Oval, si bien todavía hoy nadie sabe a ciencia cierta si Richard Nixon autorizó o no el allanamiento.

El viernes 23 de junio, Nixon le dijo a su jefe de estado mayor, H.R. Haldeman —un hombre de una eficacia brutal—, que convocara a Helms y a Walters a la Casa Blanca y les ordenara que frenaran al FBI en nombre de la seguridad nacional. Al principio ellos aceptaron colaborar; una jugada muy peligrosa. Luego Walters llamó a Gray y le dijo que se mantuviera al margen. Pero el lunes 26 de junio se cruzó la raya cuando el consejero jurídico de Nixon, John Dean, ordenó a Walters que consiguiera una gran suma de dinero que fuera imposible de rastrear para sobornar a los seis veteranos de la CIA encarcelados. El martes, Dean repitió la demanda. Más tarde le dijo al presidente que el precio del silencio sería de un millón de dólares durante los dos años siguientes. Solo Helms, o Walters —cuando el primero estaba fuera de Estados Unidos—, podían autorizar un pago secreto de los fondos reservados de la CIA. Eran los únicos funcionarios del gobierno estadounidense que podían entregar legalmente un maletín con un millón de dólares en dinero secreto a la Casa Blanca, y Nixon lo sabía.

«Nosotros podíamos conseguir dinero en cualquier parte del mundo —reflexionaría Helms—, ya que dirigíamos una auténtica operación de arbitraje. No necesitábamos blanquear dinero, nunca.»[9] Pero si la CIA entregaba el dinero, «el resultado final habría sido el fin de la agencia —diría—. No solo habría ido a la cárcel si hubiera seguido adelante con lo que la Casa Blanca quería que hiciésemos, sino que la credibilidad de la agencia se habría visto arruinada para siempre».

Helms se negó. Luego, el 28 de junio, viajó a Washington para iniciar desde allí un recorrido de dos semanas por las avanzadillas de inteligencia de Asia, Australia y Nueva Zelanda, dejando a Walters como director en funciones. Pasó una semana. Los agentes del FBI, impacientes, empezaron a rebelarse contra las órdenes de mantenerse al margen. Gray le dijo a Walters que necesitaba una orden por escrito de la CIA anulando la investigación por razones de seguridad nacional. Los dos hombres conocían ya los riesgos de un rastro documental. Hablaron el 6 de julio, y poco después Gray llamó al presidente a su residencia de vacaciones de San Clemente. «Los

miembros de su personal están tratando de herirle mortalmente» manipulando a la CIA, le dijo a Nixon. Siguió un incómodo silencio, y luego el presidente le dijo a Gray que siguiera con la investigación.

Poco después de que Helms regresara de su viaje, a finales de julio, Jim McCord, que estaba a la espera de juicio y se enfrentaba a una pena de cinco años de cárcel, envió un mensaje a la CIA a través de su abogado. En él decía que los hombres del presidente querían que declarara que el allanamiento del Watergate había sido una operación de la agencia. Que la CIA cargue con el mochuelo —le había dicho un asesor de la Casa Blanca—, y luego tendrá un indulto presidencial. McCord respondió en una carta: «Si Helms traga y la operación Watergate se arroja a los pies de la CIA, donde no le corresponde, caerán todos los árboles del bosque. Será un desierto quemado. En este momento todo está al borde del precipicio. Pasen el mensaje de que si quieren que todo salte, están haciendo exactamente lo adecuado».

«TODO EL MUNDO SABÍA QUE IBAN A VENIR MALOS TIEMPOS»

El 7 de noviembre de 1972, el presidente Nixon fue reelegido por una de las mayorías más aplastantes de toda la historia estadounidense. Aquel día juró que en su segundo mandato dirigiría la CIA y el Departamento de Estado con mano de hierro, a fin de destruirlos y reconstruirlos a su imagen y semejanza.

El 9 de noviembre, Kissinger propuso reemplazar a Helms por James Schlesinger, que entonces era el presidente de la Comisión de Energía Atómica.[10] «¡Muy buena idea!», respondió Nixon.[11]

El 13 de noviembre, el presidente le dijo a Kissinger que tenía la intención de «arruinar el Servicio Exterior. Es decir, arrasarlo —el viejo Servicio Exterior— y construir uno nuevo. Y voy a hacerlo».[12] Le asignó la tarea a un hombre de dentro, el veterano de la OSS y campeón de las recaudaciones de fondos para el Partido Republicano William J. Casey. En 1968, Casey había importunado al recién elegido presidente Nixon para que le hiciera director de la central de

inteligencia; pero Nixon, en lugar de ello, le asignó la presidencia de la Comisión del Mercado de Valores, una astuta decisión aplaudida en las salas de juntas de todas las empresas estadounidenses. Ahora, en el segundo mandato de Nixon, Casey sería nombrado subsecretario de Estado de Asuntos Económicos, aunque su verdadera tarea consistiría en actuar como saboteador de Nixon «para hacer pedazos el Departamento», según las propias palabras del presidente.[13]

El 20 de noviembre, Nixon destituyó a Richard Helms en una breve y desagradable reunión celebrada en Camp David, donde le ofreció el puesto de embajador en la Unión Soviética. Hubo una incómoda pausa mientras Helms consideraba las implicaciones de aquella decisión. «Mire, señor presidente, yo no creo que sea muy buena idea enviarme a Moscú», le dijo Helms.[14] «Bueno, tal vez no», le respondió Nixon. Helms propuso Irán como posible alternativa, y Nixon le instó a aceptar aquel destino. También llegaron al acuerdo de que Helms permanecería en el puesto hasta marzo de 1973, el año de su sexagésimo aniversario, la edad oficial de jubilación en la CIA. Posteriormente, en un absurdo acto de crueldad, Nixon rompería su promesa. «El tío era un cabrón», diría Helms más tarde, en un ligero estallido de rabia, al relatar la historia.

Helms creyó hasta el día de su muerte que Nixon le había destituido porque no se había tirado a la piscina en lo del Watergate. Pero los registros documentales demuestran que Nixon había decidido ya mucho antes del allanamiento echar a Helms y destripar a la CIA. En realidad el presidente creía que Helms iba a por él.

Una década después, Frank Gannon, amigo y ex asesor de Richard Nixon, le preguntaría lo siguiente:[15]

—¿Cree que hubo, o que pudo haber, una conspiración de la CIA para echarle del cargo?

—Mucha gente lo cree así —le respondería Nixon—. La CIA tenía motivos. No era ningún secreto que yo estaba insatisfecho con la CIA, con sus informes, y especialmente con sus evaluaciones de las fuerzas soviéticas y de nuestros otros problemas en todo el mundo… Yo quería deshacerme de algunos inútiles, y así sucesivamente. Y ellos lo sabían. De modo que tenían un motivo.

—¿Cree que le temían? —le preguntó Gannon.

—No hay ninguna duda de ello —respondió Nixon—. Y tenían razones para hacerlo.

El 21 de noviembre, Nixon le ofreció la CIA a James Schlesinger, que aceptó con placer la oferta del presidente. Nixon estaba encantado de «poner a su propio hombre —quiero decir, uno que realmente llevara tatuadas las iniciales R.N.—, que era Schlesinger», diría Helms.[16] Las órdenes de Schlesinger —como las de Casey en el Departamento de Estado— eran poner la agencia patas arriba. «Desháganse de esos payasos —seguía ordenando el presidente—. ¿Qué utilidad tienen? Disponen de cuarenta mil personas por ahí leyendo periódicos.»[17]

El 27 de diciembre, el presidente dictó un memorando en el que se diseñaba la misión. Aunque Kissinger quería el dominio de la inteligencia estadounidense, «debe ser Schlesinger quien esté al mando», dijo Nixon.[18] Si alguna vez el Congreso «tiene la impresión de que el presidente le ha entregado todas las actividades de inteligencia a Kissinger, se desatarán todos los infiernos. Si, por otra parte, yo nombro al nuevo director de la CIA Schlesinger mi principal asesor en actividades de inteligencia, podemos tenerla con el Congreso. Henry simplemente no tiene tiempo ... He estado hostigándoles a él y a Haig durante más de tres años para tener la inteligencia reorganizada sin el menor éxito». Como un eco del estallido de ira de Eisenhower al final de su presidencia, Nixon estaba enfurecido por su «derrota de ocho» años en su batalla para remodelar la inteligencia estadounidense.

En sus últimos días en el cargo, Helms llegó a temer que Nixon y sus leales saquearan los archivos de la CIA, e hizo todo lo que pudo para destruir dos series de documentos secretos que podrían haber arruinado la agencia. Una era la de los documentos relacionados con los experimentos de control mental con LSD y muchas otras drogas que él y Allen Dulles habían aprobado personalmente dos décadas antes. Muy pocos de aquellos documentos sobrevivieron. La segunda era su propia colección de cintas secretas. Helms había registrado cientos de conversaciones en su despacho del séptimo piso durante los

seis años y siete meses en los que había sido director de la central de inteligencia. El día de su cese oficial, el 2 de febrero de 1973, todas ellas habían sido destruidas.

«Cuando Helms abandonó el edificio, todos sus hombres se aglomeraron en la entrada para despedirle —explicaría Sam Halpern, por entonces el principal asesor del servicio clandestino—. No había nadie que no estuviera llorando. Todo el mundo sabía que iban a venir malos tiempos.»[19]

27

«Cambiar el concepto del servicio secreto»

El colapso de la CIA como servicio de inteligencia secreto se inició el día en que Helms se fue y James Schlesinger llegó al cuartel general de la agencia.

Schlesinger fue director de la central de inteligencia durante diecisiete semanas. En ese tiempo purgó a más de quinientos analistas y a más de mil personas del servicio clandestino. Los agentes destinados en el extranjero recibieron cables codificados sin firmar donde se les informaba de que estaban despedidos. En respuesta, Schlesinger recibió amenazas de muerte anónimas, y hubo de incorporar guardias armados a su destacamento de seguridad.

Nombró a Bill Colby nuevo jefe del servicio clandestino, y luego le hizo sentar para explicarle que había llegado el momento de «cambiar el concepto del "servicio secreto"».[1] Había llegado el amanecer de la tecnocracia, y los tiempos de los hombres de la vieja escuela que llevaban veinte años en el negocio habían pasado. «Se mostraba extremadamente receloso ante el papel y la influencia de los operadores clandestinos —relataría Colby—. Creía que la agencia se había vuelto complaciente e hinchada bajo su dominio, y que de hecho había demasiados de los de la "vieja escuela" rondando por allí sin hacer poco más que cuidar unos de otros, jugar a los espías y revivir los días felices del pasado.»

Por su parte, los de la vieja escuela argumentaban que todos los aspectos del trabajo de la CIA en el extranjero formaban parte de la lucha contra los soviéticos y los chinos rojos. Estuvieras en El Cairo o en Katmandú, siempre estabas luchando contra Moscú y Pekín. Pero ¿qué sentido tenía aquello cuando Nixon y Kissinger brindaban con los líderes del mundo comunista? La paz estaba al alcance de la mano. La política de disuasión del presidente estaba minando la fuerza vital del

servicio clandestino, que se basaba en la guerra fría.

Colby realizó de inmediato un sondeo de las capacidades de la CIA. Una década antes, la mitad del presupuesto de la agencia había ido a parar a las operaciones encubiertas. Bajo el mandato de Nixon, aquella cifra estaba ahora por debajo del 10 por ciento. El reclutamiento de nuevos talentos estaba en declive, y la causa de ello era la guerra de Vietnam. El clima político no resultaba propicio para contratar a jóvenes y brillantes graduados universitarios; un creciente número de campus prohibían la entrada a los cazatalentos de la CIA debido a la presión popular y, por otra parte, el final del reclutamiento militar supuso la interrupción del desfile de oficiales de baja graduación que pasaban por las filas de la CIA.

La Unión Soviética seguía siendo casi una *terra incognita* para los espías estadounidenses. Corea del Norte y Vietnam del Norte representaban un enorme vacío. La CIA compraba su mejor información a los servicios de inteligencia aliados y a los líderes del Tercer Mundo sobre los que poseía un dominio absoluto. Donde resultaba más eficaz era en las periferias del poder, pero esos no dejaban de ser asientos de segunda fila que obstruían la visión del escenario global.

La división soviética seguía estando paralizada por las teorías conspiratorias de Jim Angleton, que seguía a cargo del contraespionaje estadounidense. «Angleton nos devastó —declararía un hombre de la CIA, Haviland Smith, que dirigió diversas operaciones contra el objetivo soviético en las décadas de 1960 y 1970—. Nos sacó del negocio soviético.» Una de las muchas tareas desagradables de Bill Colby fue la de decidir qué hacer con el alcohólico cazador de espías, que ahora había llegado a la conclusión de que el propio Colby era un topo de Moscú. Colby trató de persuadir a Schlesinger de que echara a Angleton. Pero, tras recibir el informe de este último, el nuevo director se opuso a la idea.

En su oscura y humeante oficina, Angleton condujo al nuevo jefe a través de un recorrido de cincuenta años, desde los comienzos del comunismo soviético, con las elaboradas operaciones de hostigamiento y manipulaciones políticas que los rusos realizaron

contra Occidente en las décadas de 1920 y 1930, pasando por las operaciones de agentes dobles comunistas y las campañas de desinformación de las décadas de 1940 y 1950, para terminar finalmente con la suposición de que la propia CIA había sido infiltrada por Moscú hasta sus más altos niveles, o casi, en la década de 1960. En resumen, pues, el enemigo había roto las defensas de la CIA y había penetrado profundamente en su estructura.[2]

Impresionado por aquella visita guiada a los infiernos de la mano de Angleton, Schlesinger se tragó su informe.

«AL MARGEN DE LOS ESTATUTOS LEGISLATIVOS DE ESTA AGENCIA»

Schlesinger decía que él veía a la CIA como «la agencia central de inteligencia, con *a* minúscula, *c* minúscula e *i* minúscula».[3] Se había convertido nada más que en «un componente del personal del NSC» al mando de Kissinger. Él se proponía ponerla en manos del subdirector Vernon Walters mientras él se ocupaba de los satélites espía de la Oficinal Nacional de Reconocimiento, el coloso de las escuchas electrónicas de la Agencia de Seguridad Nacional, y de los informes militares de la Agencia de Inteligencia de la Defensa. Pretendía con ello cumplir con el papel que había imaginado en su informe al presidente, el de director de la inteligencia nacional.

Pero sus grandiosas ambiciones se vieron frustradas por los importantes delitos y faltas cometidos por la Casa Blanca. «El asunto Watergate empezó a impregnarlo casi todo —diría Schlesinger—, y los deseos que yo tenía al principio poco a poco se vieron inundados por una simple necesidad de protección, organizando la salvación de la agencia.»

Pero tenía una idea algo inusual acerca de cómo salvarla.

Schlesinger creía que le habían contado todo lo que la agencia sabía sobre el Watergate, así que se quedó estupefacto cuando Howard Hunt testificó que él y sus Fontaneros habían saqueado la consulta del psiquiatra de Daniel Ellsberg con la asistencia técnica de la CIA. Una revisión de la agencia de sus propios archivos reveló una copia de la

película que la CIA había revelado para Hunt después de que este estuviera reconociendo el terreno. Posteriores revisiones revelaron también las cartas que Jim McCord había enviado a la CIA, y que podían interpretarse perfectamente como una amenaza de chantaje al presidente de Estados Unidos.

Bill Colby había saltado tras las líneas enemigas con la OSS, y había pasado seis años supervisando el asesinato de comunistas en Vietnam. Por lo tanto, no se dejaba impresionar fácilmente, por la mera violencia verbal. Pero la furia de Schlesinger sí le impresionó. «Despida a todo el mundo si hace falta —le ordenó el director—, destroce el edificio, arranque las tablas del suelo, descúbralo todo.» Luego Schlesinger redactó un memorando dirigido a todos los empleados de la CIA. La nota, que representaba una de las decisiones más peligrosas que jamás había tomado ningún director de la central de inteligencia, fue el legado que decidió dejar:[4]

> He ordenado a todos los funcionarios operativos de alto rango de esta agencia que me informen de inmediato de cualquier actividad actualmente en curso, o que se haya realizado en el pasado, que pudiera haber sido concebida para estar al margen de los estatutos legislativos de esta agencia.
>
> Por la presente mando a toda persona actualmente empleada en la CIA que me informe de cualquiera de tales actividades de las que tenga conocimiento. Invito a todos los antiguos empleados a hacer lo mismo. Cualquiera que posea tal información debe llamar ... y decir que desea hablarme de «actividades al margen de los estatutos de la CIA».

Los estatutos de la agencia, por lo general extremadamente vagos, eran muy claros en un punto: la CIA no podía actuar como una policía secreta estadounidense.[5] Sin embargo, durante el curso de la guerra fría, la agencia había estado espiando a ciudadanos, interviniendo sus teléfonos, abriendo el correo preferente y conspirando para cometer asesinatos siguiendo órdenes de la Casa Blanca.

La orden de Schlesinger estaba fechada el 9 de mayo de 1973, y entraba en vigor con carácter inmediato. Aquel mismo día, el Watergate empezó a destruir a Richard Nixon. Este se había visto forzado a despedir a su guardia palaciega, y solo quedaba el general Alexander Haig, el nuevo jefe de estado mayor de la Casa Blanca. Horas después de que se emitiera la orden, Haig llamó a Colby para

informarle de que el fiscal general dimitía, el secretario de Defensa asumía su puesto, Schlesinger abandonaba la CIA para irse al Pentágono y el presidente quería que Colby fuera el próximo director de la central de inteligencia. Había tal desorden en el gobierno, que Colby no pudo jurar su nuevo cargo hasta septiembre. Durante cuatro meses, el general Walters fue el director en funciones y Colby, el director oficial; un incómodo estado de cosas.

Colby tenía entonces cincuenta y tres años de edad, y llevaba treinta a sus espaldas trabajando en la OSS y luego en la CIA. Toda su vida adulta había sido un avatar de acción encubierta. A lo largo de la primavera de 1973 se había visto obligado a actuar como sicario de Schlesinger, mandando llamar a sus colegas y entregándoles la carta de despido. En medio de todo esto, su hija mayor, que rondaba los veinticinco años, se había ido consumiendo y finalmente había muerto a causa de la anorexia. El 21 de mayo, Colby se sentó a leer la primera recopilación de delitos de la CIA, que a la larga alcanzarían la cifra de 693 potenciales violaciones de sus estatutos. Aquella misma semana se habían iniciado las audiencias públicas del Senado sobre el caso Watergate. Luego saltó la noticia de que Nixon y Kissinger habían mandado intervenir las comunicaciones telefónicas de asesores y periodistas, y se anunció el nombramiento de un fiscal especial para investigar los delitos del Watergate.

Durante toda su vida, Colby había sido un católico profundamente devoto, un hombre que creía en las consecuencias del pecado mortal. Y ahora se enteraba por primera vez de los complots contra Fidel Castro y del papel central de Robert F. Kennedy, de los experimentos de control mental, las cárceles secretas y las pruebas farmacológicas con involuntarias cobayas humanas. Las escuchas telefónicas y la vigilancia de ciudadanos y periodistas realizadas por la CIA no ofendían a su conciencia, ya que las respaldaban órdenes claras de tres presidentes estadounidenses. Pero sabía, dada la atmósfera del momento, que si esos secretos se filtraban, la agencia podría verse arruinada. De modo que Colby los guardó bajo llave y se dispuso a tratar de dirigir la CIA.[6]

Mientras tanto, la Casa Blanca se desmoronaba bajo el peso

aplastante del Watergate, y a veces a Colby le parecía que también la CIA se estaba viniendo abajo. A menudo era una buena cosa que Nixon no leyera la información de inteligencia que la agencia le proporcionaba. Cuando, en 1973, coincidieron las fiestas sacras del Yom Kippur y el Ramadán, Egipto entró en guerra con Israel y penetró profundamente en los territorios israelíes. En un asombroso contraste con sus predicciones sobre la guerra de los Seis Días en 1967, la CIA no había sabido interpretar los signos que anunciaban la tormenta. «No es que nos cubriéramos precisamente de gloria —diría Colby—. El día antes de que estallara la guerra predijimos que la guerra no iba a estallar.»[7]

Unas horas antes de que se iniciara el conflicto, la agencia había asegurado a la Casa Blanca: «Los ejercicios [militares] son más reales de lo habitual. Pero no habrá guerra».[8]

28

«La CIA sería destruida»

«Permítanme que empiece mencionando un problema que tenemos con respecto al uso de material clasificado»,[1] declaró el presidente Gerald Ford al iniciar una de sus primeras reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, celebrada en la Sala del Gabinete de la Casa Blanca el 7 de octubre de 1974.

Los supervivientes del Watergate —el secretario de Estado Kissinger, el secretario de Defensa Schlesinger, el subdirector de la central de inteligencia Walters, y el ambicioso e influyente empleado de la Casa Blanca Donald Rumsfeld— estaban furiosos por la última filtración. Estados Unidos se disponía a enviar armas a Israel y a Egipto por valor de varios miles de millones de dólares. Los periódicos habían publicado la lista de compra israelí y la respuesta estadounidense.

«¡Esto es intolerable! —exclamó Ford—. He tratado con Donald Rumsfeld de las diversas opciones para abordar este asunto.» El presidente quería un plan en el plazo de cuarenta y ocho horas para impedir que la prensa siguiera publicando lo que sabía. «No tenemos las herramientas que nos hacen falta —le advirtió Schlesinger—. Necesitamos una Ley de Secretos Oficiales», añadió, pero «el clima actual es malo para esta clase de cosas».[2]

El poder del secretismo se había deshecho por las mentiras de los presidentes, contadas en nombre de la seguridad nacional de Estados Unidos: el U-2 era un avión climatológico, Estados Unidos no invadiría Cuba, los barcos norteamericanos habían sido atacados en el golfo de Tonkín, la guerra de Vietnam era una causa justa… La caída de Richard Nixon mostró que aquellas nobles mentiras ya no servían en una democracia.

Bill Colby aprovechó la oportunidad para renovar la influencia de la CIA en la Casa Blanca, puesto que sabía que el ataque al secretismo

amenazaba a la propia supervivencia de la agencia. Había cultivado la amistad de Ford desde el momento en que se convirtió en vicepresidente, entregándole una copia del resumen diario del presidente por mensajero y manteniéndole informado sobre el proyecto secreto de la CIA —un proyecto de 400 millones de dólares— para reflotar un submarino soviético hundido en el fondo del Pacífico (la operación de salvamento fracasó cuando el submarino se partió en dos). Quería que Ford «supiera todo lo que sabía el presidente —diría más tarde—. No deseábamos otra situación como cuando Truman ignoraba el Proyecto Manhattan».[3]

Pero Ford jamás le llamó por teléfono ni solicitó su consejo privado. El presidente restauró el Consejo de Seguridad Nacional tal como era durante el mandato de Eisenhower; y Colby asistiría a las reuniones, pero nunca sería admitido a solas en el Despacho Oval. Colby trató de participar activamente en las grandes cuestiones del momento, pero siguió siendo ajeno a ellas. Con Kissinger y Haig como celosos guardianes de la entrada, Colby jamás lograría penetrar en el sanctasanctórum de la Casa Blanca de Ford. Y cualesquiera que fueran las posibilidades que pudiera haber tenido de restaurar la reputación de la CIA, estas desaparecieron en diciembre de 1974.

Un periodista del *New York Times*, Seymour Hersh, había descubierto el secreto del espionaje de la agencia a los propios ciudadanos estadounidenses. Había logrado saber lo esencial de la historia después de meses de investigaciones, y el viernes 20 de diciembre de 1974 fue recibido en el cuartel general de la agencia para mantener una entrevista largo tiempo esperada con Colby. Este, que grabó en secreto la conversación, trató de convencer a Hersh de que la vigilancia ilegal no tenía una gran importancia, que se trataba de un asunto de poca monta del que era mejor no hablar. «Creo que es mejor dejar los secretos de familia donde están: en el armario», le dijo a Hersh. Pero sí reconoció que aquello había ocurrido. Hersh estuvo escribiendo toda la noche y todo el sábado por la mañana.

La noticia se publicó el domingo 22 de diciembre de 1974 en primera página. El titular rezaba: «DENUNCIADA UNA ENORME OPERACIÓN DE LA CIA EN ESTADOS UNIDOS CONTRA LAS FUERZAS ANTIBÉLICAS».

Colby trató de proteger a la agencia arrojando la cuestión de la vigilancia interna ilegal a los pies de Jim Angleton, que durante veinte años había estado abriendo el correo preferente en connivencia con el FBI. Mandó llamar a Angleton al séptimo piso, y le despidió. En su forzado ostracismo, Angleton se pasaría el resto de su vida inventando mitos sobre su trabajo, que resumiría el día en que se le pidió que explicara por qué la CIA no había cumplido la orden de la Casa Blanca de destruir el arsenal de venenos que poseía la agencia. «Resulta inconcebible —diría— que un arma secreta del gobierno deba someterse a las órdenes públicas del propio gobierno.»[4]

«VAN A SURGIR UN MONTÓN DE CRÍTICAS FEROCES»

El día de Nochebuena, Colby le envió una larga nota a Kissinger en la que le resumía los secretos recopilados por orden de Schlesinger. Todavía con el Watergate coleando, su divulgación podía traer la ruina a la agencia. Kissinger, a su vez, resumió aún más el texto, condensándolo en un memorando de cinco páginas escritas a un solo espacio que envió al presidente Ford el día de Navidad. El Congreso necesitó todo un año de investigación, el de 1975, para desenterrar algunos de los hechos de los que hablaba el memorando.

Kissinger informó al presidente de que la CIA ciertamente había espiado a la izquierda, había intervenido los teléfonos y sometido a vigilancia a diversos periodistas, había realizado investigaciones ilegales y había abierto innumerables sacas de correo. Pero había mucho más, y mucho peor. Kissinger no se atrevió a poner por escrito todo lo que descubrió en lo que él llamaba «el libro de los horrores». Algunas de las acciones de la CIA eran «claramente ilegales», advirtió a Ford. Otras «planteaban profundas cuestiones morales». Aunque él había participado durante una década en un pequeño comité sobre la CIA de la Cámara de Representantes, el presidente Ford jamás había oído ni un murmullo sobre todos aquellos secretos: espionaje interno, control mental, intentos de asesinato… Las conspiraciones para cometer asesinato se habían iniciado en la Casa Blanca precisamente

durante el mandato de Eisenhower, el presidente republicano del siglo XX más reverenciado en Estados Unidos.

Más adelante, el viernes 3 de enero de 1975, Ford recibió otro boletín, esta vez del fiscal general de Estados Unidos en funciones, Laurence Silberman.

Silberman se había enterado ese mismo día de la existencia del grueso expediente que contenía los secretos de las fechorías de la agencia, que se hallaba en la caja fuerte de Colby, y suponía que podía contener evidencias de delitos federales. El más alto funcionario de orden público del país metió al director de la central de inteligencia en un callejón sin salida: tendría que entregar el expediente o se enfrentaría a la acusación de obstrucción a la justicia. Ya no era una cuestión de si Colby quería o no divulgar los secretos; ahora se trataba de la posibilidad de ir a la cárcel por protegerlos.

Con aquella peligrosa jugada, Silberman —que posteriormente se convertiría en magistrado del tribunal de apelación federal y dirigiría la devastadora investigación sobre la CIA en 2005— estuvo peligrosamente cerca de convertirse él mismo en el director de la central de inteligencia. «Ford me pidió que fuera a la Casa Blanca para dirigir la inteligencia, pero yo decliné la oferta —contaría más tarde Silberman en un relato oral—. En aquel momento se consideraba seriamente la posibilidad de que yo fuera el director de la CIA. Pero yo no deseaba hacerlo por un montón de razones.»[5] Sabía que la agencia estaba a punto de afrontar una tormenta huracanada.

En su memorando al presidente del 3 de enero, Silberman le exponía dos cuestiones; la primera: «Los planes para asesinar a ciertos líderes extranjeros, que, en el mejor de los casos, plantean preguntas únicas», y la segunda: «Puede que el señor Helms haya cometido perjurio durante las audiencias de confirmación de su nombramiento como embajador en Irán».[6] A Helms se le había preguntado, bajo juramento, por el derrocamiento del presidente Allende en Chile. ¿Tenía la CIA algo que ver con ello? No, señor, había respondido Helms. Habiendo jurado mantener el secreto, pero habiendo jurado también decir la verdad, a la larga Helms tendría que responder ante un tribunal federal de la acusación de haber mentido, o, más

concretamente, al delito menor de no haberle contado al Congreso toda la verdad.

La tarde del 3 de enero, Ford les dijo a Kissinger, al vicepresidente Nelson Rockefeller y a Donald Rumsfeld que «la CIA sería destruida»[7] si se filtraban secretos. A mediodía del sábado día 4, Helms entró en el Despacho Oval. «Francamente, estamos en un lío», le dijo Ford.[8] El presidente le explicó que Rockefeller iba a dirigir una comisión encargada de investigar las actividades de la CIA en territorio estadounidense, pero única y exclusivamente dichas actividades. Ford confiaba en que se limitara a ese marco definido. «Resultaría trágico que fuera más allá —le dijo a Helms—. Sería una vergüenza que el clamor de la opinión pública nos forzara a ir más allá y dañar la integridad de la CIA. Yo asumo automáticamente que usted hizo lo correcto a menos que se demuestre lo contrario.»

Helms vio lo que se le venía encima.

«Van a surgir un montón de críticas feroces —le advirtió al presidente—. Yo no sé todo lo que se ha hecho en la agencia. Quizá nadie lo sepa. Pero sé lo bastante para decir que, si llueven las críticas, yo participaré en ellas.»

Aquel mismo día Helms lanzó una de ellas por encima de la verja de la Casa Blanca, al decirle a Kissinger que Bobby Kennedy había gestionado personalmente los complots para asesinar a Castro. Kissinger le transmitió la noticia al presidente. El horror se intensificó. Ford había alcanzado su inicial prominencia nacional precisamente gracias a su actuación en la Comisión Warren, y ahora se enteraba de que había aspectos del asesinato de Kennedy que él ignoraba completamente, y las piezas que faltaban en el rompecabezas le aterraban. Hacia el final de su vida, Ford calificaría de «inadmisible» la ocultación de pruebas a la Comisión Warren por parte de la agencia. La CIA «cometió un error al no proporcionarnos todos los datos de los que disponía —diría Ford—. Su juicio no estuvo acertado al no contarnos toda la historia».[9]

La Casa Blanca se enfrentaba ahora a ocho investigaciones y audiencias parlamentarias distintas sobre la CIA. Rumsfeld explicó que la presidencia iba a salir al paso de todas ellas por medio de la

Comisión Rockefeller, cuyos miembros serían «republicanos y rectos». Uno de ellos estaba ya en sus archivos: «Ronald Reagan, analista político, antiguo presidente del Gremio de Actores de Cine y ex gobernador de California».

«¿Cuál debería ser el informe final?», preguntó el presidente. Todos los presentes acordaron en principio que el control de daños resultaba de suma importancia. «Hay que poner a Colby bajo control», dijo Kissinger. Si no guardaba silencio, «pronto esto va a correr por toda la ciudad».

El 16 de enero de 1975, el presidente Ford celebró un almuerzo en la Casa Blanca para los jefes de redacción y el director del *New York Times*. El presidente declaró que sin duda alguna redundaba en el interés nacional no hablar del pasado de la CIA. Dijo que la reputación de todos los presidentes de Estados Unidos desde Harry Truman podría verse arruinada si se divulgaban los secretos más profundos. ¿Como cuáles?, le preguntó un redactor. ¡Como asesinatos!, respondió Ford. Es difícil decir qué resulta más extraño: que el presidente dijera tal cosa o que los periodistas guardaran el secreto de aquella declaración.

El nuevo Congreso, elegido tres meses después de la dimisión de Nixon, fue el más progresista que se recuerda en Estados Unidos. «La cuestión es cómo se plantea el modo de afrontar la investigación sobre la CIA»,[10] le dijo el presidente Ford a Rumsfeld el 21 de febrero; este último se comprometió a montar «una operación de limitación de daños para el presidente». Para ello, asumió la tarea de determinar cuántos de los secretos de la CIA habían de compartir Ford y Rockefeller con el Congreso estadounidense; eso si es que habían de compartir alguno.

El 28 de marzo, Schlesinger le dijo al presidente que resultaba imperativo reducir «la prominencia de las operaciones de la CIA» en todo el mundo. «Dentro de la CIA existe una amarga disensión»,[11] añadió Schlesinger; una disensión que él mismo había contribuido a sembrar. El servicio clandestino estaba «lleno de agentes viejos y hastiados», hombres que podían divulgar secretos. Colby, por su parte, estaba mostrándose «demasiado puñeteramente cooperador con el

Congreso». El peligro de que se revelaran todos los secretos aumentaba de día en día.

29

«Aquí se despide Saigón»

El 2 de abril de 1975, Bill Colby advirtió a la Casa Blanca de que Estados Unidos estaba a punto de perder una guerra.

—Deje que me haga una idea de la situación —le dijo Kissinger—. ¿Hay algún sitio donde los survietnamitas tengan la posibilidad de establecer un límite y detener a los norvietnamitas?[1]

—En el norte de Saigón, aquí —dijo Colby, señalando una línea dibujada en un mapa.

—¡Eso es imposible! —gritó Schlesinger.

¿Estaba Vietnam del Sur a punto de venirse abajo?, preguntó Kissinger. A Colby le parecía inevitable.

—Creo que Martin [el embajador Graham Martin] debería empezar a preparar un plan de evacuación —dijo Kissinger—. Creo que debemos, es nuestro deber, sacar a la gente que ha creído en nosotros... Tenemos que llevarnos a las personas que participaron en el Programa Fénix.

Se trataba de la campaña paramilitar de arrestos, interrogatorios y torturas que Colby había ayudado a dirigir como civil, desde su puesto de embajador, entre 1968 y 1971. Como mínimo, el Programa Fénix había matado a más de veinte mil sospechosos de pertenecer al Vietcong.

—La verdadera cuestión ahora —dijo Colby— es: ¿tratamos de montar un reducto en torno a Saigón?

La otra opción era negociar un acuerdo para salvar las apariencias —y posiblemente también para salvar la vida—, que permitiera evacuar la capital sin derramamiento de sangre.

—Nada de negociaciones —dijo Kissinger—. No mientras yo ocupe este sillón. Que continúen los envíos de armas a Saigón, y que sean el Norte y el Sur los que lo solucionen. Nosotros no podemos salvar nada

—añadió.

—Nada, salvo vidas —repuso Colby.

Pero Kissinger se mantuvo firme. No negociaría un final pacífico de la guerra.

El 9 de abril, Colby volvió a la Casa Blanca para tratar de llamar la atención del presidente Ford en el hecho de que los ejércitos comunistas estaban acercándose a la capital de Vietnam del Sur, a Laos y a Camboya. Veinte años de lucha por parte de las fuerzas militares y de inteligencia de Estados Unidos iban a echarse a perder.

«Los comunistas han iniciado una nueva ronda de ataques, con Saigón como objetivo último», informó Colby al presidente y al Consejo de Seguridad Nacional el 9 de abril. Y añadió que Estados Unidos tenía que empezar a evacuar a todas las personas que pudiera —norte americanos y vietnamitas— lo antes posible. Seguramente habría venganzas cuando cayera Saigón. Miles de estadounidenses y decenas de miles de aliados políticos, militares y de inteligencia entre los survietnamitas corrían un gran riesgo si se quedaban.

«Los norvietnamitas tienen ahora dieciocho divisiones de infantería en Vietnam del Sur —informó Colby—. Creemos que Hanoi llevará a cabo cualquier acción necesaria para forzar una rápida conclusión de la guerra, probablemente a principios de verano.» Se equivocaba por dos meses. La ciudad de Saigón, donde seguían trabajando seis mil estadounidenses entre oficiales militares, espías, diplomáticos y colaboradores del gobierno, caería en el plazo de tres semanas. Colby le dijo al presidente que «deberíamos pedirle al Congreso que consigne una partida de dinero a cumplir la promesa de sacar a los vietnamitas, quizá uno o dos millones». Habría sido la mayor evacuación de emergencia en toda la historia de Estados Unidos.

La advertencia de Colby no tuvo eco en ningún lugar de Washington, ni en la Casa Blanca, ni en el Congreso, ni en el Pentágono, ni tampoco en la mente del embajador estadounidense en Saigón. Pero sí hubo un hombre que la entendió a la perfección: el jefe de la base de Saigón, Tom Polgar.

A las cuatro de la madrugada del 29 de abril de 1975, Polgar se despertó al oír el ruido de los cohetes y la artillería.[2] El aeropuerto estaba bajo el fuego enemigo. Siete helicópteros de Air América —el servicio aéreo de la CIA en Vietnam del Sur— fueron destruidos. Polgar tenía a cientos de personas de las que cuidar. Los norteamericanos que trabajaban para él eran un problema. Los vietnamitas que lo hacían para la CIA, y sus familias, eran otro muy distinto. Estaban desesperados por salir, pero en aquel momento resultaba imposible que ningún avión de ala fija entrara o saliera del aeropuerto.

Polgar se puso a toda prisa una camisa azul y unos pantalones marrón claro, se metió instintivamente el pasaporte en el bolsillo y salió disparado hacia la embajada estadounidense. Las calles de Saigón, una ciudad de cuatro millones de habitantes, estaban vacías debido a que había toque de queda las veinticuatro horas. Llamó al embajador Martin. Este, que sufría de enfisema y de bronquitis, apenas pudo articular un angustiado murmullo. Luego Polgar contactó con Kissinger y con el comandante en jefe estadounidense en el Pacífico, el almirante Noel Gayler, ex director de la Agencia de Seguridad Nacional. Recibió nuevas órdenes de Washington: intentar la evacuación del personal no esencial hasta donde se pudiera. Aparte de eso, Kissinger no ofreció más instrucciones con respecto a quién tenía que quedarse, quién tenía que marcharse y cómo saldrían.

El ejército survietnamita se precipitaba en el caos. La policía nacional se disolvió. Las calles, antes silenciosas, eran ahora anárquicas.

El presidente Ford ordenó una reducción del personal de la embajada de seiscientas a ciento cincuenta personas. Cincuenta de las que se quedaron eran agentes de la CIA. Polgar no preveía la posibilidad de que, después de la caída de Saigón, los norvietnamitas fueran a permitir que siguiera funcionando una nutrida base de la CIA en el país.

Dentro de la embajada, Polgar pudo ver a varias personas que, en

un acceso de furia, rompían y pisoteaban fotografías de Nixon y Kissinger. La embajada se había convertido —en palabras del propio Polgar— en «un circo de treinta y tres pistas sin director de pista alguno».

A las 11.38 de la mañana, Ford ordenó a la misión estadounidense en Saigón que cerrara sus puertas. Ahora todos los norteamericanos tenían que estar fuera de la ciudad al anochecer. La embajada estaba rodeada por miles de vietnamitas presas del pánico que formaban un muro de gente desesperada. Solo había una vía de entrada y salida, un pasaje secreto que iba desde el aparcamiento hasta el jardín de la embajada francesa, y que el embajador Martin solía utilizar para burlar a su esposa y a sus sirvientes. Polgar llamó a casa. Su criada le dijo que tenía visitas: un viceprimer ministro, un general de tres estrellas, el jefe de la agencia de inteligencia de comunicaciones del país, el jefe de protocolo, varios oficiales de alto rango junto con sus familias, y muchos más vietnamitas que habían trabajado para la CIA.

Tres horas después de que el presidente Ford diera la orden de evacuación, llegaron los primeros helicópteros estadounidenses, que estaban situados a unas 80 millas frente a la costa. Los pilotos de la marina los manejaron con tanta maestría como audacia, sacando a unos mil estadounidenses y a cerca de seis mil vietnamitas. Una célebre fotografía muestra a uno de los últimos helicópteros que salieron de Saigón, posado sobre un tejado, con una fila de personas subiendo por una escalera para ponerse a salvo. Durante muchos años se dijo, erróneamente, que aquella foto se había tomado en la embajada, pero en realidad se trataba de un piso franco de la CIA, y eran los amigos de Polgar quienes se encaramaban a bordo.

Aquella tarde, Polgar quemó todos los archivos, cables y libros de claves de la CIA. No mucho después de medianoche, redactó su despedida: «ESTE SERÁ EL ÚLTIMO MENSAJE DESDE LA BASE DE SAIGÓN … HA SIDO UNA LARGA LUCHA, Y HEMOS PERDIDO … LOS QUE NO APRENDEN DE LA HISTORIA SE VEN FORZADOS A REPETIRLA. ESPEREMOS QUE NO TENGAMOS OTRA EXPERIENCIA COMO LA DE VIETNAM Y QUE HAYAMOS APRENDIDO NUESTRA LECCIÓN. AQUÍ SE DESPIDE SAIGÓN».

Luego hizo volar la máquina con la que había enviado el mensaje.

Treinta años después, Polgar recordaría los últimos momentos de la guerra estadounidense en Vietnam: «Mientras subíamos por los estrechos escalones de metal a la pista del helicóptero, en el tejado, sabíamos que dejábamos atrás a miles de personas en el complejo logístico de la embajada. Todos sabíamos cómo nos sentíamos: líderes de una causa perdida».

«Quince años de trabajo duro que se han quedado en nada»

La larga guerra de la CIA en Laos llegó a su fin dos semanas después, en un valle flanqueado por elevados pozos de piedra caliza. Los comunistas rodearon la principal avanzadilla de la agencia en Long Tieng. La cresta que coronaba el valle se cubrió de soldados norvietnamitas. Decenas de miles de hmong —los combatientes de la CIA y sus familias— se concentraron en la primitiva pista de aterrizaje, esperando un vuelo de rescate. Sin embargo, después de quince años de misiones paramilitares, la agencia no había hecho planes para salvarlos.

Quedaba un agente de la CIA en Long Tieng, Jerry Daniels, un paracaidista de Montana conocido por sus amigos hmong con el apodo de «Cielo». Tenía treinta y tres años de edad, y llevaba cerca de diez en el interior del país. Era el agente de enlace del general Vang Pao, líder militar y político de los hmong y principal activo de la agencia en Laos desde 1960. Daniels era también uno de los siete agentes de la CIA —incluyendo a Bill Lair y Ted Shackley— que habían sido condecorados con la Orden del Millón de Elefantes y el Parasol Blanco por el rey de Laos en agradecimiento por su trabajo.

Daniels le pidió a Dan Arnold, el jefe de la base de Laos, que enviara aviones a Long Tieng. Era «imperativo proceder a la evacuación sin más demora», explicaría Arnold posteriormente en un relato oral.[3] Pero no había ningún avión. «Obviamente, la autorización para un transporte aéreo tenía que ir a Washington, y esto se hizo con la mayor prioridad —diría Arnold—. Fue de la CIA a la Casa Blanca ... Se pidió repetidamente a Washington que organizara con urgencia un

contingente de transporte aéreo adicional debido a la escasez de aparatos que estábamos experimentando. El problema vino ocasionado por las demoras en los más altos niveles políticos.»

El 12 de mayo de 1975, la CIA logró disponer de las dos últimas aeronaves C-46 de Tailandia. Los aviones, que tenían aproximadamente el tamaño de un DC-3, pertenecían a la compañía Continental Air Services, un contratista privado de la CIA. Durante años, cientos de aviones de ese tamaño habían aterrizado en la pista de Long Tieng cargados de mercancías. Pero siempre volvían vacíos, lo que les permitía salvar, aunque por poco margen, la elevada cresta montañosa. Nadie había salido nunca de Long Tieng con un C-46 cargado. Los aviones habían sido diseñados para transportar a treinta y cinco pasajeros. Con el doble de personas a bordo, y miles de ellas más clamando por subir en cada vuelo, iniciaron lentamente la evacuación.

En Bangkok, la mañana del 13 de mayo, el general de brigada de la fuerza aérea Heinie Aderholt, jefe del Mando de Asistencia Militar estadounidense en Tailandia, recibió la llamada de un extraño. El general Aderholt, que había trabajado mano a mano con la CIA en operaciones aéreas durante veinte años, dirigía ahora la única instalación militar estadounidense en funcionamiento que quedaba en todo el sudeste asiático. «El tipo no se identificó por su nombre —recordaría más tarde el general—. Dijo que Estados Unidos estaba abandonando a los hmong en Long Tieng. Empleó esa palabra: *abandonando*.» Luego el extraño le pidió a Aderholt que enviara un cuatrimotor C-130 —un avión de transporte de mercancías de tamaño medio— para salvar a los hmong. De algún modo, Aderholt logró encontrar a un piloto estadounidense que estaba a punto de abandonar la sala de embarque del aeropuerto de Bangkok y le ofreció 5.000 dólares en efectivo por pilotar el C-130 hasta Long Tieng. Luego llamó al presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, general George Brown, para que le autorizara a realizar la misión. El C-130 llegó aquella misma tarde. Cientos de hmong subieron a bordo en cuestión de minutos. Luego el avión partió, y regresó a la mañana siguiente.

Fue Jerry Daniels quien dirigió la evacuación, actuando como guardaespaldas del general Vang Pao, ejerciendo de controlador aéreo en la pista de aterrizaje, y tendiendo un salvavidas a cincuenta mil personas presas del pánico. Daniels y Vang Pao no podían ser vistos abandonando a sus soldados y a las familias de estos. Cuando el C-130 regresó la mañana del 14 de mayo, miles de hmong corrieron hacia la puerta trasera de la bodega. Fue una escena de furia y desesperación. Vang Pao se dirigió sigilosamente a una pista de aterrizaje de helicópteros situada a unos kilómetros del lugar, y una tripulación de la CIA se encargó de hacerle desaparecer.

Daniels consiguió su propio avión. El diario de a bordo del vuelo reza: «Reinaba la confusión ... Despegamos a las 10.47, y con ello terminó la base secreta de la CIA en Long Tieng, Laos». Un piloto contratado por la CIA que estaba presente, el capitán Jack Knotts, grabó una cinta de audio que dejaba constancia de los últimos minutos de la larga guerra de Laos. Daniels, cargado con un maletín y una caja de cervezas, llegó a la zona de aterrizaje en su Ford Bronco de color blanco y azul. Tras bajar del coche, de repente se detuvo en seco. «No quiere subir al helicóptero —grabó Knotts—. ¡No quiere marcharse todavía! Se descarga el maletín que lleva a la espalda y luego se pone a hablar por la radio. Vacila, sigue vacilando, y al final —y eso es muy malo, porque ya lleva ahí mucho rato— se cuadra. Se pone firme, como si estuviera saludando al jeep. Pero en realidad está saludando a diez o quince años de trabajo duro que se han quedado en nada.»

Richard Helms calificaba a la de Laos como «la guerra que ganamos». Pero resulta bastante difícil ver por qué. Ford y Kissinger forzaron un acuerdo político que venía a certificar el control comunista del país.[4] «Y luego nos fuimos», en palabras de Dick Holm, un hombre de la CIA que había iniciado en Laos sus treinta y cinco años de carrera en la agencia. Los hmong que sobrevivieron terminaron en campos de refugiados o en el exilio. «Su forma de vida ha sido destruida —escribiría Holm—. Ya no pueden volver a Laos.» Estados Unidos, añadiría, «no asumió la responsabilidad moral que debíamos a quienes colaboraron tan estrechamente con nosotros

durante aquellos tumultuosos años».

Jerry Daniels murió asfixiado por el gas en su piso de Bangkok siete años después de la evacuación de Long Tieng. Tenía cuarenta años de edad. Nadie sabe si fue o no un suicidio.

30

«Ineficaces y asustados»

La CIA estaba siendo saqueada como una ciudad conquistada. Diversos comités del Congreso examinaban sus archivos, el Senado estudiaba con lupa la acción encubierta, y la Cámara de Representantes centraba su atención en los fracasos del espionaje y el análisis. En las calles de Washington habían aparecido carteles de Bill Colby dibujados a mano, en los que aparecían dos tibias y una calavera junto al as de espadas. Los agentes de alto rango de la CIA temían su propia ruina personal y profesional. La Casa Blanca temía la destrucción política. En el Despacho Oval, el 13 de octubre de 1975, el presidente y sus hombres se reunieron para evaluar los daños.

«Cualquier documento que demuestre oficialmente la implicación estadounidense en un asesinato constituye un desastre de política exterior —le dijo Colby al presidente—. También quieren meterse en operaciones encubiertas delicadas», como Laos. ¿Iría la Casa Blanca a los tribunales para detener al Congreso? «Nos beneficia más una confrontación política que una jurídica», declaró Don Rumsfeld. A fin de prepararse para aquel combate, a finales de octubre de 1975 el presidente reorganizó su gabinete.

Aquella decisión recibió instantáneamente el apodo de «la Masacre de Halloween». Jim Schlesinger fue destituido, y Don Rumsfeld pasó a convertirse en el secretario de Defensa, al tiempo que Dick Cheney ocupaba su lugar como jefe de estado mayor de la Casa Blanca. Asimismo, en una maquiavélica jugada muy poco característica de él, Ford neutralizó lo que podía representar un problemático reto de cara a la nominación presidencial de 1976 destituyendo a Bill Colby y convirtiendo a George Herbert Walker Bush en el nuevo director de la central de inteligencia. Aparentemente era una extraña decisión.

Bush no era un general, un almirante ni un espía. No sabía casi nada

de inteligencia. Era, pura y simplemente, un político. Hijo de Prescott Bush, un aristocrático senador por Connecticut que había sido un buen amigo de Allen Dulles, se había trasladado a Texas para buscar fortuna en el negocio del petróleo. Fue congresista durante dos mandatos. Luego se presentó al Senado en dos ocasiones, pero perdió en las dos. También fue embajador ante las Naciones Unidas durante veintidós meses, y presidente del imperturbablemente optimista Comité Nacional Republicano de Nixon en la época del Watergate. En agosto de 1974, Ford había estado a punto de nombrar a Bush vicepresidente; el hecho de no conseguir el puesto representaría para este último el peor golpe de toda su carrera política. El premio de consolación fue la posibilidad de elegir entre varias embajadas prestigiosas, y eligió China. Desde Pekín, Bush había presenciado las luchas de la CIA a través de un grueso cristal, basándose solo en las emisiones de radio de La Voz de América y en recortes de periódicos de una semana antes.

Pero su instinto político le decía lo que aquel puesto podía ofrecerle. «¿Enterrar a Bush en la CIA? —reflexionaba—. Es un cementerio para políticos.»[1] A Ford le dijo: «Lo veo como el final absoluto de cualquier futuro político». La perspectiva le deprimía. Pero su sentido del deber le impulsaba a decir que sí.

En el plazo de unas semanas desde que se convirtió en director de la CIA, a finales de enero de 1976, Bush descubrió que la agencia le gustaba: el secretismo, la camaradería, los artilugios, la intriga internacional... La CIA era como una de las sociedades secretas de las universidades estadounidenses, pero con un presupuesto de miles de millones de dólares. «Es el trabajo más interesante que he tenido nunca», le escribía a un amigo en marzo.[2] En menos de once meses al timón de la agencia, subió la moral en el cuartel general, defendió a la CIA contra toda clase de críticas y utilizó hábilmente a la agencia para crearse una base política de cara a sus elevadas ambiciones.

Aparte de eso, no hizo gran cosa más. Desde el primer momento, Bush chocó frontalmente con el secretario de Defensa Rumsfeld, que tenía el control sobre el 80 por ciento del presupuesto de inteligencia.[3] Ese dinero me pertenece, decía Rumsfeld; los satélites espía, la

vigilancia electrónica y la inteligencia militar eran un apoyo a los soldados estadounidenses en el campo de batalla. Aunque el ejército norteamericano se hallaba en plena retirada, Rumsfeld era el brazo armado de Bush. Sentía una fuerte inclinación a no permitir que el director de la central de inteligencia tuviera voz y voto a la hora de configurar el gasto militar. Mostraba cierta «paranoia» con respecto a la CIA, y, convencido de que la agencia se proponía «espiarle a él», cortó los arraigados canales de comunicación y cooperación que existían entre el Pentágono y la CIA, según explicaría en un relato oral el veterano analista de la agencia George Carver.[4]

Después de lo del Watergate y de lo de Vietnam, el reclutamiento de nuevos agentes resultaba extraordinariamente difícil. La agencia tenía demasiados burócratas de mediana edad dedicados a matar el tiempo; Bush echó a doce de los dieciséis agentes de mayor rango del cuartel general a fin ganar algo de margen de maniobra. Quería nombrar a su propio jefe del servicio clandestino, de modo que mandó llamar al jefe de Colby, Bill Nelson, y le dijo que había llegado el momento de marcharse. Nelson se cuadró y se fue, pero no sin antes dejar en la mesa de Bush un memorando donde le informaba de que el servicio clandestino tenía dos mil agentes de más. Bush, siguiendo la mejor tradición de Allen Dulles, enterró el informe.

«La CIA quedó truncada»

«Este es un período turbulento y problemático para la agencia —le escribía Bush al presidente Ford el primero de junio de 1976—. Las intensivas investigaciones de ambas Cámaras del Congreso durante más de un año se han traducido ahora en la extensa divulgación de operaciones de acción encubierta pasadas y presentes.»[5] Las investigaciones llevaron al Senado a crear un comité de supervisión de inteligencia mientras Bush era el director; la Cámara de Representantes crearía el suyo propio un año después. Si el presidente podía encontrar el modo de proteger a la CIA del Congreso —escribía Bush—, «las operaciones de acción encubierta seguirán ejecutando la

positiva contribución a nuestra política exterior que han venido realizando durante los últimos veintiocho años».

Pero la agencia, ahora sometida al escrutinio de un Congreso especialmente vigilante, tenía muy pocas operaciones encubiertas nuevas en curso. En una respuesta por escrito a diversas cuestiones formuladas por este autor, Bush afirmaba que las investigaciones parlamentarias causaron un perjuicio duradero a la agencia. Vinieron a «entorpecer nuestras relaciones en todo el mundo» —los vínculos de la CIA con los servicios de inteligencia extranjeros, fuente de una parte tan importante de la información que recababa— e «hicieron que mucha gente en el extranjero se abstuviera de cooperar con la CIA». Y lo peor de todo —añadía— fue que «devastaron la moral del que quizá constituía el mejor grupo de funcionarios públicos que ha tenido este país».

Los constantes fallos cometidos sobre el terreno también minaron el espíritu de la CIA en 1976. Uno de los más graves fue el de Angola. Dos meses después de la caída de Saigón, el presidente Ford aprobó una nueva gran operación destinada a proteger Angola del comunismo. El país había constituido el mayor trofeo de Portugal en África, pero entre los peores colonialistas europeos se contaban los líderes de Lisboa, y en su retirada habían saqueado el país, que ahora se desmembraba a causa de una guerra que enfrentaba a facciones rivales.

La CIA envió a Angola 32 millones de dólares en efectivo y armamento por valor de otros 16 millones a través del gran aliado de la agencia, el presidente Mobutu del Congo. Las armas fueron a parar a un grupo rebelde de guerrilleros anticomunistas, mandado por el cuñado de Mobutu y alineado con el gobierno sudafricano blanco. El programa contó también con la ayuda del presidente Kenneth Kaunda de Zambia, un líder afable que durante mucho tiempo había recibido apoyo bajo mano por parte de Estados Unidos y la CIA. Y estuvo coordinado en el Departamento de Estado de Kissinger por un joven diplomático de talento, Frank G. Wisner hijo, que lo era del difunto jefe de operaciones encubiertas del mismo nombre.

«Nos habíamos visto obligados a abandonar Vietnam», diría Wisner.

[6] «Existía una preocupación real por parte de la administración ante la posibilidad de que Estados Unidos fuera puesto a prueba» por las fuerzas comunistas de todo el mundo. «¿Íbamos a ver cómo una nueva ofensiva aparentemente dirigida por los comunistas llegaba, se apoderaba de Angola, un país rico en petróleo, y empezaba a librar la guerra fría en África meridional, o íbamos a tratar de detenerla?»

«No podíamos ir tranquilamente al Congreso, después de lo de Vietnam, y decir "Miren, vamos a enviar a instructores militares y equipamiento estadounidenses a Mobutu"; de modo que Kissinger y el presidente tomaron la decisión de acudir a la agencia», diría Wisner. Pero los soldados que la CIA envió a Angola flaquearon, y sus enemigos, que contaban con un fuerte respaldo de Moscú y de La Habana, se hicieron con el control de la capital del país. Kissinger ordenó que se enviaran otros 28 millones en apoyo secreto. Ya no quedaba dinero en los fondos reservados de la CIA. Todavía no había transcurrido mucho del breve año de mandato de Bush en la CIA, cuando el Congreso prohibió públicamente el apoyo encubierto a las guerrillas angoleñas y se cargó la operación cuando esta se hallaba ya en curso. Nunca antes había ocurrido nada parecido. «La CIA quedó truncada, y nosotros retrocedimos», diría Wisner.

«Me siento como si me hubieran pillado en falso»

El 4 de julio de 1976, Bush se disponía a reunirse con el gobernador de Georgia en un hotel de Hershey, Pensilvania.[7] Se había mostrado extraordinariamente receptivo cuando Jimmy Carter le había pedido informes de inteligencia de la CIA aun antes de ganar la nominación presidencial del Partido Demócrata. Ningún candidato había formulado jamás una petición semejante en una fase tan temprana de la carrera hacia la presidencia. Bush y su adjunto de inteligencia nacional, Dick Lehman —que tan frustrado se había sentido al ver a Allen Dulles sopesando los informes en lugar de leerlos—, encontraron a Carter sumamente interesado en el asunto. Su conversación trató desde los satélites espía hasta el futuro del gobierno de la minoría

blanca en África. Y acordaron que las reuniones informativas proseguirían durante el resto del mes de julio en la casa que Carter tenía en el pueblecito de Plains, Georgia.

El director tuvo dificultades para llegar allí. El avión de la CIA no podía aterrizar en la pista de hierba de Plains, de modo que la agencia buscó la ayuda logística del Pentágono, y este informó a la agencia de que Bush tenía que tomar un helicóptero que le condujera a Peterson Field. Los pilotos de la CIA comprobaron sus mapas: ¿dónde demonios estaba Peterson Field? Otra llamada telefónica, esta vez a Plains, y descubrieron que no se trataba de ninguna población, sino de una granja de unas 15 hectáreas situada en las afueras del pueblo.

La sesión, de seis horas de duración, versó sobre el Líbano, Irak, Siria, Egipto, Libia, Rodesia y Angola. China ocupó treinta minutos; la Unión Soviética, diez veces más. Los hombres de la CIA estuvieron hablando toda la tarde y parte de la noche. Carter, que había sido ingeniero nuclear de la marina, captaba los detalles más arcanos del arsenal estratégico estadounidense. Estaba particularmente interesado en las evidencias obtenidas por los satélites espía sobre las armas soviéticas, y sabía que la información de inteligencia que estos transmitían desempeñaría un papel vital en el control de armamentos. Se le informó de que los soviéticos jamás enseñarían sus cartas dando una evaluación precisa del tamaño de sus fuerzas nucleares, de modo que le correspondía al bando estadounidense ir a la mesa de negociaciones y decirles a los soviéticos cuántos misiles tenían ellos y cuántos los propios norteamericanos. Carter se tomó un momento para pensar: la idea de que los soviéticos mintieran parecía ser nueva para él.

Bush le aseguró que las fotografías proporcionadas por la primera generación de satélites espía habían proporcionado a los presidentes Nixon y Ford la información que necesitaban de cara a presionar a los soviéticos para que aceptaran el SALT y para vigilar estrechamente si los rusos respetaban los acuerdos. Aquel verano se estaba preparando una nueva generación de satélites, que llevaba el nombre clave de «Keyhole» («Bocallave»), y que iban a retransmitir imágenes de televisión en tiempo real en lugar de fotos que luego tardaban en

revelarse. La división de ciencia y tecnología de la CIA llevaba años trabajando en el Proyecto Keyhole, y representaba un importante avance.

El candidato de Carter a la vicepresidencia, el senador por Minnesota Walter Mondale, preguntó por la acción encubierta y los enlaces de la agencia con los servicios de inteligencia extranjeros. Mondale había sido miembro del Comité Church, la comisión del Senado que había investigado a la CIA.[8] Su informe final se había publicado dos meses antes. Hoy en Estados Unidos se recuerda principalmente a dicho comité por la aseveración de su presidente de que la agencia había sido «un elefante desbandado», una declaración que erraba completamente el blanco al absolver a los presidentes que habían guiado a ese elefante. Bush, enfurecido por la propia existencia del Comité Church, se negó a responder a las preguntas de Mondale.

Dos semanas más tarde, otros ocho agentes de la CIA acompañaron a Bush en su visita a Plains, y luego se sentaron todos en círculo en la sala de estar de la familia Carter mientras su hija entraba y salía acompañada de su gato. Para sorpresa de los presentes, Carter parecía tener una visión del mundo extremadamente precisa. Así, cuando Carter y Ford se enfrentaron cara a cara en los primeros debates televisados desde los de Kennedy y Nixon, el gobernador le ganó la partida al presidente en cuanto a política exterior. Y también asestó un duro golpe a la agencia, diciendo: «Nuestro sistema de gobierno —a pesar de Vietnam, Camboya, la CIA y el Watergate— sigue siendo el mejor sistema de gobierno de la tierra».

El 19 de noviembre de 1976 hubo una última e incómoda reunión entre Bush y el ya recién elegido presidente Carter en Plains. «Bush quería quedarse» en la CIA, recordaría Carter posteriormente. «Si yo lo hubiera aceptado, él jamás habría llegado a ser presidente. ¡Su carrera habría seguido un camino completamente distinto!»[9]

El memorando de Bush sobre la reunión muestra que reveló la existencia de un puñado de operaciones en curso al nuevo presidente, incluyendo el apoyo financiero de la CIA a diversos jefes de Estado como el rey Hussein de Jordania y el presidente Mobutu del Congo, así como a varios hombres fuertes de otros regímenes, como Manuel

Noriega, el futuro dictador de Panamá.[10] Bush observó que Carter parecía extrañamente apagado. Su impresión era correcta: el nuevo presidente consideraba censurables las subvenciones de la CIA a líderes extranjeros.

A finales de 1976, Bush había adquirido mala fama entre algunos de sus antiguos partidarios en la agencia. Ello se debía al hecho de haber tomado la mala decisión política de permitir que un equipo de ideólogos neoconservadores —«vocingleros derechistas»,[11] los llamaría Dick Lehman— rehiciera las estimaciones de la CIA sobre las fuerzas militares soviéticas.

William J. Casey, el miembro más ruidoso de la Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia, había estado hablando con algunos de sus amigos y colegas de la comunidad de la inteligencia. Estos estaban convencidos de que la CIA subestimaba peligrosamente la fuerza nuclear soviética. Casey y sus colegas de la junta asesora presionaron al presidente Ford para que permitiera que un grupo externo realizara sus propias estimaciones al respecto. El equipo, cuyos miembros se hallaban profundamente desencantados con la política de distensión y habían sido elegidos por la derecha republicana, incluía al general Daniel O. Graham, principal defensor de los misiles defensivos en Estados Unidos, y Paul Wolfowitz, un desilusionado negociador del control de armamentos y futuro subsecretario de Defensa. En mayo de 1976, Bush aprobó al que se conocería como el Equipo B garabateando desenfadadamente: «¡Adelante! OK. G. B.».[12]

El debate era principalmente de índole ética, pero se redujo a una sola pregunta: ¿qué se traía Moscú entre manos? El Equipo B retrató una Unión Soviética enfrascada en un tremendo desarrollo militar (cuando la realidad era que en aquel momento estaba recortando los gastos militares). Sobreestimó drásticamente la precisión de los misiles balísticos intercontinentales rusos. Aumentó al doble el número de bombarderos Túpoliev que estaba construyendo la Unión Soviética. Y advirtió repetidamente de peligros que nunca se materializaban, de amenazas que no existían, de tecnologías que jamás se crearon y —lo más terrible de todo— del fantasma de una estrategia soviética secreta

para librar y ganar una guerra nuclear. Luego, en diciembre de 1976, compartió selectivamente sus datos con periodistas y columnistas de opinión que simpatizaban con sus ideas. «El Equipo B estaba fuera de control —diría Lehman—, y estaban haciendo filtraciones por todas partes.»

El alboroto que creó el Equipo B duró años, alimentó un enorme incremento del gasto en armamento por parte del Pentágono y llevó directamente al ascenso de Ronald Reagan a la lista de corredores de cabeza para la nominación republicana de 1980. Cuando hubo terminado la guerra fría, la agencia sometió a revisión los datos del Equipo B: todos eran erróneos.[13] Aquella no había sido más que una nueva versión del cuento de la supuesta «brecha» que separaba a la Unión Soviética de Estados Unidos tanto en misiles como en bombarderos.

«Me siento como si me hubieran pillado en falso», le diría Bush a Ford, Kissinger y Rumsfeld en la última reunión del Consejo de Seguridad Nacional de la administración saliente.

El análisis de inteligencia se había corrompido, convirtiéndose en una herramienta más esgrimida en beneficio político, y ya jamás volvería a recuperar su integridad. Desde 1969, cuando el presidente Nixon forzó a la CIA a modificar sus opiniones sobre la capacidad de los soviéticos de ser los primeros en lanzar un ataque nuclear, todas las estimaciones de la CIA han estado descaradamente politizadas. «Yo lo veo casi como un punto de inflexión a partir del cual se inició un declive —diría Abbot Smith, que dirigió la Oficina de Estimaciones Nacionales de la CIA durante el mandato de Nixon, en una entrevista oral para una historia de la agencia—. La administración Nixon fue realmente la primera en la que la inteligencia pasó a convertirse meramente en otra forma más de política. Eso por fuerza había de resultar desastroso, y yo creo que resultó desastroso.» John Huizenga, que sucedió a Smith en 1971, les hablaría todavía con más franqueza a los historiadores de la CIA, y sus ideas todavía seguirían vigentes en las siguientes décadas hasta bien entrado el siglo XXI:

> Visto retrospectivamente, en realidad yo no creo que una organización de inteligencia de este gobierno sea capaz de elaborar un producto analítico honesto sin correr el riesgo de la

> discusión política. En términos generales, creo que la tendencia a tratar la inteligencia políticamente aumentó a lo largo de todo este período. Y lo hizo sobre todo en torno a cuestiones como el sudeste asiático y el aumento de las fuerzas estratégicas soviéticas, que generaban una gran división política. Creo que, en retrospectiva, probablemente resulte ingenuo haber creído lo que la mayoría de nosotros creímos en una época … que se podía elaborar un producto analítico honesto y hacer que se interpretara al pie de la letra … Creo que la inteligencia ha tenido un impacto relativamente pequeño en las políticas que hemos aplicado a lo largo de los años. Relativamente nulo. En ciertas circunstancias particulares, quizá las ideas y datos que se proporcionaron tuvieron algún efecto en lo que hicimos. Pero solo en un abanico muy estrecho de circunstancias. En términos generales, el esfuerzo de la inteligencia no alteró las premisas con las que los líderes políticos llegaron a su cargo. Ellos traían su propio bagaje, y más o menos lo cumplían. En el mejor de los casos, lo que se suponía era que … los analistas de inteligencia serios podían … ayudar al bando político a reexaminar premisas, haciendo que la toma de decisiones políticas fuera más sofisticada, más próxima a la realidad del mundo. Esas eran las grandes ambiciones que yo creo que jamás se vieron realizadas.[14]

Pero esas ideas no preocuparon al director de la central de inteligencia y futuro presidente de Estados Unidos.

«La grandeza de la CIA»

En su despedida de los empleados del cuartel general de la agencia, Bush repartió una afectuosa nota de agradecimiento como era su costumbre. «Espero que en los próximos años pueda encontrar el modo de hacer que el pueblo estadounidense entienda más plenamente la grandeza de la CIA», escribió.[15] Era el último director de la central de inteligencia que recibía algo parecido a un apoyo incondicional por parte de sus hombres del cuartel general. A sus ojos, el hecho de haber tratado de salvar al servicio clandestino le atribuía un gran mérito. Aunque al final, y para vergüenza propia, había permitido que la CIA se dejara acobardar por los políticos.

«Yo no veo degradación alguna en la calidad de los análisis de inteligencia —diría Kissinger en su última reunión antes de la toma de posesión de Jimmy Carter—. En el ámbito de la acción encubierta, en cambio, ocurre todo lo contrario. Ya no somos capaces de realizarla.»

«Tienes razón, Henry —le respondería George Herbert Walker Bush, unos de los mayores impulsores que jamás había tenido la agencia—.

Somos ineficaces y estamos asustados.»

Quinta parte

«Victoria sin gloria»

La CIA durante los mandatos de Carter, Reagan y Bush padre (1977-1993)

31

«Pretendía derribar su sistema»

Cuando era candidato a la presidencia, Jimmy Carter había tachado a la CIA como una vergüenza nacional. Una vez en el poder, terminaría firmando casi tantas órdenes de acción encubierta como Nixon y Ford. [1] La diferencia sería que él lo haría en nombre de los derechos humanos. Pero el problema era cómo encarrilar los atrofiados poderes de la agencia hacia aquel nuevo enfoque.

Su búsqueda de un nuevo director de la central de inteligencia resultó bastante dificultosa. Thomas L. Hughes, ex jefe de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado, declinó el honor. En su lugar, la designación recayó en Ted Sorensen, la persona que le escribía los discursos a Kennedy. «Para mi sorpresa, Carter me llamó y me preguntó si podía venir a Plains —relataría más tarde Sorensen—. Yo tenía un hermano que había trabajado encubierto para la CIA durante años. Fui allí y mantuve una breve conversación con Carter, y ya al día siguiente me ofreció el puesto.»[2] Resultaba, sin embargo, que en la Segunda Guerra Mundial Sorensen había sido objetor de conciencia, de modo que al final su nominación no llegó a cuajar; era la primera vez que ocurría algo así en toda la historia de la CIA. «Carter no me dio ningún apoyo mientras yo me quedé colgado con aquello», recordaría Sorensen con amargura.

En su tercer intento, el nuevo presidente eligió a alguien que era casi un extraño, el almirante Stansfield Turner, comandante del flanco sur de la OTAN, que tenía su sede en la ciudad italiana de Nápoles. Turner sería el tercer almirante en la historia de la agencia que consideraría que la CIA resultaba un barco difícil de gobernar. También fue el primero en reconocer su escasa familiaridad con la agencia, aunque no tardaría en hacer valer su autoridad.

«Muchas personas creen que el presidente Carter me llamó y me dijo: “Limpie y ponga en orden el lugar”. Pero él nunca dijo tal cosa —explicaría posteriormente Turner—.[3] Desde el primer momento estaba extremadamente interesado en contar con una buena inteligencia. Quería entender los mecanismos de nuestros satélites, a nuestros espías, nuestros métodos para analizar lo que sucedía. Respaldaba firmemente las operaciones de inteligencia. Al mismo tiempo, yo sabía perfectamente por su manera de ser que él iba a actuar dentro de las leyes de Estados Unidos. Sabía también que había unos límites éticos en lo que el presidente Carter quería que hiciésemos, y siempre que yo decidía preguntarme si estábamos cerca de dichos límites, acudía a él y le pedía su decisión al respecto. Casi siempre las decisiones eran que siguiéramos adelante.»

«La administración Carter no tenía ninguna predisposición en contra de la acción encubierta —diría Turner—. La propia CIA tenía un problema con la acción encubierta debido a que se hallaba en aquel estado de shock producido por las críticas de las que había sido objeto.»

Muy pronto el servicio clandestino vino a plantear a Turner un dilema de vida o muerte: «Vinieron y me dijeron: “Tenemos a un agente casi introducido en tal organización terrorista, pero le han pedido que haga una cosa más para probar su buena fe: tiene que ir a matar a un miembro del gobierno. ¿Le permitimos que lo haga?”. Yo respondí: “No, lo sacamos”. Ya sabe, era una disyuntiva. Quizá podría haber salvado algunas vidas. Pero yo no estaba dispuesto a hacer que Estados Unidos tomara parte en un asesinato por aprovechar esa posibilidad. Era una vida real, y era la reputación de nuestro país. Y yo consideraba que aquella no era la manera correcta de jugar la partida».

Turner captó de inmediato lo esencial del tira y afloja entre espías y artilugios, decantándose por las máquinas antes que por los hombres, y dedicando una gran parte de su tiempo y de sus energías a intentar mejorar la cobertura global de los satélites de reconocimiento

estadounidenses. Por otra parte, trató de convertir la «comunidad de la inteligencia» en una especie de confederación, creando una dirección de coordinación y un presupuesto único. Quienes servían a la causa se horrorizaban ante el desorden. «Yo estaba a cargo de la recogida de la información de inteligencia de nuestros agentes —recordaría John Holdridge, que había sido subjefe de misión en Pekín con Bush antes de unirse a la dirección de la comunidad de la inteligencia—. Solía mirar todas aquellas quiméricas operaciones que se me presentaban, y me preguntaba quién diablos las había imaginado por lo terriblemente utópicas e impracticables que parecían.»[4]

Tampoco los analistas sacaban buenas notas. El presidente Carter confesaba sentirse desconcertado ante el hecho de que el informe diario que le presentaba la CIA no era sino una recapitulación de lo que ya podía leer en los periódicos. Y él y Turner se preguntaban por qué las estimaciones de la agencia parecían superficiales e irrelevantes. La agencia empezaba, pues, con mal pie con respecto al nuevo presidente.

«CARTER HABÍA CAMBIADO LAS ANTIGUAS REGLAS»

El nuevo equipo de seguridad nacional de Carter contaba con cinco altos cargos con cuatro agendas distintas. El presidente y el vicepresidente soñaban con una nueva política exterior estadounidense basada en los principios de los derechos humanos. El secretario de Estado Cyrus Vance consideraba de importancia capital el control de armamentos. El secretario de Defensa Harold Brown trataba de crear una nueva generación de tecnología militar y de inteligencia con 1.000 millones de dólares menos de lo que proponía el Pentágono. Y por último, el asesor de seguridad nacional Zbigniev Brzezinski era el halcón entre aquellos búhos y palomas. Su pensamiento se había forjado a base de siglos de aflicciones en Varsovia a manos de Moscú, y deseaba ayudar a que Estados Unidos se ganara los corazones y las mentes de Europa del Este. Encauzando

aquella ambición en la política exterior del presidente, trataba de atacar a los rusos allí donde eran más débiles.

El presidente Ford y el líder soviético Leonid Brezhnev habían firmado un acuerdo en Helsinki en 1975 por el que suscribían «el libre movimiento de personas e ideas». Ford y Kissinger lo veían como pura fachada. Pero otros se lo tomaban completamente en serio, toda una generación de disidentes en Rusia y Europa del Este que estaban hartos de la maligna banalidad del Estado soviético.

Brzezinski ordenó —y Carter aprobó— todo un abanico de acciones encubiertas dirigidas a Moscú, Varsovia y Praga. Mandaron a la CIA que publicara libros, y que subvencionara la impresión y distribución de periódicos y revistas en Polonia y Checoslovaquia, a fin de ayudar a distribuir la obra escrita de los disidentes de la Unión Soviética, que respaldara el trabajo político de los ucranianos y de otras minorías étnicas soviéticas, que pusiera faxes y grabadoras en manos de personas de mentalidad libre del otro lado del telón de acero. Querían subvertir el control de la información que constituía el fundamento de la represión en el mundo comunista.

La guerra política que libraba Jimmy Carter vino a abrir un nuevo frente en la guerra fría, según las palabras de un hombre de la CIA, Bob Gates, que por entonces trabajaba como analista de la Unión Soviética en el Consejo de Seguridad Nacional de Brzezinski: «A través de su política de derechos humanos, se convirtió en el primer presidente estadounidense, desde Truman, que cuestionó directamente la legitimidad del gobierno soviético a los ojos de su propio pueblo. Y los soviéticos de inmediato reconocieron este hecho como el reto fundamental que era: creyeron que pretendía derribar su sistema».[5]

Sin embargo, los objetivos de Carter en realidad eran más modestos; él deseaba alterar el sistema soviético, no abolirlo. Pero el servicio clandestino de la CIA no quería participar en la tarea. La Casa Blanca se enfrentaba a una fuerte resistencia al aumento de las órdenes de acción encubierta por parte de los jefes de la división soviética y de Europa del Este. Y tenían una buena razón para ello: en Varsovia contaban con un preciado agente al que proteger, y no querían que los ideales de la Casa Blanca sobre los derechos humanos le pusieran en

peligro. Un coronel polaco llamado Ryszard Kuklinski estaba proporcionando a Estados Unidos una detallada visión del ejército soviético.[6] Era la fuente de mayor rango de la que disponía la agencia detrás del telón de acero. «El coronel Kuklinski no fue nunca, en sentido estricto, un agente de la CIA —diría Brzezinski—. Actuaba voluntariamente, por cuenta propia.» Había ofrecido en secreto sus servicios a Estados Unidos durante una visita a Hamburgo. Mantenerse en contacto con él resultaba difícil, pues a veces pasaba seis meses seguidos en silencio. Pero cuando viajaba por Escandinavia y Europa occidental, siempre lo hacía saber. Durante los años 1977 y 1978, hasta que empezaron a sospechar de él y comenzó a ser objeto de vigilancia en Varsovia, entregó información que revelaba que los soviéticos pondrían a los ejércitos de toda Europa del Este bajo el control del Kremlin en el caso de que hubiera guerra. También explicó a la agencia cómo libraría Moscú aquella guerra en Europa del Este: sus planes preveían el uso de cuarenta armas nucleares tácticas solo contra la ciudad de Hamburgo.

Liberada ya de la paranoia de la época de Angleton, la división soviética de la CIA estaba empezando a reclutar a espías de verdad detrás del telón de acero. «Nos habíamos alejado de todas las grandiosas y gloriosas tradiciones de la OSS y nos habíamos convertido en un servicio de espionaje, dedicado a recabar información de inteligencia extranjera —diría Haviland Smith, de la CIA—. ¡Jesús!, ahora podíamos ir a Berlín Este sin que nos pillaran. Podíamos reclutar a europeos del Este. Buscábamos y reclutábamos a soviéticos. Lo único que nos fallaba era que seguíamos sin saber nada de las intenciones soviéticas. Y yo no sabía cómo enterarme. Y ese era precisamente el mandato del servicio clandestino. Si hubiésemos sido capaces de reclutar a un miembro del Politburó, lo habríamos tenido todo.»[7]

El Politburó de finales de la década de 1970 era una gerontocracia decrépita y corrupta. Su imperio se hallaba peligrosamente desbordado, y estaba muriendo desde dentro. El jefe de la inteligencia soviética, un hombre políticamente ambicioso llamado Yuri Andropov, había creado una falsa imagen de la Unión Soviética como

superpotencia para sus renqueantes superiores del Kremlin. Pero la fachada rusa engañó también a la CIA. «Ya en 1978 nos dábamos cuenta de que la economía soviética tenía serios problemas —diría el almirante Turner—. Pero nos faltó dar el paso que había que dar, que yo tenía que dar, que era deducir que los problemas económicos llevarían a problemas políticos. Nosotros creímos que se apretarían el cinturón bajo un régimen tipo Stalin y que seguirían avanzando.»

La instintiva decisión de Jimmy Carter de afirmar los principios de los derechos humanos como un estándar internacional se veía como un acto piadoso por parte de muchos miembros del servicio clandestino. Su modesta movilización de la CIA para sondear aquel débil resquicio en el blindaje del telón de acero representaba un desafío bastante cauteloso al Kremlin. Sin embargo, aquello precipitaría el principio del fin para la Unión Soviética. «Carter, de hecho, había cambiado las antiguas reglas de la guerra fría», concluiría Bob Gates.

«De un conflicto de negros y blancos a un conflicto de rojos y blancos»

El presidente Carter también trató de utilizar a la CIA para socavar el régimen del *apartheid* en Sudáfrica. Su postura al respecto cambiaría el curso de treinta años de política exterior estadounidense durante la guerra fría.

El 8 de febrero de 1977, en la Sala de Situación de la Casa Blanca, el equipo de seguridad nacional del presidente acordó que había llegado el momento de que Estados Unidos tratara de cambiar el régimen racista de Sudáfrica. «Hay posibilidades de cambiarlo para que pase de ser un conflicto de negros y blancos a un conflicto de rojos y blancos —dijo Brzezinski—. Si este ha de ser el principio de un largo y amargo proceso histórico, redunda en nuestro propio interés acelerar dicho proceso.»[8] No era una cuestión de raza, sino de estar en el lado correcto de la historia.

El director de la central de inteligencia en funciones, Enno Knoche, declaró: «Estamos buscando cambios en sus actitudes fundamentales.

Ello requerirá una observación muy detallada». En otras palabras: Estados Unidos iba a tener que empezar a espiar en Sudáfrica. El 3 de marzo de 1977, en una reunión de gala del Consejo de Seguridad Nacional, Carter ordenó a la CIA que explorara el modo de ejercer presión política y económica a Sudáfrica y a su aliada racista, Rodesia.

El problema era que «nadie quería prestar atención a África —en palabras del subdirector de la central de inteligencia de Carter, Frank Carlucci—. Estábamos muy centrados en la Unión Soviética. Uno de los principales objetivos de tener a gente en bases africanas era tratar de reclutar a los soviéticos que estaban destacados allí. Aquella era la prioridad número uno».[9]

Los soviéticos apoyaban al peor enemigo del *apartheid,* el Congreso Nacional Africano. Su líder, Nelson Mandela, había sido detenido y encarcelado en 1962, gracias, en parte, a la CIA. La agencia había trabajado en estrecha armonía con la sudafricana BOSS, la Oficina de Seguridad Estatal. Los agentes de la CIA habían colaborado «mano a mano con la policía de seguridad de Sudáfrica —en palabras de Gerry Gossens, que fue jefe de base en cuatro países africanos durante los mandatos de Nixon, Ford y Carter—. Se decía que incluso habían delatado al propio Mandela».[10]

En 1977, Gossens pasó a colaborar con Ian Smith, un partidario de la línea dura de la supremacía blanca que gobernaba Rodesia, así como con el pro norteamericano Kenneth Kaunda, presidente de Zambia. Como jefe de base en la capital, Lusaka, Gossens se reunía regularmente con el presidente Kaunda y con sus servicios de seguridad. Empezó entonces a hacerse una idea de cuáles eran las fuerzas armadas negras y blancas que se enfrentaban mutuamente en toda el África meridional: «Necesitábamos saber cuántos soviéticos, y checos, y alemanes orientales y norcoreanos estaban proporcionando armas y entrenamiento. ¿Podían superar a los rodesianos? Necesitábamos infiltraciones humanas en los gobiernos en conflicto».

Luego, en 1978, Gossens se convirtió en el nuevo jefe de la base de Pretoria, y las órdenes que recibió de Washington fueron las de espiar al gobierno blanco de Sudáfrica. Ahora la CIA formaba parte de un ambicioso esfuerzo estadounidense por echar a los soviéticos de África

meridional logrando a la vez el apoyo de los gobiernos africanos negros.

«Por primera vez en la historia —dijo— se me dieron instrucciones de iniciar operaciones unilaterales contra la BOSS. Metí a gente nueva desconocida para el gobierno. Establecí nuevos objetivos en el ejército sudafricano, su programa nuclear y su política frente a Rodesia. La embajada estaba aburrida de la pregunta: ¿qué se trae entre manos el gobierno sudafricano?» Durante dos años, la CIA empezó a recopilar información de inteligencia sobre los regímenes de *apartheid*. Luego la policía secreta de Rodesia detuvo a tres agentes de la CIA lo bastante chapuceros como para caer en una trampa. Y la inteligencia sudafricana traicionó a un cuarto. Frank G. Wisner hijo se fue a Zambia en calidad de nuevo embajador estadounidense, y en su nuevo destino recordaría: «Mi mayor crisis, mi momento más difícil, se produjo como resultado de un escándalo de espionaje con un agente de la CIA».[11]

Asustados ante tanta misión descubierta, en el cuartel general de la agencia empezaron a cerrar operaciones y a sacar a espías. Los esfuerzos de la CIA por llevar a cabo las políticas de derechos humanos del presidente Carter se pararon en seco.

«ELLOS FORMAN UNA CULTURA ÚNICA»

La moralidad de la administración Carter no fue buena para la moral reinante en el cuartel general de la CIA. El almirante Turner trató de ceñirse a la promesa de Carter de no mentir al pueblo estadounidense. Esto representaba un dilema para el jefe de un servicio de inteligencia secreto, cuyos agentes dependían del engaño para tener éxito. La poca confianza que Turner tenía en el servicio clandestino se veía mermada constantemente por actos de subversión.

En 1978, el embajador estadounidense en Yugoslavia, Lawrence Eagleburger, que posteriormente sería secretario de Estado en la primera administración Bush, se encontró con una directiva del servicio clandestino del cuartel general dirigida a todos los jefes de

base del mundo. A espaldas de Turner, alguien de muy arriba había enviado instrucciones de que, en todos los países extranjeros, las grandes operaciones se ocultaran a los propios embajadores. El mensaje representaba una violación directa de unas órdenes presidenciales que llevaban diecisiete años vigentes.

«Yo le pregunté a mi jefe de base si aquello era verdad —diría Eagleburger más tarde—. Él me respondió que sí, que lo era. Yo le dije: "¡Estupendo! Quiero que le envíe un mensaje de mi parte al almirante Turner".» El mensaje era sucinto: «No tienen nada que hacer en Yugoslavia hasta que se revoque esa orden. Con ello quiero decir que no pueden entrar en el despacho y no pueden realizar ninguna actividad en Belgrado o en Yugoslavia. Simplemente quedan suspendidos de operaciones».[12]

Turner era miembro de la Ciencia Cristiana, y entre otras cosas, tomaba agua caliente con limón en lugar de café o té. Los de la vieja escuela, en cambio, preferían mezclar el agua con whisky, de modo que menospreciaban a Turner de palabra y de obra. Años después, Turner escribiría que sus enemigos dentro del servicio clandestino trataron de desacreditarle con campañas de desinformación, «una de sus habilidades básicas».[13] La principal fue una historia que persistiría durante un cuarto de siglo, la de que Turner era el único responsable del descuartizamiento del servicio clandestino en la década de 1970. Los primeros cortes profundos habían venido de la mano de Nixon. A continuación, Schlesinger había echado a un millar de agentes de operaciones encubiertas. George Bush, durante el mandato del presidente Ford, había decidido ignorar una recomendación de su propio jefe de operaciones encubiertas en el sentido de que era preciso recortar aún más y echar a otros dos mil. Turner recortó exactamente a 825 personas, empezando por el 5 por ciento peor clasificado en los gráficos de rendimiento. Para ello contó con el apoyo del presidente. «Éramos conscientes de que una parte del personal poco cualificado e incompetente al que echó estaría profundamente resentido, pero yo lo aprobé sin ambages», declararía personalmente Jimmy Carter en una carta a este autor.

Los de la vieja escuela se revolvieron contra Turner cuando este

eligió a John McMahon para dirigir el servicio clandestino. McMahon no era uno de ellos. Había empezado llevando los maletines de Allen Dulles, y ahora dirigía la sección de ciencia y tecnología de la agencia, la rama encargada de elaborar el *hardware* y el *software* del espionaje. Por su parte, McMahon le dijo a Turner: «No, yo no soy la persona adecuada. Ellos forman una cultura única. Trabajan mejor con los suyos, y hay que entender cómo piensan. Mi última relación con ellos fue a comienzos de la década de los cincuenta allí en Alemania. Y los tiempos han cambiado».[14]

Sin embargo, en enero de 1978, después de resistir durante medio año, McMahon se convirtió en el tercer jefe del servicio clandestino en dieciocho meses. Tres semanas después de que tomara posesión de su cargo, se le pidió que acudiera a la primera reunión del nuevo comité parlamentario de supervisión de la inteligencia. El servicio clandestino se rebeló. «Hablando de furia, perdieron completamente los estribos —diría McMahon—. Pero lo que yo sabía era que los congresistas no entendían a la CIA ni las operaciones clandestinas. Y yo iba a ir a educarles.»[15] Así que cogió una bolsa de la compra llena de herramientas y artilugios de espionaje —cámaras en miniatura, micrófonos camuflados y cosas así— y se fue al Capitolio. «Yo les dije: "Permítanme que les explique lo que significa operar en Moscú".» Lo cierto es que McMahon no había estado en Moscú en toda su vida. «Les dije: "Bueno, he aquí algo del equipamiento que utilizamos". Y empecé a pasárselo. Y ellos miraron todos esos artilugios ... y se quedaron como hipnotizados.» El embelesado comité otorgó a los espías un presupuesto mucho mayor de lo que el presidente había pedido. La reconstrucción del servicio clandestino, asolado y desmoralizado por los recortes que se remontaban a la época de Nixon, se inició en ese lugar y en ese momento, otoño de 1978.

Pero en la ciudadela de la inteligencia estadounidense la atmósfera seguía siendo triste. «A pesar de sus actuales (y cada vez peores) problemas de moral, sospecho que a la CIA se le seguirán ocurriendo algunas ideas imaginativas —le advertía a Brzezinski su enlace en la agencia el 5 de febrero de 1979—. Sin embargo no debemos engañarnos; las capacidades que solía haber en la CIA son en este

momento muy escasas, y hay muy pocos agentes dispuestos a asumir riesgos como los que solían asumirse rutinariamente para lograr que se hicieran las cosas.»[16]

Aquella misma semana, el mundo empezaría a desplomarse sobre la CIA.

«Un deporte espectáculo»

El 11 de febrero de 1979, el ejército del sha se desmoronó y un fanático ayatolá se hizo con el control en Teherán. Tres días después, a unos centenares de kilómetros al oeste, se produjo un asesinato que tendría un peso enorme para Estados Unidos.

El embajador estadounidense en Afganistán, Adolph «Spike» Dubs, fue secuestrado en las calles de Kabul por unos rebeldes afganos que combatían al régimen títere pro soviético y, posteriormente, asesinado cuando la policía afgana —acompañada de asesores soviéticos— atacó el hotel donde estaba retenido. Aquel era un signo evidente de que Afganistán empezaba a estar fuera de control. Los rebeldes islámicos, respaldados por Pakistán, estaban preparando una revolución contra su gobierno ateo. Los gerontocráticos líderes de la Unión Soviética miraban hacia el sur con temor. Más de cuarenta millones de musulmanes vivían en las repúblicas soviéticas de Asia central, y los rusos veían cómo las llamas del fundamentalismo islámico se acercaban peligrosamente a sus fronteras. En una prolongada reunión del Politburó que se inició el 17 de marzo, el jefe de la inteligencia soviética, Yuri Andropov, declaraba que «no podemos perder Afganistán».

Durante los nueve meses siguientes, la CIA fue incapaz de advertir al presidente de Estados Unidos de una invasión que cambiaría la faz del mundo.[17] La agencia estaba bastante bien informada de las capacidades de los soviéticos, pero no tenía ni la menor idea de sus intenciones.

«Los soviéticos serían bastante renuentes a introducir un gran número de fuerzas terrestres en Afganistán», declaraba confiadamente

el *National Intelligente Daily*, el informe de alto secreto de la CIA a la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado, el 23 de marzo de 1979. Aquella misma semana, treinta mil efectivos de combate soviéticos empezaban a desplegarse cerca de la frontera afgana en camiones, tanques y transportes blindados.

En julio y agosto, los ataques de los rebeldes afganos se intensificaron, las guarniciones del ejército regular afgano empezaron a amotinarse, y Moscú envió un batallón de unidades de combate aerotransportadas a la base aérea de Bagram, en las afueras de Kabul. A instancias de Brzezinski, el presidente Carter firmó una orden de acción encubierta para que la CIA suministrara a los rebeldes afganos ayuda médica, dinero y propaganda. Los soviéticos enviaron a trece generales a Kabul, dirigidos por el comandante de sus fuerzas terrestres. Aun así, el 24 de agosto la CIA le aseguraba al presidente que «el deterioro de la situación no hace presagiar una escalada de la implicación militar soviética en forma de un papel directo en el combate».[18]

El 14 de septiembre, el almirante Turner le dijo al presidente que «los líderes soviéticos pueden estar a punto de tomar la decisión de enviar a sus propias fuerzas para evitar el colapso del régimen» en Afganistán, aunque solo poco a poco, con pequeños grupos de asesores militares y unos pocos miles de soldados. Insegura con respecto a aquella afirmación, la CIA echó mano de todos sus expertos y de todos los elementos de la inteligencia militar estadounidense, además de las transcripciones de escuchas electrónicas y los reconocimientos de satélites espía, a fin de revisar exhaustivamente todas las evidencias. El 28 de septiembre, los expertos concluyeron unánimemente que Moscú no invadiría Afganistán.

Mientras tanto, seguían llegando tropas soviéticas. El 8 de diciembre, un segundo batallón aerotransportado aterrizó en Bagram. El *National Intelligente Daily* evaluó su presencia como un movimiento para reforzar sus defensas contra posibles ataques rebeldes a la base aérea. La semana siguiente, el jefe de la base de la CIA en Kabul transmitió una información de segunda mano en la que se notificaba el avistamiento de comandos de las fuerzas especiales soviéticas en las

calles de la capital.

El lunes 17 de diciembre, por la mañana, el almirante Turner acudió a la Casa Blanca a fin de celebrar una reunión con los principales asesores del presidente que integraban el Comité de Coordinación Especial. Entre los presentes se encontraban el vicepresidente Walter Mondale, Zbigniev Brzezinski, el secretario de Defensa Harold Brown y el subsecretario de Estado Warren Christopher. Turner les dijo que en aquel momento había 5.300 soldados soviéticos en la base aérea de Bagram y dos nuevos puestos de mando justo al norte de la frontera afgana. Luego añadió: «La CIA no lo ve como una cifra preocupante». Acaso «se relacionara con la percepción soviética del deterioro de las fuerzas militares afganas y de la necesidad de reforzarlas en alguna medida».[19] La palabra *invasión* no salió de su boca en ningún momento.

Los mejores analistas de la CIA especializados en la Unión Soviética —entre ellos Doug MacEachin, que posteriormente sería subdirector de inteligencia— trabajaban las veinticuatro horas del día a fin de ordenar su información para el presidente. El 19 de diciembre dictaminaron su juicio oficial y definitivo: «El ritmo de los despliegues soviéticos no sugiere … una contingencia urgente —decían—. Unas operaciones de contrainsurgencia a escala nacional requerirían la movilización de un número mucho mayor de fuerzas terrestres regulares».[20] En resumen, pues, los soviéticos no tenían intenciones de atacar.

Tres días después, el vicealmirante Bobby Ray Inman, director de la Agencia de Seguridad Nacional, el imperio de las escuchas electrónicas estadounidenses, recibió un mensaje desde Afganistán: la invasión del país era inminente. En realidad ya se estaba llevando a cabo. Más de cien mil soldados soviéticos estaban invadiendo el país. Carter firmó de inmediato una orden de acción encubierta para que la CIA empezara a armar a la resistencia afgana, y la agencia empezó a preparar una ruta internacional de entrega de armas hacia Afganistán. Pero la ocupación soviética era ya un hecho consumado.

La CIA no solo se equivocó al no prever la invasión, sino que después se negó a admitir que se había equivocado. ¿Por qué alguien

en su sano juicio habría de invadir Afganistán, que durante dos mil años había sido tumba de conquistadores? La causa de su fracaso no fue, pues, la falta de inteligencia, sino la falta de imaginación.

De modo que para Estados Unidos la invasión soviética se convirtió en un «deporte espectáculo», según escribiría el analista estrella de la agencia, Doug MacEachin, más de veinte años después. «Estados Unidos podía hacer un montón de ruido desde las gradas, pero apenas podía ejercer influencia en el terreno de juego. Para ello tendría que esperar al siguiente encuentro del Gran Torneo.»[21]

32

«Estábamos simplemente en la inopia»

Ya desde que la CIA le asegurara el trono en 1953, el sha de Irán había sido la pieza central de la política exterior estadounidense en Oriente Próximo. «Solo quisiera que hubiese más líderes en el mundo con su capacidad de previsión —reflexionaba el presidente Nixon en abril de 1971—. Y con su capacidad para gobernar, afrontémoslo, una dictadura virtual de una forma benigna.»[1]

Posiblemente Nixon no pretendía transmitir ningún mensaje especial al nombrar a Richard Helms embajador estadounidense en Irán, en 1973. Pero lo hizo. «Nos sorprendió que la Casa Blanca enviara a un hombre que, al fin y al cabo, se hallaba tan asociado a la CIA, y al que todos los iraníes consideraban responsable de la caída de Mossadeg —diría Henry Precht, agregado político de la embajada estadounidense—. Nos pareció que aquello equivalía a abandonar cualquier apariencia de neutralidad por parte de Estados Unidos y que venía a confirmar que el sha era nuestro títere.»[2]

El 31 de diciembre de 1977, en un brindis por el sha en una rutilante cena oficial, el presidente Carter calificó a la monarquía iraní como «una isla de estabilidad en un mar de confusión»,[3] una opinión que había sido confirmada y reiterada por los espías y analistas de la CIA durante los quince años anteriores. Aquella era, de hecho, la misma frase que empleaba el sha para referirse a sí mismo.

Pero cuando Howard Hart, uno de los agentes más valientes que jamás daría el servicio clandestino, llegó a Teherán unas semanas después y empezó a hacer lo que mejor sabía —recorrer las calles de incógnito e informar de lo que sucedía en el mundo real—, llegó justamente a la conclusión opuesta. Su informe era tan pesimista que sus superiores lo ocultaron; pero el hecho es que contradecía abiertamente todo lo que la CIA había estado diciendo del sha desde

la década de 1960.

La agencia no había informado de nada que sugiriera que el sha tenía problemas, y carecía de la capacidad de cuestionar sus propios veinticinco años de informes. En agosto de 1978, la CIA informó a la Casa Blanca de que Irán no se hallaba en absoluto cerca de una revolución. Semanas después estallaron revueltas en las calles. Mientras estas se extendían, los principales analistas de la CIA enviaban al almirante Turner un borrador de Estimación de Inteligencia Nacional para que lo firmara. En él se decía que el sha podía sobrevivir otros diez años, o quizá no. Turner lo leyó, lo encontró inútil y lo archivó.

El 16 de enero de 1979 el sha huyó de Teherán. Unos días después, la visión de Howard Hart de lo que pasaba en la calle se hizo definitivamente más sombría.[4]

Hart fue abordado por un grupo armado formado por seguidores de un fanático religioso de setenta y siete años de edad, el ayatolá Ruhollah Musavi Jomeini, que se disponía a regresar a Teherán desde el exilio. Hart, hijo de un banquero de inversiones, de niño había pasado tres años internado en un campo de prisioneros japonés en las Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial. Ahora volvía a ser un prisionero. Sus captores le maltrataron, celebraron una parodia de juicio con él, le declararon espía de la CIA y se dispusieron a ejecutarlo en el acto. Tras proclamar su inocencia, rogar por su vida y, a la vez, preparándose para morir, Hart pidió ver al mulá más cercano. Llegó un joven clérigo, que se encontró al musculoso espía, rubio y de ojos azules, en las garras de aquella improvisada justicia.

«Yo le dije: “Esto está mal; no hay nada en el Sagrado Corán que lo apruebe”», recordaría Hart. El mulá reflexionó sobre la cuestión y se mostró de acuerdo. Hart fue liberado.

«No sabíamos quién era Jomeini»

Unos días después, el primero de febrero de 1979, la revolución popular que expulsó al sha del Trono del Pavo Real abrió el camino al

regreso de Jomeini a Teherán. Miles de estadounidenses, incluyendo a la mayor parte del personal de la embajada, fueron evacuados mientras aumentaba el caos en las calles. Todavía había un primer ministro laico ejerciendo el poder junto a un Consejo Revolucionario, y la CIA trató de colaborar con él, de influirle y de movilizarle en contra de Saddam Hussein. «Hubo algunas conversaciones clasificadas de índole muy, muy delicada en el nivel del primer ministro —diría Bruce Laingen, encargado de negocios de la embajada estadounidense —. Llegamos hasta el punto de sentarnos a hablar con ellos y de proporcionarles información de inteligencia de alto secreto sobre Irak.»[5]

En 1953, Laingen había sido el funcionario más joven de la embajada estadounidense en Teherán. Ahora, en 1979, era el funcionario más veterano. En los años transcurridos, toda una sucesión de jefes de base y de embajadores habían estado demasiado a sus anchas con el sha y se habían aficionado demasiado a su caviar y a su champán. «Pagamos por ello —diría Laingen—. Estamos ahí para descubrir qué piensa la gente, y por qué piensa y actúa de ese modo. Y si nos resulta demasiado cómodo creer algo que conviene a nuestro propósito, bueno, pues estamos en un buen lío.»[6]

La idea de que la religión pudiera ser una fuerza política irresistible a finales del siglo XX resultaba incomprensible. Pocos en la CIA creían que un anciano clérigo podía tomar el poder y declarar a Irán república islámica. «Nosotros no sabíamos quién era Jomeini ni conocíamos el respaldo con el que contaba su movimiento», diría Turner; como tampoco sabían lo que su visión del mundo, anclada en el siglo VII, podía representar para Estados Unidos.

«Estábamos simplemente en la inopia», diría.[7]

El 18 de marzo de 1979, Howard Hart, que ahora era el jefe de base en funciones, se reunió a las dos de la madrugada con un oficial de alto rango de la Savak, la brutal policía secreta del sha, que había servido lealmente a la base de la agencia como agente e informador. Tras recibir de él dinero y documentos falsos para ayudarle a salir de Teherán, Hart se tropezó con una pareja de guardias revolucionarios de Jomeini, que le golpearon brutalmente mientras gritaban «¡CIA,

CIA!». Tendido en el suelo boca arriba, Hart sacó su pistola y los mató a los dos de sendos disparos. Muchos años después aún recordaría el fanático brillo que vio en sus ojos. Era el rostro de la guerra santa. «Como país —reflexionaba—, no tenemos ni puñetera idea de lo que es eso.»[8]

«Más allá del insulto»

Los iraníes de todas las condiciones sociales, desde las élites instruidas hasta los fanáticos de ojos desorbitados, estaban convencidos de que la CIA era una fuerza omnipotente con un inmenso poder sobre sus vidas. Jamás habrían podido creer la verdad. En el verano de 1979, la base de la CIA estaba formada solo por cuatro hombres, y los cuatro acababan de llegar a Irán. Howard Hart había vuelto al cuartel general de la agencia en julio, dejando atrás a un nuevo jefe de base, Tom Ahern, que había pasado los últimos trece años en Japón, a un experimentado agente de enlace, Malcolm Kalp, a un técnico de comunicaciones, Phil Ward, y a un veterano marine de treinta y dos años de edad, William J. Daugherty, que se había incorporado a la CIA nueve meses antes. Daugherty había realizado setenta y siete misiones de combate durante la guerra de Vietnam, pero Teherán era su primer destino en la CIA.

«Yo sabía poco de Irán —recordaría más tarde—. Y todavía sabía menos de los iraníes. Todo mi contacto con Irán, aparte de las noticias de la noche en televisión y un curso de estudios de zona de tres semanas en el Departamento de Estado, consistía en lo que había podido captar durante las cinco semanas que pasé en el despacho leyendo archivos de operaciones.»[9]

Cinco meses antes, una muchedumbre de marxistas iraníes había invadido la embajada estadounidense. Los seguidores del ayatolá contraatacaron, echaron a los comunistas y liberaron a los norteamericanos. Nadie creía que aquello podía volver a ocurrir. «No se preocupen por la posibilidad de un nuevo ataque a la embajada —había asegurado el jefe de la sección de Irán del cuartel general de la

agencia a la base de Teherán—. Lo único que podría desencadenar un ataque sería que se dejara entrar al sha en Estados Unidos, y nadie aquí es tan estúpido como para hacer una cosa así.»[10]

El 21 de octubre de 1979, Daugherty examinaba un nuevo cable del cuartel general de la agencia. «No podía creer lo que estaba leyendo», recordaría.

Aquel día, sometido a una intensa presión política por parte de los amigos del sha —especialmente Henry Kissinger—, el presidente Carter, en contra de su propia opinión, había decidido admitir al monarca exiliado en Estados Unidos para someterse a un tratamiento médico. El presidente había dudado mucho antes de tomar aquella decisión, temiendo que en represalia se tomara a estadounidenses como rehenes. «Yo gritaba: "¡Olvidaos del sha! Él estará encantado de jugar al tenis en Acapulco o en California —recordaría Carter—. Pero ¿qué vamos a hacer nosotros si ellos cogen a veinte de nuestros marines y matan a uno de ellos cada mañana al amanecer? ¿Vamos a entrar en guerra con Irán?".»[11]

Nadie en la Casa Blanca pensó en pedirle su opinión a la CIA.

Dos semanas después, un grupo de estudiantes iraníes, todos ellos seguidores del ayatolá, tomaron la embajada estadounidense. Allí retuvieron a 53 rehenes durante todo el resto de la administración Carter, 444 días con sus noches. Daugherty pasó las últimas semanas del año 1979 en régimen de incomunicación. Entre el 29 de noviembre y el 14 de diciembre recordaría seis interrogatorios, que se iniciaban al caer la noche y se prolongaban hasta el alba, dirigidos por Hossein Sheik-oleslam, futuro viceministro de Exteriores de Irán. Pasada la medianoche del 2 de diciembre, Hossein le entregó un cable. «Yo creí que mi vida se había terminado —escribiría más tarde en unas memorias para una revista interna de la CIA—. En el cable se mencionaba mi verdadero nombre y se afirmaba claramente que se me había asignado a la base de Teherán. También mencionaba el programa especial al amparo del cual yo me había incorporado a la agencia diez meses atrás. Cuando miré a Hossein y a sus secuaces, sonreían como tres gatos de Cheshire.»

Sus interrogadores «dijeron que sabían que yo era el jefe de toda la

red de espías de la CIA en Oriente Próximo, que yo había planeado el asesinato de Jomeini, y que había estado espoleando a los kurdos para que se rebelaran contra el gobierno de Teherán. Me acusaron de tratar de destruir su país —recordaría Daugherty—. Aquellos iraníes juzgaban inconcebible que la CIA enviara a un lugar tan crítico como Irán a alguien que ignorara de aquel modo la cultura y la lengua locales. Les resultaba tan inconcebible, que unas semanas después, cuando finalmente llegaron a saber la verdad, se sintieron personalmente ofendidos. Ya había sido bastante difícil para ellos aceptar que la CIA destinara a un agente inexperto a su país, pero que aquel agente no hablara la lengua, ni conociera las costumbres, la cultura y la historia de su país, era algo que iba más allá del insulto». [12]

Cuando finalizaba el interrogatorio de cada noche, Daugherty dormía un sueño entrecortado sobre una colchoneta de gomaespuma en el despacho del jefe de la base. Mientras en la calle, cientos de miles de iraníes se concentraban ante los muros de la embajada estadounidense coreando consignas, él soñaba que volaba con un caza sobre los amplios bulevares e incineraba a la muchedumbre con napalm.

La CIA no podía hacer nada para liberarles ni a él ni a los demás rehenes de la embajada. Pero en enero de 1980, la agencia realizó una de sus clásicas operaciones de espionaje para sacar a seis empleados del Departamento de Estado que habían logrado refugiarse al otro lado de la ciudad, en la embajada canadiense.

La operación había sido idea del agente de la CIA Tony Mendez, cuya especialidad eran las falsificaciones y los camuflajes. [13] Fueron Mendez y sus hombres quienes crearon las máscaras tipo *Misión imposible* que permitirían a los agentes blancos disfrazarse de africanos, de árabes o de asiáticos. Era un raro ejemplar de genio intuitivo dentro de la agencia.

Como tapadera para la misión de Irán, Mendez creó Studio Six, una falsa productora hollywoodiana; alquiló un local en Los Ángeles y publicó anuncios a toda página en las revistas *Variety* y *The Hollywood Reporter* en los que se comunicaba la inminente filmación de la

película *Argo*, un filme de ciencia ficción cuyos exteriores iban a rodarse en Irán. El guión de la película —y de la operación— incluía documentos y máscaras para los seis estadounidenses. Armado con una cartera llena de pasaportes falsos y de publicidad no menos falsa, obtuvo la autorización de las autoridades pertinentes para entrar en Irán, viajó en un vuelo comercial desde Bonn, se alojó en el Sheraton de Teherán, reservó billetes en Swissair con destino a Zúrich para el lunes siguiente, y luego cogió un taxi hasta la embajada canadiense para reunirse con sus seis compatriotas norteamericanos. Mendez llevó a cabo la Operación Argo prácticamente sin obstáculo alguno. Cuando embarcaban en el vuelo de Swissair, uno de los estadounidenses a los que liberó le dio un golpecito amistoso en el brazo y le dijo: «Has previsto hasta el último detalle, ¿verdad?», mientras señalaba el rótulo que aparecía pintado en el morro del avión: «Aargau», el nombre de uno de los cantones suizos.

«Nos lo tomamos como un signo de que todo saldría bien —recordaría Mendez posteriormente—. Esperamos hasta que el avión hubo despegado y abandonado el espacio aéreo iraní para levantar los pulgares y brindar con unos *Bloody Marys*.»

«UN ACTO DE VENGANZA»

Por desgracia, no hubo ninguna magia parecida que liberara al resto de los prisioneros. Las fuerzas de operaciones especiales del Pentágono estaban a cargo de la operación denominada Desierto Uno, la misión que en abril de 1980 había de liberar a los rehenes de la embajada estadounidense. «El intento dependía en gran medida de la CIA», diría más tarde Anthony Quainton, jefe de coordinación antiterrorista del gobierno norteamericano entre 1978 y 1981.[14] La agencia proporcionó información de inteligencia sobre la probable localización de los rehenes dentro del edificio de la embajada. Sus pilotos sobrevolaron el desierto iraní con un pequeño avión no detectado por los radares a fin de localizar el punto de aterrizaje más idóneo para la misión. Howard Hart ayudó a elaborar el plan, de una enorme

complejidad, para sacar a los rehenes y llevárselos volando hacia la libertad. Pero la misión terminó en catástrofe: ocho comandos murieron en el desierto iraní después de que un helicóptero chocara contra un avión de transporte.

La vida se hizo mucho peor para los rehenes. A Bill Daugherty se lo llevaron de la embajada y lo metieron en la cárcel. Pasó la mayor parte de los nueve meses siguientes en aislamiento, en una celda que apenas resultaba lo bastante grande como para acoger su metro noventa de estatura. Terminó pesando solo 60 kilos. Él y el resto de los rehenes finalmente fueron liberados por consentimiento de sus captores el mismo día en que el presidente Carter abandonaba la Casa Blanca. Su liberación no tuvo nada que ver con la acción encubierta ni con la inteligencia estadounidense; fue una declaración política diseñada para humillar a Estados Unidos.

Al día siguiente, Jimmy Carter, ahora un ciudadano más, fue a recibir a los estadounidenses liberados en una base militar de Alemania. «Todavía tengo la fotografía guardada en algún sitio —recordaría Daugherty posteriormente—. El ex presidente parece incómodo, y yo parezco un adusto cadáver.»[15]

La toma de los rehenes fue «un acto de venganza»[16] por el golpe de la CIA de 1953 en Irán, escribiría Ken Pollack, un veterano analista de la agencia especializado en Oriente Próximo. Pero el legado de aquella ya lejana operación iría mucho más allá de la terrible experiencia sufrida por los estadounidenses. El fervor de la revolución iraní seguiría acosando a otros cuatro presidentes de Estados Unidos y acarrearía la muerte de cientos de norteamericanos en Oriente Próximo. El fulgor de la gloria de la mejor generación de agentes de operaciones encubiertas que jamás tuvo la agencia se convertiría en una trágica conflagración para sus herederos.

33

«Un bucanero independiente»

El 4 de octubre de 1980, el director de la central de inteligencia y tres de sus principales colaboradores salían de Wexford, una millonaria hacienda situada en la campiña de Virginia que antaño había sido propiedad de John y Jackie Kennedy. Había ido allí para mantener una reunión informativa con el candidato republicano a la presidencia, Ronald Reagan, que había aceptado concederle a la CIA una hora de su tiempo.

El almirante Turner dispuso de quince minutos para hablarle de la reciente invasión de Irán por parte de Saddam Hussein. Otro cuarto de hora se dedicó a la ocupación soviética de Afganistán, que duraba ya nueve meses, y a los envíos de armas de la CIA para respaldar a la resistencia afgana. Bob Ames, el experto en Oriente Próximo de la agencia, dedicó otros quince minutos al reino de Arabia Saudí y a la teocracia del ayatolá Jomeini. Mientras tanto, diversos miembros del entorno de Reagan, emocionados ante la perspectiva de una victoria cierta en las inminentes elecciones, entraban y salían de la sala como personajes de un vodevil. La hora concedida pasó en un suspiro.

Reagan apenas sabía de la CIA más de lo que había visto en el cine. Pero prometió darle vía libre, y ciertamente cumplió su palabra. El hombre que eligió para la tarea fue su brillante y taimado director de campaña, William J. Casey.

Casey, apegado a sus recuerdos de los tiempos en que era jefe de la inteligencia de la OSS en Londres, tenía colgado un retrato firmado de Wild Bill Donovan en la pared de su despacho en el cuartel general de la agencia, y durante los seis años siguientes este estaría siempre observándole desde allí. En una guerra global y totalitaria —había dicho Donovan—, la inteligencia debe ser global y totalitaria. Y ese era el credo de Bill Casey; él aspiraba a revivir aquel espíritu de lucha

en la CIA. «Su visión de cómo había que librar una guerra contra una potencia totalitaria se había configurado claramente en la Segunda Guerra Mundial —diría Bob Gates, que había trabajado con él durante seis años—. Y allí no había restricciones. Allí valía todo.»[1]

Casey hizo un intento de llegar a ser secretario de Estado, pero la idea horrorizó a los íntimos de Reagan. Era una cuestión de salvar las apariencias. Casey no era un hombre de Estado: tenía un aspecto desaliñado, mascullaba de manera ininteligible y comía como un tragaldabas. La futura primera dama no podía soportar la idea de tener a Casey en una cena oficial tragando como un descosido. Percibiendo aquella oposición, Casey al principio se mostró resentido, pero luego llegó a un acuerdo amistoso con Reagan: aceptaría dirigir la CIA, pero tenía que hacerlo con categoría ministerial —convirtiéndose con ello en el primer director de la agencia que ostentaría tal rango—, y además había de tener la libertad de entrevistarse con el presidente en privado. Casey utilizaría aquellos poderes no solo para aplicar la política exterior estadounidense, sino incluso para diseñarla, como si al final se hubiera convertido de hecho en el secretario de Estado. Lo único que necesitaba eran cinco minutos con el presidente, un guiño y un asentimiento con la cabeza, y listo.

Casey era un sinvergüenza encantador, un hombre de Wall Street de los de la vieja escuela, cuya fortuna procedía de la venta de estrategias para reducir impuestos. Su talento residía en forzar las normas justo al límite sin llegar a romperlas. «¡Jesús! ¡Tenemos que librarnos de los abogados!», le dijo en cierta ocasión a William Webster, el director del FBI durante el mandato de Reagan. «Yo no creo que con aquello se refiriera a "prescindir de la Constitución" —diría Webster, que era abogado hasta la médula—. Sin embargo, tendía a ser muy consciente de las restricciones que imponía la ley, y quería un modo de escapar de ellas.»[2]

Reagan confiaba en él. Pero había otros que no. «Yo me quedé absolutamente sorprendido cuando el presidente Reagan eligió a Casey —diría Gerald R. Ford—. Él no estaba cualificado para ser el jefe de la CIA.»[3] El propio director de la central de inteligencia de Ford también estaba completamente de acuerdo. «Casey fue una

elección inapropiada», diría George H. W. Bush.[4]

Pero Casey creía que él había sido el responsable de la elección de Reagan y que ambos tenían que desempeñar juntos un papel histórico. Como Reagan, Casey tenía grandes visiones. Como Nixon, creía que todo lo que es secreto es legal. Como Bush, pensaba que la CIA encarnaba los mejores valores estadounidenses. Y como los soviéticos, se reservaba el derecho a mentir y a engañar.

Los años de Reagan se iniciaron con una racha de nuevas operaciones encubiertas aprobadas por el pequeño Grupo de Planificación de Seguridad Nacional, que se reunía en la Sala de Situación, en los sótanos de la Casa Blanca. Durante el mandato de Reagan, el grupo fue un laboratorio de la acción encubierta. Al comienzo, sus principales miembros eran el presidente, el vicepresidente Bush, el secretario de Estado Alexander M. Haig hijo, el secretario de Defensa Caspar W. Weinberger, el asesor de seguridad nacional y el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, la embajadora ante las Naciones Unidas Jeane Kirkpatrick, y su íntimo amigo Bill Casey. Este último dominó la primera reunión, y en los dos primeros meses de la nueva administración el grupo le dio luz verde para llevar a cabo amplias operaciones encubiertas en Centroamérica, Nicaragua, Cuba, el norte de África y Sudáfrica.

El 30 de marzo de 1981, un demente disparó al presidente en una acera de Washington. Aquel día Reagan estuvo a punto de morir, un hecho que se ocultaría al pueblo estadounidense.

Cuando Al Haig —con voz ronca, sudando y tembloroso— subió al estrado de la sala de prensa de la Casa Blanca retorciéndose las manos para proclamar que asumía el mando, no inspiró demasiada confianza. La recuperación del presidente fue lenta y dolorosa, como lo fue también la debacle de Haig. Durante todo el año 1981 «hubo un problema pendiente —según diría el vicealmirante John Poindexter, que por entonces formaba parte del Consejo de Seguridad Nacional—. ¿Quién iba a hacerse cargo de la política exterior?».[5] Aquella pregunta quedaría sin respuesta, dado que el equipo de seguridad nacional de Reagan se hallaba en un permanente estado de guerra consigo mismo, desgarrado por fieras rivalidades personales y

políticas. El Departamento de Estado y el Pentágono luchaban como si fueran ejércitos enemigos. Seis hombres distintos ocuparon el cargo de asesor de seguridad nacional en el transcurso de ocho tumultuosos años. Reagan jamás trató de poner fin a aquellas riñas internas.

Fue Casey quien se llevó el gato al agua. Cuando George P. Shultz fue nombrado secretario de Estado por Haig, se asombró al ver a Casey haciendo planes por su propia cuenta para invadir Surinam, un pequeño país situado en la parte nororiental de Sudamérica, con 175 comandos coreanos respaldados por la CIA. «Era una idea absurda —diría Shultz, que se cargó el proyecto—. Demencial. Me quedé estupefacto al ver que se planteaba un plan tan descabellado.»[6] Pero pronto se dio cuenta de que «la CIA y Bill Casey iban absolutamente a la suya, y podían mostrarse tan confiados como equivocados estaban».[7]

«Una fraternidad con anteojeras»

Bill Casey era un hombre tan inteligente como capaz, además de un líder tan inspirador como cualquiera de los hombres que han dirigido la CIA. Y era también un «bucanero independiente»,[8] en palabras del almirante Bobby Ray Inman, que era director de la Agencia de Seguridad Nacional cuando el presidente Reagan le ordenó que asumiera el puesto de número dos de Casey en 1981.

«Casey me dijo de manera muy directa que no quería ser el tradicional director de la central de inteligencia —diría Inman—. Él quería ser el agente de inteligencia del presidente, y se proponía dirigir el servicio clandestino de la CIA.»[9]

Casey creía que el servicio clandestino se había convertido en «una fraternidad con anteojeras que vivía de las leyendas y los logros de sus antecesores de las décadas de 1950 y 1960»,[10] en palabras de su primer jefe de estado mayor, Bob Gates. Necesitaba, pues, sangre nueva. A él le importaba un bledo el diagrama organizativo de la CIA; rebuscaría en las tripas de la agencia, o fuera de ella, para encontrar gente capaz de cumplir sus órdenes.

De modo que echó a John McMahon del puesto de jefe del servicio clandestino. «Él me veía como una persona poco emprendedora cuando se trataba de acción encubierta, pensaba que yo no era demasiado ardoroso —diría McMahon—. Sabía que podía ejercer una influencia cautelar en lo que él o la agencia podían querer hacer.»[11]

Casey reemplazó a aquel veterano con treinta años de servicio en la CIA por un viejo amigo suyo llamado Max Hugel, que había estado recaudando dinero y votos para Reagan. Hugel era un deslenguado magnate de los negocios que había iniciado su andadura en Japón después de la guerra como vendedor de coches usados. No sabía nada de la CIA, lo cual se puso de manifiesto enseguida. Era un hombre de pequeña estatura que usaba tupé, y que en cierta ocasión se presentó a trabajar en la agencia ataviado con un mono de color naranja abierto hasta el ombligo y una cadena de oro alrededor del vello canoso que cubría su pecho. Como un solo hombre, todos los agentes de operaciones encubiertas de la CIA, en activo y jubilados, se rebelaron contra él. Descubrieron todos sus trapos sucios, se los contaron al *Washington Post* y le obligaron a dimitir en menos de dos meses. Fue reemplazado por John Stein, que había colaborado en la ascensión al poder de Mobutu y había creado la base de Camboya durante la guerra de Vietnam. Stein, que era el quinto jefe de operaciones encubiertas en cinco años, pronto resultó ser demasiado cauto para el gusto de Casey. Sería reemplazado por un auténtico y audaz especialista en operaciones encubiertas, Clair George. Tras haber echado a McMahon del servicio clandestino, Casey le ordenó que remodelara la dirección de inteligencia y que reorganizara a sus analistas. McMahon inició, pues, la primera gran reorganización de la dirección en treinta años.

Pero aquello no era nada comparado con lo que hizo Bob Gates cuando pasó a ocupar el antiguo puesto de McMahon a comienzos de 1982. A sus treinta y ocho años de edad, Gates había ganado la promoción gracias a un memorando que había llamado la atención de Casey. «La CIA está convirtiéndose poco a poco en el Departamento de Agricultura», había escrito.[12] Asimismo, la agencia presentaba «un caso avanzado de arteriosclerosis burocrática». Sus muros estaban

llenos de lentas y pesadas mediocridades que no hacían sino contar los días que les faltaban para la jubilación, y esta era la causa principal del «declive en la calidad de nuestra recopilación de información de inteligencia y de nuestro análisis durante los últimos quince años».

Gates les decía a los analistas de la CIA que eran personas «estrechas de miras, creídas y arrogantes»; su trabajo era «irrelevante, carente de interés, demasiado tardío para resultar de valor, demasiado limitado, demasiado poco imaginativo y, con demasiada frecuencia, lisa y llanamente, erróneo»;[13] sus filas estaban llenas de aficionados «fingiendo ser expertos». Se les habían escapado casi todos los acontecimientos importantes de la Unión Soviética y de sus progresos en el Tercer Mundo durante toda la década anterior. Pero había llegado un momento en que, o bien se ponían las pilas, o bien se largaban.

Pero ponerse las pilas significaba ponerse en fila. Cuando Casey estaba en desacuerdo con sus analistas —lo cual era frecuente—, rescribía sus conclusiones para que reflejaran sus propios puntos de vista. Cuando le decía al presidente: «Esto es lo que piensa la CIA», en realidad estaba diciendo: «Esto es lo que pienso yo». Se dedicó a ahuyentar de la CIA a todos los analistas de mente independiente y partidarios de que las cosas se hicieran como es debido; uno de los últimos en marcharse fue Dick Lehman, el jefe de inteligencia que había tenido que aguantar a Allen Dulles cuando este juzgaba su trabajo sopesándolo en lugar de leerlo. «Trabajar para Casey era una prueba para cualquiera, en parte debido a su conducta cada vez más errática, y en parte a causa de sus propias tendencias derechistas —diría Lehman más tarde—. Se mostraba receptivo ante los argumentos, pero luego no hacía ni puñetero caso.»[14]

Como un periódico sesgado por los prejuicios de su editor, las capacidades analíticas de la CIA pasaron a convertirse en el reflejo de la opinión de un hombre. «La inteligencia de la CIA en muchos casos era simplemente la ideología de Bill Casey», diría el secretario de Estado Shultz.[15]

Tras denunciar públicamente todo lo que representaba Jimmy Carter, Reagan y Casey suscribieron siete grandes programas de acción encubierta que él había iniciado. Los envíos de armas a Afganistán y los programas de guerra política para respaldar a los disidentes de la Unión Soviética, Polonia y Checoslovaquia se contarían entre las operaciones de la CIA más importantes durante la guerra fría. Pero Casey estaba más interesado en una verdadera guerra que se libraba en el «patio trasero» de Estados Unidos.

«Un día, en la oscuridad de la noche» —diría Clair George—, Casey le había asegurado a Ronald Reagan: "Yo me encargaré de Centroamérica. Déjelo en mis manos".»[16]

En 1980, el presidente Carter había aprobado tres pequeños programas de acción encubierta en Centroamérica. Iban dirigidos a los sandinistas, los izquierdistas que habían tomado el poder en Nicaragua, arrebatando el país a lo que quedaba de la brutal dictadura derechista de la familia Somoza, que duraba ya cuarenta y tres años. La mezcla de nacionalismo, teología de la liberación y marxismo que encarnaban los sandinistas se acercaba peligrosamente a la ideología de Cuba. Las acciones encubiertas realizadas durante el mandato de Carter encomendaban a la CIA la misión de respaldar a partidos políticos pro norte americanos, grupos eclesiásticos, cooperativas agrarias y sindicatos contra la propagación del socialismo sandinista.

Casey convirtió aquellas operaciones de poca monta en un enorme y extenso programa paramilitar. En marzo de 1981, el presidente Reagan autorizó a la CIA a suministrar armas y dinero «para contrarrestar la subversión y el terrorismo financiados desde fuera» en Centroamérica. La Casa Blanca y la agencia informaron al Congreso de que el objetivo era defender El Salvador, gobernado por políticos de derechas y sus escuadrones de la muerte, cortando los envíos de armas nicaragüenses a los izquierdistas. Era una estratagema perfectamente calculada.[17] El verdadero plan en realidad consistía en entrenar y armar a combatientes nicaragüenses en Honduras —la denominada Contra— y utilizarlos para recuperar el país de manos de los

sandinistas.

Casey convenció al presidente de que las reducidas fuerzas de la CIA podían tomar Nicaragua por asalto. Si fracasaban, le dijo a Reagan, un verdadero ejército de izquierdistas hispanos podía avanzar hacia el norte desde Centroamérica hasta Texas. Los analistas de la CIA trataron de contradecirle: la Contra no va a ganar —le dijeron—; no tiene apoyo popular. Pero Casey se aseguró de que aquellos informes negativos jamás llegaran a la Casa Blanca. Para contrarrestarlos, creó una Fuerza Operativa de Centroamérica dotada de su propia «sala de operaciones», donde los agentes de la acción encubierta alteraban los libros, inflaban las amenazas, exageraban las perspectivas de éxito y adornaban los informes que les llegaban. Gates diría posteriormente que durante años estuvo «dando el coñazo a Casey» por lo de la sala de operaciones, pero fue en vano.[18]

Casey dio un buen impulso a sus planes al elegir a Duane Clarridge como jefe de la división latinoamericana del servicio clandestino. A punto de cumplir la cincuentena, bebedor y fumador empedernido pese a haber sufrido ya un ataque cardíaco, Clarridge jamás había trabajado en Latinoamérica, no hablaba español y no sabía casi nada de la región. «Casey dijo: "Tómese un mes o dos y averigüe qué hay que hacer básicamente con respecto a Centroamérica" —relataría Clarridge posteriormente—. Aquel fue el resumen completo de su planteamiento. Y no hacía falta ser un genio de la ciencia para comprender lo que había que hacer.»[19] Clarridge le dijo que había ideado un plan basado en dos puntos: «Hacer la guerra en Nicaragua y empezar a matar cubanos. Eso era exactamente lo que Casey quería oír, de modo que dijo: "De acuerdo. Adelante, hágalo"».

El embajador de Reagan en Nicaragua, Anthony Quainton, llegó para hacerse cargo de su puesto el mismo día en que se daba el disparo de salida. «La guerra secreta se inició el 15 de marzo de 1982, cuando la CIA, utilizando a agentes nicaragüenses, voló los puentes que unían Nicaragua con Honduras —relataría el embajador—. Al bajar del avión con mi esposa, me encontré en medio de un fragor de *flashes* y micrófonos, mientras me preguntaban qué pensaba de los acontecimientos producidos aquella mañana, de la voladura de los

puentes, y de cómo ello podría afectar a las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y Nicaragua.

»A mí nadie me había dicho que tales acontecimientos iban a producirse aquel día —explicaría el embajador—. La CIA tenía su propio proceso de planificación.»[20]

La guerra secreta no fue secreta durante mucho tiempo.[21] El 21 de diciembre de 1982, el Congreso estadounidense aprobó una ley que obligaba a la CIA a atenerse estrictamente a su misión declarada de cortar el flujo de armas comunistas a Centroamérica, y se prohibió a la agencia emplear sus fondos para echar a los sandinistas. El presidente Reagan se aferró a la versión tapadera, manteniendo la ficción de que Estados Unidos no trataba de derribar al régimen nicaragüense y pronunciando palabras tranquilizadoras en una sesión conjunta del Congreso. Aquella era la primera vez que el bienamado presidente mentía al Congreso para proteger las operaciones encubiertas de la CIA, pero no sería la última.

«¡Al Congreso que le den!»

El Congreso le dio a Casey cientos de millones de dólares en nuevos fondos para el servicio clandestino durante sus primeros dos años en el poder. El gasto estadounidense en inteligencia, enterrado entre las cuentas del Pentágono, se disparó hasta superar los 30.000 millones de dólares, mientras que el propio presupuesto de la agencia pasó a superar los 3.000 millones. Ese dinero vino a sobrealimentar tanto las ambiciones de la CIA como el alcance de la acción encubierta.

Casey empleó parte de esa lluvia de millones en contratar a cerca de dos mil nuevos agentes para el servicio clandestino, deshaciendo así los recortes realizados durante los mandatos de Nixon, Ford y Carter. Los nuevos contratados todavía sabían menos del mundo que sus predecesores; era mucho menos probable que hubieran servido en el ejército o que hubieran vivido en el extranjero, y constituían una «prueba fehaciente de que la CIA había dejado de atraer a los más brillantes de entre los jóvenes estadounidenses —diría Clarridge—,

espías *yuppies* que se preocupaban más de su plan de pensiones y de las prestaciones de su seguro médico que de proteger la democracia». [22]

El Congreso respaldaba firmemente una CIA más grande, mejor, más fuerte y más inteligente,[23] pero no respaldaba una guerra en Centroamérica. Tampoco el pueblo estadounidense la apoyaba. Reagan jamás se tomó la molestia de explicar por qué aquella guerra era una buena idea. Ni tampoco la mayoría de los norteamericanos aprobarían a algunos de los aliados de la CIA: jefes de la guardia nacional de la dictadura nicaragüense, tropas de choque de la junta militar argentina, coroneles asesinos del ejército hondureño y jefes de los escuadrones de la muerte guatemaltecos.

En 1981, los poderes del Congreso estadounidense para supervisar a la CIA habían ido evolucionando poco a poco hasta convertirse en un sistema viable. Por entonces, se suponía que dos selectos comités de inteligencia, uno en el Senado y otro en la Cámara, recibían y revisaban los planes presidenciales de acción encubierta. Pero esos controles jamás supusieron un obstáculo para Casey; este «era culpable de despreciar al Congreso desde el día en que juró el cargo», según diría Bob Gates.[24] Cuando le llamaban a declarar, farfullaba de manera ininteligible, y a veces mentía descaradamente. «¡Espero que esos bastardos se porten!», declaró en cierta ocasión al salir de una audiencia.[25] El engaño fue descendiendo por toda la escala jerárquica desde el despacho del director. Muchos de los cargos directivos que trabajaban a las órdenes de Casey aprendieron el arte de testificar de maneras que resultaran «concretamente evasivas»,[26] en palabras de su jefe de la Fuerza Operativa de Centroamérica, Allen Fiers. Pero hubo otros que se resistieron. El almirante Inman dimitió de su puesto de subdirector de Casey al cabo de quince meses debido a que «le pillé mintiéndome en varias ocasiones».[27]

Las mentiras de Casey estaban destinadas a esquivar las restricciones legales, cada vez más severas. Si el Congreso no financiaba las operaciones de la CIA en Centroamérica, él daría un rodeo para saltarse la ley, buscando a financieros privados o a algún potentado extranjero que le diera el dinero.[28]

Pese al manifiesto desdén de Casey, los comités de inteligencia parlamentarios le dieron un gran poder al amparo de los denominados «fallos globales», autorizaciones firmadas por el presidente Reagan que incluían campañas de acción encubierta contra amenazas tanto reales como percibidas en cualquier parte del mundo.[29] Muchas de las operaciones de la CIA fueron concebidas por Casey como grandes diseños destinados a reforzar a un aliado de Estados Unidos o a desangrar a un enemigo suyo, pero al final se redujeron a proporcionar armas a determinados caudillos militares. Una de las primeras de tales operaciones se inició diez días después de que Casey tomara posesión de su cargo. Se prolongaría durante diez años.

Un fallo global de enero de 1981 ordenaba a la CIA que hiciera algo con respecto al dictador libio Muammar al-Gaddafi, que estaba haciendo la función de almacén de armas para diversos movimientos radicales de Europa y África. Con la idea de disponer de una base de operaciones contra Libia, la CIA se propuso controlar al gobierno de su vecino de al lado, el Chad, uno de los países más pobres y aislados de África. El agente encargado de la misión era Hissan Habré, ministro de Defensa del Chad, que había roto con su gobierno y se había ocultado en la parte occidental de Sudán junto con unos dos mil combatientes. «Empezó a llegar ayuda estadounidense como resultado de una decisión de Casey —diría el embajador Don Norland, el diplomático estadounidense de mayor rango acreditado en el Chad al comienzo de la era Reagan—. La CIA estaba profundamente implicada en toda la operación. Habré recibía ayuda tanto de manera directa como indirecta.»[30]

La política exterior oficial de Estados Unidos era la de fomentar una resolución pacífica de la lucha de facciones que dividía al Chad.[31] Habré había cometido incontables atrocidades contra su propio pueblo, y solo era capaz de gobernar por la fuerza bruta. La CIA, que sabía poco de él y de su historia, le ayudó a hacerse con el control del país en 1982. Le apoyó solo porque era enemigo de Gaddafi.

Los aviones de transporte de la CIA llevaron las armas al norte de África en envíos coordinados por el Consejo de Seguridad Nacional. Aquella gran operación encubierta fue la primera en la que un joven

teniente coronel del Consejo de Seguridad Nacional llamado Oliver North atrajo la atención de Bill Casey. David Blakemore, un asesor militar de la operación chadiana, recibió una llamada urgente de North un viernes por la noche de finales de 1981.

«Me preguntó qué retraso había en la entrega del equipamiento al Chad. Quería verlo moverse de inmediato. Yo le dije: “Bueno, coronel North, la cosa va bien. Hemos notificado al Congreso y tenemos que esperar unos días, y luego empezaremos a moverlo. Nos hacemos cargo de la urgencia”.

»La respuesta de North fue: “¡Al Congreso que le den! Envíenlo de inmediato”. Y eso fue lo que hicimos.»[32]

Miles de personas murieron mientras Habré y sus fuerzas luchaban por el control del Chad. Cuando la lucha se intensificó, la agencia le suministró misiles Stinger, la mejor arma antiaérea portátil del mundo. El embajador Norland declararía que a Estados Unidos le costó «quizá 500 millones de dólares llevarle al poder y mantenerle allí durante ocho años». Para él, el apoyo estadounidense al Chad —la política de Casey— fue «una torpe decisión». Pero pocos estadounidense habían oído hablar siquiera de aquel país, y a muchos menos aún les importaba su suerte. Pocos sabían entonces que durante toda la década de 1980, Habré, el aliado de la CIA, estuvo recibiendo el apoyo de Saddam Hussein.

En 1991, en vísperas de la guerra del Golfo contra Irak, la CIA se enteró de que alrededor de una docena de los Stinger que había enviado al Chad habían desaparecido y era muy posible que estuvieran en manos de Saddam. Cuando el secretario de Estado, James A. Baker III, se enteró de ello, se quedó estupefacto. Baker era el jefe de estado mayor de la Casa Blanca cuando se inició la operación encubierta, pero luego había perdido la pista de la operación. De modo que no pudo por menos que preguntarse en voz alta: «¿Y para qué demonios le dimos misiles al Chad?».[33]

«Algún día Estados Unidos no estará ahí»

La misión de tráfico de armas más importante de la CIA fue la ruta global que estableció para hacérselas llegar a los muyahidines, los combatientes de la guerra santa de Afganistán, que luchaban contra un ejército soviético de ocupación de ciento diez mil hombres.[34] La operación se inició durante el mandato de Jimmy Carter, en enero de 1980. Como era una idea de Carter, Casey no la suscribió plenamente, o al menos no en un primer momento. Pero pronto vio la oportunidad al alcance de la mano.

«Yo fui el primer jefe de base enviado al extranjero con esta maravillosa orden: "Ve a matar soldados soviéticos" —diría Howard Hart, que llegó a Pakistán como jefe de base en 1981—. ¡Imagíneselo! Me encantaba.» Sería un noble objetivo, pero desde luego la misión no era liberar Afganistán. Nadie creía que los afganos pudieran acabar ganando.

Desde el primer momento, los saudíes igualaron el apoyo de la CIA a los rebeldes, dólar a dólar. Los chinos enviaron armas por un valor de varios millones de dólares, y lo mismo hicieron los egipcios y los ingleses. La CIA coordinaba los envíos, y Hart se los hacía llegar a la inteligencia pakistaní. Los pakistaníes, a su vez, se quedaban con una buena parte antes de entregárselos a los líderes políticos exiliados de la resistencia afgana en Peshawar, al este del paso de Jyber, y luego los líderes rebeldes se quedaban también con su parte antes de que las armas llegaran siquiera a Afganistán.

«No es que quisiéramos decirles a los rebeldes cómo tenían que librar la guerra —diría John McMahon—. Pero cuando vimos algunos de los éxitos soviéticos contra los muyahidines, me convencí de que todas las armas que les habíamos proporcionado no habían llegado a manos de los tiradores afganos.» De modo que se fue a Pakistán y convocó una reunión de los siete líderes de los grupos rebeldes afganos, un grupo de lo más variado, que abarcaba desde exiliados en Pakistán calzados con mocasines hasta toscos e incultos habitantes de las montañas. «Les dije que me preocupaba que estuvieran quedándose las armas, y que o bien las guardaban para más adelante, o bien, les dije, "Dios no lo quiera, las están vendiendo". Ellos rieron, y luego me dijeron: "Tiene toda la razón. Nos estamos quedando algunas armas,

porque algún día Estados Unidos no estará ahí, y nos quedaremos solos para llevar a cabo nuestra lucha”.»

Los jefes de la inteligencia pakistaní que distribuían las armas y el dinero de la CIA favorecían a las facciones afganas que se revelaban más capaces en la batalla. Pero casualmente dichas facciones también eran las más islamistas. Nadie imaginaba siquiera la posibilidad de que aquellos guerreros santos dirigieran algún día su *yihad* contra Estados Unidos.

«En la acción encubierta —diría McMahon—, uno siempre tiene que pensar en el final de la partida antes de empezarla. Y nosotros no siempre lo hicimos.»[35]

«Un plan brillante»

En mayo de 1981, los soviéticos sopesaron la retórica y las realidades de la administración Reagan, y empezaron a temer un ataque sorpresa por parte de Estados Unidos. Declararon entonces una alerta nuclear que duraría dos años. Las dos superpotencias estuvieron muy cerca de enfrentarse en una guerra nuclear sin que la CIA llegara siquiera a enterarse de ello, según concluiría Bob Gates una década después. «Entonces no captábamos la creciente desesperación de los hombres del Kremlin ... lo pedestres, aislados y egocéntricos que eran; lo paranoides y temerosos que eran», añadiría Gates, el principal analista de temas soviéticos de la CIA y el mayor defensor de la actuación de la agencia en ese campo.[36]

Si los soviéticos hubieran intervenido la conversación privada que mantuvieron aquel verano el presidente francés François Mitterrand y el estadounidense Reagan, podrían haber tenido buenas razones para mostrarse temerosos.

En julio de 1981, Mitterrand se llevó a Reagan aparte en una cumbre económica celebrada en Ottawa. Los traductores que trabajaban también como espías hicieron correr la voz: la inteligencia francesa estaba en contacto con un disidente de la KGB, el coronel Vladímir Vetrov, y Mitterrand creía que Estados Unidos debía echar

un vistazo a su trabajo. El expediente, que recibía el nombre clave de Dosier del Adiós, se entregó al vicepresidente Bush y a Bill Casey. El personal del Consejo de Seguridad Nacional y la CIA necesitaron seis meses para asimilar su contenido. Para entonces, Vetrov había enloquecido y había matado a otro agente de la KGB, después de lo cual fue detenido, interrogado y ejecutado.

El Dosier del Adiós contenía cuatro mil documentos en los que se detallaba el trabajo de toda una década realizado por una unidad perteneciente a la dirección de ciencia y tecnología de la KGB.[37] Dicha unidad recibía el nombre de Línea X. Trabajaba en colaboración con todos los grandes servicios de inteligencia de Europa del Este, y había robado toda una serie de conocimientos técnicos estadounidenses, especialmente *software*, un campo en el que por entonces Estados Unidos llevaba diez años de ventaja a la Unión Soviética. Los esfuerzos de la KGB en el robo de tecnología abarcaban desde las más insulsas ferias comerciales internacionales hasta el espectacular acoplamiento de las naves espaciales *Apolo* y *Soyuz* en 1975.

El dosier contenía indicios de que los rusos habían clonado *software* estadounidense para sistemas de radares aerotransportados. Daba idea de las ambiciones de los diseñadores militares soviéticos en cuanto a la consecución de una nueva generación de aviones militares y el objetivo siempre escurridizo de una defensa contra misiles balísticos. Identificaba a montones de agentes de la inteligencia soviética asignados al robo de tecnología norteamericana tanto en Estados Unidos como en Europa occidental.

Estados Unidos contraatacó. «Era un plan brillante —diría Richard V. Allen, primer asesor de seguridad nacional de Reagan, cuyo personal lo diseñó—. Lo pusimos en marcha suministrando a los soviéticos mala tecnología, mala tecnología informática, mala tecnología de prospección petrolífera. Les suministramos un montón, les dejamos robar todo lo que les apetecía.»[38] Haciéndose pasar por traidores empleados del complejo militar-industrial estadounidense, varios agentes del FBI enviaron toda una serie de caballos de Troya tecnológicos a los espías soviéticos. Eran bombas de relojería entre las

que se incluían chips de ordenador para sistemas de armamento, un proyecto de lanzadera espacial, diseños de ingeniería de plantas químicas y turbinas de última generación.

Los rusos trataban de construir un gaseoducto para transportar gas natural desde Siberia hasta Europa del Este. Necesitaban ordenadores para controlar los indicadores de presión y las válvulas. Primero buscaron el *software* en el mercado abierto estadounidense. Washington rechazó la petición, pero apuntó sutilmente a cierta compañía canadiense que podría tener lo que quería Moscú. Entonces los soviéticos enviaron a un agente de Línea X a que robara el *software*, mientras la CIA y los canadienses se ponían de acuerdo para dejar que lo hicieran. Durante unos meses, el *software* funcionó a las mil maravillas. Pero luego, poco a poco, empezó a dejar que la presión en el gaseoducto se disparara. La explosión, en el agreste territorio siberiano, le costó a Moscú millones que apenas podía permitirse gastar.

El silencioso ataque a los programas de ingeniería militar y pública de la Unión Soviética duró todo un año. Más tarde, Casey lo coronó enviando a John McMahon a Europa occidental para entregar a los servicios de inteligencia aliados las identidades de unos doscientos agentes soviéticos infiltrados que aparecían en el Dosier del Adiós.

La operación empleó casi todas las armas del arsenal de la CIA —guerra psicológica, sabotaje, guerra económica, engaño estratégico, contraespionaje, guerra cibernética...—, y todo ello en colaboración con el Consejo de Seguridad Nacional, el Pentágono y el FBI. Destruyó un vigoroso equipo de espionaje ruso, dañó la economía de la Unión Soviética y desestabilizó al Estado soviético. Fue un éxito aplastante. De haber sido al revés, posiblemente se habría considerado un acto de terrorismo.

34

«De un modo peligroso»

Durante más de una década, los terroristas habían estado secuestrando aviones, tomando rehenes y matando a embajadores estadounidenses. Pero ni la CIA ni ninguna otra rama del gobierno norteamericano tenía una idea clara acerca de qué hacer al respecto.

El último sábado de enero de 1981, Anthony Quainton, que por entonces todavía era el coordinador de la lucha antiterrorista en el gobierno, recibió una llamada telefónica urgente del secretario de Estado Haig: el lunes, a la una en punto, Quainton había de informar a la Casa Blanca sobre su trabajo: «Le facilité la información al presidente, a quien luego se le unieron el vicepresidente, el jefe de la CIA, el jefe del FBI y varios miembros del Consejo de Seguridad Nacional —explicaría posteriormente el embajador Quainton—. Tras tomarse un par de gominolas, el presidente se quedó dormido. Aquello solo ya resultaba bastante desconcertante».[1]

Esa misma semana, Haig anunció que el terrorismo internacional reemplazaría los derechos humanos como la prioridad número uno para Estados Unidos. Poco después proclamaba que los soviéticos estaban dirigiendo en secreto el trabajo sucio de los peores terroristas del mundo.[2] Y luego le pidió a la CIA que probara aquella audaz afirmación. En privado, Casey estaba de acuerdo con Haig, pero no tenía datos con los que demostrar su argumento. Los analistas de la CIA no podían proporcionárselos por muy suelta que tuviera la lengua su jefe. Bajo aquella presión, la CIA elaboró un engaño: una serie de conclusiones de Casey superpuestas precariamente a un análisis que no las respaldaba. El intento de echarle la culpa de todo al Kremlin representaba la incapacidad de comprender la verdadera naturaleza del terrorismo en Oriente Próximo.

Antaño la CIA había contado con una fuente excepcionalmente bien

situada, Alí Hassan Salameh, jefe de inteligencia de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y cómplice del asesinato de once atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich, en 1972.[3] La información que ofrecía representaba una rama de olivo tendida hacia Estados Unidos por el presidente de la OLP, Yasir Arafat. Su agente de enlace era Bob Ames, que recorría las calles de Beirut antes de ascender a subjefe de la división de Oriente Próximo del servicio clandestino.[4] Desde finales de 1973, Salameh y Ames negociaron un acuerdo por el que la OLP no atacaría a estadounidenses. Durante cuatro años, ambos compartieron información de inteligencia sobre sus enemigos mutuos en el mundo árabe. En ese tiempo, la información de la que dispuso la CIA sobre el terrorismo en Oriente Próximo fue la mejor que había tenido nunca y que volvería a tener jamás. Revelaba que se entendía perfectamente el hecho de que el terrorismo era algo que trascendía el patrocinio de un estado en concreto, y que sus raíces se hallaban en la rabia de los desposeídos. En abril de 1976, un estudio de la CIA concluía que «la tendencia del futuro» era «el desarrollo de una compleja base de apoyo de la actividad terrorista transnacional que es en gran medida independiente de (y bastante resistente a dejarse controlar por) el sistema internacional centrado en el estado».[5]

Esta línea de pensamiento desaparecería de los informes de la CIA a partir de 1978, cuando la inteligencia israelí asesinó a Salameh en represalia por lo de Múnich. Y no volvería a aparecer durante toda una generación. Así, cuando el presidente Reagan tomó posesión de su cargo, la CIA no tenía casi ninguna buena fuente de información sobre terrorismo en Oriente Próximo.

«Demasiada poca información de inteligencia para tan largo tiempo»

El viernes 16 de julio de 1982, el mismo día en que juraba su cargo como secretario de Estado, George Shultz hubo de afrontar una crisis internacional en el Líbano. La segunda llamada telefónica que hizo aquel día desde su nuevo despacho fue a Bob Ames, que se había

convertido en el principal analista de la CIA sobre el mundo árabe.

Ames era el agente de la CIA más influyente de su generación, un hombre «de un talento único», en palabras de Bob Gates. Alto, apuesto y aficionado a las botas de *cowboy* hechas a mano, trataba personalmente con Arafat, el rey Hussein de Jordania y los líderes del Líbano. Entre los agentes que reclutó se contaba uno de los hombres fuertes de la política de Beirut llamado Bashir Gemayel, un cristiano maronita que constituía la fuente de información de más alto nivel que tenía la agencia en el Líbano.

La red maronita de la CIA representaba una fuerza predominante en Beirut. Pero la dependencia que tenía la agencia con respecto a ella le impedía ver hasta qué punto la mayoría de los libaneses despreciaban el poder de la minoría maronita. Aquella ira fue una de las principales causas de la guerra civil que desgarró al país y abrió el camino a la invasión israelí en junio de 1982.

En agosto, el país se desmoronaba: musulmanes contra cristianos, musulmanes contra musulmanes... Gemayel, con el fuerte respaldo de Estados Unidos y de Israel, fue elegido presidente por el Parlamento libanés. La CIA volvía a contar con un líder nacional en su nómina. Gemayel garantizó personalmente a la agencia que los estadounidenses estarían seguros en el Líbano una vez que las fuerzas armadas de la OLP fueran evacuadas y que Israel pusiera fin a su brutal bombardeo de Beirut.

El primero de septiembre, el presidente Reagan anunció una gran estrategia para transformar Oriente Próximo, y que había sido elaborada en secreto por un pequeño equipo que incluía a Bob Ames. Su éxito dependía de una convergencia armónica en la que Israel, el Líbano, Siria, Jordania y la OLP cooperaran bajo el mando de Estados Unidos. El plan duró quince días.

El 14 de septiembre, el presidente Gemayel murió asesinado cuando una bomba destruyó su cuartel general. En represalia, los aliados maronitas de la CIA, instigados por las tropas israelíes, mataron a unos setecientos refugiados palestinos que vivían hacinados en los suburbios de Beirut. Mujeres y niños fueron enterrados bajo montones de escombros. A raíz de estos asesinatos y de la indignación que

engendraron, el presidente Reagan envió a un contingente de marines estadounidenses para que mantuvieran la paz. Pero lo cierto es que no había ninguna paz que mantener.

Al tiempo que los marines desembarcaban, «la gente de la agencia estaba atareada tratando de reconstruir algunas de sus redes ahora desmembradas —diría Robert S. Dillon, el embajador estadounidense en el Líbano—. Seguían relacionados —probablemente de una manera peligrosa— con los maronitas».[6]

Mientras la CIA luchaba por su reconstrucción en Beirut, no supo ver una nueva fuerza que surgía de entre los escombros. Un asesino llamado Imad Mugniyah, jefe del violento grupo terrorista denominado Hezbolá, o el Partido de Dios, estaba reuniendo dinero y explosivos y entrenando a sus matones para llevar a cabo una serie de atentados y secuestros que dejarían paralizado a Estados Unidos durante los años venideros. Mugniyah actuaba a las órdenes de Teherán, donde el ayatolá Jomeini estaba creando una Oficina de Movimientos de Liberación a fin de potenciar su visión mesiánica consistente en conquistar Irak, apoderarse del lugar sagrado de Karbala y luego marchar a través del Jordán hasta Jerusalén.

Hoy el nombre de Mugniyah casi ha sido olvidado, pero lo cierto es que fue el Osama Bin Laden de la década de 1980, la representación del ceñudo rostro del terror; y en el momento de redactar estas líneas todavía sigue siéndolo en cierta medida.

El domingo 17 de abril de 1983, Bob Ames viajó a Beirut, se detuvo en la embajada estadounidense al salir del aeropuerto, y luego se fue a cenar con otros tres agentes a casa de Jim Lewis, el subjefe de base, que había logrado sobrevivir un año entero en el Hanoi Hilton tras ser capturado en Laos quince años antes.

Ames había estado cinco años ausente de Beirut. «Estaba eufórico por volver», diría Susan Morgan, una agente de la CIA que aquel domingo por la noche también se sentaba a aquella mesa.[7] Había vuelto para tratar de recuperar lo que la agencia había perdido con el asesinato de Gemayel.

El lunes por la mañana, Ames llamó a Morgan y la invitó a cenar aquella noche en el hotel Mayflower. Luego Morgan partió rumbo a

Sidón, al sur de Beirut, donde tenía una comida. Mientras daban cuenta de los platos, su anfitriona le contó que por la radio habían dado una noticia sobre una explosión en la embajada estadounidense. Aturdida, Morgan se dirigió de nuevo a Beirut, fijándose apenas en las aldeas en ruinas que la rodeaban, destruidas durante el ataque del ejército israelí. Tras atravesar un cordón policial en la Corniche para llegar a la embajada, se encontró con que esta había sido destruida. Ames y sus colegas habían muerto al instante a consecuencia de la onda explosiva, y habían quedado sepultados bajo un montón de piedra, acero y cenizas. Cuando lo encontraron bajo los escombros eran las dos y media de la madrugada. Morgan pudo recuperar su pasaporte, su cartera y su anillo de boda.

Murieron 63 personas, entre ellas 17 estadounidenses, incluyendo al jefe de la base de Beirut, Ken Haas, un veterano de la base de Teherán, a su adjunto, Jim Lewis, y a una secretaria de la CIA, Phyllis Filatchy, que se había curtido tras varios años en las provincias de Vietnam del Sur. En total murieron siete agentes de la CIA y personal de apoyo, en el que sería el día más mortífero en toda la historia de la agencia. La explosión fue obra de Imad Mugniyah, respaldado por Irán.

La destrucción de la base de Beirut y la muerte de Robert Ames pusieron fin a la capacidad de la agencia para recabar información tanto en el Líbano como en una gran parte de Oriente Próximo, «dejándonos a partir de entonces con demasiada poca información de inteligencia para tan largo tiempo —en palabras de Sam Lewis, por entonces embajador estadounidense en Israel—. Nos hizo sumamente dependientes de la inteligencia israelí».[8] Durante el resto de la guerra fría, la CIA habría de ver la amenaza islámica en Oriente Próximo a través del prisma de Israel.

Beirut se había convertido en un campo de batalla para Estados Unidos. Pero los informes de la CIA, ahora desprovista de fuentes de información, no tenían impacto alguno. Los marines estadounidenses hacían causa común con los cristianos, los aviones estadounidenses lanzaban bombas sobre los musulmanes y los barcos estadounidenses arrojaban obuses de una tonelada sobre las colinas del Líbano sin saber dónde caían. La Casa Blanca había entrado en guerra en Oriente

Próximo sin tener idea de dónde se metía.

El 23 de octubre de 1983, los terroristas de Mugniyah introdujeron un camión bomba en el cuartel estadounidense del Aeropuerto Internacional de Beirut y mataron a 241 marines. Se calculó que la explosión alcanzó una potencia de un kilotón, la medida empleada en las armas nucleares tácticas.

«Operando prácticamente a ciegas»

Treinta y seis horas después de destruir el cuartel, mientras en Beirut todavía se contaban los muertos y heridos, la Casa Blanca, el Pentágono y la CIA desviaban la atención de Estados Unidos hacia una fea y pequeña insurgencia marxista en Granada, una diminuta isla del Caribe en la que pululaban los miembros de una brigada cubana de obreros de la construcción militares. El líder de la isla, Maurice Bishop, había sido asesinado en medio de una lucha por el poder, y aquella muerte proporcionó «una excusa para arreglar el problema», en palabras de Duane Clarridge, jefe de la división de Latinoamérica de la agencia y uno de los tres principales planificadores de la invasión de Granada.

«Nuestra información de inteligencia sobre Granada era pésima —diría Clarridge—. Estábamos operando prácticamente a ciegas.»[9] Aquello vino a contribuir a la confusión de una operación en la que murieron 19 estadounidenses y al menos 21 pacientes de un hospital mental fallecieron a consecuencia de un bombardeo aéreo norteamericano.

La CIA organizó su papel en la invasión desde un hotel de Barbados. El adjunto de Clarridge le entregó la propuesta de la agencia para un nuevo gobierno en Granada a su colega del Departamento de Estado, Tony Gillespie. «La CIA tenía un plan para formar un gobierno —recordaría Gillespie más tarde—. Se trataba de una lista de alto secreto que incluía toda clase de términos en clave.»[10] Él la transmitió de inmediato a los diplomáticos estadounidenses más experimentados de la región. «Ellos la miraban y se llevaban las

manos a la cabeza. Decían: “Esas son algunas de las peores gentes de todo el Caribe. Más vale no tenerlas cerca de esta isla”.» La lista incluía a «los peores canallas … narcotraficantes y ladrones». Pero aquellos truhanes eran las fuentes a sueldo de la CIA. Al igual que Allen Dulles había juzgado el valor del trabajo de sus analistas por el peso de sus informes, ahora sus sucesores evaluaban el valor de la información secreta en virtud de su coste. Aquella era la norma en Beirut, en Barbados y en todo el mundo.

Las buenas vibraciones que resonaron tras las liberación de Granada se habían desvanecido ya para cuando el último de los marines estadounidenses abandonó Beirut el 26 de febrero de 1984, después de que su frustrado despliegue se viera condenado al fracaso debido a una falta casi total de información de inteligencia. La misión había dejado 260 soldados y espías estadounidenses muertos, y el control en manos de los enemigos de Estados Unidos.

Casey había removido cielo y tierra para encontrar a un nuevo jefe de base con el suficiente coraje como para restaurar los ojos de la CIA en el Líbano. El único candidato era un agente experimentado pero algo entrado en años, Bill Buckley, que ya había estado destinado en Beirut y cuya tapadera había quedado al descubierto. Casey decidió que valía la pena correr el riesgo de enviarle allí de nuevo.

Dieciocho días después de que el último de los marines abandonara el Líbano, Buckley fue secuestrado cuando se dirigía a su trabajo. Ahora estaba en manos del enemigo.

35

«Corría un gran riesgo»

La agencia tenía cierta experiencia con rehenes: uno de sus agentes acababa de ser liberado después de cuarenta días de duro cautiverio.

Timothy Wells, un veterano de Vietnam herido en combate, de treinta y cuatro años de edad, había sido enviado a la capital etíope, Addis Abeba, en 1983. El país estaba controlado entonces por el dictador marxista Hailé Mengistu, cuya guardia palaciega, proporcionada por Moscú, estaba dirigida por agentes de la inteligencia germano-oriental. Wells estaba en su segundo destino por cuenta de la CIA, y su tarea consistía en crear una revuelta política. «Había un fallo presidencial firmado por Ronald Reagan —diría Wells —. Era un mandato. Yo estaba allí para ayudar a derrocar al maldito gobierno.»[1]

Diez años antes, Wells era guardiamarina en la embajada de Estados Unidos en Jartum cuando unos pistoleros palestinos tomaron como rehenes al embajador y al encargado de negocios saliente en una recepción. Sin pensárselo dos veces, el presidente Nixon hizo una declaración afirmando que no haría concesiones. Por su parte, el presidente de la OLP, Yasir Arafat, respondió dando luz verde al asesinato de los dos estadounidenses. La angustiosa experiencia cambió la vida de Wells. Este regresó a Estados Unidos, volvió a la universidad y luego se incorporó a la CIA. Realizó dieciocho meses de entrenamiento en el servicio clandestino y luego llegó a Etiopía después de un destino de dos años en Uganda. Se le adscribió al mando del Departamento de Estado bajo la tapadera de agente comercial. Por entonces Estados Unidos apenas tenía comercio con Etiopía, ya que Mengistu formaba parte de la lista de los más buscados por la Casa Blanca.

Durante el mandato del presidente Carter, la CIA tenía un

minúsculo proyecto de acción encubierta que consistía en el apoyo financiero a un grupo de exiliados denominado Alianza Democrática Popular de Etiopía. Bajo el mandato de Reagan, el programa se convirtió en un asunto multimillonario donde todo valía. Wells heredó una red de intelectuales, profesores y empresarios etíopes de los que sospechaba que habían sido infiltrados por las fuerzas de seguridad de Mengistu. Su misión consistía en garantizarles un constante suministro de dinero y de propaganda escrita por un ex ministro de Defensa etíope, ahora exiliado, que trabajaba para la agencia. Los carteles, panfletos y pegatinas llegaban en valija diplomática a la embajada, donde el personal de la CIA superaba al del Departamento de Estado por una proporción de dos a uno.

Wells era consciente de que le estaban siguiendo la pista. Pero siguió adelante. «Me sorprende que tardaran tanto tiempo en cogerme», diría posteriormente.

El 20 de diciembre de 1983, los matones de Mengistu irrumpieron en una reunión que celebraba Wells en una casa situada en un barrio de clase media-alta, y arrestaron a tres líderes de la oposición: un ayudante de setenta y ocho años del difunto emperador Hailé Selassié, un empresario de cincuenta años y su sobrino, un biólogo. Wells permaneció oculto durante dos días y dos noches en un armario donde se guardaba la propaganda, pero finalmente la guardia de Mengistu le encontró. Entonces ataron a Wells de pies y manos, llevaron a los tres disidentes de nuevo a la casa y empezaron a torturarlos. Al oír sus gritos, Wells confesó que era agente de la CIA. Luego sus captores le vendaron los ojos, le metieron en un coche y se lo llevaron de allí. El día de Nochebuena le trasladaron a un piso franco situado al sur de la ciudad, en un lugar llamado Nazret. Durante las cinco semanas siguientes fue interrogado y golpeado constantemente; le fracturaron el cráneo y le dislocaron los hombros.

Entonces, «para salvar su propio culo, ese norteamericano va y hace de soplón, delatando al resto de la organización», en palabras de Joseph P. O'Neill, subjefe de misión en la embajada estadounidense. [2] Como consecuencia de ello, un gran número de etíopes fueron encarcelados, torturados o asesinados.

Al final de las cinco semanas de tortura, los etíopes informaron a través de la embajada israelí en Nairobi de que tenían encarcelado a un agente de la CIA. En menos de veinticuatro horas, el presidente Reagan envió a su embajador especial, el general Vernon Walters, que en aquel momento se encontraba en África, a liberar a Wells.

El 3 de febrero de 1984, el ex subdirector de la central de inteligencia, de sesenta y siete años de edad y afligido por la gota, descendió torpemente de un avión en Addis Abeba, se metió en un coche y se dirigió a la embajada, respirando con dificultad el escaso aire de la ciudad, situada a 2.440 metros de altitud. «¿Qué va a decirle a Mengistu?», le preguntó O'Neill. Walters le respondió: «El presidente de Estados Unidos desea tener de regreso al señor Timothy Wells». No tenía ninguna intención de negociar.

Walters subió al palacio presidencial de Asmara, donde Mengistu le dio una clase de tres horas sobre la historia de Etiopía. Wells fue liberado al día siguiente. Su cabello se había vuelto gris. Había dado a sus captores las identidades de los otros cuatro miembros de la base de la CIA. «ELEMENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS COGIDOS CON LAS MANOS EN LA MASA», rezaban los titulares de primera página de la edición matutina del *Ethiopian Herald*, el periódico en lengua inglesa de la capital, junto a una foto en la que se veía a dieciocho etíopes aterrados ante una mesa llena de armas, panfletos y casetes. La mayoría de las personas que aparecían en la foto, si no todas, morirían más tarde en prisión.

Wells regresó a Washington en un avión de la compañía estadounidense Learjet. A su llegada, un equipo de agentes de la CIA esperaban en el aeropuerto. No hubo precisamente una fiesta de bienvenida, ya que sospechaban que les había traicionado. Se lo llevaron a un piso franco en las afueras de Virginia y le interrogaron durante seis semanas. «Si hubiera querido seguir cautivo, me habría quedado en Etiopía», les dijo Wells.

«Yo había deseado incorporarme a la agencia porque ellos cuidaban de los suyos —diría más tarde—. Pero ellos no cuidaron de mí de ningún modo ni manera. Creían que era un traidor por haber hablado. Me pedían que dimitiera. Aquello me resultaba muy doloroso.» Más de veinte años después, aquel dolor aún permanecería.

«La administración Reagan retomó una operación encubierta que se había iniciado a muy pequeña escala bajo el mandato de Carter y la convirtió en una actividad que había que realizar en el interior de Etiopía —diría David Korn, que era el encargado de negocios estadounidense en Addis Abeba cuando Wells fue hecho prisionero—. Aquello era algo que yo no creía que pudiera pasar desapercibido, y traté de detenerlo. Estaba seguro, dada la vigilancia que el gobierno etíope ejercía sobre nosotros, de que aquello se descubriría. Y así fue.»[3]

«¿QUÉ DEMONIOS DE AGENCIA DE INTELIGENCIA DIRIGEN USTEDES?»

El 7 de marzo de 1984, Jeremy Levin, jefe de la delegación de la CNN en Beirut, fue secuestrado. El 16 de marzo, Bill Buckley, el jefe de la base de la CIA, desapareció. El 8 de mayo, el reverendo Benjamin Weir, un misionero presbiteriano, se desvaneció de las calles de la ciudad. Durante los años de la administración Reagan en total hubo catorce estadounidenses que fueron capturados como rehenes en Beirut.

Sin embargo, la principal preocupación para Casey siempre fue Buckley, y no sin una buena razón, ya que el director era personalmente responsable de su situación. De modo que hizo escuchar al presidente Reagan una cinta de audio donde se oía cómo torturaban a Buckley. Aquello tuvo un profundo efecto, en todos los sentidos.

La CIA ideó como mínimo una docena de planes para liberar a Buckley, pero jamás logró disponer de la suficiente información de inteligencia como para llevarlos a cabo. En medio de su frustración, el servicio clandestino se propuso tratar de secuestrar a Imad Mugniyah. «El presidente había aprobado la recomendación del director de la central de inteligencia Casey de que se secuestrara a Mugniyah», diría el coordinador de la lucha antiterrorista del gobierno estadounidense, Robert Oakley.[4] La CIA creía que estaba en París. Alertados por la agencia, un equipo de agentes de la inteligencia francesa irrumpieron

en la habitación del hotel donde la CIA les había dicho que podían encontrarle. Pero donde se suponía que tenía que estar el terrorista libanés de veinticinco años de edad encontraron a un turista español de cincuenta.

Una de las numerosas fuentes de información que había cultivado la base de la CIA en París en nombre de la lucha antiterrorista era un estafador iraní llamado Manucher Ghorbanifar, un trapichero que había sido agente de la Savak, la policía secreta del sha. Gordo, algo calvo, con barba de chivo, elegantemente vestido y equipado con al menos tres pasaportes falsos, Ghorbanifar había huido de Irán tras la caída del antiguo régimen, y desde entonces había estado vendiendo información de dudoso valor a la CIA y a la inteligencia israelí. Ghorbanifar tenía fama de predecir los acontecimientos después de que se hubieran producido, y su información estaba cuidadosamente elaborada para proporcionarle dividendos. Cierto día, después de que Buckley fuera secuestrado, Ghorbanifar se reunió con varios agentes de la CIA en París y les dijo que tenía información con la que podrían liberarle. A continuación, la agencia le sometió tres veces a la prueba del detector de mentiras. La última de ellas falló en todas las respuestas salvo su propio nombre y nacionalidad. El 25 de julio de 1984, la CIA certificó oficialmente que Ghorbanifar era un consumado mentiroso —«un falsificador de información de inteligencia y una molestia»—, y emitió una inusual nota de alcance mundial sobre su nombre, una orden declarando que no decía la verdad y que no había que confiar en su palabra. Pese a ello, el 19 de noviembre de 1984, Ghorbanifar logró convencer al veterano agente de la CIA Ted Shackley para que se reuniera con él durante tres días en un hotel de cuatro estrellas de Hamburgo.

Tras un incansable y ambicioso ascenso hasta llegar a ser el segundo de a bordo del servicio clandestino, Shackley había sido obligado a retirarse por el almirante Turner cinco años antes, para gran alivio de algunos de sus colegas de la CIA, ya que su nombre se había convertido en sinónimo de deshonestidad profesional en la agencia. Ahora trabajaba como mediador de inteligencia privado; es decir, como vendedor de secretos al estilo de Ghorbanifar. En diversas

reuniones con exiliados iraníes se había presentado a sí mismo como emisario del presidente de Estados Unidos.

Shackley escuchó con interés mientras Ghorbanifar le exponía diversas maneras de liberar a los rehenes estadounidenses. Quizá podría ser un rescate secreto, directamente un pago en efectivo. O tal vez se podría sacar partido de la situación: Estados Unidos podía enviar misiles a Irán, utilizando una empresa comercial, denominada Star Line, que dirigía Ghorbanifar conjuntamente con el servicio de inteligencia israelí. La venta de armas generaría una predisposición favorable en Teherán, millones de dólares para los comerciantes privados implicados y una importante cantidad de dinero que se podía utilizar como rescate para liberar a Bill Buck ley y a los demás rehenes estadounidenses. Luego Shackley informó de aquella conversación al ubicuo Vernon Walters, quien a su vez se la transmitió al responsable de la lucha antiterrorista, Robert Oakley.

El 3 de diciembre de 1984, Peter Kilburn, un bibliotecario de la Universidad Estadounidense en Beirut, fue secuestrado. En Washington, las familias de los rehenes estadounidenses suplicaban a la Casa Blanca que hiciera algo. Sus ruegos conmocionaban al presidente, que le preguntaba a Casey constantemente qué estaba haciendo la CIA para liberarlos. «Reagan estaba preocupado por el destino de los rehenes y no podía entender por qué la CIA era incapaz de localizarlos y rescatarlos —diría Bob Gates—. Ejercía cada vez más y más presión sobre Casey para que los encontrara. Y la clase de presión que ejercía Reagan era difícil de resistir. No empleaba palabras gruesas ni críticas feroces, nada parecido al estilo de Johnson o de Nixon. Tan solo una mirada burlona, una mueca de dolor y luego el requerimiento —“Tenemos que sacarlos de allí”— repetido casi a diario, semana tras semana, mes tras mes, que contenía implícita la acusación: “¿Qué demonios de agencia de inteligencia dirigen ustedes si son incapaces de encontrar y rescatar a esos estadounidenses?”.»[5]

«Era de nuestra propia cosecha»

En diciembre de 1984, mientras Washington se preparaba para el segundo mandato de Reagan, la oferta de Ghorbanifar de facilitar un provechoso intercambio de armas por rehenes seguía en pie. Casey la mantenía viva, y aquel mismo mes propuso oficialmente que la CIA financiara su guerra en Centroamérica con dinero procedente del extranjero. Llevaba alrededor de medio año proponiendo la idea a la Casa Blanca.

En 1984, poco antes del día de las elecciones, el Congreso había declarado ilegal la financiación de la guerra con dinero estadounidense. Dos meteduras de pata del servicio clandestino habían propiciado aquel recorte. La primera fue el conocido como «fiasco del libro de cómics». Dado que Casey había agotado la pequeña reserva de la CIA de expertos paramilitares en Centroamérica, «la agencia tuvo que salir a buscar fuera y traerse a gente que pudiera librar la guerra por ella —diría el subdirector de la central de inteligencia, John McMahon—. Eso se hizo principalmente a través de miembros ya retirados de las fuerzas especiales que habían aprendido su oficio en Vietnam».[6] Uno de aquellos veteranos tenía un viejo libro de cómics que se había utilizado para enseñar a los campesinos vietnamitas cómo tomar una aldea matando al alcalde, al jefe de la policía y a los milicianos. La CIA lo tradujo al español y lo repartió entre los miembros de la Contra. El libro no tardó en hacerse público, y cuando eso sucedió, algunos altos cargos de la agencia creyeron que «alguien está realizando una acción encubierta contra nosotros —en palabras de McMahon—. Eso era absurdo. Resultó que era de nuestra propia cosecha». Casey envió sendas amonestaciones a cinco agentes veteranos de la CIA por lo del libro de cómics. Pero estos se negaron a aceptarlas. Su insubordinación quedó sin castigo alguno.

Luego vino lo de las minas. Con la idea de destruir lo que quedaba de la economía de Nicaragua, Casey había autorizado que se minara el puerto nicaragüense de Corinto, lo que constituía un acto de guerra. Había sido una idea de Duane Clarridge, nacida de la desesperación al ver que los fondos para la Contra empezaban a agotarse. Según relataría él mismo: «Yo estaba sentado en casa una noche —a decir verdad, con un vaso de ginebra en la mano— y me dije: ¿sabes qué?,

¡las minas tienen que ser la solución!».[7] La agencia las fabricó con materiales baratos, concretamente con tuberías de alcantarillado. Casey había notificado al Congreso estadounidense sobre lo de las minas con un murmullo apenas perceptible. Cuando el senador Barry Goldwater, presidente republicano del comité de inteligencia, armó la gorda por aquel asunto, los agentes de la CIA le difamaron calificándole de borracho atolondrado.

El Congreso, receloso ante las maneras de Casey, había prohibido específicamente a la agencia que pidiera fondos a terceros países para eludir la prohibición de ayudar a la Contra. A pesar de ello, Casey consiguió que Arabia Saudí pusiera 32 millones de dólares y Taiwán otros 2 millones, todo ello canalizado a través de una cuenta en un banco suizo controlada por la agencia. Pero aquella no era más que una solución provisional.

En enero de 1985, en los comienzos de la segunda administración Reagan, el director se enfrentó a dos requerimientos urgentes por parte del presidente: libere a los rehenes y salve a la Contra. Y ambas misiones se mezclaron en su mente.

Casey veía la vida como una empresa. Creía que, en última instancia, la política, la diplomacia y la inteligencia no eran más que cuestión de negocios. Y descubrió que la crisis de los rehenes y la falta de dinero para la Contra podían resolverse por medio de una gran negociación con Irán. El director habría preferido dirigir él mismo la operación iraní, pero se enfrentaba a la oposición universal de su servicio clandestino frente a la idea de trabajar con el notorio Manucher Ghorbanifar, y el hecho es que la CIA no disponía de ningún otro canal en Irán. A Casey le habría gustado también salvar por sí solo a la Contra, pero la agencia tenía prohibido proporcionarle asistencia directa. Su solución fue dirigir ambas operaciones fuera del ámbito del gobierno estadounidense.

Ideó entonces lo que él creía que sería la operación encubierta definitiva. Esta duró menos de dos años desde su concepción hasta su destrucción, y estuvo peligrosamente cerca de causar la ruina del presidente Reagan, del vicepresidente Bush y de la propia agencia.

«Corría un gran riesgo —reflexionaría Bob Gates—, y estaba

poniendo en peligro al presidente, a sí mismo y a la CIA.»[8]

36

«Un estafador de estafadores»

El 14 de junio de 1985, Hezbolá, el Partido de Dios, secuestró el vuelo 847 de la TWA que había despegado de Atenas y se dirigía a Roma y luego a Nueva York. Se llevaron el avión a Beirut, arrancaron de su asiento a un buzo de la marina estadounidense que viajaba en el vuelo, le pegaron un tiro en la cabeza y luego lanzaron su cuerpo sobre la pista, no lejos del lugar donde veinte meses antes habían muerto cientos de marines en sus cuarteles.

Los secuestradores pedían la liberación de 17 terroristas encarcelados en Kuwait —uno de los cuales era el cuñado de Mugniyah— y de 766 prisioneros libaneses retenidos por Israel. El presidente Reagan presionó privadamente a este país, y trescientos de los prisioneros fueron liberados. A instancias de la Casa Blanca, Alí Akbar Hashemi Rafsanjani, a la sazón presidente del Parlamento iraní, ayudó a negociar el fin del secuestro.

La terrible experiencia enseñó una lección a Casey: Reagan estaba dispuesto a negociar con los terroristas.

Aquella misma semana, el trapichero iraní Manucher Ghorbanifar transmitió un mensaje al director a través de un traficante de armas iraní-americano que era pariente de Rafsanjani. Se trataba de una estimulante noticia: los rehenes estaban en poder de Hezbolá; dado que Irán controlaba a esta organización, un acuerdo de compraventa de armamento con Irán podía liberar a los estadounidenses.

Casey explicó minuciosamente la propuesta al presidente. El 18 de julio de 1985, Reagan escribía en su diario: «Podría ser un gran avance traer de vuelta a nuestros siete secuestrados».[1] El 3 de agosto, el presidente le dio a Casey la aprobación oficial para llegar a un acuerdo.

Con aquel visto bueno, los israelíes y Ghorbanifar enviaron a

Teherán dos cargamentos que contenían un total de 504 misiles estadounidenses TOW. Los iraníes pagaron alrededor de 10.000 dólares por misil, el intermediario se llevó un modesto beneficio y la Guardia Revolucionaria iraní se quedó con las armas. El 15 de septiembre, unas horas después de que llegara el segundo envío, el reverendo Benjamin Weir fue liberado después de dieciséis meses de cautiverio.

Dos pilares de la política exterior de Reagan —nada de negociar con terroristas y nada de armas para Irán— acababan de derrumbarse en secreto.

Tres semanas después, Ghorbanifar informó de que los seis rehenes que quedaban podían ser liberados a cambio de varios miles de misiles antiaéreos estadounidenses HAWK. El precio no paraba de subir: trescientos, cuatrocientos, quinientos misiles por cada vida… El 14 de noviembre, Casey y McMahon se reunieron con el asesor de seguridad nacional, Robert McFarlane, y su adjunto, el almirante John Poindexter. Los cuatro creían que Israel entregaría las armas estadounidenses a una facción del ejército iraní que quería derrocar al ayatolá Jomeini. Pero aquello no era más que una mentira, una cortina de humo creada por Ghorbanifar y sus secuaces israelíes, que pretendían ganar millones con la operación; cuantas más armas entregaran, más beneficios se embolsarían. Para vigilar a los intermediaros, Casey eligió como representante de la CIA a Richard Secord, un general estadounidense ya retirado y reconvertido en traficante de armas por cuenta propia. Secord había sido un soldado leal en el esfuerzo clandestino global por armar y financiar a la Contra a espaldas del Congreso. Su trabajo consistía en asegurarse de que una parte de los beneficios fuera a parar a las manos apropiadas.

«En realidad no merece la pena»

Poco después de las tres de la madrugada del 22 de noviembre de 1985, a Duane Clarridge, por entonces jefe de la división europea del servicio clandestino, le despertó una insistente llamada telefónica del

teniente coronel Oliver North. Una hora después, los dos hombres se reunían en el sexto piso del cuartel general de la CIA.

El envío de los HAWK a Irán se estaba convirtiendo en un auténtico desastre. Los israelíes habían metido ochocientos misiles tecnológicamente obsoletos en un 747 de la compañía El Al. La idea era que los propios israelíes transportaran las armas a Lisboa y que de allí se transfirieran a un avión de carga nigeriano fletado por Secord, que las llevaría a Teherán. Pero nadie se había encargado de obtener el permiso de aterrizaje en Lisboa del avión israelí, que en aquel momento se encontraba en algún lugar por encima del Mediterráneo.

North le dijo que el avión iba cargado con equipamiento de prospección petrolífera destinado a Irán, y le pidió a Clarridge si le haría el favor de remover cielo y tierra para lograr que pudiera aterrizar en Portugal. Aquello le dio a Clarridge, que ni era un necio ni un fanático de las normas, un momento de respiro. No importaba que a bordo del avión hubiera equipo de prospección, biberones o bazucas, observó. Enviar cualquier cosa a los iraníes iba contra la ley y contra la política exterior de Estados Unidos. Pero North le aseguró que el presidente había levantado el embargo y había aprobado un acuerdo secreto para liberar a los rehenes.

Clarridge dedicó todo el fin de semana a resolver el problema. Se anuló un vuelo y luego otro. Finalmente consiguió un 707 de la CIA en Frankfurt. El avión, que era más pequeño, logró llevar una parte del cargamento —dieciocho misiles HAWK— de Tel Aviv a Teherán y entregárselo a los iraníes el lunes 25 de noviembre. El gobierno iraní no se mostró muy contento ni con el número ni con la cantidad de los obsoletos misiles; por no hablar de su rotulación hebrea.

Pero nadie estaba menos contento que el subdirector de la central de inteligencia, John McMahon, que llegó a su trabajo el lunes a las siete de la mañana para descubrir que la CIA había quebrantado la ley. Solo unas semanas antes, McMahon había abortado un intento por parte de la dirección del Consejo de Seguridad Nacional de violar la prohibición presidencial de cometer asesinatos políticos. «Recibimos un borrador de una orden ejecutiva secreta indicándonos que nos pusiéramos a eliminar terroristas en ataques preventivos —recordaría

posteriormente McMahon—. Yo le dije a nuestra gente que la devolviera y que les dijera: “Cuando el presidente revoque la orden ejecutiva que impide cometer asesinatos a la CIA, nosotros cumpliremos esta”. Eso fastidió a los chicos de la dirección del NSC, que se subieron por las paredes.»[2]

El vuelo del 707 de la CIA era una acción encubierta que requería un fallo presidencial, es decir, una orden firmada por el presidente. McMahon sabía que Reagan había aprobado en principio un acuerdo de intercambio de armas por rehenes. Sin embargo en la práctica, la participación de la CIA requería la firma del presidente. McMahon ordenó al consejero jurídico interno de la CIA que redactara un fallo retroactivo —con la fecha atrasada, como un cheque sin fondos— autorizando «la provisión de asistencia por parte de la Agencia Central de Inteligencia a grupos privados en su intento de obtener la liberación de los estadounidenses retenidos como rehenes en Oriente Próximo». Y continuaba: «Como parte de esos esfuerzos puede proporcionarse cierto material y municiones extranjeros al gobierno de Irán, que está dando pasos para facilitar la liberación de los rehenes estadounidenses».

Estaba escrito bien claro. La CIA, pues, envió el fallo a la Casa Blanca. Y el 5 de diciembre de 1985, el presidente de Estados Unidos lo firmó. Según sus términos, y según los de un segundo fallo redactado unas semanas después, Casey era el responsable último del acuerdo de intercambio de armas por rehenes.

Casey mandó llamar a Ghorbanifar a Washington para designarlo como agente iraní de la CIA encargado de la operación. Clair George le rogó que se detuviera: «Bill, realmente ese tipo no es bueno —le dijo—. En realidad no merece la pena». Y lo mismo hizo otro hombre de la CIA, Charles Allen, el jefe de la Fuerza Operativa de Localización de Rehenes de la agencia. El 13 de enero de 1986, este se reunió con Ghorbanifar y luego se fue a ver a Casey.

«Al director se lo describí como un estafador», diría Allen. Por su parte, Casey respondió: «Bueno, quizá sea un estafador de estafadores». Casey insistió en que la CIA seguiría utilizando a Ghorbanifar como traficante de armas y como interlocutor con el

gobierno de Irán. Charlie Allen sabía que solo había una razón concebible para utilizarlo: el tramposo iraní le dijo al agente de la CIA que el acuerdo de las armas podía generar dinero para «los chicos de Ollie [Oliver North] en Centroamérica».

El 22 de enero de 1986, North grabó en secreto una conversación con Ghorbanifar. «Creo, Ollie, que esta es la mejor oportunidad —le dijo el intermediario con una sonrisa—. Nunca volveremos a encontrar un momento tan bueno, nunca conseguiremos tan buen dinero, lo haremos todo sin coste, tendremos a los rehenes sin coste, tendremos a todos los terroristas sin coste, y a Centroamérica sin coste.»

Tras un largo regateo, la primera transacción de los HAWK había concluido con 850.000 dólares ingresados en una cuenta de un banco suizo controlada por Richard Secord. A continuación, el coronel North cogió el dinero y se lo dio a la Contra. Irán era ahora una fuente de fondos encubiertos para la guerra en Centroamérica.

Tiempo después, los iraníes informaron de que deseaban disponer de información de inteligencia sobre el frente para su guerra contra Irak. Pero resultaba que la CIA ya había proporcionado previamente al régimen iraquí diversa información que podía utilizarse contra Irán, y aquello fue demasiado para McMahon. En un cable enviado el 25 de enero de 1986 a Casey, que estaba reunido con sus colegas pakistaníes en Islamabad, McMahon le advertía de que la CIA estaba «ayudando e instigando a la gente equivocada. Una cosa era proporcionar misiles defensivos, pero cuando proporcionamos información de inteligencia sobre el orden de batalla, estamos dando a los iraníes los medios para una acción ofensiva».

Casey rechazó su consejo. No mucho después, McMahon dimitió como número dos de la CIA, terminando una trayectoria profesional de treinta y cuatro años con una nota amarga. Bob Gates pasó a ocupar su puesto.

El acuerdo de intercambio siguió adelante.

«UNA IDEA ELEGANTE»

El papel de Oliver North en el esfuerzo clandestino por mantener vigente la guerra contra los sandinistas había sido un secreto a voces en Washington desde mediados del verano de 1985. Aquel invierno hubo ya periodistas elaborando reportajes detallados sobre lo que hacía North en Centroamérica. Pero a excepción de un círculo muy pequeño en la CIA y la Casa Blanca, nadie sabía lo que estaba haciendo en Irán.

North había solucionado la parte dineraria del trueque de armas por rehenes. El Pentágono transferiría varios miles de misiles TOW a la CIA. El coste para la agencia era una ganga, solo 3.469 dólares por misil, un hecho crucial que muy pocas personas conocían. Secord, en nombre de la CIA, pagaría 10.000 dólares la unidad, generando 6.531 dólares de beneficios brutos; tras embolsarse su parte, luego transfería el importe neto a la Contra nicaragüense. Por su parte Ghorbanifar cubriría el coste de 10.000 dólares y algo más de propina subiendo de nuevo el precio de los misiles a la hora de vendérselos a los iraníes. En función del número de armas que Estados Unidos pudiera venderle a Teherán, la Contra podía llegar a obtener millones de dólares.

A finales de enero, el secretario de Defensa Weinberger ordenó a su principal asesor, el futuro secretario de Estado Colin Powell, que transfiriera un millar de misiles TOW de un almacén del Pentágono poniéndolos bajo la custodia de la CIA. En febrero, los misiles llegaban a Irán de la mano de Richard Secord y Manucher Ghorbanifar. El intermediario iraní aumentó generosamente el precio antes de que las armas llegaran a Teherán. Cuando llegó el dinero, la CIA reembolsó al Pentágono utilizando una técnica muy familiar para todos los blanqueadores de dinero: dividir las cantidades en cheques de 999.999,99 dólares, dado que las transferencias de la CIA de un millón de dólares o más requerían una notificación legal rutinaria al Congreso. Secord recibió 10 millones de dólares de manos de Ghorbanifar por los mil misiles. La mayor parte de los beneficios obtenidos se destinaron a la Contra.

En un memorando del 4 de abril de 1986, el teniente coronel North le hizo un esbozo de todo el plan al vicealmirante John Poindexter, el nuevo asesor de seguridad nacional de la presidencia. Una vez

cubiertos los costes de todo el mundo —le explicó—, «12 millones de dólares se emplearán en adquirir suministros crucialmente necesarios para las Fuerzas de Resistencia Democráticas Nicaragüenses». Como observaría North en una célebre frase: «era una idea elegante».

Solo había un elemento que no se había tenido en cuenta en aquel elaborado cálculo: los rehenes. En julio de 1986 había retenidos cuatro de ellos; seis meses después eran doce. La predisposición de los estadounidenses a proporcionar armas a los iraníes no hacía sino incrementar su apetito de rehenes.

«La argumentación de North, que contaba con el respaldo de todos los que le ayudaban en la CIA, era que los secuestradores del Líbano eran un grupo distinto del que estaba obteniendo los beneficios —diría el embajador estadounidense en el Líbano, John H. Kelly—. "Nuestros chiíes son de fiar. El secuestro es obra de un grupo de chiíes distinto". ¡Aquello era una auténtica chorrada!»[3]

Casey y un puñado de sus más leales analistas se inventaron la idea de que los acuerdos de intercambio de armas representaban un apoyo a los políticos moderados en el gobierno de Irán. Fue un penoso ejemplo del modo en que «la CIA estaba corrompida» durante la administración Reagan, en palabras de Philip C. Wilcox hijo, el principal agente de inteligencia del Departamento de Estado y el enlace de mayor rango con la CIA a finales de la década de 1980.[4] Lo cierto es que en el gobierno de Irán no quedaba ningún moderado; todos habían sido asesinados o encarcelados por la misma gente que recibía las armas.

«Espero que no se filtre»

Las ganancias de las ventas de armas y los millones que Casey se las había ingeniado para conseguir de los saudíes revitalizaron la presencia de la CIA en Centroamérica.

La agencia montó una base aérea y una red de pisos francos destinados a los envíos de armas en las afueras de San Salvador. La base estaba dirigida por dos veteranos cubanos anticastristas a sueldo

de la CIA. Uno de ellos era Félix Rodríguez, el hombre que había ayudado a capturar al Che Guevara. El otro era Luis Posada Carriles, que acababa de escapar de una cárcel venezolana, donde había sido encerrado por su destacada participación en un atentado terrorista contra un avión de pasajeros cubano en el que habían muerto 73 personas.

En el verano de 1986, ambos suministraban 90 toneladas de armas y municiones a la Contra en el sur de Nicaragua. En junio, el Congreso estadounidense dio un giro radical en su política y autorizó el gasto de 100 millones de dólares en apoyo de la guerra en Centroamérica, que serían efectivos el primero de octubre. En esa fecha, la CIA recuperaría su licencia de caza. Por un momento parecía que la guerra estaba saliendo como querían.

Pero la elaborada red clandestina de armamentos de la CIA estaba desmoronándose. El jefe de la base de Costa Rica, Joe Fernández, actuaba como controlador de tráfico aéreo para los envíos de armas, y disponía de una tosca pista de aterrizaje para los vuelos clandestinos. Pero el nuevo presidente de Costa Rica, Óscar Arias, que trabajaba en favor de una paz negociada en Centroamérica, había advertido directamente a Fernández que no utilizara la pista de aterrizaje para armar a la Contra. El 9 de junio de 1986, un avión de la CIA cargado con armas despegó de la base aérea secreta situada en las afueras de San Salvador con muy mal tiempo, hubo de hacer un aterrizaje no previsto en la pista aérea y se hundió hasta los ejes en el fango. Temeroso y airado, Fernández cogió el teléfono, llamó a San Salvador y ordenó a sus colegas de la CIA: «¡Saquen ese condenado avión de Costa Rica!».[5] Tardaron dos días en hacerlo.

Aquel mismo mes, Félix Rodríguez empezó a darse cuenta de que alguien en la línea de abastecimiento —él sospechaba que se trataba del general Secord— estaba aprovechándose de su patriotismo. El 12 de agosto trató de dar la voz de alarma en una reunión con otro viejo amigo, Don Gregg, asesor de seguridad nacional del vicepresidente Bush y veterano de la CIA. Gregg concluyó que se trataba de «un asunto muy turbio».

El 5 de octubre de 1986, un soldado nicaragüense adolescente

disparó un misil y derribó un avión de carga estadounidense C-123 que transportaba armas de San Salvador a la Contra. El único superviviente, un operario de carga norteamericano, contó a los periodistas que trabajaba contratado por la agencia. Félix Rodríguez llamó presa del pánico al despacho del vicepresidente de Estados Unidos. Cuando el avión fue derribado, North estaba en Frankfurt tratando de forjar un nuevo acuerdo de intercambio de armas por rehenes con Irán.

El 3 de noviembre, unas semanas después de que la historia de los acuerdos secretos empezara a revelarse en una serie de panfletos anónimos repartidos por las calles de Teherán, apareció publicada también en un pequeño semanario libanés. Pero habrían de pasar varios meses antes de que se conociera toda la historia: la Guardia Revolucionaria iraní había recibido dos mil misiles antitanque, dieciocho sofisticados misiles antiaéreos, dos cargamentos de piezas de recambio, y cierta información de inteligencia sobre el frente muy útil merced a los buenos oficios de la CIA. Los envíos de armas «aumentaban significativamente las capacidades militares iraníes —en palabras de Robert Oakley, el coordinador de la lucha antiterrorista en Estados Unidos—. La información de inteligencia que les transmitimos representó también una significativa ayuda».[6] Pero los iraníes habían sido estafados; se quejaban, no sin razón, de que en el último envío de piezas de recambio para los HAWK se había incrementado el precio en un 600 por ciento Hasta el propio Ghorbanifar había salido trasquilado; sus acreedores le reclamaban millones y él amenazaba con revelar toda la operación para salvar el pellejo.

La operación encubierta de Casey estaba desmoronándose. «La persona que manejaba todo este asunto era Casey —diría el consejero jurídico interno del Departamento de Estado, Abraham Sofaer—. Yo no tengo ninguna duda de ello. Ya conocía a Casey de antes. Le admiraba y me caía bien, y cuando di la voz de alarma sobre el asunto, fue Casey quien, según creía, consideraba que lo que yo había hecho era una traición.»[7]

El 4 de noviembre de 1986, día de las elecciones, Rafsanjani, el presidente del Parlamento iraní, reveló que varios funcionarios

estadounidenses habían ido a Irán cargados de regalos. Al día siguiente, el vicepresidente Bush registraba en su diario grabado: «En este momento es noticia la cuestión de los rehenes. Soy una de las pocas personas que conocen plenamente los detalles … Esta es una operación que se ha realizado de manera muy, muy ajustada, y espero que no se filtre».

El 10 de noviembre, Casey acudió a una reunión extraordinariamente tensa de los miembros del Consejo de Seguridad Nacional. Allí trató de convencer a Reagan de que hiciera una declaración pública diciendo que Estados Unidos estaba trabajando en un plan estratégico a largo plazo para desbaratar los planes de los soviéticos y de los terroristas en Irán: no intercambiar armas por rehenes. El presidente repitió el guión como un loro: «No vamos, repito, no vamos a intercambiar armas ni ninguna otra cosa por rehenes», declaró Reagan al país el 13 de noviembre. Una vez más, como en el caso del U-2 derribado, en el caso de la bahía de Cochinos y en el caso de la guerra en Centroamérica, el presidente de Estados Unidos mintió para proteger las operaciones encubiertas de la CIA.

Pero esta vez muy pocas personas le creyeron.

Hicieron falta otros cinco años para liberar a los últimos rehenes estadounidenses. Pero dos de ellos jamás volvieron: Peter Kilburn fue asesinado y el agente de la CIA Bill Buckley murió encadenado tras sufrir varios meses de torturas e interrogatorios.

«NADIE EN EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE LO SABÍA»

Los comités de inteligencia parlamentarios deseaban que Bill Casey les informara, pero él prefirió seguir la tradición y abandonar el país en un momento de crisis para la CIA.

El domingo 16 de noviembre, Casey se dirigió hacia el sur para pasar revista a las tropas desplegadas en Centroamérica, dejando que fuera su adjunto Bob Gates quien arreglara el lío. Las audiencias parlamentarias se pospusieron para el viernes siguiente. Los cinco días transcurridos entre ambas fechas se contarían entre los peores de toda

la historia de la agencia.

El lunes, Gates y sus subordinados empezaron a tratar de elaborar una cronología de todo lo ocurrido. El director encargó a Clair George y a su servicio clandestino la tarea de preparar su testimonio ante el Congreso. La intención era no decir la verdad.

El martes, la dirección del comité de inteligencia convocó a George a una audiencia a puerta cerrada en una cámara acorazada y electrónicamente protegida situada en la cúpula del Capitolio. Él sabía que un año antes la CIA, sin tener autorización legal para ello, había intercambiado armas por rehenes. Al verse sometido a un concienzudo interrogatorio, hizo exactamente lo mismo que el presidente había hecho cinco días antes, mintió.

De la noche a la mañana, Gates envió a otro de los ayudantes de Casey a Centroamérica para que llevara un borrador del testimonio propuesto de Casey y se trajera de vuelta al director al cuartel general de la agencia. El miércoles, Casey empezó a redactar una nueva versión en un formulario legal mientras volaba de regreso a Washington. Pero pronto descubrió que no era capaz de leer su propia letra, de modo que empezó a dictar en floreada prosa a una grabadora. El resultado era un confuso batiburrillo, de modo que lo dejó correr.

El jueves, Casey llevó el borrador original en su maletín a la Casa Blanca, donde tenía una reunión con North y con Poindexter. Mientras intercambiaban ideas, Casey garabateó una nota en su borrador que rezaba: «Nadie en el gobierno estadounidense lo sabía», refiriéndose al vuelo de la CIA de piezas para los HAWK de noviembre de 1985. Era una mentira extraordinariamente audaz. Luego volvió al cuartel general de la agencia y se reunió, en la sala de conferencias del director, en el séptimo piso, con la mayoría de los jefes de la CIA y con muchos de los agentes directamente implicados en los envíos de armas a Irán.

«La reunión fue un desastre sin paliativos», recordaría Jim McCullough, el jefe de dirección ejecutiva de Casey. Dave Gries, otro de sus más estrechos colaboradores, diría que «ninguno de los presentes pudo —o quizá, no quiso— juntar todos los elementos del

rompecabezas del Irán-Contra».[8]

«La atmósfera de la reunión era surrealista —recordaría Gries—. Muchos de los participantes aparentemente estaban más interesados en protegerse a sí mismos que en ayudar a Casey, que estaba visiblemente agotado y a veces se mostraba incoherente. Estaba claro para McCullough y para mí que a la mañana siguiente íbamos a acompañar a un director absolutamente confuso al Congreso.»

El viernes, Casey declaró a puerta cerrada ante los comités de inteligencia parlamentarios. Su declaración fue una mezcla de evasión y ofuscamiento, acompañada de un solo hecho interesante. Un senador preguntó si la CIA había estado enviando apoyo secreto tanto a Irán como a Irak mientras los dos países se masacraban mutuamente. Sí, dijo Casey, hemos estado ayudando a Irak durante tres años.

Durante el fin de semana apareció el memorando de North a Poindexter sobre los millones de dólares de beneficios obtenidos de la venta de armas a Irán y la canalización del dinero hacia la Contra. Los dos hombres habían estado rompiendo y destruyendo documentos como posesos durante semanas, pero de algún modo aquel memorando se le había escapado a North.

El lunes 24 de noviembre, el vicepresidente Bush dictaba la siguiente nota para su diario: «Una auténtica bomba ... North había cogido el dinero y lo había metido en una cuenta de un banco suizo ... a fin de ser utilizado para la Contra ... Este va a ser un buen lío». Y de hecho representó el mayor escándalo político en Washington desde que se marchara Richard Nixon.

Cuatro días después, Casey convocó una conferencia de jefes de inteligencia de la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono. «Me parece muy bien que nuestra comunidad haya trabajado junta durante seis años más eficazmente que la mayor parte de nuestro gobierno y sin ningún fallo significativo —rezan las notas que redactó para su discurso—. Ni un solo escándalo, y bastantes éxitos sólidos.»[9]

«Aquel silencio parecía no acabar nunca»

Ya desde el Watergate, no era el delito, sino su tapadera, lo que destruía siempre los poderes de Washington. Y Casey no estaba precisamente en muy buena forma para mantener una tapadera. Así que atravesó a duras penas, con paso vacilante e incierto, toda una semana de testimonios incoherentes en el Capitolio, agitándose en su silla e incapaz de encadenar sus frases. Apenas pudo mantener la cabeza alta. Sus ayudantes estaban horrorizados, pero seguían presionándole.

«Bill Casey tenía un montón de preguntas a las que responder —diría Jim McCullough, veterano de la CIA de treinta y cuatro años—. Resulta dudoso que la operación se materializara —y mucho menos que se mantuviera durante más de un año— sin su aquiescencia y su apoyo.»[10]

La noche del jueves 11 de diciembre, Casey asistió a una cena homenaje al agente de la CIA asesinado Bob Ames celebrada en Filadelfia. Luego volvió al cuartel general de la agencia sobre las seis de la mañana del viernes para entrevistarse con un periodista de la revista *Time* llamado Bruce van Voorst. La agencia había acudido con frecuencia a dicha revista para potenciar sus relaciones públicas en momentos de crisis. Van Voorst era un hombre fiable, había trabajado siete años en la CIA.

La propia agencia marcó la pauta de la entrevista: treinta minutos sobre el Irán-Contra y otros treinta para hacer un repaso de los numerosos logros de la CIA bajo el mandato de Casey. McCullough había oído a Casey dar esa arenga propagandística muchas veces antes, y confiaba en que el director pudiera recitar el guión pese a hallarse exhausto. La primera media hora fue un infierno, pero cuando terminó, apareció por fin la pregunta esperada: «Señor Casey, ¿podría hablar un poco sobre algunos de los logros de la agencia durante su mandato?».

«Todos dejamos escapar un suspiro de alivio y nos relajamos —recordaría McCullough—. Pero Casey miraba fijamente a Van Voorst como si no pudiera creerlo o fuera incapaz de entender la pregunta. No decía nada. Aquel silencio parecía no acabar nunca.»

El lunes 15 de diciembre, por la mañana, Casey sufrió un ataque en

su despacho del séptimo piso. Se lo llevaron en una camilla antes de que nadie se diera realmente cuenta de lo ocurrido. En el hospital de la Universidad de Georgetown, sus médicos determinaron que padecía un linfoma del sistema nervioso central no diagnosticado. Era como una maligna tela de araña que se extendía por su cerebro; una rara enfermedad, difícil de detectar, que a menudo producía un comportamiento inexplicablemente extraño entre doce y dieciocho meses antes de que se descubriera su existencia.

Casey jamás volvería a la CIA. Bob Gates fue a verle al hospital el 29 de enero de 1987, siguiendo órdenes de la Casa Blanca, con una carta de dimisión que el director tenía que firmar. Casey ni siquiera pudo sujetar la pluma, y se quedó tendido en el lecho boca arriba, con lágrimas en los ojos. Al día siguiente, Gates volvió a la Casa Blanca, y el presidente le ofreció a él el puesto: «un puesto que nadie más parecía querer —reflexionaría Gates—. Algo nada sorprendente».[11]

Gates actuó como director de la central de inteligencia en funciones durante cinco insoportables meses, hasta el 26 de mayo de 1987, pero su nominación estaba condenada de antemano, y tendría que esperar a que la rueda de la fortuna volviera a girar de nuevo. «De inmediato se hizo evidente que él estaba demasiado próximo a lo que Casey estuviera haciendo o dejando de hacer —diría el que sería el próximo director de la central de inteligencia, William Webster—. El planteamiento de Bob había sido el de no querer saber. Y dadas las circunstancias, aquello resultaba inaceptable.»[12]

Webster había estado dirigiendo el FBI durante nueve largos años. Era un apolítico que había sido nombrado por Carter, un hombre de mandíbula cuadrada y de una honradez sin tacha, uno de los pocos emblemas de rectitud moral que quedaban en la administración Reagan después del lío del Irán-Contra. Antaño había sido juez federal, y prefería que se dirigieran a él con ese título. El atractivo de nombrar a un hombre al que se llamaba «juez» para dirigir la CIA resultaba evidente para la Casa Blanca. Como el almirante Turner, era un miembro convencido de la Ciencia Cristiana y un hombre de profundas convicciones morales. No era un hombre de Reagan; no tenía ninguna relación ni política ni personal con el presidente.

«Nunca me preguntó nada —diría Webster—. Jamás hablamos de negocios. No teníamos una relación de amistad. Entonces, a finales de febrero de 1987, recibí una llamada.» Ahora Reagan sí quería hablar de negocios. El 3 de marzo, el presidente anunció el nombramiento de Webster como director de la central de inteligencia y le elogió como «un hombre que está comprometido con el estado de derecho».

Jamás se diría nada parecido de Bill Casey. Tras su muerte, el 6 de mayo, a los setenta y cuatro años de edad, su propio obispo lo denunció desde el púlpito en el funeral, mientras los presidentes Reagan y Nixon escuchaban en silencio.

Casey había casi duplicado el tamaño de la CIA en el plazo de seis años; el servicio clandestino contaba ahora con unos seis mil agentes. Había construido un palacio de cristal de 300 millones de dólares para albergar a sus nuevos fichajes en el cuartel general de la agencia; había movilizado ejércitos secretos en todo el mundo, y sin embargo, dejó a la agencia más débil de lo que la encontró, destrozada por su legado de mentiras.

Bob Gates aprendió una sencilla lección trabajando a las órdenes de Casey: «El servicio clandestino es el alma de la agencia —diría—. Y es también la parte de ella que puede hacer que acabes dando con tus huesos en la cárcel».[13]

37

«Pensar en lo impensable»

El presidente de Estados Unidos confesó al pueblo norteamericano que le había mentido con respecto a lo de intercambiar armas por rehenes. La Casa Blanca trató de dirigir aquel torbellino político contra Casey y la CIA; ni el hombre ni la institución podían alzarse en su propia defensa. El Congreso llamó a declarar a los agentes de Casey, y estos dieron la impresión de que Estados Unidos había contratado a una banda de estafadores y ladrones para dirigir sus asuntos exteriores.

La llegada del juez Webster presagiaba un control hostil de la CIA. Tanto el Congreso como un consejero jurídico independiente se proponían determinar en qué se había metido exactamente Casey. Se suspendieron operaciones, se archivaron planes, se destrozaron carreras profesionales... El temor penetró en el cuartel general de la agencia cuando tres docenas de agentes del FBI armados con citaciones empezaron a recorrer los pasillos, a abrir cajas fuertes cerradas bajo doble llave y a hojear archivos de alto secreto, recopilando evidencias que sustentaran acusaciones de obstrucción a la justicia y de perjurio. Los jefes del servicio clandestino fueron sometidos a interrogatorios y vieron avecinarse procesos judiciales. La visión de Casey de una CIA libre de las restricciones de la ley les había metido en problemas.

«Necesité varios meses para hacerme una idea clara de lo que había ocurrido, y de quién había hecho qué a quién —diría Webster—. Casey dejó un montón de problemas.»[1] El más importante de ellos, para Webster, era una tradición de desafiante insubordinación. «La gente de por ahí fuera creía que tenía que actuar por su propia cuenta —explicaría—. Se suponía que no tenían que actuar sin la aprobación de su jefe. Pero los responsables de las bases pensaban: yo soy el jefe.»

Los agentes del servicio clandestino estaban seguros de que Webster

—al que de inmediato pusieron el apodo de *Mild Bill*, o «Bill el Afable»— no tenía ni idea de quiénes eran, de lo que hacían o del halo de misterio que les mantenía unidos. «Nadie más puede entenderlo —decía Colin Thompson, que había estado destinado en Laos, en Camboya y en Vietnam—. Es una neblina en la que te sumerges y te ocultas. Crees que te has convertido en una persona de élite en el mundo del gobierno estadounidense, y la agencia alienta esa creencia desde el momento en que entras en ella. Ellos te hacen creyente.»[2]

Para los foráneos, parecían los miembros de un típico club masculino de la cultura de cuello blanco del sur estadounidense. Pero ellos se veían a sí mismos como un batallón de combate camuflado, una hermandad de sangre. La fricción con Webster fue candente desde el primer momento. «Probablemente podíamos haber aceptado el ego de Webster, su falta de experiencia con aliados extranjeros, su provinciana perspectiva del mundo, e incluso su arrogancia propia de quien se cree más *yuppie* que nadie —se quejaba el agente de la CIA Duane Clarridge—. Pero lo que no podíamos aceptar es que fuera un abogado.»[3]

«Toda su formación como abogado y como juez se resumía en que uno no podía hacer cosas ilegales. Jamás podría aceptar que eso es exactamente lo que hace la CIA cuando opera en el extranjero. Quebrantamos las leyes propias de cada país. Así es como recabamos información. A eso nos dedicamos. Webster tenía un problema insuperable con la propia razón de ser de la organización que había pasado a dirigir.»

En el plazo de unas semanas tras la llegada de Webster, aquella opinión se transmitió desde Clarridge y sus colegas hasta la propia Casa Blanca; el hombre era una persona de poco peso, un diletante, un animal social de escaso brillo. Él reconoció la rebelión a la que se enfrentaba y trató de vencerla con el consejo de Richard Helms, que había resurgido de sus refriegas con los tribunales penales como una respetada eminencia gris. «Dick Helms me hizo ver una cosa: dado que tenemos que mentir y que hacer cosas en el extranjero, es muy importante no mentirnos entre nosotros ni subvertirnos entre nosotros —recordaría Webster—. El mensaje que yo quería transmitir era que

cuando la gente confía en ti puedes hacer mucho más. No sé si eso sirvió de algo. La gente escuchaba con mucha atención. Pero la pregunta en la agencia era: ¿realmente quiere decir eso? La duda siempre estaba en sus mentes.»[4]

Webster prometió que la agencia no tendría secretos para el Congreso. Pero los comités de inteligencia parlamentarios habían sido engañados demasiado a menudo. Y decidieron que la lección del Irán-Contra era que la agencia tenía que ser dirigida desde el Capitolio. El Congreso podía imponer su voluntad debido a que, según la Constitución estadounidense, era el organismo que controlaba en última instancia el talonario de cheques del gobierno. Webster levantó la bandera blanca, y con su rendición la CIA dejó de ser un instrumento de poder meramente presidencial, para pasar a situarse, en precario equilibrio, entre el comandante en jefe y el Congreso.

El servicio clandestino se oponía firmemente a que el Congreso tuviera un papel en la dirección de la CIA. Temía que entre los 535 representantes electos pudiera haber siquiera cinco que empezaran a enterarse realmente de lo que hacía la agencia. De modo que procuraron que los comités de supervisión parlamentarios se llenaran rápidamente de funcionarios de carrera de la CIA que velaran por los intereses de esta.

Los comités se la tenían jurada a Clair George, que todavía era el jefe del servicio clandestino. Este había sido el enlace especial de Casey con el Congreso y un maestro en el arte del engaño. A Casey le agradaba su encanto y su ingenio, pero estas dos cualidades no resultaban especialmente bien valoradas en la CIA de Webster. «Clair tenía una labia que le granjeaba las simpatías de todos —diría Webster—. Pero creía que el modo de manejar una pregunta del Congreso era dar vueltas alrededor de ella.»

A finales de noviembre de 1987, Webster le llamó a su despacho y le dijo: «El caso es que el Congreso no le cree. Voy a tener que hacer yo su trabajo».[5] George reflexionó un momento sobre ello. Luego «dijo: “Creo que realmente debería retirarme y quizá me llevaré conmigo a unos cuantos que también deberían retirarse”». Tres semanas después, un mediodía, Duane Clarridge estaba tomando una

copa bien cargada para brindar por las Navidades con George cuando Webster le mandó llamar a su despacho y le dijo que era hora de marcharse. Clarridge consideró momentáneamente la posibilidad de resistirse, primero chantajeando a Webster, y luego utilizando sus contactos en la Casa Blanca.[6] Precisamente acababa de recibir una bonita nota de su buen amigo el vicepresidente de Estados Unidos: «Tiene usted mi amistad —le había escrito George Bush—, mi respeto y mi más alta estima. Eso no cambiará nunca». Pero Clarridge decidió que se había roto un pacto de lealtad, y se marchó.

Junto a él salió por la puerta un equipo de agentes de operaciones encubiertas cuyos miembros sumaban un total de dos mil años de experiencia.

«La inteligencia estadounidense fue generosa»

Pero lo que más acosaría a Clair George en su retiro no serían las operaciones puestas al descubierto o la perspectiva de un proceso judicial, sino la sombra de un topo dentro de la CIA.

Durante su supervisión, en los años 1985 y 1986, la división de la Unión Soviética y Europa del Este del servicio clandestino había perdido a todos y cada uno de sus espías. La docena de agentes soviéticos con los que contaba sobre el terreno habían sido arrestados y ejecutados uno a uno. Las pequeñas bases de la CIA en Moscú y Berlín Este dejaron de funcionar, las tapaderas de los agentes se fueron al traste, y sus operaciones quedaron destruidas. En 1986 y 1987, la base se desmoronaba como un edificio dinamitado filmado a cámara lenta. Y la CIA no tenía ni idea de por qué ocurría. Al principio creyó que el traidor que tenía en sus filas era un agente novato llamado Ed Howard. Este se había incorporado al servicio clandestino en 1981 y su primer destino en el extranjero había sido como agente encubierto en Moscú. Había realizado dos años de entrenamiento, pero hasta el último momento hubo algunos detalles de Howard que escaparon a la CIA: era un borracho, un mentiroso y un ladrón. La agencia le dejó marchar, y en abril de 1985 ya se había

pasado al otro bando.

Como parte de su entrenamiento, Howard había leído los expedientes de algunos de los mejores espías que la CIA tenía en Moscú, entre ellos Adolf Tolkachev, un científico militar que durante cuatro años había estado entregando documentos sobre las investigaciones soviéticas de vanguardia en cuestión de armamento. Tolkachev se consideró la principal fuente de información soviética de la CIA durante veinte años.

Cuando el Politburó se reunió en el Kremlin el 28 de septiembre de 1986, el director de la KGB, Viktor Chebrikov, informó orgullosamente a Mijaíl Gorbachov de que Tolkachev había sido ejecutado por traición el día anterior. «La inteligencia estadounidense fue generosa con él —señalaría Gorbachov—. Le encontraron dos millones de rublos»,[7] lo que equivalía a más de medio millón de dólares de la época. La KGB sabía ahora cuál era la tarifa vigente para los espías de primera clase.

La agencia creyó que Howard perfectamente podría haber traicionado a Tolkachev. Pero no era probable que fuera el responsable de más de tres de entre la docena de muertes que habían sacudido la lista de espías soviéticos de la CIA. Algo o alguien más tenía la culpa. La Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia examinó el caso e informó de «una incapacidad fundamental por parte de todos en la división soviética para pensar en lo impensable», que dentro del propio servicio clandestino podría ocultarse un traidor. Casey había leído el informe y había reprendido a Clair George. «Estoy horrorizado» —había escrito— ante la «asombrosa complacencia» frente a «esta catástrofe». Pero en privado, Casey se desentendió del tema, y se limitó a poner a tres personas, una de ellas a tiempo parcial, a investigar las muertes de los agentes extranjeros más preciados de la CIA.

Una medida de la confianza depositada en Webster por parte de los miembros de mayor rango del servicio clandestino fue el hecho de que jamás le contaran toda la verdad sobre el caso. Nunca supo que se trató de la peor infiltración en toda la historia de la agencia. Solo supo que existía una investigación de bajo nivel: «un ejercicio, nada más. Si

encontraron algo, estupendo —diría—. Si no encontraron una razón siniestra, puede que encontraran otra clase de razón, o ninguna en absoluto. Eso es todo lo que supe de ello».[8]

La investigación se vino abajo, y durante el mandato de Webster, la pesadilla de contraespionaje a la que se enfrentaba la CIA no hizo sino empeorar.

En junio de 1987, el mayor Florentino Aspillaga Lombard,[9] jefe de la inteligencia cubana en Checoslovaquia, cruzó la frontera en dirección a Viena, se dirigió a la embajada estadounidense y declaró su intención de cambiar de bando al jefe de la base de la CIA, Jim Olson. Reveló que todos los agentes cubanos reclutados por la agencia durante los últimos veinte años eran agentes dobles; es decir; fingían ser leales a Estados Unidos mientras trabajaban en secreto para La Habana. Era una auténtica conmoción, y algo difícil de creer. Pero los analistas de la CIA, tras un largo y doloroso examen, concluyeron tristemente que el mayor estaba diciendo la verdad. Aquel mismo verano empezó a manar un nuevo chorro de información de inteligencia sobre las muertes de los agentes de la CIA por parte de un nuevo grupo de oficiales militares y agentes de inteligencia de Rusia y el bloque soviético. Luego el chorro se convirtió en un torrente, y después en un caudaloso río; hubieron de pasar siete años antes de que se supiera la terrible realidad de que se trataba de desinformación suministrada para desconcertar y engañar a la CIA.

«Ciertamente hicieron algo bien»

Poco después de su toma de posesión, Webster se dirigió a Bob Gates y le preguntó qué estaba ocurriendo en Moscú y qué se traía entre manos Gorbachov. Pero las respuestas no le satisficieron. «Tenía a unos tíos con el vaso medio lleno y a otros con el vaso medio vacío —diría con resignación—. Por un lado tal cosa; por el otro tal otra.»

La CIA no sabía que Gorbachov había declarado en la reunión del Pacto de Varsovia de mayo de 1987 que los soviéticos jamás invadirían Europa del Este para robustecer su imperio. La CIA

tampoco sabía que Gorbachov le había dicho al líder de Afganistán en julio del mismo año que pronto los soviéticos iban a retirar sus tropas de ocupación. Y la agencia se quedó perpleja cuando, en diciembre, multitudes de apasionados ciudadanos estadounidenses saludaron a Gorbachov como un héroe en las calles de Washington. El hombre de la calle parecía ser consciente de que el líder del mundo comunista quería poner fin a la guerra fría. La CIA, en cambio, no captaba la idea; Bob Gates se pasó todo el año siguiente preguntándoles a sus subordinados por qué Gorbachov les sorprendía constantemente.

En el curso de más de treinta años, Estados Unidos había gastado casi doscientos cincuenta millones de dólares en satélites espía y en equipamiento de escuchas electrónicas construidos para controlar al ejército soviético. Sobre el papel, esos programas eran responsabilidad del director de la central de inteligencia, pero en realidad estaban dirigidos por el Pentágono. Proporcionaban los datos para las interminables negociaciones del SALT con los soviéticos, y podría argumentarse que dichas conversaciones ayudaron a que la guerra fría siguiera siendo «fría». Pero Washington y Moscú jamás renunciaron a uno solo de los sistemas de armamento que quisieron construir. Sus arsenales siguieron teniendo capacidad de volar el planeta más de un centenar de veces. Y al final Estados Unidos renunció a la propia idea del control de armamentos.

Sin embargo, en agosto de 1988 hubo una compensación, precisamente en un momento de suprema ironía. Frank Carlucci, ahora convertido en el secretario de Defensa de Reagan, viajó a Moscú para entrevistarse con su homólogo, el ministro de Defensa soviético, Dmitri Yazov, y pronunció varias conferencias para los generales y almirantes de la academia militar Voroshílov. «¿Cómo es que sabe usted tanto sobre nosotros?», le preguntó uno de ellos a Carlucci. «Tenemos que sacarlo de los satélites —le respondió este—. Sería mucho más fácil si ustedes hicieran lo mismo que nosotros y publicaran su presupuesto militar.» La sala estalló en una carcajada, y más tarde Carlucci le preguntó a su escolta ruso qué era lo que les había hecho tanta gracia. «¿No lo entiende? —le dijo el ruso—. Usted ha atacado precisamente el corazón de su sistema»: el secretismo. Los

contactos cara a cara entre jefes militares estadounidenses y soviéticos les sirvieron a los rusos para darse cuenta de dos cosas. La primera, que los norteamericanos no querían matarlos. Y la segunda, que puede que fueran exactamente igual de fuertes que los estadounidenses en cuanto a misiles nucleares; pero daba igual: eran mucho más débiles en todo lo demás. Sabían que su sistema cerrado, basado en el secretismo y en las mentiras, jamás podría derrotar a una sociedad abierta.

Ellos supieron ver que la partida había terminado. La CIA, no.

Aun así, la agencia se las arregló para obtener tres estimulantes éxitos aquel mismo año. El primero se produjo cuando el coronel Chang Hsien-yi, subdirector del instituto de investigación sobre energía nuclear de Taiwán, desertó a Estados Unidos. Llevaba veinte años trabajando en secreto para este país desde que la CIA le reclutara siendo aún un cadete militar. Su instituto, aparentemente creado para realizar investigaciones de índole civil, se había construido gracias al plutonio estadounidense, al uranio sudafricano y a los expertos internacionales. Los líderes taiwaneses habían creado en su interior una célula destinada a fabricar una bomba nuclear, un arma que solo tenía un objetivo concebible: el territorio chino. Los líderes comunistas chinos habían jurado atacar si Taiwán fabricaba un arma nuclear, y Estados Unidos pidió que se interrumpiera el programa. Taiwán mintió al respecto y prosiguió a marchas forzadas. Entre los pocos estadounidenses que sabían del prolongado servicio del coronel Chang a la CIA se contaba Jim Lilley, que había sido jefe de base en China y Taiwán, y que pronto se convertiría en el embajador norteamericano en China. «Elegías a una joven promesa, le asignabas el adecuado agente de enlace, lo reclutabas meticulosamente sobre una base ideológica —aunque también había dinero—, y luego mantenías el contacto», explicaría Lilley. El coronel Chang envió un mensaje de alerta a su agente de enlace, desertó, y a continuación proporcionó pruebas fehacientes de los progresos del programa de armas nucleares. Así, un espía de la CIA que había permanecido veinte años a la espera había ayudado a detener la proliferación de armas de destrucción masiva. «Ese fue un caso donde ciertamente hicieron algo

bien —diría Lilley—. Sacaron al tío de allí. Consiguieron la documentación. Y se enfrentaron a los taiwaneses.»[10] Armado con aquella evidencia, el Departamento de Estado ejerció una fuerte presión sobre el gobierno de Taiwán, que finalmente anunció que poseía la capacidad de construir armas nucleares, pero que no tenía intención de hacerlo. Un ejemplo de control de armamentos de la mejor clase.

Luego vino el brillante complot contra la organización de Abu Nidal, una banda que había estado matando, secuestrando y aterrorizando a occidentales por toda Europa y Oriente Próximo durante doce años.[11] El complot requirió la participación de tres gobiernos extranjeros y de un ex presidente estadounidense; nació en el nuevo centro de lucha antiterrorista de la CIA, y se inició cuando Jimmy Carter le entregó un paquete de información de inteligencia sobre Abu Nidal al presidente de Siria, Hafiz al-Assad, en una reunión celebrada en marzo de 1987. Entonces Assad expulsó al terrorista. Durante los dos años siguientes, con la ayuda de la OLP y de los servicios de inteligencia de Jordania y de Israel, la agencia libró una guerra psicológica contra Abu Nidal. Un intenso y constante flujo de desinformación le convenció de que sus principales lugartenientes eran unos traidores. A lo largo del año siguiente mató a siete de ellos y a varias docenas de sus subordinados, mutilando su propia organización. La campaña llegó a su apogeo cuando dos de los hombres de Abu Nidal desertaron y organizaron un ataque a su cuartel general en el Líbano, matando a ochenta de los miembros de la organización, que quedó destruida; una estimulante victoria para el centro de lucha antiterrorista de la CIA y para la división de Oriente Próximo de la agencia, al mando de Tom Twetten, que sería ascendido a jefe del servicio clandestino.

El tercer gran éxito —o así se lo pareció a todo el mundo por entonces— fue el triunfo de los rebeldes afganos.

Todas las demás fuerzas guerrilleras apoyadas por la CIA se desmoronaban. La Contra firmó un alto el fuego días después de que el apoyo secreto de la agencia se interrumpiera definitivamente, y en Nicaragua las urnas pasaron a reemplazar las balas. Por otra parte,

una patrulla aislada de guerreros anti-Gaddafi deambulaba de un lado a otro por el territorio sudanés. La CIA hubo de desmovilizar a su mal concebida insurgencia y sacar a sus tropas del norte de África, llevándoselas primero al Congo y luego a California.[12] En el sur del continente, la diplomacia vino a sustituir a la acción encubierta, al tiempo que se cortaba el flujo de armas de Washington y de Moscú. El programa de Casey para respaldar a un ejército rebelde camboyano que combatiera a las fuerzas de Hanoi —un encarnizado movimiento contra los vencedores de la guerra de Vietnam— se gestionó de manera pésima, y tanto el dinero como las armas acabaron en manos de generales tailandeses corruptos.[13] Esto tuvo el efecto, además, de alinear a los aliados de la CIA con los carniceros de Camboya, los jemeres rojos. Colin Powell, que ejercía las funciones de consejero de seguridad nacional de Reagan tras las purgas del Irán-Contra, advirtió que la Casa Blanca debía pensarse dos veces aquella operación. A su debido tiempo, esta finalmente se canceló.

Solo los muyahidines, los guerreros santos afganos, seguían combatiendo y olían ya la victoria. La operación afgana de la CIA era ahora un programa que costaba 700 millones de dólares al año, y representaba alrededor del 80 por ciento del presupuesto del servicio clandestino para actividades en el extranjero. Armados con Stinger y misiles antiaéreos, los rebeldes afganos estaban matando a soldados soviéticos, abatiendo a helicópteros de combate rusos e infligiendo graves heridas a la propia imagen de la Unión Soviética. La CIA había hecho lo que se proponía: darles a los soviéticos su propio Vietnam. «Los matamos uno a uno —diría Howard Hart, que había dirigido la misión para armar a los afganos desde 1981 hasta 1984—. Y se fueron a casa. Fue una campaña terrorista.»[14]

«Nos dimos media vuelta»

Los soviéticos anunciaron que se retirarían definitivamente en cuanto la administración Reagan se dio por concluida. Los libros de informes de la CIA no respondieron en ningún momento a la pregunta de qué

ocurriría cuando un ejército islámico militante derrotara a los invasores ateos de Afganistán. Tom Twetten, el número dos del servicio clandestino en el verano de 1988, era quien tenía la tarea de averiguar qué pasaría con los rebeldes afganos. Para él, de inmediato se hizo evidente que «no tenemos ningún plan». La CIA simplemente decidió: «Habrá una "democracia afgana". Y no será nada agradable». [15]

La guerra soviética había terminado, pero no la *yihad* afgana de la CIA. Robert Oakley, el embajador estadounidense en Pakistán entre 1988 y 1991, afirmaba que Estados Unidos y Pakistán deberían «reducir drásticamente nuestra ayuda a los verdaderos radicales» en Afganistán, y trabajar para hacer que los muyahidines adopten una postura más moderada.[16] «Pero la CIA no podía o no quería llamar al orden a sus socios pakistaníes —diría—, de modo que seguimos apoyando a algunos de los radicales.» El principal de ellos era el líder rebelde afgano Gulbuddin Hekmatiar, que había recibido cientos de millones de dólares en armas de la CIA y atesoraba una gran parte de ellas. Ahora estaba a punto de dirigir todas esas armas contra el pueblo de Afganistán en una lucha por el poder total.

«Yo tenía otro problema con la agencia —diría el embajador Oakley —. La misma gente que combatía a los soviéticos se estaba beneficiando del tráfico de narcóticos.» Afganistán era, y sigue siendo, la mayor fuente de heroína del mundo, con infinidad de hectáreas de opio que se cosechan dos veces al año. «Sospechaba que los servicios de inteligencia pakistaníes podían estar implicados, y que la CIA no iba a perturbar sus relaciones por aquella cuestión», diría Oakley.

«Seguí preguntando a la base para obtener información sobre aquel tráfico desde sus fuentes en el interior de Afganistán —explicaría—. Ellos negaban que tuvieran ninguna fuente capaz de hacer tal cosa. No podían negar que tuvieran fuentes, dado que estaban recibiendo información sobre armas y otras materias.»

«Incluso le planteé el asunto a Bill Webster —añadiría Oakley—. Pero jamás obtuve una respuesta satisfactoria. Nunca ocurrió nada.»

Webster invitó a los líderes de los rebeldes afganos a una comida en Washington. «No era precisamente un público fácil», recordaría.

Hekmatiar se contaba entre los invitados de honor. Cuando yo mismo tuve la ocasión de conocer personalmente a Hekmatiar en Afganistán unos años después, él juraba que iba a crear una sociedad islámica, y si ello costaba un millón de muertos más —decía—, así sería. En el momento de redactar estas líneas, la CIA sigue tratando de darle caza en Afganistán, donde él y sus fuerzas siguen matando a soldados de Estados Unidos y de otros países aliados.

El último soldado soviético salió de Afganistán el 15 de febrero de 1989. Las armas de la CIA seguían llegando. «Ninguno de nosotros previó realmente la consecuencia más importante», diría el embajador Oakley. En menos de un año empezaron a verse saudíes, ataviados con sus blancos ropajes, en las capitales de provincia y las aldeas en ruinas de Afganistán. Se proclamaron a sí mismos emires. Compraron las lealtades de los líderes locales y empezaron a construir pequeños imperios. Eran emisarios de una nueva fuerza de alcance mundial que pasaría a conocerse como al-Qaeda.

«Nos dimos media vuelta —diría Webster—. Y no teníamos que haberlo hecho.»

38

«¿Qué vamos a hacer cuando caiga el muro?»

La agencia celebró la toma de posesión de George Bush padre como presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1989. Al fin y al cabo él era uno de ellos, los apreciaba y los entendía. Fue, a decir verdad, el primer y único comandante en jefe estadounidense que sabía de verdad cómo funcionaba la CIA.

Bush se convirtió en su propio director de la central de inteligencia. Respetaba al juez Webster, pero sabía que sus hombres no, de modo que lo excluyó de su círculo de colaboradores más próximos. Bush quería extractos informativos diarios por parte de los profesionales encargados de realizarlos, y si no le satisfacían, entonces quería los informes en bruto. Si algo se estaba cociendo en Perú o en Polonia, quería enterarse por boca del propio jefe de base, y enseguida. Su fe en la agencia rozaba la creencia religiosa.

Dicha fe se vería seriamente sometida a prueba en Panamá. En la campaña electoral de 1988, Bush negó que se hubiera reunido jamás con el general Manuel Noriega, el notorio dictador de aquel país. Pero había fotografías que probaban lo contrario. Noriega había estado muchos años a sueldo de la CIA. Bill Casey había recibido al general en el cuartel general de la agencia cada año, y había viajado a Panamá al menos una vez para reunirse con él. «Casey lo veía como a un protegido suyo», diría Arthur H. Davis hijo, el embajador estadounidense en Panamá durante los mandatos de Reagan y de Bush.[1]

En febrero de 1988, en Florida, se inició un proceso judicial contra el general como capo del tráfico de cocaína, pero él permaneció en el poder adoptando una actitud de desprecio hacia Estados Unidos. Por entonces era ya del dominio público que Noriega era un asesino, además de un viejo amigo de la agencia. Aquel *impasse* resultaba

insoportable. «La CIA, que durante tanto tiempo había tratado con él, no quería poner fin a la relación», diría Robert Pastorino, uno de los miembros del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, que había pasado muchas horas con Noriega cuando era un alto cargo civil del Pentágono en la década de 1980.[2]

Tras el proceso judicial, la Casa Blanca de Reagan ordenó dos veces a la agencia que hallara un modo de desbancar a Noriega, y poco después de su toma de posesión, el presidente Bush volvió a dar instrucciones a la agencia de que derrocara al dictador. En todas esas ocasiones la agencia vaciló. El general Vernon Walters, por entonces embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, se mostraba especialmente receloso. «Como ex subdirector de la CIA —al igual que mucha gente del Pentágono que había estado en el Mando Sur de las fuerzas estadounidenses—, él no estaba especialmente ansioso por ver a Noriega trasladado a Estados Unidos y sometido a juicio por lo que fuera», diría Stephen Dachi, que conoció personalmente tanto al general Walters como al general Noriega, y que en 1989 fue el número dos en la embajada estadounidense en Panamá.[3] Los viejos amigos de Noriega en la agencia y en el ejército no querían verle testificar sobre ellos bajo juramento en un tribunal estadounidense.

Por orden del presidente Bush, la agencia se gastó 10 millones de dólares en respaldar a la oposición en las elecciones panameñas celebradas en mayo de 1989. Pero Noriega superó la cuarta operación que la CIA dirigía contra él. Luego el presidente Bush aprobó una quinta operación encubierta contra Noriega, que incluía el apoyo paramilitar para un golpe de Estado. Olvídelo, le respondieron los responsables de las operaciones encubiertas: solo una invasión militar a gran escala podría desbancar a Noriega. Algunos de los agentes más experimentados de la agencia en Latinoamérica —incluyendo al jefe de la base de Panamá, Don Winters— se mostraban reacios a alzarse contra el general.

Furioso, Bush hizo saber que se enteraba de más cosas sobre Panamá por la CNN que por la CIA. Aquello marcó el final de William Webster como director de la central de inteligencia, y a partir de ese momento el presidente haría planes para derribar a Noriega en

connivencia con el secretario de Defensa Dick Cheney, cuyo escepticismo con respecto a la agencia crecía con cada día que pasaba.

El fracaso de la CIA a la hora de destronar en secreto a su antiguo aliado obligó a Estados Unidos a montar su mayor operación militar desde la caída de Saigón. Durante la semana de Navidad de 1989, las bombas inteligentes redujeron a escombros los barrios pobres de la ciudad de Panamá, mientras los soldados de las fuerzas especiales se abrían paso a través de la capital. Veintitrés estadounidenses y centenares de civiles panameños inocentes murieron en las dos semanas que hicieron falta para arrestar a Noriega y llevárselo encadenado a Miami.

El agente de la CIA Don Winters declaró como testimonio de la defensa en el juicio de Noriega, en el que Estados Unidos admitió haber pagado al dictador un mínimo de 320.000 dólares a través de la agencia y del ejército estadounidense.[4] Winters describió a Noriega como el enlace más fiable de la CIA entre Estados Unidos y Fidel Castro, un aliado leal en la guerra contra el comunismo en Centroamérica, y un eje fundamental para la política exterior estadounidense (incluso había dado cobijo al exiliado sha de Irán). Noriega fue declarado culpable de ocho cargos de tráfico de drogas y de estafa. Gracias, en gran parte, al testimonio de Winters después del juicio, la condena de Noriega como prisionero de guerra se redujo en una década y la fecha de su posible libertad condicional se adelantó a septiembre de 2007.

«No podré volver a confiar en la CIA»

En 1990 hubo otro dictador que plantó cara a Estados Unidos, Saddam Hussein.

Durante la guerra entre Irán e Irak, que duró ocho años, el presidente Reagan había enviado a Don Rumsfeld como su emisario personal a Bagdad para estrecharle la mano a Saddam y ofrecerle el apoyo estadounidense. La agencia le había proporcionado a Saddam información de inteligencia militar, incluyendo datos sobre el frente

procedentes de satélites espía, y Estados Unidos le había otorgado licencias de exportación de alta tecnología, que Irak utilizó para tratar de construir armas de destrucción masiva.

La sesgada información de inteligencia suministrada por Bill Casey y la CIA fue un factor decisivo a la hora de tomar tales decisiones. «Se sabía que Saddam Hussein era un dictador brutal, pero muchos creían que representaba el mal menor —diría Philip Wilcox, el enlace del Departamento de Estado con la agencia—. Había estimaciones de inteligencia sobre la amenaza de Irán que, vistas retrospectivamente, exageraban la capacidad de dicho país de prevalecer en aquella guerra...»[5]

«De hecho, nos inclinamos a favor de Irak —explicaría—. Le proporcionamos información de inteligencia, eliminamos a Bagdad de la lista de estados que patrocinaban el terrorismo, y valorábamos positivamente los comentarios de Saddam Hussein dejando entrever que él apoyaba un proceso de paz árabe-israelí. Muchos empezaron a ver a Irak, de manera optimista, como un potencial factor de estabilidad, y a Saddam Hussein como un hombre con el que podíamos colaborar.»

Las contrapartidas por la inversión en Irak fueron extremadamente reducidas. No se obtuvo información de inteligencia. La agencia jamás se infiltró en la policía estatal iraquí. Carecía prácticamente de conocimientos de primera mano sobre el régimen. Su red de agentes iraquíes consistía en un puñado de diplomáticos y funcionarios de negocios en las embajadas extranjeras, unos hombres que sabían muy poco de los conciliábulos secretos de Bagdad. En un determinado momento, la CIA se vio forzada incluso a reclutar a un empleado iraquí de un hotel de Alemania.

En cambio, la agencia mantenía todavía una red de más de cuarenta agentes iraníes, incluyendo a oficiales militares de nivel medio que poseían ciertos conocimientos sobre el ejército iraquí. La base de la CIA en Frankfurt se comunicaba con ellos a través de la antigua técnica de la tinta invisible. Pero en el otoño de 1989, un empleado de la CIA envió cartas a todos los agentes, todas al mismo tiempo, todas desde el mismo buzón, todas escritas con la misma letra y todas a la

misma dirección. De modo que, cuando uno de los agentes fue desenmascarado, toda la red quedó al descubierto debido a aquel flagrante incumplimiento de las normas más básicas del espionaje. Todos los espías de la CIA fueron encarcelados, y muchos de ellos fueron ejecutados por traición.

«Los agentes arrestados fueron torturados hasta morir —diría Phil Giraldi, por entonces subjefe de la base de Estambul—. En la CIA no se castigó a nadie —añadiría—, y de hecho el jefe del elemento responsable incluso fue ascendido.»[6] El colapso de la red de agentes vino a cerrar la ventana de la CIA tanto a Irak como a Irán.

En la primavera de 1990, cuando Saddam empezó a movilizar de nuevo a su ejército, la CIA ni se enteró. De hecho, la agencia envió una estimación especial de inteligencia nacional a la Casa Blanca diciendo que las fuerzas armadas iraquíes estaban exhaustas, que necesitarían varios años para recuperarse de la guerra con Irán, y que no era probable que Saddam se embarcara en nuevas aventuras militares en un futuro próximo. Más tarde, el 2 de julio de 1990, el juez Webster le llevó al presidente Bush una serie de imágenes tomadas por satélites espía en las que se veían dos divisiones de la Guardia Republicana —integradas por decenas de miles de soldados iraquíes— concentrándose en la frontera de Kuwait. El titular del *National Intelligence Daily* —el boletín publicado por la CIA— del día siguiente rezaba: «¿Está Irak marcándose un farol?».[7]

Solo un destacado analista de la CIA, Charles Allen, el agente de inteligencia nacional encargado de dar la voz de alerta, evaluó lo mejor que supo las probabilidades de guerra. «Yo hice sonar la alarma —diría Allen—. Sorprendentemente, hubo muy pocos que la escucharon.»[8]

El 31 de julio, la CIA calificaba de improbable una invasión; puede que Saddam se apoderara de un número limitado de campos petrolíferos o de un puñado de islas, pero nada más. No sería hasta el día siguiente —veinte horas antes de la invasión— cuando el subdirector de la central de inteligencia, Richard J. Kerr, advirtió a la Casa Blanca de la inminencia de un ataque iraquí.

El presidente Bush no se creía a su propia CIA. Llamó por teléfono

al presidente de Egipto, al rey de Arabia Saudí y al emir de Kuwait, y todos le dijeron que Saddam jamás llevaría a cabo una invasión. El rey Hussein de Jordania le dijo a Bush: «Por parte iraquí, le envían sus mejores deseos y su más alta estima, señor».[9] De modo que el presidente de Estados Unidos se fue a dormir tranquilo. Horas después, la primera oleada de 140.000 soldados iraquíes cruzaba la frontera para tomar Kuwait.

El asesor de inteligencia más fiable del presidente estadounidense, Bob Gates, estaba celebrando un picnic familiar en las afueras de Washington, cuando apareció por allí una amiga de su esposa. ¿Qué está haciendo usted aquí?, le preguntó a Gates. ¿A qué se refiere?, repuso este. A la invasión, le dijo ella. ¿Qué invasión?, preguntó Gates. En resumen, pues: «No había precisamente demasiada información de inteligencia sobre lo que ocurría dentro de Irak», en palabras del secretario de Estado James Baker.[10]

Durante los dos meses siguientes, la CIA «actuó siguiendo una pauta, por desgracia, bastante habitual», diría Chas W. Freeman hijo, el embajador estadounidense en Arabia Saudí.[11] Lo que hizo fue pasarse al extremo opuesto. El 5 de agosto informó de que Saddam Hussein se disponía a atacar Arabia Saudí, cosa que jamás hizo. Aseguró al presidente que Irak no tenía ojivas químicas para sus misiles de corto y medio alcance. Luego afirmó con creciente confianza que Irak sí tenía ojivas químicas, y que era probable que Saddam las utilizara. No había ninguna evidencia que sustentara tales advertencias, y de hecho Saddam jamás estuvo cerca de emplear armas químicas durante la guerra del Golfo. Pero sí hubo un gran temor cuando empezaron a caer misiles Scud iraquíes sobre Riad y Tel Aviv.

En las semanas anteriores al 17 de enero de 1991, la fecha del comienzo de la guerra aérea en Irak, que duraría otras siete, el Pentágono invitó a la CIA a que seleccionara posibles objetivos para los bombardeos. Entre muchos otros emplazamientos, la agencia seleccionó un búnker militar subterráneo situado en Bagdad. El 13 de febrero, la fuerza aérea estadounidense lo hizo estallar, pero resultó que el búnker se estaba utilizando como refugio antiaéreo para civiles.

Murieron varios centenares de mujeres y niños. Después de eso ya no se volvió a pedir a la CIA que escogiera objetivos militares.

Después estalló una brutal disputa entre la agencia y el comandante estadounidense de la Operación Tormenta del Desierto, el general Norman Schwarzkopf. La disputa fue por las evaluaciones de los daños de combate, los informes diarios sobre el impacto militar y político de los bombardeos. Para el Pentágono, era imperativo asegurar a la Casa Blanca que los bombarderos estadounidenses habían destruido el suficiente número de misiles iraquíes como para proteger a Israel y a Arabia Saudí, y el suficiente número de tanques y blindados iraquíes como para proteger a las propias fuerzas terrestres norteamericanas. El general aseguraba al presidente y a la opinión pública que el trabajo se estaba haciendo bien. La CIA, por su parte, le decía al presidente que el general estaba exagerando el daño infligido a las fuerzas iraquíes. El caso es que ambos tenían razón, pero la agencia metió la pata al cuestionar al general. A raíz de ello, se le prohibió seguir realizando evaluaciones de daños de combate. El Pentágono pasó a asumir la tarea de interpretar las fotos de los satélites espía. El Congreso forzó a la CIA a asumir un papel de sumisión en sus relaciones con el ejército estadounidense, y tras la guerra se la obligó a crear una nueva oficina de asuntos militares para actuar solamente como segundo escalón de apoyo al Pentágono. La CIA pasó toda la década siguiente respondiendo a un montón de preguntas de los militares: ¿qué anchura tiene tal carretera?, ¿qué resistencia tiene tal puente?, ¿qué hay sobre aquella colina?... Durante cuarenta y cinco años, la CIA había tenido que responder a líderes civiles, no a oficiales uniformados; ahora, sin embargo, había perdido su independencia con respecto a la cadena de mando militar.

La guerra terminó con Saddam todavía en el poder, pero con la CIA debilitada. La agencia, creyéndose lo que le decían los exiliados iraquíes, informó de un supuesto potencial de rebelión contra el dictador. El presidente Bush hizo un llamamiento al pueblo iraquí para que se alzara y le derrocara. Los chiíes en el sur y los kurdos en el norte se creyeron lo que decía Bush, y la agencia empleó todos los medios a su alcance —sobre todo la propaganda y la guerra

psicológica— para fomentar una revuelta. Durante las siete semanas siguientes, Saddam aplastó sin compasión a los kurdos y a los chiíes, matando a miles de personas y enviando a varios miles más al exilio. La CIA empezó a colaborar entonces con los líderes de aquellos exiliados en Londres, Ammán y Washington, creando redes de cara al próximo golpe de Estado.

Tras la guerra, se envió a Irak una Comisión Especial de las Naciones Unidas con la misión de buscar armas químicas, biológicas y nucleares. Entre los investigadores de dicha comisión se incluían agentes de la CIA que actuaban bajo la bandera de la ONU. Richard Clarke, un miembro inusualmente apasionado del Consejo de Seguridad Nacional, recordaría posteriormente su incursión en el Ministerio de Agricultura iraquí, donde descubrieron al núcleo de la dirección del armamento nuclear de Saddam. «Fuimos allí, derribamos puertas, volamos cerraduras y penetramos en el sanctasanctórum —recordaría Clarke quince años después en un documental de televisión—. Los iraquíes reaccionaron de inmediato, rodearon las instalaciones e impidieron que los inspectores de la ONU pudieran salir. Sabíamos también que eso podía ocurrir, de modo que les habíamos dado teléfonos por satélite. Allí mismo tradujeron los informes nucleares del árabe al inglés y nos los leyeron a través de dichos teléfonos.» Finalmente determinaron que a Irak le faltaban probablemente de nueve a dieciocho meses para llevar a cabo su primera detonación de un arma nuclear.

«A la CIA se le había escapado por completo —diría Clarke—. Habíamos bombardeado todo lo que se podía bombardear en Irak, pero nos habíamos dejado una enorme instalación de desarrollo de armas nucleares. No sabíamos que estaba allí, y jamás lanzamos ni una bomba sobre ella. Al ver el informe, Dick Cheney dijo: “He aquí lo que dicen los propios iraquíes: que ahí está esa enorme instalación que nunca fue alcanzada durante la guerra; que estaban muy cerca de fabricar una bomba nuclear, y que la CIA no lo sabía”.»

Concluiría Clarke: «Estoy seguro de que [Cheney] se dijo para sus adentros: “Jamás podré volver a confiar en que la CIA me diga cuándo un país está a punto de fabricar una bomba nuclear”. No cabe duda de

que para el Dick Cheney que volvería a ocupar el cargo nueve años después esa sería una de las cosas que más grabadas tendría en su memoria: “Irak quiere un arma nuclear. Irak estuvo muy cerca de conseguir un arma nuclear. Y la CIA ni se enteró”».[12]

«Y AHORA LA MISIÓN HA TERMINADO»

La CIA «no tenía ni idea en enero de 1989 de que uno de los maremotos de la historia estaba a punto de arrollarnos», diría Bob Gates, que había abandonado el cuartel general de la agencia ese mismo mes para convertirse en el asesor adjunto de seguridad nacional del presidente Bush.[13]

La agencia había declarado intocable la dictadura de la Unión Soviética en el momento en que esta empezaba a desvanecerse. El primero de diciembre de 1988, el mes anterior al de la toma de posesión de Bush, la CIA publicó un informe oficial en la que afirmaba confiadamente que «los elementos básicos de la política de defensa y la práctica soviética hasta ahora no han cambiado por la campaña de reforma de Gorbachov».[14] Seis días después, Mijaíl Gorbachov subía al estrado de las Naciones Unidas y ofrecía una reducción unilateral de medio millón de efectivos en el ejército soviético. Aquello resultaba impensable, según declararía al Congreso Doug MacEachin —por entonces el jefe de los analistas de la agencia especializados en la Unión Soviética—, la semana siguiente; aun en el caso de que la CIA hubiera llegado a la conclusión de que tan trascendentales cambios estaban a punto de sacudir la Unión Soviética, «jamás habríamos sido capaces de hacerlo público, francamente —añadiría—. De haberlo hecho, la gente habría pedido mi cabeza».[15]

Mientras el Estado soviético se desvanecía, la CIA «informaba constantemente de que la economía soviética crecía —diría Mark Palmer, uno de los más experimentados kremlinólogos de la administración Bush—. Solían coger simplemente lo que anunciaban oficialmente los soviéticos, le descontaban un pequeño porcentaje y lo publicaban. Eso era erróneo, y cualquiera que pasara algún tiempo en

la Unión Soviética, en sus pueblos y ciudades, podía mirar a su alrededor y ver que aquello era descabellado». Así era el trabajo de los mejores pensadores de la CIA —como Bob Gates, durante años jefe de los analistas especializados en la Unión Soviética—, y Palmer encontraba ese hecho exasperante. «¡Pero si nunca había estado en la Unión Soviética! ¡No había estado allí ni una sola vez, y se suponía que era el mejor experto de la CIA!»[16]

De algún modo, a la agencia se le había escapado el hecho de que su principal enemigo estaba agonizando. «Hablaban de la Unión Soviética como si no leyeran los periódicos, y mucho menos desarrollaran una inteligencia clandestina», en palabras del almirante William J. Crowe hijo, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor durante la administración Bush.[17] Cuando empezaron a surgir las primeras grietas profundas en las repúblicas soviéticas, en la primavera de 1989, la CIA de hecho obtenía su información de los periódicos locales. Pero cuando llegaban, estos llevaban ya tres semanas de retraso.

Nadie en la agencia planteó la pregunta que Vernon Walters, recién nombrado por Bush embajador en Alemania, les planteó a sus hombres en mayo de 1989: «¿Qué vamos a hacer cuando caiga el muro?».[18]

El muro de Berlín llevaba cerca de treinta años en pie y representaba el mayor símbolo de la guerra fría. Cuando empezó a desmoronarse, una noche de noviembre de 1989, el jefe de la división soviética del servicio clandestino, Milt Bearden, se quedó sentado, sin decir palabra, en el cuartel general de la agencia, mirando atónito las noticias de la CNN. Aquella advenediza cadena se había convertido en un problema para la agencia; cuando se producía una crisis, la cadena proporcionaba lo que pasaba por ser información de inteligencia en tiempo real. ¿Cómo podía la CIA superar eso? Pero ahora la Casa Blanca estaba al teléfono: ¿qué está ocurriendo en Moscú?, ¿qué dicen nuestros espías? Resultaba difícil confesar que no había ni un solo espía soviético que valiera; todos habían sido detenidos y asesinados, y nadie en la CIA sabía por qué.[19]

La agencia quería avanzar hacia el este como un heroico

conquistador y capturar los servicios de inteligencia de Checoslovaquia, Polonia y Alemania Oriental, pero la Casa Blanca aconsejaba cautela. Lo mejor que podía hacer la CIA al principio era entrenar al personal de seguridad de los nuevos líderes como el dramaturgo checo Václav Havel, y esforzarse al máximo para tratar de hacerse con los expedientes saqueados de la Stasi, que un buen día empezaron a salir volando por una ventana en Berlín Este, arrojados a la calle por una multitud que había invadido el cuartel de la policía secreta.

Los servicios de inteligencia del comunismo soviético eran enormes y precisos instrumentos de represión. Habían servido sobre todo para espiar a sus propios ciudadanos, para aterrorizarlos, para tratar de controlarlos. Más grandes e implacables que la CIA, habían derrotado a sus enemigos en numerosas batallas en el extranjero, pero habían perdido la guerra, deshechos por la brutalidad y la banalidad del Estado soviético.

La pérdida de los soviéticos desgarró el corazón de la CIA. ¿Cómo podía vivir la agencia sin un enemigo? «Antaño resultaba fácil para la CIA ser única y misteriosa —diría Milt Bearden—. No era una institución. Era una misión. Y la misión era una cruzada. Luego nos quitaron a la Unión Soviética y ya no nos quedó nada. No tenemos una historia. No tenemos un héroe. Incluso nuestras medallas son secretas. Y ahora la misión ha terminado. *Finie*.»[20]

Cientos de veteranos del servicio clandestino cantaron victoria y se retiraron. Uno de ellos era Phil Giraldi, que había empezado como agente de campo en Roma y había terminado, dieciséis años después, como jefe de base en Barcelona. Su compañera en la base de Roma había sido una doctora en ciencias políticas especializada en política italiana; en Barcelona, en cambio, había sido una estudiante avanzada de inglés que ni siquiera hablaba español.

«La tragedia última es espiritual —diría—. La mayoría de los agentes más jóvenes que conocía han dimitido. Eran los mejores y los más brillantes. El 80 o el 90 por ciento de las personas que conocía lo han dejado correr cuando estaban a la mitad de su carrera profesional. Quedaba muy poca motivación. El entusiasmo había desaparecido.

Cuando yo me incorporé a la agencia, allá por el año 1976, existía cierto tribalismo. El espíritu de compañerismo que había en la agencia lo había creado ese tribalismo, y servía a un buen propósito.»[21] Pero ahora había desaparecido, y la mayor parte del servicio clandestino había desaparecido con él.

Ya en 1990 «aquello estaba evolucionando hacia una situación muy mala», en palabras de Arnold Donahue, un veterano de la agencia encargado de los presupuestos de seguridad nacional durante la administración Bush.[22] Cada vez que la Casa Blanca quería a «diez o quince personas más del servicio clandestino sobre el terreno para averiguar qué ocurría» en Somalia o en los Balcanes —es decir, cada vez que estallaba la crisis del momento—, le preguntaba a la CIA: «¿Contamos con un cuadro de gente lista para partir?». Y la respuesta era siempre: «No, en absoluto».

«Adaptarse o morir»

El 8 de mayo de 1991, el presidente Bush llamó a Bob Gates a la cabina delantera del avión *Air Force One* y le pidió que aceptara el puesto de director de la central de inteligencia. Gates se sintió emocionado a la vez que algo aterrado. Las audiencias parlamentarias que requería su confirmación oficial fueron un auténtico baño de sangre, una terrible prueba que se prolongó durante seis meses. Fue criticado por los pecados de Bill Casey y menospreciado por sus propios hombres. Gates deseaba abordar el futuro de la CIA, pero las audiencias se convirtieron en una batalla en torno a su pasado, dando voz a una airada multitud de analistas a quienes Gates y Casey habían represaliado durante años. Su ira era tanto profesional como personal. Atacaban toda una cultura de la falsedad y el autoengaño en la CIA. Harold Ford, que había servido con distinción en el transcurso de cuarenta años, diría que Gates —y la propia agencia— se había «equivocado de medio a medio» sobre lo que ocurría en realidad dentro de la Unión Soviética. Con ello se cuestionaba la propia razón de ser de la Agencia Central de Inteligencia.

Completamente aturdido, Gates se sentía como un boxeador que apenas fuera capaz de responder a la campana que anunciaba el siguiente asalto. Sin embargo, logró convencer a los senadores de que le apoyaran en «aquella oportunidad que no podía dejarse perder para reevaluar el papel, la misión, las prioridades y la estructura de la inteligencia estadounidense». Los votos favorables que obtuvo los debió, en no pequeña medida, al director y organizador del comité de inteligencia del Senado, George J. Tenet, que sería también el futuro director de la central de inteligencia. Tenet, de treinta y siete años de edad, tremendamente ambicioso, ferozmente gregario, hijo de unos inmigrantes griegos que regentaban un tugurio de hamburguesas en el barrio neoyorquino de Queens llamado Comidas Siglo XX, era la quintaesencia del mando intermedio: trabajador, leal a sus jefes y ansioso por complacer. Él se encargó de reunir evidencias para los senadores que solo querían pruebas de que Gates les cedería poder a fin de obtener un poco para sí mismo.

Mientras Gates se debatía en Washington, la CIA experimentaba momentos desconcertantes en el extranjero. En agosto de 1991, mientras se frustraba un golpe contra Gorbachov y la Unión Soviética empezaba a desmoronarse, la CIA no solo informaba en directo desde Moscú, sino desde el mejor sitio de la casa, el cuartel general de la inteligencia soviética en la plaza Dzerzhinski. Una de las estrellas de la división soviética, Michael Sulick, se dirigió a Lituania cuando esta proclamaba su independencia, convirtiéndose en el primer agente de la CIA que ponía el pie en una ex república soviética. Se presentó abiertamente a los nuevos líderes del naciente país, y se ofreció a ayudarles a crear un servicio de inteligencia. Pronto fue invitado a trabajar en las oficinas del nuevo vicepresidente, Karol Motieka. «Era surrealista que un agente de la CIA que se había pasado toda su carrera combatiendo a la Unión Soviética se encontrara allí solo sentado en el despacho del vicepresidente —escribiría Sulick en el diario de la agencia—. Si sólo unos meses antes me hubiese encontrado a solas en el despacho del vicepresidente de una república soviética, habría pensado que había tenido la suerte de encontrar un filón de información de inteligencia. Sentado allí tras el escritorio de

Motieka, lleno de documentos esparcidos por todas partes, mi único propósito era telefonear a Varsovia.»[23]

Los fragmentos de información de inteligencia tan laboriosamente extraídos clandestinamente por los espías en ningún momento habían llegado a proporcionar, ni de lejos, un panorama completo de la Unión Soviética. En el transcurso de la guerra fría, la CIA había logrado controlar exactamente a tres agentes capaces de proporcionar secretos de valor duradero sobre la amenaza militar soviética, pero los tres habían sido arrestados y ejecutados. Los satélites espía habían contado con precisión tanques y misiles, pero ahora esas cifras parecían irrelevantes. Los micrófonos y escuchas habían recogido miles de millones de palabras, pero ahora estas habían perdido su significado.

«Nueva consigna: adaptarse o morir», escribió Gates en un bloc antes de las reuniones con los jefes del servicio clandestino que se celebrarían los días 7 y 8 de noviembre de 1991, inmediatamente después de jurar su cargo como director de la central de inteligencia.[24] La semana siguiente, Bush envió una orden firmada a los miembros de su gabinete rotulada como Revisión de Seguridad Nacional n.º 29. La había redactado Gates durante los cinco meses anteriores, y en ella se pedía a todas las ramas del gobierno que definieran qué era exactamente lo que querían de la inteligencia estadounidense durante los quince años siguientes. «Este esfuerzo —anunció Gates a una audiencia de cientos de empleados de la CIA— [constituía] una monumental e histórica empresa.»

La revisión de seguridad nacional llevaba la firma de Bush, pero en realidad era una súplica de Gates al resto del gobierno: «Dígannos qué quieren». Él sabía que, para sobrevivir, la agencia tenía que demostrar cambios. Richard Kerr, subdirector de la central de inteligencia durante cuatro años bajo la administración Bush, preguntó en voz alta hacia dónde iba a ir la CIA en un futuro próximo. La agencia estaba «tan sometida a una revolución como la antigua Unión Soviética —dijo—. Hemos perdido la simplicidad de objetivos o la cohesión que esencialmente ha impulsado no solo a la inteligencia, sino a este país durante cuarenta y pico años».[25] Había desaparecido el consenso en torno a dónde residían los intereses de Estados Unidos y de qué modo

la CIA podía servir a dichos intereses.

Gates publicó una nota de prensa calificando la revisión de seguridad nacional como «la directiva de más amplio alcance de cara a evaluar las futuras necesidades y prioridades de la inteligencia desde 1947». Pero ¿cuáles eran esas necesidades? Durante la guerra fría, ningún presidente de Estados Unidos y ningún director de la central de inteligencia había tenido que hacerse esa pregunta. ¿Acaso la CIA debía centrarse ahora en los desdichados de la tierra o en el crecimiento de los mercados globales? ¿Qué resultaba más amenazador: el terrorismo o la tecnología? Durante el invierno, Gates elaboró su lista de tareas para los nuevos tiempos, que terminó en el mes de febrero y presentó al Congreso el 2 de abril de 1992. El texto definitivo incluía 176 amenazas, desde el cambio climático hasta los delitos cibernéticos. Encabezaban la lista las armas nucleares, químicas y biológicas. Luego venían los narcóticos y el terrorismo —ambos agrupados bajo el rótulo de «drogas y delincuentes» y con el terrorismo todavía en un segundo lugar—, y a continuación, el comercio mundial y la sorpresa tecnológica. Pero todo ello no tenía comparación con la enormidad de la Unión Soviética.

El presidente Bush decidió reducir el tamaño y redefinir el alcance de la agencia. Gates estuvo de acuerdo, ya que era una respuesta razonable al fin de la guerra fría. De modo que el poder de la CIA se vio reducido por decreto. Todo el mundo creía que la agencia sería más inteligente si era más pequeña. El presupuesto de inteligencia empezó a reducirse en 1991, y siguió cayendo durante los seis años siguientes. En 1992 los recortes ya se dejaron sentir, y ello en un momento en que se daba instrucciones a la CIA para que incrementara drásticamente su apoyo a las operaciones militares cotidianas. Más de veinte avanzadillas de la CIA fueron clausuradas, algunas grandes bases situadas en capitales importantes vieron reducido su tamaño en más de un 60 por ciento, y el número de agentes del servicio clandestino que operaban en el extranjero cayó en picado. Los analistas se vieron aún más afectados. Doug MacEachin, que por entonces era su jefe, declaró que consideraba muy difícil realizar análisis serios con «un puñado de chicos de diecinueve años en turnos

de dos años».[26] Aquello resultaba algo exagerado, aunque no mucho.

«Las tensiones aumentan con los recortes presupuestarios», escribía Gates en un diario de trabajo privado no mucho después de su toma de posesión.[27] Dichos recortes proseguirían, y en los años siguientes Bush y muchos otros culparían de ello a los progresistas más radicales. Pero los registros documentales demuestran que fueron igualmente obra suya. Iban acordes con el espíritu de la época, captado perfectamente en un anuncio de televisión que Bill Colby grabó para un grupo de presión denominado Coalición pro Valores Democráticos cuando se inició la campaña electoral de 1992.

«Soy William Colby, y he sido director de la CIA —decía—. La tarea de la inteligencia consiste en advertir a nuestro ejército de los peligros. Ahora la guerra fría ha terminado y la amenaza militar es mucho menor. Ha llegado el momento de recortar nuestro gasto militar en un 50 por ciento y de invertir ese dinero en nuestras escuelas, en la atención sanitaria y en nuestra economía.» Era lo que pasaría a conocerse, en expresión célebre, como el «dividendo de la paz».

Pero esa paz resultaría ser tan fugaz como lo fue la que siguió a la Segunda Guerra Mundial, aunque esta vez no habría desfiles de la victoria y los veteranos de la guerra fría tendrían motivos para llorar a su derrotado enemigo.

«Si uno va a meterse en eso del espionaje, tiene que estar motivado —me diría en cierta ocasión Richard Helms, con los ojos entornados y en voz baja e insistente—. No se trata de un juego divertido. Es algo sucio y peligroso. Siempre existe la posibilidad de que uno se queme. En la Segunda Guerra Mundial, en la OSS, sabíamos cuál era nuestra motivación: "derrotar a los malditos nazis". En la guerra fría sabíamos cuál era nuestra motivación: "derrotar a los malditos rusos". Pero de repente la guerra fría se ha terminado, y ahora ¿cuál es la motivación? ¿Qué impulsaría a alguien a dedicar su vida a hacer ese tipo de cosas?»

Gates pasó un año tratando de responder a esas preguntas, días y días de declaraciones en el Capitolio, de reforzar apoyos políticos, de

pronunciar discursos públicos, de dirigir grupos de trabajo y mesas redondas, de prometer más información de inteligencia para los militares, menos presión política sobre los analistas, un ataque exhaustivo a las diez principales amenazas, una nueva CIA, una CIA mejor… Pero no tuvo tiempo de materializar ninguna de aquellas visiones; cuando llevaba diez meses en el cargo, hubo de dejar a un lado su trabajo para salir disparado hacia Little Rock, la capital de Arkansas, a fin de informar al hombre que iba a ser el próximo presidente de Estados Unidos.

Sexta parte

«Hora de pasar cuentas»

La CIA durante los mandatos de Clinton y Bush hijo (1993-2007)

39

«No teníamos datos»

Ningún presidente estadounidense desde Calvin Coolidge había llegado a la Casa Blanca pensando menos en el resto del mundo que Bill Clinton. Cuando hacía girar el globo terráqueo, este volvía invariablemente a una posición en la que le mostraba solo el territorio de Estados Unidos.

Nacido en 1946, y no más viejo que la CIA, Clinton se había forjado en la resistencia a la guerra de Vietnam y el servicio militar obligatorio, se había perfeccionado como político en los asuntos locales y estatales de Arkansas, y había sido elegido con la promesa de reavivar la economía estadounidense. No había ni un solo aspecto de política exterior entre los cinco puntos más importantes de su agenda. No tenía ideas profundas sobre los intereses estratégicos norteamericanos después de la guerra fría. Veía la época en la que tomó posesión de su cargo como «un momento de inmensas oportunidades democráticas y empresariales», en palabras de su asesor de seguridad nacional, Tony Lake.[1] La administración Clinton tenía ya ocho meses de vida cuando Lake declaró por primera vez cuál iba a ser la nueva política exterior de Estados Unidos: incrementar el número de mercados libres del mundo. Se trataba más de un plan comercial que de una política propiamente dicha. Clinton equiparaba el libre comercio a la libertad, como si vender productos estadounidenses equivaliera a propagar los valores estadounidenses por el mundo.

El equipo de seguridad nacional de Clinton era de segunda clase. El presidente eligió al congresista Les Aspin, de nobles pensamientos pero algo atolondrado, como secretario de Defensa; duraría menos de un año. Como secretario de Estado, escogió al prestigioso fiscal Warren Christopher; un hombre formal y distante, que manejaba las

grandes cuestiones globales como si fueran asuntos de jurisprudencia. Y en el último momento Clinton escogió también a un nervioso veterano del Consejo de Seguridad Nacional de Richard Nixon para que ocupara el cargo de director de la central de inteligencia.

R. James Woolsey hijo era un abogado de cincuenta y un años de edad, y experimentado negociador en las conversaciones sobre limitación de armamentos, que había sido subsecretario de Marina durante la administración Carter. Sus abultadas sienes y su agudo ingenio le hacían parecer una especie de pez martillo de extremada inteligencia. Un mes después de la elección de Clinton, Woolsey pronunció un brillante discurso en el que declaró que Estados Unidos llevaba cuarenta y cinco años luchando contra un dragón, y que finalmente lo había matado, aunque solo para encontrarse en una jungla llena de serpientes venenosas. Nadie había expresado nunca una visión más vívida de la inteligencia estadounidense tras la guerra fría. Unos días después recibió la llamada telefónica, viajó a Little Rock y se reunió con Clinton pasada la medianoche del 22 de diciembre. El despreocupado nuevo presidente le habló de su juventud en Arkansas y le preguntó a Woolsey por su propia infancia en la vecina Oklahoma, arrastrándole consigo en un corto viaje al mundo de los recuerdos de la década de 1950. Al amanecer, Woolsey se enteró de que iba ser el siguiente director de la central de inteligencia.[2] Quince minutos antes del anuncio oficial, aquella misma mañana, Dee Dee Myers, la secretaria de Prensa de Clinton, repasó sus notas y dijo:

—Almirante, ignoro si usted también ha ocupado algún cargo en la administración Bush.

—Dee Dee —le respondió Woolsey—, yo no soy almirante. En el ejército jamás logré pasar de capitán.

—¡Vaya! —dijo ella—. Más vale que arreglemos la nota de prensa.[3]

Luego se fue lo más deprisa que pudo. Al encontrarse el aeropuerto sumergido en la niebla, Woolsey engatusó a un agente de la CIA para que le llevara en coche a Dallas a fin de poder llegar en avión a California por Navidad. Aquel sería su último acto de libre albedrío durante mucho tiempo, ya que estaba a punto de convertirse en

prisionero de guerra de la CIA.

En el transcurso de los dos años siguientes, Woolsey se reuniría exactamente dos veces con el presidente de Estados Unidos, estableciendo un récord a la baja en los anales de la agencia. «No es que tuviera una mala relación con el presidente —diría años después —. Simplemente no tenía ninguna.»

Los altos cargos de la CIA servían, pues, a un director que sabían que estaba en la higuera y a un presidente que creían que estaba en la inopia. «Con Bush manteníamos una fabulosa relación con la Casa Blanca: fiestas navideñas en Camp David y esa clase de cosas —diría Tom Twetten, jefe del servicio clandestino desde comienzos de 1991 hasta finales de 1993—. Y luego todo eso se quedó en nada. Después de unos seis meses con Clinton, vamos y nos damos cuenta de que nadie ha visto al presidente o al Consejo de Seguridad Nacional.»[4] Sin la dirección del presidente, la CIA se encontraba impotente; era como un barco a la deriva.

Aunque Clinton tomó posesión de su cargo en un estado de obstinada ignorancia con respecto a la CIA, no tardó en acudir al servicio clandestino para resolver sus problemas en el extranjero, y durante sus primeros dos años de mandato ordenó docenas de propuestas de acción encubierta.[5] Cuando este no lograba proporcionarle soluciones rápidas, el presidente se veía forzado a acudir a sus comandantes militares, que le menospreciaban de manera casi unánime por haber sido un insumiso. Los resultados fueron espantosos.

«No existía ninguna red de inteligencia»

«No hubo prueba más dura que Somalia», diría Frank G. Wisner, hijo del fundador del servicio clandestino de la CIA.[6]

Somalia fue una víctima de la guerra fría. El aprovisionamiento al por mayor de armas a las facciones enfrentadas de este país por parte de Estados Unidos y la Unión Soviética dejó enormes arsenales en manos de los clanes en guerra. En 1992, el día anterior a la festividad

estadounidense de Acción de Gracias (el cuarto jueves de noviembre), el presidente Bush había autorizado una intervención militar norteamericana con fines humanitarios; en Somalia ya habían muerto de hambre medio millón de personas, y seguían muriendo diez mil cada día cuando la administración Bush tocaba a su fin. Ahora los diversos clanes se dedicaban a robar la comida proporcionada por la ayuda humanitaria y a matarse entre sí. La misión de alimentar a la gente que moría de hambre se convirtió rápidamente en una operación militar contra el más fuerte de los caudillos militares somalíes, el general Mohamed Farrah Aidid. El día de la investidura, en 1993, tras haber actuado momentáneamente como secretario de Estado en funciones, Wisner se trasladó al Pentágono como subsecretario de Defensa para cuestiones políticas. Miró a Somalia y encontró un vacío; dos años antes, la administración Bush había cerrado la embajada estadounidense y la CIA había hecho lo propio con su base en dicho país.

«No teníamos datos —diría Wisner—. No existía ninguna red de inteligencia. No había forma de conocer la dinámica.» Se trataba de un problema que Wisner tendría que resolver con la ayuda de la CIA. Creó una fuerza operativa para Somalia, encargada de desplegar comandos de las fuerzas especiales norteamericanas, y acudió a la agencia para que esta actuara como sus ojos y oídos sobre el terreno. La tarea recayó en Garrett Jones, el recién nombrado jefe de la base de Somalia. Jones, que había sido detective de la policía de Miami, se encontró de golpe en medio de la nada, con siete agentes a sus órdenes y la misión de derrotar al ejército de guerreros que tenía ante sí. Su cuartel general era una devastada sala de la residencia abandonada del embajador en Mogadiscio. En unos días, su mejor agente somalí se pegó un tiro en la cabeza, otro resultó muerto por un cohete disparado desde un helicóptero estadounidense, su subjefe de base recibió un disparo en el cuello de un francotirador y estuvo a punto de morir, y el propio Jones se encontró con que la caza del hombre emprendida contra Aidid y sus lugartenientes le condujo a una serie de callejones sin salida, además de provocar la muerte de 18 soldados norteamericanos en un enfrentamiento en el que también

murieron 1.200 somalíes.

El balance sobre Somalia corrió a cargo del almirante William Crowe, que había dimitido de su cargo de presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor para convertirse en el jefe de la Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia, el «consejo de ancianos» creado por Eisenhower. La junta investigó el asunto y concluyó que «el fracaso de la inteligencia en Somalia se debió al Consejo de Seguridad Nacional —en palabras del almirante Crowe—. Este esperaba que la inteligencia tomara sus decisiones por él en lugar de limitarse a darle información sobre lo que estaba ocurriendo allí. No podía entender por qué la inteligencia no le aconsejaba correctamente acerca de qué tenía que hacer.

»Ello creó una considerable confusión en torno a lo que ocurría en Somalia —añadiría Crowe—. El propio presidente no estaba demasiado interesado en la inteligencia, lo cual era más desafortunado.»[7]

El resultado fue una creciente desconfianza mutua entre la Casa Blanca y la CIA.

«Represalia eficaz contra las mujeres de la limpieza iraquíes»

A comienzos de 1993, el terrorismo no era una cuestión que ocupara un lugar prioritario en la mente de la mayoría del personal de la agencia. Estados Unidos no había emprendido ninguna acción significativa contra ninguna fuente de terrorismo desde que se hiciera público que había estado vendiendo misiles a Irán. En 1991, todos los rehenes estadounidenses capturados durante los años de Reagan habían vuelto a casa desde Beirut, aunque Bill Buckley lo hizo dentro de una caja. En 1992 hubo serias conversaciones sobre la posibilidad de cerrar el centro de lucha antiterrorista de la CIA. La cosa estaba tranquila, y la gente pensaba que quizá el problema se había resuelto.

No mucho después del amanecer del 25 de enero de 1993, el quinto día de la administración Clinton, Nicholas Starr, un funcionario de carrera de la CIA de sesenta años de edad, ocupaba el primero de los

vehículos que aguardaban en fila delante de un semáforo en rojo situado ante la entrada principal del cuartel general de la agencia.[8] El semáforo tarda una eternidad en ponerse verde, y los coches permanecen allí, de espaldas al horizonte de la Ruta 123, esperando para entrar en los tranquilos bosques de la sede central de la CIA. A las 7.50 de la mañana, un joven pakistaní bajó de su coche y empezó a abrir fuego con un fusil de asalto AK-47. Primero disparó a Frank Darling, de veintiocho años, que trabajaba como comunicador de operaciones encubiertas, alcanzándole en el hombro derecho, mientras su esposa gritaba horrorizada. Luego el pistolero se dio la vuelta, disparó y mató al doctor Lansing Bennett, de sesenta y seis años, médico de la CIA. A continuación alcanzó a Nick Starr en el brazo y el hombro izquierdos, y luego disparó a Calvin Morgan, de sesenta y un años, ingeniero de la CIA, y a Stephen Williams, de cuarenta y ocho, posteriormente identificado en el sumario judicial como empleado de la agencia. Después el asesino se volvió de nuevo y le voló la cabeza a Darling. Y luego se marchó. Gravemente herido, Nick Starr logró llegar como pudo hasta la garita de vigilancia de la entrada de la CIA y allí dio la alarma.

El presidente Clinton jamás fue al cuartel general de la agencia a presentar sus respetos a los muertos y heridos. En lugar de ello, envió a su esposa. Es difícil calibrar la enorme furia que este hecho produjo en la agencia. En cambio, cuando Fred Woodruff —jefe de base en funciones en la ciudad rusa de Tbilisi, Georgia— resultó muerto de un disparo, en un asesinato realizado aparentemente al azar, aquel verano mientras hacía turismo, Woolsey se anotó un tanto al atravesar medio mundo para recibir sus restos mortales.

El 26 de febrero de 1993, un mes después del tiroteo a las puertas de la agencia, estalló una bomba en el garaje subterráneo del neoyorquino World Trade Center. Murieron seis personas, y más de un millar resultaron heridas. Al principio el FBI creyó que los autores eran separatistas balcánicos, pero al cabo de una semana se hizo evidente que los terroristas eran acólitos de un jeque egipcio ciego que vivía en Brooklyn, Omar Abdel Rahman. Su nombre disparó todas las alarmas en el cuartel general de la agencia. El jeque había reclutado a

varios centenares de combatientes árabes para la guerra contra los soviéticos en Afganistán bajo la bandera de la Yemaa Islamiya, o Comunidad Islámica. Juzgado y absuelto del asesinato del presidente Anwar al-Sadat en 1981, a pesar de ello había permanecido bajo arresto domiciliario en Egipto hasta 1986. Apenas quedó en libertad, empezó a tratar de entrar en Estados Unidos. Finalmente lo logró en 1990. Pero ¿cómo lo hizo? El jeque era un conocido sedicioso, y según se revelaría más tarde, el líder espiritual de una conspiración para matar a miles de estadounidenses.

Su visado había sido emitido en la capital de Sudán, «por un miembro de la Agencia Central de Inteligencia en Jartum —diría Joe O'Neill, el encargado de negocios de la embajada estadounidense—. La agencia sabía que estaba recorriendo la zona en busca de un visado, pero jamás nos los dijo».[9] O'Neill creía que debía de haber sido un error: «Aquel nombre tuvo que dejarles pasmados». En realidad, los agentes de la CIA habían revisado ya siete solicitudes de Abdel Rahman para entrar en Estados Unidos, y en las siete habían dado su aprobación. «No puedo explicar lo terrible que resulta que ocurriera tal cosa —diría O'Neill—. Era algo espantoso.»

El 14 de abril de 1993, George Bush padre llegó a Kuwait para conmemorar la victoria en la guerra del Golfo. Su esposa, dos de sus hijos y el ex secretario de Estado Jim Baker se hallaban entre quienes le acompañaban. En aquel viaje, la policía secreta kuwaití arrestó a diecisiete hombres y les acusó de estar confabulados para asesinar a Bush con un coche bomba: unos 90 kilogramos de explosivo plástico escondidos en un Toyota Land Cruiser. Sometidos a tortura, algunos de los sospechosos confesaron que el servicio de inteligencia iraquí estaba detrás del intento de asesinato. El 29 de abril, los técnicos de la CIA informaron de que la construcción de la bomba llevaba la firma de los iraquíes. Unos días más tarde, el FBI empezó a interrogar a los sospechosos. Dos de ellos dijeron que habían sido enviados por Irak. La única parte del rompecabezas que no parecía encajar eran los propios sospechosos. La mayoría de ellos eran contrabandistas de whisky, camellos de hachís y veteranos con neurosis de guerra. Pero finalmente la CIA concluyó que Saddam Hussein había tratado de

asesinar al presidente Bush.[10]

Durante el mes siguiente, el presidente Clinton estuvo sopesando cuál iba a ser su respuesta. Alrededor de la una y media de la madrugada del 26 de junio, día de descanso para los musulmanes, veintitrés misiles Tomahawk cayeron en y alrededor del cuartel general de la inteligencia iraquí, un conjunto de siete grandes edificios situados dentro de un complejo amurallado en el centro de Bagdad. Al menos uno de los misiles impactó en un bloque de pisos y mató a varios civiles inocentes, incluida una destacada artista iraquí y su esposo. El general Colin Powell, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, declaró que el bombardeo pretendía ser «proporcional al ataque contra el presidente Bush».[11]

El director de la central de inteligencia se enfureció ante aquel sentido presidencial de la proporción. «Saddam trata de asesinar al ex presidente Bush —diría Woolsey años después—, y el presidente Clinton lanza un par de docenas de misiles de crucero sobre un edificio vacío en plena noche en Bagdad, tomando así una represalia eficaz contra las mujeres de la limpieza y los vigilantes nocturnos iraquíes, aunque no tan eficaz contra Saddam Hussein.»[12] No mucho después de eso, añadiría: «Nuestros helicópteros eran abatidos en Mogadiscio, y nosotros —al igual que en Beirut diez años antes— cogimos y nos marchamos».

Con las imágenes de los soldados del ejército estadounidense arrastrándose por las calles de Mogadiscio todavía frescas en la mente de los norteamericanos, Clinton se dispuso a restaurar en el poder al presidente electo de Haití, el sacerdote izquierdista Jean-Bertrand Aristide. Clinton le consideraba como el legítimo gobernante del pueblo haitiano, y quería que se hiciera justicia. Ello requería deshacer la junta militar que había echado a Aristide. Muchos de sus líderes habían estado durante años a sueldo de la CIA, actuando como informadores de confianza para el servicio clandestino.[13] Este hecho constituyó una desagradable sorpresa para la Casa Blanca, como lo fue asimismo la revelación de que la agencia había creado un servicio de inteligencia haitiano cuyos jefes militares apenas hacían poco más que distribuir cocaína colombiana, destruir a sus enemigos

políticos y preservar su poder en la capital, Puerto Príncipe. La agencia se veía ahora en la difícil posición de tener que derrocar a sus propios agentes.

Ello provocó un conflicto directo entre Clinton y la CIA. Y lo mismo hizo la acertada opinión de la agencia de que Aristide no era precisamente un dechado de virtudes. Woolsey calificaría aquel conflicto de ideológico. El presidente y sus colaboradores «querían desesperadamente que en la CIA dijésemos que Aristide iba a ser de hecho el Thomas Jefferson de Haití —recordaría más tarde—. Nosotros nos negamos airadamente a hacerlo, y señalamos tanto sus puntos débiles como algunas de las cosas positivas que tenía. Por culpa de eso no éramos muy populares».[14] Woolsey tenía razón solo en parte. La Casa Blanca consideraba incómodo el análisis de la CIA de las debilidades de Aristide, pero también encontraba espantosos a los antiguos aliados de la agencia en Haití.

Furioso porque la CIA le plantara cara en lo de Haití, paralizado por su incapacidad de formular una política exterior, y conmocionado por el fracaso de Somalia, Clinton deseaba retirarse durante algún tiempo de cualquier aventura en el Tercer Mundo. Pero en cuanto los soldados y espías estadounidenses empezaron a salir del Cuerno de África, donde habían ido a realizar una misión humanitaria y habían acabado matando y muriendo, se pidió que fueran a salvar vidas en Ruanda, donde dos tribus se enfrentaban encarnizadamente.

A finales de enero de 1994, la Casa Blanca ignoró conscientemente un estudio de la CIA que afirmaba que en Ruanda podían morir medio millón de personas.[15] Pronto el conflicto se convirtió en uno de los mayores humanitarios de todo el siglo XX. «Nadie se preocupó realmente de la gravedad de la situación hasta que las cosas estuvieron fuera de control —diría Mort Halperin, por entonces miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Clinton—. No había imágenes visuales y tampoco había demasiada información.» Reacia a implicarse en países cuyos sufrimientos no aparecieran por televisión, la administración Clinton se negó a calificar de genocidio las matanzas unilaterales. La respuesta del presidente estadounidense a la situación de Ruanda fue la decisión de definir de manera restrictiva los intereses

nacionales estadounidenses con respecto al destino de remotos estados fallidos cuyo colapso no afectara directamente a Estados Unidos; lugares como Somalia, Sudán y Afganistán.[16]

«Volarla en pedazos»

Woolsey perdía casi cada batalla que emprendía, y había muchas de ellas. Cuando se hizo evidente que no podría restaurar el dinero y el poder que antaño tuviera la agencia, la mayoría de las estrellas que aún quedaban de la generación de la guerra fría habían empezado a apagar las luces y a marcharse a casa. Los veteranos habían sido los primeros en desaparecer. Luego fueron los agentes más prometedores, que rondaban la treintena o la cuarentena, los que se marcharon para iniciar una nueva trayectoria profesional en otra parte. Por otro lado, reclutar nuevos talentos, jóvenes de veinte años, se hacía cada año más y más difícil.

Las capacidades intelectuales y operativas de la CIA se desvanecían. El cuartel general de la agencia estaba gestionado por administrativos profesionales que distribuían unos fondos cada vez más exiguos sin tener ni la menor idea de qué era lo que funcionaba y lo que no funcionaba sobre el terreno. Carecían de un sistema que les permitiera diferenciar los programas que funcionaban de los que no lo hacían. Sin ningún marcador donde anotar los éxitos y los fracasos, tenían muy poca información para mover a sus jugadores en el campo. Conforme se iba reduciendo el número de operadores y analistas experimentados en la CIA, la autoridad del director de la central de inteligencia se veía minada por sus propios mandos intermedios, un cuadro cada vez mayor de asistentes especiales, ayudantes de dirección y grupos de trabajo que crecía hasta desbordar la capacidad del cuartel general y tener que repartirse por despachos alquilados en los centros comerciales y los polígonos industriales de Virginia.

Woolsey se encontró presidiendo una burocracia secreta cada vez más desconectada del resto del gobierno estadounidense. Como un hospital de una gran ciudad cuyas malas prácticas hicieran enfermar a

los pacientes, la CIA cometía constantes errores como parte de sus actividades cotidianas. La inteligencia estadounidense había empezado a parecerse al «monstruo de Frankenstein»,[17] en palabras de James Monnier Simon hijo, el jefe de la administración de la CIA a finales del siglo XX: «una amalgama de piezas mal encajadas, unidas en momentos distintos por operarios diferentes, y a veces también indiferentes», que sufrían de «un sistema nervioso defectuoso que paraliza su coordinación y su equilibrio».

Los problemas eran demasiado complicados para tener un arreglo rápido. Al igual que una lanzadera espacial, la agencia era un sistema complejo que podía estallar si fallaba un solo componente. La única persona con el poder suficiente como para empezar a hacer encajar las piezas era el presidente de Estados Unidos. Pero Clinton no supo encontrar tiempo para entender qué era la CIA, cómo funcionaba o dónde encajaba con el resto del gobierno estadounidense. El presidente delegó todo eso en George Tenet, al que llevó a la Casa Blanca como director de inteligencia del Consejo de Seguridad Nacional.

A los catorce meses de iniciada la administración Clinton, Tenet reflexionaba ante un café doble y un cigarro en la terraza de una cafetería situada a dos manzanas de la Casa Blanca. ¿Y qué era lo que él creía que había que hacer para cambiar la CIA? «Volarla en pedazos», según sus propias palabras. Obviamente, con ello Tenet se refería a una destrucción creativa, a una reconstrucción partiendo de cero. Sin embargo, no dejan de ser unas palabras llamativas.

40

«¿Por qué diablos no lo sabíamos?»

Fred Hitz, el inspector general de la CIA, decía que su trabajo consistía en pasear por el campo de batalla cuando empezaba a disiparse el humo y rematar a los heridos. Sus investigaciones internas resultaban tan esmeradas como implacables. Era de la vieja escuela dentro de la agencia, reclutado en su último año en Princeton tras haber sido seleccionado por el decano. El destino querría que su caso más importante tuviera relación con su compañero de clase en el curso de entrenamiento para la CIA, en 1967, un agente quemado y alcohólico de la antigua división soviética que respondía al nombre de Aldrich Hazen Ames.

El 21 de febrero de 1994, un equipo de agentes del FBI sacaron a Ames a rastras de su Jaguar cuando salía de su residencia en las afueras para dirigirse al cuartel general de la agencia, le pusieron unas esposas y se lo llevaron. Tras su arresto, tuve la oportunidad de ir a verle a la cárcel del condado de Alexandria, en Virginia. Era un hombre de cabello gris, de cincuenta y tres años de edad, que había estado espiando para los soviéticos durante cerca de nueve años. Pronto se le iba a enviar a un definitivo y solitario confinamiento, y estaba deseoso de hablar.

Ames era un insatisfecho y un hipocondríaco que encontró trabajo en la agencia gracias a que su padre antaño había trabajado en ella. Hablaba un ruso pasable y escribía interesantes informes con un estilo sobrio, pero su historial personal era una crónica de ebriedad e ineptitud. En diecisiete años no había logrado ascender, y luego, en 1985, había alcanzado su cima, el puesto de jefe del contraespionaje para la Unión Soviética y Europa del Este. Se sabía que era un alcohólico insatisfecho, pero pese a ello, la agencia le dio acceso a los expedientes de casi todos los espías importantes que trabajaban para

Estados Unidos detrás del telón de acero.

Para entonces había llegado a despreciar a la agencia. Consideraba absurdo decir que la amenaza soviética a Estados Unidos era inmensa y creciente, y decidió que él tenía mejor criterio. «Yo sé lo que es realmente la Unión Soviética, y sé lo que es mejor para la política exterior y la seguridad nacional —recordaría posteriormente que pensaba por entonces—. Y voy a actuar en consecuencia.»[1]

Ames obtuvo permiso de sus superiores para reunirse con un funcionario de la embajada soviética en Washington, fingiendo que podía reclutar al ruso. En abril de 1985, y a cambio de 50.000 dólares, le había revelado al agente de la inteligencia soviética los nombres de tres ciudadanos rusos que trabajaban para la CIA. Luego, unos meses después, dio todos los nombres que sabía; a cambio, Moscú le dio 2 millones de dólares.

Uno a uno, todos los espías que Estados Unidos tenía en la Unión Soviética fueron arrestados, juzgados, encarcelados y ejecutados. Cuando murieron —explicaría Ames—, saltaron «todas las alarmas» en el servicio clandestino. «Fue como si todo el Kremlin se iluminara con faros y luces de neón, cuyo brillo atravesara el Atlántico como diciendo: “Hay una infiltración”.» Pero los jefes de la CIA se negaban a creer que uno de los suyos les hubiera traicionado. Utilizando agentes dobles y engaños, la KGB manipuló hábilmente las percepciones de la agencia sobre el caso. Tenía que haber sido una escucha; no podía haber un topo.

Ames proporcionó también a Moscú las identidades de varios cientos de colegas de la CIA y un resumen exhaustivo del trabajo que realizaban. «Sus nombres se entregaron al servicio de inteligencia soviético, así como los detalles relativos a una serie de operaciones que había emprendido Estados Unidos —diría Hitz—. Eso empezó en 1985, pero se prolongó hasta uno o dos años antes de su arresto, y Ames fue un ávido recolector de información que suministrar a su agente de enlace soviético. De modo que, en estrictos términos de inteligencia, fue un verdadero horror.»[2]

La agencia sabía que algo había destruido las operaciones soviéticas. Pero necesitó siete años para empezar a afrontar los hechos. La CIA

era incapaz de investigarse a sí misma, y Ames lo sabía. «Siempre acababas topándote con gente que alzaba las manos y decía: "No podemos hacerlo" —diría con una sonrisa de satisfacción—. Tienes a dos, o tres, o cuatro mil personas corriendo de aquí para allá y haciendo espionaje. No puedes vigilarlas. No puedes controlarlas. No puedes supervisarlas. Y ese es probablemente el mayor problema de un servicio de espionaje. Este tiene que ser pequeño. En el momento en que se hace grande, tienes algo como la KGB, o algo como nosotros.»

«Una violación de la norma número uno»

Hitz necesitó más de un año desde el arresto para evaluar los daños que había causado Ames. Al final descubrió que la propia CIA había formado parte de un elaborado engaño.

Entre los documentos clasificados como de más alto secreto que produjo la agencia durante y después de la guerra fría se contaban los informes denominados de «borde azul», que llevaban una franja de color azul en uno de sus lados para denotar su importancia, y en los que se evaluaba la capacidad de los misiles, tanques, jets, bombarderos, estrategias y tácticas de Moscú. Estaban firmados por el director de la central de inteligencia y se enviaban al presidente, al secretario de Defensa y al secretario de Estado. «Para hacer eso es para lo que existe la comunidad de la inteligencia», diría Hitz.

Durante ocho años, entre 1986 y 1994, los altos cargos de la CIA responsables de esos informes habían sabido que algunas de sus fuentes de información estaban controladas por la inteligencia rusa. La agencia entregaba a sabiendas a la Casa Blanca información manipulada por Moscú, y ocultaba deliberadamente la verdad. Pero revelar que había estado produciendo desinformación habría resultado demasiado embarazoso. Noventa y cinco de aquellos informes contaminados alteraron las percepciones estadounidenses sobre los principales logros militares y políticos de Moscú. Once de ellos fueron a parar directamente a los presidentes Reagan, Bush y Clinton. En

conjunto, distorsionaron y redujeron la capacidad de Estados Unidos para comprender lo que ocurría en Moscú.

«Fue un descubrimiento increíble», diría Hitz. El funcionario de la CIA que era el principal responsable de aquellos informes insistía —como había hecho Ames— en que él sabía más que nadie; él sabía qué era verdad y qué no lo era. El hecho de que la información procediera de fuentes engañosas no significaba nada. «Él tomaba sus propias decisiones —diría Hitz—. Era escandaloso.»

«Lo que quedó de todo aquel episodio fue la sensación de que no se podía confiar en la agencia —añadiría Hitz—. En resumen, fue una violación de la norma número uno. Y de ahí que tuviera un impacto tan destructivo.» En palabras de Hitz, al mentir a la Casa Blanca, la CIA había quebrantado «la sagrada confianza», y «sin eso, ninguna agencia de espionaje puede hacer su trabajo».

«ESE SITIO NECESITA UNA REMODELACIÓN TOTAL»

Woolsey reconocía que el caso Ames revelaba cierta despreocupación institucional que rozaba la negligencia criminal. «Casi se podía concluir no solo que nadie vigilaba, sino que a nadie le importaba», declararía. Pese a ello, anunció que no se despediría ni se degradaría a nadie por el «fracaso sistemático» de la CIA en el caso Ames. Lejos de ello, envió sendas cartas de reprimenda a seis ex altos cargos y a otros cinco que todavía lo eran, incluido el propio jefe del servicio clandestino, Ted Price. En ellas definía los fallos como pecados de omisión, y culpaba de ellos a cierta cultura defectuosa existente en el seno de la CIA, su tradición de arrogancia y negación.

Woolsey presentó su decisión al comité de inteligencia de la Cámara la tarde del 28 de septiembre de 1994. Causó una mala impresión. «Tienen que preguntarse si la CIA no ha pasado a ser igual que cualquier otra burocracia —declaraba al salir de la reunión el presidente de la comisión, Dan Glickman, congresista demócrata por Kansas—. Tienen que preguntarse si no ha perdido el dinamismo de su peculiar misión.»[3]

El caso Ames provocó un ataque contra la CIA de una intensidad sin precedentes. Este vino tanto de la derecha, como de la izquierda, como del menguante centro de la política estadounidense. De la Casa Blanca y el Congreso fluyó una combinación de ira y bochorno, una mezcla mortífera. Existía una fuerte sensación de que el caso Ames no constituía una aberración aislada, sino la evidencia de una putrefacción estructural. El teniente general Bill Odom, que había dirigido la Agencia de Seguridad Nacional durante el mandato del presidente Reagan, dijo que la solución era una operación quirúrgica radical.

«Yo destriparía a la CIA —declaró—. Está contaminada. Y si se toman medidas tibias, seguirá contaminada.»[4]

En su lucha por defender a la agencia desde dentro y desde fuera, Woolsey prometió al pueblo estadounidense que tenía derecho a preguntar hacia dónde se dirigía la agencia. Pero lo cierto es que había perdido la capacidad de marcar su rumbo. De modo que el 30 de septiembre de 1994, el Congreso creó un comité sobre el futuro de la CIA y le concedió el poder de trazar un nuevo rumbo para la agencia en el siglo XXI. El caso Ames había creado una oportunidad de cambio de las que solo se dan una vez cada generación.

«Ese sitio necesita una remodelación total», declaraba el senador por Pensilvania Arlen Specter, un republicano que había formado parte durante seis años del comité de inteligencia del Senado.[5]

Lo que hacía falta era un empujón por parte del presidente de Estados Unidos, algo que nunca se produjo. Hicieron falta tres meses para seleccionar a los diecisiete miembros de la comisión, otros cuatro para elaborar una agenda, y otros cinco para que el grupo de expertos celebrara su primera reunión oficial. La comisión estaba dominada por los miembros del Congreso, especialmente por el congresista por Florida Porter J. Goss, republicano y conservador. Goss había pasado un anodino período en el servicio clandestino en la década de 1960, pero era el único miembro del Congreso que podía afirmar que tenía experiencia práctica en la agencia. El más distinguido entre quienes desconocían la materia de la comisión era Paul Wolfowitz, que llegó a la mesa creyendo que la capacidad de la CIA para recabar información

a través del espionaje se había desmoronado, y que luego se contaría entre los miembros más influyentes del círculo de allegados del nuevo presidente.

La comisión estaba dirigida por Les Aspin, que había perdido su puesto de secretario de Defensa nueve meses antes, destituido por su incapacidad para tomar decisiones. Clinton le había nombrado presidente de la Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia. Desorganizado y con tendencia a la depresión, Aspin planteaba grandes preguntas sin respuestas claras: «¿Qué significa todo esto? ¿Cuáles son los objetivos? ¿Qué es lo que tratan de hacer?». [6] Cuando murió repentinamente de una apoplejía, a los cincuenta y seis años, unos meses después, los miembros de la comisión estaban desanimados y su trabajo iba a la deriva; habían avanzado en una docena de direcciones distintas, incapaces de decidir un rumbo fijo.

El director de personal, Britt Snider, había proclamado: «Nuestro objetivo es vender información de inteligencia».[7] Pero muchos de los testimonios advertirían que el problema no estaba en la venta, sino en el producto.

Finalmente, la comisión se reunió para oír a los testimonios. Bob Gates, que había redactado la larga lista de 176 amenazas y objetivos tres años antes, declaró ahora que la agencia estaba desbordada por múltiples tareas. Los agentes de enlace y los jefes de base dijeron que el servicio clandestino se estaba asfixiando bajo demasiadas peticiones de que hiciera demasiadas tareas pequeñas y aburridas en lugares demasiado lejanos. ¿Por qué la Casa Blanca le pedía a la CIA que informara sobre el crecimiento del movimiento evangélico en Latinoamérica? ¿Era eso realmente importante para la seguridad de Estados Unidos? La agencia solo era capaz de realizar unas cuantas grandes misiones. Dígannos lo que quieren que hagamos, suplicaban los agentes de la CIA.

Pero nada hacía reaccionar a la comisión. Ni el ataque de marzo de 1995 por parte de una secta religiosa que vertió gas sarín en el metro de Tokio, matando a 12 personas e hiriendo a otras 3.769, un hecho que significó la transformación del terrorismo, que dejó de ser cosa de los estados-nación para convertirse en asunto de fanáticos. Ni el

atentado de abril de 1995 en un edificio federal de Oklahoma City, que mató a 169 personas y que representó el ataque más mortífero en territorio estadounidense desde Pearl Harbor. Ni el descubrimiento de un complot de militantes islámicos para volar una docena de aviones de pasajeros estadounidenses sobre el Pacífico y estrellar un jet secuestrado contra el cuartel general de la CIA. Ni la advertencia de un miembro de la agencia de que algún día Estados Unidos habría de enfrentarse al «terrorismo aéreo»: un avión lanzado en picado contra un objetivo. Ni el hecho de que solo hubiera un total de tres personas en toda la comunidad de la inteligencia estadounidense que poseyeran la suficiente habilidad lingüística como para entender a dos musulmanes excitados hablando entre sí. Ni la conciencia de que la capacidad de la CIA para analizar información se veía cada vez más sofocada por la explosión del correo electrónico, los ordenadores personales, los teléfonos móviles y el uso libre y público de la encriptación en las comunicaciones privadas. Ni tampoco la creciente conciencia de que la CIA se hallaba en un estado de desmoronamiento.

El informe, que tardó diecisiete meses en elaborarse, no tuvo ni peso ni impacto alguno. «La lucha antiterrorista apenas fue objeto de atención —diría Loch Johnson, miembro de la comisión—. No se definieron los límites de la acción encubierta; la falta de responsabilidad prácticamente no se abordó.»[8] Nadie que lo leyera se tragaría el anodino argumento de que unos pequeños reajustes arreglarían la máquina.

En la época en la que la comisión terminó su informe solo había un total de veinticinco personas matriculadas en el centro de formación para jóvenes reclutas de la CIA. La capacidad de la agencia para atraer nuevos talentos se hallaba, pues, en su punto más bajo. Y lo mismo ocurría con su reputación. El caso Ames había hecho del futuro de la CIA una víctima de su propia historia.

El servicio clandestino estaba «terriblemente preocupado por lo que considera un número insuficiente de personas en primera línea —decía por entonces Fred Hitz—. Conseguir a las personas adecuadas y situarlas en el lugar adecuado es un problema completamente distinto

de resolver. Hemos conseguido gente, pero no la suficiente, y no la suficiente en los lugares donde la necesitamos. Si el presidente de Estados Unidos y el Congreso de Estados Unidos no ayudan, entonces lo único que nos hará recuperarnos lo hará demasiado tarde. Algún terrible acontecimiento que ocurra en alguna parte del mundo, tal vez en nuestro propio país, que nos haga despertar como nos hizo despertar Pearl Harbor y decir: "¿Por qué diablos no lo sabíamos?"». [9]

41

«Tenemos problemas»

A finales de 1994, Jim Woolsey grababa un discurso de despedida a sus hombres en la CIA, enviaba una carta de dimisión a la Casa Blanca por correo y salía a toda prisa de la ciudad. Bill Clinton buscó en el gobierno a alguien dispuesto y capaz de ocupar el cargo.

«El presidente me preguntó si estaba interesado en ser el director de la central de inteligencia —diría su subsecretario de Defensa, John Deutch—. Yo le dejé muy claro que no lo estaba. Había visto a mi amigo John Woolsey pasar tremendas dificultades como director, y no creía que hubiera ninguna razón que me permitiera pensar que yo podría hacerlo mejor.»[1]

«Muy bien —le respondió Clinton—, pues encuéntreme a alguien que pueda.» Hubieron de pasar seis semanas antes de que Deutch lograra reenganchar a un general de la fuerza aérea ya retirado llamado Mike Carns para ocupar el puesto. Y luego transcurrieron otras dos semanas antes de que su nominación se tambaleara, cayera en picado y finalmente se estrellara.

«El presidente me insistió en su opinión de que en realidad tenía que hacerlo yo», diría Deutch. Así empezó una breve y amarga lección de ciencia política en la inteligencia estadounidense. Deutch tenía buenas razones para temer aquel nombramiento. Durante tres décadas había estado dentro o en contacto con los círculos de la seguridad nacional, y sabía que ningún director de la central de inteligencia había logrado jamás cumplir su teórico cometido: actuar a la vez como presidente de la inteligencia estadounidense y como director ejecutivo de la CIA. Pidió, y obtuvo, la categoría de miembro del gabinete —tal como hiciera Bill Casey— a fin de asegurarse el acceso al presidente. Tenía la esperanza de que podría llegar a ser secretario de Defensa si Clinton era reelegido en 1996. Pero también sabía que la CIA se

hallaba en un estado de confusión que no podía repararse en un año o dos.

«Acosada por una mala dirección, la agencia va a la deriva —escribía un veterano analista de la CIA, John Gentry, en la época en la que Deutch tomó posesión del cargo—. Existe un palpable malestar. El nivel de descontento desde los empleados hasta las propias filas de la dirección es muy alto. También los altos cargos se debaten.»[2] La agencia estaba dirigida por «un cuerpo de altos cargos tan desprovistos de verdaderas dotes de mando, que en gran medida resulta incapaz de una acción creativa independiente». Con Clinton aparentemente satisfecho de recibir su información de inteligencia de la CNN, escribía Gentry, a la CIA no le quedaba «nadie a quien complacer».

Como subsecretario de Defensa, Deutch había dedicado un año entero a examinar la inteligencia estadounidense junto con Woolsey, buscando una tregua en las interminables guerras por el dinero y el poder entre el Pentágono y la CIA. Solían elegir un tema concreto —pongamos por caso la proliferación de armas nucleares—, y normalmente al final del día concluían que todavía quedaba mucho por hacer. ¿Contraespionaje? Después de lo de Ames, definitivamente había que hacer más. ¿Respaldo a operaciones militares? De enorme importancia. ¿Inteligencia humana? Más espías, sin duda. ¿Mejores análisis? Absolutamente crucial. Al final de aquella revisión se hizo evidente que había un infinito número de necesidades, pero una cantidad finita de dinero y de personal para hacerles frente. La inteligencia estadounidense no podía reformarse desde dentro, y no cabía duda de que en aquel momento no se estaba reformando desde fuera.

Tanto Deutch como Woolsey tenían el conocido síndrome de «yo soy más listo que nadie». La diferencia era que Deutch a menudo era realmente el más listo. Había sido decano de ciencias y rector en el Instituto de Tecnología de Massachusetts; se había especializado en físico-química, la ciencia de la transformación de la materia en los niveles molecular, atómico y subatómico. Sabía explicar cómo un trozo de carbón se convierte en un diamante, y se proponía

transformar la CIA sometiéndola a un tipo de presión parecida. En las audiencias parlamentarias para la confirmación de su nombramiento había jurado cambiar la cultura del servicio clandestino, «reduciéndola a lo esencial», aunque no tenía una idea clara de cómo hacerlo. Al igual que sus predecesores, se propuso aprender convirtiéndose en discípulo de Richard Helms.

Helms, que por entonces tenía ochenta y dos años, se comportaba con la compostura de un lord inglés. Poco después de su sesión intelectual con el nuevo director, tuve ocasión de comer con él en un restaurante situado a dos manzanas de la Casa Blanca. Disfrutando de una cerveza sentado bajo los ventiladores del techo que giraban lentamente, Helms me dijo que confiaba en que Deutch se alejara instintivamente del servicio clandestino, «consciente de que solo es fuente de problemas. Tampoco será el primero que se distancie. Tiene que hacer el trabajo de convencerles de que forma parte del equipo». [3]

En mayo de 1995, unos días después de que Deutch se presentara a trabajar en el cuartel general de la CIA, los directivos del servicio clandestino, siempre conscientes de la necesidad de reclutar a un nuevo jefe, le presentaron un brillante folleto titulado «Una nueva dirección, un nuevo futuro». Se trataba de la lista de sus diez principales objetivos: las armas nucleares descontroladas, el terrorismo, el fundamentalismo islámico, el respaldo a las operaciones militares, la macroeconomía, Irán, Irak, Corea del Norte, Rusia y China. Tanto el nuevo director como sus espías sabían que la Casa Blanca quería utilizar a la CIA como una especie de internet privada, una base de datos sobre todo lo habido y por haber, desde la selva tropical pluvial hasta la falsificación de discos compactos, y que tal atención requería un enfoque mucho más afinado. «El problema es que hay demasiado que hacer —decía Deutch—. Llegan peticiones: ¿qué va a pasar en Indonesia?, ¿qué va a pasar en Sudán?, ¿qué va a pasar en Oriente Próximo?» El requerimiento de una cobertura de alcance global resultaba imposible de satisfacer —declaraban los espías—, de modo que es mejor que nos concentremos en unos pocos objetivos importantes. Pero Deutch no podía resolver esa discrepancia.

En lugar de ello, durante seis meses se dedicó a averiguar cómo lidiar con el servicio clandestino. Recorrió bases de la CIA en todo el mundo, escuchando, preguntando y sopesando con qué contaba para poder trabajar. Luego diría que había encontrado una «moral tremendamente baja». Quedó impresionado por la incapacidad de sus espías para resolver sus propios problemas, ya que los encontró en un estado muy próximo al pánico.

Deutch los comparaba a los militares estadounidenses después de Vietnam. Por entonces —diría en septiembre de 1995—, un montón de tenientes y coroneles inteligentes se habían mirado unos a otros y habían dicho: «"Tenemos problemas. Hemos de cambiar. Hemos de encontrar el modo de hacer esto de manera distinta. O nos vamos o cambiamos el sistema." Y los que se quedaron ciertamente cambiaron el sistema.» Deutch quería que el servicio clandestino resolviera sus propios problemas. Pero encontró a su gente incapaz de cambiar. «Comparados con los oficiales del ejército —diría de sus espías—, sin duda no son tan competentes, ni entienden tan bien cuál es su papel relativo o qué responsabilidades tienen.» El servicio clandestino «no resultaba fiable en la realización de su actividad cotidiana».

Esta crisis de confianza adoptaba numerosas formas. Algunas se ponían de manifiesto en operaciones mal dirigidas que salían al revés de lo previsto. Otras se traducían en constantes fallos de recopilación y análisis de información. Algunas eran impresionantes errores de juicio.

En Bosnia, el 13 de julio de 1995, mientras la prensa mundial informaba de asesinatos masivos de musulmanes a manos de los serbios, un satélite espía estadounidense enviaba imágenes de prisioneros custodiados por pistoleros en campos situados en las afueras de Srebrenica. Durante tres semanas nadie en la CIA se preocupó de mirar las fotos. A nadie se le había ocurrido que los serbios conquistarían la ciudad. Nadie había previsto una matanza. Nadie hizo caso a los grupos pro derechos humanos, a las Naciones Unidas ni a la prensa. La CIA no tenía agentes sobre el terreno para corroborar la información que llegaba. Y tampoco tenía información sobre ninguna atrocidad. Se le había ordenado que se dedicara a

respaldar operaciones militares en la región, y no disponía ni del tiempo ni del talento de reserva necesarios para comprobar los informes sobre refugiados víctimas del terror.

Dos semanas después de las primeras informaciones de prensa sobre las matanzas, la CIA envió un U-2 sobre Srebrenica; el avión grabó imágenes de fosas comunes recién excavadas en los campos en donde se había retenido a los prisioneros. Las fotos llegaron a la CIA en un vuelo regular de correo militar tres días después. Y otros tres días después de eso, un analista fotográfico de la CIA comparó el emplazamiento en la primera imagen del satélite de los prisioneros en el campo con la segunda imagen, la del U-2, de los enterramientos. Los resultados del análisis llegaron a la Casa Blanca el 4 de agosto de 1995.

Así informó la CIA, tres semanas después de que ocurriera, de la mayor matanza de civiles en Europa desde los campos de exterminio hitlerianos cincuenta años antes. Habían muerto ocho mil personas, y la agencia no se había enterado.[4]

En el otro extremo de Europa, la base de la CIA en París había dirigido una elaborada operación para tratar de condicionar la postura francesa en las negociaciones sobre comercio.[5] Anclada en la idea de que el libre comercio era la fuerza directriz de la política exterior estadounidense, la Casa Blanca había agravado aún más las aflicciones de la CIA al pedir cada vez más y más información de inteligencia económica. La base de París se dedicaba, pues, a buscar secretos de mínima importancia para la seguridad nacional de Estados Unidos, como, por ejemplo, cuántas películas norteamericanas se proyectaban en los cines de Francia. El Ministerio del Interior francés dirigió una operación de contraespionaje que incluía la seducción de una agente de la CIA que trabajaba bajo una tapadera extraoficial como empresaria. Hubo conversaciones de alcoba, y los secretos se revelaron. Luego el gobierno francés expulsó públicamente al jefe de la base de París, Dick Holm, un auténtico héroe del servicio clandestino que había dirigido operaciones en Laos, que había sobrevivido por los pelos a un grave accidente de aviación en el Congo treinta años antes, y que ahora se encontraba en su último destino

antes de la jubilación. Otros cuatro desventurados y humillados agentes fueron expulsados de Francia con él.

Otra operación descubierta, otra situación embarazosa ante la opinión pública para el servicio clandestino, y «otro ejemplo público de una situación en la que se ponía en cuestión su capacidad para llevar a cabo sus funciones tal como exigían sus propios criterios», en palabras de Deutch, que una y otra vez les preguntaba a sus agentes: «¿Cuáles son los criterios profesionales con los que realizan su dificilísima misión? ¿Y los están cumpliendo en todo el mundo?». La respuesta a la segunda pregunta era un rotundo «no».

«Un acto de clara malicia»

Los problemas en la base de París no constituían más que una molestia pasajera en comparación con lo que ocurría en la división latinoamericana del servicio clandestino. La división era un mundo aparte dentro de la CIA dominado por veteranos de la guerra contra Fidel Castro, hombres que tenían su propio conjunto de normas y disciplinas.[6] Desde 1987, los jefes de las bases de Costa Rica, El Salvador, Perú, Venezuela y Jamaica habían sido acusados de mentir a sus superiores, de acosar sexualmente a sus compañeras de trabajo, de robar dinero, de amenazar a sus subordinados a punta de pistola, de realizar operaciones contra el narcotráfico en las que una tonelada de cocaína acabaría en las calles de Florida, y de llevar descuidadamente la contabilidad, que afectaba nada menos que a un millón de dólares en fondos públicos. Era la única división del servicio clandestino en la que los jefes de base eran destituidos de su puesto de manera regular por mala conducta. El aislamiento de la división emanaba en parte de la política interna de los países que esta abarcaba. Durante toda la guerra fría, en Latinoamérica, la CIA había colaborado con los regímenes militares en contra de las insurgencias izquierdistas, y las viejas relaciones resultaban difíciles de romper.

En Guatemala, doscientos mil civiles habían muerto durante cuarenta años de luchas tras el golpe de la agencia en 1954 contra un

presidente electo. Entre el 90 y el 96 por ciento de aquellas muertes se produjeron a manos del ejército guatemalteco. En 1994, los agentes de la CIA en Guatemala seguían haciendo todo lo posible por ocultar la naturaleza de sus estrechas relaciones con los militares y por reprimir cualquier informe que revelara que los oficiales guatemaltecos a sueldo de la agencia eran asesinos, torturadores y ladrones. Aquella ocultación violaba la prueba de evaluación que Woolsey había puesto en marcha en 1994. Se suponía que la prueba, denominada «convalidación de agentes», sopesaba por un lado la calidad de la información que proporcionaba el agente, contraponiéndola a la perfidia de su conducta.

«No te gusta estar en la posición de tener que tratar con oficiales militares o con funcionarios del gobierno que todo el mundo sabe que tienen las manos manchadas de sangre, a menos que sea para servir a un objetivo de inteligencia legítimo —diría el inspector general Fred Hitz—. A menos que esa persona sepa que hay un lugar en el sur de Guatemala donde se almacenan armas biológicas, que van a venderse en el mercado libre, y que él sea tu única fuente de información al respecto. Si una persona es conocida por matar gente, por quebrantar la ley, entonces el hecho de que la CIA esté en contacto con ese individuo debe contraponerse a la información que dicho individuo es probable que proporcione. Si la información es la clave del santo grial, entonces aprovecharemos la oportunidad. Pero hagámoslo con los ojos abiertos y no por inercia o por hábito.»

Este problema se intensificó cuando un coronel guatemalteco a sueldo de la CIA se vio implicado en la tapadera de los asesinatos de un posadero estadounidense y de un líder guerrillero guatemalteco casado con una abogada norteamericana. El clamor por el asesinato del posadero había llevado a la administración Bush a recortar en varios millones de dólares la ayuda militar a Guatemala, aunque la agencia mantenía su apoyo financiero a la inteligencia militar guatemalteca. «La base de la CIA en Guatemala tenía más o menos el doble del tamaño necesario», diría Thomas Stroock, el embajador estadounidense en Guatemala entre 1989 y 1992; sin embargo, no parecía dispuesta a informar adecuadamente sobre el caso.[7] Así, el

jefe de la base, Fred Brugger, no le dijo al embajador Stroock que el coronel, principal sospechoso, estaba en la nómina de la CIA. «No solo no me lo dijeron a mí —explicaría el embajador—, sino que ni siquiera se lo dijeron a mi jefe, el secretario de Estado, o al Congreso. Eso era estúpido.»

Pero la estupidez se tornó en malevolencia en 1994, cuando Dan Donahue se convirtió en el jefe de la base. Mientras la nueva embajadora estadounidense, Marilyn McAfee, predicaba los derechos humanos y la justicia, la agencia permanecía leal al criminal servicio de inteligencia guatemalteco.

La embajada se dividió en dos. «El jefe de la base entró en mi despacho y me enseñó un documento de inteligencia, que provenía de una fuente guatemalteca, en el que se sugería que yo tenía una aventura con mi secretaria, que se llamaba Carol Murphy», recordaría posteriormente la embajadora McAfee. El ejército guatemalteco había puesto micrófonos en el dormitorio de la embajadora y había grabado sus cariñosos arrullos a Murphy;[8] luego hizo correr la voz de que la embajadora era lesbiana. La base de la CIA transmitió el documento —posteriormente conocido como Memorando Murphy— a Washington, donde tuvo una amplia distribución. «La CIA envió el informe al Capitolio —diría la embajadora McAfee—. Fue un acto de clara malicia. La CIA había difamado a una embajadora utilizando oscuros canales.»

La embajadora era una persona conservadora procedente de una familia conservadora; estaba casada, y lo cierto es que además no dormía con su secretaria. *Murphy* era el nombre de su caniche negro de dos años. El micrófono de su dormitorio había registrado los arrumacos que prodigaba a su perro.

Así pues, la base de la CIA había mostrado una mayor afinidad por sus amigos en el ejército guatemalteco que por la embajadora estadounidense. «Existía una división entre la inteligencia y la política —diría la embajadora—. Eso era lo que más me asustaba.»

Y también asustaba a Deutch. El 29 de septiembre de 1995, hacia el final de su quinto mes en el puesto, Deutch se dirigió a la denominada «Burbuja» —el antaño futurista anfiteatro de seiscientas localidades

situado junto a la entrada del cuartel general de la agencia— para dar una mala noticia al servicio clandestino. Una junta de revisión interna de la CIA había evaluado las evidencias de Guatemala y le había dicho a Deutch que tenía que destituir a Terry Ward, el jefe de la división latinoamericana del servicio clandestino entre 1990 y 1993, que luego sería jefe de base en Suiza. También le dijo que tenía que destituir al antiguo jefe de la base de Guatemala, Fred Brugger, y disciplinar severamente a su sucesor, Dan Donahue, asegurándose de que jamás volviera a desempeñar el cargo de jefe de base.

Deutch dijo que había «tremendas deficiencias en el modo en que la agencia llevaba a cabo su tarea» en Guatemala. El problema eran las mentiras —o, como él diría, «una falta de franqueza»— entre el jefe de la base y el embajador estadounidense, entre la base y la división latinoamericana, entre la división y el cuartel general de la agencia y, por último, entre la agencia y el Congreso.

Era raro —muy raro— que alguien fuera despedido del servicio clandestino. Pero Deutch dijo que iba a hacer exactamente lo que había recomendado la junta de revisión. El anuncio no fue bien recibido en la Burbuja. Los varios cientos de agentes allí reunidos se mostraron ferozmente airados. Para ellos, la decisión de Deutch venía a representar una asfixiante corrección política. El director les dijo que su misión era salir al mundo y correr riesgos en nombre de la seguridad nacional. Del fondo de la Burbuja surgió un ronco gruñido, una amarga risa que venía a significar: «¡Sí, seguro!». Fue en ese momento cuando el director y el servicio clandestino decidieron pasar olímpicamente el uno del otro. Y aquello marcaría su destino en la CIA.

«Queremos que se haga bien»

La ruptura era insalvable. Deutch decidió pasarle la cartera con los problemas del servicio clandestino a su número dos, George Tenet, el subdirector de la central de inteligencia. Tenet, que por entonces tenía cuarenta y dos años, y que seguía siendo el leal e incansable

colaborador de siempre, había pasado cinco años como director del comité de inteligencia del Senado y otros dos como responsable de inteligencia en el Consejo de Seguridad Nacional. Tenía interesantes ideas acerca de cómo gestionar las tortuosas relaciones de la CIA con el Congreso y la Casa Blanca. Y pronto fue capaz de ver el servicio clandestino de manera distinta a la de Deutch: no como un problema que había que resolver, sino como una causa que había que defender. Y Tenet haría todo lo posible por liderarla.

«Permítanme que les explique algo —contaría Tenet más tarde lo que les había dicho a los jefes del servicio clandestino—. Aquí están las diez o quince cosas en las que no podemos tolerar que haya nuevos fallos si queremos defender los intereses de la seguridad nacional de Estados Unidos. A eso es a lo que queremos que dediquen su dinero, su gente, su formación idiomática y sus habilidades. Y queremos que se haga bien.»[9]

Pronto el terrorismo pasó a ocupar el número uno en la lista de Tenet. En el otoño de 1995, una lluvia de informes sobre amenazas procedentes de la base de Sudán empezó a llegar al cuartel general de la agencia y al responsable de la lucha antiterrorista de la Casa Blanca, Richard Clarke. Se basaban en la palabra de un solo agente reclutado por la CIA, y advertían de un inminente ataque contra la base, la embajada estadounidense y un destacado miembro de la administración Clinton.

«Dick Clarke se acercó a mí y me dijo: “Quieren hacerte volar por los aires”», recordaría Tony Lake, el asesor de seguridad nacional del presidente.[10] ¿Quién quiere hacerme volar por los aires?, preguntó Lake. Tal vez los iraníes, respondió Clarke, o tal vez los sudaneses. «De modo que me fui a vivir a un piso franco, y me iba a trabajar en un coche blindado —explicaría Lake—. Nunca pudieron demostrar si era real. Yo sospecho que no lo era.»

Sudán era un refugio para los terroristas apátridas de la época. Y uno de ellos era Osama bin Laden. La agencia le conoció a finales de la década de 1980 como un rico saudí que respaldaba a los mismos rebeldes afganos a los que la agencia entregaba armas en la lucha contra sus opresores soviéticos. Se sabía que financiaba a personas con

grandiosas visiones relacionadas con atacar a los enemigos del islam. Pero la CIA jamás consiguió reunir todos sus datos de inteligencia sobre Bin Laden y su red en un informe coherente para la Casa Blanca. Y no se publicó ni una sola estimación oficial sobre la amenaza terrorista que representaba hasta después de que el mundo entero conociera su nombre.

Bin Laden había regresado a Arabia Saudí para clamar contra la presencia de tropas estadounidenses después de la guerra del Golfo de 1991. El gobierno saudí le expulsó, y entonces se estableció en Sudán. El jefe de la base de la CIA en Sudán, Cofer Black, era un operador de la vieja escuela de considerable coraje e ingenio, que había ayudado a dar caza al ya quemado terrorista conocido como Carlos *el Chacal*. Black rastreó los movimientos y las motivaciones de Bin Laden en Sudán lo mejor que supo. En enero de 1996, la CIA creó una unidad de lucha antiterrorista formada por una docena de personas dedicadas íntegramente a investigar al saudí, la denominada Base Bin Laden. Existía la sensación de que podía empezar a atentar contra objetivos estadounidenses en el extranjero.

Pero en febrero de 1996, la CIA, haciendo caso de las advertencias de su agente reclutado, clausuró sus operaciones en Sudán, cerrándose de ese modo la posibilidad de obtener nueva información de inteligencia sobre su nuevo objetivo. La base y la embajada estadounidenses se cerraron, y su personal se trasladó a Kenia. La decisión suscitó fuertes objeciones por parte del embajador norteamericano, Timothy Carney, un hombre con disciplina militar y sensibilidad diplomática. Carney argumentó que el hecho de que Estados Unidos se retirara de Sudán constituía un peligroso error. Cuestionó las advertencias de la CIA con respecto a la inminencia de un ataque, y resultó estar en lo cierto. Más tarde se descubrió que el agente que había dado la alarma era un farsante, y la CIA retiró oficialmente alrededor de un centenar de informes basados en la información que había proporcionado.

Poco después, Bin Laden se trasladaba a Afganistán. El jefe de la Base Bin Laden, Mike Scheuer, lo consideró una tremenda oportunidad. La CIA había restablecido los contactos con una red de

exiliados afganos en los territorios tribales del noroeste de Pakistán. Los «tribales», como los denominaba la CIA, estaban colaborando en la búsqueda de Mir Amal Kansi, el pistolero que había matado a dos hombres de la agencia delante del cuartel general.

La esperanza era que algún día pudieran ayudar también a secuestrar o matar a Bin Laden. Pero ese día tendría que esperar; en aquel momento la CIA tenía a otro hombre en su punto de mira.

El jefe de la división de Oriente Próximo del servicio clandestino, Stephen Richter, llevaba dos años trabajando en un plan para respaldar un golpe militar contra Saddam Hussein. La orden, que tenía que venir del presidente Clinton, sería la tercera de esa clase que la Casa Blanca daría a la CIA en cinco años. En Jordania, un equipo de agentes de la CIA se reunieron con Mohammed Abdullah Shawani, un ex comandante de las fuerzas especiales iraquíes. En Londres, la agencia conspiraba con un exiliado iraquí llamado Ayad Alawi, que dirigía una red integrada por oficiales rebeldes del ejército iraquí y líderes del Partido Baaz.[11] La CIA los respaldaba con dinero y armas. En el norte de Irak, la agencia reunió a los jefes tribales de los kurdos iraquíes, que carecían de un estado propio, renovando un viejo y problemático romance.[12]

Pese a todos los esfuerzos de la CIA, ninguna de aquellas fuerzas dispares y rebeldes se unieron entre sí. La agencia invirtió muchos millones de dólares tratando de reclutar a miembros clave de los círculos militares y políticos de Saddam, confiando en que se alzarían contra él. Pero el complot fue infiltrado y subvertido por Saddam y sus espías. El 26 de junio de 1996, Hussein inició una cadena de detenciones de como mínimo doscientos oficiales dentro y en los alrededores de Bagdad. Luego ejecutó al menos a ochenta de ellos, incluidos los hijos del general Shawani.

«El caso Saddam fue un caso interesante —diría Mark Lowenthal, que había sido director del comité de inteligencia de la Cámara de Representantes estadounidense y uno de los principales analistas de la CIA, después de que el golpe se viniera abajo—. De acuerdo, vamos a librarnos de Saddam Hussein, eso está bien. Pero ¿a quién enviamos a por él? ¿Quién es nuestro hombre en Irak? Cualquiera al que

instauremos en el poder en Irak es probable que tenga la misma capacidad de aguante de una pulga. De modo este era un caso en el que tenías a los responsables políticos diciendo “hagan algo”. Y esa urgencia de “hagan algo” en realidad expresaba su frustración.»[13] Eran incapaces de ver que la CIA «no tenía manera de tratar con Saddam Hussein —añadiría—. El problema de la operación era que no había iraquíes fiables con los que tratar. Y los iraquíes fiables que buscabas no tenían posibilidad de hacer lo que tú querías que hicieran. De modo que la operación fue una pifia. No era viable. Pero resulta muy difícil para un operador decir: “Señor presidente, no podemos hacerlo”. De modo que acabas con una operación que, ya de entrada, probablemente no tendría que haberse iniciado».

«EL FRACASO ES INEVITABLE»

Deutch enfureció a Clinton al decirle al Congreso que posiblemente la CIA jamás resolvería el problema de Saddam Hussein. Sus diecisiete meses como director de la central de inteligencia acabaron de manera amarga. En diciembre de 1996, después de que Clinton resultara reelegido, este echó a Deutch del gobierno y acudió a su asesor de seguridad nacional, Tony Lake, para que ocupara aquel puesto que tan pocos codiciaban.

«Habría sido un gran desafío —murmuró Lake—. Lo que yo tenía en mente era insistir en la parte analítica para hacer que la inteligencia (tanto sus fuentes como sus productos) encajara en el mundo de mediados de 1990. Pero lo que obteníamos, con demasiada frecuencia, era un mero análisis gramatical de las noticias hecho deprisa y corriendo.»[14]

Lake, sin embargo, no sería confirmado en el puesto. El presidente del comité de inteligencia del Departamento de Estado, el republicano por Alabama Richard Shelby, decidió convertirle en chivo expiatorio de todo lo que a los conservadores estadounidenses les parecía mal con respecto a la política exterior de la administración Clinton. La apariencia de bipartidismo que los comités de inteligencia habían

mantenido durante la mayor parte de un período de veinte años se había evaporado. Y existía asimismo una corriente subterránea de oposición a Lake en el seno del propio servicio clandestino, cuyo mensaje era: no nos envíen a más intrusos.

«Para la CIA, todo el mundo es un intruso», observaría Lake.

El caso es que Lake no tuvo la menor oportunidad de hacerse escuchar. El 17 de marzo de 1997 arrojó la toalla airado, diciéndole al presidente que no estaba dispuesto a pasar otros tres meses como «un oso bailando en un circo político».[15] De modo que se pasó el cáliz envenenado a George Tenet, la única opción que quedaba. Tenet ya estaba dirigiendo la agencia como jefe en funciones, y se convertiría en el quinto director de la central de inteligencia en seis años.

«Resulta imposible exagerar la turbulencia y la perturbación que causaron tantos cambios en las altas esferas —diría el agente de la CIA Fred Hitz—. Es difícil exagerar su impacto en la moral en cuanto a su destructividad. Uno se pregunta: ¿Quién manda aquí? ¿Hay alguien ahí arriba capaz de seguir el juego? ¿No entienden de qué va esto nuestro? ¿No se dan cuenta de cuál es nuestra misión?»[16]

Tenet sabía cuál era la misión: salvar a la CIA. Pero la agencia se acercaba al cambio de siglo cargada con el lastre de un sistema de personal inventado en la década de 1880, una correa de transmisión de información que se parecía a las cadenas de montaje de la década de 1920 y una burocracia cuyos orígenes se remontaban a la década de 1950. Movía de un lado a otro personas y dinero de maneras que evocaban a los planes quinquenales estalinistas. Y su capacidad para recabar y analizar secretos se desmoronaba en la medida en que estallaba la era de la información e internet convertía la encriptación —la transformación del lenguaje en código— en una herramienta universal.[17] El servicio clandestino se había convertido en un lugar en el que «los grandes éxitos son raros y el fracaso es habitual», según señalaba un informe del comité parlamentario de inteligencia.[18]

Una vez más, esos fracasos se convertían en noticia de portada. La capacidad de espionaje de la CIA se había visto nuevamente herida de muerte por la presencia de un traidor en su seno. Harold J. Nicholson, que había sido jefe de la base de Rumanía, había pasado luego a

convertirse durante dos años en instructor jefe de la «Granja», la escuela de entrenamiento de la agencia situada en las afueras de Williamsburg, Virginia. Llevaba desde 1994 espiando para Moscú, vendiendo a los rusos expedientes sobre docenas de agentes de la CIA destinados en el extranjero y las identidades de todos los nuevos agentes graduados en la Granja en los años 1994, 1995 y 1996. La agencia declaró ante el juez federal que condenó a Nicholson a veintitrés años de cárcel que jamás podría llegar a evaluar el daño que había causado a sus operaciones en todo el mundo. Las carreras profesionales de tres generaciones de reclutas de la CIA se habían visto frustradas; una vez descubierta su identidad, jamás podrían volver a trabajar en destinos en el extranjero.[19]

El 18 de junio de 1997, tres semanas antes de la toma de posesión de Tenet, un nuevo informe del comité parlamentario de inteligencia borró lo poco que quedaba de la orgullosa idea de que la CIA representaba la primera línea de defensa de Estados Unidos. El comité, dirigido por Porter J. Goss, declaraba que la agencia estaba llena de agentes inexpertos incapaces de hablar las lenguas o de entender los panoramas políticos de los países que cubrían. Decía que la CIA contaba con una capacidad cada vez menor de recabar información de inteligencia a través del espionaje. Y concluía que la agencia carecía de la «profundidad, la amplitud y la experiencia necesarias para controlar los acontecimientos políticos, militares y económicos de ámbito mundial».[20]

Más tarde, aquel mismo verano, un agente de inteligencia de carrera llamado Russ Travers publicó un inquietante artículo en la re vista interna de la CIA. En él afirmaba que la capacidad de Estados Unidos de recabar y analizar información de inteligencia se estaba desmoronando. Durante años —escribía—, los jefes de la inteligencia estadounidense habían insistido en que estaban llevando a la agencia por el camino correcto. Pero aquello era un mito. «Perfeccionamos nuestras estructuras e hicimos cambios marginales en nuestros programas … logrando que las sillas de cubierta del *Titanic* quedaran limpias y bonitas.» Pero «vamos a empezar a cometer más y mayores errores cada vez con más frecuencia —advertía—. Nos hemos alejado

de lo básico: la recopilación y el análisis parcial de los datos».

Ofrecía asimismo una profecía para los futuros jefes de la agencia: «Estamos en el año 2001 —escribía—. Con el cambio de siglo, el análisis se ha vuelto peligrosamente fragmentario. La comunidad todavía puede recabar "datos", pero hace ya tiempo que el análisis se ha visto superado por el volumen de información disponible, y ya no somos capaces de distinguir entre los datos significativos y el ruido de fondo. La calidad del análisis se ha vuelto cada vez más sospechosa ... Los datos están ahí, pero no somos capaces de reconocer plenamente su trascendencia.

»Desde la perspectiva del año 2001 —escribía—, el fracaso de la inteligencia resulta inevitable.»[21]

42

«La amenaza no podría ser más real»

George Tenet juró su cargo como décimo octavo director de la central de inteligencia el 11 de julio de 1997. Por entonces me dijo orgulloso, sabedor de que sus palabras aparecerían en el *New York Times*, que la CIA era mucho más inteligente y estaba mucho más cualificada de lo que cualquier persona ajena a ella podía suponer. ¡Eso son relaciones públicas! «Estábamos casi en bancarrota», confesaría siete años después; de hecho, había heredado una CIA «cuyos conocimientos menguaban» y un servicio clandestino «descompuesto».[1]

La agencia se preparaba para celebrar su quincuagésimo aniversario aquel mes de septiembre, y como parte de la celebración había elaborado una lista de sus cincuenta mejores agentes.[2] La mayoría de ellos, o eran ya ancianos de cabellos grises, o bien habían muerto. El más importante de entre los que aún seguían vivos era Richard Helms, pero no estaba precisamente con muchas ganas de celebraciones. «La única superpotencia que queda no tiene el suficiente interés en lo que ocurre en el mundo como para organizar y gestionar un servicio de espionaje —me diría personalmente Helms aquel mismo mes—. Como país, nos hemos alejado de ello.»[3] Su sucesor, James Schlesinger, pensaba casi lo mismo. «La confianza que se había depositado en la CIA se ha desvanecido —diría—. La agencia se encuentra ahora tan magullada, que se está poniendo en cuestión su utilidad para el espionaje.»[4]

Tenet inició una reconstrucción. Para ello, llamó a antiguas estrellas ya retiradas, incluyendo a Jack Downing, que había sido jefe de base en Moscú y en Pekín, y que aceptó dirigir el servicio clandestino durante un año o dos. Tenet trató de conseguir asimismo una multimillonaria inyección de dinero para la agencia. Prometió que en un plazo de cinco años, en 2002, se podría devolver a la CIA su

antigua salud, si el dinero empezaba a fluir de inmediato. Porter Goss, que era el responsable de las finanzas de la agencia en la Cámara de Representantes, organizó una «ayuda de emergencia» secreta de varios cientos de millones de dólares, seguida de una inyección puntual de 1.800 millones de dólares. Aquello representó el mayor aumento del gasto en inteligencia en quince años, y Goss prometió que intentaría que hubiera más.

«La inteligencia no es algo que solo vale para la guerra fría —diría Goss por entonces—. Si se piensa en Pearl Harbor se entiende por qué. Las sorpresas desagradables están a la vuelta de la esquina.»[5]

«Un catastrófico y sistemático fracaso de la inteligencia»

Tenet vivía en un estado de constante pálpito, temiendo siempre la próxima metedura de pata. «No permitiré que la CIA se convierta en una organización de segunda clase», proclamaba en una reunión celebrada en el cuartel general de la agencia. Unos días después, el 11 de mayo de 1998, la CIA se vio de nuevo cogida por sorpresa cuando la India detonó una bomba atómica, en una prueba que modificaría el equilibrio de poderes en el mundo.

El nuevo gobierno nacionalista hindú había prometido abiertamente que haría de las armas atómicas parte de su arsenal; el responsable del armamento nuclear de la India había dicho que estaba listo para hacer la prueba en cuanto los líderes políticos dieran el visto bueno; Pakistán había disparado nuevos misiles, casi desafiando a Nueva Delhi para que respondiera. De modo que una explosión nuclear por parte de la mayor democracia del mundo no debería haber supuesto ninguna sorpresa. Pero lo hizo. El informe de la base de la CIA en Nueva Delhi fue lento; el análisis en el cuartel general fue confuso, y en ningún momento se llegó a disparar el timbre de alarma. La prueba nuclear reveló un fallo en el espionaje, un fallo en la interpretación de fotografías, un fallo en la comprensión de informes, un fallo de pensamiento y un fallo de visión. Supuso «un acontecimiento muy perturbador», en palabras de Charles Allen, durante largo tiempo el

responsable de alertas de la CIA, al que Tenet rescataría de su retiro para asignarle el puesto de subdirector de la central de inteligencia encargado de la recopilación de información.[6] Aquel era un claro signo de un colapso sistemático en la agencia.

La gente empezó a tener premoniciones catastróficas. «La probabilidad de un catastrófico fallo de alerta va en aumento —escribiría la sucesora de Tenet en el Consejo de Seguridad Nacional, Mary McCarthy, en un informe que sería desclasificado poco después de la prueba nuclear india—. ¡El desastre acecha!»[7]

Tenet tenía una buena razón para mirar hacia otro lado en el momento de la prueba nuclear: sus hombres estaban ensayando una operación para capturar a Osama bin Laden. En febrero de 1998, este había proclamado que Dios le había encomendado la misión de matar norteamericanos. Ahora, en Afganistán, Bin Laden estaba reuniendo a las tropas de choque y a los seguidores de la guerra santa contra los soviéticos en una nueva *yihad*, esta vez contra Estados Unidos. Mientras, en Pakistán, el jefe de la base de la CIA, Gary Schroen, estaba perfeccionando un plan que consistía en utilizar a los viejos aliados afganos de la agencia para secuestrar a Bin Laden cuando este se dirigiera a su complejo vallado en la ciudad meridional de Kandahar. El 20 de mayo de 1998 iniciaron un último ensayo general a gran escala de cuatro días de duración. Pero el día 29 Tenet decidió suspender la operación.[8] El éxito de esta dependía de la coordinación con Pakistán, que para entonces había detonado ya su propia bomba atómica en respuesta a la India. Los pakistaníes, pues, estaban haciendo redoblar los tambores de guerra. Los afganos, por su parte, resultaban poco fiables. El fracaso no era una opción concebible, pero sí una probabilidad. Las posibilidades de capturar a Bin Laden eran escasas desde el primer momento, y el mundo era ahora demasiado inestable como para arriesgarse.

Transcurrió el mes de junio sin que se produjera el prometido ataque de Bin Laden, y luego el de julio. El 7 de agosto de 1998, una llamado telefónica despertó al presidente Clinton a las 5.35 de la madrugada informándole de sendos atentados a las embajadas estadounidenses en Nairobi, Kenia y Dar es-Salaam, Tanzania. Las

explosiones se produjeron con apenas unos minutos de diferencia. Tuve ocasión de ver personalmente los daños producidos en Nairobi, que fueron espantosos. Doce estadounidenses, incluyendo a un joven agente de la CIA, murieron en la explosión, que mató a cientos e hirió a miles de keniatas en las calles y edificios de oficinas de las inmediaciones de la embajada.

Al día siguiente, George Tenet se dirigió a la Casa Blanca con la noticia de que Bin Laden se dirigía hacia un campamento situado en las afueras de Khost, en Afganistán, cerca de la frontera con Pakistán. Tenet y los asesores de seguridad nacional de Clinton acordaron atacar el campamento con misiles de crucero. Querían disponer también de un segundo objetivo para igualar el tanteo, y eligieron al-Shifa, una planta industrial situada en las afueras de Jartum, la capital de Sudán. Un agente egipcio de la CIA había suministrado una muestra de suelo de los alrededores de la planta que parecía sugerir la presencia de uno de los productos químicos empleados en la fabricación del gas nervioso VX.

La evidencia se hallaba únicamente en un delgado tallo de junco. «Necesitaríamos mucha más información sobre estas instalaciones» antes de bombardearlas, advertía Mary McCarthy al Consejo de Seguridad Nacional. Pero la información no llegó jamás.[9]

El 20 de agosto, los barcos de la marina estadounidense situados en el mar de Arabia lanzaron una lluvia de misiles de crucero, por valor de un millón de dólares, sobre ambos objetivos. Mataron probablemente a unos veinte pakistaníes que pasaban por Khost —Bin Laden hacía tiempo que se había ido de allí— y a un vigilante nocturno en la planta de Sudán. En el círculo de allegados de Clinton se afirmó que las evidencias que habían llevado a atacar Sudán eran irrefutables. Primero dijeron que al-Shifa era una fábrica de armas que trabajaba para Bin Laden; en realidad se trataba de una planta farmacéutica, con lo que la relación con Bin Laden se esfumó. Luego sostuvieron que formaba parte de una organización iraquí para distribuir armas químicas a base de gas nervioso; pero los iraquíes no disponían de arma alguna que utilizara el VX, tal como confirmaron las pruebas de los inspectores de las Naciones Unidas. La muestra de

suelo podría haber contenido un precursor del VX, y este muy bien podría haber sido un simple herbicida.

Por lo tanto el argumento no representaba más que unos cuantos puntos aislados unidos por inferencias y conjeturas. No hubo nada que corroborara jamás la decisión de atacar al-Shifa. «Fue un error —diría Donald Petterson, el embajador estadounidense en Sudán desde 1992 hasta 1995—. La administración no logró proporcionar pruebas concluyentes de que en aquella planta farmacéutica se fabricaran armas químicas. La administración tenía razones para sospechar; sin embargo, para cometer un acto de guerra, que no otra cosa fue el ataque con misiles, las pruebas deberían haber sido irrefutables.»[10] Su sucesor, el embajador Tim Carney, diría con deliberada contención: «La decisión de atacar al-Shifa entronca con la tradición de operar basándose en una información de inteligencia insuficiente sobre Sudán».[11] El ataque antiterrorista de la administración Clinton se hizo, pues, completamente a la ligera.

Tres semanas después, Tenet se reunió con el resto de los líderes de la comunidad de la inteligencia estadounidense. Acordaron que tenían que hacer «cambios sustanciales y radicales» en la forma en que el país recopilaba, analizaba y suministraba la información. De no hacerlo —dijeron—, el resultado sería «un catastrófico y sistemático fracaso de la inteligencia».[12] Corría el 11 de septiembre de 1998.

«Seguiremos viéndonos sorprendidos»

Si la CIA no se reinventaba a sí misma, y pronto, «en el plazo de diez años dejaremos de ser relevantes —me diría personalmente Tenet en octubre, en su primera entrevista oficial como director de la central de inteligencia—. A menos que se desarrollen los conocimientos necesarios, no lograremos lo que queremos lograr».[13]

Desde 1991, la agencia había perdido a más de tres mil de sus mejores hombres, alrededor del 20 por ciento de sus principales espías, analistas, científicos y expertos en tecnología. Aproximadamente el 7 por ciento del servicio clandestino salía cada

año por la puerta. A ello venía a sumarse la pérdida de alrededor de un millar de experimentados es pías, mientras que apenas quedaba poco más que otro millar que permanecía en su puesto. Tenet sabía que no podía precaverse de cara al futuro con tan débiles fuerzas en primera línea.

«Siempre habrá días en que tengamos que correr para ponernos al tanto de acontecimientos que no habremos previsto, no porque alguien se haya dormido al volante, sino por lo complicado de los acontecimientos —afirmaba—. Existe la expectativa de que hemos construido un sistema de inteligencia sin fisuras, de que se espera que la inteligencia no solo te hable de las tendencias y te hable de los acontecimientos y te dé ideas, sino que en todos y cada uno de los casos tenga la responsabilidad de decirte cuál es la fecha, la hora y el lugar de un acontecimiento.» La propia CIA había creado desde hacía mucho tiempo esa esperanza y esa expectativa. Era una ilusión. «Seguiremos viéndonos sorprendidos», decía Tenet.

Este empezó a organizar una caza de talentos por todo el territorio estadounidense, dolorosamente consciente de que su batalla para reconstruir la CIA requeriría muchos años, muchos miles de millones de dólares y muchos miles de nuevos agentes. Era una lucha desesperada contra el tiempo. Por una parte, se necesitan de cinco a siete años para convertir a un novato en un agente de enlace capaz de trabajar en las más difíciles capitales del mundo. Por otra, no resultaba nada fácil encontrar a estadounidenses que conocieran a fondo otras culturas y que estuvieran dispuestos y cualificados para trabajar para la CIA. Un espía debe saber «utilizar el engaño, utilizar la manipulación, utilizar —dicho sea con franqueza— la deshonestidad en la realización de su tarea», diría Jeffrey Smith, consejero jurídico general de la agencia a mediados de la década de 1990. «La administración de la agencia debe preocuparse siempre de encontrar a aquel individuo extraordinariamente raro que tiene el talento necesario para moverse en este mundo de engaño y manipulación, y mantener su propio contrapeso moral.»[14] Encontrar, contratar y mantener a tales mentes excepcionales había constituido una tarea que jamás se había realizado.

Con los años, la CIA se había ido volviendo cada vez menos propensa a contratar a «personas que sean algo distintas, personas que sean excéntricas, personas a las que no les siente bien el traje y la corbata, personas a las que no se les dé bien competir en la arena con otras —diría Bob Gates—. La clase de pruebas a las que sometemos a la gente, psicológicas y todas las demás, hacen que resulte muy difícil entrar en la agencia para alguien que pueda ser brillante o que tenga talentos extraordinarios y capacidades únicas».[15] Como consecuencia de su miopía cultural, la CIA malinterpretaba el mundo. Muy pocos de sus agentes sabían leer o hablar chino, coreano, árabe, hindú, urdu o farsi, lenguas que hablan un total de tres mil millones de personas, la mitad de la población del planeta. Y muchos menos aún habían regateado en un bazar árabe o paseado por una aldea africana. La agencia era incapaz de enviar a «un asiático-americano a Corea del Norte sin que se le identificara de inmediato como un muchacho acabado de salir de Kansas, o a afroamericanos a trabajar por todo el mundo, o a árabe-americanos», decía Gates.

En 1992, cuando Gates era director de la central de inteligencia, quiso contratar a un ciudadano estadounidense que se había criado en Azerbaiyán. «Hablaba el azerí con fluidez, pero no escribía muy bien en inglés —recordaría más tarde—. De modo que fue rechazado porque no aprobó nuestro examen de inglés. Cuando me lo dijeron, me puse furioso y dije: “He tenido aquí a miles de personas que saben escribir en inglés, pero no tengo a nadie que sepa hablar azerí. ¿Qué habéis hecho?”.»

La agencia empezó a recorrer las ciudades y barrios del territorio estadounidense buscando a hijos de inmigrantes y refugiados, hombres y mujeres jóvenes criados en hogares asiáticos y árabes de primera generación, anunciándose en periódicos étnicos de todo Estados Unidos. Pero la cosecha fue escasa. Tenet sabía que en los próximos años la supervivencia de la agencia dependería de su capacidad de proyectar una imagen de intriga internacional y aventura intelectual de cara a la juventud más inteligente. Pero la savia nueva solo representaba una parte de la cura. El esfuerzo de reclutamiento jamás resolvería una cuestión fundamental en la

agencia: ¿podía la CIA reclutar a la clase de personas que iba a necesitar a cinco o diez años vista? La agencia no sabía qué ocurriría en ese plazo, pero sí que no podía sobrevivir en el estado en el que se hallaba.

«Vamos a bombardear esto»

El enemigo se iba haciendo más fuerte conforme la agencia se debilitaba. El frustrado ataque a Bin Laden vino a reforzar su prestigio y a atraer a miles de nuevos reclutas a su causa. La urgencia de la campaña de la CIA contra al-Qaeda se disparó en la misma medida que su popularidad.

Tenet reactivó los planes de utilizar a intermediarios afganos para capturarlo. En septiembre y octubre de 1998, los afganos afirmaron que habían organizado cuatro emboscadas contra Bin Laden, todas ellas frustradas; algo sobre lo que la CIA tenía serias dudas. Pero sí convencieron a los agentes de campo de la CIA de que podían seguir su rastro mientras viajaba de campamento en campamento en el interior de Afganistán. El 18 de diciembre informaron de que Bin Laden se dirigía de nuevo a Kandahar, y de que pasaría la noche del día 20 en una casa situada en el recinto de la residencia del gobernador de la ciudad. El jefe de la base, Gary Schroen, transmitió la información desde Pakistán: atacad esta noche; puede que no haya otra oportunidad mejor. Los misiles de crucero fueron alojados en sus recámaras y programados para dirigirse a su objetivo. Pero la información de inteligencia no era sino la palabra de un solo hombre, y aquella noche había cientos de personas durmiendo en aquel recinto. El deseo de Tenet de librarse de Bin Laden fue vencido por sus dudas. Las órdenes de arriba no llegaron. El coraje cedió ante la cautela, y el ardor dio paso a la calma.[16]

A partir del otoño de 1998, «Estados Unidos tuvo capacidad para hacer salir a Osama bin Laden de Afganistán o para asesinarle»,[17] pero cuando llegó el momento de apretar el gatillo, le tembló la mano, en palabras de John MacGaffin, el agente número dos del servicio

clandestino en los comienzos de la era Clinton. «La CIA conocía casi a diario la posición de Bin Laden, a veces con una precisión de 50 millas, a veces de 50 pies.» Al menos quince soldados de las fuerzas especiales estadounidenses resultaron muertos o heridos en las misiones de entrenamiento para el asalto previsto. Pero los comandantes del Pentágono y los líderes civiles de la Casa Blanca se echaban atrás una y otra vez a la hora de hacer la apuesta política de llevar a cabo una misión militar contra Bin Laden.

Dejaron esa tarea a la CIA. Y la agencia no podía ejecutarla.

En las primeras semanas de 1999, los afganos informaron de que Bin Laden se dirigía a un coto de caza situado al sur de Kandahar, que era un lugar predilecto de algunos acaudalados aficionados a la cetrería. El 8 de febrero, un satélite espía observó el coto y fijó su posición. Pero resultó que un avión del gobierno de los Emiratos Árabes Unidos —uno de los aliados norteamericanos— estaba estacionado en el coto. No podían sacrificarse las vidas de los emires para matar a Bin Laden, de modo que los misiles de crucero permanecieron en sus rampas de lanzamiento.

Los afganos siguieron rastreando los movimientos de Bin Laden entrando y saliendo de Kandahar durante todo el mes de abril de 1999.[18] En mayo lo tuvieron localizado durante treinta y seis horas seguidas. Los agentes de Gary Schroen entregaron informes detallados sobre su paradero. La información de inteligencia jamás podría ser mejor, diría el subdirector de la central de inteligencia de Tenet, el general John Gordon.

En tres ocasiones existió la oportunidad de atacar con misiles de crucero. Pero en las tres Tenet dijo «no»; su confianza en la capacidad de la CIA para elegir acertadamente sus objetivos se había visto enormemente mermada unos días antes.

Se había iniciado una campaña de bombardeos de la OTAN contra Serbia con la intención de forzar al presidente Slobodan Milosevic a retirar sus tropas de Kosovo, y se había invitado a la CIA a elegir los objetivos para los aviones de combate estadounidenses. La tarea se asignó a la división de antiproliferación de la agencia, el grupo dedicado a analizar la información de inteligencia relacionada con la

difusión de armas de destrucción masiva. El análisis identificó como mejor objetivo la Dirección Federal Yugoslava de Aprovisionamientos y Abastos, situada en el número 2 del bulevar Umetnosti de Belgrado, empleando mapas turísticos para ayudar a fijar su posición. La definición del objetivo recorrió toda la maquinaria de la CIA hasta llegar al Pentágono, y luego sus coordenadas se cargaron en los circuitos de un cazabombardero B-2.

El objetivo quedó destruido. Pero la CIA había interpretado mal sus mapas, pues el edificio no era el almacén militar de Milosevic, sino la embajada china.

«El bombardeo de la embajada china en Belgrado constituyó una experiencia extremadamente desagradable para mí —diría el vicealmirante Thomas R. Wilson, que en julio de 1999 se convertiría en director de la Agencia de Inteligencia de Defensa—. Fui yo quien mostró la foto de la embajada china al presidente de Estados Unidos —entre otras novecientas fotos que le enseñé—, y le dije: “Vamos a bombardear esto, porque es el departamento yugoslavo de aprovisionamiento militar”.»[19] Wilson había recibido la foto de la CIA.

Este error tuvo consecuencias más profundas de lo que nadie podía imaginar, y habría de pasar mucho tiempo antes de que la Casa Blanca y el Pentágono volvieran a confiar en la agencia a la hora de poner algo —o a alguien— en el punto de mira de un misil estadounidense.

«Los americanos estáis locos»

Los servicios militares y de inteligencia de Estados Unidos seguían estando orientados a trabajar contra ejércitos y naciones: difíciles de matar, pero fáciles de encontrar en el mapa del mundo. Sin embargo, ahora el nuevo enemigo era un hombre: fácil de matar, pero difícil de encontrar. Era un fantasma que recorría Afganistán de noche en un Land Cruiser.

El presidente Clinton firmó órdenes secretas que él creía que otorgaban a la CIA el poder de matar a Bin Laden. En vísperas de su

proceso de *impeachment*, soñaba despierto con «ninjas» estadounidenses haciendo rapel desde los helicópteros para capturar al saudí. Y nombró a Tenet comandante de aquella guerra contra un solo hombre.

Tenet luchaba con sus propias dudas sobre la inteligencia de la CIA y sus capacidades de acción encubierta. Pero tenía que diseñar un nuevo plan de ataque antes que fuera Bin Laden el que atacara de nuevo. Con su jefe de la lucha antiterrorista, Cofer Black, ideó una nueva estrategia a finales del verano de 1999. La agencia colaboraría con viejos amigos y viejos enemigos en todo el mundo para matar a Bin Laden y sus aliados. Black intensificó sus vínculos con los militares, los servicios de inteligencia y los servicios de seguridad extranjeros de lugares como Uzbekistán y Tayikistán, en la frontera afgana. La esperanza era que ayudaran a los agentes de la CIA a plantar sus botas en el suelo de Afganistán.

El objetivo era entrar en contacto con el guerrero afgano Ahmed Sha Massud en el reducto que este mantenía desde hacía casi veinte años —desde los primeros días de la ocupación soviética— en lo más profundo de un valle montañoso situado al nordeste de Kabul. Massud, un noble y valeroso combatiente que aspiraba a ser el rey de Afganistán, propuso una gran alianza a sus antiguos contactos de la agencia. Se ofreció a atacar los baluartes de Bin Laden, y con la ayuda de la CIA y de las armas estadounidenses, derrocar a los talibanes, la turba de campesinos, mulás y veteranos de la *yihad* que gobernaba en Kabul. Él podía ayudar a que la agencia estableciera una base que le permitiera atrapar a Bin Laden por sí misma. Cofer Black estaba completamente de acuerdo, y sus adjuntos estaban listos para actuar.

Pero las probabilidades de fracaso eran demasiado grandes para Tenet. Una vez más dijo que no, ya que, para él, la entrada y la salida del país resultaban demasiado arriesgadas. Los periodistas y los cooperantes extranjeros asumían constantemente ese riesgo en Afganistán, pero en el cuartel general se consideraba que eso no valía para la CIA.

Massud se rió a carcajadas cuando se lo dijeron. «Los americanos estáis locos —dijo—. No cambiaréis nunca.»[20]

Cuando se acercaba el cambio de milenio, el servicio de inteligencia jordano, creado y durante mucho tiempo respaldado por la CIA, arrestó a dieciséis hombres que creía que se disponían a atentar contra hoteles y lugares turísticos durante las Navidades. La agencia creía que aquel complot era el prólogo de un ataque global por parte de al-Qaeda previsto para el año nuevo, de modo que Tenet puso la directa y contactó con veinte jefes de inteligencia de diversos países de Europa, Oriente Próximo y Asia, y les dijo que detuvieran a cualquiera que estuviera relacionado con Bin Laden. Asimismo, envió un mensaje urgente a todos los agentes de la CIA destinados en el extranjero. «La amenaza no podría ser más real —decía—. Hagan todo lo que sea necesario.»[21] Pero el cambio de milenio pasó sin que se produjera ningún atentado catastrófico.

El presidente estadounidense fue informado sobre los planes de acción encubierta contra Bin Laden en febrero y marzo de 2000, y opinó que Estados Unidos sin duda podía hacerlo mejor. Tenet y Jim Pavitt, el nuevo jefe del servicio clandestino, dijeron que necesitarían varios millones de dólares en nuevos fondos para realizar la tarea. Por su parte, el responsable de la lucha antiterrorista de la Casa Blanca, Richard Clarke, opinaba que era la voluntad de la CIA la que resultaba exigua, y no su cartera, afirmando que se había dado ya a la agencia «un montón de dinero y un montón de tiempo para hacerlo, y no estoy dispuesto a seguir tirando el dinero».[22]

La nueva temporada política trajo consigo el retorno de la tradición inaugurada por el presidente Truman: el informe de inteligencia para la oposición. En septiembre, el subdirector de la central de inteligencia en funciones, John McLaughlin, y el subdirector del centro antiterrorista, Ben Bonk, viajaron a Crawford, Texas, donde organizaron un cursillo de cuatro horas para el entonces gobernador George W. Bush. Recayó en Bonk la ingrata tarea de decirle al candidato republicano que en un momento u otro de los cuatro próximos años iba a haber estadounidenses que murieran a manos de terroristas extranjeros.

Las primeras muertes se produjeron cinco semanas después. El 12 de octubre, en el puerto de Adén, dos hombres que viajaban en una

lancha rápida se pusieron de pie y luego se inclinaron mientras se acercaban a un buque de guerra norteamericano, el *Cole*. La explosión mató a 17 personas, hirió a otras 40 y abrió un boquete de 250 millones de dólares en uno de los barcos más sofisticados de la marina estadounidense.

Evidentemente, las sospechas recayeron en al-Qaeda.[23]

La CIA montó una delegación en Crawford a fin de mantener a Bush informado sobre el atentado y sobre otros acontecimientos mundiales durante la larga contienda en torno al resultado de las elecciones de 2000. En diciembre, después de que el Tribunal Supremo declarara vencedor a Bush, Tenet en persona informó al nuevo presidente sobre Bin Laden. Bush recordaría concretamente haber preguntado a Tenet si la CIA iba a matarle, y Tenet respondió que matarle no pondría fin a la amenaza que representaba. Luego Bush se reunió a solas con Clinton durante dos horas, y ambos hombres estuvieron hablando sobre seguridad nacional.

Clinton recuerda haberle dicho: «Su mayor amenaza es Bin Laden», pero Bush jura que jamás escuchó esas palabras.

43

«El lado oscuro»

«La inteligencia estadounidense tiene un problema», advertía James Monnier Simon hijo, subdirector administrativo de la central de inteligencia, poco después de que Bush tomara posesión de su cargo, en enero de 2001. La CIA «ha comprometido su posición central», afirmaba. La agencia carecía de la capacidad de recabar y analizar la información de inteligencia necesaria para proteger al país.

«En 2001, Estados Unidos se enfrenta a una disparidad creciente, casi vertiginosa, entre sus reducidas capacidades y los cada vez mayores requisitos de la seguridad nacional —decía Simon—. La desconexión entre lo que nosotros prevemos y la probabilidad de lo que Estados Unidos tenga realmente que afrontar nunca ha sido tan acusada.» Llegaría un momento en que el presidente y el Congreso tendrían que explicar «por qué un desastre previsible no se había previsto».[1]

La inteligencia estadounidense se hallaba casi tan dividida y difusa como lo había estado en 1941. Dieciocho directores de la central de inteligencia consecutivos habían fracasado en la tarea de unificarla, y ahora la agencia estaba a punto de fracasar como institución del gobierno estadounidense.

La CIA contaba con diecisiete mil efectivos, más o menos la mitad de una división del ejército, pero la mayoría de ellos eran chupatintas. Solo alrededor de un millar de personas trabajaban en el extranjero en el servicio clandestino. La mayoría de los agentes vivían cómodamente en calles peatonales y casas adosadas de las periferias residenciales del cinturón metropolitano de Washington. No estaban acostumbrados a beber agua sucia ni a dormir en suelos llenos de barro; no eran aptos para llevar una vida de sacrificio.

En septiembre de 1947 se habían incorporado al servicio

clandestino de la CIA doscientos agentes en calidad de miembros fundadores. Ahora, en enero de 2001, probablemente seguía habiendo solo un número igual que fueran lo bastante capaces y valerosos como para aguantar en destinos difíciles. La dotación de personal concentrado en alQaeda equivalía aproximadamente al doble de esa cifra. La mayoría de ellos trabajaban delante de un ordenador en el cuartel general de la agencia, completamente desconectados de las realidades del mundo exterior debido a sus anticuadas tecnologías de información.[2] Esperar que protegieran a Estados Unidos de un ataque constituía, en el mejor de los casos, una esperanza vana.

«Una vacua fachada de palabras sin hechos»

Tenet se ganó el favor de la Casa Blanca al rebautizar oficialmente el cuartel general de la CIA con el nombre de Centro de Inteligencia Bush en honor al padre del actual presidente, y además a este le gustaba la actitud de tipo duro de Tenet. Pero durante sus primeros nueve meses en el cargo la agencia recibió muy poco apoyo de Bush. El presidente concedió al Pentágono un aumento presupuestario inmediato del 7 por ciento, mientras que la CIA y el resto de la comunidad de la inteligencia recibieron un incremento de una tricentésima parte del 1 por ciento. La diferencia se decidió en unas reuniones celebradas en el Pentágono de Donald Rumsfeld en las que no estuvo presente ni un solo representante de la comunidad de la inteligencia. Rumsfeld y el vicepresidente Dick Cheney, que colaboraban juntos en la política de seguridad nacional desde los tiempos de Nixon y Ford, ejercían un enorme poder en la nueva administración; asimismo, ambos compartían una permanente desconfianza en las capacidades de la CIA.

Bush y Tenet se reunían en la Casa Blanca casi cada mañana a las ocho. Pero nada de lo que dijera Tenet con respecto a Bin Laden lograba captar del todo la atención del presidente. Una mañana tras otra, en la reunión de las ocho en punto, Tenet hablaba al presidente, al vicepresidente Cheney y a la asesora de seguridad nacional,

Condoleezza Rice, de los indicios que hacían presagiar la existencia de un complot de al-Qaeda para atacar a Estados Unidos. Pero Bush estaba más interesado en otras cosas —la defensa de misiles, México, Oriente Próximo...— y no experimentaba la menor sensación de emergencia.

Durante la administración Reagan, con un presidente que era duro de oído y un director de la central de inteligencia que hablaba en un murmullo ininteligible, entre el personal de la Casa Blanca corría el chiste de que resultaba imposible saber de qué iban las conversaciones entre ambos hombres. Pero Bush y Tenet no tenían esos achaques. El problema residía en la falta de claridad por parte de la CIA y la falta de atención por parte de la Casa Blanca. «No basta con hacer sonar la alarma —solía decir Richard Helms—. Hay que asegurarse de que los demás la oyen.»

El ruido —el volumen y la frecuencia de la información fragmentaria y no verificada sobre un inminente atentado terrorista— era ensordecedor. Tenet era incapaz de transmitir una señal coherente al presidente. En la primavera y el verano de 2001, mientras el claxon sonaba cada vez más y más fuerte, todos y cada uno de los nervios y músculos de la agencia se ponían en tensión para ver y oír claramente la amenaza. Llegaban advertencias de Arabia Saudí y los países del Golfo, de Jordania e Israel, de toda Europa... Los crispados circuitos de la CIA se hallaban peligrosamente sobrecargados. Y seguían llegando noticias: atacarán en Boston, atacarán en Londres, atacarán en Nueva York... «Cuando esos ataques ocurran, como probablemente ocurrirán —advertía Clarke a Rice por correo electrónico el 29 de mayo—, nos preguntaremos qué más podíamos haber hecho para detenerlos.»[3]

La agencia temía un ataque en el extranjero durante la festividad del Cuatro de Julio, cuando las embajadas estadounidenses de todo el mundo tradicionalmente bajaban sus defensas y abrían sus puertas para celebrar la revolución norteamericana. En las semanas anteriores a dicha festividad, Tenet había pedido a los jefes de los servicios de inteligencia extranjeros en Ammán, El Cairo, Islamabad, Roma y Ankara que trataran de destruir todas las células conocidas o posibles

de al-Qaeda y sus filiales en todo el mundo. La CIA proporcionaría la información de inteligencia necesaria para ello, y los servicios extranjeros harían las detenciones. Como consecuencia de ello, un puñado de sospechosos de terrorismo fueron encarcelados en los países del Golfo y en Italia. Puede que aquellas detenciones hubieran frustrado los planes de ataque contra dos o tres embajadas estadounidenses —explicó Tenet a la Casa Blanca—, o puede que no; era imposible saberlo.

Tenet había de tomar ahora decisiones sobre cuestiones de vida o muerte muy distintas de las que había tenido que afrontar hasta ahora ningún director de la central de inteligencia. Un año antes, y tras una lucha de siete entre la CIA y el Pentágono, un pequeño modelo de avión sin tripulación equipado con cámaras de vídeo y sensores espía, y bautizado como Predator («Depredador»), había sido declarado listo para ser desplegado sobre Afganistán. El primer vuelo se había producido el 7 de septiembre de 2000. Ahora la agencia y la fuerza aérea habían ideado un sistema para equipar al Predator con misiles antitanque. En teoría, por una inversión de unos pocos millones de dólares, pronto un agente de la CIA situado en el cuartel general sería capaz de perseguir y matar a Bin Laden con una pantalla de vídeo y un joystick. Pero ¿cuál era la cadena de mando?, se preguntaba Tenet. ¿Quién había de dar luz verde? ¿Y quién apretaría el gatillo? Tenet consideraba que él no tenía licencia para matar. La idea de que la CIA realizara un asesinato por control remoto bajo su autoridad le horrorizaba; en el pasado, la agencia había cometido ya demasiados errores a la hora de escoger objetivos.

El 1 de agosto de 2001, el Comité de Adjuntos —el equipo que constituía el segundo nivel en el escalafón de la seguridad nacional estadounidense— decidió que sería legal que la CIA matara a Bin Laden con el Predator, en lo que constituía un acto de autodefensa nacional. Pero la agencia siguió planteando nuevas cuestiones. ¿Quién iba a pagar la operación? ¿Quién armaría la aeronave? ¿Quién se encargaría del control de tráfico aéreo? ¿Quién desempeñaría el papel de piloto y lanzamisiles a distancia? El escrito enfureció a Clarke, el responsable de la lucha antiterrorista. «O bien al-Qaeda es una

amenaza contra la que vale la pena actuar, o bien no lo es —declaró furioso—. Los jefes de la CIA tienen que decidir qué es y cesar en esos altibajos de comportamiento bipolar.»[4]

La agencia no había respondido en ningún momento a una pregunta planteada por el presidente Bush: ¿podía producirse un ataque en Estados Unidos? Ahora era el momento de hacerlo; el 6 de agosto, el informe diario para el presidente empezaba con un titular que rezaba: «Bin Laden decidido a atacar en Estados Unidos». La advertencia que venía tras el titular constituía una información de escasa calidad, ya que la información más reciente en la que se basaba era de 1999. De modo que, parecía más un trabajo de historia que un boletín de actualidad. El presidente prosiguió sus vacaciones, desbrozando maleza en Crawford y prolongando su descanso durante cinco semanas.

Las largas vacaciones de la Casa Blanca terminaron el martes 4 de septiembre, cuando el primer equipo de la seguridad nacional, el Comité de Directores, celebró la que constituía su primera reunión sobre la amenaza de Bin Laden y al-Qaeda. Aquella mañana Clarke envió una angustiosa nota a Condoleezza Rice, rogando a la asesora de seguridad nacional que tratara de visualizar la imagen de cientos de estadounidenses muertos como consecuencia de un futuro ataque. Decía que la agencia se había convertido en «una vacua fachada de palabras sin hechos», que dependía de los gobiernos extranjeros para detener a Bin Laden y que dejaba a Estados Unidos «a la espera del gran ataque». Le imploraba que aquel mismo día pusiera a la CIA en acción.

«Estamos en guerra»

La inteligencia fracasa porque es humana, porque no es más fuerte que el poder de una mente para comprender a otra. Garrett Jones, el jefe de la base de la CIA durante la desastrosa expedición estadounidense a Somalia, lo decía lisa y llanamente: «Tiene que haber embrollos, errores, confusión y traspiés —afirmaba—. Pero uno espera que no

sean fatales».[5]

El 11 de septiembre fue el catastrófico fracaso que Tenet había predicho tres años antes. Representó un fracaso sistemático de todo el gobierno estadounidense: la Casa Blanca, el Consejo de Seguridad Nacional, el FBI, la Administración Federal de Aviación, el Servicio de Inmigración y Naturalización, y los comités de inteligencia parlamentarios. Fue un fracaso de la política y de la diplomacia. Fue un fracaso de los periodistas acreditados en el gobierno, que no supieron entender y transmitir la desorganización de este a sus lectores. Pero sobre todo fue el fracaso de no saber conocer al enemigo. La CIA se había creado precisamente para evitar este nuevo Pearl Harbor.

El sábado 15 de septiembre, Tenet y su jefe de la lucha antiterrorista, Cofer Black, estaban en Camp David trazando un plan para enviar agentes de la CIA a Afganistán a fin de colaborar con los caudillos militares locales en la lucha contra al-Qaeda. El director regresó al cuartel general de la agencia a última hora del domingo, y emitió una proclama a sus hombres: «Estamos en guerra».

La CIA, como dijo Cheney aquella misma mañana, se pasó «al lado oscuro».[6] El lunes 17 de septiembre, el presidente Bush promulgó una directiva de alto secreto de 14 páginas a Tenet y la CIA, ordenando a la agencia que persiguiera, capturara, encarcelara e interrogara a sospechosos en todo el mundo.[7] No ponía ningún límite a lo que la agencia podía hacer o no hacer. Aquella fue la base de un sistema de cárceles secretas donde los agentes de la CIA y el personal contratado por la agencia emplearían técnicas entre las que se incluían la tortura. Uno de los contratados, por ejemplo, sería condenado posteriormente por haber golpeado a un prisionero afgano hasta matarlo. No era ese precisamente el papel de un servicio de inteligencia civil en una sociedad democrática, pero estaba claro que era lo que la Casa Blanca quería que hiciera la CIA.

La agencia había montado antes centros de interrogatorios secretos; ya desde 1950, en Alemania, Japón y Panamá. Había participado en la tortura de combatientes enemigos capturados; ya desde 1967, al amparo del Programa Fénix en Vietnam. Había secuestrado a

sospechosos de terrorismo y asesinos; como en 1997, en el célebre caso de Mir Amal Kansi, que había matado a dos agentes de la CIA. Pero Bush dotó a la agencia de una nueva y extraordinaria autoridad, la de entregar a los sospechosos secuestrados a los servicios de seguridad extranjeros para su interrogatorio y tortura, y dar por buenas las confesiones que obtuvieran de ese modo. Como yo mismo escribí en el *New York Times* el 7 de octubre de 2001: «Puede que la inteligencia estadounidense tenga que depender de sus relaciones con los servicios extranjeros más duros del mundo, hombres que pueden ver y pensar y actuar como terroristas. Si alguien va a interrogar a un hombre en un sótano de El Cairo o de Quetta, será un agente pakistaní o egipcio. La inteligencia estadounidense aceptará la información sin plantear demasiadas cuestiones legales».

Siguiendo órdenes de Bush, la CIA empezó a actuar como una especie de policía militar global, metiendo a centenares de sospechosos en cárceles secretas de Afganistán, Tailandia y Polonia, además de la prisión militar estadounidense de Guantánamo, en Cuba. Asimismo, entregó a cientos de prisioneros más a los servicios de inteligencia de Egipto, Pakistán, Jordania y Siria para ser interrogados. Se habían acabado las contemplaciones. «Nuestra guerra contra el terror empieza con al-Qaeda, pero no termina ahí —declararía Bush a la nación el 20 de septiembre en un discurso ante una sesión conjunta del Congreso—. No terminará hasta que se haya encontrado, detenido y derrotado a todos los grupos terroristas de alcance global.»

«NO PODÍA DEJAR DE HACERLO»

También en casa había una guerra, y la CIA formaba parte de ella. Tras el 11-S, la comunidad de la inteligencia puso a James Monnier Simon hijo —el subdirector de la central de inteligencia— al mando de la seguridad nacional de Estados Unidos. Simon acudió a una reunión en la Casa Blanca con el fiscal general John Ashcroft. El tema era la creación de documentos de identidad nacional para los

estadounidenses. «¿Qué habría de llevar? Bueno, la huella dactilar —dijo Simon—. El grupo sanguíneo sería útil, como lo sería asimismo un escáner de retina. Querríamos que la foto se hiciera de una manera especial a fin de poder distinguir el rostro de entre una multitud aunque uno fuera disfrazado. Querríamos una impresión de voz, puesto que está surgiendo una tecnología que distinguirá la voz de entre todas las demás voces en todos los teléfonos móviles de la tierra, y la voz de uno es única. De hecho, nos gustaría tener también un poquito de ADN, de modo que, si alguna vez le ocurre algo, podamos identificar su cuerpo. Por cierto, que nos gustaría que el chip nos dijese dónde está la tarjeta, de modo que, si necesitáramos encontrarle, pudiéramos hacerlo. Luego se nos ocurrió que si hacíamos eso, uno podía dejar la tarjeta por ahí. De modo que introduciríamos el chip en el torrente sanguíneo.»[8]

¿Dónde acabaría esta obsesión por la seguridad?, se preguntaba Simon. Acudieron a su mente los nombres de los servicios de inteligencia de Stalin y de Hitler. «De hecho podría acabar siendo como la KGB, la NKVD, la Gestapo —decía—. Nosotros, el pueblo, hemos de mantenernos vigilantes e implicarnos en ello.» Pero de qué modo se suponía exactamente que el pueblo estadounidense había de mantenerse vigilante era una cuestión problemática. Y otra no menos problemática era qué hacía un representante del director de la central de inteligencia en la Casa Blanca hablando de la posible implantación de microchips en los ciudadanos norteamericanos. Al final, en Estados Unidos el documento de identidad nacional jamás llegó a materializarse; no obstante, el Congreso sí otorgó a la CIA nuevos poderes legales para espiar a la gente en el propio territorio estadounidense. Ahora se permitía a la agencia leer testimonios secretos ante los jurados de acusación sin la aprobación previa de un juez, y obtener historiales privados de instituciones y corporaciones. La agencia utilizó esa autoridad para pedir y obtener datos bancarios y crediticios de ciudadanos y empresas estadounidenses de las corporaciones financieras. Hasta entonces la CIA jamás había gozado oficialmente de la capacidad de espiar dentro de las propias fronteras de Estados Unidos; ahora eso había cambiado.

Tenet habló con el general Michael Hayden, director de la Agencia de Seguridad Nacional, poco después de los atentados. «¿Hay algo más que pueda hacer?», le preguntó. «No dentro de mis actuales atribuciones», le respondió Hayden. Luego Tenet «me invitó a ir a hablar a la administración acerca de qué más se podía hacer». A Hayden se le ocurrió un plan para escuchar las comunicaciones de los sospechosos de terrorismo dentro de Estados Unidos sin necesidad de orden judicial. Posiblemente era ilegal, pero también se podía justificar basándonos en la teoría de la «persecución sin tregua», es decir, de la persecución de los sospechosos más allá de las fronteras del mapa y fuera de los límites de la ley. El 4 de octubre de 2001, el presidente Bush le ordenó que pusiera en marcha el plan. Tenía que llevarse a cabo, diría Hayden: «No podía dejar de hacerlo».[9] La Agencia de Seguridad Nacional empezó, pues, a espiar dentro del propio territorio estadounidense.

Cofer Black ordenó a su equipo de lucha antiterrorista que le llevara la cabeza de Bin Laden en bandeja. El Centro de Antiterrorismo, nacido quince años antes como una pequeña unidad independiente del servicio clandestino, y que todavía seguía trabajando en los sótanos del cuartel general de la agencia, era ahora el corazón de la CIA. Varios agentes ya jubilados se reincorporaron al trabajo, y al mismo tiempo se contrató a nuevos reclutas que vinieron a unirse al reducido cuadro de comandos paramilitares de la agencia. Luego entraron en Afganistán para hacer la guerra. Los hombres de la agencia se gastaron millones de dólares en comprar las lealtades de los líderes tribales afganos, que durante unos meses sirvieron noblemente como tropas de avanzadilla para la ocupación estadounidense de Afganistán.

Durante la tercera semana de noviembre de 2001, el ejército norteamericano destruyó a los líderes políticos talibanes, dejando intactas sus bases, pero preparando el camino para un nuevo gobierno en Kabul. Quedaban, no obstante, decenas de miles de personas leales a los talibanes, que se recortaron la barba y se mezclaron con la población de las aldeas. Resurgirían cuando los estadounidenses empezaran a acusar el desgaste de su guerra en Afganistán, consagrando su vida a la lucha.

Hicieron falta once meses para organizar la caza de Osama bin Laden. Cuando esta se inició en serio, yo estaba en la zona oriental de Afganistán, moviéndome por el interior y los alrededores de Jalalabad, un lugar en el que había estado ya cinco veces a lo largo de los años. Un viejo conocido mío llamado Haji Abdul Qadir acababa de reclamar su antiguo puesto de gobernador provincial dos días después de la caída de los talibanes. Haji Qadir era un ejemplo de demócrata afgano. Era un líder tribal pastún de sesenta y pocos años, de elevada educación y amplia cultura, rico traficante de opio, de armas y de otros productos básicos de la economía afgana; había sido comandante —con el respaldo de la CIA— en la lucha contra la ocupación soviética, gobernador de su provincia de 1992 a 1996, y en su momento también había estado estrechamente vinculado a los talibanes. Él personalmente había dado la bienvenida a Osama bin Laden en Afganistán y le había ayudado a construir un complejo en las afueras de Jalalabad. Ahora daba la bienvenida a la ocupación estadounidense. Haji Qadir era un buen anfitrión. Ambos paseábamos por los jardines del palacio del gobernador, entre palmeras combadas y floridos tamariscos. Esperaba cualquier día la visita de sus amigos norteamericanos, con los que aspiraba a la renovación de los viejos lazos y del intercambio ritual de dinero por información.

Haji Qadir había reunido a los ancianos de las aldeas de su provincia en el palacio del gobernador. El 24 de noviembre, estos informaron de que Bin Laden y los combatientes árabes de al-Qaeda se ocultaban en un recóndito escondite montañoso situado a unos 56 kilómetros al sur-suroeste de la ciudad, cerca de la aldea de Tora Bora.

El 28 de noviembre, alrededor de las cinco de la mañana, mientras sonaba la primera llamada a la oración, un pequeño avión aterrizaba en la irregular pista del aeropuerto de Jalalabad con una delegación de agentes de la CIA y de las fuerzas especiales a bordo. Iban cargados de fajos de billetes de 100 dólares. Luego se reunieron con Haji Zaman, el recién nombrado comandante en Jalalabad del autoproclamado gobierno. Este les dijo a los estadounidenses que estaba «en un 90 por ciento seguro» de que Bin Laden se encontraba en Tora Bora. La polvorienta carretera que partía hacia el sur desde

Jalalabad en dirección a Tora Bora terminaba en una escabrosa pista de montaña intransitable para nada que no fueran hombres y mulas. El lugar donde se iniciaba la pista enlazaba también con una red de rutas de contrabandistas que llevaban a los pasos de montaña por los que se accedía a Pakistán. Dichas rutas habían configurado las líneas de abastecimiento de los rebeldes afganos, y Tora Bora había sido un lugar de gran renombre en la lucha contra los soviéticos. Por entonces, y con la ayuda de la CIA, se había construido una red de cuevas excavadas a gran profundidad en la ladera montañosa siguiendo las pautas militares de la OTAN. Un comandante estadounidense con órdenes de destruir Tora Bora habría hecho bien en utilizar un arma nuclear táctica, y un agente de la CIA con órdenes de capturar a Bin Laden habría tenido que recurrir a la ayuda de la X División de Montaña del ejército estadounidense, especializada en estas lides.

El 5 de diciembre, mientras los bombarderos estadounidenses B-52 golpeaban una vez tras otra sobre aquel pétreo reducto, yo observaba el ataque desde unos kilómetros de distancia. Quería ver por mí mismo la cabeza de Bin Laden en una pica. Pero aunque este se hallaba al alcance de la agencia, en realidad escapaba a su control. Solo se le podía coger mediante el asedio, y la CIA no podía organizar uno. Los agentes encargados de perseguir a al-Qaeda en Afganistán eran los mejores que tenía la agencia, pero resultaban demasiado pocos. Habían ido armados con montones de dinero, pero con muy poca información de inteligencia. La futilidad de tratar de dar caza a Bin Laden a base de bombas de gravedad pronto resultó evidente. Trasladándose de un campamento a otro en los territorios fronterizos de Afganistán, Bin Laden contaba con la protección de todo un ejército de centenares de combatientes afganos curtidos en la batalla y miles de hombres de las tribus pastunes dispuestos a morir antes que traicionarle. En Afganistán contaba, pues, con más efectivos y mayor capacidad de maniobra que la CIA; así que escapó.

Tenet, furioso y con los ojos enrojecidos, mordisqueaba las colillas de sus cigarros a punto de rebasar su capacidad de aguante. Se había forzado hasta el límite a sus tropas antiterroristas. Junto con los soldados de operaciones especiales estadounidenses, estas se

dedicaban ahora a perseguir, capturar y matar a los lugartenientes y soldados de Bin Laden en Afganistán, Pakistán, Arabia Saudí, Yemen e Indonesia. Pero, una vez más, empezaron a atacar a objetivos equivocados. En enero y febrero de 2002, varios ataques del Predator mataron al menos a 24 afganos inocentes, y la CIA hubo de entregar 1.000 dólares en concepto de indemnización a cada una de sus familias. Según diría Tenet, desplegándose por toda Europa, África y Asia, y trabajando en colaboración con todos los servicios de inteligencia amigos del planeta, en el año posterior al 11-S los agentes de la CIA secuestraron y apresaron a más de tres mil personas en más de un centenar de países. «No todas las personas arrestadas eran terroristas —advertía—. Algunas han sido liberadas. Pero esta redada mundial de al-Qaeda ha venido a trastornar definitivamente sus operaciones.»[10] Eso era indiscutible. Pero no lo era menos el hecho de que solo catorce personas de las tres mil capturadas eran autoridades de alto rango dentro de alQaeda y sus organizaciones filiales. Junto con ellos, la agencia encarceló también a centenares de personas anónimas, que se convertirían en los denominados «prisioneros fantasmas» de la guerra contra el terror.

La concentración y la intensidad de la misión para matar o capturar a Bin Laden empezaron a declinar en marzo de 2002, tras el fallido ataque a Tora Bora. Ahora la Casa Blanca había ordenado a la CIA que pasara a centrar su atención en Irak. Y la agencia respondió con un fiasco que resultaría mucho más fatal para su suerte que los atentados del 11-S.

44

«Un grave error»

«No cabe duda de que ahora Saddam Hussein tiene armas de destrucción masiva —declaraba el vicepresidente estadounidense Dick Cheney el 26 de agosto de 2002—. No cabe duda de que está acumulándolas para emplearlas contra nuestros amigos, contra nuestros aliados y contra nosotros.» El secretario de Defensa, Don Rumsfeld, decía lo mismo: «Sabemos que tienen armas de destrucción masiva —afirmaba—. Sobre eso no hay discusión.»

Tenet proporcionó también sus propias previsiones sombrías en una audiencia secreta ante el comité de inteligencia del Senado celebrada el 17 de septiembre: «Irak proporcionó a al-Qaeda diversas clases de entrenamiento: combate, fabricación de bombas, así como armas químicas, biológicas, radiológicas y nucleares». Basaba su afirmación en las confesiones de una sola fuente, Ibn al-Shaj al-Libi, un actor marginal al que se había golpeado, encerrado en una caja de poco más de medio metro de ancho durante diecisiete horas y amenazado con una prolongada tortura.[1] Tras levantarle la amenaza de tortura, el prisionero se había retractado, pero Tenet no había corregido el informe.

El 7 de octubre, en vísperas del debate parlamentario sobre la conveniencia de declarar o no la guerra a Irak, el presidente Bush había declarado que el país «posee y produce armas químicas y biológicas». Luego había pasado a advertir que «cualquier día Irak podría decidir suministrar un arma biológica o química a un grupo terrorista o a un terrorista individual». Ello creaba un dilema para Tenet. Días antes, su adjunto, John McLaughlin, había contradicho al presidente en un testimonio ante el comité de inteligencia del Senado. Siguiendo órdenes de la Casa Blanca, Tenet publicó una declaración en la que decía: «No hay incoherencia alguna entre nuestra visión de

la creciente amenaza de Saddam y la visión expresada por el presidente en su discurso».

Aquello era lo último que debería haber dicho, y él lo sabía. «Hice lo menos acertado», declararía casi cuatro años después.[2] Durante toda su trayectoria de servicio público, Tenet había sido un hombre básicamente honesto. Pero bajo las enormes presiones que hubo de afrontar a raíz del 11-S, su único defecto —el obsesivo deseo de agradar a sus superiores— se convirtió en una grieta que resquebrajaría su propio carácter. Pero también el carácter de la CIA se resquebrajaría; bajo su mandato, la agencia produjo el peor informe de toda su larga historia, una estimación especial de inteligencia nacional titulada «La continuidad de los programas de armas de destrucción masiva en Irak».

Normalmente, una «estimación nacional» constituye el mejor juicio de la comunidad de la inteligencia estadounidense, producido y dirigido por la CIA, y distribuido con la autoridad y el visto bueno del director de la central de inteligencia. Representa su palabra.

Esta estimación concreta fue encargada por los miembros del comité de inteligencia del Senado, que consideraba que resultaría prudente revisar todas las evidencias antes de ir a la guerra. A instancias suyas, los analistas de la CIA pasaron tres semanas recopilando y revisando todo lo que sabía la agencia a partir de los satélites espía, de los servicios de inteligencia extranjeros y de agentes, desertores y voluntarios iraquíes reclutados. En octubre de 2002, la CIA informaba de que la amenaza resultaba incalculable. «Bagdad tiene armas químicas y biológicas», rezaba la estimación de alto secreto. Saddam había reforzado su tecnología de misiles, incrementado sus mortíferas reservas y reiniciado su programa de armas nucleares. «Si Bagdad adquiere suficiente material fisionable del extranjero —se afirmaba—, podría fabricar un arma nuclear en cuestión de meses.» Pero lo más terrible de todo, advertía la CIA, era que Irak podía llevar a cabo ataques químicos y biológicos dentro del propio territorio estadounidense.

La CIA confirmaba, pues, todo lo que decía la Casa Blanca. Pero en realidad la agencia estaba diciendo mucho más de lo que sabía. «No

disponíamos de muchas fuentes de información iraquíes —admitiría dos años después Jim Pavitt, el jefe del servicio clandestino—. Apenas teníamos un puñado de ellas.»[3] Así, la agencia produjo una tonelada de análisis a partir de un gramo de información de inteligencia. Y habría funcionado si aquel gramo hubiera sido de oro sólido en lugar de pura escoria.

La CIA, como institución, daba por sentado que, tras la invasión de Irak, los soldados o los espías estadounidenses encontrarían las pruebas. Fue una pésima apuesta, que sin duda habría horrorizado a Richard Helms, que murió el 22 de octubre de 2002, a los ochenta y nueve años de edad, poco después de que se completara la estimación. Como tributo a su legado, la CIA reeditó varias partes del discurso que había dado unos años antes. El texto completo yacía enterrado en los archivos de la agencia, pero su fuerza no había menguado: «A veces resulta difícil para nosotros entender la intensidad de nuestras críticas públicas —había dicho Helms—. Una cosa es criticar nuestra eficacia, y otra muy distinta criticar nuestra responsabilidad. Creo que nosotros, como un importante brazo del gobierno, constituimos un objeto legítimo de interés público ... Considero muy doloroso, sin embargo, que el debate público menoscabe nuestra utilidad a la nación arrojando dudas sobre nuestra integridad y objetividad. Si no se nos cree, no tenemos razón de ser».[4]

«Nosotros no teníamos respuestas»

Para entender cómo la CIA era capaz de decir que en Irak existían armas de destrucción masiva, hemos de remontarnos a 1991 y al final de la primera guerra del Golfo. Tras la guerra vinieron siete años de intenso escrutinio internacional de la mano de los inspectores de las Naciones Unidas que buscaban evidencias de que Saddam poseía un arsenal oculto. Estos peinaron el país y tomaron nota de todo lo que pudieron.

A mediados de la década de 1990, Saddam temía más a las sanciones económicas internacionales que a otro posible ataque de

Estados Unidos, y destruyó sus armas de destrucción masiva en cumplimiento de los mandatos de la ONU. Sin embargo, mantuvo sus instalaciones de fabricación de armamento, y mintió al respecto; y tanto Estados Unidos como las Naciones Unidas sabían que mentía. Fue aquel legado de mentiras el que hizo que los inspectores y la CIA desconfiaran de todo lo que hacía Irak.

En 1995, el general Hussein Kamal, yerno de Saddam, desertó junto con algunos de sus colaboradores. Kamal confirmó que Saddam había destruido las armas. Pero la CIA hizo caso omiso de todo lo que dijo, considerándolo un engaño. El hecho de que Kamal regresara a Irak y fuera asesinado por su suegro no alteró la opinión de la agencia.

Sus colaboradores hablaron a la CIA de la Dirección de Control Nacional iraquí, un organismo diseñado para ocultar al mundo las intenciones y las capacidades militares de Saddam. La CIA quería penetrar en aquel sistema de ocultación, y un golpe de suerte lo hizo posible. Rolf Ekeus, el presidente del equipo de inspectores de las Naciones Unidas, era sueco, así como la Ericsson, el gigante de las telecomunicaciones que había fabricado los walkie-talkies que utilizaba la Dirección de Control Nacional de Irak. La CIA, la NSA, Ekeus y Ericsson diseñaron un modo de intervenir las telecomunicaciones de los iraquíes. En marzo de 1998, un agente de la CIA disfrazado de inspector de armamento de la ONU viajó a Bagdad e instaló el sistema de escuchas. Las conversaciones interceptadas se transmitían a un ordenador en Bahrein, que realizaba una búsqueda de palabras clave como «misil» y «química». Una operación excelente, salvo por un hecho: la CIA no oyó nada relacionado con la existencia de armas de destrucción masiva en Irak.

Aquella primavera, los inspectores de armamento encontraron lo que ellos creyeron que eran restos de gas nervioso VX en las ojivas de unos misiles iraquíes. Su informe se filtró al *Washington Post*. Bagdad lo calificó de mentira de los estadounidenses. Charles Duelfer, que había dirigido algunos de los equipos de inspectores en la década de 1990, y que en 2004 regresaría a Irak como responsable de la búsqueda de armas de Tenet, concluiría: «En última instancia, creo que los iraquíes decían la verdad. No estaban fabricando armas a base

de VX».[5]

El enfrentamiento en torno al informe sobre el gas VX marcó un punto de inflexión. Irak dejó de confiar en los inspectores, los cuales, a su vez, jamás habían confiado en Irak. En diciembre de 1998, la ONU retiró a sus inspectores y Estados Unidos empezó a bombardear Bagdad de nuevo. La información que había obtenido la CIA a través de las escuchas de Ericsson se utilizó para dirigir los misiles estadounidenses contra las instituciones y personas entre las que se había infiltrado, incluyendo la residencia del hombre que dirigía la Dirección de Control Nacional.

Irak declaró a la ONU que se había deshecho de las armas de destrucción masiva. Básicamente aquellas declaraciones eran exactas, y las violaciones, aunque las había, eran de poca importancia. Pero Saddam se había mostrado deliberadamente ambiguo con respecto a su arsenal, temiendo aparecer desnudo ante sus enemigos si estos creían que carecía de la capacidad de fabricar armas. Quería que Estados Unidos, sus enemigos en Israel y en Irán, sus enemigos internos, y sobre todo sus propias tropas, creyeran que seguía disponiendo de las armas. El engaño constituía su mejor elemento disuasorio y su última defensa frente a un posible ataque.

Ese era el estado de cosas con el que se encontró la CIA a partir del 11-S. Sus últimos informes fidedignos desde el interior de Irak transmitían noticias ya muy viejas. «Carecemos de inteligencia humana; cero, nada, en términos de agentes sobre el terreno», decía David Kay, que también había dirigido el equipo de las Naciones Unidas y había precedido a Duelfer como principal responsable de la CIA en la búsqueda de armas en Irak.[6] La Casa Blanca quería respuestas, pero «nosotros no teníamos respuestas», decía Kay.

Entonces, en 2002, «de repente surgió lo que parecía ser una excelente fuente de inteligencia humana: los desertores —explicaba Kay—. Los desertores que abandonaban el régimen de Saddam nos hablaban de sus programas de armas y de sus progresos en armamento. No todos ellos se iban a Estados Unidos; muchos fueron a los servicios de inteligencia de Francia, Alemania, Inglaterra y otros países. La información parecía ser increíblemente buena». Una de las

historias más fascinantes hablaba de la existencia de laboratorios móviles donde se fabricaban armas biológicas. Su fuente era un iraquí llamado Rafiq Alwan, que estaba en manos del servicio de inteligencia alemán y al que pasaría a conocerse por el nombre clave de *Curveball* («bola con efecto»).

«Los desertores iraquíes entendían dos cosas: la primera, que compartíamos un interés mutuo en un cambio de régimen, y la segunda, que a Estados Unidos le preocupaba sobremanera la presencia de armas de destrucción masiva en Irak —decía Kay—. De modo que nos hablaban de armas a fin de movilizarnos contra Saddam. Era física newtoniana básica: dadme una palanca lo bastante grande y un punto de apoyo, y moveré el mundo.»

Solo había una cosa peor que carecer de fuentes de información, y era dejarse seducir por fuentes de información que contaban mentiras.

El servicio clandestino había generado muy poca información sobre Irak. Los analistas aceptaban todo lo que respaldara el argumento en favor de la guerra. Se tragaban cualquier rumor de segunda y de tercera mano que encajara con los planes del presidente. Para la agencia, la ausencia de pruebas no constituía una prueba por sí misma. Saddam había tenido armas en el pasado; los desertores decían que las seguía teniendo; luego las tenía. La CIA, como institución, buscaba desesperadamente la atención y la aprobación de la Casa Blanca. Y lo hizo diciéndole al presidente de Estados Unidos exactamente lo que quería oír.

«Datos y conclusiones basados en una sólida información de inteligencia»

El presidente Bush presentó los argumentos de la CIA y varios más en su discurso sobre el estado de la Unión del 28 de enero de 2003: Saddam Hussein poseía armas biológicas suficientes para matar a millones de personas, armas químicas para matar a muchos miles, y laboratorios móviles de armas biológicas diseñados para producir agentes bacteriológicos. «Recientemente Saddam Hussein ha tratado

de conseguir importantes cantidades de uranio de África —declaró—. Nuestras fuentes de inteligencia nos indican que ha intentado comprar tubos de aluminio de alta resistencia aptos para la producción de armas nucleares.»

Todo eso resultaba aterrador, pero nada de ello era cierto.

En vísperas de la guerra, el 5 de febrero de 2003, el secretario de Estado, Colin Powell, cuya talla internacional no era igualada por nadie en la administración Bush, fue a las Naciones Unidas. Acompañado de George Tenet, siempre leal colaborador, cuya mera presencia constituía una silenciosa afirmación, y del embajador estadounidense ante la ONU, el que sería futuro director de inteligencia nacional, John Negroponte, el secretario de Estado inició su discurso: «Todas las afirmaciones que hoy haré están respaldadas por fuentes de información, fuentes sólidas. No se trata de meras aseveraciones. Lo que les daré son datos y conclusiones basados en una sólida información de inteligencia».

Powell prosiguió: «No puede haber duda de que Saddam Hussein posee armas biológicas y tiene la capacidad de propagar esos venenos y enfermedades letales de formas que pueden causar una muerte y una destrucción masivas». Luego advertía de nuevo sobre los laboratorios móviles de armas biológicas de Irak, de cómo estos podían aparcarse en un cobertizo, fabricar su veneno y moverse sin ser detectados. Dijo que Saddam contaba con las suficientes armas químicas letales como para llenar dieciséis mil cohetes. Pero quizá lo peor de todo era que existía también la amenaza del «nexo mucho más siniestro entre Irak y la red terrorista de al-Qaeda».

No es que Powell estuviera haciendo un uso selectivo de la información de inteligencia. No es que seleccionara y amañara los datos para que encajaran con los planes de guerra. Lo que él decía era lo mismo que decía la inteligencia, la mejor información que la CIA podía ofrecer. Powell había pasado días y noches con Tenet revisando una y otra vez los informes de la agencia. Luego Tenet le había mirado a los ojos y le había dicho que eran sólidos como una roca.[7]

El 20 de marzo de 2003, la guerra empezó antes de tiempo debido a un mal consejo de la CIA. Tenet había ido corriendo a la Casa Blanca

con un informe urgente que afirmaba que Saddam Hussein se ocultaba en un complejo situado al sur de Bagdad denominado Granjas Doura. El presidente ordenó al Pentágono que destruyera el complejo. Empezaron a llover las bombas anti-búnker y los misiles de crucero. El vicepresidente Cheney dijo: «Creo que le hemos dado a Saddam Hussein. Se ha visto cómo lo sacaban de entre los escombros y no respiraba».[8] Era una información falsa; Saddam no apareció por ninguna parte. Pero aquel primer objetivo errado de la guerra no sería el último. El 7 de abril de 2003, la CIA informó de que Saddam y sus hijos se reunían en una casa situada junto al restaurante Saa, en el barrio bagdadí de Mansur. La fuerza aérea estadounidense lanzó cuatro bombas de una tonelada sobre la casa. Pero Saddam tampoco estaba allí. Murieron dieciocho civiles inocentes.

La agencia había predicho que miles de soldados iraquíes junto con sus comandantes se rendirían a lo largo de la ruta del ataque una vez que este se iniciara a través de la frontera con Kuwait.[9] Sin embargo, la fuerza invasora estadounidense hubo de abrirse paso a la fuerza a través de todas y cada una de las poblaciones, grandes y pequeñas, que encontró en su camino hacia Bagdad. La CIA había imaginado la capitulación generalizada de las unidades militares iraquíes, y su información de inteligencia al respecto era muy concreta: la división iraquí estacionada en An-Nasiriyah depondría las armas. En lugar de ello, los primeros soldados norteamericanos que entraron en la ciudad cayeron en una emboscada; murieron dieciocho marines, algunos de ellos por fuego amigo, en el que sería el primer combate importante de la guerra. Se había dicho a las fuerzas norteamericanas que iban a ser recibidas con vítores por multitudes de iraquíes agitando banderas estadounidenses —el propio servicio clandestino iba a proporcionarles las banderas— y con una lluvia de caramelos y flores en las calles de Bagdad. Cuando llegó el momento, en cambio, fueron recibidos con balas y bombas.

La CIA había recopilado una lista de 946 lugares sospechosos donde podrían encontrarse los arsenales de armas de destrucción masiva de Saddam. Muchos soldados estadounidenses resultaron muertos o heridos buscando unas armas que jamás existieron. La agencia calculó

mal la amenaza que suponían los fusiles de asalto y los cohetes lanzagranadas acumulados por los fedayines, las fuerzas irregulares dirigidas por el hijo de Saddam, Uday Hussein. Aquel error se tradujo en la primera gran serie de muertos en combate entre los soldados estadounidenses. «Los fedayines y otras fuerzas paramilitares resultaron ser una amenaza mayor de lo que nadie había esperado —escribían los autores de *On Point*, la historia oficial del ejército estadounidense sobre la invasión de Irak—. Las comunidades de inteligencia y de operaciones no habían previsto en ningún momento lo feroces, tenaces y fanáticos que podían llegar a ser.»

La CIA organizó un escuadrón paramilitar de iraquíes denominado «los Escorpiones» y destinado a la realización de actos de sabotaje antes y durante la guerra. En el curso de la ocupación, los Escorpiones se distinguieron por golpear a un general iraquí hasta matarlo. El general de división Abed Hamed Mowhoush, del que se sospechaba que había dirigido ataques insurgentes, pero que se había entregado voluntariamente a las fuerzas estadounidenses, fue apaleado absurdamente con mangos de almádena por los Escorpiones en presencia del agente de la CIA que los mandaba, un oficial de las fuerzas especiales ya retirado al que la agencia había contratado específicamente para la guerra.[10] Mowhoush murió dos días después, el 26 de noviembre de 2003, a consecuencia de las heridas. A principios de aquel mismo mes, un prisionero iraquí llamado Manadal al-Jamadi fue torturado hasta morir en la prisión de Abu Ghraib mientras se hallaba bajo la custodia de un agente de la CIA. Los brutales interrogatorios formaban parte de lo que la Casa Blanca le había pedido a la agencia que hiciera cuando había decidido que se acabaran las contemplaciones.

Como concluiría la propia CIA tres años después de la invasión, la ocupación estadounidense de Irak se convirtió en «la causa célebre para los yihadistas, alimentando un profundo resentimiento frente a la injerencia de Estados Unidos en el mundo musulmán y favoreciendo el aumento de los partidarios del movimiento yihadista global».[11] La declaración llegaba demasiado tarde para resultar de alguna ayuda a las fuerzas estadounidenses. «Todo ejército de liberación tiene una

vida media más allá de la cual se convierte en ejército de ocupación», escribía el teniente general David H. Petraeus, que durante el primer año de guerra mandó la 101 División Aerotransportada, luego supervisó las actividades de entrenamiento del ejército iraquí en un segundo destino, y finalmente regresó en 2007 como comandante de las fuerzas estadounidenses.[12]

«La inteligencia es la clave del éxito», afirmaba. Sin ella, las operaciones militares se precipitan «en una catastrófica espiral descendente».

«Meras suposiciones»

La agencia siguió enviando gente a Bagdad cuando la guerra ya había terminado. «Mientras Irak pasa de la tiranía a la autodeterminación, Bagdad es sede de la mayor base de la CIA desde la guerra de Vietnam —proclamaba Jim Pavitt, el jefe del servicio clandestino—. Me siento extremadamente orgulloso de nuestros resultados en Irak, y de nuestro papel a la hora de liberar a su pueblo de varias décadas de represión.»[13] Los agentes de la base de Bagdad colaboraban con los soldados de las fuerzas especiales, tratando de crear un nuevo clima político en Irak, seleccionando a líderes locales, comprando a políticos e intentando reconstruir la sociedad desde sus bases. Asimismo, trataban de colaborar con sus colegas ingleses para crear un nuevo servicio de inteligencia iraquí. Pero todo eso apenas dio frutos. Cuando la insurgencia iraquí empezó a alzarse contra la ocupación estadounidense, aquellos proyectos empezaron a desmoronarse y el liderazgo de la base de la CIA en Bagdad, a resquebrajarse.

Cuando la ocupación se descontroló, los agentes de la CIA se encontraron arrinconados en el complejo de la embajada estadounidense en la capital del país, incapaces de escapar a la protección de los altos muros y el alambre de espino. Eran prisioneros de la denominada «Zona Verde», impotentes para comprender la insurgencia iraquí y pasando demasiadas horas bebiendo en el bar Babilonia, gestionado por la base de la agencia.[14] Muchos de ellos

no aceptarían una rotación más que de uno a tres meses, apenas el tiempo suficiente para llegar a orientarse un poco en Bagdad.

La base de la CIA, cuyo número de efectivos se acercaba a los quinientos agentes, estuvo dirigida por tres jefes distintos en el curso de un año. La agencia sencillamente no era capaz de encontrar un sustituto adecuado para el primer jefe de base en 2003. «Tenían serias, muy serias, dificultades para encontrar a una persona competente dispuesta a ir», diría Larry Crandall, un veterano agente del Servicio Exterior que había trabajado en estrecha colaboración con la CIA durante la *yihad* afgana y había actuado como número dos en la gestión del programa de reconstrucción estadounidense en Irak, con un presupuesto de 18.000 millones de dólares.[15] La agencia no tenía a nadie en el servicio clandestino dispuesto o capaz de ocupar el cargo. Finalmente eligió a un analista que no tenía casi ninguna experiencia en dirigir operaciones. Apenas duró unos meses; fue un extraordinario fallo de liderazgo en tiempos de guerra.

La CIA volvió a enviar a Irak a los mejores inspectores estadounidenses que habían estado buscando el arsenal de Saddam en la década de 1990. David Kay dirigía un equipo de mil cuatrocientos especialistas, el Grupo de Inspección Iraquí, que trabajaba bajo las órdenes directas del director de la central de inteligencia. Tenet seguía fiel a los informes de la CIA, rechazando las crecientes críticas como «desinformadas, engañosas, y lisa y llanamente erróneas».[16] Pero el grupo de inspección registró Irak de arriba abajo sin encontrar nada. Cuando Kay volvió para informar de ello, Tenet lo puso en cuarentena. Pese a ello, el 28 de enero de 2004, Kay compareció ante el Comité de Servicios Armados del Senado y contó la verdad.

«Estábamos casi completamente equivocados», declaró.

Cuando resultó evidente que la agencia solo había imaginado el apocalíptico arsenal de Irak, el agotamiento moral hizo presa en la CIA. Una oscura y amarga rabia vino a superar al fogoso espíritu que había exhibido a partir del 11-S. Era evidente que lo que la agencia tuviera que decir ya no importaba mucho a la Casa Blanca, ni al Pentágono ni al Departamento de Estado.[17]

El presidente Bush desdeñó los informes cada vez más funestos de la

CIA sobre el curso de la ocupación. Según sus palabras, la agencia no hacía sino «meras suposiciones».[18]

Aquello representaba el toque de difuntos. «Si no se nos cree, no tenemos razón de ser.»

«Las evidencias eran de lo más frágiles»

«Estamos en guerra —declaraba el juez Laurence Silberman, a quien el presidente Bush designó, el 6 de febrero de 2004, responsable de dirigir una investigación sobre el modo en que la CIA se había sacado de la manga el armamento de Saddam—. Si el ejército estadounidense hubiera cometido un error que hubiera sido, ni de lejos, tan grave como el de nuestra comunidad de inteligencia, cabría esperar que hubiera generales destituidos.»[19]

Y proseguía: «Habría resultado sumamente justificable haberle dicho al presidente y al Congreso que era probable que Saddam tuviera armas de destrucción masiva basándose en su uso en el pasado, la insuficiencia de indicadores de su destrucción y su engañosa conducta». Pero la CIA había cometido «un grave error, muy grave, al concluir que existía una certeza del 90 por ciento de que tuviera armas de destrucción masiva. Y fue un grave error no solo retrospectivamente —continuaba—. Las evidencias eran de lo más frágiles, algunas de ellas incluso bastante defectuosas, y el espionaje en el que se basaban no era bueno. Además, existía una falta de comunicación interna tan abismal en el seno de la comunidad de la inteligencia, que a menudo la mano izquierda ni siquiera sabía lo que estaba haciendo la derecha».

La CIA había alcanzado sus conclusiones sobre las armas químicas de Irak basándose únicamente en las fotos malinterpretadas de unos camiones cisterna iraquíes. Había basado sus conclusiones sobre las armas biológicas de Irak en una única fuente de información, *Curveball*. Había basado sus conclusiones sobre las armas nucleares de Irak casi íntegramente en las importaciones que había hecho Saddam de tubos de aluminio, en realidad destinados a la fabricación de

cohetes convencionales. «Resulta casi espantosamente erróneo concluir que dichos tubos de aluminio resultaban apropiados o estaban diseñados para construir centrifugadoras para armas nucleares», decía el juez Silberman.

«Lo que fue un auténtico desastre —proseguía— es que Colin Powell fuera a las Naciones Unidas y expusiera un argumento de una certeza absolutamente inequívoca basado en un material realmente malo.»

El juez Silberman y su comisión presidencial recibieron un permiso sin precedentes para leer todos los artículos sobre las armas de destrucción masiva de Irak de los informes diarios para el presidente Bush. Y encontraron que los informes de la CIA destinados exclusivamente para el presidente no eran distintos del resto de su trabajo, incluyendo la tristemente célebre estimación, con una única salvedad: según descubrió la comisión, eran «aún más engañosos».[20] Eran, «en el mejor de los casos, más alarmistas y menos comedidos». Los informes diarios para el presidente, «con sus titulares orientados a llamar la atención y sus machaconas repeticiones, daban la impresión de que había muchos informes corroborativos cuando lo cierto era que existían muy pocas fuentes … De maneras a veces sutiles y otras no tan sutiles, los informes diarios parecían estar “vendiendo” la información de inteligencia a fin de mantener interesados a sus clientes, o al menos a su Primer Cliente».

«No hicimos nuestro trabajo»

George Tenet vio que sus días en la CIA estaban contados. Había hecho todo lo posible por revivir y renovar la agencia, pero siempre se le recordaría por una cosa: por haberle asegurado al presidente que la CIA tenía evidencias incuestionables de la existencia de armas de destrucción masiva en Irak. «Fue lo más estúpido que he dicho nunca», reflexionaría más tarde Tenet.[21] Por mucho que viviera, por muy buenas obras que pudiera hacer en los años posteriores, aquella frase figuraría en el primer párrafo de su esquela mortuoria.

Hay que decir en honor de Tenet que le pidió a Richard Kerr, el ex

subdirector de la central de inteligencia, que investigara qué había fallado en las estimaciones sobre Irak. Tras haberse completado, en julio de 2004, el estudio fue clasificado, y así permaneció durante casi dos años. Cuando se desclasificó, se hizo evidente por qué la agencia lo había enterrado. Era un epitafio. Decía que la CIA casi había dejado de existir cuando la guerra fría tocó a su fin, y que la caída de la Unión Soviética había tenido un impacto en la agencia «análogo al efecto de las lluvias de meteoritos en los dinosaurios».[22]

En el caso de Irak, como en muchos otros casos, los analistas se vieron obligados rutinariamente a «basarse en informes cuyas fuentes resultaban engañosas e incluso de dudosa fiabilidad». En el tristemente célebre caso de *Curveball*, los agentes de la CIA habían recibido advertencias, por lo demás correctas, de que se trataba de un mentiroso. Pero habían hecho caso omiso de ellas. No llegaba a ser negligencia en el cumplimiento del deber, pero se acercaba mucho.

Normalmente el servicio clandestino solía «emplear diferentes descripciones de una misma fuente», de modo que los lectores de sus informes creían que disponían, pongamos por caso, de tres fuentes que corroboraban una determinada información, cuando en realidad solo había una. No llegaba a ser fraude, pero se acercaba mucho.

La CIA había estado trabajando en las cuestiones del arsenal iraquí durante más de una década, y sin embargo Tenet había acudido a George Bush y a Colin Powell en vísperas de la guerra esgrimiendo falsedades disfrazadas de verdades indudables. No llegaba a ser un delito, pero se acercaba mucho.

Por desgracia, aquel fue el legado de Tenet. Finalmente reconoció que la CIA se equivocaba; no por «razones políticas o por un cobarde deseo de llevar al país a la guerra», sino por su incompetencia. «No hicimos nuestro trabajo», diría.[23]

Correspondería a David Kay, el principal inspector de armamento de la CIA, explicar plenamente el significado de aquel fracaso. «Creemos que la inteligencia es importante para ganar las guerras —diría—. Pero las guerras no se ganan con la inteligencia. Se ganan con la sangre, el tesón y el coraje de los jóvenes hombres y mujeres que llevamos al campo de batalla … Lo que hace realmente la inteligencia

cuando funciona bien es ayudar a evitar las guerras.»[24] Ese fue, en última instancia, el fracaso de la inteligencia estadounidense.

45

«La ceremonia fúnebre»

El 8 de julio de 2004, siete años después de haber tomado posesión de su cargo, George Tenet dimitió. En su discurso de despedida, en el cuartel general de la agencia, recordó las palabras de Teddy Roosevelt: «No es el crítico el que cuenta, ni el hombre que señala la debilidad del fuerte, o dónde aquel que obra podría haber obrado mejor. El mérito es del hombre que está realmente en la arena, cuyo rostro se deteriora por el polvo, el sudor y la sangre».[1] Richard Nixon había citado aquel mismo discurso el día antes de dejar ignominiosamente la Casa Blanca.

Tenet se retiró para escribir unas dolorosas memorias personales de su época en la CIA.[2] Fue un libro orgulloso y amargo. En él se jactaba con razón de los éxitos de la CIA —con la inestimable ayuda de la inteligencia británica— a la hora de desmantelar los programas secretos de armamento de Pakistán y Libia. Sostenía que él había transformado la agencia, sacándola del caos para convertirla en una dinamo. Pero la maquinaria se había quebrado bajo una presión intolerable. Tenet no pudo atacar a al-Qaeda antes del 11-S: «En ausencia de una información de inteligencia sólida —escribía—, la acción encubierta es un juego de necios». Y ya desde el mismo momento de los atentados se había visto inundado por oleadas de amenazas que luego nunca se habían materializado. Cada día transmitía los más recientes temores a la Casa Blanca, y «uno podía volverse loco si se lo creía todo, o siquiera la mitad, de lo que se explicaba», cosa que él prácticamente hacía. Presa de la incertidumbre, tanto él mismo como la CIA se habían convencido de que el arsenal de Irak realmente existía. «Éramos prisioneros de nuestra propia historia», escribía, ya que los únicos datos sólidos de los que disponían tenían cuatro años de antigüedad. Él confesaba el

error, pero dicha confesión no representaba más que la súplica de absolución de un hombre condenado. Tenet llegó a creer que la Casa Blanca quería culparle de la decisión de haber ido a la guerra, y ese era un peso demasiado grande de soportar.

Ahora, además, el crítico pasaba a ocupar el puesto del hombre que estaba en la arena.

Porter Goss nunca había tenido un gran éxito en la CIA. Reclutado en 1959, cuando iniciaba sus estudios en Yale, se incorporó al servicio clandestino y sirvió a las órdenes de Allen Dulles, John McCone y Richard Helms. Había trabajado en la división latinoamericana durante una década, centrando su labor en Cuba, Haití, la República Dominicana y México. El momento culminante de su período en la base de Miami se produjo en el otoño de 1962, cuando se dedicó a meter y sacar a agentes cubanos de la isla en pequeños botes al amparo de la oscuridad de la noche.

Nueve años después, Goss estaba trabajando en la base de Londres cuando una infección bacteriana que le afectó al corazón y los pulmones estuvo a punto de matarle. Se retiró, se recuperó, compró un pequeño periódico en Florida, y valiéndose de él, en 1988 llegó a ocupar un escaño en el Congreso. Por entonces poseía un patrimonio neto de 14 millones de dólares, una elegante hacienda en Virginia, una propiedad en el estrecho de Long Island, y un poder sobre la CIA digno de un virrey gracias a su presidencia del comité de inteligencia de la Cámara.

Sin embargo, se mostraba modesto con respecto a sus éxitos en la agencia. «Hoy no podría conseguir trabajo en la CIA —diría en 2003—. No estoy cualificado.»[3] En eso tenía razón. Pero había decidido que él y solo él había de ser el próximo director de la central de inteligencia. Para ello, había apuntado a Tenet y le había lanzado una brutal andanada; las armas que empleó fueron las palabras del informe anual sobre la CIA del comité de inteligencia.

«Necesitaremos otros cinco años»

Publicado el 21 de junio de 2004, tres semanas antes de que dimitiera Tenet, el informe Goss advertía de que el servicio clandestino se estaba convirtiendo en «una acartonada burocracia incapaz siquiera del menor atisbo de éxito».[4] Aunque en el año anterior 138.000 estadounidenses habían solicitado un puesto de trabajo en la CIA, pocos de ellos llegaron a alcanzar el grado de espías. Tenet acababa de declarar que «necesitaremos otros cinco años de trabajo para tener la clase de servicio clandestino que el país necesita».[5]

Goss se aprovechaba de aquella triste verdad: «Ahora estamos en el octavo año de la reconstrucción, y todavía nos faltan más de cinco para gozar de buena salud. Eso es trágico».

Luego Goss dirigía sus balas contra la dirección de inteligencia de la CIA por producir noticias aisladas de escaso valor en lugar de la información de inteligencia estratégica de largo alcance que había sido la razón inicial por la que se había creado la agencia. También en eso Goss estaba en lo cierto, y en el mundo de la inteligencia todos lo sabían. «Llevamos tanto tiempo sin producir información de inteligencia estratégica, que la mayoría de nuestros analistas ya no saben cómo hacerlo», decía Carl W. Ford hijo, ex agente de la CIA y subsecretario de Estado para inteligencia e investigación entre mayo de 2001 y octubre de 2003.[6]

«Mientras valoremos la información de inteligencia más por su volumen que por su calidad, seguiremos produciendo el montón de gilipolleces de 40.000 millones de dólares por el que hemos llegado a ser famosos», añadía Ford. Le indignaba que la agencia, mientras había estado paralizada por el quimérico arsenal de Saddam Hussein, no se hubiera enterado de nada con respecto a los programas nucleares del resto de los países del «eje del mal» del presidente Bush. «Probablemente sabíamos cien veces más del programa nuclear de Irak que del de Irán, y un millar de veces más que del de Corea», afirmaba Ford. Corea del Norte era una incógnita, como lo había sido siempre. En Irán la CIA había tratado de reconstruir una red de agentes, pero había fracasado; y ahora Irán era también una incógnita. De hecho, en aquel momento la agencia sabía menos de aquellos programas nucleares de lo que había sabido cinco o diez años atrás.

Ford aseguraba que la CIA estaba en ruinas. «Está rota. Tan rota que nadie quiere creerlo.» El informe Goss dejaba eso muy claro. «Existe una negación disfuncional de cualquier necesidad de acción correctora —rezaba—. La CIA sigue descendiendo por el camino que desemboca en el consabido precipicio.»

Goss estaba seguro de que tenía las respuestas. Sabía que la CIA se había estado engañando a sí misma y había estado engañando a otros con respecto a la calidad de su trabajo. Sabía que la mayor parte del servicio clandestino había pasado cuatro décadas durante la guerra fría esperando y confiando en que hubiera soviéticos que prestaran voluntariamente sus servicios como espías. Sabía que sus agentes extranjeros dedicados a la guerra contra el terror pasaban días y noches esperando y confiando en que sus colegas de Pakistán, Jordania, Indonesia y Filipinas les vendieran información. Y sabía que la solución era la remodelación de la agencia.

La Comisión del 11-S creada por el Congreso estadounidense estaba a punto de publicar su informe definitivo. Dicha comisión hizo un magnífico trabajo reconstruyendo los acontecimientos que desembocaron en los atentados, pero no trazaba un camino claro con respecto a lo que había que hacer en el futuro. Tampoco el Congreso estadounidense había hecho mucho por arreglar la agencia desde el 11-S, aparte de darle varios miles de millones de dólares y un montón de consejos gratis. La comisión calificaba —acertadamente— la supervisión parlamentaria de la inteligencia de «disfuncional», el mismo epíteto que Goss había dedicado a la agencia. Durante años, casi no había habido participación en las cuestiones de vida o muerte que afrontaba la CIA por parte de los comités de inteligencia de la Cámara y el Senado. Bajo la presidencia de Goss, el comité de la Cámara había elaborado su último informe sustancial sobre la conducta de la CIA en 1998. Un cuarto de siglo de supervisión parlamentaria de la agencia apenas había producido casi nada de valor duradero. Los comités de inteligencia y sus directivas se habían limitado a aplicar ocasionales reprimendas públicas y todo un abanico de parches para unos problemas que eran omnipresentes.

Se sabía que la Comisión del 11-S recomendaría la creación de un

nuevo puesto, el de director de inteligencia nacional. Se había estado dando vueltas a la idea desde los buenos tiempos de Allen Dulles. Pero esta no ofrecía una solución real a la crisis de la CIA; reordenar las casillas del organigrama de gobierno no haría que resultara más fácil dirigir la agencia.

«Es una organización que florece con el engaño —declaraba John Hamre, ex subsecretario de Defensa y presidente del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington—. ¿Cómo se gestiona una organización así?»[7]

Esa era una de las muchas preguntas a las que la CIA y el Congreso jamás habían respondido. ¿Cómo se dirige un servicio de inteligencia secreto en una democracia abierta? ¿Cómo se sirve a la verdad mintiendo? ¿Cómo se fomenta la democracia mediante el engaño?

«A LA LARGA, NO SE QUEDARÁN»

El mito sobre la CIA se remontaba a la bahía de Cochinos, que todos sus éxitos eran secretos y solo sus fracasos se pregonaban a bombo y platillo. Pero lo cierto era que la CIA no podía tener éxito sin reclutar y mantener a hombres cualificados y audaces, así como a agentes extranjeros. En esa misión la agencia fracasaba cada día, y aparentar lo contrario no era sino un espejismo.

Para tener éxito, la CIA necesitaba encontrar a hombres y mujeres con la misma disciplina y el mismo espíritu de sacrificio que los mejores oficiales militares del país, con la misma conciencia cultural y el mismo conocimiento histórico que los mejores diplomáticos de la nación, y con el mismo sentimiento de curiosidad y espíritu de aventura que poseían los mejores corresponsales extranjeros estadounidenses. También sería de gran ayuda que aquellos a quienes se reclutara pudieran hacerse pasar por palestinos, pakistaníes o pastunes. Pero no era nada fácil encontrar a norteamericanos así.

«¿Puede la CIA hacer frente a la amenaza actual? La respuesta en este momento es que no, en absoluto», declaraba Howard Hart, que había arriesgado su vida formando a agentes extranjeros en Irán,

proporcionando clandestinamente armas a los rebeldes afganos y dirigiendo las unidades paramilitares de la agencia.[8] Hart decía que se había sentido ofendido cuando Goss había denominado a la CIA «un puñado de gilipollas disfuncionales» y «una pandilla de idiotas». Pero aceptaba que «se puede criticar al servicio clandestino de la CIA por no haberlo hecho tan bien como debería. Eso hay que reconocerlo. Y ello porque tenemos a gente que no hace la parte que le corresponde. Y la razón de que la mayoría de ellos estén ahí es que no tenemos manera de reemplazarles».

El presidente Bush prometió incrementar los efectivos de la agencia en un 50 por ciento. Pero la vigente crisis era una cuestión de calidad, no de cantidad. «Lo que no necesitamos es más dinero y más gente, al menos no en este momento —decía Carl Ford—. Un 50 por ciento más de operadores y un 50 por ciento más de analistas es igual a un 50 por ciento más de palabrería.» El problema de personal era el mismo que había tenido que afrontar Walter Bedell Smith como director de la central de inteligencia cuando arreciaba la guerra de Corea: «No podemos conseguir a personas cualificadas. Sencillamente no existen».[9]

La CIA era incapaz de encontrar a un número suficiente de estadounidenses de talento que trabajaran como espías a sueldo del gobierno. Durante el año 2004 cientos de ellos habían renunciado, tanto en el cuartel general de la agencia como en diversos destinos, enfurecidos y humillados ante el desmoronamiento de la credibilidad y la autoridad de la agencia. Reclutar, contratar, entrenar y formar a jóvenes agentes seguía siendo la tarea más difícil de la CIA.

Goss prometió que él los encontraría, y el 14 de septiembre de 2004 encaró con paso decidido las audiencias senatoriales previas a su confirmación en el cargo, afirmando que él podía arreglar a la CIA de una vez por todas. «Yo no quiero proporcionar ayuda y consuelo al enemigo diciéndoles lo grave que creo que es el problema», declaró ante las cámaras; pero el problema se resolvería.[10] Tras su confirmación, por una votación de 77 a 17 con la asistencia del Senado en pleno, Goss se dirigió directamente al cuartel general de la CIA en un estado de euforia.

«Nunca, ni en mis sueños más descabellados, había esperado que volvería aquí —declaró ante los hombres y mujeres a los que tan duramente había condenado tres meses antes—. Pero aquí estoy.»[11] Luego proclamó que sus poderes se verían «aumentados por órdenes ejecutivas» del presidente; él sería el informador de inteligencia de Bush, el jefe de la CIA, el director de la central de inteligencia, el director de inteligencia nacional y el jefe de un nuevo centro nacional de lucha antiterrorista. No se limitaría, pues, a ejercer dos funciones como sus predecesores; él ejercería cinco.[12]

En su primer día de trabajo, Goss inició una purga más rápida y extensa que ninguna otra en toda la historia de la Agencia Central de Inteligencia. Obligó a marcharse a casi todos los agentes más veteranos de la CIA.[13] Creó una atmósfera de rencor que no se veía en el cuartel general de la agencia desde hacía casi treinta años. El resentimiento provocado por la expulsión de Stephen Kappes del puesto de jefe del servicio clandestino fue especialmente feroz. Kappes, ex marine y antiguo director de la base de Moscú, representaba la flor y nata de la CIA. En colaboración con el servicio de inteligencia británico, en fecha reciente había desempeñado un destacado papel en el que sería un gran triunfo de la inteligencia y la diplomacia al persuadir a Libia de que abandonara su prolongado programa para desarrollar armas de destrucción masiva. Pero cuando cuestionó las opiniones de Goss, este le puso de patitas en la calle.

El nuevo director se rodeó de un equipo de halcones políticos que había importado del Capitolio. Estos creían que la Casa Blanca —o algún poder superior— les había encomendado la misión de librar a la CIA de izquierdistas subversivos. En el cuartel general de la agencia existía la sensación de que Goss y su equipo directivo, los llamados *Gosslings*,[*] situaban la lealtad al presidente y a sus políticas por encima de todo lo demás, de que no deseaban una agencia enfrentada a la Casa Blanca, y de que quienes les cuestionaran pagarían por ello. Lo correcto habría sido que la purga de la CIA fuera una cuestión de competencia, pero se convirtió erróneamente en una cuestión de ideología.

El director promulgó órdenes en contra de la disensión con respecto

a las políticas presidenciales. Su mensaje estaba claro: o sigues el programa o te largas. Esta última opción parecía cada vez más atractiva para el 10 por ciento de agentes de más talento de entre el personal de la CIA. En la periferia del cinturón urbano se estaba desarrollando una enorme industria de seguridad nacional que luego vendía sus servicios al gobierno en régimen de subcontratación. Los mejores hombres de la agencia se estaban pasando a dicha industria. Quince años antes la CIA había estado sobrecargada de veteranos de la época de la guerra fría; ahora lo estaba de principiantes. En 2005, la mitad del personal de la agencia —tanto operadores como analistas— contaba con solo cinco años de experiencia, o menos.

La impulsiva declaración del presidente de que la agencia no hacía sino «meras suposiciones» sobre Irak fue la chispa que encendió una ira hasta entonces latente, cuyas llamas se propagaron por las filas de los profesionales que todavía quedaban. Los agentes de la CIA en Bagdad y en Washington trataron de advertir de que el camino que estaba siguiendo el presidente estadounidense con relación a Irak era desastroso. Dijeron que Estados Unidos no podía dirigir a un país al que no entendía. Pero sus palabras no ejercieron influencia alguna en la Casa Blanca, ya que resultaban poco menos que una herejía en una administración cuyas políticas se basaban en la fe.

Cuatro antiguos jefes del servicio clandestino trataron de entrar en contacto con Goss para aconsejarle que aflojara si no quería destruir lo que quedaba de la CIA. Pero este no hizo caso alguno a sus llamamientos. Uno de ellos llegó a hacerse público: «Goss y sus secuaces pueden hacer mucho daño en un plazo breve —escribía Tom Twetten en un artículo de opinión publicado en *Los Angeles Times* el 23 de noviembre de 2004—. Si los empleados profesionales de la agencia no creen que los jefes de esta están de su lado, no correrán riesgos por ella, y a la larga no se quedarán». Al día siguiente, John McLaughlin, que había mantenido unida a la agencia como director en funciones tras la renuncia de Tenet, dio su propia réplica. La CIA no era «una agencia "disfuncional" y "canalla" —escribía en el *Washington Post*—. La CIA no se dedicaba a intrigar institucionalmente en contra del presidente». Haviland Smith, que se había retirado ya

del puesto de responsable de la lucha antiterrorista, también intervino. «Porter Goss y sus tropas de [Capitol] Hill están causando estragos —escribía—. Purgar a la CIA en este desafortunado momento, cuando necesitamos afrontar problemas reales de terrorismo, es tirar piedras contra nuestro propio tejado.» En todos los años en los que la agencia había sido objeto de críticas feroces por parte de la prensa, nunca se había dado el caso de que fueran los propios agentes más veteranos de la inteligencia estadounidense quienes atacaran al director abiertamente empleando la letra impresa.

La fachada se desplomaba, y la CIA se desmoronaba.

«Este es uno de los tipos más peculiares de organización que puede tener un gobierno —había dicho el presidente Eisenhower cincuenta años antes—. Y probablemente se requiere una extraña clase de genio para dirigirla.» Diecinueve hombres habían pasado por el puesto de director de la central de inteligencia, pero ninguno de ellos cumplía los elevados criterios que estableciera Eisenhower. Los fundadores de la agencia habían sido derrotados por su ignorancia en Corea y Vietnam, y vencidos por su arrogancia en Washington. Sus sucesores quedaron a la deriva cuando desapareció la Unión Soviética, y se vieron cogidos por sorpresa cuando el terrorismo golpeó en el mismo corazón del poder estadounidense. Sus intentos de dar sentido al mundo habían generado mucho calor, pero muy poca luz. Como ocurriera en los comienzos, los militares del Pentágono y los diplomáticos del Departamento de Estado les desdeñaban. Durante más de medio siglo, los diversos presidentes de Estados Unidos se habían sentido frustrados o se habían puesto furiosos cada vez que habían acudido a los directores de la agencia en busca de ideas o de conocimientos.

Ese cargo, que se había revelado imposible de ocupar adecuadamente, sería ahora abolido.

En diciembre de 2004, con los trastornos de la agencia en pleno apogeo, el Congreso estadounidense aprobó —y el presidente Bush firmó— una nueva ley por la que se creaba el puesto de director de inteligencia nacional, tal como había instado la Comisión del 11-S. Elaborada a toda prisa y debatida no menos apresuradamente, la ley

no hacía nada por aliviar los problemas crónicos y congénitos que habían afligido a la agencia desde su nacimiento. Era, en suma, la continuidad disfrazada de cambio.

Goss creía que el presidente le elegiría a él para el puesto. Pero la llamada nunca se produjo. El 17 de febrero de 2005, Bush anunció que iba a proponer al embajador estadounidense en Irak, John Negroponte.[14] Diplomático de talante rigurosamente conservador, de maneras sofisticadas y sutiles, y especialmente dotado para las luchas intestinas, Negroponte no había trabajado ni un solo día en el mundo de la inteligencia, y lo cierto es que tampoco trabajaría en él durante mucho tiempo.

Al igual que ocurriera en 1947, al nuevo director se le dio una gran responsabilidad sin dotarle de una autoridad equivalente. El Pentágono seguía controlando el grueso del presupuesto de seguridad nacional, que ahora se acercaba ya a los 500.000 millones de dólares anuales, de los cuales sólo aproximadamente un 1 por ciento correspondía a la CIA. El nuevo orden servía únicamente como un reconocimiento formal de que el antiguo había fracasado.

«EL FRACASO NO PUEDE EXPLICARSE»

La CIA estaba herida de gravedad. Y según establece la ley de la selva, y las maneras predominantes en Washington, otros animales más fuertes que ella se la comieron. El presidente concedió un gran poder sobre el espionaje, la acción encubierta, las escuchas y el reconocimiento aéreo al subsecretario de inteligencia del Pentágono, además de elevar ese cargo al puesto número tres en el Departamento de Estado. «Ello provocó un movimiento sísmico en toda la comunidad de la inteligencia —decía Joan Dempsey, que fue subdirectora de la central de inteligencia y directora ejecutiva de la junta asesora de inteligencia exterior bajo la administración Bush—. Era algo mucho más propio de la manera de actuar del Kremlin.»[15]

El Pentágono penetró, con no menos sigilo que constancia, en el ámbito de las operaciones encubiertas en el extranjero, usurpando los

papeles, las responsabilidades, las autoridades y las misiones tradicionales del servicio clandestino. Reclutó a los jóvenes paramilitares más prometedores y conservó a los veteranos más experimentados. La militarización de la inteligencia estadounidense se fue acelerando en la misma medida en que se erosionaba el servicio de inteligencia civil de la nación.

El nuevo analista jefe de Negroponte, Thomas Fingar, había dirigido la pequeña, aunque excelente, oficina de inteligencia e investigación del Departamento de Estado. Tras supervisar el estado de la dirección de inteligencia de la agencia, concluyó rápidamente que «nadie tenía ni idea de quién estaba haciendo qué ni dónde lo hacía».[16] Luego puso bajo su tutela los restos que aún funcionaban de la maquinaria analítica de la CIA. Los mejores y más brillantes pensadores que quedaban en la agencia pasaron a trabajar para él.

La agencia, tal como había estado constituida hasta entonces, se desvanecía. El edificio seguía ahí, y en su interior seguiría albergando a una institución. Pero el 30 de marzo de 2005, una auténtica bola de demolición vendría a derribar lo que todavía quedaba en pie del espíritu de la CIA. Esta llegó en forma de un informe de 600 páginas de la comisión presidencial del juez Silberman. El juez era uno de los pensadores más rigurosos que podían encontrarse en la capital. Su bagaje intelectual era tan fuerte como sus credenciales firmemente conservadoras. Había estado a punto de ser nombrado director de la central de inteligencia en dos ocasiones. En quince años como juez del tribunal federal de apelación en Washington había respaldado constantemente los medios y los fines de la seguridad nacional, por más que estos vinieran a mermar los ideales de la libertad. El personal con el que contaba, a diferencia de la Comisión del 11-S, tenía una profunda experiencia tanto en operaciones como en análisis de inteligencia.

Sus conclusiones fueron tan brutales como definitivas. El reino del director de la central de inteligencia era «un mundo cerrado» con un «historial casi perfecto» de resistencia al cambio. El director había presidido un abanico de recopilaciones y análisis de inteligencia «fragmentado, dirigido con excesiva flexibilidad y mal coordinado». La

agencia a menudo era «incapaz de reunir información de inteligencia sobre aquellas mismas cosas que más nos preocupan», y sus analistas «no siempre les dicen a los responsables de tomar decisiones lo limitados que en realidad son sus conocimientos». La CIA resultaba «cada vez más irrelevante frente a los nuevos desafíos planteados por las armas de destrucción masiva». Su defecto fundamental era la «escasa inteligencia humana», la incapacidad de hacer espionaje.

«Reconocemos que el espionaje es siempre arriesgado en el mejor de los casos; cincuenta años de machacar en la Unión Soviética solo se tradujeron en un puñado de fuentes de información humanas realmente importantes —afirmaba la comisión—. Aun así, no tenemos otra opción que hacerlo mejor.» La CIA «necesita un cambio fundamental si pretende afrontar con éxito las amenazas del siglo XXI». Ese era «un objetivo que resultaría difícil de alcanzar aun en el mejor de los mundos posibles. Y nosotros no vivimos en el mejor de los mundos».[17]

El 21 de abril de 2005, la oficina del director de la central de inteligencia pasó a la historia. Goss calificaría la toma de posesión de Negroponte como «la ceremonia fúnebre» de la agencia tal como se la había conocido hasta entonces.[18] Aquel día, el nuevo jefe recibió una antigua bendición: «Espero que el espíritu de Wild Bill Donovan guíe e inspire sus esfuerzos», declaró el senador por Virginia John Warner, presidente del Comité de Servicios Armados.

Una estatua de bronce de Donovan hace guardia a la entrada del cuartel general de la CIA, donde todos los ex directores de la central de inteligencia que aún vivían se reunieron el 21 de agosto de 2005, por invitación de Goss, para recibir sendas medallas que conmemoraban sus servicios y marcaban el final de su larga trayectoria. Estaba allí George Bush padre, en el centro que llevaba su nombre. También estaban Jim Schlesinger y Stan Turner, amargamente resentidos como personas ajenas a la organización; Bill Webster y Bob Gates, reformistas y regeneradores fracasados; Jim Woolsey, John Deutch y George Tenet, que habían luchado por enderezar un barco que había perdido el rumbo. Algunos de estos hombres se despreciaban olímpicamente entre sí; otros compartían

profundos vínculos de confianza. Era aquel un velatorio bastante agradable, con cierto toque de solemnidad. Hubo un almuerzo y una conferencia sobre la desaparecida oficina por parte del principal historiador de la CIA, David S. Robarge. Goss estaba sentado en primera fila, muerto de vergüenza. Había pasado varias semanas de agonía por culpa de un informe del inspector general que él mismo había pedido cuando todavía era presidente del comité de inteligencia de la Cámara. Este informe representaba una mirada mordaz a los defectos que habían contribuido a los atentados del 11-S, un cuchillo clavado en el propio corazón de la agencia, un examen quirúrgico de su incapacidad para librar nada parecido a una guerra contra los enemigos del país. Siguiendo la mejor tradición de Allen Dulles, Goss había decidido enterrar el informe. La agencia jamás daría cuentas por iniciativa propia de su fracaso a la hora de proteger a Estados Unidos. Pero lo cierto era que habían empezado a exigírsele tales cuentas.

El historiador de la CIA recordó las palabras del presidente Eisenhower cuando puso la primera piedra del cuartel general de la agencia, el 3 de noviembre de 1959:

> La aspiración fundamental de Estados Unidos es la preservación de la paz. A tal fin tratamos de desarrollar políticas y ordenamientos que hagan de la paz algo permanente a la vez que justo. Esto solo puede hacerse sobre la base de una información global y apropiada.
>
> En la guerra nada es más importante para un comandante que los datos relativos a la fortaleza, las disposiciones y las intenciones de su adversario, así como la adecuada interpretación de esos datos. En tiempos de paz, los datos necesarios … y su correcta interpretación resultan esenciales para el desarrollo de una política que potencie nuestra seguridad nacional a largo plazo y nuestros mejores intereses … Ninguna tarea podría ser más importante. De la calidad del trabajo de ustedes depende en gran medida el éxito de nuestro esfuerzo para potenciar la posición del país en la escena internacional … Esta agencia requiere de sus miembros el mayor grado de dedicación, habilidad, fiabilidad y desinterés, por no hablar de la mejor clase de coraje, siempre que se necesite. El éxito no puede publicitarse; el fracaso no puede explicarse. En la labor de la inteligencia, ni se condecora ni se celebra a los héroes.

«En este lugar levantaremos una hermosa y útil estructura —había concluido el presidente—. Ojalá perdure, para servir a la causa de Estados Unidos y de la paz.»

Mientras había estadounidenses que morían en la batalla por falta de datos, los directores de la central de inteligencia se pusieron en pie,

se estrecharon las manos, se marcharon bajo el calor de aquella tarde de verano, y prosiguieron con sus vidas. Como temiera el viejo soldado hacía ya tiempo, habían dejado tras de sí un legado de cenizas.

«No admitan nada, niéguenlo todo»

El 5 de mayo de 2006, el presidente Bush despidió a Porter Goss después de diecinueve meses de incesantes críticas en la CIA. La caída del último director de la central de inteligencia fue rápida y nada gloriosa, y el legado que dejó, amargo.

Al día siguiente, Goss se subió a un avión y se fue a pronunciar el discurso de la ceremonia de graduación en la Universidad de Tiffin, situada a unos 145 kilómetros al oeste de Cleveland, Ohio. «Si esta fuera una clase de agentes de enlace de la CIA a punto de graduarse —les dijo—, mi consejo sería breve y escueto: no admitan nada, niéguenlo todo y formulen contra-acusaciones.» Con aquellas palabras se despidió de la vida pública, dejando atrás el peor cuadro de espías y analistas de toda la historia de la CIA.

Una semana después de la dimisión de Goss, un equipo de agentes del FBI hicieron una redada en el cuartel general de la agencia, tomando posesión de la oficina de Dusty Foggo, que acababa de renunciar al cargo de director ejecutivo, el tercer puesto en importancia de la agencia. Foggo era el hombre a quien Goss había puesto inexplicablemente al mando de la gestión cotidiana de la CIA. Su anterior puesto había sido el de intendente del servicio clandestino. Desde su base de Frankfurt, se dedicaba a abastecer a los agentes desde Ammán hasta Afganistán de toda clase de productos, desde agua embotellada hasta chalecos antibalas. Entre sus tareas estaba la de asegurarse de que sus propios contables y transportistas cumplieran las normas y reglamentos de la CIA. «Después de haber sido "el chico de la ética" —le escribiría a un colega—, le deseo lo mejor en este ejercicio anual.»[19]

El argumento de la acusación del que sería el caso judicial «Estados

Unidos de América contra Kyle Dustin Foggo» resultaría dolorosamente concreto al respecto. Liberado del secreto sumarial el 13 de febrero de 2007, acusaba a Foggo de fraude, conspiración y blanqueo de dinero. Afirmaba que había amañado contratos millonarios para un amigo íntimo que le había agasajado por todo lo alto, le había invitado a extravagantes viajes por Escocia y Hawai, y le había prometido un lucrativo puesto de trabajo; todo un clásico del soborno. Jamás había habido un caso como aquel en toda la historia de la CIA. En el momento de redactar estas líneas, Foggo ha presentado un alegato de inocencia. En caso de ser declarado culpable, se enfrenta a una pena de veinte años de cárcel.

El mismo día en que se acusaba a Foggo, un juez federal de Carolina del Norte condenaba a un empleado contratado por la CIA llamado David Passaro a ocho años y cuatro meses de cárcel por haber golpeado a un hombre hasta matarlo en Afganistán. Passaro formaba parte de un equipo paramilitar de la agencia que tenía su sede en Asadabad, la capital de la provincia de Kunar, a unos pocos kilómetros al oeste de la frontera con Pakistán. La CIA había contratado a Passaro pese a su historia de violencia criminal, ya que anteriormente había sido expulsado de la policía de Hartford, Connecticut, tras ser arrestado por haber golpeado a un hombre en una reyerta.

El afgano al que mató se llamaba Abdul Wali, era un conocido granjero local que había combatido a los soviéticos en la década de 1980. Wali se había enterado de que le buscaban para interrogarle en relación con una serie de ataques con cohetes producidos cerca de la base estadounidense. Acudió entonces a los norteamericanos por decisión propia, afirmando su inocencia. Pero Passaro dudó de su palabra y lo metió en una celda. Luego le golpeó con tanta saña, que el prisionero llegó a suplicar que le pegaran un tiro para acabar con su dolor; moriría dos días después a consecuencia de las heridas. Passaro fue procesado y condenado en virtud de una disposición de la denominada *Patriot Act* (o «Ley Patriota») que permite a los ciudadanos estadounidenses ser juzgados por crímenes cometidos en territorios extranjeros reivindicados por Estados Unidos. El juez señaló que la falta de autopsia había evitado que se le acusara de asesinato.

El tribunal recibió una carta del ex gobernador de Kunar, en la que afirmaba que la muerte de Wali había causado un grave perjuicio a la causa estadounidense en Afganistán y había actuado como una potente medida propagandística en favor de las fuerzas de al-Qaeda y de los talibanes. «La desconfianza frente a los estadounidenses ha aumentado, la seguridad y los esfuerzos de reconstrucción en Afganistán han sufrido un duro golpe, y las únicas personas que han salido ganando con las acciones de Dave Passaro han sido al-Qaeda y sus secuaces», escribía el gobernador.[20]

Tres días después de que Passaro fuera condenado, en Italia un juez ordenaba el procesamiento del jefe de la base de Roma y el jefe de la base de Milán de la CIA, además de un par de docenas más de agentes, acusados del secuestro de un clérigo radical que había pasado varios años sometido a brutales interrogatorios en Egipto. Paralelamente, un tribunal alemán acusaba a trece agentes de la CIA de haber secuestrado y encarcelado ilegalmente a un ciudadano alemán nacido en el Líbano. Y el gobierno de Canadá pedía oficialmente disculpas y pagaba 10 millones de dólares de indemnización a uno de sus ciudadanos, Maher Arar, que había sido secuestrado por la CIA cuando cambiaba de avión en Nueva York tras unas vacaciones familiares, para ser luego transportado a Siria y sometido a los más crueles interrogatorios durante diez meses.[21]

Para entonces el sistema carcelario de la CIA estaba condenado. Ya no podía sobrevivir, puesto que ya no era secreto. Ahora se pedía a los estadounidenses que creyeran a ciegas que el secuestro, encarcelamiento y tortura de personas inocentes había formado parte de un programa especial para evitar otro atentado en Estados Unidos. Puede que fuera así, pero las evidencias de ello son más bien escasas. En cualquier caso, resulta improbable que jamás lleguemos a saberlo.

A Porter Goss le sucedió en la CIA el general Michael Hayden, subdirector de inteligencia nacional, ex jefe de la Agencia de Seguridad Nacional, ejecutor de las órdenes del presidente Bush de poner escuchas electrónicas a objetivos estadounidenses, el primer hombre que ostentó el ahora devaluado título de director de la Agencia Central de Inteligencia, y el primer oficial militar en activo

que dirigía la CIA desde que Stansfield Turner asumiera el cargo en 1977. El general Hayden declaró en su audiencia de confirmación en el Senado que en la CIA había pasado «la hora de los aficionados». Pero no era así.

Según los propios criterios de la agencia, alrededor de la mitad de su personal estaba formado por aprendices. Pocos de ellos estaban preparados y eran capaces de producir resultados. Pero no se podía hacer nada al respecto; la CIA no tenía otra opción que ascenderlos por encima de sus niveles de capacitación. En la medida en que se fue reemplazando a los veteranos de cuarenta y cincuenta años por jóvenes de veinte, el resultado fue una reducción de la inteligencia. El servicio clandestino empezó a abandonar las técnicas del pasado —guerra política, propaganda y acción encubierta— porque carecía de la cualificación necesaria para llevarlas a cabo. La agencia seguía siendo un lugar donde pocas personas hablaban árabe, o persa, o coreano, o chino. Seguía negando empleo a los árabe-americanos patriotas por razones de seguridad en el caso de que estos tuvieran parientes que vivieran en Oriente Próximo, como era el caso de la mayoría. La revolución de la información había dejado a los agentes y analistas no mucho más capaces de comprender la amenaza terrorista de lo que lo habían sido para comprender a la Unión Soviética. Y cuando la capacidad de información de la agencia se vio desbordada por la catástrofe de Irak, el quinto jefe de la base de Bagdad en menos de cuatro años hubo de hacer las maletas para meterse en el cerrado mundo de la Zona Verde.

La CIA se hallaba en su momento más bajo. Ya no contaba con la atención del presidente de Estados Unidos, y los líderes norteamericanos buscaban ahora la información de inteligencia en otra parte, en el Pentágono y en la industria privada.

«Un desastroso auge de poder inadecuado»

Bob Gates se hizo cargo del Pentágono el 18 de diciembre de 2006, convirtiéndose en el único analista de nivel básico que había dirigido

la CIA y que luego pasaba a convertirse en secretario de Defensa. Dos semanas más tarde, John Negroponte, el nuevo «zar» de la inteligencia nacional, renunciaba tras diecinueve meses en el puesto para convertirse en el número dos del Departamento de Estado. Le reemplazó un almirante retirado, Mike McConnell, que había dirigido la Agencia de Seguridad Nacional durante su primer gran colapso en los albores de la era digital, y que había dedicado la última década a ganar dinero trabajando para un contratista militar como Booz Allen Hamilton.

Cuando Gates tomó posesión del Pentágono, miró a su alrededor para examinar la inteligencia estadounidense, y lo que vio fueron estrellas por todas partes: había un general dirigiendo la CIA, había un general en el puesto de subsecretario de Defensa para inteligencia, había un general a cargo de los programas de lucha antiterrorista del Departamento de Estado, había un teniente general en el puesto de subsecretario adjunto del Pentágono para inteligencia, y había un general de división dirigiendo a los espías de la CIA. Durante muchos años, todos y cada uno de esos cargos habían sido ejercidos por civiles. Gates vio, pues, un mundo en el que el Pentágono había aplastado a la CIA, exactamente tal y como había jurado hacer sesenta años antes. Él deseaba cerrar la prisión militar de Guantánamo, trasladando a los sospechosos de terrorismo de Cuba a Estados Unidos, y una vez allí, o condenarlos o reclutarlos. Deseaba refrenar el dominio del Departamento de Defensa sobre la inteligencia. Anhelaba poner fin al declive del papel central de la CIA en el gobierno estadounidense. Pero había muy poco que él pudiera hacer.

El declive formaba parte de una lenta podredumbre que iba socavando los pilares de la seguridad nacional estadounidense. Después de cuatro años de guerra en Irak, el ejército estaba exhausto, desangrado por unos jefes que habían invertido mucho más en armas futuristas que en soldados uniformados. Tras cinco años defendiendo una política exterior basada en una renacida fe, el Departamento de Estado iba a la deriva, incapaz de dar una adecuada expresión a los valores de la democracia. Y después de seis años de una premeditada ignorancia impuesta por unos políticos no menos ignorantes, la

supervisión de la agencia por parte del Congreso estadounidense se había desmoronado. La Comisión del 11-S había dicho que, de todas las tareas que afrontaba la inteligencia estadounidense, el fortalecimiento de la supervisión parlamentaria podía ser la más difícil, a la vez que la más importante. En 2005 y 2006, el Congreso respondió no aprobando el proyecto de ley de autorización anual para la CIA, que era la ley básica que regulaba la agencia, sus políticas y sus gastos. El obstáculo era un único senador republicano, que obstruyó la aprobación del proyecto de ley porque este ordenaba a la Casa Blanca que entregara un informe clasificado sobre las cárceles secretas de la CIA.

La falta de autoridad hizo que el comité parlamentario de inteligencia resultara irrelevante. Desde la década de 1960 no se había dado un control parlamentario tan escaso sobre la agencia. Ahora era una fuerza muy distinta la que ejercía una influencia cada vez mayor sobre la inteligencia, la Norteamérica empresarial.

Al final de su período como presidente, unos días después de que se lamentara del legado de fallos de inteligencia que iba a transmitir a sus sucesores, Dwight Eisenhower hizo su discurso de despedida a la nación, en el que advertía, en unas frases que se harían célebres: «Debemos protegernos contra la adquisición de una influencia injustificada, sea buscada o no buscada, por parte del complejo industrial-militar. El potencial de un desastroso auge de poder inadecuado existe y seguirá existiendo». Poco más de medio siglo después, el aumento del gasto secreto en seguridad nacional a partir del 11-S había creado un floreciente complejo «industrial-de inteligencia».

Por toda la periferia de Washington, y más allá, habían empezado a brotar una especie de clones empresariales de la CIA. El del patriotismo a cambio de beneficios se convirtió en un negocio que movía, según algunas estimaciones, alrededor de 50.000 millones de dólares al año; una cifra de aproximadamente el mismo tamaño que el presupuesto de la propia inteligencia estadounidense. Los orígenes de este fenómeno se remontaban a quince años atrás. Después de la guerra fría, la agencia empezó a subcontratar miles de puestos de

trabajo a fin de llenar lo que se percibía como el vacío creado por los recortes presupuestarios iniciados en 1992. Un agente de la CIA podía pedir la jubilación, devolver su distintivo de identificación de color azul, ir a pedir trabajo, por un salario mucho mejor, a un contratista militar como Lockheed Martin o Booz Allen Hamilton, y al día siguiente aparecer de nuevo en la CIA, esta vez con un distintivo verde. A partir de septiembre de 2001 la subcontratación se disparó, y los jefes del distintivo verde empezaron a reclutar personal abiertamente en la propia cafetería de la CIA.

Grandes parcelas del servicio clandestino pasaron a ser totalmente dependientes de contratistas que actuaban como si estuvieran en la propia cadena de mando de la CIA, pero que en realidad trabajaban para sus patronos empresariales. De hecho, la agencia contaba ahora con dos plantillas de personal distintas, y la privada estaba mucho mejor pagada. En 2006, alrededor de la mitad de los agentes de la base de Bagdad y del nuevo Centro Nacional de Antiterrorismo eran empleados contratados, mientras Lockheed Martin, el mayor contratista militar del país, publicaba anuncios pidiendo «analistas de antiterrorismo» para interrogar a los sospechosos de terrorismo en la prisión de Guantánamo.

Podían ganarse verdaderas fortunas en la industria de la inteligencia. El dinero constituía un poderoso atractivo, y el resultado de ello fue una fuga de cerebros cada vez más acelerada —lo último que la CIA podía permitirse— y la creación de empresas como Total Intelligence Solutions. Esta empresa, fundada en febrero de 2007 y denominada también Total Intel, estaba dirigida por Cofer Black, que era el responsable del centro de lucha antiterrorista de la CIA cuando el 11-S. Sus socios eran Robert Richer, que había sido el número dos del servicio clandestino, y Enrique Prado, jefe de operaciones antiterroristas de Black. Los tres habían abandonado la guerra contra el terror de la administración Bush en 2005 para incorporarse a Blackwater USA, la empresa de seguridad privada con conexiones políticas que, entre otras muchas cosas, servía de guardia pretoriana de los estadounidenses en Bagdad. En Blackwater aprendieron los trucos del negocio de contratar con el gobierno, y en poco menos de

un año Black y compañía estaban dirigiendo Total Intel. Los tres se contaban entre los mejores agentes de la CIA. Pero el espectáculo de abandonar el barco en plena guerra para hacer el agosto ya no resultaba nada extraordinario en la Washington del siglo XXI. Legiones de veteranos de la CIA abandonaban sus puestos para vender sus servicios a la agencia redactando análisis, creando tapaderas para los agentes que trabajaban en el extranjero, estableciendo redes de comunicaciones y dirigiendo operaciones clandestinas. Siguiendo su ejemplo, los nuevos empleados contratados por la agencia adoptaban su propio plan quinquenal: entrar, salir y cobrar. Una acreditación de seguridad de alto secreto y un distintivo verde representaban la llave maestra que abría todas las puertas para la nueva estirpe de contratistas del gobierno. La subcontratación de la inteligencia era un claro signo de que a partir del 11-S la CIA ya no podía llevar a cabo muchas de sus misiones básicas sin ayuda.

Pero sobre todo, no podía ayudar al ejército a imponer la democracia a punta de pistola en Irak. La acción sin conocimiento era un negocio peligroso, tal como los estadounidenses pudieron descubrir con gran pesar.

«ORGANIZAR Y DIRIGIR UN SERVICIO DE ESPIONAJE»

Durante la guerra fría, la izquierda estadounidense condenó a la CIA por lo que hizo. En la guerra contra el terror, la CIA fue atacada por la derecha estadounidense por lo que no pudo hacer. La acusación fue de incompetencia, y la formularon hombres como Dick Cheney y Don Rumsfeld. Independientemente de lo que uno pueda decir acerca de su liderazgo, ambos sabían, por su larga experiencia, lo que hoy también sabe el lector: que la CIA era incapaz de realizar adecuadamente su papel de servicio de inteligencia estadounidense.

La CIA de ficción, esa que se ve en las novelas y en las películas, es omnipotente. El mito de su edad de oro fue una invención de la propia CIA, un producto de la publicidad y de la propaganda política que fabricó Allen Dulles en la década de 1950. Sostenía ese mito que la

agencia podía cambiar el mundo, lo cual explica por qué la CIA es tan impermeable al cambio. La leyenda se perpetuó en la década de 1980 de la mano de Bill Casey, que trató de revivir el espíritu despreocupado de Dulles y de Wild Bill Donovan. Ahora la agencia ha revivido la fábula de que representa la mejor defensa para Estados Unidos. Con órdenes de entrenar y conservar a miles de nuevos agentes, tiene que proyectar una imagen de éxito para sobrevivir.

Lo cierto es que no ha habido demasiados días felices. Pero sí ha habido unos pocos. Cuando Richard Helms estaba al mando, la agencia les dijo la verdad a Lyndon Johnson y a Robert McNamara sobre la guerra de Vietnam, y ellos la escucharon. Hubo otro de aquellos fugaces momentos cuando Bob Gates dirigía la CIA; este mantuvo la calma y siguió adelante mientras la Unión Soviética se desmoronaba. Pero han pasado más de quince años desde entonces, y la gloria se ha desvanecido. La CIA se vio incapaz de encontrar el camino en una batalla donde la información y las ideas eran las armas más poderosas.

Durante sesenta años, decenas de miles de agentes del servicio clandestino no han recabado más que unas cuantas hebras deshilachadas de la información de inteligencia realmente importante, y ese es el secreto más profundo de la CIA. Su misión es extraordinariamente dura. Pero los estadounidenses siguen sin entender a las personas y a las fuerzas políticas que tratamos de contener y controlar. La CIA todavía tiene que convertirse en aquello que sus creadores esperaban que fuera.

«La única superpotencia que queda no tiene el suficiente interés en lo que ocurre en el mundo como para organizar y dirigir un servicio de espionaje», decía Richard Helms hace ya una década.[22] Quizá dentro de otra década la agencia resurja de sus cenizas, alimentada por muchos miles de millones de dólares, inspirada por nuevos líderes y vigorizada por una nueva generación. Puede que sus analistas vean el mundo con claridad. Puede que sus espías lleguen a ser capaces de realizar actividades de espionaje contra los enemigos de Estados Unidos. Puede que algún día la CIA sirva para lo que pretendieron sus fundadores. Habrá que confiar en ello, puesto que la guerra en la que

Estados Unidos está involucrado podría llegar a durar tanto como la guerra fría, y de su inteligencia dependerá que la gane o la pierda.

Epílogo

Estados Unidos ha derrochado miles de vidas y cientos de miles de millones de dólares en su desgraciada aventura en Irak. Ello forma parte del precio que paga en sangre y en dinero cada vez que la CIA se equivoca. Proyectar la fuerza sin disponer de una buena información de inteligencia es una locura: los líderes engañan, los generales meten la pata, los soldados mueren. De ese modo las grandes potencias pierden fuerza, se debaten y empiezan a caer.

Los comienzos de este desastre se remontan a hace una década. En 1998, los jefes del espionaje estadounidense advirtieron en secreto a la Casa Blanca de que el país sufriría «un catastrófico y sistemático fracaso» de la inteligencia a menos que se remodelaran por completo los métodos con los que esta recababa información sobre el resto del mundo. Dicho fracaso se produjo cinco años después, en 2003, cuando los erróneos informes de la CIA sobre la presencia de armas de destrucción masiva en Irak proporcionaron al presidente y al Pentágono la base moral para iniciar una guerra preventiva.

Ahora, en 2008, los soldados estadounidenses están atascados en una lucha que ya dura más que la Segunda Guerra Mundial. Las perspectivas de una victoria militar son lejanas, y los objetivos políticos de la guerra siguen siendo remotos. Cuatro mil norteamericanos han muerto, y decenas de miles de ellos han resultado heridos de cuerpo y alma. Hoy, diez años después de que la CIA de George Tenet declarara la guerra a Osama bin Laden, el terrorista saudí todavía anda suelto, mientras sus tropas se reagrupan en Pakistán. Paralelamente, el modo de llevar a cabo su lucha antiterrorista ha empañado la imagen de Estados Unidos.

«El mundo está empezando a dudar de la base moral de nuestra lucha contra el terrorismo», ha advertido Colin Powell.[1] En gran parte, ello se debe al modo en que George W. Bush ha usado y abusado de la CIA. El presidente asignó al servicio clandestino el papel

de torturador y carcelero; mediante órdenes ejecutivas que todavía son secretas, basadas en opiniones del Departamento de Justicia que todavía son secretas, proporcionó a la agencia un cheque en blanco para abusar de los detenidos. Esa decisión «ha comprometido nuestro honor nacional», en palabras de un ex comandante del cuerpo de marines, el general P. X. Kelley.[2] El perjuicio que ha infligido a la imagen global de Estados Unidos resulta poco menos que incalculable, mientras el daño causado a la capacidad de este país para recabar información en tierras extranjeras es bastante serio. ¿Cómo esperan los agentes de la CIA reclutar a extranjeros como espías si estos recelan y temen a Estados Unidos?

En septiembre de 2007, el general Mike Hayden, actual director de la CIA, pronunció un discurso en el que describía los progresos realizados en el centro de lucha antiterrorista de la agencia y hablaba de un letrero que llevaba seis años colgado en la pared del centro. «El letrero dice simplemente: "Hoy es 12 de septiembre de 2001" —explicaba Hayden—. Así es como nosotros enfocamos esta guerra: sin excusas.»[3] Pero también observaba que cuando realizaba el recorrido de 11 kilómetros desde su cuartel general hasta Washington, el clima político iba cambiando conforme se iba acercando a la capital. «Allí empieza a parecer que es 10 de septiembre —decía—. Y no hablo de ello en términos de amenaza. Hablo de la predisposición de la cultura política en general a sentirse cómoda con las cosas que creemos que son tanto lícitas como necesarias para librar esta guerra.»

El general Hayden les pedía a los estadounidenses que le dieran un «respiro político». La CIA «opera solo en el espacio que nos otorga el pueblo norteamericano ... Así es como queremos que sea, y así es como debe ser». Pero la agencia hace tiempo que ha traspasado los límites de los valores estadounidenses, secuestrando a personas inocentes y torturando a los sospechosos de terrorismo con técnicas que incluyen el denominado «ahogamiento simulado», una práctica perfeccionada durante la Inquisición española.

El presidente Bush había insistido una y otra vez en que «nosotros no torturamos». Pero Hayden sabía que eso no era cierto. Sabía que la CIA había sometido a detenidos al ahogamiento simulado siguiendo

órdenes del presidente. Sabía que la CIA había grabado en vídeo esos brutales interrogatorios. Sabía que el Congreso, la Comisión del 11-S y varios tribunales federales se habían mostrado interesados en la existencia de aquellas cintas de vídeo. Sabía que las cintas habían sido destruidas en el otoño de 2005, y sabía quién las había destruido: el jefe del servicio clandestino de la CIA, José Rodríguez. La razón estaba clara: imagínese el daño causado a la CIA y a Estados Unidos si aquellas cintas hubiesen visto la luz.

Las grabaciones incluían el interrogatorio de Abu Zubaydah, de origen palestino, el primer prisionero de al-Qaeda de cierto rango importante que hizo la CIA. Había sido capturado en marzo de 2002 por la policía pakistaní, acompañada de agentes de la CIA y del FBI. Le dispararon en el muslo, en el abdomen y en la ingle, y estuvo a punto de morir. Cuando salió del coma, «me pidió que le asfixiara con una almohada —recordaría John Kiriakou, uno de los agentes de la CIA que llevaban el caso—. Pero yo le dije: "No, no. Tenemos... tenemos planes para usted"».[4] Los agentes de la CIA que le interrogaron tenían autoridad, en nombre del presidente de Estados Unidos, de infligir dolor y sufrimiento a su prisionero hasta llevarlo al borde de la muerte. El prisionero herido declaró que conocía a destacados miembros de al-Qaeda y que sabía de varios planes para atentar contra objetivos fuera de Estados Unidos; o al menos eso fue lo que dijo después de que la CIA le sometiera al ahogamiento simulado.

Puede que lo que dijo fuera cierto, o puede que no lo fuera. Pero en cualquier caso, llevaba la marca de la tortura.

«Por entonces yo creía que el ahogamiento simulado era algo que teníamos que hacer —diría Kiriakou—. Pero ese tiempo ha pasado, y conforme el 11 de septiembre ha ido quedando más y más atrás en la historia, creo que he cambiado de opinión. Y creo que el ahogamiento simulado probablemente es algo que no debería contarse entre lo que se puede hacer, porque nosotros somos norteamericanos, y somos mejores que todo eso.»

Puede que en el cuartel general de la CIA el tiempo se detuviera el 12 de septiembre de 2001, pero no puede detenerse para siempre. La actuación de la agencia puede chocar con los valores estadounidenses,

pero no puede hacerlo durante mucho tiempo.

¿Merecen los estadounidenses un servicio de inteligencia que malinterprete las amenazas de terrorismo cruciales, dependa de la información arrancada mediante tortura en cárceles secretas, y obtenga un poder sin restricciones a base de órdenes presidenciales secretas? ¿Encaja eso con la cultura política norteamericana? El próximo presidente de Estados Unidos habrá de abordar esas cuestiones.

El nuevo comandante en jefe deberá restituir los principios estadounidenses a esta larga guerra. Ello comporta renunciar a la tortura como herramienta de poder, devolver el hábeas corpus al lugar que le corresponde en la legislación, cerrar Guantánamo y clausurar todas las cárceles secretas. Comporta limitar el privilegio de los secretos de Estado por el que el presidente impide a los tribunales estadounidenses impartir justicia. Comporta poner fin a la arrogación de poderes presidenciales y volver al equilibrio de poderes constitucional en el ámbito de la seguridad de Estados Unidos.

«¿Cuál es la mayor amenaza a la que hoy nos enfrentamos? —se preguntaba recientemente Colin Powell—. La gente dirá que es el terrorismo. Pero ¿hay algún terrorista en el mundo que pueda cambiar el modo de vida o el sistema político de Estados Unidos? No. ¿Puede echar abajo un edificio? Sí. ¿Puede matar a alguien? Sí. Pero ¿puede cambiarnos? No. Solo nosotros podemos cambiarnos ... Lo único que de verdad puede destruirnos somos nosotros mismos. Pero no debemos hacernos eso, ni debemos utilizar el temor con fines políticos, asustando de muerte a la gente para que te vote, o asustando de muerte a la gente para que podamos crear un complejo industrial-de terror.»[5]

El nuevo presidente deberá prestar una atención inmediata y sostenida al corazón y al alma de la CIA, a los espías de su servicio clandestino y a los analistas de su dirección de inteligencia. Aunque la agencia tiene un historial casi perfecto de resistencia frente a los cambios fundamentales sugeridos por las comisiones presidenciales y los grupos de expertos, tratará de satisfacer los requerimientos del presidente.

El nuevo presidente, el nuevo secretario de Defensa y el nuevo secretario de Estado necesitan una información de inteligencia estratégica, la información necesaria para guiar la política exterior estadounidense. Y hasta ahora la CIA no se la ha proporcionado. Lo que le ha proporcionado, en cambio, quedaba muy bien descrito en la comisión presidencial de 2005 sobre la inteligencia estadounidense y el fiasco de Irak, cuyos miembros pudieron leer todas las copias relevantes del denominado «Resumen Diario para el Presidente» (RDP), así como de su informe complementario de más amplia distribución, el llamado «Resumen de Inteligencia para Altos Cargos» (RIAC).

«Esos informes diarios —concluía la comisión, como ya hemos apuntado— resultaban, en el mejor de los casos, más alarmistas y menos comedidos» que el resto de los informes de la CIA. «No era que la información de inteligencia fuera marcadamente distinta, sino más bien que los RDP y los RIAC, con sus titulares orientados a llamar la atención y sus machaconas repeticiones, daban la impresión de que había muchos informes corroborativos cuando lo cierto era que existían muy pocas fuentes ... De maneras a veces sutiles y otras no tan sutiles, los informes diarios parecían estar "vendiendo" la información de inteligencia a fin de mantener interesados a sus clientes, o al menos a su Primer Cliente.»

Pero el presidente Bush y el Pentágono no compraron lo que la CIA les vendía; no después de que los informes de la agencia sobre el armamento iraquí se revelaran completamente erróneos. «En 2004, cuando yo era presidente del Consejo de Inteligencia Nacional, hicimos una sombría valoración de la insurgencia iraquí que provocó la ira presidencial cuando se filtró al *New York Times* —decía recientemente el ex presidente Robert L. Hutchings—. Pero la verdadera historia era que el presidente no la había leído; ¡ni siquiera el "Resumen Presidencial" de una sola página! Cuando los resultados de un producto clave de la comunidad de la inteligencia como este son ignorados por completo, hay algo que va rematadamente mal.»[6]

El pueblo estadounidense también ha perdido la fe en la capacidad de la CIA para dar en el blanco. Si esa brecha puede repararse, el

próximo Congreso habrá de esforzarse en arreglarla. Los ciudadanos tienen que contar con que sus representantes electos supervisarán la inteligencia. En 2005 y 2006, el Congreso estadounidense fue incapaz de aprobar una ley de autorización de inteligencia, la legislación básica que gobierna el modo en que la CIA y el resto de las dieciséis agencias de inteligencia del país gastan el dinero y realizan sus actividades. Eso representaba una verdadera catástrofe, ya que en los treinta años transcurridos desde la creación de los comités de inteligencia del Congreso jamás se había producido un fallo así. Los comités tienen que hacer su trabajo: hacer preguntas comprometidas, exigir respuestas y luego informar a la ciudadanía. Durante una gran parte de las últimas tres décadas se les ha privado de realizar esta tarea, pero su conducta a partir del 11-S roza la negligencia criminal.

Con la ayuda de la Casa Blanca y el Congreso, la CIA tiene que crear una nueva generación de agentes capaces de hablar lenguas extranjeras —árabe, chino, urdu— y dispuestos a trabajar en el extranjero durante años y años. No basta con prometer que se encontrará a esos talentos; hasta ahora los responsables del reclutamiento y el entrenamiento de la agencia han fracasado en esa labor. Después del 11-S, Robert Hutchings, en su calidad de presidente del Consejo de Inteligencia Nacional, recorrió las bases de la CIA en todo el mundo. «Era más que consciente del modo en que habíamos creado una "Pequeña Norteamérica" allí donde íbamos, poblada por personas con una insuficiente formación lingüística e incapaces de fundirse con la cultura local —explicaba posteriormente—. Pagamos un elevado y creciente precio por aquella ignorancia.»[7]

«Desde el 11-S lo hemos hecho rematadamente mal a la hora de traer a la comunidad de la inteligencia a hablantes cualificados de lenguas arábigas —decía—. Hemos de reforzar nuestro compromiso nacional para entender las lenguas y culturas extranjeras.» Sin reclutar, contratar, entrenar y conservar a estadounidenses de talento, la CIA seguirá siendo incapaz de conocer el mundo. Pero por ahora está «replegada en el mayor de los secretismos y en los viejos hábitos culturales —se lamentaba Hutchings—. Trate de invitar a una analista de la CIA a hablar abiertamente en un congreso académico, o a

participar en una web interactiva o en un blog de expertos ... y verá cuán profundamente arraigados están los viejos hábitos culturales y actitudes mentales de la guerra fría». Como resultado de ello, los mejores y más brillantes de entre los estadounidenses sienten rechazo por la CIA.

Hace dos años se creó en Estados Unidos una Universidad de Inteligencia Nacional. Al menos sobre el papel, ya que de momento sigue siendo solo un proyecto para una burocracia estrecha de miras. Debería convertirse, pues, en una auténtica universidad, en un equivalente a otras academias militares de Estados Unidos, como West Point o el National War College. A los programas públicos creados en 1991 para formar a nuevos agentes de seguridad nacional se les ha asignado un presupuesto anual de 2 millones de dólares para los estudiantes universitarios y otros 2 millones para los de posgrado, una inversión ridículamente baja cuando el país está gastando 2.000 millones de dólares diarios en el ejército. Dos mil millones de dólares al año permitirían a miles de estudiantes universitarios dominar con soltura la lengua, la historia y la cultura de los países islámicos y de las futuras grandes potencias. Los estudiantes podrían pasar luego a ser diplomáticos, u oficiales del ejército, o buscar fortuna en otras partes. Pero puede que algunos de ellos decidieran servir a su país en los peligrosos y polvorientos lugares donde se realiza la verdadera labor de la inteligencia.

Esa labor no consiste en comprar elecciones o en torturar prisioneros, sino en el espionaje. La única forma de conocer la mente del enemigo es hablar con él, y ese es el trabajo de los espías. Si no saben hablar su lengua, no podrán conocer ni a las gentes ni a las fuerzas políticas que tratan de contener y controlar. Y sin ese conocimiento, la CIA no podrá ser lo que sus creadores esperaban que fuera: una fuente de verdad al servicio de quienes ejercen el poder.

Si se pretende que la suerte de Estados Unidos prospere en el futuro, se necesitará la mejor inteligencia. Enseñar a una nueva generación a conocer al enemigo es el punto de partida para ello.

Nueva York, 13 de febrero de 2008

Agradecimientos

Tengo la fortuna de haber pasado parte de los últimos veinte años hablando con directores y agentes de la CIA cuyas trayectorias profesionales abarcan el curso de seis décadas. Estoy especialmente agradecido a Richard Helms, William Colby, Stansfield Turner, William Webster, Bob Gates, John Deutch, George Tenet, John McMahon, Tom Twetten, Milt Bearden, Tom Polgar, Peter Sichel, Frank Lindsay, Sam Halpern, Don Gregg, Jim Lilley, Steve Tanner, Gerry Gossens, Clyde McAvoy, Walter Pforzheimer, Haviland Smith, Fred Hitz y Mark Lowenthal. Vaya también un cordial saludo a los hombres y mujeres del equipo de historiadores de la CIA, que ponen su granito de arena por la causa de la apertura frente a la feroz resistencia del servicio clandestino, así como a los actuales y antiguos miembros del personal de asuntos públicos de la agencia.

Estoy profundamente en deuda con el trabajo de Charles Stuart Kennedy, agente del Servicio Exterior ya retirado, y fundador y director del Programa de Historia Oral de Asuntos Exteriores. La biblioteca que ha creado constituye un recurso único e inestimable. Los historiadores del Departamento de Estado, que elaboran *Las relaciones exteriores de Estados Unidos*, el registro oficial de la diplomacia norteamericana, publicado desde 1861, han hecho más durante la última década por desclasificar documentos secretos que ninguna otra rama del gobierno estadounidense. Ellos, junto con el personal de las librerías presidenciales, merecen el reconocimiento de toda una nación agradecida.

Cualquier periodista que tenga la fortuna de contar toda su vida con un gran editor puede considerarse afortunado. Yo he tenido más de uno, y a lo largo de los años todos me han dado tiempo para pensar y libertad para escribir. Gene Roberts me facilitó los comienzos en el *Philadelphia Inquirer*. Bill Keller, Jill Abramson, Andy Rosenthal y Jon Landman ayudaron a hacer del *New York Times* un milagro diario.

Merecen la confianza de la opinión pública.

Tres incansables investigadores ayudaron a crear este libro. Matt Malinowski transcribió las cintas de las entrevistas; Zoe Chace buceó en la historia diplomática y en los archivos del Consejo de Seguridad Nacional, y Cora Currier realizó una innovadora investigación en los Archivos Nacionales estadounidenses. Agradezco a mi colega de la escuela de secundaria Lavinia Currier que me presentara a su hija, extraordinariamente inteligente. Zoe, por su parte, es hija del difunto James Chace y hermana de Beka Chace, dos amigos cuyo espíritu me sostiene.

Deseo saludar asimismo a los periodistas que han cubierto la información sobre la CIA, las luchas en Irak y Afganistán, y las agonías de la seguridad estadounidense desde el 11-S. Entre ellos se cuentan John Burns, Dexter Filkins, Matt Purdy, Doug Jehl, Scott Shane, Carlotta Gall, John Kifner y Steve Crowley del *New York Times*; Dana Priest, Walter Pincus y Pam Constable del *Washington Post*; Vernon Loeb, Bob Drogin y Megan Stack del *Los Angeles Times*, y Andy Maykuth del *Philadelphia Inquirer*. Recuerdo también a nuestros hermanos y hermanas que dieron su vida por conseguir la noticia, entre ellos Elizabeth Neuffer, Mark Fineman, Michael Kelly, Harry Burton, Azizullah Haidari, Maria Grazia Cutuli y Julio Fuentes.

Vaya mi agradecimiento a Phyllis Grann, que tuvo a bien editar y publicar este libro, y a Kathy Robbins, la agente literaria más brillante del mundo.

El presente volumen tomó forma en Yaddo, un lugar de retiro para artistas y escritores situado en Saratoga Springs, Nueva York. Durante dos meses, las buenas gentes de Yaddo me alojaron y me proporcionaron miles de palabras diarias que entraron a raudales en mi ordenador portátil. Tuve el honor de ser el primero en obtener la Beca de Residencia Nora Sayre para escritores de no ficción, creada en memoria suya a fin de sostener su legado literario. Mil gracias al poeta Jean Valentine por introducirme en Yaddo; a Elaina Richardson, presidenta de la Corporación de Yaddo, y a los administradores, patrocinadores y empleados de este magnífico refugio.

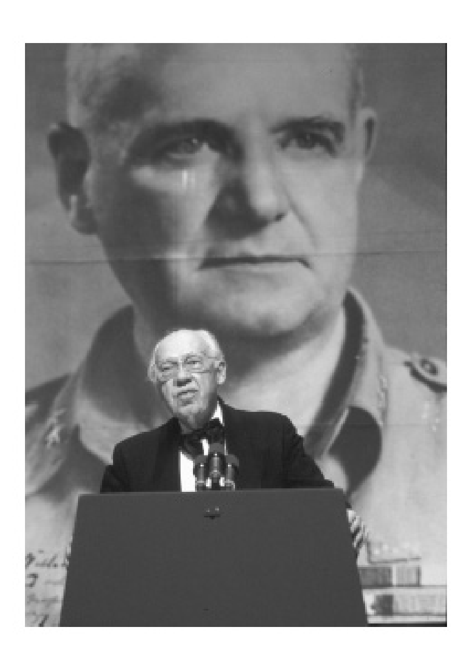
Luego el libro se hizo más largo y fuerte en casa de mis suegros,

Susanna y Boker Doyle, que me apoyaron con su gran amabilidad.

Mi deseo de escribir nació cuando vi por primera vez a mi madre, la profesora Dora B. Weiner, trabajando en un libro en el sótano de nuestra casa en las tranquilas horas que preceden al alba. Cuarenta y cinco años después, sigue escribiendo, enseñando e inspirando tanto a sus alumnos como a sus hijos. Todos nosotros quisiéramos que mi padre estuviera aquí sujetando este libro entre las manos.

Finalmente, el libro termina tal como empezó, con una dedicatoria al amor de mi vida, Kate Doyle; a nuestras hijas, Emma y Ruby, y al resto de nuestra vida juntos.

Los directores de la CIA
(1946-2005)



El espíritu de Wild Bill Donovan, el jefe de los espías estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, inspiró a muchos futuros agentes de la CIA que trabajaron bajo su mando, entre ellos William Casey, director de la central de inteligencia de 1981 a 1987. *Arriba*: Casey pronuncia unas palabras en una reunión de la OSS, con la foto de Donovan tras él. *Abajo, izquierda*: El presidente Truman impone una medalla al primer director, el contraalmirante Sidney Souers. *Abajo, derecha*: El general Hoyt Vandenberg, segundo director, declara ante el Congreso estadounidense.

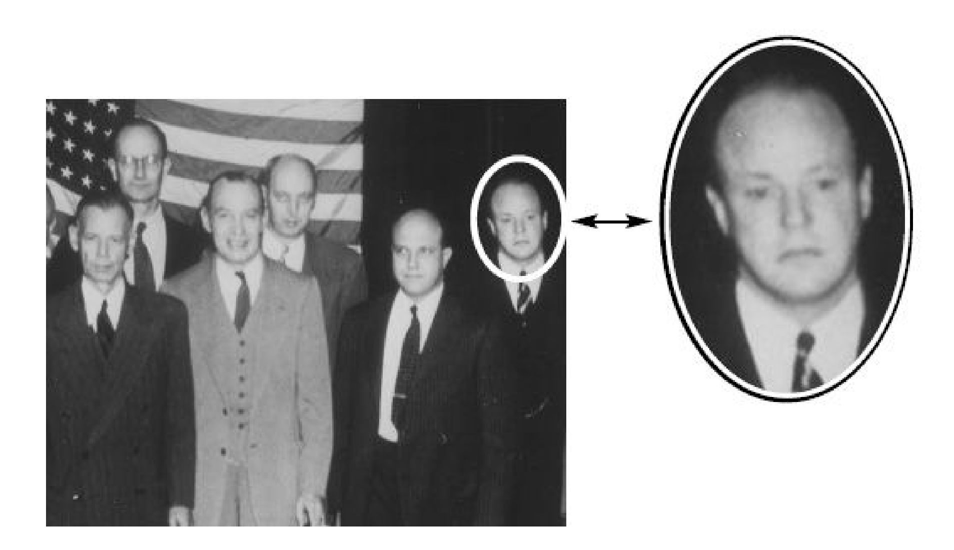


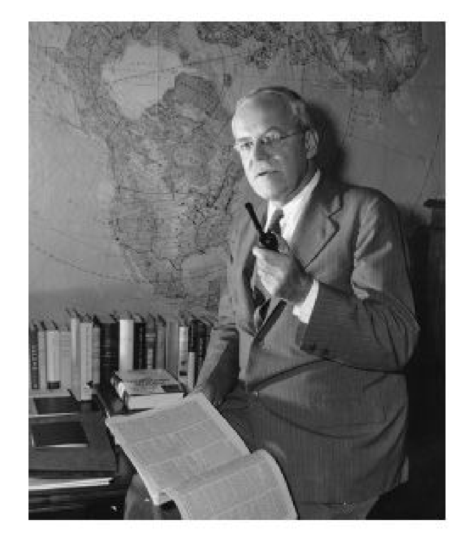






El general Walter Bedell Smith, director de 1950 a 1953, fue el primer auténtico jefe de la CIA. *Arriba, izquierda*: Con Eisenhower el Día de la Victoria. *Arriba, derecha*: Con Truman en la Casa Blanca. *Abajo, izquierda*: En una foto hecha en octubre de 1950, en el cuartel general de la CIA, Bedell Smith, a la izquierda, asume el mando de manos del ineficaz contraalmirante Roscoe Hillenkoetter, con traje claro. *Abajo, derecha*: Con rostro preocupado, Frank Wisner, que dirigió las operaciones encubiertas de la CIA desde 1948 hasta su colapso mental, en 1958, mira al vacío.







Arriba, izquierda: Allen Dulles en su despacho del cuartel general de la agencia, en 1954. *Arriba, derecha*: Después de lo ocurrido en la bahía de Cochinos, John F. Kennedy reemplazó a Dulles por John McCone. Este último llegó a mantener una estrecha colaboración con el fiscal general Robert Kennedy (*abajo, izquierda*), que desempeñaría un papel fundamental en las operaciones encubiertas. El presidente Johnson rechazó a McCone y nombró al desventurado almirante Red Raborn, con el que aparece en su rancho en abril de 1965 (*abajo, derecha*).





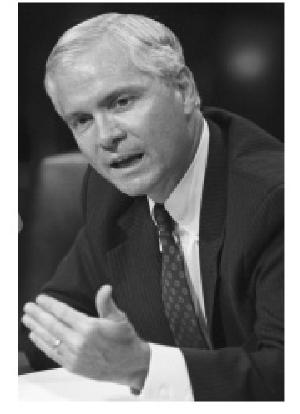
Richard Helms, director de la CIA entre 1966 y 1973, supo ganarse el respeto del presidente Johnson. *Arriba*: La semana antes de su nombramiento como subdirector, en 1965, Helms va a conocer al presidente. *Abajo*: En 1968, un confiado Helms informa a Lyndon Johnson y al secretario de Estado Dean Rusk durante uno de los denominados «almuerzos del martes», la mejor mesa de Washington.





Arriba, izquierda: El presidente Nixon estrecha manos a diestro y siniestro en el cuartel general de la CIA, en marzo de 1969. Nixon desconfiaba de la agencia y despreciaba su trabajo. *Arriba, derecha*: George Bush padre y el presidente Gerald Ford discuten la evacuación de los estadounidenses de Beirut con L. Dean Brown, enviado especial al Líbano, el 17 de junio de 1976. *Abajo*: Mientras cae Saigón, en abril de 1975, el director Bill Colby, en el extremo izquierdo de la imagen, informa al presidente Ford. Al lado de Ford se encuentran el secretario de Estado Henry Kissinger y, en el extremo derecho de la imagen, el secretario de Defensa James Schlesinger.

Arriba: En noviembre de 1979, el director Stansfield Turner cierra la marcha cuando el presidente Carter convoca a sus principales asesores militares y diplomáticos a Camp David para evaluar la delicada situación de los rehenes estadounidenses en Irán. *Abajo*: El presidente Reagan y su equipo de seguridad nacional en la Sala de Situación de la Casa Blanca, en junio de 1985, durante el secuestro de un vuelo de la TWA con destino a Beirut, una dramática toma de rehenes que terminó con un acuerdo secreto; Bill Casey aparece en el extremo derecho de la imagen.


El final de la guerra fría causó revuelo en las altas jerarquías de la CIA, que tuvo cinco directores distintos en seis años. Los constantes cambios coincidieron con un éxodo de expertos tanto entre los agentes de operaciones encubiertas como entre los analistas. *De izquierda a derecha*: William Webster, Robert Gates (el último agente profesional que dirigió la agencia) y Jim Woolsey.



Izquierda: John Deutch. *Derecha*: George Tenet, aquí junto al presidente Clinton en una silla de ruedas, trató desesperadamente de reconstruir la CIA durante siete años.





Izquierda: George Tenet en la Casa Blanca junto al presidente Bush hijo y al vicepresidente Cheney en marzo de 2003, cuando comenzó la guerra de Irak. Tenet respaldaba confiado a la CIA al afirmar que el arsenal de Saddam Hussein rebosaba de armas de destrucción masiva. *Centro*: Su sucesor, Porter Goss, aquí junto a Bush en el cuartel general de la CIA, en marzo de 2005, resultaría ser el último director de la central de inteligencia.



Derecha: Al acercarse su sexagésimo aniversario, la CIA dejó de ser la primera entre iguales en el ámbito de la inteligencia estadounidense. En marzo de 2006, el general Mike Hayden juraba su cargo como director de la CIA en el cuartel general de la agencia. Su nuevo jefe, el director de inteligencia nacional John Negroponte, aplaudía bajo la vigilante mirada de la estatua de Wild Bill Donovan.



Créditos de las ilustraciones

Página 1

Superior: Cynthia Johnson/Time Life Pictures/Getty Images
Inferior izquierda: Biblioteca Harry S. Truman/National Archives and Records Administration
Inferior derecha: Leonard McCombe/Time Life Pictures/Getty Images

Página 2

Superior izquierda: Biblioteca Dwight D. Eisenhower/National Archives and Records Administration
Superior derecha: Alfred Wagg/Getty Images
Inferior izquierda: Gobierno de Estados Unidos
Inferior derecha: Gobierno de Estados Unidos

Página 3

Superior izquierda: AP/Wide World Photos *Superior derecha*: © Bettmann/CORBIS
Inferior izquierda: Cortesía de la Agencia Central de Inteligencia
Inferior derecha: Biblioteca y Museo Lyndon Baines Johnson/National Archives and Records Administration

Página 4

Superior: Biblioteca y Museo Lyndon Baines Johnson/National Archives and Records Administration
Inferior: Biblioteca y Museo Lyndon Baines Johnson/National Archives and Records Administration

Página 5

Superior izquierda: National Archives and Records Administration
Superior derecha: Biblioteca y Museo Presidencial Gerald R. Ford/National Archives and Records Administration
Inferior: Biblioteca y Museo Presidencial Gerald R. Ford/National Archives and Records Administration

Página 6

Superior: © Bettmann/CORBIS
Inferior: Terry Arthur/Casa Blanca/Time Life Pictures/Getty Images

Página 7

Superior izquierda: © Bettmann/CORBIS *Superior centro*: Dennis Cook/AP/Wide World Photos
Superior derecha: Cythia Johnson/Time Life Pictures/Getty Images

Inferior izquierda: John Duricka/AP/Wide World Photos

Inferior derecha: Biblioteca Presidencial William J. Clinton/National Archives and Records Administration

Página 8

Superior: Eric Draper/AP/Wide World Photos

Centro: J. Scott Applewhite/AP/Wide World Photos

Inferior: Pablo Martínez Monsivais/AP/Wide World Photos

Notas

PRINCIPALES FUENTES

— Documentación sobre la CIA procedente de: CIA Records Search Technology, National Archives and Records Administration (CIA/CREST).

— Documentación sobre la CIA publicada o reimpresa por: Center for the Study of Intelligence, CIA (CIA/CSI).

— Documentación sobre la CIA procedente de: Declassified Documents Records System (CIA/DDRS).

— National Archives and Records Administration (NARA).

— *The Foreign Relations of the United States* (FRUS). Documentación sobre la CIA incluida en el volumen de FRUS «Emergency of the Intelligence Establishment, 1945-1950», que en lo sucesivo abreviaremos como FRUS-I.

— Foreign Affairs Oral History (FAOH).

— Biblioteca presidencial Franklin D. Roosevelt, Hyde Park, Nueva York (FDRL).

— Biblioteca presidencial Harry S. Truman, Independence, MO (HSTL).

— Biblioteca presidencial Dwight D. Eisenhower, Abilene, KS (DDEL).

— Biblioteca presidencial John F. Kennedy, Boston, MA (JFKL).

— Biblioteca presidencial Lyndon B. Johnson, Austin, TX (LBJL).

— Biblioteca presidencial Richard M. Nixon, Yorba Linda, CA (RMNL).

— Biblioteca presidencial Gerald R. Ford, Grand Rapids, MI (GRFL).

— Jimmy Carter Library, Atlanta, GA (JCL).

— Biblioteca George H. W. Bush, College Station, TX (GHWBL).

— Hoover Institution Archives, Universidad de Stanford, Stanford, CA.

— Archivos del Comité elegido por el Senado para estudiar las operaciones gubernamentales sobre actividades de inteligencia, que en lo sucesivo abreviaremos simplemente como Comité Church.

Las diversas historias del servicio clandestino de la CIA se obtuvieron mediante la desclasificación y a través de fuentes extraoficiales. La CIA ha incumplido las promesas hechas por tres directores de la central de inteligencia consecutivos —Gates, Woolsey y Deutch— de desclasificar documentación relativa a nueve grandes operaciones encubiertas: Francia e Italia en las décadas de 1940 y 1950; Corea del Norte en la década de 1950; Irán en 1953; Indonesia en 1958; Tíbet en las décadas de 1950 y 1960, y el Congo, la República Dominicana y Laos en la de 1960. Los documentos sobre Guatemala se desclasificaron finalmente en 2003; la mayoría de los relacionados con lo de la bahía de Cochinos están en circulación, y la historia de Irán se filtró a la prensa. El resto permanece bajo secreto oficial. Mientras yo reunía y obtenía autorizaciones de desclasificación para algunos de los documentos de la CIA utilizados en este libro en los Archivos Nacionales estadounidenses, la agencia emprendía una tentativa secreta de reclasificar muchos de esos mismos documentos, cuyo origen se remonta a la década de 1940, burlándose de la ley y rompiendo su palabra. Pese a ello, el trabajo de diversos historiadores, documentalistas y periodistas ha creado unos cimientos documentales suficientes sobre los que construir un libro.

1. «La inteligencia debe ser global y totalitaria»

[1] Truman a David M. Noyes, 1 de diciembre de 1963, papeles de David M. Noyes, HSTL.

[2] Donovan al Comité Conjunto de Guerra Psicológica, 24 de octubre de 1942, NARA.

[3] Donovan a Roosevelt, «Substantive Authority Necessary in Establi shment of a Central Intelligence Service», 18 de noviembre de 1944; reimpreso en Thomas F. Troy, CIA/CSI; reeditado como *Donovan and the CIA*, Frederick (MD), University Publications of America, 1981, pp. 445-447.

[4] Donovan a Roosevelt, carpeta OSS, expediente de la Secretaría de la Presidencia, FDRL. Roosevelt dijo en una ocasión, no sin malicia, que Donovan podría haber llegado a presidente de no haber sido irlandés, católico y republicano.

[5] Bruce, citado en el discurso de Dulles «William J. Donovan and the National Security»,

sin fecha, pero probablemente de 1959, CIA/CSI.

[6] Bissell, citado en Troy, *Donovan and the CIA*, p. 243. Era esta una opinión generalizada. Pero el ejército aún lo había hecho peor durante la guerra. El jefe de la inteligencia militar, general de división George Strong, había observado atentamente la nueva e independiente OSS de Donovan, y había decidido montar su propio negocio de inteligencia. Así pues, dio instrucciones al jefe del Servicio de Inteligencia Militar del Departamento de Guerra, general de brigada Hayes Kroner, de que creara dicha organización en octubre de 1942. Kroner, por su parte, sacó a un rebelde capitán del ejército estadounidense llamado John «Frenchy» Grombach de la organización de Donovan y le dio unas órdenes un tanto extrañas: centrarse en el espionaje y la subversión contra Estados Unidos por parte de sus aliados en la guerra, los ingleses y los soviéticos. Grombach denominó a su grupo de inteligencia «el Estanque». Este grupo, que carecería del control de ninguna autoridad superior, se vería minado por la total y absoluta falta de fiabilidad de sus informes. Según la propia versión de Grombach, el 80 por ciento de su trabajo acababa en la papelera. El principal éxito del Estanque consistió en mantener su existencia en secreto. «Se ignoraba su existencia», diría el general Kroner; solo un puñado de hombres, incluido «el propio presidente, que tenía que saberlo porque ciertas operaciones requerían de su aprobación, sabían que existía». Las ambiciosas órdenes de Grombach, sin embargo, marcaron un hito: «No solo instituiría un servicio de inteligencia secreto, orientado al actual esfuerzo bélico, sino que sentaría las bases de un servicio de inteligencia secreto permanente, amplio de miras, de largo alcance y duradero —en palabras de Kroner—. Aquel fue el nacimiento de las operaciones encubiertas secretas, de una inteligencia de alto nivel, en nuestro gobierno». Ley de Seguridad Nacional de 1947, Audiencia ante el Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos, 27 de junio de 1947; véase Mark Stout, «The Pond: Running Agents for State, War, and the CIA», *Studies in Intelligence*, vol. 48, n.º 3, CIA/CSI, disponible online en: https://www.cia.gov/csi/studies/vol48no3/article07.html.

[7] En octubre de 1941, el capitán Dean Rusk, futuro secretario de Estado, recibió la orden de organizar una nueva sección de inteligencia militar que cubriera una gran parte del mundo, de Afganistán a Australia, pasando por la India. «La necesidad de información —diría Rusk— no puede subestimarse. Estamos tropezando con este factor de ignorancia.» Entonces pidió ver los expedientes que poseía Estados Unidos: «Una anciana llamada señora North me enseñó un cajón de expedientes. En aquel cajón había un ejemplar del "Manual del turista de Murphy" de la India y de Ceilán, en el que se había estampado el sello de "Confidencial" debido a que era el único ejemplar que quedaba y no querían perderlo de vista; un informe de 1925 de un agregado militar de Londres sobre el ejército británico en la India, y luego un número considerable de recortes del *New York Times* que la anciana, la señora North, había estado recortando desde la Primera Guerra Mundial; y eso era todo». En la Segunda Guerra Mundial —recordaría Rusk—, cuando los pilotos estadounidenses cruzaban el Himalaya de la India a China y viceversa, volaban a ciegas: «Yo ni siquiera tenía mapas que nos mostraran una escala de uno a un millón en el terreno en el que operábamos». Cuando Rusk trató de organizar una unidad de lengua birmana para el ejército, «buscamos por todo Estados Unidos un nativo de Birmania ... Finalmente encontramos a uno, fuimos a buscarle y estaba en un manicomio. Bueno, le sacamos del manicomio y le convertimos en instructor de birmano». Testimonio de Rusk, Comisión Presidencial sobre Actividades de la CIA (Comisión Rockefeller), 21 de abril de 1975, pp. 2.191-2.193, Alto Secreto, desclasificado en 1995, GRFL.

[8] Troy, *Donovan and the CIA*, p. 265.

[9] Casey, citado en Joseph E. Persico, *Casey: The Lives and Secrets of William J. Casey: From the OSS to the CIA*, Viking, Nueva York, p. 81.

[10] Informe Park, expedientes Rose A. Conway, OSS, carpeta Donovan, HSTL.

[11] Donovan a Truman, «Statement of Principles», FRUS-I, pp. 17-21.

2. «La lógica de la fuerza»

[1] Entrevista de Helms con el autor.

[2] Stimson a Donovan, 1 de mayo de 1945, CIA Historical Intelligence Collection, CIA/CSI.

[3] McCloy a Magruder, 26 de septiembre de 1945, FRUS-I, pp. 235236. Los documentos que detallan la supervivencia de la Central de Inteligencia tras la abolición de la OSS por parte de Truman se hallan en FRUS-I, pp. 74-315; véase especialmente el ensayo de Magruder sobre las operaciones de inteligencia clandestina y el informe Lovett.

[4] Magruder, citado en Michael Warner, «Salvage and Liquidation: The Creation of the Central Intelligence Group», *Studies in Intelligence*, vol. 39, n.º 5, 1996, CIA/CSI.

[5] Entrevista de Polgar con el autor.

[6] Entrevista de Sichel con el autor.

[7] Wisner a «Jefe/SI», 27 de marzo de 1945, CIA/DDRS.

[8] Magruder a Lovett, «Intelligence Matters», sin fecha, pero probablemente a finales de octubre de 1945, FRUS-I, pp. 77-81.

[9] William W. Quinn, *Buffalo Bill Remembers: Truth and Courage*, Wilderness Adventure Books, Fowlerville (MI), 1991, p. 240.

[10] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 72.

El coronel Quinn había sido el principal agente de inteligencia del VII Ejército en el norte de África, Francia y Alemania, trabajando en colaboración directa con la OSS. En Washington se enfrentaba a la fiera oposición del nuevo servicio de inteligencia. En cierta ocasión llevó un paquete de información interna sobre la flota soviética del Báltico a un almirante de la Oficina de Inteligencia Naval. «Su organización está infiltrada por los comunistas —replicó el almirante—. No me es posible aceptar nada que quiera darme.» Tales rechazos se repitieron varias veces, de modo que Quinn decidió que necesitaba un certificado de buena salud por parte del único hombre de Washington que podía dárselo, J. Edgar Hoover, del FBI. Fue a ver a Hoover, expuso su caso y luego esperó mientras este sonreía y se pasaba la lengua por los labios al tiempo que consideraba el problema. «¿Sabe?, es todo un alivio —le dijo Hoover—. Coronel, yo he luchado con uñas y dientes contra ese Bill Donovan, especialmente en relación con las operaciones de Centroamérica y Sudamérica.» Tras la guerra, el FBI había recibido órdenes de salir de todos los países al sur del Río Grande; en lo que marcaría el inicio de una interminable batalla, los agentes de Hoover quemaron sus expedientes antes de entregárselos a la central de inteligencia. Ahora, por el momento, la visita de Quinn sombrero en mano al FBI había apaciguado un poco el odio de Hoover. «Yo admiraba a Donovan, pero sin duda él no me apreciaba demasiado —prosiguió Hoover—. De modo que aquí estamos, al final de ese camino. ¿Qué quiere que haga?

»Señor Hoover —repuso Quinn—, la respuesta sencilla a su pregunta es averiguar si tengo comunistas en mi organización.

»Bueno, eso podemos hacerlo —dijo Hoover—. Podemos hacer una inspección a escala

nacional.

»Ya que los inspecciona desde el punto de vista subversivo, ¿me haría el favor de inspeccionarlos también desde el punto de vista delictivo?

»De acuerdo.

»Antes de que decidamos cómo hacerlo, para la posteridad, y en aras de una cooperación definitiva, me gustaría pedirle que me enviara a un representante que fuera su enlace con mi organización.»

Al oír aquello, Hoover casi se cae de la silla. «Yo sabía lo que le pasaba por la cabeza —recordaría Quinn—. Probablemente pensaba: "¡Dios mío!, este tío está pidiendo una infiltración directa en su agencia".» Quinn acababa de invitar al FBI a espiar a sus espías. Pero necesitaba la vacuna anticomunista de Hoover para que su equipo sobreviviera en los comienzos de la gran caza de brujas que afligiría a Washington durante casi una década. Su decisión incrementó temporalmente el prestigio y la reputación de la central de inteligencia en Estados Unidos.

En julio de 1946, el director de la central de inteligencia Vandenberg puso al coronel Quinn al mando de la Oficina de Operaciones Especiales, a cargo del espionaje y la acción encubierta en el extranjero. Quinn consideraba su nueva tarea «contraria a todos los principios de organización, de mando y de control que yo había experimentado hasta entonces». Para disponer de dinero, acudió al Capitolio y pidió 15 millones de dólares para espionaje a unos cuantos miembros del Congreso. «Yo sabía que esas personas ignoraban lo que hacíamos», diría. De modo que pidió una sesión ejecutiva secreta y contó a los congresistas una conmovedora historia sobre una mujer de la limpieza berlinesa que había sido reclutada como espía y que fotografiaba documentos soviéticos por las noches. Los congresistas escucharon embelesados. Quinn consiguió su dinero bajo mano, el cual ayudaría a mantener viva la inteligencia estadounidense.

Asimismo, trató de volver a reclutar a veteranos de la OSS como Bill Casey, que treinta y cinco años después se convertiría en director de la central de inteligencia. En 1946, sin embargo, a Casey le interesaba más ganar dinero en Wall Street que seguir sirviendo a su país. Él y sus amigos de la OSS temían que la inteligencia no pasara de ser una especie de hijastra de los servicios militares, dirigida por generales y almirantes esclavos de tácticas transitorias en lugar de civiles cualificados centrados en el panorama estratégico global. El futuro de la inteligencia estadounidense estaba amenazado —le escribió Casey a Donovan— por «el clima moral y político actual, que yo atribuyo en una medida considerable a nuestro difunto comandante en jefe», el presidente Roosevelt. En la lista de recomendaciones de Casey a Quinn figuraba Hans Tofte, que más tarde trataría de llevar a cabo operaciones encubiertas contra China durante la guerra de Corea, y Mike Burke, que a comienzos de la década de 1950 intentaría realizar operaciones al otro lado del telón de acero. Quinn, *Buffalo Bill Remembers*, pp. 234-267. Carta de J. Russell Forgan a Quinn, 8 de mayo de 1946; carta de Casey a Forgan, 25 de enero de 1966; carta de Casey a Donovan, 25 de agosto de 1946; las tres cartas se hallan en los documentos de J. Russell Forgan, Institución Hoover, Universidad de Stanford.

[11] Kent, *Reminiscences of a Varied Life*, s.f., edición privada, pp. 225-231. Kent escribía en 1946: «Desde un primer momento hubo problemas administrativos de importancia, gran parte de ellos evitables; las acciones relacionadas con el personal —nuevos nombramientos, sustituciones y ascensos atrasados— avanzaban con la pesada lentitud de un glaciar, o no avanzaban en absoluto. La vida fuera del gobierno [se hizo] cada vez más atractiva para unos profesionales irreemplazables. Estos empezaron a marcharse en orden de importancia dentro

de la organización; y como no aparecían sustitutos, la moral decaía». «Prospects for the National Intelligence Service», *Yale Review*, vol. 36, n.º 1, otoño de 1946, p. 116. William Colby, el futuro director de la central de inteligencia, escribía que la separación entre los expertos de la división de investigación y análisis, por una parte, y los espías del servicio clandestino, por otra, creaba dos culturas dentro del ámbito de la inteligencia, distintas, desiguales y que se despreciaban mutuamente. Esa crítica seguiría teniendo vigencia durante los primeros sesenta años de la CIA.

[122] . El documento, desclasificado por la Casa Blanca en 2004, se titula «Intelligence and Security Activities of the Government», y está fechado el 20 de septiembre de 1945, el mismo día en que el presidente ordenó el cierre de la OSS.

[13] Papeles de Harold D. Smith, «Diaries. Conferences with the President», 1945, FDRL.

[14] Leahy, citado en el memorando de Smith «White House Conference on Intelligence Activities», 9 de enero de 1946, FRUS-I, pp. 170-171.

[15] Diario de William D. Leahy, 24 de enero de 1946, Biblioteca del Congreso; Warner, «Salvage and Liquidation», CIA/CSI.

[16] Russell Jack Smith, que posteriormente sería subdirector de inteligencia de la CIA, recordaría que, cuando se creó el Grupo Central de Inteligencia en enero de 1946, «Truman empezó a preguntar cada día: "¿Dónde está mi periódico?". Casi parecía que la única actividad del CIG que el presidente Truman consideraba importante era el resumen diario». Su predecesor, Sherman Kent, escribía en 1949 que la CIA debería esforzarse en parecerse a los «grandes periódicos metropolitanos», con «pequeñas fuerzas de vendedores decorosos y extremadamente inteligentes» dedicados a «impulsar el producto»; un producto que resultaría ser el periódico del presidente, que pasaría a conocerse como «Resumen Diario de la Presidencia». Entregado por correo al presidente de Estados Unidos durante casi seis décadas, representaría la única fuente de poder constante de la CIA. Pero lo último que quiere (o que necesita) un agente metido de lleno en el negocio del espionaje es la exigencia diaria de titulares de prensa. Espiar no es una actividad que produzca un flujo de noticias constante que se ajuste a una hora de cierre diaria. Es una lenta búsqueda para descubrir verdades bien fundadas, para conocer la mente del enemigo robando silenciosamente secretos de Estado. Había, y sigue habiendo, «un conflicto entre las verdaderas exigencias del espionaje y las necesidades de informar de la actual inteligencia», escribía William R. Johnson, un veterano del servicio clandestino de la CIA con veintiocho años de experiencia. ¿Acaso la tarea de la inteligencia estadounidense consistía en pedir, o conseguir, o abastecerse de información y luego vendérsela, reformulada, al presidente? ¿O era robar secretos de Estado en el extranjero? El conflicto no se resolvería en favor del espionaje. Johnson concluiría, y hablaría en nombre de una gran parte del servicio clandestino después de tres décadas de trabajo duro, que el negocio de la actual inteligencia caía fuera del ámbito de la CIA. Y además, escribía: «En cuanto a la gente de la acción política, los manipuladores de los medios y los grises locutores de radio, así como los corruptores de políticos venales, que se acomoden donde les apetezca. Su trabajo no es clandestino … Que el Consejo de Seguridad encuentre un sitio para ellos en algún lugar lejos de la gestión del espionaje». William R. Johnson, «Clandestinity and Current Intelligence», *Studies in Intelligence*, otoño de 1976, CIA/CSI, reimpreso en H. Bradford Westerfield, ed., *Inside CIA's Private World: Declassified Articles from the Agency's Internal Journal 1955-1992*, Yale University Press, New Haven (CT), 1995, pp. 118-184.

[17] Souers, «Development of Intelligence on USSR», 29 de abril de 1946, FRUS-I, pp. 345-347.

[188] . Entrevista de Kennan para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1996,

transcripción del Archivo de Seguridad Nacional, disponible online en: http://www.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/interviews/episode-1/kennan1.html.

[19] Walter Bedell Smith, *My Three Years in Moscow*, Lippincott, Filadelfia, 1950, p. 86.

[20] *Ibid.*, pp. 46-54.

[21] Helms, *A Look over My Shoulder*, p. 67.

[22] *Ibid.*, pp. 92-95. El jefe de la base de Berlín, Dana Durand, confesaba que la información de inteligencia que él y sus hombres habían producido se obtenía a través de «rumores, chismorreos de alto nivel y habladurías políticas». Durand a Helms, «Report on Berlin Operations Base», 8 de abril de 1948, desclasificado en 1999, CIA. En una de aquellas numerosas estafas de inteligencia, Karl-Heinz Kramer, denominado «el Abwehr de Estocolmo», vendió a los estadounidenses informes sumamente detallados sobre la industria soviética de armazones de aviones, que, según afirmaba, había obtenido gracias a su extensa red de agentes en territorio ruso. En realidad, su fuente de información era una serie de manuales de aviación comprados en una librería de Estocolmo. James V. Milano y Patrick Brogan, *Soldiers, Spies, and the Rat Line: America's Undeclared War against the Soviets*, Brassey's, Washington, 1995, pp. 149-150. En otra de aquellas estafas, la Central de Inteligencia compró un fragmento de «uranio radiactivo» que en teoría se había birlado de un cargamento de Alemania Oriental con destino a Moscú. En realidad se trataba de un trozo de plomo recubierto con una lámina de aluminio. Esta clase de fiascos llevaron al general Leslie Groves, el hombre que dirigió el Proyecto Manhattan —el programa secreto que había dado origen a la bomba atómica—, a crear su propia unidad de inteligencia, dedicada a determinar cualquier posible fuente de uranio en el mundo y a seguir la pista al desarrollo de armas atómicas en la Unión Soviética. El general Groves, que consideraba que los hombres de Helms eran «incapaces de actuar satisfactoriamente» y, en consecuencia, también lo eran de vigilar atentamente los planes de Stalin de construir una bomba atómica soviética, ocultó la existencia de aquella unidad y de su misión a Vandenberg y sus hombres de la central de inteligencia. Aquello contribuiría al fracaso de la CIA a la hora de predecir adecuadamente cuándo podría terminar el monopolio estadounidense de las armas de destrucción masiva. «Minutes of the Sixth Meeting of the National Intelligence Authority», 21 de agosto de 1946, FRUS-I, pp. 395-400; memorando de Groves a la Comisión de Energía Atómica, 21 de noviembre de 1946, FRUS-I, pp. 458-460.

[23] Memorando oficial de Elsey, 17 de julio de 1946, CIA/CSI.

[24] «Minutes of the Fourth Meeting of the National Intelligence Authority», 17 de julio de 1946, FRUS-I, pp. 526-533. Sobre el contexto de la amenaza de guerra de 1946, véase Eduard Mark, «The War Scare of 1946 and Its Consequences», *Diplomatic History*, vol. 21, n.º 3, verano de 1997.

[25] Entrevista de Hostler con el autor. Hostler pasó los últimos meses de la guerra en un destino provisional en Italia, trabajando en un palacio real de mil doscientas habitaciones situado en las afueras de Nápoles, donde estuvo ayudando a James J. Angleton, de la OSS, a «reforzar su control sobre las diversas redes de inteligencia y de seguridad italianas». Sobre los antecedentes del fiasco de Roma, véase Charles W. Hostler, *Soldier to Ambassador: From the D-Day Normandy Landing to the Persian Gulf War, A Memoir Odyssey*, San Diego State University Press, San Diego, 1993, pp. 51-85, y Elizabeth W. Hazard, *Cold War Crucible*, Eastern European Monographs, Boulder (CO), 1996. Hazard es la hija de Frank Wisner.

3. «Combatir el fuego con fuego»

[1] Wisner, citado en C. David Heymann, *The Georgetown Ladies' Social Club*, Atria, Nueva York, 2003, pp. 36-37.

[2] Con el tiempo, Kennan abdicaría de sus constructos intelectuales con respecto a la Doctrina Truman y la CIA. La Doctrina Truman —escribiría Kennan dos décadas después— construía «el marco de una política universal» a partir de un problema único: «Todo lo que tenían que hacer los demás países para poder optar a la ayuda estadounidense era demostrar la existencia de una amenaza comunista. Dado que no había casi ningún país que careciera de una minoría comunista, este presupuesto llevaba muy lejos». Pero en 1947 casi todos los estadounidenses interpretaron que la doctrina representaba una sonora proclamación en favor de las fuerzas de la libertad. El agente de la inteligencia estadounidense James McCargar estaba trabajando en Budapest el día del discurso de Truman. Durante unos inacabables meses, el espíritu de la legación estadounidense en dicha ciudad había ido «bajando y bajando, puesto que veíamos que los rusos estaban saliéndose con la suya en lo que pretendían, que era apoderarse por completo de Hungría». La historia se repetía al otro lado de los Balcanes, y quizá —¿quién lo sabía?— en toda Europa: «No había la menor duda de que aquello iba a ser una contienda, una verdadera confrontación», entre Estados Unidos y la Unión Soviética. «Estábamos cada vez más y más deprimidos», hasta el día en que se proclamó la Doctrina Truman. «Aquella mañana todos salimos a la calle con la cabeza bien alta —dijo McCargar—. Íbamos a respaldar tanto como pudiéramos a las fuerzas democráticas en todo el mundo.» George F. Kennan, *Memoirs 1925-50*, Pantheon, Nueva York, 1983, p. 322; historia oral de McCargar, FAOH; entrevista de McCargar con el autor; memorando de Vandenberg, «Subject: Special Consultant to the Director of Central Intelligence», 27 de junio de 1946, CIA/CSI.

Los orígenes de la Doctrina Truman se remontan a la amenaza de guerra de 1946. A última hora de la tarde del viernes 12 de julio de ese año, mientras empezaban a tomar forma la primera operación encubierta y los primeros planes de guerra contra los soviéticos, Harry Truman se tomaba un whisky o dos en la Casa Blanca con su consejero jurídico, Clark Clifford, al que pidió que le aclarara algo del misterio de los soviéticos, cosa que el servicio de noticias de la central de inteligencia parecía incapaz de hacer a su entera satisfacción. Clifford, ya algo confuso por su proximidad al poder, decidió encargarse él mismo de la tarea. Pero nadie entre las personas más próximas a Truman se hallaba menos cualificado para ello. «Yo no tenía una experiencia real» en política exterior o en seguridad nacional —diría Clifford—. «Tenía que aprender sobre la marcha, y estaba todo lo perdido que se podía estar.» Truman no era el primer presidente que montaba su propio chiringuito de inteligencia *amateur* en la Casa Blanca. Ni tampoco sería el último. El informe de Clifford, redactado en colaboración con George Elsey, asesor de Truman, se entregó a primeros de septiembre de 1946. Inicialmente hacía suyas las palabras de Kennan, y luego daba un gran salto hacia lo desconocido. Historia oral de Clifford, HSTL. «The Joint Intelligence Committee», CIA/CSI, 2000.

Estados Unidos —decía— tenía que presuponer que los soviéticos podían atacar en cualquier momento y en cualquier lugar, y, por lo tanto, el presidente había de estar preparado para librar una «guerra atómica y biológica» contra la Unión Soviética, puesto que «el lenguaje del poder militar es el único lenguaje» que los soviéticos entendían. La única alternativa real sería un esfuerzo a escala mundial por parte de Estados Unidos para «respaldar y ayudar a todos los países democráticos que de alguna manera se vean

amenazados o en peligro por parte de la URSS». Para hacer tal cosa, la nación había de construir un conjunto nuevo y unificado de políticas exteriores, planes militares, programas de ayuda económica y operaciones de inteligencia que debilitaran a los soviéticos. Estados Unidos tenía que liderar al resto de la civilización occidental «en un intento de edificar nuestro propio mundo».

La labor de Clifford llegó a oídos del director de la central de inteligencia Vandenberg. Para no verse superado, una semana después de que Truman encargara el informe a Clifford, Vandenberg le pidió a Ludwell Lee Montague, su jefe de informes, que le preparara un «buen tocho» sobre la política militar y exterior de la Unión Soviética y que se lo dejara en su escritorio el martes siguiente. Montague, que carecía de personal competente para la tarea, la llevó a cabo personalmente. Durmiendo apenas durante las cien horas siguientes, logró entregar en la fecha tope el que sería primer análisis de los soviéticos jamás publicado por la central de inteligencia. Montague concluía que, mientras Moscú previera un choque con el mundo capitalista y se esforzara en consolidar el control sobre todos los territorios que se extendían más allá del telón de acero, no provocaría una nueva guerra, y tampoco podía permitirse un conflicto directo con Estados Unidos en un futuro inmediato. Era una suposición de lo más acertada. El informe sería la primera estimación sobre los soviéticos, la primera entre centenares de ellas, lo que constituiría uno de los trabajos más difíciles y menos satisfactorios emprendidos por la CIA. Al igual que todos los que le seguirían, se basaba en unos pocos datos sólidos, prueba de la sabiduría de las palabras de Sherman Kent cuando dijo que «las estimaciones son lo que se hace cuando no se sabe». El informe cayó como un cubo de agua fría. Pintaba matices de gris cuando lo único que quería la Casa Blanca era blanco y negro. Y además adolecía de una debilidad fundamental: el ejército, la marina y el Departamento de Estado seguirían sin compartir sus ideas, y mucho menos sus secretos, con los advenedizos de la central de inteligencia. Sherman Kent, «Estimates and Influence», *Foreign Service Journal*, abril de 1969. Véase también Ludwell L. Montague, *General Walter Bedell Smith as Director of Central Intelligence*, Penn State University Press, University Park (PA), 1992, pp. 120-123 [en lo sucesivo CIA/LLM]. Se trata de una historia de la CIA, desclasificada solo parcialmente. Ludwell Lee Montague, «Production of a “World Situation Estimate”», CIA, FRUS-I, pp. 804-806.

Fue aquel un serio golpe. Durante los cuatro años siguientes —escribiría posteriormente Montague—, la central de inteligencia fracasó constantemente a la hora de proporcionarle a Truman lo que este quería: conocimiento de todas las fuentes de información conocidas. El único obstáculo insuperable eran los militares. Estos querían tener sus propias ideas y sus propios análisis de predicciones y amenazas, tal como todavía seguían haciendo. El trabajo de Montague fue el último trabajo de cierta envergadura intelectual sobre la Unión Soviética que la central de inteligencia proporcionaría al presidente durante casi dos años. La amarga lección se intensificaría con el tiempo; la CIA solo ostentaría poder en Washington cuando lograra reunir sus propios y exclusivos secretos.

Clifford, en cambio, ejercía la influencia de la que carecía la central de inteligencia. Tenía el mejor despacho del Ala Oeste de la Casa Blanca, y se reunía con el presidente media docena de veces al día. Contaba con la atención del presidente, y en su nombre exigía y recibía los secretos de los Departamentos de Estado, de Guerra y de Marina. El informe que él y Elsey entregaron en septiembre se basaba literalmente en el trabajo del personal de inteligencia de la propia Junta de Jefes. Sin embargo, también este adolecía de un defecto fatal: nadie en el gobierno estadounidense tenía forma alguna de interpretar adecuadamente las capacidades militares y las intenciones de Moscú. La mejor información sobre los soviéticos de la que

disponía el gobierno estadounidense por entonces —reflexionaría Richard Helms cincuenta años después— se hallaba en las estanterías de la Biblioteca del Congreso. Pero Clifford, de improviso, había hecho precisamente lo que se suponía que hacía la central de inteligencia: había recogido las ideas del gobierno. Memorando de Clifford-Elsey, borrador, septiembre de 1946, CIA/DDRS. Véase también James Chace, *Acheson*, Simon and Schuster, Nueva York, 1998, p. 157, y Clark M. Clifford y Richard Holbrooke, *Counsel to the President*, Anchor, Nueva York, 1992, pp. 109-129.

[3] Chace, *Acheson*, pp. 162-165; Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, W. W. Norton, Nueva York, 1969, p. 219.

[4] . Declaración del teniente general Hoyt S. Vandenberg sobre S. 758, Ley de Seguridad Nacional de 1947, NARA. «Se necesita tiempo —diría Vandenberg— para empezar algo con lo que llevamos cuatrocientos años de atraso.»

[5] CIA/LLM, p. 4. Souers, Vandenberg y Hillenkoetter formaban parte de la docena de directores de la central de inteligencia —de los diecinueve que hubo— que no estaban preparados o no eran aptos para el puesto. «Este ha sido definitivamente un nombramiento no solicitado —le escribía Hillenkoetter a Wild Bill Donovan el 21 de mayo de 1947—. Ya que usted ha sido el anterior maestro en este arte, me atrevo a preguntarle si me daría algunos consejos, así como sus ideas sobre la materia.» Hillenkoetter necesitaría toda la ayuda que pudiera obtener. Carta a Donovan, papeles de Forgan, Institución Hoover, Universidad de Stanford.

[6] El testimonio de Dulles se recoge en la Audiencia ante el Comité de Gastos en los Departamentos Ejecutivos, 27 de junio de 1947. En 1982, los congresistas Jack Brooks, presidente del Comité de la Cámara sobre Operaciones del Gobierno, y Edward Boland, presidente del Comité de Investigación Permanente de la Cámara sobre Inteligencia, lograron que sus integrantes desenterraran la transcripción y la imprimieran junto con una introducción sobre su inusual historia. El congresista por Michigan Clare E. Hoffman, presidente republicano del Comité de la Cámara sobre Gastos en los Departamentos Ejecutivos, fue quien dirigió las sesiones de 1947. Los testigos declararon bajo nombres clave (Sr. A, Sr. B, Sr. C...). Hoffman guardaba la única transcripción de la audiencia; en octubre de 1947 se la dejó al consejero jurídico de la CIA, Walter Pforzheimer, que hizo una copia, la guardó en una caja fuerte y luego devolvió el original. En 1950, Hoffman destruyó dicho original, y la única copia conservada sería desenterrada de los archivos de la CIA treinta y dos años después.

Los otros testigos importantes en la audiencia fueron el director de la central de inteligencia Vandenberg y John «Frenchy» Grombach, jefe del Estanque, el servicio de espionaje creado por la inteligencia militar allá en 1942. «Aquí no estamos jugando con canicas —declaró Grombach al comité—. Estamos jugando con nuestra seguridad nacional, y con nuestras vidas», al permitir a la central de inteligencia llevar a cabo operaciones clandestinas. Que el ejército se dedique a espiar para Estados Unidos —añadió—, y que la central de inteligencia se dedique a escribir informes. Cualquier otra cosa sería «errónea y peligrosa».

Vandenberg se defendió. El auténtico peligro —declaró— era el Estanque; «un chollo», un «montaje comercial», que llenó de mercenarios aficionados que murmuraban secretos en tabernas. La recopilación clandestina de información de inteligencia secreta era un asunto difícil, que habían de realizar profesionales estrechamente controlados.

Vandenberg pasó luego a explicar cómo construir una red de inteligencia adecuada. «El ámbito clandestino, señor, es muy complicado —declaró—. La forma en que funciona es que tienes un experto en el ámbito clandestino, o lo más cercano a un experto que haya en

Estados Unidos, y al que podemos contratar por el dinero que podemos pagar … Entonces él crea una cadena de personas a las que conoce. Luego hemos de tener elegido a otro hombre, en el que tengamos plena confianza, que construye una cadena paralela, que se limita a vigilar … para asegurarse de que ese hombre no está dándote información y recibiendo un sueldo de un gobierno extranjero … El hombre que originariamente creó la red aparentemente no tiene conexión alguna con ninguna persona o ningún departamento del gobierno.» Y advertía: «Las posibilidades de que el gobierno estadounidense en tiempos de paz experimente dificultades tremendas nos obliga a mantenerlo firmemente bajo control; y no se puede mantener firmemente bajo control si se está contratando para ello a algún tío que viene a la oficina y te dice que estaría encantado si le dieras 500.000 dólares al año … Podría ser muy bien que ese hombre estuviera pagado por otro gobierno y te estuviera proporcionando la información que a ese gobierno le gustaría que tuvieras».

Aquel era un acertado resumen de los retos que hubo de afrontar la CIA en su creación; más aún teniendo en cuenta lo que luego diría Allen Dulles: «Yo no creo en una gran agencia. Deberían mantenerla pequeña. Si esto llegara a convertirse en un gran pulpo, no funcionaría bien. En el extranjero van a necesitar a cierto número de personas, pero no debería ser un gran número. Deberían ser una veintena más que unos centenares». Cuando asumió el puesto en 1953, heredó a casi diez mil personas, y de ahí se pasó a más de quince mil, y luego a casi veinte mil, y la mayoría de ellas se encargaban de realizar operaciones encubiertas en el extranjero. Pero las operaciones encubiertas eran una tarea que Dulles nunca estaba dispuesto a mencionar.

[7] Walter Millis, ed., y E. S. Duffield, *The Forrestal Diaries*, Viking, Nueva York, 1951, p. 299.

[8] Acheson, *Present at the Creation*, p. 214.

[9] Cifra publicada en «Coordination and Policy Approval of Covert Actions», un documento coordinado del NSC y la CIA fechado el 23 de febrero de 1967, y desclasificado tras una larga lucha en 2002.

[10] Houston le dijo a Hillenkoetter que la ley no otorgaba a la CIA autoridad legal para nada parecido a la acción encubierta. Ni tampoco había ninguna intención implícita por parte del Congreso de que el texto de la ley se leyera entre líneas. Si el NSC ordenaba esa clase de misión, y si la CIA acudía al Congreso, y pedía y recibía específicamente la autorización y el dinero para una operación encubierta, eso era otra cosa distinta. Habrían de pasar treinta años antes de que se siguiera ese consejo. Houston a Hillenkoetter, «CIA Authority to Perform Propaganda and Commando Type Functions», 25 de septiembre de 1947, FRUS-I, pp. 622-623.

[11] Kennan a Forrestal, 26 de septiembre de 1947, Grupo de Documentos 165, expedientes ABC, 352:1, NARA.

[12] Penrose a Forrestal, 2 de enero de 1948, FRUS-I, pp. 830-834.

[13] NSC 4/A, 14 de diciembre de 1947.

¿Qué era la guerra psicológica?, se preguntaban los primeros agentes de la CIA. ¿Una guerra de palabras? Si las palabras eran armas, ¿habían de ser verdaderas o falsas? ¿Se suponía que la CIA había de vender democracia en el mercado abierto, o meterla de contrabando en la Unión Soviética? ¿Y qué pasaba con las transmisiones radiofónicas o con el lanzamiento de octavillas detrás del telón de acero? ¿O la agencia no era más que un comando encargado de montar operaciones clandestinas destinadas a quebrantar la moral del enemigo? Las oscuras artes del engaño estratégico habían caído en desuso desde el Día de la Victoria. Nadie había desarrollado una nueva doctrina para librar una guerra sin armas. Desde

su puesto de mando en Europa, el general Eisenhower instaba a los demás oficiales «a mantener vivas las artes de la guerra psicológica». Memorando de Eisenhower, 19 de junio de 1947, RG 310, Operaciones del Ejército, P&O O 091.412, NARA; memorando del director de la central de inteligencia, «Psychological Warfare», 22 de octubre de 1947, FRUS-I, pp. 626-627.

Sin embargo, el general de brigada Robert A. McClure, futuro padre de las fuerzas de operaciones especiales estadounidenses, consideraba que la «ignorancia [de Estados Unidos] ... sobre la guerra psicológica ... resulta pasmosa». McClure a Sección de Propaganda, Departamento de Guerra, División de Inteligencia Militar, Grupo de Documentos 319, Caja 263, NARA; coronel Alfred H. Paddock, «Psychological and Unconventional Warfare, 1941-1952», US Army War College, Carlisle Barracks (PA), noviembre de 1979.

Hillenkoetter buscaba un jefe para una nueva «Sección de Procedimientos Especiales» que fuera capaz de abrirse paso a través de la maleza. Kennan y Forrestal querían a Allen Dulles para el puesto, pero a quien tuvieron fue a Thomas G. Cassady, un veterano de la OSS, agente de bolsa y banquero de Chicago. Pero Cassady resultó ser un desastre. Trató de montar una emisora de radio para transmitir al otro lado del telón de acero, y una imprenta dedicada a publicar propaganda en Alemania; pero nadie supo dar con las palabras correctas para ganarse los corazones y las mentes de los oprimidos. Su gran idea fue el denominado Proyecto Final: enviar globos capaces de penetrar profundamente en el territorio soviético cargados de octavillas con mensajes de amor fraterno. ¿Y por qué no un avión con relojes del ratón Mickey?, preguntaba un escéptico en el Departamento de Estado.

[14] «Consequences of Communist Accession to Power in Italy by Legal Means», CIA, Office of Research and Estimates, 5 de marzo de 1948.

[15] Entrevista de Wyatt con el autor. Véase también su entrevista para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1998, transcripción del Archivo de Seguridad Nacional, disponible online en: http://www.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/interview/episode-3/wyatt.html.

La operación italiana se convirtió en una de las más caras, prolongadas y altamente gratificantes de acción política de los primeros veinticinco años de la agencia. En noviembre de 1947, en los comienzos de la opera -ción, James J. Angleton volvió de su puesto como jefe de la base de Roma para organizar una división soviética en el seno de la esforzada Oficina de Operaciones Especiales de Galloway. Angleton había creado una importante red de agentes en Italia, en parte ofreciendo a algunos de sus clientes más peligrosos inmunidad frente a cualquier posible juicio por crímenes de guerra, y asimismo había estado pensando en las inminentes elecciones y elaborando planes a muchos meses vista. El director ejecutivo de Angleton en Roma, Ray Rocca, un italoamericano originario de San Francisco, quedó a cargo de las primeras fases de la operación. Retrospectivamente, William Colby consideraría que dicha operación no tuvo nada de especial; era una manifiesta propuesta económica, y lo seguiría siendo durante un cuarto de siglo. El milagro de 1948 fue que el centro aguantara y que la CIA pudiera atribuirse el mérito de la victoria. Durante la carrera electoral, los democratacristianos de centro-derecha, aliados con el Vaticano y dirigidos por Alcide de Gasperi, fueron casi parejos con el Partido Comunista, cuyos líderes miraban hacia Moscú y afirmaban que contaban con dos millones de afiliados. «Esos eran los grandes partidos —decía Mark Wyatt, de la CIA—. Los neofascistas estaban fuera de escena. Y los monárquicos estaban muertos.» Quedaban además tres partidos menores: republicanos, liberales y socialdemócratas. La CIA decidió en marzo repartir su propio voto —cosa que hizo— respaldando a candidatos de partidos menores además de los democratacristianos. Pueden verse descripciones de la operación en Ray S. Cline, *Secrets, Spies, and Scholars: Blueprint of the*

Essential CIA, Acropolis, Washington, 1976, pp. 99-103, y Peter Grose, *Operation Rollback: America's Secret War Behind the Iron Courtan*, Houghton Mifflin, Boston, 2000, pp. 114-117. Cline fue subdirector de inteligencia de la CIA de 1962 a 1966; Grose desenterró reveladores testimonios ante el Congreso que describían los usos del Fondo de Estabilización Bursátil del Departamento del Tesoro.

No hay constancia de lo que costó la operación italiana, aunque hay diversas estimaciones que van desde los 10 hasta los 30 millones de dólares. Los maletines negros del dinero se llenaron, en parte, gracias a determinados vínculos de amistad y confianza. El secretario del Tesoro, Snyder, tenía una estrecha amistad con A. P. Giannini, el financiero italoamericano que dirigía la Transamerica Corporation, un grupo de empresas que controlaba el Bank of America y unos doscientos bancos de menor envergadura. Giannini, por su parte, se puso en contacto con Wyatt, que, como él, era originario de San Francisco. «Yo tenía numerosos contactos con destacados italoamericanos en este país: banqueros, industriales, que estaban llenos de ideas, y algunas de ellas eran ideas muy aberrantes», como la de dar un golpe de Estado si fallaba el plan de la acción encubierta, según explicaba Wyatt. Giannini se contaba entre sus contactos, al igual que varios «poderosos líderes políticos de este país, no solo Tammany Hall y Cook Country, Illinois, sino también destacados líderes que saben cómo ganar elecciones.» Hizo falta tanto poder como dinero. Una historia apócrifa sobre la operación italiana de 1948 sostiene que tres agentes externos contratados por la CIA fueron a Palermo para hacer algo con respecto a la situación en los muelles, donde acudieron miembros de la Mafia local para resolver el problema. Finalmente lograron que los envíos de armas estadounidenses superaran el obstáculo de los estibadores comunistas, pero en el cuartel general de la agencia no estaban contentos con su metodología. Tratar de evaluar con precisión hasta qué punto resultó crucial la CIA para la causa estadounidense en las elecciones italianas de 1948 es pedir peras al olmo. El diluvio de armas y vehículos blindados estadounidenses a Italia, los barcos norte americanos que llevaron toneladas de alimentos a dicho país, y las oleadas de noticias internacionales amplificadas por la conmoción de la caída de Checoslovaquia, todo ello contribuyó a la victoria y a la consolidación de la larga relación entre la CIA y la cada vez más corrupta élite política italiana. Joe Greene, que repartía su tiempo entre el Departamento de Estado y la Oficina de Coordinación Política, recordaría que los italianos «anunciaron que querían dar a Estados Unidos una muestra de su reconocimiento por todo lo que los norteamericanos habían hecho desde el final de la guerra, cuando cambiaron de bando, hasta comienzos de la década de 1950. Ofrecieron unas enormes estatuas ecuestres de bronce que hoy se hallan en el extremo noroeste del Memorial Bridge de Washington. De Gasperi fue a buscarlas, y Truman asistió a la ceremonia de inauguración. Fue un gran espectáculo». Los caballos todavía siguen allí. Historia oral de Greene, FAOH.

[16] La exfiltración de agentes checos de Katek se describía en sendas entrevistas con Tom Polgar y Steve Tanner, ambos agentes de la CIA en Alemania en 1948. Pero la CIA no se portó con tanta nobleza cuando se trató de salvar la vida de Michael Shipkov, un búlgaro que trabajaba como principal traductor en la legación estadounidense en aquel país recién incorporado al estalinismo. La legación fue a pedir ayuda al ejército para sacar a Shipkov del país, según explicaría Raymond Courtney, el vicecónsul estadounidense: «Volvieron con un plan realmente infantil e imposible: sacarlo de casa de noche y luego llevárselo, no por carretera, sino campo a través, cruzando las montañas con uno o dos metros de nieve, hasta la frontera griega, y tratar de organizar un encuentro clandestino en un cementerio de las inmediaciones. Yo saqué a Shipkov de casa alrededor de las tres en punto de la madrugada y puse en camino al pobre hombre. Bueno, llegó sin novedad al primer piso franco, y luego al

segundo. Pero después los correos no aparecieron, y él no deseaba comprometer más a sus anfitriones, de modo que trató de ponerse en camino por sí solo sin guía ni ayuda. Los milicianos le cogieron. Más tarde nos enteramos de que la razón por la que los correos no se habían presentado era que habían cogido la gripe y habían tenido que detenerse durante veinticuatro horas en un pajar. La captura de Shipkov se anunció en la radio pública con un gran despliegue publicitario. Luego se lo harían pasar muy mal. Fue liberado de la cárcel quince años después». Historial oral de Courtney, FAOH.

[17] El uso de fondos del Plan Marshall por parte de la CIA se describe en «A Short History of the PSB», 21 de diciembre de 1951, NSC Staff Papers, White House Office Files, DDEL. La desviación de fondos del Plan Marshall para la acción encubierta aparece detallada en un memorando del 17 de octubre de 1949 de Frank Wisner, jefe de la Oficina de Coordinación Política: «CIA Responsibility and Accountability for ECA Counterpart Funds Expended by OPC», clasificado como «secreto», reimpreso en Michael Warner, ed., *CIA Cold War Records: The CIA Under Harry Truman*, CIA History Staff, Washington, 1994. Se trata de una extraña contabilidad; según el documento de la CIA, al amparo de «acuerdos generales y específicos» realizados en secreto entre un puñado de hombres que estaban al tanto, «el 5 por ciento de los fondos de contrapartidas de la ECA se pusieron a disposición de la CIA» para operaciones encubiertas. La Administración de Cooperación Económica (Economic Cooperation Administration, ECA) era el organismo encargado de administrar el Plan Marshall.

Siempre hubo un montón de dinero disponible. «Obviamente, teníamos dinero —diría Melbourne L. Spector, uno de los administradores del Plan Marshall en París—. Teníamos fondos de contrapartidas que nos salían por las orejas.» Historia oral de Spector, FAOH.

[18] Historia oral de Griffin, HSTL.

[19] Memorando sin firmar de Kennan, 4 de mayo de 1948, FRUS-I, pp. 668-672.

[20] El combativo texto, en toda su extensión, decía lo siguiente:

El Consejo de Seguridad Nacional, teniendo conocimiento de las malvadas actividades encubiertas de la Unión Soviética, de sus países satélites y de los grupos comunistas para desacreditar y derrotar a los objetivos y actividades de Estados Unidos y otras potencias occidentales, ha determinado que, en interés de la paz mundial y de la seguridad nacional de Estados Unidos, las actividades exteriores abiertas del gobierno estadounidense deben verse complementadas por operaciones encubier tas … planeadas y ejecutadas de tal modo que cualquier responsabilidad del gobierno estadounidense por ellas no resulte evidente para ninguna persona no auto rizada, y que si se descubrieran, el gobierno pudiera negar de manera plausible cualquier responsabilidad por ellas. Concretamente, dichas operaciones incluirán cualquier actividad encubierta relacionada con: propaganda, guerra económica; acción directa preventiva, incluyendo sabotaje, antisabotaje, medidas de demolición y de evacuación; subversión contra estados hostiles, incluyendo ayuda a movimientos de resistencia clandestinos, guerrillas y grupos de liberación de refugiados, y apoyo a elementos anticomunistas autóctonos en países amenazados del mundo libre.

Kennan era sin duda el principal autor intelectual de la directiva. Una generación más tarde se arrepentiría de todo ello, afirmando que el impulso a la guerra política había sido su mayor error, que las operaciones encubiertas chocaban con las tradiciones estadounidenses, que «el excesivo secretismo, la doblez y los embustes clandestinos sencillamente no van con nuestro estilo». Pero pocos de quienes estaban en el poder por entonces pensaban lo mismo. La opinión generalizada entre los expertos estaba clara. Si Estados Unidos pretendía frenar a los soviéticos, iba a necesitar a un ejército de soldados secretos. Kennan se las arreglaría para escribir más de mil páginas de memorias sin mencionar ni una sola vez su papel como padre

de la acción encubierta. Su trabajo, por lo demás justamente alabado, sería, pues, una pequeña obra maestra de doblez tanto como una magnífica historia diplomática. Véase también Kennan, «Mortality and Foreign Policy», *Foreign Affairs*, invierno de 1985-1986, y su afirmación de que la guerra política había sido «el mayor error que jamás he cometido» en su declaración ante el Comité Church del 28 de octubre de 1975, citada en el informe final del comité, vol. 4, p. 31.

Al director de la central de inteligencia Hillenkoetter le horrorizaba la sola idea del nuevo servicio clandestino, y dejó clara su opinión de que, en tiempos de paz, Estados Unidos jamás debía emprender una acción encubierta. Tampoco era el único que se preguntaba por los costes de la subversión secreta. Sherman Kent, el mayor de los analistas de la guerra fría que tenía la CIA, había consignado por escrito la siguiente idea: enviar «operativos clandestinos a un país extranjero con el que Estados Unidos no está en guerra y dar instrucciones a esos agentes de que lleven a cabo operaciones "negras" —escribía— no solo va contra los principios sobre los que se fundó nuestro país, sino también contra aquellos por los que hace poco libramos una guerra». Robin Winks, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War, 1939-1961*, Yale University Press, New Haven (CT), 1987, p. 451.

[211] . Edward P. Lilly, «The Development of American Psychological Operations, 1945-1951», National Security Council, Alto Secreto, DDEL, *c*. 1953.

[22] Entrevistas de Sichel y de Polgar con el autor; «Subject: Targets of German Mission, January 10, 1947», CIA/CREST. Puede verse una descripción fiable de la Base de Operaciones de la CIA en Berlín en David E. Murphy, Sergei A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War*, Yale University Press, New Haven (CT), 1997. Posteriormente Murphy sería jefe de base.

[23] Panegírico de Helms en un servicio fúnebre por Wisner celebrado en el cuartel general de la CIA el 29 de enero de 1971. Helms citó unas líneas del poema «Una vez, junto al Pacífico», de Robert Frost, cuando recordó el espíritu de la guerra fría en Wisner:

Se acercaba una noche de tiniebla evidente, y no solo una noche, sino una época horrible. Habría que aprestarse contra un furor posible…

Wisner aparecía descrito como «una elección singular a la hora de crear una organización encubierta partiendo de cero» en «Office of Policy Coordination, 1948-1952», sin firmar, sin fecha y desclasificado con anotaciones en marzo de 1997, CIA/CREST. Su autor era Gerald Miller, el jefe de operaciones de Wisner en Europa occidental.

4. «Lo más secreto»

[1] Las ambiciones de Wisner aparecen detalladas en su memorando «Subject: OPC Projects», 29 de octubre de 1948, FRUS-I, pp. 730-731; entrevistas del autor con varios contemporáneos de Wisner, incluyendo a Richard Helms, Franklin Lindsay, Sam Halpern, Al Ulmer y Walter Pforzheimer, y «Office of Policy Coordination, 1948-1952», CIA/CREST.

[2] Entrevista de Lindsay con el autor. Lindsay luchó como guerrillero de la OSS al lado de los partidarios de Tito en Yugoslavia. Después de la guerra, junto con Allen Dulles, formó parte del comité del Congreso que autorizó el Plan Marshall. En septiembre de 1947 había conducido a un grupo de congresistas de dicho comité, entre ellos Richard Nixon, a la ciudad ocupada de Trieste, donde pudieron presenciar una tensa confrontación entre una columna de tanques yugoslavos y las fuerzas estadounidenses en vísperas de la transición de Trieste al

estatus de territorio libre. Yugoslavia seguía en la órbita soviética, y Tito no rompería con Stalin hasta después de transcurridos otros nueve meses. Era aquel un momento explosivo. El comandante aliado en Trieste, general Terence Airey, advertía a los gobiernos estadounidense y británico: «Si este asunto no se maneja con mucho cuidado, podría empezar aquí una Tercera Guerra Mundial». Tras regresar a Washington, Lindsey y su predecesor en el puesto de jefe de la misión militar con las fuerzas de Tito, Charles Thayer, propusieron la creación de un cuerpo guerrillero para luchar contra los soviéticos —«combatir el fuego con fuego»—, una idea que llamó la atención de Kennan tanto como a Lindsay le había llamado la de Wisner.

[3] Historia oral de James McCargar, FAOH. McCargar había trabajado en secreto para el Estanque en Hungría, sirviendo tanto al Departamento de Estado como a la red de inteligencia encubierta del ejército desde abril de 1946 hasta diciembre de 1947.

[4] Entrevista de Ulmer con el autor.

[5] El agente de la CIA Thomas Hercules Karamessines, un grecoamericano de Staten Island, se estableció en Atenas en 1947 y cultivó la amistad de algunos de los oficiales más prometedores. Cuando los militares se apoderaron del país, veinte años después, estos veían en Karamessines a un amigo, que por entonces había ascendido hasta convertirse en el jefe de la acción encubierta.

[6] «Office of Policy Coordination, 1948-1952», CIA/CREST.

[7] Franklin Lindsay, que en el otoño de 1948 trabajaba para Harriman en el cuartel general del Plan Marshall en París, fue testigo de la conversación, y luego se puso a trabajar de inmediato como jefe de operaciones para Wisner. «Harriman lo sabía todo sobre la OPC», diría Lindsay. Wisner informó brevemente a Harriman el 16 de noviembre de 1948. Después de eso, el dinero no fue nunca un problema: «Yo tenía un presupuesto de tantos millones como pudiera gastar, y no podía gastarlos en absoluto», recordaría McCargar. Sobre el conocimiento de Harriman de los planes de Wisner, véase el memorando de Wisner incluido en el expediente, FRUS-I, pp. 732-733. La visita de Wisner a Dick Bissell se produjo poco después. Richard M. Bissell Jr., Jonathan Lewis y Frances T. Pudlo, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven (CT), 1996, pp. 68-69.

Las conexiones entre los diplomáticos, quienes manejaban el dinero y los espías eran bastante estrechas. El jefe de la ECA en París era David K. E. Bruce, un fichaje tardío de la OSS. El subdirector de Harriman era Milton Katz, jefe de la división de inteligencia secreta de la OSS en Londres bajo el mando de William Casey, el que sería futuro director de la central de inteligencia.

El Plan Marshall, además de dinero y cobertura, contribuyó con personal a la propaganda encubierta y las acciones anticomunistas dirigidas contra los sindicatos de Francia e Italia. Algunos funcionarios del Plan Marshall realizaron operaciones encubiertas para Wisner durante tres años después de que este sellara su pacto con Averell Harriman. Wisner informó asimismo a John McCloy, que por entonces era el civil estadounidense de mayor rango en Alemania (y que había sido el alto cargo del Departamento de Guerra que había ayudado a proteger a la inteligencia estadounidense frente a la condena a muerte de Truman allá por el mes de septiembre de 1945). Wisner recordaría que «le explicó al señor McCloy la significación general y los orígenes de la OPC», además de detallar «ciertos aspectos de nuestras actuales y futuras operaciones en Alemania». Señalaba asimismo que McCloy «pareció quedar impresionado por mi afirmación de que entre los artífices originarios del acuerdo se incluían los señores Lovett, Harriman, Forrestal, Kennan, Marshal y otros». FRUS-I, pp. 735-736.

[8] La historia de la OPC de Gerald Miller registra que Wisner «inicialmente concentró sus esfuerzos en el círculo del movimiento sindical». Los primeros de dichos esfuerzos, las operaciones denominadas Asta y Largo, están consig nados en documentos de la CIA desclasificados, que incluyen la propia firma de Kennan y están fechados en octubre de 1948. «En los primeros días del Plan Marshall —explicaba Victor Reuther, por entonces representante del Congreso de Organizaciones Industriales en Europa—, cuando había algunas huelgas políticas convocadas por las fuerzas sindicales comunistas y quizá por elementos políticos comunistas tratando de bloquear el Plan Marshall y tratando de impedir que se descargara la ayuda extranjera, la cuestión era ante todo romper aquellas huelgas. Y el gobierno estadounidense, a través de la central de inteligencia, pidió a Irving Brown y a Jay Lovestone que trataran de organizar un contramovimiento. Y obviamente, si quieres romper una huelga, tienes que recurrir a muchachos que tengan los nudillos fuertes y que sepan cómo manejar las porras. Y ellos recurrieron a lo que podría calificarse, más que otra cosa, como la Mafia corsa.» Un agente de la CIA que posteriormente contó esa misma versión, Paul Sakwa, explicaba que en 1953, cuando se puso fin al Plan Marshall, cortó los pagos al jefe del hampa corsa, Pierre Ferri-Pisani. «Por entonces Ferri-Pisani ya no tenía nada que hacer —decía—, probablemente estaba implicado en el tráfico de heroína a través de Marsella, y no necesitaba nuestro dinero.» Entrevistas de Reuther y Sakwa, «Inside the CIA: On Company Business», documental de 1980 dirigido por Allan Francovich, transcripción por cortesía de John Bernhart. El autor del presente volumen entrevistó a Sakwa en 1995. La relación de Wisner, Lovestone y Brown aparece detallada en los expedientes del Comité de Sindicatos Libres y en los propios documentos de Lovestone, en AFL-CIO International Affairs Department Collection, George Meany Memorial Archives, Silver Spring (MD), así como en la colección Lovestone de la Institución Hoover, Universidad de Stanford. Véase También Anthony Carew, «The Origins of CIA Financing of AFL Programs», *Labor History*, vol. 39, n.º 1, 1999.

Lovestone sirvió a la CIA durante un cuarto de siglo, ganándose la reputación de ser un brillante manipulador. Su primer agente de enlace fue un ayudante de Wisner, Carmel Offie, encargado de la supervisión de los asuntos laborales y de inmigración, además del Comité Nacional por una Europa Libre, y artífice del primer gran pánico de seguridad producido en el seno de la CIA. Offie fue un extravagante homosexual en una época en la que cualquier desviación se consideraba políticamente peligrosa. Los agentes de seguridad de la CIA encontraron un informe policial que decía que Offie había sido arrestado por hacer proposiciones sexuales en un lavabo de caballeros a solo una manzana de la Casa Blanca. Entonces le entregaron el informe a J. Edgar Hoover. Este se dedicó a acosar a Offie, que fue discretamente despedido de la CIA y acabó a sueldo de la Federación Estadounidense del Trabajo. Los agentes del FBI intervinieron el teléfono de Loves tone y grabaron una conversación en la que clamaba ante Wild Bill Donovan que la CIA estaba llena de «vividores de Park Avenue, incompetentes y degenerados … Toda la organización está absolutamente mal gestionada, es absolutamente ineficaz, absolutamente irresponsable». Aquello era canela fina para Hoover.

[9] Braden, en el documental de Granada Televisión «World in Action: The Rise and Fall of the CIA», junio de 1975. Entre los autores en ciernes que se dedicaron a escribir libros mientras trabajaban en la CIA en París se encontraba Peter Matthiessen, que sería uno de los mayores escritores de su generación, además de notorio progresista.

[10] «The Central Inteligence Agency and National Organization for Intelligence: A Report to the National Security Council», también conocido como el informe Dulles-Jackson-Correa, 1 de enero de 1949, CIA/CREST.

[11] Roosevelt a Acheson, 1 de febrero de 1949, HSTL.

[12] Ohly a Forrestal, 23 de febrero de 1949, HSTL.

[13] El suicidio de Forrestal siguió a varios meses de «una grave y progresiva fatiga»; Townsend Hoopes y Douglas Brinckley, *Driven Patriot: The Life and Times of James Forrestal*, Vintage, Nueva York, 1993, pp. 448-475. El doctor Menninger declararía que sufría de «una pulsión extremadamente impulsiva hacia la autodestrucción». Carta de Menninger al capitán George Raines, jefe de neuropsiquiatría del Hospital Naval de Estados Unidos, Bethesda (MD), en «Report of Board of Investigation in the Case of James V. Forrestal», National Naval Medical Center, 1949. El presidente Truman reemplazó a Forrestal con Louis Johnson, un rico contribuyente a su campaña electoral que llevaba meses pidiendo el puesto. Johnson era un hombre con pocas virtudes en su favor, tan dado a montar en cólera y a lanzar diatribas asombrosamente ilógicas acompañadas de puñetazos en la mesa, que Dean Acheson, que sirvió a su lado como secretario de Estado, estaba convencido de que tenía o una lesión cerebral o una enfermedad mental. El general Omar Bradley, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, llegó a la conclusión de que «Truman había sustituido a un caso [de enfermedad] mental por otro». Mientras se desarrollaba este drama en el Pentágono, el propio Truman se preguntaba si no había puesto a un demente a cargo de la seguridad nacional de Estados Unidos. Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, W. W. Norton, Nueva York, 1969, p. 374; Omar N. Bradley y Clay Blair, *A General's Life: An Autobiography*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983, p. 503.

[14] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 82.

[15] En 1948, John W. McDonald, un oficial estadounidense, ejercía de fiscal de distrito de Frankfurt bajo la ocupación norteamericana cuando se encontró con la CIA en todo su esplendor. Así contaría la historia:

> La policía había capturado a una red de ochenta personas. El número uno era un polaco llamado Polansky, una persona desplazada. Había hecho un brillante trabajo a la hora de hacer aquellas planchas de billetes de 50 dólares estado unidenses. Le cogimos a él, junto con 100.000 dólares en billetes falsos, y la imprenta, las planchas y la tinta, todo lo que uno podía pedir. También tenía un uniforme del ejército estadounidense. Tenía una tarjeta de identificación, una pistola del 45 del ejército y una cartilla del economato militar. Todo el lote. Yo pensé que aquello era estupendo. Estábamos a punto de llevarles a todos a juicio cuando un día recibí la visita de un mayor, que entró en mi despacho.
>
> La conversación que tuvo lugar entonces fue así:
>
> —Soy abierto.
>
> —Mayor Abierto, es un placer conocerle.
>
> —No, no me entiende. Abierto es lo contrario de encubierto.
>
> —Entonces, ¿quién es usted?
>
> —Soy miembro de la CIA.
>
> —¿Y qué puedo hacer por usted?
>
> —Tiene en la cárcel a ese polaco llamado Polansky. Es uno de los nuestros.
>
> —¿Qué quiere decir con «uno de los nuestros»?
>
> —Lo tenemos en nómina. Forma parte de la CIA.
>
> —¿Desde cuándo la CIA emplea a falsificadores de dólares estadounidenses?
>
> —¡No, no! Eso lo hacía en su tiempo libre.
>
> —¡Ah! Entonces no cuenta, ¿no?
>
> —Bueno, sí, sí cuenta. Es nuestro mejor falsificador de documentos, pasaportes y toda

clase de cosas como las que utilizamos para pasar al Este.

—Bueno, eso es magnífico, pero aun así ha cometido un delito y me trae sin cuidado para quién trabaja.

McDonald proseguía: «Luego le mostré la puerta. Al día siguiente vino a verme un coronel para hablarme de lo mismo, y tuvimos exactamente la misma discusión. Yo no me dejaba impresionar. Dos días después vino a verme un general de división. En aquella época eran muchos galones. Pude ver que el asunto era muy serio. Pero este era más inteligente que los otros dos. Me dijo: "Como ya sabrá a estas alturas, ese hombre trabajaba para nosotros. Somos nosotros quienes le proporcionamos el uniforme, y el 45, las tarjetas de identificación y lo demás. Apreciaría muchísimo que retirara usted los cargos a fin de que no nos veamos en una situación públicamente embarazosa". Yo seguí adelante, y más o menos una semana después fuimos a juicio y, por supuesto, conseguí el máximo de diez años, la pena máxima por falsificación según la ley alemana. Pero jamás he olvidado al mayor Abierto. Mi primer encuentro con la CIA no estuvo precisamente lleno de buenos auspicios». Historia oral de McDonald, FAOH.

5. «Eran misiones suicidas»

[1] «Nomination of Lt. Gen. Walter Bedell Smith to Be Director of Central Intelligence Agency», Sesión Ejecutiva, 24 de agosto de 1950, CIA, papeles de Walter Bedell Smith, DDEL.

[2] David S. Robarge, «Directors of Central Intelligence, 1946-2005», *Studies in Intelligence*, vol. 49, n.º 3, 2005, CIA/CSI.

[3] Bedell Smith, citado en «Office of Policy Coordination, 1948-1952», CIA/CREST.

[4] Bedell Smith, citado en George S. Jackson y Martin P. Claussen, *Organizational History of the Central Intelligence Agency, 1950-1953*, vol. 9, parte 2, p. 38. Esta historia de 1957 fue desclasificada en 2005. DCI Historical Series HS-2, CIA Historical Staff, Grupo de Documentos 263, NARA.

[5] Sherman Kent, «The First Year of the Office of National Estimates: The Directorship of William L. Langer», CIA/CSI, 1970.

[6] Sherman Kent, «Estimates and Influence», *Foreign Service Journal*, abril de 1969.

[7] Jackson y Claussen, *Organizational History of the Central Intelligence Agency, 1950-1953*, vol. 8, p. 2.

[8] James Lilley, ex jefe de la base de la CIA en Pekín, entrevista con el autor. El problema persistió hasta finales de la década de 1960, cuando Lilley se encontró con que aquella «misma clase de falsas redes de inteligencia chinas a las que nos habíamos resistido y de las que nos habíamos deshecho hace quince años» volvían a estar en activo, recogiendo cotilleos de los periódicos provinciales de China y vendiéndoselos a los espías estadounidenses en Hong Kong.

[9] David A. Hatch y Robert Louis Benson, «The Korean War: The SIGINT Background», Agencia de Seguridad Nacional, disponible online en: http://www.nsa.gov/publications/publi00022.cfm. El papel de Weisband en la historia de la inteligencia estadounidense ha sido malinterpretado durante décadas. La magistral obra *KGB: The Inside Story*, de Christopher Andrew —uno de los principales historiadores del mundo especializados en el ámbito de la inteligencia— y Oleg Gordievski, desertor de la inteligencia soviética, dedica tres frases a Weisband y da, incorrectamente, el año 1946 como el de su reclutamiento por parte de la

inteligencia de la Unión Soviética. Según las historias sobre el caso tanto de la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense como de la CIA, Weisband fue reclutado por los soviéticos en 1934; asimismo, en 1950 un trabajador de la industria aeronáutica de California declaraba al FBI que durante la guerra Weisband había sido su adiestrador en la KGB. Weisband, de padres rusos, había nacido en Egipto en 1908, se trasladó a Estados Unidos a finales de la década de 1920, y se convirtió en ciudadano estadounidense en 1938. En 1942 se incorporó al Servicio de Inteligencia de Señales del ejército (que más tarde pasaría a denominarse Agencia de Seguridad), y fue destinado al norte de África y a Italia, para luego regresar a Arlington Hall. Weisband fue suspendido de su trabajo en dicha agencia y, tiempo después, desobedeció una citación para comparecer ante un gran jurado federal en relación con las actividades del Partido Comunista. Juzgado por desacato, fue condenado a un año de cárcel; y ahí terminó el asunto, puesto que acusarle abiertamente de espionaje habría agravado aún más los problemas de la inteligencia estadounidense. Weisband murió repentinamente en 1967, al parecer por causas naturales, a los cincuenta y nueve años de edad.

[10] Lo único que se sabía con certeza en el cuartel general de la agencia era que el general MacArthur creía que los chinos no se movían. Los informes y análisis de la CIA sobre Corea realizados entre junio y diciembre de 1950 reflejaban ese error. Dichos informes aparecen detallados en P. K. Rose, «Two Estrategic Intelligence Mistakes in Korea, 1950», *Studies in Intelligence*, n.º 11, otoño-invierno de 2001; CIA Historical Staff, «Study of CIA Reporting on Chinese Communist Intervention in the Korean War, September-December 1950», redactado en octubre de 1955 y desclasificado en junio de 2001, y Woodrow J. Kuhns, «Assessing the Soviet Threat: The Early Cold War Years», CIA Directorate of Intelligence, Center for the Study of Intelligence, 1997.

[11] dell Smith, en 1951, le entregó al general un informe sobre las operaciones de Wisner: «Subject: Survey of Office of Policy Coordination by Deputy Direct or of Central Intelligence», 24 de mayo de 1951, CIA/CREST. En él decía: «La tarea … excede la capacidad de un solo hombre». La Oficina de Coordinación Política estaba tratando de construir «una maquinaria de ámbito mundial, comparable en muchos aspectos a una fuerza militar», sin contar con unos niveles adecuados de control, de personal, de formación, de logística o de comunicaciones competentes. «Existe una gran discrepancia entre los jefes de división más cualificados y los menos cualificados —explicaba—. La carga de los compromisos operativos ha superado la capacidad de reclutar a personal altamente cualificado.»

[12] «CIA/Location of Budgeted Funds/Fiscal Year 1953», documento perteneciente a los archivos del congresista George Mahon, uno de los cuatro miembros del Congreso estadounidense que tenían conocimiento del presupuesto de la CIA. Cuando el profesor David Barrett, de la Universidad Villanova de Filadelfia, encontró este documento en 2004, cambió la historia. Durante casi treinta años, todos los libros sobre la CIA han reproducido fielmente el descubrimiento de los investigadores del Senado en 1976 de que el presupuesto de Wisner era de 82 millones de dólares en 1952. Pero esa cifra resulta ser claramente errónea. El presupuesto de 1952 de la Oficina de Coordinación Política era, de hecho, aproximadamente el cuádruple de lo que hasta entonces se había dicho.

[13] Reunión con el director, 14 de noviembre de 1951, CIA/CREST. Las actas de las reuniones diarias del director de la central de inteligencia con sus adjuntos y su equipo de dirección, contenidas en una serie de documentos recientemente desclasificados obtenidos a través del sistema CREST, dejan entrever las luchas internas de la CIA. Las actas de esta reunión concreta rezan: «El director quiere que ellos [Dulles y Wisner] vigilen muy de cerca a la OPC [Oficina de Coordinación Política]. Habría que separar las operaciones paramilitares

del resto del presupuesto, al igual que todas aquellas operaciones que no contribuyan a la inteligencia. Él cree que hemos llegado a un punto en el que el tamaño de nuestras operaciones de la OPC se ha convertido en un claro peligro para la CIA como agencia de inteligencia».

Bedell Smith consideraba que Estados Unidos «carecía de estrategia para librar esta clase de guerra», con lo que aludía a la clase de guerra de Wisner. «Preliminary Staff Meeting, National Psychological Strategy Board», 8 de mayo de 1951, CIA/CREST. Así pues, le dijo a Dulles y a Wisner: «En el gobierno no han aprobado ustedes una estrategia básica para esta clase de guerra ... Aunque disponemos del equipamiento y de la capacidad, no estamos haciendo la labor que deberíamos».

Bedell Smith trató más de una vez de apartar a Wisner del control de las operaciones paramilitares. Reunión con el director, 16 de abril de 1952, CIA/CREST. Afirmaba —aunque en vano— que se había excedido ampliamente lo que contemplaba la directiva 10/2 del NSC, el manifiesto de la guerra política de 1948. Pero tanto el Departamento de Estado como el de Defensa deseaban que hubiera una ampliación de la acción encubierta, y una ampliación de «gran magnitud». Bedell Smith a NSC, «Scope and Pace of Covert Operations», 8 de mayo de 1951, CIA/CREST. La advertencia de Bedell Smith en el sentido de que no «ocultaran» o «encubrieran incidentes desafortunados o errores graves» se produjo en la reunión diaria del equipo directivo del 21 de agosto de 1951, CIA/CREST. Días antes había implorado a Wisner y a otros altos cargos de la inteligencia que «prestaran seria atención a los problemas de las invenciones y las duplicidades en las fuentes de información de inteligencia». Actas de la reunión, 9 de agosto de 1951, CIA/CREST.

Los recientemente disponibles registros de CREST muestran que Bedell Smith había heredado «una especie de Sacro Imperio romano en el que los señores feudales actuaban en su propio interés libres de ninguna dirección ni control efectivos por parte de su emperador nominal», en palabras de Ludwell Lee Montague, su representante personal en la dirección del Consejo de Seguridad Nacional, que escribiría asimismo que el general «llegó a sospechar que Dulles y Wisner ... a la larga le embarcarían en alguna mal concebida y desastrosa desventura». CIA/LLM, pp. 91-96, 264.

[14] Las historias clasificadas de la Agencia Central de Inteligencia son: «CIA in Korea, 1946-1965», «The Secret War in Korea, June 1950-June 1952» e «Infiltration and Resupply of Agents in North Korea, 1952-1953». Fueron citadas por primera vez por Michael Haas, un coronel de la fuerza aérea ya retirado, en su monografía *In the Devil's Shadow: U.N. Special Operations during the Korean War*, Naval Institute Press, Annapolis (MD), 2000.

[15] Entrevista de Sichel con el autor.

[16] Entrevista de Gregg con el autor. En el caso de Corea, los registros se han ocultado o falseado. Así, por ejemplo, John Ranelagh, *The Agency*, Simon and Schuster, Nueva York, 1986, considerada durante mucho tiempo la obra de referencia estándar sobre la CIA, contiene tres párrafos sobre actividades paramilitares encubiertas durante la guerra de Corea. Sostiene que el jefe de operaciones de la Oficina de Coordinación Política, Hans Tofte, logró situar agentes por toda Corea, China y Manchuria: «Esas áreas "cerradas" fueron infiltradas con éxito por agentes coreanos y chinos», y las «polifacéticas y complejas» operaciones de Tofte emplearon a «guerrilleros entrenados para actuar en Corea del Norte» y situaron «agentes en toda Corea que pudieran actuar como guías y proporcionar escondites a los aviadores perdidos» (pp. 217-218). Esto es falso, tal como demuestran las historias operativas de la CIA. Tofte era un mentiroso, y falsificó películas en las que aparecían guerrilleros de la CIA operando en Corea del Norte, aunque el fraude no tardó en ser desenmascarado cuando

alguien de Washington preguntó por qué se lanzaba a los comandos a plena luz del día. Lo cierto era que las misiones reales, a diferencia de las escenificadas, resultaban en general desastrosas. Las propias historias internas de la CIA contradicen de plano la hermosa imagen de las operaciones de la guerra de Corea representada en *The Agency*.

[17] Historia oral de Thomas, FAOH.

[18] Las memorias póstumas de John Limond Hart, *The CIA's Russians*, Naval Institute Press, Annapolis (MD), 2004, explican con detalle estas extraordinarias experiencias a la hora de suceder a Al Haney en el puesto de jefe de la base de Seúl.

[19] Hart, citado en Christopher Andrew, *For the President's Eyes Only: Secret Intelligence and the American Presidency from Washington to Bush*, Harper Perennial, Nueva York, 1996, pp. 193-194.

Los informes de Hart sobre el fraude de Haney fueron enterrados, como lo fueron los errores de este último. El propio Haney señalaría posteriormente: «Durante y después de Corea, muchos altos cargos responsables hablaban de que la CIA debería aprovechar su experiencia y prepararse mejor para la siguiente Corea». Sin embargo —concluía—, «tengo serias dudas de que la CIA haya aprovechado en absoluto lo de Corea o de que esas experiencias hayan sido catalogadas y aún menos estudiadas para extraer futuras lecciones». Haney a Helms, «Subject: Staff Study re Improvement of CIA/CS Manpower Potential Thereby Increasing Operational Capability», 26 de noviembre de 1954, desclasificado en abril de 2003, CIA/CREST. Haney sobrevivió a su increíble actuación en la guerra de Corea gracias a que, al final de su viaje, en noviembre de 1952, había ayudado a organizar el transporte de un teniente de marines gravemente herido en Corea desde el campo de batalla hasta el buque hospital *Constellation*, que luego puso rumbo a Estados Unidos, donde siete semanas después el soldado, que había sufrido daños cerebrales, fue fotografiado recibiendo un beso de su padre, Allen B. Dulles. La foto se hizo un día antes de las audiencias de confirmación del viejo Dulles para el puesto de director de la central de inteligencia. Luego Dulles pagó su deuda de gratitud poniendo a Haney al mando, desde Florida, de la Operación Éxito en 1954.

[200] . Becker a Wisner, sin fecha, pero probablemente de diciembre de 1952 o enero de 1953, CIA/CREST. Antes de dimitir como subdirector de inteligencia, Loftus Becker les dijo a sus colegas cuánto le «afligía saber lo desinformada que estaba nuestra gente en campaña», además de expresar sus dudas con respecto a la capacidad de la CIA para recabar información de inteligencia en cualquier parte de Asia. Reunión con el subdirector, 29 de diciembre de 1952, CIA/CREST. Luego se enfrentó directamente a Frank Wisner.

[21] Kellis hizo sus acusaciones de falso testimonio por parte de altos cargos de la CIA en una carta dirigida al presidente Dwight D. Eisenhower el 24 de mayo de 1954, DIEL.

[22] «[*borrado*] Report on CIA Installations in the Far East», 14 de marzo de 1952, CIA/CREST.

[23] Dulles, en transcripción de «Proceedings at the Opening Session of the National Committee for a Free Europe», con la fecha equivocada, pero de mayo de 1952, desclasificado el 28 de mayo de 2003, DIEL.

6. «Un vasto campo de ilusiones»

[1] Dulles, en transcripción de «Proceedings of the National Committee for a Free Europe», con la fecha equivocada, pero de mayo de 1952, desclasificado el 28 de mayo de 2003, DIEL.

[2] . Las órdenes eran «contribuir a la retracción y reducción del poder soviético», así como «desarrollar una resistencia clandestina y facilitar las operaciones encubiertas y de guerrillas en áreas estratégicas». Procedían del almirante L. C. Stevens, un veterano experto en planificación militar de la Junta de Jefes de Estado Mayor que había sido agregado naval de Smith en Moscú. Memorando del almirante L. C. Stevens a Wisner, «Subject: OPC Stratregic Planning», 13 de julio de 1951, CIA/CREST. El objetivo era «provocar la máxima tensión en la estructura de poder soviética». Memorando de la dirección del NSC, «Scope and Pace of Covert Operations», 27 de junio de 1951, CIA/CREST.

[3] . Smith, citado en *CIA Support Functions: Organization and Accomplishments of the DDA-DDS Group, 1953-1956*, vol. 2, cap. 3, p. 128, Director of Central Intelligence Historical Series, desclasificado el 6 de marzo de 2001, CIA/CREST.

[4] Actas de la reunión, 27 de octubre de 1952, CIA/CREST.

[5] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 102-104.

7. «No tenemos ningún plan»

[1] El informe, «Intelligence on the Soviet Bloc», aparece citado en Gerald Haines y Robert Leggett, eds., *CIA's Analyses of the Soviet Union, 1947-1991: A Documentary History*, CIA History Staff, 2001, CIA/CSI.

[2] Emmet J. Hughes, *The Ordeal of Power: A Political Memoir of the Eisenhower Years*, Atheneum, Nueva York, 1963, p. 101. El presidente se sintió igual de descontento al saber que la agencia no tenía preparada ninguna réplica a la ofensiva de paz soviética iniciada poco después del funeral de Stalin; en realidad, una cruda, cínica y ocasionalmente efectiva campaña propagandística destinada a convencer al mundo de que el Kremlin había patentado los conceptos de justicia y libertad.

[3] Jerrold Schecter y Vyacheslav Luchkov, trad. y ed., *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, Little, Brown, Boston, 1990, pp. 100-101.

[4] Actas del NSC, 5 de junio de 1953, desclasificadas el 12 de febrero de 2003, DDEL.

[5] Actas del NSC, 24 de septiembre de 1953, desclasificadas el 29 de septiembre de 1999, DDEL.

[6] Actas del NSC, 7 de octubre de 1953, desclasificadas el 28 de febrero de 2003, DDEL.

[7] La revuelta de junio de 1953 en Berlín se halla documentada de manera concluyente por David Murphy, de la CIA, en *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War*, Yale University Press, New Haven (CT), 1997, pp. 163-182. La historia, interminablemente repetida —véase, entre otros muchos, John Ranelagh, *The Agency*, Simon and Schuster, Nueva York, 1986, p. 258—, de que la base de la CIA en Berlín pretendía distribuir armas entre los manifestantes de Alemania Oriental es falsa. La cifra de 370.000 manifestantes proviene de James David Marchio, «Rhetoric and Reality: The Eisenhower Administration and Unrest in Eastern Europe, 1953-1959», tesis doctoral, American University, 1990, citado en Gregory Mitrovich, *Undermining the Kremlin: America's Strategy to Survive the Soviet Bloc, 1947-1956*, Cornell University Press, Ithaca (NY), 2000, pp. 132-133.

[8] NSC 158, «United States Objectives and Actions to Exploit the Unrest in the Satellite States», DDEL. Eisenhower firmó la orden el 26 de junio de 1953.

[9] En «Coordination and Policy Approval of Covert Actions», 23 de febrero de 1967, NSC/

CIA.

[10] Una lista parcial de empresas informativas que cooperaron con la CIA durante el mandato de Allen Dulles incluye la CBS, la NBC, la ABC, Associated Press, United Press International, Reuters, Scripps-Howard Newspapers, Hearst Newspapers, Copley News Service y el *Miami Herald*. Para una lista exhaustiva de veteranos de la propaganda de guerra que en 1953 dirigían salas de redacción estadounidenses, véase Edward Barrett, *Truth Is Our Weapon*, Funk and Wagnalis, Nueva York, 1953, pp. 31-33. Es esta una historia que aún no ha sido contada, aunque Carl Bernstein da un buen resumen de ella en «The CIA and the Media», *Rolling Stone*, 20 de octubre de 1977. Bernstein ponía el dedo en la llaga en este pasaje: «Muchos periodistas que cubrieron la Segunda Guerra Mundial estaban próximos a la gente de la Oficina de Servicios Estratégicos, la predecesora de la CIA durante el período bélico, y lo que es más importante: todos estaban en el mismo bando. Cuando terminó la guerra, y muchos agentes de la OSS pasaron a la CIA, resultaba completamente lógico que aquellas relaciones se mantuvieran. Paralelamente se incorporó a la profesión la primera generación de periodistas de la posguerra, que compartían los mismos valores políticos y profesionales que sus mentores. «Tenías a un grupo de personas que habían trabajado juntas durante la Segunda Guerra Mundial y jamás lo olvidaban —decía uno de los miembros de la agencia—. Estaban genuinamente motivados y eran extremadamente susceptibles a las intrigas y a estar infiltrados.»

[11] Los documentos se obtuvieron a través del sistema CREST en los Archivos Nacionales estadounidenses en 2005 y 2006, y reflejan un fuerte temor ante la posibilidad de que la debilidad de la CIA quedara de manifiesto ante la opinión pública.

En las reuniones del 28 de agosto y el 23 de septiembre de 1953, el inspector general de la CIA, Lyman Kirkpatrick, advertía que los oficiales del ejército estaban abandonando la CIA en tropel, y «con una actitud hostil». Las políticas de personal de la agencia estaban «causando descontento y abriendo la puerta de par en par para que aquellas personas acudieran a los miembros del Congreso».

El 13 de junio de 1955, Kirkpatrick le preguntó a Dulles si un agente de la CIA «recientemente condenado por homicidio involuntario ... como resultado de una pelea con un oficial de la RAF, había de ser cesado o se le debía permitir que renunciara». El 5 de octubre de 1955, el subdirector de inteligencia, Robert Amory, señalaba que «actualmente el ejército está elaborando una historia de Corea, que de publicarse tal como actualmente está escrita, dejará a la CIA en mal lugar».

El jefe de la base de Suiza que se suicidó era James Kronthal, un veterano de la OSS que había sucedido a Allen Dulles en Berna y había estado destinado allí desde 1946. Era homosexual, y se sospechaba que había sucumbido al chantaje soviético, aunque aquella acusación jamás se demostró. Se suicidó en Washington durante los primeros días de Dulles como director, en marzo de 1953.

El 17 por ciento de la tasa de rotación anual —en 1953, uno de cada seis miembros del personal de la CIA dejaron la agencia— era un dato que aparecía en «Final Report on Reasons for Low Morale Among Junior Officers», 9 de noviembre de 1953, CIA/CREST. La encuesta a 115 agentes de la CIA registraba una profunda infelicidad y corrupción, despilfarro y misiones mal dirigidas.

[12] House Permanent Select Committee on Intelligence, IC21, «Intelligence Community Management», p. 21.

[13] Los historiadores de la CIA han supuesto que Bedell Smith esperaba que Eisenhower le nombrara presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que no quería ser subsecretario de

Estado, que no le gustaba John Foster Dulles, y que se sentía incómodo con el nombramiento de Allen Dulles como director de la central de inteligencia. John L. Helgerson, «Getting to Know the President: CIA Briefings of Presidential Candidates, 1952-1992», CIA/CSI.

[14] Transcripción de la entrevista de Nixon con Frank Gannon, 8 de abril de 1983, Walter J. Brown Media Archives, Universidad de Georgia, disponible online en: http://www.libs.uga.edu/media/collections/nixon.

Este capítulo se basa en parte en dos historias clasificadas del servicio clandestino de la CIA: «Zindabad Shah!», obtenida por el autor, fechada en 2003 y con anotaciones, y «Overthrow of Premier Mossadeq of Iran», escrita en marzo de 1954 por Donald Wilber, el jefe de propaganda de la Operación Áyax, y publicada en el sitio web del *New York Times* en 2000. «Overthrow» es la versión oficial autorizada de la inteligencia estadounidense del golpe, un resumen de lo que registraron e informaron los agentes de la CIA en escena a su cuartel general por aquel entonces. Pero está lejos de ser toda la verdad. Los agentes en escena, como Kim Roosevelt, prácticamente dejaron de transmitir noticias a Estados Unidos durante los últimos días del golpe, ya que casi todas las noticias eran malas. La historia de la CIA ignora los argumentos subyacentes a la operación y minimiza categóricamente el papel central de los ingleses en el derrocamiento de Mossadeg. Explica la reflexión del presidente Eisenhower de que «los informes de observadores sobre el terreno en Teherán durante los días críticos sonaban más a novela barata que a hechos históricos». Wilber, el autor de «Overthrow», fue también el encargado de reescribir el guión del propio golpe. Todas las facetas del complot fueron revisadas en mayo de 1953, en la base de la inteligencia británica en Nicosia, la capital de Chipre, por Wilber, un veterano de la OSS que había estado destinado en Irán durante la guerra y que más tarde había vuelto a la base de Teherán, y su colega británico Norman Darbyshire. Lo que surgió de allí fue un juego en el que los iraníes eran meros títeres.

8. «El mayor triunfo de la CIA»

Este capítulo se basa en parte en dos historias clasificadas del servicio clandestino de la CIA: «Zindabad Shah!», obtenida por el autor,

fechada en 2003 y con anotaciones, y «Overthrow of Premier Mossadeq of Iran», escrita en marzo de 1954 por Donald Wilber, el jefe de propaganda de la Operación Áyax, y publicada en el sitio web del *New York Times* en 2000. «Overthrow» es la versión oficial autorizada de la inteligencia estadounidense del golpe, un resumen de lo que registraron e informaron los agentes de la CIA en escena a su cuartel general por aquel entonces. Pero está lejos de ser toda la verdad. Los agentes en escena, como Kim Roosevelt, prácticamente dejaron de transmitir noticias a Estados Unidos durante los últimos días del golpe, ya que casi todas las noticias eran malas. La historia de la CIA ignora los argumentos subyacentes a la operación y minimiza categóricamente el papel central de los ingleses en el derrocamiento de Mossadeg. Explica la reflexión del presidente Eisenhower de que «los informes de observadores sobre el terreno en Teherán durante los días críticos sonaban más a novela barata que a hechos históricos». Wilber, el autor de «Overthrow», fue también el encargado de reescribir el guión del propio golpe. Todas las facetas del complot fueron revisadas en mayo de 1953, en la base de la inteligencia británica en Nicosia, la capital de Chipre, por Wilber, un veterano de la OSS que había estado destinado en Irán durante la guerra y que más tarde había vuelto a la base de Teherán, y su colega británico Norman Darbyshire. Lo que surgió de allí fue un juego en el que los iraníes eran meros títeres.

[1] Roosevelt, *Countercoup: The Struggle for Control of Iran*, McGrawHill, Nueva York, 1979, pp. 78-81, 107-108. El libro tiene mucho más de novela que de historia, pero el texto citado tiene el sello de la autenticidad. Kim Roosevelt, nacido en una familia acomodada, se educó en el espíritu del cristianismo atlético practicado en la selecta escuela de Groton, y luego hizo sus pinitos en el espionaje secreto en la base de la OSS en El Cairo. Los espías de Donovan afirmaban que a finales de la guerra existía una red de quinientos agentes árabes que abarcaba todos los países de Oriente Próximo excepto Arabia Saudí. Después del conflicto, Roosevelt regresó a Oriente Próximo, aparentemente trabajando para el *Saturday Evening Post* y recogiendo material para su futuro libro de 1947 *Arabs, Oil and History*. Cuando llegó la llamada para que se incorporara al servicio clandestino de Frank Wisner, Kim la oyó con claridad. El legado en forma de diplomacia de mano dura que heredó de su abuelo, el hombre que tomó el canal de Panamá y las Filipinas, le llevó a convertirse, en 1950, en una especie de gran visir de Wisner en los países islámicos. Como jefe de la división de Oriente Próximo, Kim pasó ocho años tratando de engatusar a los líderes de Egipto, Irak, Siria, Líbano, Jordania y Arabia Saudí para que se comprometieran a mantenerse leales a Estados Unidos, utilizando

como incentivo armas y dinero, además de la promesa de la ayuda estadounidense, y organizando un golpe de vez en cuando si aquellos medios fallaban. Fue él quien puso al joven rey Hussein de Jordania en la nómina de la CIA, y envió a una unidad de las antiguas tropas de asalto del general Reinhard Gehlen a que entrenara al servicio secreto del nuevo líder egipcio, Gamal Abdel Nasser.

La agencia tenía algo de experiencia en la realización de operaciones en Oriente Próximo antes de «Áyax». A comienzos de la década de 1950, Miles Copeland, un individuo de maneras seductoras originario de Alabama, que hablaba árabe y que sería el primer jefe de la base de la CIA en Damasco, colaboraba estrechamente con el agregado militar estadounidense en Siria, Stephen J. Meade, en un plan para apoyar «una dictadura respaldada por el ejército», por citar las palabras de un cable que Meade envió al Pentágono en diciembre de 1948. Su hombre era el coronel Husni al-Zaim, descrito por Copeland como un oficial conocido por una «voluntad de hierro y un cerebro que no le va a la zaga». Copeland alentó al coronel a que derrocara a su presidente, que había bloqueado la construcción de un oleoducto de la Compañía Petrolífera Árabe-Americana a través de Siria, prometiéndole que Truman le garantizaría el reconocimiento político. Al-Zaim derribó al gobierno el 30 de marzo de 1949, prometió una cooperación completa en el asunto del oleoducto y, como informaba el propio Meade, metió a «más de cuatrocientos comunistas» en la cárcel. Pero el coronel de cerebro de hierro duró menos de cinco meses antes de ser derrocado y ejecutado. ¡Vuelta a empezar!, admitió alegremente Copeland.

El golpe orquestado por la CIA en 1953 en Irán no podría haberse iniciado sin los ingleses, y probablemente tampoco habría triunfado sin ellos. La inteligencia británica poseía un profundo conocimiento de las intrigas políticas vigentes en Irán, detectadas por sus agentes infiltrados en el gobierno, el zoco y el hampa. El gobierno británico tenía un inmenso motivo económico para ello. Y su complot para deshacerse de Mossadeg contaba con un fuerte respaldo político: fue el propio Winston Churchill quien lo impulsó.

[2] El que fuera durante mucho tiempo subdirector de inteligencia, Robert Amory, dejaría constancia en su diario oficial, el 26 de noviembre de 1952, de una conversación que había mantenido con el director en relación con una «tentativa de destronar a Mossadeg», y de un posterior almuerzo cuyo tema principal fue Irán y entre cuyos participantes se contaban Wisner, el embajador Loy Henderson y también sin duda alguna —aunque su nombre aparece borrado en el documento desclasificado— Monty Woodhouse.

[3] Reunión de adjuntos, 10 de agosto de 1953, CIA/CREST.

[4] Notas informativas de Dulles para la reunión del NSC, 4 de marzo de 1953, CIA/CREST.

[5] Actas de la reunión del NSC, 4 de marzo de 1953, DDEL.

[6] En 1953, los informes de la inteligencia soviética juzgaban a Mossadeg, de manera más concisa, como «un nacionalista burgués», y Moscú no le consideraba un aliado. Vladislav M. Zubok, «Soviet Intelligence and the Cold War: The "Small" Committee of Information, 1952-1953», *Diplomatic History*, vol. 19, verano de 1995, pp. 466-468.

[7] Historia oral de Stutesman, FOAH.

[8] . «Radio Report on Coup Plotting», 7 de julio de 1953, National Secur ity Archive, CIA/ Freedom of Information Act (FOIA).

[9] El papel fundamental del general McClure en el golpe no ha sido adecuadamente reconocido; la historia interna oficial de la CIA sobre el complot casi le ignora por completo. La agencia minimizó deliberadamente su labor debido a que el general nunca fue un gran amigo de la CIA. Véase Alfred H. Pa d dock Jr., *U.S. Army Special Warfare: Its Origins*, National Defense University Press, Washington, 1982. Agradezco a Paddock que compartiera conmigo

las conclusiones que sacó después de leer los papeles personales de McClure. Las «excelentes relaciones [de este último] con el sha» se mencionaban en una nota de Eisenhower al secretario del Ejército Robert Ten Broeck Stevens, 2 de abril de 1954, Presidential Papers of Dwight David Eisenhower, documento 814.

[10] CIA Office of Current Intelligence, «Comment on the Attempted Coup in Iran», 17 de agosto de 1953, desclasificado el 16 de noviembre de 2006.

[11] El diálogo se reproduce en la historia oficial de la CIA sobre el golpe titulada «Zindabad Shah!» («¡Victoria para el Sha!»), hoy desclasificada.

[12] Historia oral de Roundtree, FAOH.

[13] Se ha dicho que el ayatolá Kashani estaba a sueldo de la CIA. Mark J. Gasiorowski, «The 1953 Coup d'Etat in Iran», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 19, 1987, pp. 268-269. Pero Reuel Marc Gerecht, que se incorporó a la CIA en 1985 como miembro de la sección de Irán del servicio clandestino, escribió que Kashani «no debía nada a ningún extranjero». Gerecht, que había leído la historia de la CIA sobre la Operación Áyax, decía que la lección a extraer era esta: «Hay que ser muy generoso para atribuir a los operativos estadounidenses en Irán una gran parte del mérito de haber restaurado al sha. Prácticamente todos los detalles de su plan salieron mal. Los principales operativos estadounidenses de nuestra embajada no hablaban persa. Cuando Teherán empezó a hervir y se hizo imposible contactar con las habituales fuentes iraníes, que hablaban inglés y francés, la base de la CIA se quedó a ciegas. El golpe triunfó únicamente porque hubo iraníes que no estaban a sueldo de los estadounidenses o de los británicos ni bajo el control extranjero, y que tomaron la iniciativa de derrocar al primer ministro Mossadeg». Reuel Marc Gerecht, «Blundering Through History with the CIA», *New York Times*, 23 de abril de 2000.

[14] El relato que hizo Roosevelt de esta escena aparece en el capítulo 9 de «Overthrow», la historia oficial de la CIA.

[15] Ray S. Cline, *Secrets, Spies, and Scholars: Blueprint of the Essential CIA*, Acropolis, Washington, 1976, p. 132. Obsérvese que Cline pone la palabra «golpe» entre comillas.

[16] Historia oral de Killgore, FAOH. Este capítulo se basa en la información más profusa sobre una operación encubierta de la CIA actualmente disponible. En mayo de 2003, el Departamento de Estado publicó un volumen complementario de *The Foreign Relations of the United States* que trataba del papel de Estados Unidos en el derrocamiento del gobierno guatemalteco en 1954 (disponible online en: http://www.state.gov/r/pa/ho/frus/ike/guat), junto con una recopilación cronológica, cotejada, de 5.120 documentos redactados por la CIA sobre la operación encubierta que se hizo pública el mismo día (disponible online en: http://www.foia.cia.gov/guatemala.asp). La publicación de dichos documentos fue el resultado de una lucha que duró veinte años, y representó un verdadero hito en la historiografía de la CIA.

A menos que se indique lo contrario, las citas de este capítulo se reproducen al pie de la letra de esos documentos originales, así como de la propia historia interna de la CIA sobre el golpe, escrita por Nicolas Cullather, y publicada en forma literaria como *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford University Press, Stanford (CA), 1999.

El papel de William Pawley en la hora crucial del golpe fue revelado por el historiador Max Holland en «Private Sources of U.S. Foreign Policy: William Pawley and the 1954 Coup d'État in Guatemala», *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, n.º 4, 2005, pp. 46-73. Holland descubrió las memorias inéditas de Pawley en la Biblioteca George C. Marshall de Lexington, Virginia.

Entre las memorias del resto de actores clave se cuentan las de Dwight Eisenhower, *The White House Years: Mandate for Change, 1953-1956* [hay trad. cast.: *Mis años en la Casa Blanca*

(Primer Mandato), Bruguera, Barcelona, 1964], Doubleday, Garden City (NY), 1963; Richard Bissell Jr., Jonathan E. Lewis y Frances T. Pudlo, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven (CT), 1996, y David Atlee Phillips, *The Night Watch: 25 Years of Peculiar Service*, Atheneum, Nueva York, 1977. Phillips protege a los principales actores con seudónimos, pero los documentos desclasificados hacen que tal protección resulte transparente.

La operación de Guatemala se inició durante el mandato del general Walter Bedell Smith. El 24 de enero de 1952, Allen Dulles le dijo al funcionario del Departamento de Estado encargado de la supervisión de Latinoamérica que la «CIA estaba contemplando la posibilidad de proporcionar ayuda a un grupo liderado por el coronel Carlos Castillo Armas a preparar el derrocamiento del gobierno de Guatemala». Castillo Armas buscaba la ayuda de los dictadores más poderosos de Latinoamérica —Somoza, en Nicaragua; Trujillo, en la República Dominicana; Batista, en Cuba—, y su propuesta se fue filtrando poco a poco hasta llegar a las altas jerarquías de la CIA. En la primavera y el verano de 1952, Bedell Smith y el subsecretario de Estado, David Bruce, discutieron repetidamente diversos planes para un golpe de Estado respaldado por la CIA. La operación recibió el nombre clave de «Fortuna», y se encargó el trabajo a J. C. King, jefe de la recién formada División del Hemisferio Occidental de la CIA.

King diseñó un plan para enviar armas y 225.000 dólares a Castillo Armas y sus aliados. En octubre de 1952, embaló 380 pistolas, 250 fusiles, 64 ametralladoras y 4.500 granadas de mano, todo ello etiquetado como maquinaria agrícola, y se dispuso a enviarlo hacia el sur desde Nueva Orleans. Pero el dictador nicaragüense Somoza y su hijo Tacho habían estado hablando sin tapujos sobre el complot, llegaron rumores a Washington de que la tapadera se había descubierto, y David Bruce abortó la operación. Sin embargo, a espaldas del Departamento de Estado y con la aprobación de Bedell Smith, King requisó un viejo transporte de la marina para llevar las armas a Nicaragua y Honduras. En su primer viaje, el barco fue observado por varios cientos de nicaragüenses curiosos mientras trataba de atracar en una isla supuestamente desierta; en el segundo, se le estropearon los motores, y la marina estadounidense hubo de enviar un destructor para rescatar a la tripulación y el cargamento.

Pese a ello, algo de la ayuda de la CIA acabó llegando a manos de Castillo Armas, y en marzo de 1953, él y la mayoría de sus seguidores, alrededor de doscientos, trataron de tomar una remota guarnición guatemalteca. Fueron aplastados, y aunque Castillo Armas conseguía escapar a Honduras, su movimiento quedó herido de muerte. La Operación Fortuna había fracasado.

Cuando esta resucitó bajo el nombre de Operación Éxito, Bedell Smith de sempeñó plenamente su papel de subsecretario de Estado. Los embajadores estadounidenses en Guatemala, Honduras y Nicaragua informaban a la CIA a través de él. Todos ellos compartían la sensación de que «el comunismo está dirigido por el Kremlin en todo el mundo, y cualquiera que piense de otro modo no sabe de qué está hablando», en palabras del embajador Peurifoy. Pero el Kremlin sabía muy poco de Latinoamérica en la época en la que Fidel Castro aún no había accedido al poder, y prácticamente había cedido el terreno a Estados Unidos, la fuerza dominante en el hemisferio desde el siglo XIX. De haber estado la CIA infiltrada en el pequeño, pero influyente, Partido Comunista de Guatemala, habría sabido que los guatemaltecos no estaban en contacto con los soviéticos.

Pese a ello, la agencia veía al presidente Arbenz de Guatemala como una marioneta de los rojos que bailaba al son de Moscú. Arbenz había instituido el programa de reforma agraria más ambicioso y fructífero de toda Latinoamérica, confiscando campos improductivos de

empresas como United Fruit y transfiriéndoselos a cientos de miles de campesinos. United Fruit se sentía amenazada, y la CIA lo sabía; la empresa tenía un tremendo poder político en Washington, e hizo sentir su ira en los más altos niveles del gobierno. Pero la CIA no luchaba por las bananas. Veía a Guatemala como una cabeza de playa soviética en Occidente y una amenaza directa a Estados Unidos. Y también veía a United Fruit y al grupo de presión que la representaba como un irritante obstáculo; de modo que trató de quitarlo de en medio en cuanto la operación cobró ímpetu.

9. «Bomba, repito, bomba» .

Este capítulo se basa en la información más profusa sobre una operación encubierta de la CIA actualmente disponible. En mayo de 2003, el Departamento de Estado publicó un volumen complementario de *The Foreign Relations of the United States* que trataba del papel de Estados Unidos en el derrocamiento del gobierno guatemalteco en 1954 (disponible online en: http://www.state.gov/r/pa/ho/frus/ike/guat), junto con una recopilación cronológica, cotejada, de 5.120 documentos redactados por la CIA sobre la operación encubierta que se hizo pública el mismo día (disponible online en: http://www.foia.cia.gov/guatemala.asp). La publicación de dichos documentos fue el resultado de una lucha que duró veinte años, y representó un verdadero hito en la historiografía de la CIA.

A menos que se indique lo contrario, las citas de este capítulo se reproducen al pie de la letra de esos documentos originales, así como de la propia historia interna de la CIA sobre el golpe, escrita por Nicolas Cullather, y publicada en forma literaria como *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford University Press, Stanford (CA), 1999.

El papel de William Pawley en la hora crucial del golpe fue revelado por el historiador Max Holland en «Private Sources of U.S. Foreign Policy: William Pawley and the 1954 Coup d'État in Guatemala», *Journal of Cold War Studies*, vol. 7, n.º 4, 2005, pp. 46-73. Holland descubrió las memorias inéditas de Pawley en la Biblioteca George C. Marshall de Lexington, Virginia.

Entre las memorias del resto de actores clave se cuentan las de Dwight Eisenhower, *The White House Years: Mandate for Change,*

1953-1956 [hay trad. cast.: *Mis años en la Casa Blanca (Primer Mandato)*, Bruguera, Barcelona, 1964], Doubleday, Garden City (NY), 1963; Richard Bissell Jr., Jonathan E. Lewis y Frances T. Pudlo, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven (CT), 1996, y David Atlee Phillips, *The Night Watch: 25 Years of Peculiar Service*, Atheneum, Nueva York, 1977. Phillips protege a los principales actores con seudónimos, pero los documentos desclasificados hacen que tal protección resulte transparente.

La operación de Guatemala se inició durante el mandato del general Walter Bedell Smith. El 24 de enero de 1952, Allen Dulles le dijo al funcionario del Departamento de Estado encargado de la supervisión de Latinoamérica que la «CIA estaba contemplando la posibilidad de proporcionar ayuda a un grupo liderado por el coronel Carlos Castillo Armas a preparar el derrocamiento del gobierno de Guatemala». Castillo Armas buscaba la ayuda de los dictadores más poderosos de Latinoamérica —Somoza, en Nicaragua; Trujillo, en la República Dominicana; Batista, en Cuba—, y su propuesta se fue filtrando poco a poco hasta llegar a las altas jerarquías de la CIA. En la primavera y el verano de 1952, Bedell Smith y el subsecretario de Estado, David Bruce, discutieron repetidamente diversos planes para un golpe de Estado respaldado por la CIA. La operación recibió el nombre clave de «Fortuna», y se encargó el trabajo a J. C. King, jefe de la recién formada División del Hemisferio Occidental de la CIA.

King diseñó un plan para enviar armas y 225.000 dólares a Castillo Armas y sus aliados. En octubre de 1952, embaló 380 pistolas, 250 fusiles, 64 ametralladoras y 4.500 granadas de mano, todo ello etiquetado como maquinaria agrícola, y se dispuso a enviarlo hacia el sur desde Nueva Orleans. Pero el dictador nicaragüense Somoza y su hijo Tacho habían estado hablando sin tapujos sobre el complot, llegaron rumores a Washington de que la tapadera se había descubierto, y David Bruce abortó la operación. Sin embargo, a espaldas del Departamento de Estado y con la aprobación de Bedell Smith, King requisó un viejo transporte de la marina para llevar las armas a Nicaragua y Honduras. En su primer viaje, el barco fue

observado por varios cientos de nicaragüenses curiosos mientras trataba de atracar en una isla supuestamente desierta; en el segundo, se le estropearon los motores, y la marina estadounidense hubo de enviar un destructor para rescatar a la tripulación y el cargamento.

Pese a ello, algo de la ayuda de la CIA acabó llegando a manos de Castillo Armas, y en marzo de 1953, él y la mayoría de sus seguidores, alrededor de doscientos, trataron de tomar una remota guarnición guatemalteca. Fueron aplastados, y aunque Castillo Armas conseguía escapar a Honduras, su movimiento quedó herido de muerte. La Operación Fortuna había fracasado.

Cuando esta resucitó bajo el nombre de Operación Éxito, Bedell Smith de sempeñó plenamente su papel de subsecretario de Estado. Los embajadores estadounidenses en Guatemala, Honduras y Nicaragua informaban a la CIA a través de él. Todos ellos compartían la sensación de que «el comunismo está dirigido por el Kremlin en todo el mundo, y cualquiera que piense de otro modo no sabe de qué está hablando», en palabras del embajador Peurifoy. Pero el Kremlin sabía muy poco de Latinoamérica en la época en la que Fidel Castro aún no había accedido al poder, y prácticamente había cedido el terreno a Estados Unidos, la fuerza dominante en el hemisferio desde el siglo XIX. De haber estado la CIA infiltrada en el pequeño, pero influyente, Partido Comunista de Guatemala, habría sabido que los guatemaltecos no estaban en contacto con los soviéticos.

Pese a ello, la agencia veía al presidente Arbenz de Guatemala como una marioneta de los rojos que bailaba al son de Moscú. Arbenz había instituido el programa de reforma agraria más ambicioso y fructífero de toda Latinoamérica, confiscando campos improductivos de empresas como United Fruit y transfiriéndoselos a cientos de miles de campesinos. United Fruit se sentía amenazada, y la CIA lo sabía; la empresa tenía un tremendo poder político en Washington, e hizo sentir su ira en los más altos niveles del gobierno. Pero la CIA no luchaba por las bananas. Veía a Guatemala como una cabeza de playa soviética en Occidente y una amenaza directa a Estados Unidos. Y también veía a United Fruit y al grupo de presión que la representaba como un irritante obstáculo; de modo que trató de quitarlo de en

medio en cuanto la operación cobró ímpetu.

[1] Quizá se haya exagerado un poco la influencia ejercida en la CIA por el espíritu del cristianismo atlético practicado en la selecta escuela de Groton. Pero lo cierto es que la Operación Áyax en Irán estuvo dirigida por Kermit Roosevelt, del curso de 1936, con la ayuda de su primo Archie Roosevelt, del curso de 1934. Luego, la planificación y ejecución de la Operación Éxito contó con la dirección de Tracy Barnes, de la promoción de 1932, y Richard Bissell, del curso de 1931. Bissel, Barnes y John Bross, delegado de la promoción de 1932, dirigieron también el ataque de la bahía de Cochinos. Y las toxinas que la CIA pretendía emplear contra Fidel Castro se prepararon en un laboratorio de la agencia dirigido por Cornelius Roosevelt, de la promoción de 1934.

[2] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 175-177.

[3] *Reflections of a Cold Warrior*, pp. 84-91.

[4] . Entrevista de E. Howard Hunt para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1998, transcripción del Archivo de Seguridad Nacional, disponible online en: http://www.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/interviews/episode-18/hunt1.html.

[5] *Reflections of a Cold Warrior*, pp. 84-91.

[6] Historia oral de Esterline, en James G. Blight y Peter Kornbluth, eds., *Politics of Illusion: The Boy of Pigs Invasion Reexamined*, Lynne Rienner, Boulder (CO), 1998, p. 40.

10. «Y entonces habrá tormenta»

[1] *Congressional Record* 2811-14, 1954.

[2] Reunión de adjuntos, 29 de febrero de 1956, CIA/CREST.

[3] Dulles, «Notes for Briefing of Appropriations Committee: Clandestine Services», 11 de marzo de 1954, CIA/CREST. Tanta franqueza ante el Congreso resultaba sumamente rara. John Warner, uno de los abogados internos de Allen Dulles en la CIA, recordaría un encuentro mucho más representativo entre Dulles y el presidente del Comité de Apropiaciones de la Cámara, Clarence Cannon, de Missouri. Por entonces Cannon tenía cerca de ochenta años: «Cannon saluda a Dulles: "¡Me alegro de verle de nuevo, señor secretario!". Se cree que es Foster Dulles ... Intercambian historias durante dos horas. Y al final: "Bueno, señor secretario, ¿tiene suficiente dinero en su presupuesto para este año, para el año próximo?"; "Bien, creo que ya estamos, señor presidente. Muchas gracias". Esa fue la sesión presupuestaria».

[4] . Roy Cohn, *McCarthy*, New American Library, Nueva York, 1968, p. 49.

[5] Transcripción de una conversación telefónica entre Allen y Foster Dulles, citada en David M. Barrett, *The CIA and Congress: The Untold Story from Truman to Kennedy*, University of Kansas Press, Lawrence, 2005, p. 184.

[6] La historia desclasificada de la CIA donde se esboza la labor de la agencia contra McCarthy es la de Mark Stout, «The Pond: Running Agents for State, War, and the CIA», *Studies in Intelligence*, vol. 48, n.º 3, 2004, CIA/CSI. El testimonio ante el Congreso procede de William J. Morgan, un psicólogo formado en Yale y veterano de la OSS que había sido el subdirector de entrenamiento de la CIA, en una audiencia ante el Comité McCarthy celebrada el 4 de marzo de 1954 y titulada «Supuestas amenazas contra el presidente [del comité]». La

transcripción se desclasificó en enero de 2003. Morgan, que fue destinado a la Junta de Coordinación de Operaciones de Walter Bedell Smith, declaró que su superior, un agente de la CIA llamado Horace Craig, había sugerido que «lo mejor que se puede hacer es infiltrarse en la organización de McCarthy». Si eso fallaba —había especulado Craig—, podían adoptarse medidas más severas.

SENADOR CHARLES E. POTTER (republicano por Illinois): ¿Afirmó básicamente que había que liquidar a ese hombre, refiriéndose al senador McCarthy?

DOCTOR MORGAN: Que puede ser necesario.

SENADOR POTTER: Y que hay locos...

DOCTOR MORGAN: ... dispuestos a hacerlo por un precio.

No hay ninguna otra evidencia conocida que corrobore la acusación de que la CIA pensaba en asesinar a McCarthy. Tiempo después el propio senador bebería hasta matarse.

[7] Un informe secreto de Clark, desclasificado en 2005, afirmaba que la CIA «prácticamente dictaba sus propias leyes», y que su conducta resultaba «peculiar y en muchos aspectos extraña a nuestra forma democrática de gobierno». Véase Michael Warner y J. Kenneth McDonald, «US Intelligence Community Reform Studies Since 1947», 2005, CIA/CSI.

[8] Kellis a Eisenhower, 24 de mayo de 1954, DDEL.

[9] Reunión del presidente con el Comité Doolittle, 19 de octubre de 1954, DDEL. Las notas de esta reunión, tomadas apresuradamente, transmiten la embarazosa situación de quien era portador de malas noticias.

[10] Special Study Group, «Report on the Covert Activities of the Central Intelligence Agency», 30 de septiembre de 1954, desclasificado el 20 de agosto de 2001, CIA/CREST.

[11] Reunión con el director, 24 de octubre de 1954, CIA/CREST. El problema de las operaciones secretas incontroladas persistió en la época de Dulles. El director había determinado que podía decidir si sus superiores necesitaban saber o no lo que se traía entre manos. Y algunos de sus subordinados pensaban lo mismo con respecto a él y sus principales colaboradores. Un alto cargo de la CIA, John Whitten, hizo una declaración secreta ante el Senado en 1978 afirmando que en la década de 1950 y comienzos de la de 1960 «había una serie de operaciones en los servicios clandestinos que no conocían ni el DDO ni el ADDO». El DDO era el subdirector de operaciones —es decir, el jefe del servicio clandestino—, mientras que el ADDO era su adjunto. Declaración de John Whitten, *Assassination Transcripts of the Church Committee*, 16 de mayo de 1978, pp. 127-128. Whitten declaró bajo el seudónimo de «John Scelso», y la CIA no desclasificaría su verdadera identidad hasta octubre de 2002.

[12] En una reunión de adjuntos celebrada el 8 de noviembre de 1954, Wisner le preguntó a Dulles si se le permitiría leer el informe Doolittle. Pero Dulles rechazó la petición. Permitió a Wisner ver una breve versión de las recomendaciones del informe, pero no la devastadora crítica que este entrañaba.

[13] Entrevistas con John Maury y Edward Ellis Smith, papeles de R. Har ris Smith, Instituto Hoover, Universidad de Stanford.

[14] Actas del NSC, 3 de marzo de 1955, DDEL.

[15] «Clandestine Services History: The Berlin Tunnel Operation, 19521956», CIA, 25 de agosto de 1967, desclasificado el 15 de febrero de 2007.

[16] Los agentes de la CIA que habían empezado en la base de Berlín al mando de Richard Helms seguían considerando esa ciudad y las técnicas que allí habían aprendido como la mejor ventana a Moscú. Helms y sus hombres creían que las grandes bases de la CIA en Alemania, Austria y Grecia debían establecer cuidadosa y pacientemente agentes residentes en Europa del Este. Esas redes de extranjeros de confianza, a su vez, reclutarían a otros espías de

mentalidad afín, acercándose así cada vez más a los resortes del poder y creando cada uno de ellos fuentes de información que, una vez analizadas y tamizadas, se convertirían en información de inteligencia para el presidente. Creían que aquella sería la forma de conocer al enemigo, y a mediados de la década de 1950 empezaban a creer que tal vez podrían comenzar a ver surgir una luz de entre la penumbra.

La CIA encontró a su primer espía ruso auténtico cuando estaba en marcha el proyecto del túnel de Berlín. La base de Viena estaba en contacto con el mayor Piotr Popov, un verdadero miembro de la inteligencia militar soviética, el primer espía ruso de un valor duradero que tuvo la CIA. Popov sabía una o dos cosas sobre tanques y misiles tácticos, así como sobre la doctrina militar rusa, y en el curso de cinco años reveló las identidades de unos seiscientos cincuenta oficiales como él. Inevitablemente, Frank Wisner había deseado convertir a Popov en el jefe de una red clandestina de resistencia. La parte de la agencia favorable al espionaje luchó con fuerza, y esta vez desgastó a Wisner; la amargura del enfrentamiento se dejaría sentir durante años. Popov no era un espía perfecto; bebía como un cosaco, olvidaba las cosas y corría unos riesgos terribles. Pero durante cinco años fue único. La CIA afirmaría con total convicción que Popov ahorró a Estados Unidos 500 millones de dólares en investigación y desarrollo militar. Pero costó a la CIA unos 4.000 dólares anuales. El topo británico George Blake, el traidor del túnel de Berlín, también descubrió a Popov. El mayor murió ante un pelotón de ejecución de la KGB en 1959.

[17] Entrevista de Polgar con el autor.

[18] Technological Capabilities Panel, «Report to the President», 14 de febrero de 1955, DDEL.

[19] James R. Killian, *Sputnik, Scientists and Eisenhower: A Memoir of the First Assistant to the President for Science and Technology*, MIT Press, Cambridge (MA), 1967, pp. 70-71.

[20] Bissell, «Subject: Congressional Watchdog Committee on CIA», 9 de febrero de 1959, desclasificado el 29 de enero de 2003, CIA/CREST.

[21] Las ideas de Bissell sobre el U-2 aparecen en sus memorias, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven (CT), 1996, pp. 92-140. La observación de Reber de que «no hicimos las preguntas correctas» se halla en la página 105. Helms sabía que el U-2 no era la panacea. En cierta ocasión, en una reunión de agentes del servicio clandestino, en la época en la que la estrella de Bissell se hallaba en su cenit, dijo que «un buen reportero no necesita una caja negra mágica para obtener información útil ... Si ha habido un avión, se habrán hecho fotos de él. La CIA tiene que utilizar todos los dispositivos de recogida que pueda ... Pero en última instancia, la única manera de saber lo que piensa un hombre es hablar con él».

[22] Wayne G. Jackson, *Allen Welsh Dulles as Director of Central Intelligence*, desclasificado en 1994, vol. 3, 1973, pp. 71 ss., CIA.

[23] La observación de Eleanor Dulles aparece en la historia oral del embajador William B. Macomber, FAOH. Macomber fue subsecretario de Estado de relaciones parlamentarias durante el mandato de Eisenhower.

11. «Ilusoria ceguera»

[1] Entrevista de la historia oral de Lehman, «Mr. Current Intelligence», *Studies in Intelligence*, verano de 2000, CIA/CSI.

[2] «Directive on Covert Operations», 28 de diciembre de 1955, DDEL.

[3] «Inspector General's Survey of the Soviet Russia Division, June 1956», desclasificado el 23 de marzo de 2004, CIA/CREST.

[4] Historia oral de Ray Cline, 21 de marzo de 1983, LBJL.

[5] El director de las emisoras de radio, el veterano de la OSS Bob Lang, se quejaba de «la intrusión en todos y cada uno de los elementos de nuestros asuntos» por parte de Wisner y de sus lugartenientes. El hombre de la CIA Cord Meyer, el jefe de base que estaba a cargo de Radio Europa Libre, decía que se sentía presionado para «distorsionar el propósito de las emisoras».

[6] Actas del NSC, 12 de julio de 1956, DDEL; NSC 5608/1, «U.S. Policy Toward the Soviet Satellites in East Europe», 18 de julio de 1956, DDEL. Bajo los auspicios del programa Europa Libre, la CIA había soltado trescientos mil globos cargados con trecientos millones de octavillas, carteles y panfletos desde Alemania Occidental en dirección hacia Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Los globos llevaban también un mensaje implícito: los estadounidenses podían atravesar el telón de acero con algo más que medallas de estaño y ondas de radio.

[7] Cline, *Secrets, Spies, and Scholars, Blueprint of the Essential CIA*, Acropolis, Washington, 1976, pp. 164-170.

[8] Actas del NSC, 4 de octubre de 1956, DDEL.

[9] Memorando de la conferencia que mantuvieron Eisenhower, Allen Dulles y el secretario de Estado en funciones Herbert Hoover, el 27 de julio de 1956, DDEL; diario de Eisenhower, 26 de octubre de 1956, Presidential Papers of Dwight David Eisenhower, documento 1921; historia oral de Dillon, FAOH; notas de la reunión de adjuntos de octubre, noviembre y diciembre de 1956, CIA/CREST.

[10] El estado de las operaciones de Wisner en Hungría se describe en dos historias del servicio clandestino: *The Hungarian Revolution and Planning for the Future: 23 October4 November 1956*, vol. 1, enero de 1958, CIA, y *Hungary, Volume I* [borrado] y *Volume II: External Operations, 1946-1965*, mayo de 1972, CIA History Staff, ambos desclasificados con tachaduras en 2005.

[11] Transcripciones de programas de Radio Europa Libre, 28 de octubre de 1956, en Csasa Bekes, Malcolm Byrne y Janos M. Rainer, eds., *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents*, Central European University Press, Budapest, 2002, pp. 286-289.

[12] «Radio Message from Imre Nagy, October 28, 1956», en Bekes, Byrne y Rainer, *The 1956 Hungarian Revolution*, pp. 284-285.

Pocos sabían que Wisner disponía de más de una frecuencia con la que luchar. En Frankfurt, los Solidarios, los neofascistas rusos que trabajaban para la CIA desde 1949, iniciaron sus emisiones en Hungría diciendo que un ejército de combatientes exiliados se dirigía hacia la frontera. Enviaban aquel mensaje en nombre de Andras Zako, que había sido general en el gobierno fascista húngaro durante el conflicto, y que dirigía una unidad de militares condecorados con la Cruz de Hierro denominada la Liga de Veteranos Húngaros. «Zako era el modelo perfecto de un empresario de la inteligencia», señalaba Richard Helms. Había estado vendiendo información falsa por valor de varios millones de dólares a los principales servicios militares y de inteligencia estadounidenses desde 1946 hasta 1952. El

general había recibido una rara distinción por parte de la CIA, el denominado «aviso de quemadura», una orden de ámbito mundial por la que se le prohibía hacer ninguna clase de negocios con la agencia.

Reflexionando sobre la decisión de la CIA de amplificar y retransmitir las emisiones de poca potencia de los partisanos húngaros —empleando sus propias frecuencias para emitir sus alegatos en favor de una lucha violenta contra los soviéticos—, John Richardson, el presidente de Radio Europa Libre, decía: «Los guerrilleros le decían a la gente lo que querían y lo que creían. Luego Radio Europa Libre lo captaba y lo retransmitía. Ese fue, creo, el error más grave que se cometió». Historia oral de Richardson, FAOH.

[13] Actas del NSC, 1 de noviembre de 1956, DDEL.

[14] William Griffith, Radio Free Europe, «Policy Review of Voice for Free Hungary Programming» (5 de diciembre de 1956), en Bekes, Byrne y Rainer, *The 1956 Hungarian Revolution*, pp. 464-484. Este documento constituye el reconocimiento oficial de un hecho durante mucho tiempo negado por la CIA: que Radio Europa Libre afirmó o dio a entender a sus oyentes húngaros que la ayuda estaba en camino. La sección húngara de Radio Europa Libre fue purgada tras el detallado informe de Griffith, donde este, no obstante, se exculpaba a sí mismo. Dos años después, la voz de la emisora había cambiado, y esta inauguraba un programa enormemente popular y auténticamente subversivo que captaría la imaginación popular, un programa de rock llamado *Fiesta adolescente*. Véase también Arch Puddington, *Broadcasting Freedom: The Cold War Triumph of Radio Free Europe and Radio Liberty*, University Press of Kentucky, Lexington, 2000, pp. 95-104, y George R. Urban, *Radio Free Liberty and the Pursuit of Democracy: My War Within the Cold War*, Yale University Press, New Haven (CT), 1997, pp. 211-247.

[15] Peer de Silva, *Sub Rosa: The CIA and the Uses of Intelligence*, Times Books, Nueva York, 1978, p. 128.

[16] Diario de Eisenhower, 7 de noviembre de 1956, DDEL.

[17] Colby, *Honorable Men: My Life in the CIA*, Simon and Schuster, Nueva York, 1978, pp. 134-135.

[18] John H. Richardson, *My Father the Spy: A Family History of the CIA, the Cold War and the Sixties*, HarperCollins, Nueva York, 2005, p. 126.

[19] Reunión con el director, 14 de diciembre de 1956, CIA/CREST.

[20] Los diarios de Bruce, que se encuentran en la Universidad de Virginia, revelan que en junio de 1950, mientras era embajador estadounidense en París —y más concretamente, un día en que estuvo comiendo con Allen Dulles—, Bruce se había enterado por radio macuto de «la horrible posibilidad» de que le pidieran que fuera el director de la central de inteligencia. Pero fue Walter Bedell Smith quien ocupó el puesto.

[21] Aunque el informe de los consultores de la junta de inteligencia presidencial pasaría a conocerse como el «informe Bruce-Lovett», su estilo muestra claramente que fue solo David Bruce quien lo escribió. El equipo de investigación estaba formado por el propio Bruce, el ex secretario de Defensa Robert Lovett, y un ex subjefe de operaciones navales, el almirante, ya retirado, Richard L. Conolly. Hasta hace poco, la única prueba de la existencia del informe la constituían una serie de notas que había tomado el historiador Arthur Schlesinger a partir de un documento que hoy se da por desaparecido de la John F. Kennedy Memorial Library. Es la primera vez que aparece en un libro la versión desclasificada de dicho documento —largos extractos de una colección de informes de inteligencia de la época de Eisenhower recopilados por la Casa Blanca de Kennedy después de lo de la bahía de Cochinos— con las abreviaturas desarrolladas para mayor claridad, los errores tipográficos corregidos y las tachaduras de la

CIA convenientemente señaladas:

La concepción, planificación e incluso, en ocasiones, la propia aprobación [*borrado*] de las operaciones encubiertas, enormemente significativa para nuestras políticas militar y exterior, está convirtiéndose cada vez más en un asunto exclusivo de la CIA, fuertemente sustentada con fondos no autorizados de la CIA. (Esto no es más que el resultado inevitable de la estructura, el sistema y las personalidades relacionadas con el inicio y la realización de tales operaciones.) A la atareada, adinerada y privilegiada CIA le gusta su responsabilidad de «quitar y poner reyes» (la intriga resulta fascinante; de los éxitos deriva una considerable autosatisfacción, a veces incluso el aplauso; no se acusa a nadie de los «fracasos», ¡y todo el asunto resulta mucho más sencillo que recabar información de inteligencia encubierta de la Unión Soviética a través de los habituales métodos de la CIA!).

Aunque esas operaciones, extremadamente delicadas y costosas, resultan justificables solo en tanto en cuanto se hacen en apoyo de las políticas militar y exterior de Estados Unidos, la planificación responsable a largo plazo y la constante dirección de estas, que deberían provenir de los departamentos tanto de Defensa como de Estado, parecen con demasiada frecuencia hallarse ausentes. Por supuesto, siempre están patentes los parejos y manidos propósitos de «frustrar a los soviéticos» y de mantener a otros orientados «pro Occidente». Al amparo de estos puede justificarse, y se justifica [*borrado*], casi cualquier acción de guerra psicológica y paramilitar.

La iniciativa, el constante impulso de la guerra psicológica y las operaciones paramilitares, residen, en su mayor parte, en la CIA. Y una vez que ha sido concebida, la aprobación final que se da a cada proyecto (en reuniones extraoficiales del círculo íntimo de la Junta de Coordinación de Operaciones) puede calificarse, en el mejor de los casos, de puramente formal.

Tras su aprobación, en la mayoría de los casos los proyectos pasan a quedar bajo la gestión de la CIA y allí permanecen hasta su conclusión. Dado que esas operaciones se hallan inextricablemente unidas a (y en ocasiones dictan el curso de) nuestras otras operaciones de política exterior, parece que deberían contar no solo con la aprobación previa del propio Consejo de Seguridad Nacional (antes que de la Junta de Coordinación de Operaciones), sino incluso con la vigilancia constante de dicho organismo.

De hecho, en la mayoría de los casos, la aprobación de cualquier nuevo proyecto parecería entrañar simplemente el respaldo de la propuesta de un director de la central de inteligencia, normalmente sin excepción, por parte de unas personas preocupadas por sus propios e importantes asuntos. Obviamente, existe una asignación preliminar de personal (exclusivo de la CIA) para cada proyecto y un eventual informe (posterior a los hechos) sobre sus resultados al NSC; pero incluso entonces este informe se proporciona oralmente por parte del director de la central de inteligencia de una manera «extraoficial» y asimismo —lo que resulta lógicamente comprensible— sesgada.

La propia guerra psicológica y las propias operaciones paramilitares, en cualquier momento dado, ya sea por medio de acuerdos personales entre el secretario de Estado y el DCI [director de la central de inteligencia] (decidiendo entre ellos en cada ocasión utilizar lo que consideran los mejores «activos» disponibles) o iniciadas a criterio personal del DCI, frecuentemente y en directos y constantes acuerdos entre representantes de la CIA y los jefes de estados extranjeros [*borrado*]. A menudo tales acuerdos en realidad solo son la continuación de unas relaciones establecidas en un momento en el que las personalidades extranjeras implicadas pueden haber sido «la oposición». (Resulta algo difícil entender por qué alguien que está por debajo del principal representante de Estados Unidos en un

determinado país [es decir, el embajador] ha de tratar directamente con su jefe de cualquier asunto relacionado con las relaciones oficiales entre ambos países.) Un resultado evidente e inevitable de ello es el de dividir los recursos de la política exterior estadounidense e inclinar al extranjero —a menudo la antigua «oposición» ahora en el poder (y que sabe con quién está tratando)— a poner a un organismo estadounidense en contra de otro o de utilizar a aquel que mejor se adapte a su actual propósito [*borrado*].

Un corolario de ello es la exclusión de los funcionarios estadounidenses responsables de unos conocimientos que deberían poseer para desempeñar adecuadamente su función. (Algunas personas de esta área de la inteligencia han dicho que existe una gran preocupación en todo el Departamento de Estado con respecto a los impactos de la guerra psicológica y las actividades paramilitares de la CIA en nuestras relaciones exteriores. La gente del Departamento de Estado considera que quizá la mayor contribución que podría hacer esta comisión sería llamar la atención del presidente sobre las significativas y casi unilaterales influencias que tienen la guerra psicológica y las actividades paramilitares de la CIA en la actual formación de nuestras políticas exteriores y en las relaciones con nuestros «amigos».)

El apoyo de la CIA y su manipulación de los medios informativos locales, grupos sindicales, figuras políticas, partidos, así como otras actividades que pudieran tener, en algún momento, los impactos más significativos en las responsabilidades del embajador local, resultan en ocasiones completamente desconocidas o solo vagamente reconocidas para él ... Con demasiada frecuencia surgen diferencias de opinión relativas a la actitud de Estados Unidos con respecto a figuras u organizaciones locales, especialmente entre la CIA y el Departamento de Estado ... (La relación de hermandad entre el secretario de Estado y el DCI a veces puede establecer arbitrariamente «la postura de Estados Unidos».)

... La CIA está en programas de propaganda [*cinco líneas borradas, probablemente relacionadas con la financiación por parte de la agencia de docenas de revistas, periódicos y editoriales, así como del Congreso por la Libertad Cultural*] que resulta difícil identificar como parte de las responsabilidades asignadas a ella por el Congreso y el Consejo de Seguridad Nacional ...

El ejército espera que sea responsable de la realización de la guerra no convencional (y hay diferencia de opiniones sobre la medida de tal responsabilidad); no está del todo claro quién será responsable de la otra guerra psicológica y las otras operaciones paramilitares en tiempo de guerra, o cómo (o cuándo) se distribuirán las responsabilidades de ellas.

La guerra psicológica y las operaciones paramilitares (a menudo surgidas de la creciente injerencia en los asuntos internos de otros países por parte de hombres jóvenes, brillantes y con altos cargos que constantemente tienen que hacer algo para justificar su razón de ser) se llevan a cabo actualmente a escala global por una horda de representantes de la CIA [*borrado*] muchos de los cuales, por la propia naturaleza de la situación personal [*borrado*], son políticamente inmaduros. (De sus «tratos» con personajes furtivos y cambiantes, de su aplicación de los «temas» sugeridos desde el cuartel general o desarrollados por ellos mismos sobre el terreno —a veces a instancias de oportunistas locales—, tienden a derivarse, y de hecho se derivan, cosas extrañas.)

Por fortuna en algunos casos, por desgracia en otros, los resultados de muchas de esas operaciones son relativamente poco duraderos [*siete líneas borradas*]. De revelarse, no sería posible «negar plausiblemente» esas operaciones; de hecho, parecería totalmente ingenuo para cualquiera pensar que la mano de Estados Unidos en esas operaciones no solo es bien conocida tanto por los funcionarios locales del país como por los del Partido Comunista,

sino también por muchos otros (incluida la prensa), contraviniendo así la advertencia concreta de las NSC [las órdenes donde se especificaba que el papel de Estados Unidos en las operaciones encubiertas debía permanecer inadvertido].

¿Acaso alguien, situado en algún puesto de autoridad de nuestro gobierno, no debería, de manera constante, contar los costes inmediatos de las decepciones (Jordania, Siria, Egipto, entre otras), calculando sus impactos en nuestra posición internacional, y teniendo en cuenta la prudencia a largo plazo de unas actividades que han supuesto prácticamente el abandono de la «regla de oro» internacional, y las cuales, aunque fructíferas en el grado pretendido, son responsables, en gran medida, de generar confusión y de plantear las dudas sobre nosotros que actualmente existen en muchos países? ¿Y qué hay de los efectos de nuestras actuales alianzas? ¿Dónde estaremos mañana?

Estamos seguros de que los partidarios de la decisión de 1948 de lanzar a este gobierno a una guerra psicológica y a un programa paramilitar positivos no podían haber previsto las ramificaciones de las operaciones que han resultado de ella. Aparte de las personas de la CIA inmediatamente afectadas por su funcionamiento día a día, nadie posee un conocimiento detallado de lo que ocurre. Con la situación mundial en el estado en que actualmente se encuentra, parecería que ahora es el momento de emprender una reevaluación y un ajuste realistas de ese programa, quizá acompañados de cierta «desinjerencia» de nuestra implicación, y de una aplicación más racional de nuestras actividades de la que hoy se evidencia.

[22] Memorando de Ann Whitman, 19 de octubre de 1954, DDEL.

12. «Toda clase de torpes operaciones»

[1] Actas del NSC, 18 de junio de 1959, DDEL.

[2] Roosevelt, *For Lust of Knowing: Memoirs of an Intelligence Officer*, Little, Brown, Boston, 1988, pp. 444-448.

[3] «Inspector General's Survey of the CIA Training Program», junio de 1960, desclasificado el 1 de mayo de 2002, CIA/CREST; Matthew Baird, director de formación de la CIA, «Subject: Foreign Language Development Program», 8 de noviembre de 1956, desclasificado el 1 de agosto de 2001, CIA/CREST.

[4] Memorando de Goodpaster sobre la conferencia con el presidente, 7 de septiembre de 1957, DDEL. Las esperanzas de Eisenhower con respecto a una acción militar para proteger el islam frente al ateísmo militante y sus reuniones con Rountree para orquestar una ayuda militar estadounidense secreta a Arabia Saudí, Jordania, Irak y Líbano quedaron registradas por su ayudante personal, el general Andrew J. Goodpaster, en sendos memorandos fechados el 23 y el 28 de agosto de 1957, DDEL.

[5] Historia oral de Symmes, FAOH.

[6] Frank G. Wisner, memorando oficial, «Subject: Resume of OCB Luncheon Meeting», 12 de junio de 1957, CIA/CREST. El memorando afirma que «Wisner insistió en la necesidad de una ayuda generalizada a Jordania», además del apoyo de la CIA. «La agencia está decididamente a favor de hacer que Arabia Saudí e Irak mejoren todo lo posible.»

[7] Historia oral de Symmes, FAOH.

[8] Copeland, *The Game Player*, Aurum, Londres, 1989, pp. 74-93.

[9] Dulles, en actas del NSC, 3 de marzo de 1955. La mejor descripción del trabajo de la

CIA en la región es la de Douglas Little, «Mission Impossible: The CIA and the Cult of Covert Action in the Middle East», *Diplomatic History*, vol. 28, n.º 5, noviembre de 2004. El ensayo de Little constituye una auténtica hazaña basada en documentos primarios. Las memorias de Copeland son buenas en cuanto a la atmósfera general, pero resultan poco fiables en los detalles significativos salvo cuando estos se vean confirmados de manera independiente por estudiosos como Little.

[100] . El documento británico donde se describe el complot conjunto CIASIS contra Siria fue descubierto por Matthew Jones y detallado en su monografía «The "Preferred Plan": The Anglo-American Working Group Report on Covert Action in Syria, 1957», *Intelligence and National Security*, septiembre de 2004.

[11] Historia oral de Curtis F. Jones, FAOH. «Tratábamos de superar algo más que el episodio de Rocky Stone —decía Jones—. Por ejemplo, habíamos financiado la compra de armas por parte de los armenios, que luego las enterraban en Siria», hasta que la inteligencia siria desenterró los alijos de armas y disolvió el batallón clandestino.

[12] Yost, *History and Memory: A Statesman's Perceptions of the Twentieth Century*, Norton, Nueva York, 1980, pp. 236-237.

[13] Reunión de adjuntos, 14 de mayo de 1958, CIA/CREST.

[14] Historia oral de Gordon, FAOH.

[15] Actas del NSC, 13 de mayo de 1958, DDEL.

[16] Informe de la CIA al NSC, 15 de enero de 1959, CIA/CREST.

[17] Reunión de adjuntos, 14 de mayo de 1959, CIA/CREST.

[18] En 1960, Critchfield hizo la propuesta del pañuelo envenenado. Helms la respaldó. Lo mismo hizo Bissell. Y Dulles la aprobó. Todos ellos creían que estaban cumpliendo los deseos del presidente de Estados Unidos.

[199] . Saadi, citado en Said Aburish, *A Brutal Friendship: The West and the Arab Elite*, St. Martin's, Nueva York, 2001. Aburish era un baazista convencido que rompió con Saddam y luego dio testimonio de la brutalidad de su régimen. Concedió una instructiva entrevista al programa *Frontline* de la cadena estadounidense PBS, publicada en la página web de las series documentales de dicha cadena (http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/saddam/interviews/aburish.html). «La implicación de Estados Unidos en el golpe de 1963 contra Kassem en Irak fue sustancial —diría—. Hay evidencias de que los agentes de la CIA estaban en contacto con oficiales del ejército que estuvieron implicados en el golpe. Hay evidencias de que se estableció un centro electrónico de mando en Kuwait para guiar a las fuerzas que combatían contra Kassem. Hay evidencias de que proporcionaron a los conspiradores listas de personas que habían de ser eliminadas de inmediato a fin de garantizar el éxito. De hecho, en aquel momento la relación entre los estadounidenses y el Partido Baaz era muy estrecha, y así continuó durante algún tiempo después del golpe. Y hubo un intercambio de información entre ambas partes. Por ejemplo, fue una de las primeras veces en que Estados Unidos pudo conseguir ciertos modelos de cazas MiG y ciertos tanques fabricados en la Unión Soviética. Ese fue el soborno. Eso era lo que el Baaz tenía que ofrecer a Estados Unidos a cambio de su ayuda para eliminar a Kassem.» James Critchfield, que orquestó la operación como jefe de la división de Oriente Próximo del servicio clandestino, declararía a Associated Press poco antes de morir, en abril de 2003: «Hay que entender el contexto temporal y el alcance de la amenaza a la que nos enfrentábamos. Por eso hubo personas a las que les dije: "Vosotros los de la CIA creasteis a Saddam Hussein"».

13. «Mentía a los de abajo y mentía a los de arriba»

[1] Las ambiciones de Bissell con respecto a la CIA eran grandes, pero los obstáculos que se oponían a ellas eran aún mayores. Bissell les dijo a los altos cargos de la agencia que su mandato iba a fusionar «los planes de guerra caliente con las capacidades de guerra fría» de Estados Unidos, a fin de hacer de la CIA algo más parecido a una espada que a un escudo en la batalla contra los soviéticos. Para ello creó una nueva división, Proyectos de Desarrollo, que le permitía sacarse de la manga programas de acción encubierta. Él veía la CIA como un instrumento del poder estadounidense no menos potente —y mucho más útil— que el arsenal nuclear de la 101 División Aerotransportada. «Mr. Bissell's Remarks, War Planners Conference», 16 de marzo de 1959, desclasificado el 7 de enero de 2002, CIA/CREST.

Bissell sabía que la agencia andaba peligrosamente escasa del talento necesario para alcanzar sus objetivos. Su propia «absoluta genialidad», al decir de uno de sus principales colaboradores, Jim Flannery, «no podía superar el hecho de que el servicio clandestino son básicamente personas». Flannery, citado en Peter Wyden, *Bay of Pigs: The Untold Story*, Simon and Schuster, Nueva York, 1979, p. 320.

Bissell ordenó de inmediato a sus jefes de división que «identificaran a los empleados de calidad inferior y se libraran de ellos». Quería que se hiciera una tría «implacable y continua» del rebaño. «Miren más allá de la ineficacia o la mala práctica anecdóticas —indicaba a sus subordinados—. Identifiquen y despidan a aquellos empleados que no realicen, no puedan o no vayan a realizar su parte del trabajo.» Richard Bissell, «Subject: Program for Greater Efficiency in CIA», 2 de febrero de 1959, desclasificado el 12 de febrero de 2002, CIA/CREST.

Una detallada encuesta interna del servicio clandestino de la CIA, realizada en noviembre de 1959, mostraba el origen de las preocupaciones de Bissell: el reclutamiento de agentes jóvenes con talento había menguado, mientras crecían las filas de los mediocres de mediana edad. «Un porcentaje muy considerable» de los agentes de la CIA pronto iban a tener al menos cincuenta años; eran de la generación de la Segunda Guerra Mundial, y en poco menos de tres años empezarían a jubilarse en masa después de veinte de servicio militar y de inteligencia. «Existe un fuerte sentimiento de frustración generalizado entre los mejores agentes del servicio clandestino que tiene su origen en la aparente incapacidad de la agencia para resolver el problema de mano de obra», observaba el estudio interno de la CIA. Actualmente ese problema todavía no se ha resuelto. «Subject: A Manpower Control Problem for the Clandestine Services Career Program», 4 de noviembre de 1959, desclasificado el 1 de agosto de 2001, CIA/CREST.

[2] A menos que se indique lo contrario, las citas sobre la CIA y Cuba de este capítulo proceden de la historia clandestina de la CIA sobre la planificación de la operación de la bahía de Cochinos: Jack Pfeiffer, *Evolution of CIA's Anti-Castro Policies, 1951-January 1961*, vol. 3 de *Official History of the Bay of Pigs Operation*, CIA, NARA (en lo sucesivo citada como Pfeiffer).

Pfeiffer fue nombrado principal historiador de la CIA en 1976; tras retirarse, en 1984, dedicó toda una década a tratar de demandar, sin éxito, a la CIA para que hiciera público su trabajo. Su historia de la agencia, de 300 páginas, apareció en los Archivos Nacionales de Estados Unidos en junio de 2005, desenterrada por el profesor David Barrett, de la Universidad Villanova de Filadelfia.

[3] Noel, citado en Pfeiffer. El embajador William Attwood, que en el verano de 1963 actuó como medio de comunicación clandestino y personal entre el presidente Kennedy y Fidel Castro, recordaría más tarde: «Yo estaba en Cuba en el cincuenta y nueve, y allí conocí a gente de la CIA cuyas principales fuentes [de información] eran miembros del club de campo

de La Habana ... No destacaban entre la gente». Historia oral de Attwood, FAOH.

[4] Cox, citado en Pfeiffer.

[5] Reynolds hizo esta observación al autor y a varios periodistas más que asistían a una conferencia sobre la bahía de Cochinos celebrada en La Habana en 2001.

[6] Citado en Pfeiffer.

[7] Dwight D. Eisenhower, *Waging Peace: The White House Years: 19561961*, Doubleday, Garden City (NY), 1965, p. 245. [Hay trad. cast.: *Mis años en la Casa Blanca (Segundo mandato)*, Bruguer, Barcelona, 1966.]

[8] Se puede atribuir la autoría del memorando a J. C. King, que por entonces terminaba su noveno año como jefe de la división del hemisferio occidental. Los cambios realizados por Dulles aparecen en Pfeiffer.

[9] A menos que se indique lo contrario, las citas de Jack Esterline del presente volumen proceden de entrevistas grabadas en vídeo con Peter Kornbluth, del Archivo de Seguridad Nacional, o de observaciones del propio Esterline en transcripciones de las conferencias sobre la bahía de Cochinos realizadas en la Plantación Musgrove, Georgia, en 1996. La conferencia de Musgrove aparece en James G. Blight y Peter Kornbluth, eds., *Politics of Illusion: The Bay of Pigs Invasion Reexamined*, Lynne Rienner, Boulder (CO), 1998.

[10] Helms y «El cubano empapado» aparecen en Pfeiffer. «Helms se distanció completamente de este asunto. Quiero decir, ¡absolutamente! —explicaba Dick Drain, jefe de operaciones de la fuerza operativa de Cuba—. La tercera vez que dijo: "Ya sabe que yo no tengo nada que ver con ese proyecto", yo le respondí: "Bueno, señor Helms, no quiero parecer fatuo en este tema, pero por Dios que me gustaría que sí tuviera que ver para que pudiésemos usar sus conocimientos". Él dijo: "¡Ja, ja, ja!... sí... bueno, muchas gracias", y ese fue el final de la conversación. Huía del tema como de la peste.»

[11] Raymond L. Garthoff, «Estimating Soviet Military Intentions and Capabilities», en Gerald K. Haines y Robert E. Leggett, eds., *Watching the Bear: Essays on CIA's Analysis of the Soviet Union*, CIA/CSI, 2003.

[12] Memorando de Goodpaster, 30 de octubre de 1959, DDEL.

[13] Eisenhower le hizo esta observación al periodista David Kraslow; aparece citada en varias fuentes, entre ellas David Wise, *The Politics of Lying: Government Deception, Secrecy, and Power*, Random House, Nueva York, 1973.

[14] Michael Warner, «The CIA's Internal Probe of the Bay of Pigs A ffair», *Studies in Intelligence*, invierno de 1998-1999, CIA/CSI.

[15] Las evidencias de que Eisenhower quería a Lumumba muerto resultan aplastantes. «El presidente quería librarse de un hombre al que consideraba (como muchos otros, incluido yo mismo) un perfecto sinvergüenza y un hombre peligroso —diría Bissell posteriormente en una entrevista de historia oral para la biblioteca presidencial de Eisenhower—. No tengo la menor duda de que deseaba librarse de Lumumba y de que lo deseaba desesperada e inmediatamente, como un asunto urgente y de vital importancia. El cable de Allen reflejaba aquella urgencia y prioridad.» El testimonio del secretario del NSC Robert Johnson sobre la orden de Eisenhower de matar a Lumumba en la reunión del NSC del 18 de agosto de 1960, y el testimonio citado de Devlin sobre el hecho de que sus órdenes provenían «del presidente», se entregaron a los investigadores del Comité Church. Devlin testificó el 25 de agosto de 1975; Johnson testificó el 18 de junio y el 13 de septiembre de 1975. Sobre el asesinato de Lumumba, véase «Conclusiones del Comité de Investigación», un informe parlamentario de 1.000 páginas publicado por el gobierno belga en diciembre de 2001. Véanse también las actas del NSC de los días 12 y 19 de septiembre de 1960, DDEL. Steve Weissman, antiguo

director de organización del subcomité de la Cámara de Representantes sobre África, proporcionó al autor una esclarecedora entrevista sobre la estructura de la operación encubierta en el Congo. Véase también Weissman, «Opening the Secret Files on Lumumba's Murder», *Washington Post*, 21 de julio de 2002. Tras el asesinato, Nikita Jruschov mantuvo una conversación con el embajador estadounidense en Moscú, quien informó en un cable confidencial a Washington: «Con respecto al Congo, K dijo que lo que había ocurrido allí, y especialmente el asesinato de Lumumba, había ayudado al comunismo. Lumumba no era comunista, y él dudaba de que hubiera llegado a serlo». FRUS, 1961-1963, vol. X, documento 51. Pese a ello, Moscú creó la Universidad de la Amistad Patrice Lumumba para estudiantes de África, Asia y Latinoamérica, y la KGB la utilizó como una rica base de reclutamiento. El caso es que la inteligencia de la Unión Soviética jamás volvería al Congo durante el mandato de Mobutu, que personalmente organizó un simulacro de ejecución del último agente de inteligencia soviético al que expulsó de la capital.

[16] El testimonio personal sobre los pagos a aliados de la CIA en el Congo procede de Owen Roberts, que más tarde sería embajador de Estados Unidos durante el mandato de Ronald Reagan. En 1960, Roberts era el mayor experto en el Congo entre el personal que trabajaba en Washington en la oficina de inteligencia e investigación del Departamento de Estado. Había estado destinado durante dos años en la capital congoleña, y era el primer funcionario del servicio exterior estadounidense que conocía personalmente a todos los nuevos líderes del país. Estaba trabajando en un estudio del país, de la extensión de un libro, financiado por la CIA en 1960, y había actuado como agente de escolta cuando el primer ministro Lumumba, el presidente Joseph Kasavubu y dieciocho de sus ministros acudieron a Washington y a la sede de Naciones Unidas, donde en septiembre de 1960 se reunía la Asamblea General. El embajador Roberts afirmó a la delegación congoleña ante la ONU: «Sé que la CIA hizo algunos pagos». Historia oral de Roberts, FAOH.

[17] Entrevista con Bissell en Piero Gleijeses, «Ships in the Night: The CIA, the White House, and the Bay of Pigs», *Journal of Latin American Studies*, vol. 27, 1995, pp. 1-42.

[18] Historia oral de Lehman, «Mr. Current Intelligence», *Studies in Intelligence*, verano de 2000. CIA/CSI.

[19] «Report from the Chairman of the President's Board of Intelligence Consultants» y «Sixth Report of the President's Board of Consultants», 5 de enero de 1961, DDEL; «Report of the Joint Study Group», 15 de diciembre de 1960, DDEL; Lyman Kirkpatrick, memorando para el director de la central de inteligencia, «Subject: Summary of Survey Report of FI Staff, DDP», sin fecha, CIA/CREST; actas del NSC, 5 y 12 de enero de 1961, DDEL.

[20] Gordon Gray, memorando de la reunión con el presidente Eisenhower, 18 de enero de 1961, DDEL.

[21] Memorando de los debates de la 473.ª reunión del NSC, 5 de enero de 1961, DDEL; memorando del director de la central de inteligencia Dulles, 9 de enero de 1961 (donde Dulles afirma que había «corregido las deficiencias» en el servicio clandestino y que allí todo resultaba «satisfactorio ahora»); memorando de los debates de la 474.ª reunión del NSC, 12 de enero de 1961, DDEL (donde Dulles afirma que la inteligencia estadounidense era «mejor de lo que había sido nunca», que la creación de un puesto de director de inteligencia nacional sería «ilegal», y que tal director sería como «un cuerpo flotando en el aire»). Las actas del NSC desclasificadas y publicadas en 2002 no son notas literales, pero aun así transmiten la ira y frustración del presidente. Todas ellas están recopiladas en FRUS, 1961-1963, vol. XXV, hechas públicas el 7 de marzo de 2002.

14. «Nadie sabía qué hacer»

[1] «Transfer: January 19, 1961, Meeting of the President and Senator Kennedy», desclasificado el 9 de enero de 1997, DDEL.

[2] Historia oral de Dearborn, FAOH. Se trata de una entrevista extraordinariamente franca.

[3] Notas de Robert F. Kennedy, citadas en el informe del Comité Church.

[4] A menos que se indique lo contrario, la reconstrucción de la invasión de la bahía de Cochinos del presente capítulo se basa directamente en *The Foreign Relations of the United States, 1961-1963*, vol. 10, *Cuba, 1961-1962*, desclasificado en 1997, y sus suplementos en microfichas, publicados en 1998, vol. 11; *Cuban Missile Crisis and Aftermath, 1962-1963*, desclasificado en 1996, y sus suplementos de 1998, y Jack Pfeiffer, *Evolution of CIA's Anti-Castro Policies, 1951-January 1961*, vol. 3 de *Official History of the Bay of Pigs Operation*, CIA, NARA. Las citas de Jack Esterline proceden de la transcripción de la conferencia de Musgrove, en James G. Blight y Peter Kornbluh, eds., *Politics of Illusion: The Bay of Pigs Invasion Reexamined*, Lynne Rienner, Boulder (CO), 1998.

[5] El jefe de base que trató de comprar al gobierno fue Art Jacobs, ex compañero de la facultad de derecho y guardián de Frank Wisner en los primeros días de la CIA, un hombre de pequeña estatura conocido por entonces con el apodo de «Ozo de Mag».[*] «Teníamos a un bandido allí en Singapur, un ministro del gabinete que estaba a sueldo de la CIA —recordaría el embajador Sam Hart, que por entonces era agregado político de la embajada estadounidense en Malaisia—. Una noche le sometieron al polígrafo en un piso franco ... De repente el M-5 de Singapur irrumpió en el piso franco, y allí estaba el ministro del gabinete conectado al polígrafo.» Historia oral de Hart, FAOH. La subsiguiente carta de Rusk rezaba: «Apreciado primer ministro: Me siento profundamente afligido ... lamento mucho ... desgraciado incidente ... actividades impropias ... muy seriamente ... revisar las actividades de esos funcionarios de cara a posibles acciones disciplinarias».

[6] Cabell y Bissell, memorando para el general Maxwell D. Taylor, «Subject: Cuban Operation», 9 de mayo de 1961, JFKL, DDRS.

[7] FRUS, vol. XI, 25 de abril de 1961 (junta de investigación de Taylor).

[8] Robert F. Kennedy al presidente, 19 de abril de 1961, JFKL, citado en Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *One Hell of a Gamble*, Norton, Nueva York, 1997, p. 97.

[9] Los ayudantes eran Theodore Sorensen y Arthur Schlesinger, y sus relatos son, respectivamente: *Kennedy*, Harper and Row, Nueva York, 1965, y *Robert Kennedy and His Times*, Houghton Mifflin, Boston, 1978.

[10] El presidente Kennedy había desmontado las estructuras que permi tían a la Casa Blanca regir el uso del poder secreto. Eisenhower había ejercido el poder presidencial a través de un riguroso sistema de organización como era el ejército. Pero Kennedy había prescindido de él por completo. Días después de asumir el cargo, había abolido el grupo de asesores de inteligencia del presidente y la Junta de Coordinación de Operaciones. Se trataba sin duda de organizaciones imperfectas; en cualquier caso, siempre eran mejor que nada, que fue lo que John Kennedy puso en su lugar. La reunión del NSC inmediatamente posterior a lo ocurrido en la bahía de Cochinos representó la primera mesa redonda de discusión seria sobre la acción encubierta en la administración Kennedy.

[11] Dulles, citado en «Paramilitary Study Group Meeting» (junta de investigación de Taylor), 11 de mayo de 1961, desclasificado en marzo de 2000 y disponible online en: http://www.gwu.edu/nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB29/ 06-01.htm.

[12] Smith, citado en «Paramilitary Study Group Meeting» (junta de investigación de

Taylor), 10 de mayo de 1961, NARA.

[13] *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*, Yale University Press, New Haven (CT), 1996, p. 204. Bissell llegó a creer que había dejado la CIA con «un legado que todavía no ha sido enterrado históricamente y que quizá no lo sea nunca». En una declaración secreta desclasificada en 1996, Bissell hizo la siguiente afirmación sobre el servicio clandestino de la CIA: «Debido en parte a mis propios fallos y deficiencias, a finales de la década de 1960 la agencia tenía ya, en mi opinión, un historial bastante lamentable ... Revisando todo el abanico de las diferentes clases de operaciones encubiertas —que incluían operaciones de propaganda, operaciones paramilitares, operaciones de acción política y todo lo demás—, el servicio clandestino no es el lugar donde cabría esperar encontrar competencia profesional». Bissell decía que las dotes básicas en asuntos militares, análisis político y análisis económico no se habían desarrollado en la CIA. La agencia se había convertido en una mera burocracia secreta, y por cierto, en una «muy negligente». Testimonio de Bissell, Comisión Presidencial sobre Actividades de la CIA (Comisión Rockefeller), 21 de abril de 1975, GRFL.

[14] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 195.

[15] James Hanrahan, «An Interview with Former CIA Executive Direct or Lawrence K. “Red” White», *Studies in Intelligence*, vol. 43, n.º 1, invierno 1999-2000, CIA/CSI.

[16] Durante su recorrido mundial para conocer a sus hombres, en la reunión de los jefes de base de Extremo Oriente celebrada en la población turística de montaña de Baguio, en las Filipinas, en octubre de 1961, McCone eligió a un nuevo subdirector encargado de actuar como principal analista de inteligencia de la CIA, Ray Cline, que por entonces era el jefe de la base de Taipei.

[17] Los jefes de división como J. C. King, que había trabajado durante una década a las órdenes de Dulles, daban muy poca importancia a las operaciones en curso mientras las juzgaran adecuadas. McCone tampoco supo nunca que su nombramiento había desatado una rebelión interna en la agencia. «Para empezar, he subestimado la fuerza de la oposición en el segundo y tercer nivel de la CIA —le diría McGeorge Bundy al presidente—. Algunos hombres muy buenos andan preocupados.» Robert Amory, el subdirector de inteligencia, calificó el nombramiento de McCone como un «mal paso político». Otros enemigos en el seno de la CIA temían que McCone sacrificara la agencia a los jóvenes leones de la Casa Blanca. Y a otros, en el servicio clandestino, simplemente les disgustaba que hubiera asumido el poder un extraño.

[18] Memorando de McCone, 22 de noviembre de 1961, FRUS, vol. X.

[19] Memorando de McCone para el archivo, 13 de enero de 1964: «Yo he considerado, y así se lo dije al difunto presidente Kennedy, al presidente Johnson, al secretario Rusk y a otros, que se debe cambiar la imagen del DCI y de la CIA. Sus responsabilidades básicas y primordiales según la ley son las de recopilar toda la información de inteligencia, y analizar, evaluar, estimar y transmitir dicha información de inteligencia en beneficio de los artífices de las decisiones políticas. Esta función ha quedado sumergida, y constantemente se ha aludido a la CIA como una organización de “intrigas palaciegas” cuyas actividades implican (casi exclusivamente) operaciones destinadas a derrocar gobiernos, asesinar a jefes de Estado, implicarse en los asuntos políticos de estados extranjeros ... Me gustaría tratar de cambiar esa imagen». FRUS, 19641968, vol. XXXIII, documento 184. McCone era «un hombre que creía que tenía un doble papel: por una parte, dirigir la agencia, y por otra, actuar como uno de los artífices de las decisiones políticas del presidente». Historia oral de Richard Helms, 16 de septiembre de 1981, LBJL. McCone decía que él argumentaba constantemente que la CIA «con los años, había quedado subordinada a actividades operativas» y que «aquello tenía que

cambiar». Memorando de McCone, «Discussion with Attorney General Robert Kennedy», 27 de diciembre de 1961, CIA/CREST. Este redactó y recibió un reconocimiento por escrito de que sería «el principal funcionario de inteligencia del gobierno». John F. Kennedy a McCone, 16 de enero de 1962, CIA/CREST.

[20] David S. Robarge, «Directors of Central Intelligence, 1946-2005», *Studies in Intelligence*, vol. 49, n.º 3, 2005, CIA/CSI.

[21] Entrevista de Smith con el autor.

[22] Murphy, transcripción del chat interactivo de la CNN, 1998, disponible online en: http://www.cnn.com/SPECIALS/cold.war/guides/debate/ chats/murphy.

[23] Murphy a Helms, «Subject: Heinz Felfe Damage Assessment», 7 de febrero de 1963, desclasificado en junio de 2006, CIA.

[24] Helms a McCone, 19 de enero de 1962, FRUS, vol. X.

[25] Memorando de McCone, «Discussion with Attorney General Robert Kennedy, 2.45 P.M., 27 December 1961», FRUS, vol. X.

[26] Lansdale a McCone, 7 de diciembre de 1961, FRUS, vol. X.

[27] Esterline, transcripción de Musgrove, *Politics of Illusion*, p. 113.

[28] *A Look over My Shoulder*, p. 205.

[29] Declaración de Elder a los investigadores del Comité Church, 13 de agosto de 1975, desclasificada el 4 de mayo de 1994.

[30] La cuestión de si el presidente Kennedy autorizó o no a la CIA a matar a Castro ya puede responderse, al menos según mi criterio. En 1975, Bissell declaró ante la comisión presidencial dirigida por el vicepresidente Nelson Rockefeller sobre la cuestión de la autorización presidencial de los asesinatos de la CIA. Rockefeller le preguntó a Bissell:

PREGUNTA: ¿Cualquier asesinato o intento de asesinato tenía que contar con la más alta aprobación?

RESPUESTA: Correcto.

PREGUNTA: ¿Del presidente? RESPUESTA: Correcto.

[31] Houston al historiador Thomas Powers: «Kennedy estaba desquiciado —decía Houston —. Estaba completamente desquiciado ... No estaba furioso por el complot de asesinato, sino por nuestra relación con la Mafia». Powers, «Inside the Department of Dirty Tricks», *Atlantic Monthly*, agosto de 1979.

[32] Entrevista de Helms con el autor. Me parece que esto aclara definitivamente la cuestión de la autorización de Kennedy, junto con el testimonio de Bissell y el peso abrumador de todas las evidencias circunstanciales. El argumento opuesto afirma que John Kennedy jamás habría hecho una cosa así, pero ese argumento se ha vuelto muy débil.

[333] . Vale la pena reproducir el contexto íntegro de la observación de Helms ahora que la CIA vuelve a dedicarse al negocio de los asesinatos selectivos. «Dejemos aparte solo por un momento la noción de la teología y la moralidad de todos los hombres buenos —decía en 1978—. Dejando eso aparte, uno se queda perplejo ante el hecho de que, si uno contrata a alguien para matar a otro, de inmediato se ve expuesto al chantaje, y eso incluye a los individuos tanto como a los gobiernos. En resumen, esas cosas inevitablemente afloran. Esta es la razón más convincente para no implicarse en ello. Pero luego hay también una consideración secundaria. Si uno se mete en el negocio de eliminar a líderes extranjeros, y tal cosa se considera por parte de los gobiernos con más frecuencia de lo que a uno le gustaría admitir, siempre está la cuestión de qué viene después ... Si tú matas a los líderes de otros, ¿por qué ellos no iban a matar a los tuyos?» Esa cuestión estaría muy presente en la mente de Helms a partir del 22 de noviembre de 1963. Entrevista de Helms con David Frost, 1978,

transcripción íntegra reimpresa en *Studies in Intelligence*, septiembre de 1993, CIA/CSI.

[344] . Historia oral de McCone, 19 de agosto de 1970, LBJL. McCone relataría su primera reunión con el presidente Kennedy, cuando este le ofreció el puesto de director de la central de inteligencia: «[Kennedy le dijo:] "Ahora bien, hay solo cuatro personas aparte de Allen Dulles que saben que estamos teniendo esta conversación: Bob McNamara y su adjunto Roswell Gilpatric, Dean Rusk, y el senador [y presidente del Comité de Energía Atómica del Senado] Clinton Anderson". Y él le respondió: "No quiero que lo sepa nadie más, ya que si esos hijos de puta progresistas que trabajan en el sótano de este edificio se enteran de que estoy hablando de esto con usted, le destruirán antes de que pueda confirmarme en el cargo"». Historia oral de McCone, 21 de abril de 1988, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de California en Berkeley.

[35] Lyman B. Kirkpatrick Jr., «Report of the Task Force on Personnel Management in CIA», 26 de julio de 1962, CIA/CREST; notas manuscritas de Kirkpatrick de una reunión del Comité Ejecutivo sobre el informe celebrada el 6 de agosto de 1962, CIA/CREST.

[36] Harvey a Lansdale, 24 de mayo de 1962, CIA/DDRS.

[37] Lansdale al Grupo Especial (Aumentado), 5 de julio de 1962, FRUS, vol. X.

[38] Lansdale a Harvey, 6 de agosto de 1962, FRUS, vol. X.

15. «También nos habíamos engañado nosotros mismos»

[1] A menos que se indique lo contrario, las citas directas de este capítulo proceden de las cintas recientemente transcritas de la Casa Blanca de Kennedy. Las cintas, los memorandos de McCone recientemente desclasificados y más de un millar de páginas de documentos internos de la CIA crean un rico mosaico sobre la vida diaria de la agencia en el verano y el otoño de 1962. Las cintas de la Casa Blanca, desde el 30 de julio hasta el 28 de octubre de 1962, están recopiladas en Timothy Naftali, Philip Zelikow y Ernest May, eds., *The Presidential Recordings: John F. Kennedy*, 3 vols., Norton, Nueva York, 2001, producido por el Centro Miller de Asuntos Públicos. Los citados memorandos de McCone proceden de tres fuentes: FRUS, CREST y DDRS. Los documentos internos de la CIA fueron obtenidos directamente de CREST por el autor.

[2] Dos años después de esta conversación en el Despacho Oval, Goulart había sido derrocado y Brasil se hallaba en vías de convertirse en un estado policial. Bobby Kennedy había ido a Brasil para observar la situación por sí mismo: «No me gusta ese Goulart», diría. El golpe de 1964 respaldado por la CIA condujo a la que sería la primera de una serie de dictaduras militares que gobernaron Brasil durante casi dos décadas.

[3] Casi todos los registros de esta reunión han sido destruidos, pero los historiadores del Departamento de Estado se dedicaron a reconstruirlos laboriosamente a partir de diversos fragmentos de los expedientes del director de la central de inteligencia: «McCone sostenía en la reunión que la Unión Soviética tenía en Cuba un activo de tal importancia que "los soviéticos no dejarán que Cuba fracase". Para evitar tal fracaso, McCone esperaba que la Unión Soviética proporcionara ayuda económica, técnica y militar convencional con misiles balísticos de alcance medio, que justificarían aludiendo a las bases de misiles estadounidenses en Italia y Turquía ... La cuestión del asesinato de los líderes políticos cubanos surgió durante la conversación. Según un memorando del 14 de agosto de Harvey a Richard Helms, el tema fue planteado durante la reunión por McNamara ... El 14 de abril de 1967, McCone envió un

memorando desde su retiro a Helms, que se había convertido en director de la central de inteligencia, en el que hablaba de la conversación mantenida en la reunión del 10 de agosto: “Recuerdo que se hizo la sugerencia de liquidar a altos cargos del régimen castrista, incluyendo al propio Castro. De inmediato me mostré contrario a tal sugerencia, alegando que el objetivo resultaba completamente desmedido por lo que al USG [el gobierno estadounidense] y a la CIA se refería, y que la idea no debía discutirse ni debía aparecer en papel alguno, dado que el USG no podía considerar tales acciones por razones morales o éticas”.» FRUS, vol. X, nota editorial, documento 371. McCone planteó por primera vez la cuestión de las armas nucleares en Cuba en una reunión del Grupo Especial celebrada el 12 de marzo de 1962: «¿Podríamos ahora desarrollar una política de acción si se instalan bases de misiles en suelo cubano?». FRUS, vol. X, documento 316. Pero el 8 de agosto de 1962, solo dos días antes de su primera advertencia sobre la posibilidad de que se enviaran misiles soviéticos a Cuba, McCone había declarado en un almuerzo con veintiséis senadores republicanos que resultaba «positivo que no hubiera misiles o bases de misiles en Cuba». «Luncheon Meeting Attended by the DCI of Senate Republican Policy Committee», 8 de agosto de 1962, desclasificado el 12 de mayo de 2005, CIA/CREST.

[4] Walter Elder, «John McCone, the Sixth Director of Central Intelligence», borrador, CIA History Staff, 1987, parcialmente desclasificado y publicado en 1998.

[5] Ford, citado en John L. Helgerson, «CIA Briefings of Presidential Candidates», mayo de 1996, CIA/CSI.

[6] Ford, citado por el autor, *New York Times*, 20 de julio de 1997.

[7] Entrevista de Jagan con al autor.

[8] «Interview Between President Kennedy and the Editor of *Izvestia*», 25 de noviembre de 1961, FRUS, vol. V.

[9] Memorando de Schlesinger, 19 de julio de 1962, FRUS, vol. XII.

[10] Memorando a Bundy, 8 de agosto de 1962.

[11] El autor exponía algunas de sus consecuencias en «A Kennedy-C.I.A. Plot Returns to Haunt Clinton», *New York Times*, 30 de octubre de 1994. El artículo hablaba de la lucha en torno a la desclasificación de los documentos del gobierno relacionados con la operación encubierta. En 2005, el Departamento de Estado publicó la siguiente «nota editorial» en FRUS, 1964-1968, vol. XXXII: «Durante la administración Johnson, el gobierno estadounidense prosiguió la política de la administración Kennedy de colaborar con el gobierno británico de cara a ofrecer apoyo y aliento a los líderes y organizaciones políticas pro occidentales de la Guayana Británica mientras esa colonia, de autonomía limitada, avanzaba hacia la independencia total. El Grupo Especial/Comité 303 aprobó aproximadamente 2,08 millones de dólares para programas de acción encubierta entre 1962 y 1968 en dicho país. La política estadounidense incluía la oposición encubierta a Cheddi Jagan, el entonces líder pro marxista de la población india oriental de la Guayana Británica. Una parte de los fondos autorizados por el Grupo Especial/Comité 303 para programas de acción encubierta se utilizó entre noviembre de 1962 y junio de 1963 para mejorar las perspectivas electorales de los partidos políticos de la oposición al gobierno del Partido Progresista Popular de Jagan. El gobierno estadounidense instó con éxito a los británicos a imponer un sistema de representación proporcional en la Guayana Británica (que favorecía a las fuerzas anti-Jagan) y a aplazar la independencia hasta que las fuerzas anti-Jagan pudieran consolidarse».

La nota proseguía: «A través de la Agencia Central de Inteligencia, Estados Unidos proporcionó a los partidos políticos de Forbes Burnham y Peter d’Aguiar, que estaban en la

oposición a Jagan, tanto dinero como asistencia electoral cuando preparaban su campaña para las elecciones parlamentarias de diciembre de 1974. La financiación encubierta y los conocimientos técnicos del gobierno estadounidense estaban destinados a desempeñar un papel decisivo en la inscripción de votantes que probablemente votarían en contra de Jagan. Los partidarios de Burnham y D'Aguiar se inscribieron en un gran número, ayudando a que resultara elegida una coalición anti-Jagan. Los fondos aprobados del Grupo Especial/Comité 303 volvieron a emplearse de nuevo entre julio de 1963 y abril de 1964 en relación con la huelga general de 1964 en la Guayana Británica. Cuando ese mismo año los partidarios de Jagan y de Burnham se enfrentaron en un conflicto sindical en las plantaciones de azúcar, Estados Unidos se unió al gobierno británico para instar a Burnham a que no respondiera con la violencia, sino que se comprometiera a buscar un final mediado del conflicto. Al mismo tiempo, Estados Unidos proporcionó entrenamiento a algunas de las fuerzas anti-Jagan a fin de permitirles defenderse si eran atacadas y de elevar su moral.

»Tras la huelga general, los fondos aprobados del Comité 303 se utilizaron para apoyar la elección de una coalición del Congreso Nacional Popular de Burnham y la Fuerza Unida de D'Aguiar. Cuando Burnham fue elegido presidente, en diciembre de 1963, el gobierno estadounidense, de nuevo a través de la CIA, siguió proporcionando sustanciales fondos tanto a Burnham como a D'Aguiar y sus respectivos partidos. En 1967 y 1968, los fondos aprobados del Comité 303 se emplearon para ayudar a la campaña de la coalición de Burnham y D'Aguiar y ganar las elecciones generales de diciembre de 1968. Cuando el gobierno estadounidense supo que Burnham iba a utilizar papeletas fraudulentas de voto por correo para mantenerse en el poder en las elecciones de 1968, le advirtió en contra de esa línea de acción, aunque no trató de detenerle».

[12] Memorando de conversación, 30 de junio de 1963, Birch Grove, Reino Unido, «Subject: British Guiana». Entre los participantes en la conversación se incluían el presidente Kennedy, Dean Rusk, el embajador David Bruce, McGeorge Bundy, el primer ministro Harold Macmillan, lord Home y sir David Ormsby-Gore. FRUS, vol. XII.

[13] Naftali, Zelikow y May, *The Presidential Recordings*. Más tarde, aquel mismo día, el presidente leyó en voz alta el documento de la doctrina, todo un clásico de la jerigonza geoestratégica: «Redunda en interés de la seguridad nacional de Estados Unidos tratar de reemplazar a los líderes locales por líderes autóctonos que sean más flexibles y comprensivos con la necesidad de eliminar los semilleros de disensión ... tratando de asegurar que la modernización de la sociedad local evolucione en direcciones que permitan un entorno mundial propicio para una cooperación internacional fructífera y para nuestro modo de vida». «¡Menuda gilipollez! —dijo Kennedy con desdén—. ¡"Para nuestro modo de vida"!»

[14] Robert Kennedy argumentó en favor de un incidente en «recuerdo del *Maine*» —un ataque organizado a Guantánamo— en aquella reunión, y seguiría haciéndolo durante toda la crisis de los misiles. Memorando de McCone, 21 de agosto de 1962, en «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992; memorando de McCone sobre la reunión que mantuvo con el presidente Kennedy, 23 de agosto de 1962, FRUS, vol. X, documento 385.

[15] Naftali, Zelikow y May, *The Presidential Recordings*. El FBI de J. Edgar Hoover pasó a interrogar a Baldwin y a pinchar el teléfono de su casa. Baldwin se había graduado en la academia naval, en 1927 había renunciado a su puesto de oficial, desde 1937 había trabajado como analista militar para el *New York Times*, en 1943 había ganado el premio Pulitzer por sus reportajes desde Guadalcanal y el Pacífico occidental, y representaba una voz inequívocamente pro militar en las páginas del periódico. Sus fuentes de información en el Pentágono eran de primer nivel. Tras la visita del FBI, el agitado periodista le diría a un

colega, en una conversación que sería grabada por el propio FBI, la noche del 30 de julio: «Creo que la verdadera respuesta a esto es que Bobby Kennedy, y el propio presidente, pero especialmente Bobby Kennedy, presionaran a Hoover». Al día siguiente había una transcripción de aquella conversación sobre la mesa del fiscal general. Por la tarde, la junta asesora de inteligencia exterior de la presidencia se reunió con John Kennedy, y le dijo que el trabajo de Baldwin representaba un grave peligro para Estados Unidos. «Nosotros sugeriríamos —dijo James Killian, el artífice del informe de 1954 sobre el "ataque sorpresa" durante el mandato de Eisenhower— que se debería instar al director de la central de inteligencia a crear un grupo de expertos que estuviera disponible en todo momento para rastrear las filtraciones de seguridad ... un equipo a su disposición y que operara bajo su dirección.» Clark Clifford, un miembro de la junta y uno de los redactores de los estatutos de la CIA incluidos en la Ley de Seguridad Nacional de 1947, cuando era consejero jurídico de la Casa Blanca de Harry Truman, instó al presidente Kennedy a crear «un grupo a tiempo completo que trabaje constantemente en ello» den tro de la CIA. «Ellos pueden averiguar quiénes son los contactos de Hanson Baldwin —decía Clifford—. Cuando este se dirige al Pentágono, ¿a quién va a ver? Nadie lo sabe. El FBI no lo sabe. Pero yo creo que sería enormemente interesante.» Los numerosos amigos de Clifford en el *establishment* de Washington se habrían sentido horrorizados ante tanto embuste. Las audiencias celebradas en 1975 en el Congreso atribuirían la responsabilidad de las escuchas únicamente al fiscal general Robert Kennedy y al FBI, pero no al presidente John Kennedy ni a la CIA.

[16] McCone a Kennedy, 17 de agosto de 1962, desclasificada el 20 de agosto de 2003, CIA/CREST.

[17] McCone, «Memorandum for: The President/The White House», 28 de febrero de 1963, JFKL.

[18] «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992.

[19] «IDEALIST Operations over Cuba», 10 de septiembre de 1962, CIA/CREST.

[20] Los cómos y los porqués del «vacío fotográfico» están en Max Holland, «The "Photo Gap" That Delayed Discovery of Missiles in Cuba», *Studies in Intelligence*, vol. 49, n.º 4, 2005, CIA/CSI.

[21] Halpern, en James G. Blight y Peter Kornbluth, eds., *Politics of Illusion: The Bay of Pigs Invasion Reexamined*, Lynne Rienner, Boulder (CO), 1998.

[22] «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992.

[23] «Minutes of Meeting of the Special Group (Augmented) on Operation Mongoose, 4 October 1962», desclasificado el 19 de febrero de 2004, CIA/CREST; memorando de McCone, 4 de octubre de 1962, FRUS, vol. X.

[24] El informe sobrevive en un extracto desclasificado en 2001 en una nota editorial en FRUS, 1961-1963, vol. XXV, documento 107, y en una versión de 1992 en «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992, pp. 361-371.

[25] Bundy, *Danger and Survival*, Random House, Nueva York, 1988, pp. 395-396.

[26] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 208.

[27] Kennedy, *Thirteen Days*, Norton, Nueva York, 1969, p. 27. [Hay trad. cast.: *Trece dias*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.]

16. «Estaríamos encantados de intercambiar esos misiles»

[1] Hasta 2003, la cuestión de qué era lo que había realmente en las cintas de la Casa Blanca era motivo de acalorado debate. Después de cuatro décadas, finalmente se ha aclarado qué sucedió realmente, y quién dijo qué a quién, gracias a una transcripción fiable, resultado de más de veinte años de trabajo de Sheldon Stern, historiador de la Biblioteca Presidencial John F. Kennedy.

La opinión generalizada sostiene que el crisol que representó la crisis de los misiles cubanos vino a transformar tanto a John como a Robert Kennedy, haciendo un brillante líder de un bisoño comandante en jefe, convirtiendo al joven Bobby de halcón a paloma, y transformando la Casa Blanca de un seminario de Harvard en un templo de sabiduría. Esto es en parte un mito, basado en unos datos históricos incompletos y falsificados. El presidente Kennedy suministró a sus periodistas preferidos historias tan poéticas como manifiestamente falsas. El libro de Robert Kennedy sobre la crisis, publicado póstumamente, contiene invenciones y diálogos ficticios, que luego han repetido diversos historiadores, por lo demás fiables, así como el círculo de leales acólitos de Kennedy.

Hoy sabemos que los Kennedy distorsionaron los datos históricos y ocultaron la forma en que se resolvió la crisis. Y podemos ver que, cuando trazaron un camino para salir de la crisis, la mitad de las veces no siguieron el rumbo marcado por John McCone. Véase Sheldon Stern, *Averting «The Final Failure»: John F. Kennedy and the Secret Cuban Missile Crisis Meetings*, Stanford University Press, Stanford (CA), 2003. El presente capítulo se basa en las transcripciones de Stern y los memorandos desclasificados de McCone, excepto cuando se indica lo contrario.

[2] Carter, «16 October (Tuesday)/(Acting DCI)», desclasificado el 19 de febrero de 2004, CIA/CREST; «Mongoose Meeting with the Attorney Genee ral», 16 de octubre de 1962; «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992; Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *One Hell of a Gamble*, Norton, Nueva York, 1997, pp. 227-228.

[3] McCone, «Memorandum for Discussion Today», CIA/CREST; memorando de McCone sin título, y «Talking Paper for Principals», todo ello fechado el 17 de octubre de 1962 y desclasificado el 5 de marzo de 2003.

[4] Grabaciones presidenciales, 19-22 de octubre, JFKL.

[5] . Memorandos de McCone, 19-22 de octubre de 1962, CIA/CREST. A las dos y media de la tarde del sábado 20 de octubre se celebró una reunión oficial del Consejo de Seguridad Nacional en el Despacho Oval de la Casa Blanca. La reunión no se grabó, pero sobreviven las notas y apuntes manuscritos de Cline, así como el registro oficial del anotador del NSC, Bromley Smith. Las notas de Cline están en «CIA Documents on the Cuban Missile Crisis», CIA/CSI, 1992.

[6] Historia oral de McCone, 21 de abril de 1988, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de California en Berkeley.

[7] . El exabrupto quedó recogido en una cinta el 4 de marzo de 1963, grabaciones presidenciales, JFKL. El primero que lo mencionó fue el historiador Max Holland, autor de *The Kennedy Assassination Tapes*, Knopf, Nueva York, 2004, que luego lo repetiría en su monografía «The "Photo Gap" That Delayed Discovery of Missiles in Cuba», *Studies in Intelligence*, vol. 49, n.º 4, 2005, CIA/CSI.

[8] . Las acciones de McCone aparecen reflejadas en las cintas de la reunión de las diez de la mañana del 26 de octubre, en sus memorandos y en el registro de la reunión incluido en FRUS. La transcripción de la cinta resulta fragmentaria. El 30 de octubre, «el señor McCone afirmó que todas las operaciones MANGOSTA deben mantenerse en suspenso hasta que termine esta semana de negociaciones». Marshall Carter, memorando oficial, 30 de octubre de 1962,

desclasificado el 4 de noviembre de 2003, CIA/CREST. Las operaciones encubiertas planeadas y dirigidas contra Cuba durante y después de la crisis de los misiles aparecen detalladas en FRUS, vol. XI, documentos 271, 311, 313 y 318-315.

[9] El complot aparece esbozado en el informe de 1967 del inspector general de la CIA a Helms, desclasificado en 1993. J. S. Earman, inspector general, «Subject: Report on Plots to Assassinate Fidel Castro, 23 May 1967», CIA. Las citas de los párrafos siguientes proceden de dicho informe.

John McCone en ningún momento se llegó a enterar del último complot mientras este se desarrollaba. Pero estuvo a punto. El 15 de agosto de 1962, un periodista del *Chicago Sun-Times* telefoneó al cuartel general de la CIA preguntando por las conexiones entre el conocido capo mafioso Sam Giancana, la CIA y los cubanos anticastristas. El asunto llegó a oídos de McCone, que le preguntó a Helms si era posible que aquello fuera cierto. Por toda respuesta, Helms le entregó un memorando de tres páginas mecanografiado a un solo espacio por el jefe de seguridad de la CIA, Sheffield Edwards. En él se daba cuenta de que Robert Kennedy había sido informado, el 14 de mayo de 1962, sobre una «delicada operación de la CIA» realizada contra Fidel Castro entre agosto de 1960 y mayo de 1961, en la que intervenían a «ciertos intereses del juego» representados por «un tal John Rosselli de Los Ángeles» y un tal «Sam Giancana de Chicago». El fiscal general conocía muy bien esos nombres. El memorando no hablaba para nada de asesinato, pero su significado estaba claro. Helms se lo entregó a McCone con su propia nota de presentación: «Supongo que es usted consciente de la naturaleza de la operación de la que se trata en el documento adjunto». McCone se hizo extremadamente consciente de ello en los cuatro minutos que tardó en leerlo. Y no hay palabras para describir lo furioso que se puso.

Ese podría ser precisamente el motivo por el que Helms jamás se molestó en hablarle del nuevo complot de asesinato que dirigía FitzGerald, o de quién estaba a cargo del complot. En 1975, Helms le dijo a Henry Kissinger que Bobby Kennedy había «gestionado personalmente» más de un intento de asesinato contra Fidel Castro. Kissinger y Ford, memorando de conversación, 4 de enero de 1975, GRFL.

17. «¡Eh, jefe! Hemos hecho un buen trabajo, ¿no?»

[1] Cintas de John F. Kennedy, 4 de noviembre de 1963, JFKL. La grabación, que vale la pena escuchar, está disponible online en: http://www.whitehousetapes.org/clips/1963_1104_jfk_vietnam_memoir.html.

[2] . El testimonio de Conein en 1974 ante los investigadores del Senado se desclasificó en septiembre de 1998. Todas las citas de él que aparecen en este capítulo proceden de esa transcripción. Nacido en París en 1919, en 1924 Conein fue enviado a Kansas City a vivir con una tía, una francesa que se había casado con un estadounidense durante la Primera Guerra Mundial. Cuando estalló la Segunda, en 1939, Conein se apresuró a alistarse en el ejército francés. Tras la caída de Francia, en 1940, logró volver a Estados Unidos y terminó en la OSS. En 1944, destinado en Argel, fue introducido en la Francia ocupada para que se pusiera en contacto con la resistencia. Una vez liberada Francia, la OSS le envió al sur de China a fin de que se incorporara a un comando franco-vietnamita que tenía por objetivo atacar un puerto japonés en el norte de Vietnam. En Vietnam, Conein entabló una relación sentimental, y el asunto acabó mal para ambos.

La vida de Conein aguarda todavía a su biógrafo. Stanley Karnow, historiador y autor de *Vietnam: A History*, Viking, Nueva York, 1983, pasó varias horas entrevistándole, pero abandonó el proyecto tras decidir que su sujeto estaba empezando a parecerse al espía de ficción Ashenden —un personaje de Somerset Maugham—, un hombre tan consumido por el espionaje que era incapaz de diferenciar sus historias tapadera de la verdadera historia de su vida. «Estaba fuera de su tiempo —diría Karnow—. Era el típico soldado de fortuna de las novelas de aventuras, el tipo que ha dejado de existir salvo en la ficción. Un maravilloso narrador de historias. Que dichas historias fueran verdaderas o no era algo secundario. Casi siempre eran casi del todo ciertas.»

El autor escribió la necrológica de Conein, «Lucien Conein, 79, Legendary Cold War Spy», *New York Times*, 7 de junio de 1998.

[3] Historia oral de Rufus Phillips, FAOH.

[4] Historia oral de John Gunther Dean, FAOH.

[5] La decisión de tratar de comprar a un nuevo gobierno se tomó después de que Allen Dulles advirtiera al presidente Eisenhower de que «teníamos mucho que temer en las elecciones generales de 1959» en Laos, y el presidente le respondiera que «sería un asunto serio que un país como Laos se hiciera comunista por el voto legal de su pueblo». Actas del NSC, 29 de mayo de 1958, DDEL. Los propios analistas de la CIA informaban: «La reanudación comunista de la guerra de guerrillas en Laos fue ante todo una reacción ante una postura anticomunista más fuerte por parte del gobierno laosiano y ante las recientes iniciativas de Estados Unidos en apoyo de Laos». Special National Intelligence Estimate 68-2-59, «The Situation in Laos», 18 de septiembre de 1959, desclasificado en mayo de 2001, CIA/CREST.

[6] Historia oral de John Gunther Dean, FAOH.

[7] Entrevista de James con el autor.

[8] . Historia oral de William Lair, Vietnam Archive Oral History Project, Texas Tech University, entrevista realizada por Steve Maxner, 11 de diciembre de 2001. Utilizada con la amable autorización del señor Maxner y del Archivo.

[9] La última orden se encuentra en los «papeles del Pentágono», *United States-Vietnam Relations, 1945-1967*, vol. 2, Washington, U.S. Government Printing Office, 1972, p. 18. La primera aparece en un memorando del Grupo Especial reimpreso en FRUS, vol. XXVIII: «La génesis de este programa se halla en la aprobación de alto nivel del gobierno estadounidense a finales de 1960 y comienzos de 1961 [a fin de que] la CIA reclute el apoyo tribal para combatir el comunismo. El principal esfuerzo en este programa ha sido el desarrollo de los meo, el mayor grupo étnico no laosiano de Laos ... Tal como autorizó el Grupo Especial en junio de 1963, este programa se ha expandido hasta una fuerza actual de aproximadamente 19.000 guerrilleros meo armados (hay autorizados 23.000) encargados de la defensa de las aldeas y de las actividades guerrilleras contra el Pathet Lao».

[10] Richard L. Holm, «Recollections of a Case Officer in Laos, 1952 to 1964», *Studies in Intelligence*, vol. 47, n.º 1, 2003, CIA/CSI.

[11] Hubo un gran debate en el cuartel general de la CIA en torno a lo acertado o no de una guerra en Laos. «La agencia estaba extremadamente dividida —explicaba Robert Amory, el subdirector de inteligencia entre 1953 y 1962—. Los activistas estaban todos a favor de una guerra en Laos. Consideraban que era un gran sitio donde librar una guerra ... FitzGerald insistía mucho en ello.» Amory, en cambio, no, y no tardaría mucho en renunciar, aunque no sin antes ayudar al presidente Kennedy a redactar su primer gran discurso televisivo, sobre el tema de Laos, que pronunciaría el 23 de marzo de 1961. El presidente, que no podía o no

quería pronunciar correctamente el nombre de Laos, pensaba que nadie iba a preocuparse por un país que se llamaba «laus».[*] Decía que este se veía amenazado por fuerzas comunistas de dentro y de fuera, incluyendo especialistas en combate de Vietnam del Norte. «Su propia seguridad corre paralela a la seguridad de todos nosotros —declaró a la nación estadounidense—. En una real neutralidad, observada por todos. Lo único que queremos en Laos es la paz, no la guerra.»

[12] Ronald H. Spector, *Advice and Support: The Early Years of the United States Army in Vietnam, 1941-1960*, ed. rev., Free Press, Nueva York, 1985, pp. X, XI. «Junto a la tendencia a tratar de crear algo de la nada estaba la ignorancia estadounidense de la historia y la sociedad vietnamitas, tan enorme y generalizada que dos décadas de becas financiadas con fondos federales, programas de idiomas intensivos, especiales de televisión y seminarios universitarios apenas hicieron mella —escribía Spector—. Antes de que Estados Unidos se disponga a crear algo de la nada en algún otro rincón del globo, los líderes estadounidenses podrían considerar los factores históricos y sociales implicados.»

[13] Historia oral de Neher, FAOH.

[14] El autor describía el destino de los agentes vietnamitas de la CIA en «Once Commandos for U.S., Vietnamese Are Now Barred», *New York Times*, 14 de abril de 1995. El engaño de Hanoi a la CIA entre 1961 y 1963 aparece definitivamente detallado en Richard H. Schultz Jr., *The Secret War Against Hanoi: Kennedy's and Johnson's Use of Spies, Saboteurs, and Covert Warriors in North Vietnam*, HarperCollins, Nueva York, 1999. Schultz, director de estudios de seguridad internacional en la Escuela Fletcher de Derecho y Diplomacia de Medford, Massachussets, realizó extensas entrevistas de historia oral y revisó diversos documentos desclasificados para este libro.

[15] Historia oral de Barbour, FAOH.

[16] La difusión de las fuerzas paramilitares de la CIA en toda la región era impresionante en aquel momento, tal como detallaba el general Lansdale en un informe a la Casa Blanca. En Vietnam, los agentes de la CIA mandaban a los 340 sol dados survietnamitas del I Grupo de Observación, creado por la agencia en 1956 y entrenado para matar a infiltrados del Vietcong en el sur, en el norte y en Laos. Desde Taiwán, Transporte Aéreo Civil, la empresa de la CIA, realizaba cientos de misiones anuales en Laos y en Vietnam; el ejército nacionalista chino y la CIA entrenaban a centenares de vietnamitas para que actuaran como agentes paramilitares. En Tailandia, las propias fuerzas paramilitares de Bill Lair contaban con 550 agentes tailandeses bien entrenados. En Fort McKinley, en las afueras de Manila, la CIA dirigía una boyante academia donde se entrenaba a soldados filipinos para combatir al comunismo en toda Asia. Cientos de reclutas más procedentes de toda la región eran enviados a la base de la CIA en la isla de Saipán.

[17] El secreto era, de hecho, muy profundo. El autor solo pudo obtener una única copia del informe de Taylor al presidente íntegro y sin censura a partir de los archivos de la CIA en septiembre de 2005. Se trataba de la copia personal del subdirector de la central de inteligencia Charles Pearre Cabell. Este había resaltado la frase y había escrito en los márgenes de su copia: «Para los lectores de la CIA: este concepto debe permanecer muy seguro. CPC».

[18] Historia oral de Robert F. Kennedy, JFKL, recopilada en Edwin O. Guthman y Jeffrey Shulman, eds., *Robert Kennedy, in His Own Words: The Unpub lished Recollections of the Kennedy Years*, Bantam, Nueva York, 1988, p. 396.

[19] Telegrama del Departamento de Estado a la embajada en Vietnam, Washington, 24 de agosto de 1963, 21.36 de la noche, FRUS, vol. III.

[20] Cintas de John F. Kennedy, 4 de noviembre de 1963, JFKL.

[21] El sábado 23 de agosto de 1963, por la noche, cuando Kennedy decidió derribar a Diem, las noticias que llegaban de Vietnam eran bastante sombrías. Los comandos survietnamitas entrenados por la CIA estaban matando a manifestantes budistas, según indicaba el resumen diario de la CIA para el presidente de aquella misma mañana, y «Nhu declaraba ayer a una fuente estadounidense que los generales recomendaban la imposición de la ley marcial. [Nhu] negaba que aquello equivaliera a un golpe de Estado, pero advertía de que podría llegar a convertirse en uno si vacilaba o transigía en la cuestión budista». FRUS, 1961-1963, vol. III, documento 271. Si Kennedy lo leyó, debió de inspirarle a aprobar el cable de Hilsman autorizando que se actuara contra Diem. La historia del cable de Hilsman ha quedado bien establecida por diversos documentos desclasificados del Departamento de Estado en la serie de FRUS sobre Vietnam. McCone le dijo a Dwight Eisenhower que la aprobación informal por parte del presidente de aquel torpe cable constituía «uno de los mayores errores del gobierno» estadounidense hasta la fecha, un auténtico hito. El ex presidente estaba furioso. ¿Dónde estaba el Consejo de Seguridad Nacional? ¿Qué hacía el Departamento de Estado norte americano orquestando golpes? McCone le respondió que Kennedy estaba rodea do de «progresistas en su gobierno que pretenden reformar todos los países» del mundo. «Bueno —replicó a su vez Eisenhower—, ¿y quién ha nombrado a esos condenados progresistas?» El viejo general «expresó una gran preocupación por el futuro de Estados Unidos». Memorando de McCone, «Conference with Former President Eisenhower», 19 de septiembre de 1963, DDEL.

[22] Resulta terriblemente irónico el hecho de que Colby —quien, en una historia oral de 1982 para la Biblioteca LBJ, decía que «el derrocamiento de Diem fue el peor error que cometimos»— bien pudiera haber sido quien plantó la semilla que daría lugar a dicho derrocamiento en un memorando escrito el 16 de agosto de 1963 para Helms, Roger Hilsman en el Departamento de Estado y Michael Forrestal en el NSC. Allí sopesaba las posibilidades «de éxito de un golpe de Estado» y señalaba que «el asesinato puede ser parte integrante de los golpes proyectados, o puede realizarse con la esperanza de que de la situación caótica resultante surgirá algo mejor».

[23] Colby, citado en Harold Ford, *CIA and the Vietnam Policymakers*, 1996, CIA/CSI, disponible online en: http://www.cia.gov/csi/books/vietnam/epis1.html. Ford fue durante muchos años uno de los principales analistas de la CIA sobre Vietnam.

[24] Helms estaba presente en la reunión celebrada en la Casa Blanca el mediodía del 29 de agosto de 1963, con el presidente, McNamara y Rusk, entre una docena de otros altos cargos. El anotador oficial dejó constancia de que el embajador Lodge había dado ya instrucciones a Rufus Phillips, de la CIA, de que «les dijera a los generales vietnamitas que el embajador estadounidense está detrás del planteamiento de la CIA». El mensaje para los generales era que la agencia, el embajador y la Casa Blanca hablaban con una sola voz. «El presidente preguntó si alguien tenía alguna reserva con respecto a la línea de actuación que estaban siguiendo», y Rusk y McNamara dijeron que sí. Entonces el presidente decidió que «el embajador Lodge ha de tener autoridad sobre todas las operaciones abiertas y encubiertas en Vietnam». Se envió un cable personal y confidencial a Lodge reservando el mandato presidencial sobre dichas operaciones encubiertas. Memorando de la conferencia con el presidente, 29 de agosto de 1963, expediente de Seguridad Nacional, JFKL. La tarea de Lodge consistía en asegurarse de que no se viera la mano de Estados Unidos. «Yo recibía mis instrucciones del embajador Lodge —declararía Conein—. Si se trataba de instrucciones cablegrafiadas, él tenía la buena costumbre de no leerlo todo. Doblaba el trozo de papel, y si

había instrucciones que te afectaban, te dejaba leer eso y solo eso, de modo que no sabías quién lo enviaba o de dónde venía … “Esas son las instrucciones. ¿Las entiende?” “Sí, señor.” “De acuerdo, pues ejecútelas.”» Sobre el deseo de secretismo del presidente, véase Bundy a Lodge, 5 de octubre de 1963, FRUS, vol. IV.

[25] El choque entre Lodge y Richardson se halla conmovedoramente registrado en John H. Richardson, *My Father the Spy: A Family History of the CIA, the Cold War, and the Sixties*, HarperCollins, Nueva York, 2005.

[26] Concretamente, advirtió al desgarbado general Ed Lansdale. Absolutamente no, dijo McCone, que no tenía «ninguna confianza en él. Podrían reemplazar a Richardson si Lodge quiere, pero no por alguien de fuera». Memorando de la conversación telefónica entre el secretario de Estado y el director de la central de inteligencia, 17 de septiembre de 1963, FRUS, 19611963, vol. IV, documento 120.

[27] Historia oral de Robert Kennedy, JFKL; Guthman y Shulman, *Robert Kennedy, in His Own Words*, p. 398. Que un embajador destapara a un jefe de base era un hecho sin precedentes en toda la historia de la CIA. McCone envió un resumen de cuatro páginas al presidente Kennedy el día antes de que este celebrara una conferencia de prensa prevista para el 9 de octubre de 1963, defendiendo a la CIA contra la furia generalizada que habían desatado las filtraciones de Lodge. «Sin duda le preguntarán por el papel de la CIA en Vietnam —escribió McCone—. Las críticas que se han plasmado en cientos de artículos de noticias y editoriales están erosionando seriamente el espíritu de esta organización que llevo dos años tratando de reavivar.» El presidente se ciñó escrupulosamente al resumen de McCone en sus respuestas a la prensa.

[28] Tran Van Don, *Our Endless War*, Presidio, San Francisco, 1978, pp. 96-99.

[299] . Comité Church, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders*, Informe Provisional, Senado de Estados Unidos, 94.º Congreso, 1.ª Sesión, 1975.

[300] . Memorandos de McCone, «Special Group 5412 Meeting», 18 de octubre de 1963, y «Discussion with the President», 21 de octubre, CIA/CREST. Véase también Ford, *CIA and the Vietnam Policymakers*.

[31] Lodge a Bundy y McCone, 25 de octubre de 1963, FRUS, 19611963, vol. IV, documento 216. Para entonces era ya demasiado tarde. El 29 de octubre, McCone, Helms y Colby llegaron a la Casa Blanca para celebrar una reunión a las 16.20 de la tarde con el presidente, su hermano y todo el equipo de seguridad nacional. Colby presentó un detallado mapa militar donde se mostraba que los efectivos de Diem y las fuerzas de los líderes golpistas estaban muy igualadas. Lo mismo ocurría con los hombres del presidente. El Departamento de Estado estaba a favor, mientras que el ejército y McCone se oponían. Pero la Casa Blanca había puesto en marcha una fuerza que ahora ya no podía detener.

[32] *Our Endless War*, pp. 96-99.

[33] Historia oral de Phillips, FAOH.

[34] El relato de Conein procede de su declaración ante el Comité Church, hoy desclasificada; el intercambio de cables aparece reproducido en FRUS. Conein declaró que Nhu se había puesto de acuerdo con el comandante del distrito militar de Saigón para organizar una falsa revuelta del Vietcong en la ciudad. El plan incluía el asesinato de una serie de funcionarios estadounidenses clave. Luego Nhu planeaba enviar tropas del contingente del comandante militar para sofocar la falsa revuelta y salvar Vietnam. Pero el comandante habló de los planes de Nhu a los militares golpistas. En palabras de Conein, los generales rebeldes «se la pegaron» a Nhu; cuando se inició el auténtico golpe, Nhu creyó que se trataba de su golpe falso. Según el Comité Church, a última hora de la mañana del primero

de noviembre Conein entregó 3 millones de piastras (42.000 dólares de la época) a un ayudante del general Don a fin de conseguir alimentos para las fuerzas golpistas y pagar las indemnizaciones por muerte de los fallecidos durante el golpe. Conein dijo en su declaración que la suma que sacó de su casa fue de 5 millones de piastras, alrededor de 70.000 dólares; Colby dijo que eran 65.000.

[35] General Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares: A Memoir*, Da Capo, Nueva York, 1990, p. 301. Los cables entre Saigón y la Casa Blanca citados en este párrafo se reproducen íntegramente en FRUS, vol. IV.

[36] Historia oral de Rosenthal, FAOH. En 1975, el denominado Comité Electo del Senado para Estudiar las Operaciones Gubernamentales Relativas a las Actividades de Inteligencia (en adelante, el Comité Church) se reunió por primera vez bajo la presidencia del senador Frank Church. Sus investigadores pidieron y obtuvieron declaraciones que se hicieron en secreto, y más tarde obtuvieron también testimonios públicos limitados. Pero el trabajo de valor más duradero es el que se halla en los expedientes secretos.

El presente capítulo se basa en parte en los testimonios recientemente desclasificados de altos cargos de la CIA; entre ellos, Richard Helms, John Whitten (identificado por el alias de «John Scelso») y James J. Angleton. Todos ellos hicieron declaraciones secretas al Comité Church en 1976, así como a la subsiguiente investigación realizada en 1978 por el Comité Electo de la Cámara sobre Asesinatos (en adelante, CECA). Helms, McCone, Angleton y otros declararon también ante la Comisión Rockefeller creada por el presidente Ford en 1975. La publicación de esas transcripciones veinte y veinticinco años después de los hechos arroja nueva luz sobre lo que pensaba la CIA tras el asesinato, sobre su propia investigación del asesinato y sobre su fracaso a la hora de informar plenamente a la Comisión Warren.

Las declaraciones se desclasificaron entre 1998 y 2004 al amparo de la Ley de Recopilación de Documentos sobre el Asesinato de John F. Kennedy, aprobada por el Congreso estadounidense en 1992. Muchas de ellas se han publicado en un CD-ROM titulado *Assassination Transcripts of the Church Committee*, disponible online en: http://www.history-matters.com. El trabajo de un hombre de la CIA, John Whitten, que investigó el asesinato por encargo de la agencia, fue localizado en la Biblioteca JFK por el periodista Jefferson Morley en el marco de su investigación para una biografía, de próxima publicación, del jefe de la base de Ciudad de México Win Scott. En 2006, Morley cedió amablemente una copia al autor. Dicho trabajo se menciona en adelante como el Informe Whitten.

18. «Yo creía que era una conspiración»

En 1975, el denominado Comité Electo del Senado para Estudiar las Operaciones Gubernamentales Relativas a las Actividades de Inteligencia (en adelante, el Comité Church) se reunió por primera vez bajo la presidencia del senador Frank Church. Sus investigadores pidieron y obtuvieron declaraciones que se hicieron en secreto, y más tarde obtuvieron también testimonios públicos limitados. Pero el trabajo de valor más duradero es el que se halla en los expedientes

secretos.

El presente capítulo se basa en parte en los testimonios recientemente desclasificados de altos cargos de la CIA; entre ellos, Richard Helms, John Whitten (identificado por el alias de «John Scelso») y James J. Angleton. Todos ellos hicieron declaraciones secretas al Comité Church en 1976, así como a la subsiguiente investigación realizada en 1978 por el Comité Electo de la Cámara sobre Asesinatos (en adelante, CECA). Helms, McCone, Angleton y otros declararon también ante la Comisión Rockefeller creada por el presidente Ford en 1975. La publicación de esas transcripciones veinte y veinticinco años después de los hechos arroja nueva luz sobre lo que pensaba la CIA tras el asesinato, sobre su propia investigación del asesinato y sobre su fracaso a la hora de informar plenamente a la Comisión Warren.

Las declaraciones se desclasificaron entre 1998 y 2004 al amparo de la Ley de Recopilación de Documentos sobre el Asesinato de John F. Kennedy, aprobada por el Congreso estadounidense en 1992. Muchas de ellas se han publicado en un CD-ROM titulado *Assassination Transcripts of the Church Committee*, disponible online en: http://www.history-matters.com. El trabajo de un hombre de la CIA, John Whitten, que investigó el asesinato por encargo de la agencia, fue localizado en la Biblioteca JFK por el periodista Jefferson Morley en el marco de su investigación para una biografía, de próxima publicación, del jefe de la base de Ciudad de México Win Scott. En 2006, Morley cedió amablemente una copia al autor. Dicho trabajo se menciona en adelante como el Informe Whitten.

[1] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 227-229.

[2] Lyndon Johnson, conversación telefónica con Bill Moyers, 26 de diciembre de 1966, LBJL. Muchas de las cintas de la Casa Blanca de Lyndon Johnson relacionadas con el asesinato de Kennedy han sido recopiladas, revisadas, anotadas y publicadas por Max Holland en *The Kennedy Assassination Tapes*, Knopf, Nueva York, 2004. En adelante nos referiremos a este trabajo como «Cintas LBJ/Holland».

[3] *A Look over My Shoulder*, p. 229.

[4] Declaración de Whitten, 1978.

[5] Informe Whitten, sin fecha, pero de diciembre de 1963, CIA/JFKL.

[6] Reunión de McCone de las 23.30 de la noche del 22 de noviembre de 1963, con el

subdirector Carter, Richard Helms, y el director administrativo de la agencia, Red White, que registró en su diario oficial que McCone había cogido al general Carter y le había «dado “un buen cepillado”, manifestándose de lo más insatisfecho con el modo en que se gestionaba la agencia». Diario de L. K. White, 23 de noviembre de 1963, CIA/CREST.

[7] Whitten relató su biografía profesional y describió sus enfrentamientos con Angleton tanto en su declaración de 1976 como en la de 1978; la cita procede de la segunda de ellas.

[8] Declaración de Helms, 9 de agosto de 1978, Comité Especial de la Cámara sobre Asesinatos, Alto Secreto, desclasificado el 1 de mayo de 2001.

[9] . Memorando de McCone, 24 de noviembre de 1963, CIA/CREST; conversación entre Lyndon Johnson y Eisenhower, 27 de agosto de 1965, Cintas LBJ/Holland.

[10] Lyndon Johnson a Weisl, 23 de noviembre de 1963, Cintas LBJ/Holland.

[11] La explicación inocente era que los agentes de la inteligencia soviética en Ciudad de México encubrían su verdadera identidad trabajando de día como funcionarios encargados de expedir visados, tal como hacían los agentes de la CIA en las embajadas estadounidenses de todo el mundo. En unas memorias, el agente de la inteligencia soviética Oleg Nechiporenko decía que primero oyó y luego vio a Oswald pidiendo un visado en su ruso apenas pasable. Al parecer, quería ir a Cuba para salvarse a sí mismo y salvar a Fidel Castro de las fuerzas de la inteligencia estadounidense: «Oswald se hallaba extremadamente agitado y claramente nervioso, especialmente cada vez que mencionaba al FBI, pero de repente se puso histérico, empezó a sollozar, y, entre lágrimas, gritaba: “¡Tengo miedo!… ¡Me matarán! ¡Déjenme entrar!”. Repitiendo una y otra vez que le perseguían y que le estaban siguiendo incluso aquí, en México, se llevó la mano derecha al bolsillo izquierdo de la chaqueta y sacó una pistola, diciendo: “¿Lo ven? Esto es lo que tengo que llevar encima ahora para proteger mi vida”». Nechiporenko, *Passport to Assassination: The NeverBefore-Told Story of Lee Harvey Oswald by the KGB Colonel Who Knew Him*, Birch Lane, Secaucus (NJ), 1993.

[12] La secuencia de los acontecimientos que planteó inicialmente la cuestión de que Cubela podía ser un doble agente aparece reconstruida en «The Investigation of the Assassination of President John F. Kennedy: The Performance of the Intelligence Agencies», informe del Comité Church, 1975, desclasificado en 2000.

[13] Declaración de Angleton, 1978, CECA.

[14] Testimonio de Whitten, 1976.

[15] Testimonio de Helms, agosto de 1978, CECA.

[16] Hoover y DeLoach, citados en «The Investigation of the Assassination of President John F. Kennedy». Este informe secreto del Senado, desclasificado en 2000, veinticinco años después de su elaboración, consideraba que las evidencias «tienden a poner en tela de juicio el proceso por el que la comunidad de la inteligencia proporcionó información a la Comisión Warren». Y concluía: «Resulta dudoso si se puede llegar a confiar en dichas agencias a la hora de investigar sus propias operaciones y su propio rendimiento en situaciones críticas».

[17] Testimonio de Whitten, 1976.

[18] Esta y otras citas de Angleton que aparecen en el presente capítulo proceden de su declaración ante el CECA, el 5 de octubre de 1978, desclasificada en 1998.

[19] Mark habló de su encuentro con Nosenko, un relato hasta entonces no publicado, en una historia oral del Departamento de Estado, FAOH.

[20] Así, por ejemplo, Nosenko dijo que un sargento del ejército de la embajada estadounidense en Moscú, al que identificaba como espía de la KGB, trabajaba como «técnico de máquinas de cifrado». Pero en la transcripción inglesa se le acabó mencionando como mecánico de automóviles. Cuando Nosenko quiso corregir el error, se le acusó de querer

cambiar su historia.

[21] En 2006 apareció por fin un reconocimiento oficial del hecho. Véase «The Angleton Era in CIA», en *A Counterintelligence Reader*, vol. 3, cap. 2, pp. 109-115, disponible online en: http://www.ncix.gov/history/index.html.

[22] Dos años después, dos altos cargos de la CIA harían la crónica del caso: Richards J. Heuer Jr., «Nosenko: Five Paths to Judgement», *Studies in Intelligence*, otoño de 1987, CIA/CSI, y John Limond Hart, *The CIA's Russians*, Naval Institute Press, Annapolis (MD), 2002, pp. 128-160.

[233] . Entrevista a Helms, *Studies in Intelligence*, diciembre de 1993, CIA/CSI.

[24] En 1976 se pidió a John Limond Hart, ex agente de la CIA, que abandonara su retiro para investigar de nuevo el caso Nosenko. Hart había descubierto los engaños de su predecesor como jefe de la base de Seúl, Al Haney, casi un cuarto de siglo antes. Había seguido una destacada trayectoria —jefe de base en Saigón, jefe de recopilación de información de inteligencia exterior en China y Cuba, y jefe de operaciones para Europa occidental. Conocía a Angleton desde 1948, cuando ambos trabajaron juntos en Roma, en la época en que la CIA ganó las elecciones italianas, se iniciaba la guerra fría y Angleton todavía estaba cuerdo. En 1976, los dos hombres estuvieron hablando durante cuatro horas del caso de Yuri Nosenko. Cuando Hart leyó la transcripción al día siguiente, vio que las palabras carecían completamente de sentido. «Quizá a causa de su legendaria ansiedad —escribió Hart —, por entonces la confusa mente de Angleton se había convertido en un revoltijo de desordenadas nimiedades, muchas de ellas totalmente irrelevantes.» Hart calificó el caso Nosenko de auténtica «abominación», lo peor que había encontrado después de toda una vida de trabajar en la inteligencia. Hart, *The CIA's Russians*.

19. «Una ominosa desviación»

[1] Lyndon Johnson al senador Eugene McCarthy, 1 de febrero de 1966, disponible online en: http://www.whitehousetapes.org/clips/1966_0201_lbj_ mccarthy_vietnam.html. Johnson expresó su teoría del «castigo divino» —«que, puesto que el presidente Kennedy había sido en cierto sentido responsable de la muerte de Diem, él, a su vez, también había sido asesinado», tal como lo recordaría Richard Helms— en una reunión celebrada el 19 de diciembre de 1963 con McCone, Helms y Desmond FitzGerald. Lyndon Johnson le repitió esto mismo a Hubert Humphrey, que sería su vicepresidente; a Ralph Duggan, un asesor de la Casa Blanca, y a Pierre Salinger, secretario de prensa de Kennedy.

[2] Memorando de McCone, «Discussion with the President, 13 December9.30 a.m.», desclasificado en octubre de 2002, CIA/CREST. El memorando de McCone proseguía: «Yo le expliqué al presidente [Johnson] que le había dicho a Bobby [Kennedy] que no podía recuperar la intimidad de la relación con el presidente que había tenido con su hermano, puesto que se trataba de una relación de consanguinidad, y no de una relación oficial. Una clase de relación que difícilmente se da entre hermanos y jamás en el ámbito oficial, ni en las empresas ni en el gobierno». Y tampoco se dio entre el nuevo presidente y su fiscal general. Bobby no podía soportar estar en la Casa Blanca con Johnson. «Es mezquino, resentido, cruel; un animal en muchos aspectos», declararía unos meses después, en abril de 1964, en una historia oral para la Biblioteca Kennedy.

[3] Memorandos de McCone, 28 de diciembre de 1963, 13 de enero de 1964 y 20 de

febrero de 1964. Al presidente le preocupaba su propia imagen, y se sintió desconcertado ante la publicación de *The Invisible Government,* el primer *best seller* serio en el que se examinaba la CIA y sus relaciones con la Casa Blanca. En él se revelaba la existencia del Grupo Especial, el comité de altos cargos de la CIA, el Departamento de Estado, el Pentágono y la Casa Blanca que aprobaba la acción encubierta, y dejaba claro que eran los presidentes del país quienes controlaban en última instancia aquellas misiones secretas. El asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy, que presidía el Grupo Especial, consideró que lo mejor sería cambiarle el nombre. Tras rechazar varias sugerencias de su equipo directivo —entre ellas «el Grupo Invisible»—, publicó el Memorando 303 de Acción de Seguridad Nacional, cambiando el nombre del grupo por el de Comité 303.

Los documentos desclasificados del comité muestran que la CIA realizó 163 grandes operaciones encubiertas, algo menos de cinco cada mes, durante el mandato del presidente Kennedy. Con la administración Johnson, se pusieron en marcha 142 grandes operaciones encubiertas hasta febrero de 1967, algo menos de cuatro cada mes. Las deliberaciones de los miembros solían ser meramente formales. En el transcurso de unos días, en la primavera de 1964, aprobaron un envío de armas para el golpe militar que derrocó al gobierno de Brasil —«no queremos ver cómo Brasil se va por el desagüe mientras nosotros nos quedamos esperando a las próximas elecciones»— e hizo un envío extra de 1,25 millones de dólares para alterar las votaciones presidenciales en Chile —«no hay problema, dado que podríamos conseguir más si hiciera falta»—. El presidente Johnson raramente preguntaba por los detalles de tales decisiones, a pesar de que todas ellas tenían el imprimátur de su despacho.

[4] Memorando de McCone, «DCI Briefing of CIA Subcommittees of Senate Armed Services and Senate Appropriations Committees, Friday, 10 January 1964», desclasificado el 15 de diciembre de 2004, CIA/CREST; Harold Ford, *CIA and the Vietnam Policymakers*, 1996, CIA/CSI, disponible online en: http://www.cia.gov/csi/books/vietnam/epis1.html.

[5] . McCone, Helms y Lyman Kirkpatrick, citados en William Colby, memorando oficial, «Meeting on North Vietnam», 9 de enero de 1964, CIA/CREST.

[6] Memorandos de McCone, 22 y 29 de abril de 1964, y 22 de octubre de 1964, CIA/CREST; el segundo aparece también en FRUS, vol. XXXIII, documento 219. Vale la pena reproducirlo, puesto que muestra que el presidente Johnson y John McCone jamás habían mantenido una conversación sustancial en torno a la CIA: «El 22 de octubre me disponía a asistir con la señora McCone al funeral de Herbert Hoover padre. Me llamaron de la Casa Blanca y me advirtieron de que el presidente pedía específicamente que le acompañáramos ... Mientras viajábamos con el presidente tuve ocasión de tratar con él de una serie de asuntos. Los temas principales fueron: *El presidente afirmaba que no sabía demasiado sobre la organización de la CIA* ... Yo subrayé la objetividad de la organización, el hecho de que no tuviera “intereses partidistas” en ningún ámbito, especialmente en los relacionados con la política exterior y la política de defensa. La agencia consideraba que su responsabilidad era la de recopilar información de inteligencia por todos los medios posibles y evaluar minuciosa y objetivamente nuestra propia información de inteligencia y la recogida por todos los demás miembros de la comunidad. *El presidente preguntó por el tamaño de la organización*. Yo le dije que nuestro presupuesto era de alrededor de [*borrado*] y que teníamos unos [*borrado*] empleados. Preguntó por las perspectivas de futuro. Yo le dije que consideraba que la organización se estaba adaptando bastante bien, que la previsión a cinco años vista no indicaba ningún incremento de personal y que los incrementos de presupuesto eran mínimos y atribuibles en gran medida a los aumentos de pagas y salarios y a otras subidas. Le dije que ello era el resultado de una gestión muy cuidadosa, y que confiábamos en “aguantar el tipo” a

menos que se asignaran nuevas tareas a la agencia. Eso sí, necesitaría más gente y más dinero. *El presidente preguntó qué parte de nuestro presupuesto se destinaba a actividades operativas tales como acción política, paramilitar, etc*., y yo le dije que aproximadamente [*borrado*]. *Esa fue la primera oportunidad que tuve de hablar de la agencia con el presidente*. Me pareció que se mostraba interesado e impresionado». Memorando de McCone, «Discussion with the President22 October 1964» (las cursivas son mías).

McCone trató de hacer que el presidente prestara atención al hecho de que el destino de las naciones podía suscitar una fructífera trama de espionaje. Él tenía un par de historias que contar, la mejor de las cuales era esta: un joven jefe de base que respondía al nombre de Clair George, destinado en Bamako (Malí), una de las capitales más oscuras del mundo, obtuvo una información en 1964 de un miembro del gobierno anfitrión. El funcionario africano le dijo que se había enterado por un diplomático de la embajada china de que Pekín iba a realizar su primera prueba nuclear en cuestión de semanas. La información se transmitió directamente al cuartel general de la CIA. Uno de los primeros satélites espía detectó los preparativos para la prueba en el territorio chino. McCone se hizo cargo personalmente del análisis. «Nosotros sabíamos lo que estaban haciendo —recordaría en una historia oral para la Biblioteca LBJ—. Información de inteligencia pura y dura.»

McCone advirtió a la Casa Blanca y a los aliados de Estados Unidos de que los chinos probarían un arma nuclear en un plazo de treinta a sesenta días: «Y el trigésimo primer día explotó la bomba. Hicieron de mí una especie de profeta». Este golpe de la inteligencia se inició, pues, con una noticia procedente del último rincón del mundo, la capital de Malí. Después de eso, Clair George se convirtió en un triunfador. Veinte años después llegaría a ser el jefe del servicio clandestino. Pero McCone no disponía de muchas de estas historias de éxitos.

[7] La DIA constituía «un perfecto ejemplo de cómo no crear una agencia gubernamental», diría el almirante Bobby Ray Inman, que fue su subdirector a mediados de la década de 1970, antes de pasar a dirigir la NSA y de ejercer, brevemente, como subdirector de la central de inteligencia. Bobby R. Inman, «Managing Intelligence for Effective Use», Center for Information Policy Research, Universidad de Harvard, diciembre de 1980.

[8] Transcripción de la conversación telefónica entre el director de la central de inteligencia McCone y el subsecretario de Defensa, 13 de febrero de 1964, FRUS, vol. XXXIII, desclasificada en 2004.

[9] Robert J. Hanyok, «Skunks, Bogies, Silent Hounds, and the Flying Fish: The Gulf of Tonkin Mystery, 2-4 August 1964», *Cryptologic Quarterly*, vol. 19, n.º 4 / vol. 20, n.º 1, invierno de 2000 / primavera de 2001, desclasificado en noviembre de 2005. La revista es una publicación oficial y sumamente restringida de la NSA.

[10] Ocho horas después, el presidente Johnson le preguntaba a McCone: «¿Es que quieren una guerra al atacar a nuestros barcos en medio del golfo de Tonkín?». Y McCone le respondía: «No. Los norvietnamitas están reaccionando defensivamente a nuestros ataques a sus islas costeras. Están respondiendo por mero orgullo».

[11] Historia oral de Ray Cline, LBJL.

[12] Hanyok, «Skunks, Bogies, Silent Hounds, and the Flying Fish».

20. «Más coraje que prudencia»

[1] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 309-311.

[2] Historia oral de Helms, 16 de septiembre de 1981, LBJL.

[3] Lyndon Johnson, citado en Doris Kearns, *Lyndon Johnson and the American Dream*, Harper and Row, Nueva York, 1976, pp. 251-252.

[4] Historia oral de Amory, JFKL.

[5] Historia oral de Robert F. Kennedy, 14 de mayo de 1964, JFKL, incluida en Edwin O. Guthman y Jeffrey Shulman, eds., *Robert Kennedy, in His Own Words: The Unpublished Recollections of the Kennedy Years*, Bantham, Nueva York, 1988, p. 310. El presidente Kennedy creó el Grupo Especial (Contrainsurgencia) el 18 de enero de 1962, al amparo del Memorando 124 de Acción de Seguridad Nacional. La persona que lo dirigiría sería Robert Kennedy —a pesar de la advertencia de McCone de que resultaría «embarazoso para Bobby que se supiera que el fiscal general estaba jugando sucio en favor del comité de contrainsurgencia»—, que crearía todo un revoltijo de programas de alcance mundial en su nombre.

[6] De Silva a Colby, sin fecha, reenviado de Colby a McCone a través de Helms («Subject: Saigon Station Experiment in Counterinsurgency»), 16 de noviembre de 1964; junto al memorando de cobertura de Marshall Carter («McCone's War»), desclasificado el 29 de mayo de 2003, CIA/CREST.

[7] . «DCI Briefing for CIA Subcommittee of House Appropriations Committee, December 5, 1963», desclasificado el 15 de marzo de 2004, CIA/CREST.

[8] McCone, citado en Harold Ford, *CIA and the Vietnam Policymakers*, 1996, CIA/CSI, disponible online en: http://www.cia.gov/csi/books/vitnam/epis1.html.

[9] Peer da Silva, *Sub Rosa: The CIA and the Uses of Intelligence*, Times Books, Nueva York, 1978, pp. 220-254.

[10] George W. Allen, *None So Blind: A Personal Account of the Intelligence Failure in Vietnam*, Ivan R. Dee, Chicago, 2001, pp. 188-194.

[11] Silva, *Sub Rosa*, p. 256.

[12] Cintas de Lyndon B. Johnson, 30 de marzo de 1965, 9.12 de la mañana, LBJL.

[13] Memorandos de McCone, 2 y 20 de abril de 1965, LBJL. Véase también Ford, *CIA and the Vietnam Policymakers*.

[14] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 566. La fuente de información de esta historia es Richard Helms, que lo recordaría vívidamente como algo que Johnson le dijo a John McCloy en una cena celebrada en la residencia de la Casa Blanca. Desde luego, suena bastante a Johnson.

21. «El principio de una larga cuesta abajo»

[1] Cintas LBJ/Holland, 2 de abril de 1965.

[2] Carter, memorando oficial, 2 de abril de 1965, FRUS, 1964-1968, vol. XXXIII, desclasificado en 2004.

[3] Transcripción de la conversación telefónica entre el presidente Johnson y el almirante Raborn, 6 de abril de 1965, 16.26 de la tarde, FRUS, vol. XXXIII, desclasificado en 2004, LBJL.

[4] Cintas de Lyndon B. Johnson, 30 de abril de 1965, 10.50 y 11.30 de la mañana.

[5] Cintas de Lyndon B. Johnson, 30 de abril de 1965, 17.05 de la tarde.

[6] Cline, *Secrets, Spies, and Scholars: Blueprint of the Essential CIA*, Acropolis, Washington, 1976, pp. 211-212.

[7] James Hanrahan, «An Interview with Former CIA Executive Director Lawrence K. "Red" White», *Studies in Intelligence*, vol. 43, n.º 1, invierno de 1999/2000, CIA/CSI.

[8] Transcripción de una conversación telefónica entre el presidente y Russell, ocho de la tarde, 14 de septiembre de 1965, FRUS, vol. XXXIII, desclasificado en 2004, LBJL.

[9] Cintas de Lyndon B. Johnson, 2 de julio de 1965.

[10] Historia oral de William Lair, Vietnam Archive Oral History Project, Texas Tech University, entrevista realizada por Steve Maxner, 11 de diciembre de 2001. Utilizada con el amable permiso del señor Maxner y del Archivo.

[11] Historia oral de Lilley, FAOH.

[12] Colby a Helms, 16 de agosto de 1966, FRUS, 1964-1968, vol. XXVIII. El memorando describe las impresiones de Colby durante su viaje de octubre de 1965.

[13] El relato de Shackley procede de sus memorias póstumas, escritas en colaboración con Richard A. Finney, *Spymaster: My Life in the CIA*, Potomac, Dulles (VA), 2005.

[14] Memorando de la Agencia Central de Inteligencia al Comité 303, 8 de septiembre de 1966, FRUS, 1964-1968, vol. XXVIII, documento 248.

[155] . Donovan inició su etapa de embajador reviviendo la desastrosa Operación Li Mi. Las derrotadas fuerzas nacionalistas chinas se habían establecido en el Triángulo de Oro, en las colinas de la parte oriental de Birmania, en las tierras fronterizas del norte de Tailandia y en la franja occidental de Laos. Se habían convertido en una agresiva fuerza de ocupación y dirigían un próspero tráfico internacional de opio. Donovan los veía como a unos libertadores, y se adhirió a su causa, «proporcionándoles material mientras negaba públicamente cualquier participación de Estados Unidos», en palabras de Kempton B. Jenkins, por entonces un funcionario político del Departamento de Estado destacado en Saigón. La fingida evacuación de las fuerzas de Li Mi, supervisada por Donovan, resultó impresionante: los pilotos de la CIA transportaron a 1.925 hombres y niños del Triángulo de Oro a Taiwán; sin embargo, varios miles de hombres se quedaron. En lugar de combatir a los comunistas, se dispusieron a hacerse con el mercado del opio, construyendo refinerías para elaborar morfina y luego enviando la droga hacia Bangkok. Jenkins realiza un detallado examen de las relaciones de Donovan con la policía y el ejército tailandeses. Historia oral de Jenkins, FAOH. Véase también Frank C. Darling, *Thailand and the United States*, Public Affairs, Washington, 1965, para hacerse una idea de los inicios de la implicación de la CIA en la región después de la guerra de Corea. El creciente poder de la base de la agencia en Laos durante la década de 1950 aparece muy bien descrito en las historias orales (en FAOH) de John Gunther Dean, L. Michael Rives y Christian A. Chapman, todos los cuales trabajaron en la embajada estadounidense en dicho país.

[16] Historia oral de Thomas, FAOH.

[17] Esos objetivos se establecían en el memorando de la CIA preparado para el Comité 303, 28 de septiembre de 1965, y en las actas del Comité 303, 8 de octubre de 1965, FRUS, vol. XXVII.

[18] El 5 de marzo de 1965, en el marco de un debate sobre las operaciones encubiertas en curso en Indonesia, un alto cargo de la CIA declaró al Comité 303 que «la pérdida de una nación de 105 millones a manos del "bando comunista" daría poco sentido a una victoria en Vietnam». Actas del Comité 303, 5 de marzo de 1965. Un memorando independiente de la CIA para el Comité 303, fechado el 23 de febrero de 1965, esboza el programa de acción

encubierta en de sarrollo para Indonesia: «Desde el verano de 1964, [*borrado, pero probablemente la base de Indonesia y/o la división de Extremo Oriente de Colby*] ha colaborado con el Departamento de Estado para formular conceptos y desa rrollar un programa operativo de acción política en Indonesia ... La línea principal de este programa está diseñada para explotar las diferencias internas entre facciones dentro del propio PKI, reforzar la tradicional desconfianza de Indonesia con respecto a la China continental y retratar al PKI como un instrumento del imperialismo de la China roja. Los tipos concretos de actividades previstas incluyen las relaciones encubiertas con (y el apoyo a) los grupos anticomunistas existentes ... [Los programas de acción encubierta en curso incluyen] la acción política en el seno de las organizaciones e instituciones indonesias existentes [y] el entrenamiento encubierto de personal escogido y de civiles, que se situarán en puestos clave ... [Entre los objetivos está el de] preparar a posibles líderes dentro de Indonesia con el propósito de asegurar una sucesión no comunista ordenada tras la muerte de Sukarno o su destitución». Los documentos del Comité 303 están en FRUS, vol. XXVI.

[19] Entrevista de McAvoy con el autor. La documentación sobre el papel de la CIA en Indonesia, incluido el cable del 2 de diciembre de 1965 de Green a Bundy detallando un pago de la agencia a Adam Malik, está en FRUS, 19641968, vol. XXVI, pp. 338-380. El volumen fue oficialmente anulado por la CIA y retirado de la circulación; aunque no antes de que se imprimieran, encuadernaran y enviaran algunos ejemplares. El Archivo de Seguridad Nacional publicó las páginas relevantes en julio de 2001. La entrevista del autor con McAvoy se realizó por teléfono desde la residencia de este en Hawai. El papel crucial de McAvoy como agente de la CIA en Indonesia sería confirmado por tres de sus contemporáneos en la agencia.

[20] Historia oral de Green, FAOH.

[21] Historia oral de Martens, FAOH.

[222] . Memorando de la conversación, 17 de febrero de 1967; reunión en el Despacho Oval de Lyndon B. Johnson con Adam Malik, memorando de la conversación, 27 de septiembre de 1966; ambos en FRUS, 1964-1968, vol. XXVI.

[23] Testimonio de Green, Comité de Relaciones Exteriores del Senado, 30 de enero de 1967, desclasificado en marzo de 2007.

[24] Historia oral de Green, FAOH.

[25] Bundy a Lyndon B. Johnson, «Subject: The CIA», citando una conversación con Clifford, 26 de enero de 1966.

[26] Raborn a Moyers, 14 de febrero de 1966.

[277] . Lyndon B. Johnson a Bundy, 22 de febrero de 1966, cintas de Lyndon B. Johnson, todo ello citado en FRUS, vol. XXXIII, y desclasificado en 2004.

[28] Memorando del NSC a Lyndon B. Johnson, 24 de marzo de 1966; memorando sin fecha para el subdirector de la central de inteligencia, «The 303 Committee, Senior Interdepartamental Group and the Interdepartamental Regional Groups»; «Coordination and Policy Approval of Covert Operations», 23 de febrero de 1967, CIA, todo ello citado en FRUS, vol. XXXIII, y desclasificado en 2004. El documento de 1967 sobre acciones encubiertas ofrece un grado de detalle único. Enumeraba las grandes operaciones encubiertas realizadas hasta la fecha, mostrando el perfeccionamiento del control ejecutivo sobre la CIA:

a) Proyectos aprobados por el DCI con autoridad interna:

(1949-1952) – 81 – administración Truman.

b) Proyectos aprobados por el DCI en coordinación con la Junta de Coordinación de Operaciones o la Junta de Estrategia Psicológica:

(1953-1954) – 66 – administración Eisenhower.

c) Proyectos aprobados o reconfirmados por la Junta de Coordinación de Operaciones, el Grupo Especial o el Comité 303:

Administración Eisenhower – 104. Administración Kennedy – 163. Administración Johnson – 142.

22. «Entonces supimos que no podíamos ganar la guerra fría»

[1] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 311.

[2] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, pp. 20-22.

[3] Memorando del jefe de la división de Extremo Oriente, Agencia Central de Inteligencia, 25 de julio de 1967, FRUS, vol. V.

[4] George W. Allen, *None So Blind: A Personal Account of the Intelligence Failure in Vietnam*, Chicago, Ivan R. Dee, 2001, pp. 213-219. Allen escribió que el propósito de la administración era utilizar información de inteligencia falsa para la «manipulación de la opinión y la persuasión política, con el objetivo de alterar las percepciones para hacerlas coincidir con ciertas nociones, tanto si esas nociones se ven respaldadas por las evidencias como si no». Las prácticas que él identificaba —la falsificación de información de inteligencia secreta para controlar la percepción pública y manipular el apoyo político— posiblemente les sonarán bastante familiares a muchos lectores actuales. Obviamente, los informes de la agencia desde Saigón resultaban tendenciosos, y ese hecho no pasaba desapercibido. En el verano de 1967, la cuestión era si el próximo presidente de Vietnam del Sur sería Thieu o Ky. La decisión última dependía del mando militar vietnamita. La CIA sostenía que los comandantes elegirían a Ky. Por su parte, los funcionarios del Departamento de Estado en Saigón, incluido John Negroponte, el futuro «zar» de la inteligencia estadounidense, estaban convencidos de que sería Thieu. «John me dijo más tarde que el último informe de la CIA —que mantenía la predicción de Ky— se elaboró justo en el momento en que el embajador Lodge era convocado a una reunión con el mando militar, en la que se le informaría de que su candidato sería Thieu —recordaba Robert Oakley, del Departamento de Estado—. La CIA había mantenido una relación muy estrecha con Ky durante bastante tiempo; de modo que mostraban cierta tendencia en su favor, que indudablemente sesgaba sus informes.» Historia oral de Oakley, FAOH.

[5] Cintas de Lyndon B. Johnson, 19 de septiembre de 1966, transcritas en FRUS, vol. IV.

[6] Los comentarios de Komer y la correspondencia entre Helms y Carver se hallan en un conjunto de cables desclasificados entre el cuartel general de la CIA y la base de Saigón que aludían a la controversia sobre el orden de batalla que se produjo en septiembre de 1967, CIA/CREST.

[7] NIE 53-63, citado en Harold P. Ford, «Why CIA Analysts Were So Doubtful About Vietnam», *Studies in Intelligence*, 1997, CIA/CSI.

[8] John Huizenga, «Implications of an Unfavorable Outcome in Vietnam», 11 de septiembre de 1967, CIA/CREST, junto con el memorando de cobertura de Helms, desclasificado en 2004. Huizenga fue jefe de organización de la Oficina de Estimaciones Nacionales de la CIA, y más tarde, director de dicha oficina.

23. «Una bomba H política»

[1] «Problem of Exposé of CIA Clandestine Youth and Student Activities», sin fecha, pero de febrero de 1967, CIA/FOIA.

[2] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 345. Un memorando del 19 de mayo de 1966 de Helms a Moyers (de la Casa Blanca), en el que se detallaban las vidas personales y profesionales de los editores y reporteros de *Ramparts*, fue desclasificado el 13 de noviembre de 2006. Aquella clase de información probablemente quedaba fuera de los estatutos de la CIA.

[3] . En un memorando del 9 de diciembre de 1961, Rusk había pedido al Grupo Especial que abordara los siguientes problemas: «1) actualmente la CIA proporciona cierto respaldo a organizaciones privadas de carácter educativo o filantrópico. 2) Esos fondos encubiertos se convierten en objeto de habladurías, o de certezas, comunes tanto aquí como en el extranjero. 3) Los fondos encubiertos despiertan sospechas en torno a las organizaciones afectadas, y de hecho pueden hacer que se les prohíba la entrada en determinados países. 4) Los fondos encubiertos alejan los fondos procedentes de otras fuentes que no desean verse relacionadas con actividades y objetivos como los de la CIA. 5) En la mayoría de los casos no hay necesidad de ocultar que los fondos los está proporcionando el gobierno estadounidense. 6) Deberían hacerse todos los esfuerzos posibles para pasar del apoyo encubierto al abierto ... 7) ¿Qué puede hacerse al respecto en relación con tales organizaciones como: *a*) la Fundación Asia; *b*) las actividades estudiantiles en África, y *c*) posiblemente otras?». FRUS, vol. XXV.

En la reunión del Comité 303 celebrada el 21 de junio de 1968 para abordar el problema de la Fundación Asia, se señalaba que «nadie puede predecir exactamente qué fondos federales se asignarán, si es que se asigna alguno», para reemplazar la subvención de la CIA. Sin embargo, «en el caso de que hubiera profundos suspiros por los viejos tiempos de la financiación encubierta directa, estos no serían audibles debido al zumbido del aire acondicionado de la Sala de Situación de la Casa Blanca». FRUS, vol. X.

[4] Memorando del subdirector de la Oficina de Inteligencia e Investigación al subsecretario de Estado adjunto para Asuntos Políticos, 15 de febrero de 1967, FRUS, vol. XXXIII, desclasificado en 2004.

[5] Los papeles de Pearson están en la Biblioteca LBJ. Su trabajo apareció en más de seiscientos periódicos estadounidenses, con una tirada conjunta de cincuenta millones de lectores. Lyndon Johnson tenía siempre un espacio en su corazón reservado para Pearson, que había respaldado públicamente su campaña para la nominación demócrata a la presidencia en 1960.

[6] Cintas LBJ/Holland, 20 de febrero de 1967.

[7] Thomas Hughes, revisión del borrador de la NSC 5412, fechada el 17 de abril de 1967, y debatida el 5 de mayo de 1967, FRUS, vol. XXXIII.

[8] Russell, citado en «Briefing by the Director of CIA Subcommittees of the Senate Armed Services and Appropriations», 23 de mayo de 1967, desclasificado el 4 de marzo de 2001, CIA/CREST.

[9] James Hanrahan, «An Interview with Former CIA Executive Director Lawrence K. "Red" White», *Studies in Intelligence*, vol. 43, n.º 1, invierno de 1999/2000, CIA/CSI.

[10] Osborn a Earman, memorando oficial, 4 de octubre de 1967, CIA/FOIA.

[111] . Robert M. Hathaway y Russell Jack Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», 1993, CIA/CSI, desclasificado en febrero de 2007.

[12] John L. Hart, «The Monster Plot: Counterintelligence in the Case of Yuri Ivanovich Nosenko», diciembre de 1976, CIA/CSI.

[13] Hathaway y Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», p. 124.

[14] Memorandos de McCoy a Helms citados en Hathaway y Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», p. 108.

[15] Entrevista de historia oral de Kingsley, 14 de junio de 1984, CIA, citada en Hathaway y Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», p. 123.

[16] Entrevista a Taylor realizada por Hart, en «The Monster Plot», CIA/CSI.

[17] Hathaway y Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», p. 127.

[18] Entrevista de historia oral de Helms, 21 de abril de 1982, citada en Hath away y Smith, «Richard Helms as Director of Central Intelligence», p. 143. La historia de la CIA proporciona una fascinante nota a pie de página sobre las consecuencias de la guerra de los Seis Días de 1967: «James Angleton se sentía cada vez más perturbado por la perspectiva de un ciclo interminable de guerra y más guerra en Oriente Próximo. Teniendo esto en cuenta, elaboró lo que quienes lo vieron recuerdan como un elocuente alegato en favor de que se tomara alguna medida drástica para romper aquella pauta destructiva. En un memorando sin referencia [a Helms, Angleton proponía] una alianza antisoviética integrada por Israel y algunos de los estados árabes conservadores como Jordania y Arabia Saudí. Todo dependía de la urgencia, proseguía Angleton; cuanto más tiempo ocupara Israel los territorios arrebatados a los árabes, menos dispuesto estaría Tel Aviv a renunciar a ellos. [Una sección borrada de la historia trata evidentemente del papel cripto-diplomático desempeñado por Angleton y el jefe de la división de Oriente Próximo, James Critchfield, a la hora de tratar de crear esa alianza.] En ese punto, el Departamento de Estado norteamericano se enteró del plan, y vetó cualquier nueva implicación de Estados Unidos en el proceso. Sin los estadounidenses como intermediarios, el acuerdo se vino abajo. En la resentida opinión de Angleton y Critchfield, se había dejado escapar una oportunidad de posibles proporciones históricas». *Ibid.*, pp. 146-147.

[19] La Operación Ranúnculo se escribe con detalle en FRUS, vols. IV y V.

[20] Esta operación, hasta ahora desconocida, fue descrita por Tom Polgar en una entrevista con el autor.

[21] La Operación Globo fue descrita en varias entrevistas con agentes de la CIA, entre ellos Gerry Gossens.

[22] Testimonio de Helms, Comisión Presidencial sobre Actividades de la CIA (Comisión Rockefeller), pp. 2.497-2.499.

[23] Albert R. Haney, «Observations and Suggestions Concerning the Overseas Internal Security Program», 14 de junio de 1957, NSC Staff Papers, pp. 11-12, DDEL.

[24] Historia oral de Amory, JFKL.

[25] Entrevista de Polgar con el autor.

[26] Memorando para el director, «The Political Role of the Military in Latin America», Office of National Estimates (ONE), 30 de abril de 1968, LBJL. Se trata de una declaración oficial, de 29 páginas de extensión, del presidente de la ONE, Abbot Smith, donde se hace un repaso a las ocho dictaduras militares más recientemente establecidas en Latinoamérica, seis de las cuales se consideraban buenas para los intereses estadounidenses.

[27] Entrevista de Gossens con el autor.

[28] La captura del jefe de la base de la CIA, David Grinwis, se describe en una entrevista inédita con este que se conserva en el Instituto Hoover de la Universidad de Stanford. Grinwis, el cónsul estadounidense Mike Hoyt y dos expertos en comunicaciones de la CIA fueron retenidos durante 114 días antes de ser liberados por paracaidistas belgas. La batalla

entre los cubanos del Che y los cubanos de la CIA aparece mejor descrita en Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002, pp. 137-159.

[29] Los detalles de las acciones encubiertas de la CIA en apoyo de Barrientos entre 1962 y 1966 están en FRUS, vol. XXXI, documentos 147-180, desclasificados en 2004.

[30] Historia oral de Henderson, FAOH.

[31] El informe de Rodríguez desde Bolivia aparece reproducido literalmente en dos memorandos que Helms entregó a la Casa Blanca los días 11 y 13 de octubre de 1967, desclasificados en 2004 y reimpresos en FRUS, vol. XXXI, documentos 171 y 172.

[32] Entrevista de Polgar con el autor.

[33] Oficina de la RAU a Lucius D. Battle, 16 de marzo de 1967, FRUS, vol. XVIII.

[34] Historia oral de Battle, FAOH.

[35] Discurso de Humphrey, citado en una transcripción de Helms, *Studies in Intelligence*, septiembre de 1993.

[36] Memorando del subdirector de Planes de la Agencia Central de Inteligencia (Karamessines) a todos los jefes de organización y jefes de división, 30 de septiembre de 1967, desclasificado en 2004, FRUS, vol. XXXIII.

[37] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 280.

24. «¿Qué demonios hacen esos payasos de Langley?»

[1] . Richard M. Nixon, *Six Crises*, Doubleday, Nueva York, 1962, p. 454. [Hay trad. cast.: *Seis crisis*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967.] Nixon escribió que en 1960 le había declarado sus intenciones a John F. Kennedy.

[2] Registrado en «Notes of Meeting, Johnson City, Texas», 10 de agosto de 1968, 12.25 del mediodía FRUS, vol. VI. Helms se reunió con Nixon por primera vez en noviembre de 1956, cuando él y Allen Dulles informaron al entonces vicepresidente de la sofocada revuelta húngara. En sus memorias póstumas, Helms omite la sesión en el rancho de Johnson aquí descrita, que evidentemente representaba su segundo encuentro cara a cara.

[3] Conversación telefónica entre el todavía presidente Johnson y el nuevo presidente recién elegido Nixon, 8 de noviembre de 1968, 21.23 de la noche, cintas de Lyndon B. Johnson, FRUS, vol. VII.

[4] Entrevista de Helms con Stanley I. Kutler, 14 de julio de 1988, Wisconsin Historical Archives, caja 15, carpeta 16, citado con la amable autorización del profesor Kutler.

[5] Helms, citado en John L. Helgerson, «CIA Briefings of Presidential Candidates», mayo de 1996, CIA/CSI.

[6] Thomas L. Hughes, «Why Kissinger Must Choose Between Nixon and the Country», *New York Times*, 30 de diciembre de 1973.

[7] Informe del Grupo de Estudio de Operaciones Encubiertas, 1 de diciembre de 1968, CIA/CREST. El estudio enlazaba en parte con el informe final de la Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia a Lyndon B. Johnson en diciembre de 1968. La junta calificaba de «insuficientes» los resultados del espionaje estadounidense. Instaba a «una intensificación de los esfuerzos para obtener una información de inteligencia significativa sobre objetivos prioritarios a través de operaciones de recogida de agentes clandestinos».

Recomendaba firmemente que el Comité 303 revisara «todos los programas aprobados de acción encubierta a fin de evaluar los progresos que se hagan, y en los casos apropiados, cancelar los proyectos improductivos». FRUS, vol. X, documento 222.

[8] El memorando, de un solo párrafo, apareció en los expedientes de Red White, quien en 1969 ejercía el cargo de subdirector de apoyo de la central de inteligencia, el jefe administrativo de la agencia. Desclasificado el 15 de mayo de 2003, CIA/CREST.

[9] Memorando de [*borrado*] a Helms, 18 de junio de 1969, FRUS, 19691972, vol. II, documento 191, desclasificado el 21 de diciembre de 2006.

[10] Kissinger a Nixon, «Subject: NIE 11-8-69, "Soviet Strategic Attack Forces"», junto con el memorando de cobertura de Helms anotado por Nixon el 8 de diciembre de 1969, FRUS, 1969-1972, vol. II, documento 198.

[11] *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 382-388.

[12] Ni siquiera las mejores intercepciones de las escuchas electrónicas constituían una verdadera información de inteligencia. En 1968, la CIA y la NSA tenían un programa que recibía el nombre clave de «Gupi», destinado a interceptar las líneas de teléfonos móviles de los líderes rusos en Moscú. En septiembre de 1968, en vísperas de la invasión de Checoslovaquia, el jefe del Pacto de Varsovia telefoneó al líder soviético Leonid Brezhnev desde el aeropuerto moscovita. La CIA escuchó la llamada. «El problema era que ellos no eran tontos y hablaban en clave —ya sabe, "la luna es roja", o alguna otra frase boba—, y nosotros no teníamos ni la menor idea de si eso significaba que la invasión iba adelante o no», explicaría David Fischer, un agente de inteligencia del Departamento de Estado. Historia oral de Fischer, FAOH.

[13] El representante de la KGB y el jefe de base de la CIA en Helsinki habían acordado que ninguno de los dos bandos trataría de infiltrarse en la delegación del otro. «Las consecuencias de ser descubiertos sin duda superarían a cualquier información de inteligencia que pudiera recabarse —explicaría David Fischer, del Departamento de Estado—. Por lo que yo sé, los dos bandos cumplieron el acuerdo. Dios sabe que hubo bastantes oportunidades de atrapar a algún pobre delegado estadounidense con una pechugona rubia finlandesa.» Historia oral de Fischer, FAOH.

[14] En 1979, Howard Stoertz, que por entonces era el responsable de inteligencia nacional para programas estratégicos, informaba de «una serie de imprecisas sobrestimaciones a finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, y una serie de imprecisas subestimaciones a mediados y finales de la de 1960», en el análisis de las fuerzas estratégicas soviéticas por parte de la CIA. Stoertz, memorando para el director, National Foreign Assessment Center, desclasificado en julio de 2006. En marzo de 2001, el director de la central de inteligencia, George J. Tenet, decía: «Todas las estimaciones de inteligencia nacional elaboradas sobre el tema entre 1974 y 1986 ... sobrestimaban el ritmo al que Moscú modernizaba sus fuerzas estratégicas». Observaciones de Tenet, conferencia sobre el análisis de la Unión Soviética por parte de la CIA, Universidad de Princeton.

[15] Helms, memorando oficial, «Talk with President Nixon», 25 de marzo de 1970, FRUS, enero de 1969 – octubre de 1970, vol. XII, documento 147, desclasificado el 19 de diciembre de 2006. En un seguimiento de las propuestas de acción encubierta contra Moscú elaborado el 13 de mayo de 1970, Helms establecía un plan basado en cinco puntos:

- Tensiones chino-soviéticas. El conflicto fronterizo chino-soviético y la lucha mundial por el control de los partidos comunistas hacen a los soviéticos extremadamente susceptibles [*sigue una línea del*

texto original no desclasificada].

- La implicación soviética en Oriente Próximo. Dado que la presencia soviética en Oriente Próximo implica numerosos factores inestables, habrá oportunidades de crear tensiones entre los árabes y los soviéticos.
- Relaciones soviéticas con Europa oriental. El constante crecimiento del nacionalismo en Europa oriental frente a la intervención militar y la explotación económica soviéticas hace de esta zona terreno fértil de cara [*sigue algo menos de una línea del texto original no desclasificada*] a operaciones para aumentar las tensiones entre la Unión Soviética y sus estados vasallos.
- Relaciones soviético-cubanas. El fundado recelo de Castro ante las maniobras soviéticas de cara a dominar la vida política y económica de Cuba, que posiblemente afectaba al propio liderazgo político de Castro, crea una situación que invita [*sigue algo menos de una línea del texto original no desclasificada*] a la manipulación.
- La disidencia interna y el estancamiento económico soviéticos. Fomentando el malestar entre la *intelligentsia* soviética podría ser posible crear presiones que indujeran al Kremlin a reducir sus injerencias externas a fin de concentrarse en >unas situaciones internas críticas.

[16] Helms, «Tensions in the Soviet Union and Eastern Europe: Challenge and Opportunity», sin fecha, pero de primeros de abril de 1970, FRUS, enero de 1960octubre de 1970, vol. XII, documento 149.

[17] Wells Stabler, que fue jefe de la sección política de la embajada estadounidense en París desde 1960 hasta 1965, decía: «Guy Mollet [y otros líderes franceses de la IV República] tenían lo que podría calificarse como una relación fiduciaria con Estados Unidos e incluso recibían cierto apoyo financiero del gobierno estadounidense. Yo solía visitar a Guy Mollet y solíamos tener una agradable charla. Luego sonaba el teléfono, y él se levantaba sonriente y me decía: “Bueno, uno de sus colegas ha venido a verme”. Siempre se producía aquella especie de relevo entre yo mismo y alguien de la base de la CIA en París ... Yo encontraba aquella situación francamente embarazosa». Historia oral de Stabler, FAOH.

[18] El programa iniciado en 1948, tal como se detallaba en el capítulo 3, había costado al menos 65 millones de dólares, según un informe de 1976 del recién creado Comité de Inteligencia de la Cámara. Las actas de la reunión del Comité 303 celebrada el 25 de junio de 1965 afirman: «La propuesta italiana se veía en general como un “mal necesario” y se aprobó con el siguiente comentario: el señor [McGeorge] Bundy, tras deplorar el fracaso crónico de los partidos democráticos italianos a la hora de utilizar sus propios recursos, empleó la expresión de “vergüenza anual”».

El 4 de agosto de 1965, Bundy envió el siguiente memorando al presidente Johnson: «Con los años, Estados Unidos ha ayudado a los partidos políticos democráticos y a los sindicatos italianos en muy alto grado. Durante el período 1955-1965, la cantidad total de ayuda ha estado justo por debajo de [*borrado*]. En los últimos años hemos estado reduciendo esta ayuda, sobre todo debido a que los profesionales estrechamente relacionados con la operación

han llegado a la conclusión de que no hemos sacado un rendimiento pleno a nuestro dinero y de que lo que los partidos políticos italianos necesitan no es tanto el dinero estadounidense como un enérgico liderazgo administrativo. El presidente Kennedy tenía la impresión personal de que las subvenciones políticas en este nivel resultaban excesivas … Paralelamente, por canales independientes y a veces inusuales, [*borrado*] nos han hecho saber que querrían mucho más dinero … Sigue siendo cierto que la batalla anticomunista en Italia es una batalla de política y de recursos; sin embargo, unas sencillas octavillas y unos recursos inteligentemente aplicados son dos cosas completamente distintas». Las actas del Comité 303 y el memorando de Bundy están en FRUS, vol. XII, desclasificado en abril de 2001.

[19] Historia oral de Fina, FAOH.

[20] Historia oral de Robert Barbour, FAOH. El predecesor de Barbour, Samuel Gammon, decía: «Graham les quitaría las alas a las moscas con gusto si fuera necesario como una operación de fuerza». Ambos eran hombres que admiraban a Martin.

[21] Historia oral de Michael E. C. Ely, FAOH.

[22] Historia oral del embajador James Cowles Hart Bonbright, FAOH.

[23] Historia oral de Benson E. L. Timmons III, HSTL. Timmons fue subjefe de la misión del Plan Marshall en París.

[24] Nixon a Kissinger, 14 de febrero de 1969, FRUS, vol. II, documento 298.

[25] Según Richard Gardner, embajador estadounidense en Italia de 1977 a 1981; observaciones de Gardner, Carnegie Council, 19 de enero de 2006. Véanse también las memorias de Gardner, *Mission Italia: On the Front Lines of the Cold War*, Rowman & Littlefield, Lanham (MD), 2005. En 1981, Talenti se unió al personal de la Casa Blanca de Reagan como asesor político sin sueldo. Y estuvo implicado en el caso de tráfico de influencias, hoy olvidado, conocido como «el escándalo Wedtech», que a la larga llevaría a la dimisión del fiscal general estadounidense, Ed Meese.

[26] Historia oral de Wells Stabler, FAOH, y entrevista con el autor.

[27] En abril de 2006 se desclasificó una selección de las actas del Comité 303 que abarcaban los dieciocho primeros meses de la administración Nixon. El respaldo encubierto de la CIA a la Alianza por la Revolución Social de Thieu se inició en septiembre de 1968, cuando el Comité 303 autorizó la primera asignación de dinero por un importe de 725.000 dólares. La mitad de esa suma se le dio a Thieu en entregas parciales entre septiembre de 1968 y marzo de 1969. Documentos citados: memorando para el Comité 303, 29 de agosto de 1968, FRUS, enero-agosto de 1968, vol. VI; Kissinger a Nixon, «Covert Support for the Lien Minh (National Alliance for Social Revolution)», 27 de marzo de 1969; Kissinger a Nixon, «Operations Against Barracks and Storage Facilities in Dien Bien Phu in North Vietnam», 18 de julio de 1969; Kissinger a Nixon, «Operations to Undermine Enemy Morale in Vietnam», 9 de diciembre de 1969; memorando para el Comité 303, 11 de diciembre de 1969, y «Minutes of the Meeting of the 303 Committee, 23 December 1969», FRUS, enero de 1969julio de 1970, vol. VI, documentos 47, 98, 156, 157 y 165.

[28] Memorando oficial, «Subject: Discussion with the President on Tibet», 4 de febrero de 1960, CIA/CREST.

[29] vol. XVII, 1969-1976, documentos 273-280, citando la reunión del 30 de septiembre de 1969 del Comité 303 y la reunión del 31 de marzo de 1971 del Comité 40 (a partir de febrero de 1970 el Comité 303 pasaría a denominarse Comité 40).

[30] Memorando de la conversación entre Kissinger y Chou, FRUS, vol. XVII, 1969-1976, documento 162, desclasificado en septiembre de 2006.

[31] No del todo. Un año después de que Nixon viajara a China, Jim Lilley, de la CIA —

nacido en China, y durante veinte años espía estadounidense en Asia—, propuso su incorporación a la Oficina de Enlace de Estados Unidos en Pekín, que iba a abrirse en poco tiempo, y que sería la primera misión diplomática estadounidense desde que Mao tomara el poder casi un cuarto de siglo antes.

Lilley obtuvo el visto bueno, y durante dos años fue el primer jefe de base en Pekín, pasando en la última época a estar bajo las órdenes de George Bush padre. Eso era antes de que Bush se convirtiera en director de la central de inteligencia, en 1976. El estatus de Lilley como agente de la CIA fue declarado abiertamente al gobierno comunista chino, que lo aceptó con una condición: que no les espiara. Lilley no podría reclutar a agentes para el espionaje ni dirigir operaciones encubiertas, o habría de atenerse a las consecuencias.

Lilley elaboró y guardó una lista cifrada de futuros objetivos para el día en que la CIA pudiera abrir una verdadera base en Pekín. Pero estuvo bloqueado hasta la llegada de Bush. El gregario cripto-diplomático acogió a Lilley bajo sus alas, le llevó a recepciones para que conociera a altos funcionarios chinos, y le presentó al resto del cuerpo diplomático. Bush le dijo: «Quiero que usted forme parte de mi trabajo —según recordaría Lilley—. Quiero trabajar con usted y hacer que forme parte del equipo». Así pues, Lilley hizo amigos entre los futuros líderes de Estados Unidos y de China. Bush y Lilley se apegaron al viceprimer ministro Deng Xiaoping, que más tarde se alzaría como jefe del régimen que tomó el poder tras la muerte de Mao (Deng solía decir que no importaba que un gato fuera blanco o negro con tal de que cazara ratones; habría sido un buen jefe de base). Deng, Bush y Lilley empezaron a colaborar juntos. Los nuevos amigos acordaron en principio recabar información de inteligencia militar, estratégica y tecnológica en contra de la Unión Soviética para cuando llegara el momento oportuno. Más tarde, Bush y Lilley regresarían a China como ciudadanos particulares y convencerían a Deng de que abriera el país a las compañías petrolíferas estadounidenses. El acuerdo de inteligencia se cerraría del todo en 1989, después de que Bush, ya presidente, nombrara a Jim Lilley embajador estadounidense en China.

[32] Los archivos de la Operación Loto, desclasificados en diciembre de 2006, están en FRUS, vol. XX, documentos 2, 120 y 129. El documento 2 —memorando de conversación, «Subject: Lotus», Bangkok, 16 de enero de 1969— es el que sienta las bases de la operación.

[33] vol. XX, documentos 142 y 143 (informe del embajador Len Unger sobre el golpe, y análisis del golpe por Kissinger para Nixon, 17 de noviembre de 1971).

[34] Transcripción de la conversación telefónica entre el presidente Nixon y Henry Kissinger, 17 de abril de 1970, FRUS, vol. VI, enero de 1969-julio de 1970.

[35] Nixon a Kissinger, 20 de abril de 1970, FRUS, vol. VI, enero de 1969-julio de 1970.

[36] «Record of President's Meeting with the Foreign Intelligence Advisory Board», 18 de julio de 1970, FRUS, enero de 1969-julio de 1970, vol. VI, desclasificado en abril de 2006.

[37] *Ibid.*

[38] «Record of President's Meeting with the Foreign Intelligence Advis ory Board», 18 de julio de 1970, FRUS, 1969-1972, vol. II, desclasificado en diciembre de 2006. Aquí podemos ver un ejemplo de la futilidad del secretismo oficial. El documento fue desclasificado dos veces de dos maneras distintas. La primera revelaba el presupuesto de inteligencia en 1970: 6.000 millones de dólares. La segunda ocultaba ese dato por razones de seguridad nacional, pero en cambio revelaba más de las críticas de Nixon que la anterior. En este caso, el autor aplaude la incoherencia de los censores gubernamentales.

25. «El gobierno estadounidense quiere una solución militar»

[1] Uno era Costa Rica, cuya democracia fue establecida en 1949 por José Figueres Ferrer, conocido como «don Pepe». En 1970, este acababa de ser reelegido presidente por tercera vez. Estaba casado con una estadounidense, hablaba un inglés excelente, y en algunas ocasiones, a lo largo de los años, había aceptado dinero de la CIA, un hecho que él mismo reconocería abiertamente más tarde.

«Yo conspiraba contra las dictaduras latinoamericanas y quería la ayuda de Estados Unidos —declararía al *New York Times*—. Era un buen amigo de Allen Dulles.» La agencia creía que había comprado a Figueres, pero en realidad solo le había alquilado.

A principios de 1970, el embajador estadounidense era un diplomático de carrera llamado Clarence Boonstra, mientras que el recién llegado jefe de base era un hombre de origen cubano, de sesenta años de edad y bebedor empedernido, llamado Earl Williamson. «Earl había trabajado conmigo en Cuba años antes —diría el embajador Boonstra en una historia oral—. Cuando le propusieron como jefe de base, yo me opuse a ello a menos que trabajara bajo mis órdenes y no hiciera lo que tenía fama de hacer, estropeando las cosas con una acción encubierta innecesaria: [con sus] tejemanejes.» Entonces Nixon nombró a un nuevo embajador, Walter Ploeser, un derrotado congresista republicano experto en recaudar fondos con fines políticos. Pero de repente surgió la amenaza roja. «Durante un tiempo, Costa Rica había estado planeando la posibilidad de permitir que la Unión Soviética estableciera una embajada en el país —explicaría el embajador Boonstra—. Eso era lo que Costa Rica representaba: democracia y apertura a todo el mundo.»

El nuevo enviado y su jefe de base tenían la equivocada impresión de que existía «un gran plan comunista para hacer de Costa Rica un punto central de subversión en el hemisferio —diría el embajador Boonstra—. E iniciaron toda clase de acciones, realizando una cruzada». Trabajaron para derrocar al recién instaurado presidente de Costa Rica, pero fracasaron miserablemente. El jefe de base, en medio de una farra con sus amigos costarricenses, proclamó que los días de don Pepe en el poder tocaban a su fin. No tardó en correrse la voz, hasta llegar a oídos del propio presidente. Este denunció públicamente la existencia de un complot para derrocarle, identificó públicamente al jefe de la base de la CIA, le declaró públicamente persona non grata y le expulsó del país no menos públicamente.

Los «tejemanejes» de los jefes de base de la CIA como Earl Williamson difícilmente podían calificarse de acción encubierta. «En toda Latinoamérica existe una creciente sensibilidad ... a las acusaciones de intervención de la CIA en los asuntos latinoamericanos —escribía un analista de inteligencia del Departamento de Estado en marzo de 1970—. Esa sensibilidad es especialmente aguda en Chile.»

Si durante toda la guerra fría la agencia puso dinero, armas e información de inteligencia en manos de golpistas, lo mismo hicieron los soviéticos. Si la agencia organizó operaciones encubiertas que llevaron a la muerte, el encarcelamiento y la tortura de civiles inocentes, el enemigo hizo lo mismo. Si el dinero estadounidense compró elecciones en todo el mundo, también el Kremlin tuvo sus propios maletines negros. Sin embargo, el denominado «patio trasero» de Estados Unidos resultó ser un terreno especialmente difícil para Moscú. «Latinoamérica es una esfera de especial interés para Estados Unidos —escribía el jefe de la KGB y futuro líder de la Unión Soviética Yuri Andropov durante la administración Nixon—. Debemos recordarlo. Nuestra política en Latinoamérica ha de ser cautelosa.» Andropov, citado en Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The World Was Going Our Way: The KGB and the Battle for the Third World*, Basic Books, Nueva York, 2005, p. 77.

[2] A menos que se indique lo contrario, las citas sobre la operación del presente capítulo proceden de una colección de documentos de la CIA desclasificados entre 1999 y 2003, disponibles online en: http://www.foia.state.gov/ SearchColls/CIA.asp. Véase también Peter Kornbluth, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, New Press, Nueva York, 2004.

[3] Los expedientes de la CIA dan algunos indicios de parte de la campaña encubierta para alterar las elecciones de 1964. En un memorando para el Comité 303 redactado el 21 de julio de ese mismo año, la CIA proponía una suma adicional de 500.000 dólares para derrotar a Allende. El dinero permitiría al democratacristiano Eduardo Frei Montalva «mantener el paso y el ritmo de su esfuerzo electoral», y permitir a la CIA afrontar cualquier «contingencia de última hora». El 23 de julio de 1964, el Comité 303 aprobó la propuesta. En un memorando a McGeorge Bundy, el agente de la CIA Peter Jessup decía: «No podemos permitirnos perder estas [elecciones], de modo que en este caso no creo que deba haber recortes económicos. Nosotros suponemos que los comunistas están metiendo pasta, pero no tenemos pruebas. Ellos deben de suponer que nosotros estamos metiendo pasta pero no tienen pruebas. Así que metámosla hasta el fondo». El secretario de Estado Rusk informó a Lyndon B. Johnson sobre las elecciones chilenas en una reunión del NSC celebrada el primero de septiembre: «Parecía que en las elecciones del 4 de septiembre iba a producirse una victoria de las fuerzas no comunistas, en parte como resultado del buen trabajo de la CIA; ello representaría un triunfo de la democracia y un golpe al comunismo en Latinoamérica». Con 300.000 dólares asignados a la derrota de Allende en 1970, probablemente la CIA estaba gastando en Chile el doble que la KGB. Los archivos de la inteligencia soviética sugieren que Allende recibió al menos 50.000 dólares de Moscú y otros 100.000 en fondos soviéticos blanqueados a través del Partido Comunista de Chile. El problema con Allende, a ojos del Kremlin, era que se trataba de un socialista burgués, de un revolucionario de salón, y no de un auténtico comunista.

[4] La relación entre la CIA y la Santa Sede ha sido muy profunda desde 1947, pero sigue siendo no menos oscura. El singular informe «Report on CIA Chilean Task Force Activities, 15 September to 3 November 1970» revelaba e ilustraba esta pequeña faceta.

[5] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, p. 400. En sus memorias, Helms califica a Chile (al de antes de 1970) como «un pequeño país democrático». Un viejo chascarrillo del periodismo británico (también anterior a 1970) afirmaba que el titular más insulso del mundo era: «Pequeño temblor en Chile. Pocos muertos».[*]

[6] Observaciones de Edward M. Korry, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, 16 de octubre de 1996. Publicadas en la revista *Estudios Públicos*, primavera de 1998.

[7] Entrevista de Helms con Stanley I. Kutler, 14 de julio de 1988, Wisconsin Historical Archives, caja 15, carpeta 16, citado con la amable autorización del profesor Kutler.

[8] Entrevista de Polgar con el autor.

[9] Y se complementó con cientos de miles de dólares de la multinacional estadounidense ITT, que poseía extensas propiedades en Chile. El dinero se entregó siguiendo las directrices de la CIA y a instancias de un miembro del consejo de administración de ITT, John McCone.

[10] Testimonio de Phillips, Comité Church, 13 de julio de 1975, desclasificado en 1994.

[11] Haig a Kissinger, 7 de diciembre de 1970, FRUS, 1969-1976, vol. II, documento 220.

[12] Nixon a Kissinger, 30 de noviembre de 1970 [Haig, citado en nota a pie de página], FRUS, 1969-1976, vol. II, documento 216, desclasificado el 21 de diciembre de 2006.

[13] Haig a Kissinger, 7 de diciembre de 1970, FRUS, 1969-1976, vol. II, documento 220.

[14] Historia oral de Shultz, en Gerald S. Strober y Deborah Hart Strober, *Nixon: An Oral*

History of His Presidency, HarperCollins, Nueva York, 1994, p. 83. Este libro constituye un inestimable recurso, al igual que la historia oral de los Strober sobre la administración Reagan.

[15] K. Wayne Smith a Kissinger, «Presidential Meeting with OMB on Intelligence Budget», 21 de diciembre de 1970, FRUS, vol. II, documento 221. Nixon siguió presionando para que se hicieran recortes profundos y cambios radicales en la agencia. «Yo deseaba una auténtica reestructuración en la CIA, no algo meramente simbólico», le diría a Kissinger en una nota escrita el 21 de enero de 1971. FRUS, vol. II, documento 224.

[16] Schlesinger fue uno de los integrantes de un cuarteto de hombres que accedieron al poder hostigando al gobierno por orden de Nixon:

- Caspar Weinberger, jefe de Schlesinger en la oficina presupuestaria, favoreció el estado del bienestar durante la administración Nixon. Una década después duplicaría el gasto del Pentágono como secretario de Defensa de Ronald Reagan.
- Donald Rumsfeld libró la guerra contra la pobreza de Nixon desde la Oficina de Oportunidades Económicas. En 1975 sucedería a Schlesinger en el Pentágono, convirtiéndose en el secretario de Defensa más joven de toda la historia de Estados Unidos.
- Dick Cheney, en su época un congresista partidario de los recortes presupuestarios, sucedió a Rumsfeld como jefe de estado mayor de la Casa Blanca del presidente Ford, y más tarde, en 1989, sucedería a Weinberger como secretario de Defensa. En el momento de redactar estas líneas es el vicepresidente de Estados Unidos y el virrey de las operaciones secretas del gobierno estadounidense.
- Rumsfeld volvería como secretario de Defensa durante la segunda administración Bush, convirtiéndose en el secretario de Defensa de más edad de toda la historia de Estados Unidos y presidiendo un *establishment* que gastaba medio billón de dólares anuales.

Ese fue el camino hacia el poder de los cuatro hombres de Nixon que dirigieron el Pentágono veintidós de los veintitrés años transcurridos de 1973 a 2006. Y los cuatro llegaron a compartir el desprecio del presidente por la Agencia Central de Inteligencia.

[17] Una revisión —muy típica de Nixon— del rendimiento de la CIA en ese papel seguiría a la orden del presidente de iniciar una campaña propagandística mundial en favor del renovado bombardeo de Vietnam del Norte. El «rendimiento [de la agencia] en el ámbito de la guerra psicológica es poco menos que vergonzoso —escribía Nixon en un memorando a Kissinger y Haig el 9 de mayo de 1972—. No produjo mucho más que un ratón. O por decirlo más honestamente, produjo una rata ... No culpo simplemente a Helms y a la CIA. Al fin y al cabo, no respaldan mis políticas».

[18] James R. Schlesinger, «A Review of the Intelligence Community», Alto Secreto, 10 de marzo de 1971, desclasificado con supresiones en 1998, CIA/NARA. El informe subrayaba una serie de ideas que serían cruciales para la supresión del puesto de director de la central de inteligencia a partir del 11-S: el DCI presidía una serie de reinos de taifas, y no una confederación de estados. Su autoridad sobre el imperio de la inteligencia más allá de la CIA resultaba inexistente. Schlesinger sugería la creación de un nuevo puesto: un director de

inteligencia nacional, con verdadera autoridad sobre todas las tribus y feudos. Aún no había llegado el momento propicio para un debate abierto sobre la CIA. Habrían de pasar treinta y tres años antes de que la idea fuera aceptada y puesta en práctica.

[19] Haig a Kissinger, con un anexo de Kissinger y Shultz a Nixon, «Review of the Intelligence Community», 27 de marzo de 1971, FRUS, vol. II, documento 229. La disputa llevó a la creación de un Comité de Inteligencia del Consejo de Seguridad Nacional —dirigido, obviamente, por Kissinger—, que se suponía que iba a hacerse cargo de la gestión de la inteligencia estadounidense. El comité se reunió por primera vez el 3 de diciembre de 1971; no volvería a hacerlo ni en lo que quedaba de 1971 ni durante todo el año de 1972.

[20] Memorando del presidente Nixon, «Organization and Management of the U. S. Foreign Intelligence Community», 5 de noviembre de 1971, FRUS, vol. II, documento 242. Helms forzó al subdirector Cushman por dos razones. En primer lugar, para proteger a la agencia de Richard Nixon, y en segundo lugar, debido al inadecuado apoyo que Cushman le había dado al veterano de la CIA y futuro presidiario E. Howard Hunt, uno de los «fontaneros» del Watergate. Helms envió una fría nota a Nixon el 3 de diciembre de 1971, el mismo día en que se reunía por primera vez el ya mencionado Comité de Inteligencia del NSC. «Le adjunto una copia de la clase de delegación de autoridad al subdirector de la central de inteligencia que parecería estar de acuerdo con su directiva —le decía—. Cuando el sustituto del general Cushman esté lo suficientemente adoctrinado, le firmaré un papel como este.» Dicho sustituto, el general Vernon Walters, asumió el cargo seis meses después, el 2 de mayo de 1972. La cuestión pronto se vio superada por los acontecimientos desencadenados por Howard Hunt y el asunto Watergate.

[21] Comentarios de Nixon en la reunión presupuestaria celebrada el 23 de julio de 1971 en la Casa Blanca, citados en *The Haldeman Diaries: Inside the Nixon White House, The Complete Multimedia Edition*, en CD-ROM, Sony Electronic Publishing, 1994, entrada del 25 de julio de 1971. Durante el año siguiente, Nixon mantuvo la presión en favor de una purga. «Un departamento que necesita especialmente una limpieza a fondo es la CIA —le escribía a Haldeman el 18 de mayo de 1972—. El problema en la CIA es una burocracia agarrotada que ha paralizado por completo su cerebro, y otro es el hecho de que su personal, exactamente igual que el personal de[l Departamento de] Estado, es principalmente del entorno de la Ivy League y de Georgetown [es decir, elitista], en lugar del tipo de personas que tenemos en las fuerzas armadas y en el FBI. Quiero que se haga inmediatamente un estudio acerca de a cuántas personas se podría eliminar de la CIA por la acción presidencial ... Quiero que se inicie de inmediato una acción, a través de[l director presupuestario Caspar] Weinberger, de cara a una reducción en masa del 50 por ciento de todos los puestos en los grupos ejecutivos de la CIA. Esta reducción en masa debería realizarse a finales de año para luego poder conseguir a gente mejor. Por supuesto, la reducción en masa debería realizarse únicamente sobre la base de que resulta necesaria por razones presupuestarias, pero ustedes sabrán la verdadera razón y quiero que se realice alguna acción para abordar el problema.»

[22] Testimonio de Phillips, Comité Church.

26. «¡Nos va a caer una buena encima...!»

[1] Entre el 16 de febrero de 1971 y el 12 de julio de 1973, el presidente Nixon grabó en secreto más de 3.700 horas de sus reuniones y conversaciones con micrófonos ocultos

activados por la voz y colocados tanto en la Casa Blanca como en Camp David. Tomó esta decisión, en parte, para preservar un registro que le protegiera contra las inevitables memorias de Henry Kissinger.

Nixon culpaba a Kissinger de la decisión de intervenir las conversaciones de los asesores de la Casa Blanca para poner fin a las filtraciones de prensa. «Henry ordenó todo ese maldito asunto —le diría el presidente a su secretario de prensa, Ronald L. Ziegler, el 14 de mayo de 1973—. Él lo ordenó todo, créame. Era él quien estaba en mi despacho dando brincos de un lado a otro: "Hay que filtrar esto y aquello". Yo le dije: de acuerdo, investiga a esos hijos de puta —añadiría el presidente, elevando la voz hasta gritar—. Y leyó todas y cada una de las grabaciones. Él disfrutaba con ello, se regodeaba en ello, se revolcaba en ello.»

[2] Obviamente, ningún presidente estaba libre de hacer alguna pequeña filtración cuando así le convenía, tal como demuestra la siguiente conversación. El tema del «informe Helms» era la primera ministra de la India, Indira Gandhi, a la que Nixon aludía como «esa zorra», y cuyo liderazgo era el objeto de un estudio de alto secreto que Helms había entregado a la Casa Blanca:

NIXON: Por cierto, ese «informe Helms», déme una copia de él. Voy a darlo a la prensa ... Publique ese maldito asunto ... Quiero ese informe de Helms en manos de un columnista que lo imprima entero. Quiero que lo filtre ... Así es como juegan ellos. Así es como vamos a jugar nosotros. ¿No está de acuerdo?

KISSINGER: Sí, lo estoy.

NIXON: Solo asegúrese de alejarlo todo lo posible de la Casa Blanca.

KISSINGER: De acuerdo. Haré que se haga hoy.

Transcripción de la conversación, 6 de diciembre de 1971, 16.14-16.38 de la tarde, FRUS, 1969-1972, vol. E-7, desclasificado en junio de 2005.

[3] Historia oral de Sam Hart, FAOH.

[4] Historia oral de Barker, en Gerald S. Strober y Deborah Hart Strober, *Nixon*: *An Oral History of His Presidency*, HarperCollins, Nueva York, 1994, p. 217.

[5] La conversación se grabó en el cuartel general de la CIA; luego la acusación del caso Watergate consiguió la cinta, y actualmente la transcripción se halla en los Archivos Nacionales de Estados Unidos.

[6] Historia oral de Walters, en Strober y Strober, *Nixon*: *An Oral History*, p. 60. En la década de 1950, Walters, que hablaba nueve idiomas, había sido asesor del presidente Eisenhower y había actuado como intérprete para este, para el vicepresidente Nixon y para varios altos funcionarios de los departamentos de Estado y de Defensa. Entre 1960 y 1962 había sido agregado militar y enlace con la CIA en Italia, mientras que de 1962 a 1967 había ejercido las mismas funciones en Brasil, donde había ayudado a fomentar un golpe militar. Cuando fue agregado de defensa en Francia, entre 1967 y 1972, su papel resultó clave en las negociaciones realizadas antes y durante las conversaciones de paz de París. Nixon admiraba a Walters desde el día en que este había ayudado a salvarle de una airada turba durante un viaje a Caracas, en 1958.

[7] Richard Helms y William Hood, *A Look over My Shoulder: A Life in the Central Intelligence Agency*, Random House, Nueva York, 2003, pp. 3-5.

[8] Colby, citado en Strober y Strober, *Nixon: An Oral History*, p. 312.

[9] Entrevista de Helms con Stanley I. Kutler, 14 de julio de 1988, Wisconsin Historical Archives, caja 15, carpeta 16, citado con la amable autorización del profesor Kutler. En esta entrevista, Helms relataba una conversación que ilustraba lo cerca que estuvo su nuevo subdirector de colaborar con la demanda de dinero para sobornos. Antes de su tercera y

última reunión con Dean en la Casa Blanca, Vernon Walters se dirigió a Helms y le dijo: «Mire, suponga que cedo. Lo peor que puede pasar es que me echen, o que tenga de dimitir». Walters no había entendido la situación, no había captado el hecho de que la agencia se hallaba en peligro extremo. «Llevaba seis semanas. No sabía lo que pasaba —diría Helms—. Probablemente ni siquiera sabía que la agencia disponía de fondos reservados.»

El biógrafo de Helms, Thomas Powers, escribía a finales de la década de 1970 que «el papel de la CIA en el Watergate va a ser objeto de debate por los siglos de los siglos». El principal cronista del Watergate, Stanley Kutler, escribía a comienzos de la década de 1990 que el papel de la agencia «parece destinado a permanecer en la sombra». Pero hoy las cosas están mucho más claras. El empleo de seis antiguos hombres de la CIA en el allanamiento del Watergate formaba parte del hábito de la administración Nixon de llevar a cabo operaciones clandestinas fuera de la Casa Blanca. Nixon trató de utilizar a la CIA para contener al FBI. Y lo logró, aunque solo muy brevemente. Helms y Walters se quejaron de la orden del presidente de mantener la tapadera durante dieciséis días como mucho. La tapadera habría funcionado si Helms lo hubiera arriesgado todo; pero fracasó porque este apreciaba a la CIA más de lo que apreciaba a Richard Nixon.

[10] FRUS, vol. II, documento 284, nota editorial.

[11] 10 de noviembre de 1972, anotación en *The Haldeman Diaries: Inside the Nixon White House, The Complete Multimedia Edition*, en CD-ROM, Sony Electronic Publishing, 1994.

[12] Cintas de la Casa Blanca, conversación entre Nixon y Kissinger, Despacho Oval, 13 de noviembre de 1972, National Archives.

[13] 21 de noviembre de 1972, anotación en *The Haldeman Diaries*.

[14] Entrevista de Helms con Kutler.

[15] Transcripción de la entrevista de Nixon con Frank Gannon, Walter J. Brown Media Archives, Universidad de Georgia, disponible online en: http://www.libs.uga.edu/media/collections/nixon. Gannon entrevistó a Nixon durante nueve días en 1983; en 2002 se publicaron las transcripciones íntegras de la entrevista.

[16] Entrevista de Helms con Kutler.

[17] John L. Helgerson, *Getting to Know the President: CIA Briefings of Presidential Candidates, 1952-1992*, Center for the Study of Intelligence, CIA, Washington 1995. Nixon había aumentado en más del doble el personal del cuartel general de la agencia.

[18] Cintas de la Casa Blanca, Despacho Oval, 27 de diciembre de 1972. En su memorando grabado, Nixon subrayaba «la necesidad de mejorar la calidad así como de reducir la cantidad de los altos cargos de inteligencia dentro de la propia CIA. La CIA, como el Departamento de Estado, es básicamente un *establishment* burocrático liberal. Quiero ver su personal reducido al menos en la mitad —no, al menos en un 35 a un 40 por ciento—, y quiero una mejora definitiva en cuanto a las actitudes de quienes están en la CIA con respecto a nuestra política exterior».

[19] Historia oral de Halpern, en Ralph E. Weber, ed., *Spymasters: Ten CIA Officers in Their Own Words*, Scholarly Resources, Wilmington (DE), 1999, p. 128.

27. «Cambiar el concepto del servicio secreto»

[1] Colby, *Honorable Men: My Life in the CIA*, Simon and Schuster, Nueva York, 1978. Mi descripción de este pasaje de la historia de la CIA está influido por varias entrevistas con Bill

Colby realizadas tanto en persona como por teléfono entre 1988 y la semana antes de su muerte, en 1996.

[2] Hoy sabemos que en aquella época hubo algunas infiltraciones de bajo nivel en la CIA. Un analista llamado Larry Wu-tai Chin había estado espiando para China durante veinte años sin ser descubierto. Las mejores evidencias de las que hoy disponemos sugieren que ninguno de los topos era soviético. Pero en opinión de Angleton, la falta de evidencias de algo no suponía una evidencia de que ese algo no existiera.

[3] Schlesinger, citado en Douglas F. Garthoff, «Directors of Central Intelligence as Leaders of the U.S. Intelligence Community, 1946-2005», 2006, CIA/CSI.

[4] Schlesinger dice hoy que él no pretendía que la gente se tomara esa orden al pie de la letra, y que a él jamás se le habría ocurrido que alguien efectivamente la llevara a cabo. Pero resulta inconcebible que los agentes de la CIA ignoraran una orden legal de un director.

[5] La base legal que permitía a la agencia realizar una acción encubierta dependía de una directriz legítima del Consejo de Seguridad Nacional, de un entendimiento claro entre el presidente y el director de la central de inteligencia, y de un mínimo de supervisión por parte del Congreso. En 1973 esa relación tripartita resultaba íntegramente disfuncional. Los poderes del asesor de seguridad nacional —un puesto meramente administrativo que no tenía ninguna base legal— consistían por entonces en todo aquello en lo que este pudiera conseguir en secreto.

[6] De hecho confiaba en los cuatro miembros del Congreso a los que había de informar, los presidentes de los subcomités del Senado y de la Cámara que manejaban el presupuesto de la CIA. No tenía nada que temer de ellos. El subcomité del Senado se había reunido exactamente una vez desde el otoño de 1970.

[7] Declaración de Colby, Comité Electo de la Cámara sobre Inteligencia, 4 de agosto de 1975. La CIA había informado de que no había «indicadores ni militares ni políticos de que Egipto tuviera intenciones o se preparara para reanudar las hostilidades contra Israel».

[8] Citado en Mary O. McCarthy, «The Mission to Warn: Disaster Looms», *Defense Intelligence Journal*, vol. 7, n.º 2, 1998. En el momento de publicar este libro, McCarthy era directora de programas de inteligencia en el estado mayor del Consejo de Seguridad Nacional; entre 1994 y 1996 había sido agente de inteligencia nacional responsable de alertas.

28. «La CIA sería destruida»

[1] Ford, en las actas de las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, 7 de octubre de 1974, GRFL.

[2] en *Ibid*.

[3] Colby, citado en John L. Helgerson, *Getting to Know the President: CIA Briefings of Presidential Candidates, 1952-1992*, CIA/CSI.

[4] Testimonio de Angleton, audiencias del Comité Church, 23 de septiembre de 1975.

[5] Historia oral de Silberman, FAOH.

[6] Helms había quedado atrapado entre la verdad y el secretismo. Al testificar ante el Congreso antes de su nombramiento como embajador estadounidense en Irán, en 1973, había mentido con relación a lo que la CIA había y no había hecho para derrocar al gobierno electo chileno. Durante sus primeros cuatro años como embajador, había recibido constantes órdenes de viajar a Washington por parte de diversos comités del Congreso e investigadores

criminales, así como de los altos conciliábulos de la Casa Blanca. Humillado, pero desafiante, el 4 de noviembre de 1977 Helms compareció ante un juez federal en Washington, que le condenó a dos años de libertad condicional y a pagar una multa de 2.000 dólares en lugar de hacerlo por ocho cargos de delito mayor. Aceptó el cargo de delito menor de no haber declarado toda la verdad ante el Congreso; una mentirijilla, un pecado de omisión, ya que Helms argumentó que, como director, se hallaba obligado por un juramento de índole superior, el de proteger los secretos de la nación. La administración Carter había estado sopesando el proceso y había decidido dejar que prosiguiera. El tribunal determinó que los dictados de la Constitución y las leyes de Estados Unidos estaban por encima de la fuerza del secretismo.

[7] Memorando de la conversación, 3 de enero de 1975, GRFL.

[8] Memorando de la conversación, 4 de enero de 1975, GRFL. Las notas de esta reunión se desclasificaron en diciembre de 2002:

FORD: Colby ha ido a Silberman no solo con este informe, sino con muchas otras acusaciones.

ROCKEFELLER: ¿A petición suya?

FORD: Sin mi conocimiento...

[Kissinger describe el libro «de los horrores».]

FORD: Nos preocupa que la CIA pueda ser destruida ... Y Helms cree que Colby le ha estafado; Helms ha dejado claro que, si hubiera que arrojar críticas, él arrojaría unas cuantas.

KISSINGER: Y Colby ha llevado ante la Justicia la cuestión del posible perjurio de Helms.

ROCKEFELLER: Lo que plantea serias cuestiones sobre su capacidad de juicio.

FORD: Lo discutimos, y decidimos que en ese momento no podíamos echarle.

[9] Historia oral de Gerald R. Ford, 8 de julio de 2003, JFKL.

[10] Memorando de la conversación, 21 de febrero de 1975, GRFL.

[11] Memorando de la conversación, 28 de marzo de 1975, GRFL.

29. «Aquí se despide Saigón»

[1] Actas del Grupo de Acciones Especiales de Washington, 2 de abril de 1975, desclasificadas el 7 de septiembre de 2004. Unos días después de esta conversación cayó Camboya. El embajador estadounidense, John Gunther Dean, y el jefe de base de la CIA, David Whipple, tenían una percepción mucho más acertada de la situación que les rodeaba que sus colegas de Saigón. «La CIA tenía bastante idea acerca de las bases y de los líderes de los jemeres rojos —relataría Dean—. David Whipple ... nos proporcionó documentación sobre algunos de los bárbaros actos que estaban cometiendo los jemeres rojos antes de abril de 1975.» Historia oral de Dean, FAOH.

[2] Entrevista de Polgar con el autor. Cuando pasó a ocupar el puesto de Ted Shackley, en enero de 1972, Polgar mandaba sobre quinientos cincuenta agentes de la CIA, doscientos de ellos de operaciones encubiertas. Sus instrucciones por parte de Nixon y Kissinger fueron constantes después de que se firmaran los acuerdos de paz de París en 1973: «Continuar la guerra por otros medios para preservar un Vietnam no comunista». Polgar había presenciado de primera mano algunos de los esfuerzos diplomáticos por los que Henry Kissinger había sido galardonado con el premio Nobel de la Paz. El gran estratega había negociado los términos de un acuerdo de paz y de un alto el fuego con Vietnam del Norte semanas antes de las

elecciones presidenciales estadounidenses de 1972, y sin la aprobación del presidente de Vietnam del Sur, el corrupto Nguyen Van Thieu. En Saigón, en una cena a la que asistieron Kissinger, su ayudante John Negroponte y el embajador estadounidense Ellsworth Bunker, Kissinger dio instrucciones personalmente a Polgar de «presionar a Thieu» a través de los activos de los que disponía la CIA entre los militares survietnamitas. Polgar respondió que la orden de Kissinger no tenía sentido, en Saigón las cosas ya no funcionaban así. Y todavía tendría menos sentido después de que Kissinger filtrara la historia de sus negociaciones secretas a uno de sus periodistas preferidos, un redactor de *Newsweek*. El reportero envió la historia por cable desde Saigón, y el servicio de inteligencia de Vietnam del Sur la interceptó y entregó sendas copias tanto al presidente Thieu como a Tom Polgar. Luego el jefe de base se la mostró a Kissinger, que respondió: «Esto tiene el desagradable olor de la verdad».

El presupuesto de la base de la CIA se mantendría constante en 30 millones de dólares al año, mientras que en 1973 y 1974 la presencia militar estadounidense se reduciría. Polgar dirigía operaciones de recogida de información de inteligencia, no misiones paramilitares. Los especialistas de la CIA interrogaban a los soldados comunistas capturados y a los sospechosos de espionaje. Los analistas de la CIA examinaban montones de informes de campaña. Los jefes de sección de la agencia en cada uno de los cuatro sectores militares de Vietnam del Sur coordinaban a centenares de agentes estadounidenses y survietnamitas. Y el enemigo seguía avanzando.

La CIA seguía tratando de localizar un cuartel general de campaña enemigo —el «Pentágono de Bambú» lo llamaban los militares estadounidenses—, pero en la jungla no había más que tiendas y túneles, y un enemigo decidido. Tras la caída de Richard Nixon, en agosto de 1974, el Congreso se volvió contrario a la guerra y empezó a reducir en cientos de millones de dólares el esfuerzo por mantener a flote al ejército survietnamita. En marzo de 1975, las tropas norvietnamitas aplastaban a las divisiones survietnamitas y avanzaban sobre Saigón. El fracaso a la hora de crear un plan coherente para la evacuación de Saigón llevó a la muerte o al encarcelamiento de miles de vietnamitas que habían luchado en favor de Estados Unidos. El embajador Martin regresó a Washington y se convirtió en ayudante especial de Henry Kissinger.

[3] . Historia oral de Arnold, grabada por Gayle L. Morrison. Esta última, que era etnógrafa, pasó nueve años grabando relatos presenciales de primera mano de hmong y estadounidenses que recordaban la caída de Long Tieng. Su extraordinario libro es *Sky Is Falling: An Oral History of the CIA's Evacuation of the Hmong from Laos*, McFarland, Jefferson (NC), 1999. Mi reconstrucción se basa en su trabajo, incluidas sus historias orales del general Aderholt y el capitán Knotts.

[4] Richard L. Holm, «No Drums, No Bugles: Recollections of a Case Officer in Laos, 1962-1965», *Studies in Intelligence*, vol. 47, n.º 1, primavera de 2003, CIA/CSI.

30. «Ineficaces y asustados»

[1] Bush, *All the Best, George Bush: My Life in Letters and Other Writings*, Scribner, Nueva York, 1999, pp. 195-196, 239-240; Herbert S. Parmet, *George Bush: The Life of a Lone Star Yankee*, Scribner, Nueva York, 1999, pp. 189-194.

[2] *All the Best*, p. 255.

[3] Douglas F. Garthoff, «Directors of Central Intelligence as Leaders of the U.S. Intelligence

Community, 1946-2005», 2006, CIA/CSI.

[4] Entrevista de historia oral de Carver, 13 de mayo de 1982, CIA/CSI.

[5] Carta de George Bush al presidente, 1 de junio de 1976, desclasificada el 9 de agosto de 2001, CIA.

[6] . Historia oral de Frank Wisner hijo, FAOH. Al comienzo de su relato explicaba: «Yo crecí en la Segunda Guerra Mundial y tengo el vívido recuerdo de un padre yendo a la guerra ... De niño conocí al general Marshall y a Allen Dulles, y de muchacho vi pasar a muchos secretarios de Estado y de Defensa ... Tengo recuerdos muy, muy fuertes del final de la guerra, el surgimiento del período de posguerra, el principio de la propia guerra fría, profundas reflexiones nacidas del tiempo ... Mi padre fue durante una serie de años el jefe de los servicios clandestinos de la CIA. Recuerdo el estallido de la guerra de Corea, su desarrollo, la crisis en Washington durante los años de McCarthy, el surgimiento de la OTAN y la guerra de Suez. Yo iba a la escuela en Inglaterra, y me sentía casi como si estuviera en el campo de batalla ... Cuando llegué a Washington, al comienzo de la administración Kennedy, para unirme al Servicio Exterior, había vivido ya, en un sentido muy real, toda una vida de asuntos exteriores».

[7] Los resúmenes Bush-Carter aparecen detallados en los documentos de CREST y en John L. Helgerson, *Getting to Know the President: CIA Briefings of Presidential Candidates, 1952-1992*, CIA/CSI.

[8] El comité acabó en un callejón sin salida al tratar de investigar los «supuestos complots de asesinato» sin afrontar el hecho de que habían sido los propios presidentes de Estados Unidos quienes los habían autorizado. Sus contribuciones más duraderas fueron una historia de la CIA sumamente competente y las transcripciones de las declaraciones que esta requirió, la mayoría de las cuales no se desclasificarían hasta después del final de la guerra fría. El comité parlamentario se disolvió en medio del resentimiento; aunque se filtró un borrador final de su informe, no llegaría a publicarse oficialmente. Así, el primer intento real de supervisión parlamentaria no fue precisamente un éxito. «Cuando terminamos con él, ¿en qué se había convertido, sino en un circo mediático? —diría en 1987, refiriéndose al Comité Church, John Horton, un veterano de la CIA de cuarenta años de edad y un hombre de mentalidad muy abierta—. ¿A quién ha hecho asesinar la CIA en algún momento? A nadie, por lo que yo sé. Pero se diría que eso era lo único a lo que nos dedicábamos.»

[9] *Getting to Know the President*.

[10] George Bush, «Subject: Meeting in Plains, Georgia, 19 November 1976», CIA/FOIA. Bush le habló a Carter de una «vigilancia electrónica no autorizada» de ciudadanos estadounidenses, de los contactos de la CIA con la Organización para la Liberación de Palestina y del caso, no resuelto, de Nicholas Shadrin, un disidente soviético que trabajaba para la CIA —o quizá un agente doble— que había sido asesinado en Viena once meses antes. Había otro aspecto de las operaciones de la CIA en Viena que Bush no mencionó. Tras el asesinato de Richard Welch, en Atenas, en diciembre de 1975, Bill Colby, en uno de sus últimos actos como director, había ordenado que se celebraran conversaciones directas en secreto entre la CIA y los agentes de la inteligencia soviética en Viena. Quería saber si Moscú había tenido algo que ver en el asesinato, lo que habría constituido una violación de las reglas no escritas de la guerra fría. También quería hablar por el mero hecho de poder hacerlo. Los dos bandos no habían tenido nunca un canal de comunicación oficial al más alto nivel, y ambos juzgaron útiles aquellas conversaciones. El canal se mantendría abierto durante todo el resto de la guerra fría.

[11] Entrevista de historia oral de Lehman, «Mr. Current Intelligence», *Studies in Intelligence*,

verano de 2000, CIA/CSI.

[12] Anotación de Bush, memorando de George Carver, 26 de mayo de 1976, CIA/CREST.

[13] Raymond L. Garthoff, «Estimating Soviet Military Intentions and Capabilities», en Gerald K. Haines y Robert E. Leggett, eds., *Watching the Bear: Essays on CIA's Analysis of the Soviet Union*, CIA/CSI.

[144] . Robert M. Hathaway y Russell Jack Smith, «Richard Helms as Direct or of Central Intelligence», 1993, CIA/CSI, desclasificado en febrero de 2007.

[15] Discurso de Bush, cuartel general de la CIA, 19 de enero de 1977.

31. «Pretendía derribar su sistema»

[1] Aunque no se ha desclasificado un número exacto, «la administración Carter ... se valió con frecuencia de programas de acción encubierta», decía el subdirector de la central de inteligencia de Carter, Frank Carlucci. Historia oral de Carlucci, FAOH.

[2] Entrevista de Sorensen con el autor. Su hermano Thomas Sorensen trabajó para la CIA durante la década de 1950. Fue el número tres de la Agencia de Información de Estados Unidos (United States Information Agency, USIA), bajo el mando de John Kennedy y de Edward R. Murrow, actuando como enlace de la USIA con Richard Helms, fusionando noticias y propaganda, mientras Ted escribía discursos en la Casa Blanca de Kennedy.

[3] Entrevista de Turner con el autor.

[4] Historia oral de Holdridge, FAOH.

[5] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 95.

[6] Brzezinski decía: «El coronel Kuklinski se presentó voluntario para colaborar con Estados Unidos, subrayando que le gustaría colaborar con los militares estadounidenses como agente polaco. Tuvo un papel clave a la hora de proporcionar a Estados Unidos un conocimiento mucho mayor del que había tenido hasta entonces con respecto a los planes de guerra del Pacto de Varsovia, los planes soviéticos de un repentino ataque masivo contra Europa occidental, que incluían, por cierto, un plan poco conocido para usar armas nucleares desde el primer día del ataque a Europa occidental. Le daré un ejemplo concreto. El segundo día del ataque a Europa occidental, los planes de guerra soviéticos preveían el uso de cuarenta armas nucleares tácticas solo contra Hamburgo, en Alemania Occidental. De modo que esa fue una contribución extremadamente importante a la hora de llenar importantes lagunas en nuestro conocimiento de la planificación bélica soviética. Y en la medida en que la agencia fue el canal que proporcionó el vínculo de comunicación con él, representó un éxito para la agencia aun cuando el coronel Kuklinski no fue jamás un agente de la CIA en sentido estricto. Él se ofreció voluntario. Actuaba por propia iniciativa. En realidad no recibía instrucciones». Entrevista de Brzezinski con el autor.

[7] Entrevista de Smith con el autor. Reclutado en Dartmouth al comienzo de la guerra de Corea y formado en el conocimiento de la lengua rusa por el ejército, Smith se había centrado en el objetivo soviético en las bases de la CIA en Praga, Berlín y Beirut a finales de la década de 1950 y durante la de 1960. Había reclutado y dirigido personalmente a seis agentes europeos del Este y entrenado a cientos de jóvenes agentes de la CIA sobre las bases del espionaje en las capitales de la guerra fría sin ser descubierto. En 1975, cuando Angleton se vio obligado a retirarse, Smith y sus colegas empezaban a reclutar a sus primeros soviéticos.

Su principal fichaje fue Serguéi Federenko, un diplomático asignado a temas de control de armamento en el secretariado de las Naciones Unidas en Nueva York. Ingeniero de formación y miembro de la élite soviética por nacimiento, Federenko era un hombre joven y ambicioso. Le gustaba beber. Tenía una bella esposa y también una novia en la zona residencial del norte de Nueva York.

«Soy un tramposo —diría Smith—. Esa es mi naturaleza y esa es mi formación. Tú no "reclutas" a un soviético. Es el soviético quien ha de reclutarse a sí mismo. Es como cuando te propones conquistar a una mujer. Cada uno tiene que encontrar algo en el otro que le resulte atractivo. Es, en muchos aspectos, una seducción ... Así que recluté al tipo. ¿E imagina qué? Se había formado como científico y había trabajado en los cohetes soviéticos.»

Federenko explicó quién era quién en la delegación soviética ante las Naciones Unidas en Nueva York, incluyendo un detallado informe sobre los nombres y debilidades de los agentes de la KGB que se hacían pasar por diplomáticos. Por su magnífico trabajo, Smith fue ascendido a jefe de la división de la CIA centrada en la lucha antiterrorista. Pero cuando se trató de elegir a un agente de enlace para tratar con Federenko en Nueva York, la CIA tenía muy poco donde elegir. El número de personas que hablaran ruso con fluidez en las filas de la división de la Unión Soviética y Europa del Este del servicio clandestino era muy reducido. Finalmente, el cuartel general de la CIA escogió a un alcohólico de treinta y cuatro años que acabaría traicionando a la agencia. En 1954, cuando era un niño que navegaba con su padre por el río Irawadi, en Birmania, descubrió que este trabajaba para la CIA. Luego, en la década de 1960, había trabajado como archivero en la agencia durante cinco años mientras trataba de completar una carrera universitaria. Finalmente se había convertido en miembro del servicio clandestino en 1967. Estaba casado con una agente de la CIA, y, también estaba casado en todos los sentidos, con la agencia. Su nombre era Aldrich Ames.

[8] «Subject: South Africa and Rhodesia», Special Coordination Commi ttee Meeting, 8 de febrero de 1977, y actas de las reuniones del Congreso de Seguridad Nacional, 3 de marzo de 1977, JCL.

[9] Historia oral de Carlucci, FAOH.

[100] . Entrevista de Gossens con el autor. Nacido en Texas y criado en Beirut, Gossens se incorporó a la CIA en 1960 y trabajó por todo Oriente Próximo como agente encubierto bajo la identidad de un vendedor de motores fueraborda Evinrude antes de pasar a formar parte de la división africana. Durante las décadas de 1960 y 1970, centenares de hombres —y algunas mujeres— de la CIA jóvenes y ambiciosos luchaban por aventajar a los espías soviéticos, chinos y germano-orientales en África. «Éramos personas jóvenes dispuestas a ir al mismo infierno —diría Gossens—. Nosotros ya estábamos centrados en el espionaje mucho antes de que lo hiciera el resto de la agencia. Nuestro jefe de sección solía decir: "Dadme 25.000 dólares y compraré a cualquier jefe africano". Pero no era a eso a lo que nos dedicábamos. Nosotros nos dedicábamos al espionaje. Y África todavía era un lugar tan fluido que pasabas a formar parte de la historia que se estaba haciendo. Podías iniciar una operación por accidente. Vas con el embajador a ver al presidente. Un miembro del personal del presidente dice: "¿Sabe? Tengo una cámara Pentax estropeada, pero no encuentro piezas de repuesto". Entonces tú le haces un favor. Y acabas accediendo a los archivos presidenciales.»

[11] Historia oral de Wisner, FAOH.

[12] Historia oral de Eagleburger, FAOH.

[13] Turner, *Burn Before Reading: Presidents, CIA Directors, and Secret Intelligence*, Hyperion, Nueva York, 2005, p. 187.

[14] Entrevista de McMahon con el autor.

[15] *Ibid*.

[16] Memorando para Zbigniew Brzezinski, «Subject: Covert Action Possibilities in Selected [*borrado*] Áreas», 5 de febrero de 1979, NSC, JCL. Hubo, sin embargo, otra operación encubierta que se inició durante el mandato de Carter y que daría sus frutos quince años después. Su objetivo era descubrir las conexiones entre los traficantes de cocaína y el gobierno colombiano. En 1977, «el jefe de la base de la CIA vino a verme con un plan para implicar a la agencia en una operación antidroga —explicaría Robert W. Drexler, por entonces subjefe de misión en la embajada estadounidense en Bogotá—. La DEA no tenía que enterarse de ello. De modo que lo aprobé, y lo pusimos en marcha. Básicamente fue una buena operación, en la que empleamos a un número muy reducido de agentes de las fuerzas del orden colombianas a los que podíamos controlar muy de cerca a fin de asegurarnos de que no se volvían contra nosotros o se volvían corruptos, o de poder verlo si tal cosa ocurría; recabamos información de inteligencia sobre los contactos entre los traficantes de droga y diversos funcionarios colombianos de alto nivel. La idea era informar a Washington. El programa funcionó muy bien. La información de inteligencia que se recogió resultaba horripilante, puesto que detallaba la rápida expansión de la corrupción». En 1994 y 1995 esta operación llegó a su apogeo, con la desarticulación de una de las mayores redes de tráfico de cocaína colombianas, el cártel de Cali, respaldada por la CIA y realizada en coordinación con la DEA.

[17] Aunque casi todos los documentos relativos al fallo de la agencia a la hora de advertir de la invasión soviética de Afganistán siguen estando clasificados, Douglas MacEachin, que fue subdirector de inteligencia entre 1993 y 1995, publicó en 2002 una evaluación del rendimiento de la CIA basándose tanto en los documentos secretos como en su propia experiencia personal de primera mano como uno de los mejores analistas de la agencia sobre temas soviéticos. Douglas MacEachin, «Predicting the Soviet Invasion of Afghanistan: The Intelligence Community's Record», Center for the Study of Intelligence, 2002, CIA/CSI. Mi descripción del tema se basa en gran parte en su trabajo, así como en sendas entrevistas con Brzezinski y Gates.

[18] *From the Shadows*, p. 132. Aunque Gates no lo dice, es obvio que este pasaje apareció en el resumen diario para el presidente.

[19] «Subject: Iran», Special Coordination Committee, 17 de diciembre de 1979, National Security Archive Collection.

[20] El informe al presidente del 19 de diciembre de 1979 aparece citado en *The Soviet Invasion of Afghanistan*, una historia clasificada de la CIA mencionada en MacEachin, «Predicting the Soviet Invasion».

[21] MacEachin, «Predicting the Soviet Invasion».

32. «Estábamos simplemente en la inopia»

[1] Nixon a Haig y al embajador Douglas MacArthur II, 8 de abril de 1971, FRUS, 1969-1976, vol. E-4, documentos sobre Irán e Irak, desclasificados el 12 de septiembre de 2006.

[2] Historia oral de Precht, FAOH. En septiembre de 1979, Precht estaba en un hospital de Washington esperando a ser operado: «Antes de entrar en el quirófano, eché un vistazo y vi que había también otra persona tendida aguardando su turno. Era Loy Henderson, que había

sido embajador en 1953, cuando fue derrocado Mossadeg. Yo pensé: “presente en la creación y presente en la destrucción”. Luego, cuando ya pude andar, fui a su habitación ... Le pregunté cómo era [el sha] cuando él estaba en Irán. Él me dijo: “No contaba para nada. Era insignificante. Era una persona débil. Y sin embargo teníamos que tratar con él”. De modo que confirmó lo que yo ya sospechaba: que [la figura d]el sha se había inflado gracias al poder que le había venido de Irán con el salto de los ingresos del petróleo más la adulación de Nixon y Kissinger y otros líderes extranjeros».

[3] La frase que empleó el presidente Carter tenía un origen iraquí. En un memorando de octubre de 1969, Kissinger le dijo a Nixon que el sha «está realmente comprometido con Occidente y considera que la buena labor que él está haciendo en Irán —“una isla de estabilidad”, como él lo llama— constituye un importante servicio al mundo libre». Kissinger a Nixon, 21 de octubre de 1968, FRUS, 1969-1976, vol. E-4, desclasificado el 12 de septiembre de 2006.

[4] Observaciones de Hart, Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, 7 de septiembre de 2005.

[5] Historia oral de Laingen, FAOH.

[6] *Ibid.*

[7] Turner, *Burn Before Reading: Presidents, CIA Directors, and Secret Intelligence*, Hyperion, Nueva York, 2005, p. 180.

[8] Observaciones de Hart, Centro Miller, 7 de septiembre de 2005. Greg Miller, «In from the Cold, to a Cold Shoulder», *Los Angeles Times*, 19 de mayo de 2005.

[9] William J. Daugherty, «A First Tour Like No Other», *Studies in Intelligence*, primavera de 1998, CIA/CSI.

[10] William J. Daugherty, *In the Shadow of the Ayatollah: A CIA Hostage in Iran*, Naval Institute Press, Annapolis (MD), 2001, p. 3.

[11] Entrevista con Jimmy Carter, Jimmy Carter Oral History Project, Centro Miller, 29 de noviembre de 1982.

[12] Daugherty, «A First Tour Like No Other».

[13] Entrevista de Méndez con el autor; Tim Weiner, «Master Creator of Ghosts Is Honored by C.I.A.», *New York Times*, 19 de septiembre de 1997. Véase también Antonio J. Méndez, «A Classic Case of Deception», *Studies in Intelligence*, invierno de 1999-2000, CIA/CSI.

[14] Historia oral de Quainton, FAOH.

[15] Daugherty, «A First Tour Like No Other».

[16] Kenneth M. Pollack, *The Persian Puzzle: The Conflict Between Iran and America*, Random House, Nueva York, 2004, pp. 128-180.

33. «Un bucanero independiente»

[1] Entrevista de Gates con el autor.

[2] Entrevista de Webster con el autor.

[3] Historia oral de Ford, en Deborah Hart Strober y Gerald S. Strober, *Reagan: The Man and His Presidency*, Houghton Mifflin, Boston, 1998, p. 72.

[4] Bush, citado en John Helgerson, «CIA Briefings of Presidential Candidates», mayo de 1996, CIA/CSI. He aquí otras dos visiones del hombre y de su trabajo. Laurence Silberman —el juez federal que en 2005 dirigió la investigación sobre el trabajo de la CIA con relación a

las armas de destrucción masiva en Irak— fue copresidente del grupo de política exterior de Reagan en 1980. «Sinceramente, yo habría aceptado ser director de la CIA, cosa que en aquel momento se estaba discutiendo —diría Silberman—. Pero Casey ... tenía más derecho, si bien yo consideraba poco prudente poner en el puesto a un jefe de campaña.» Lawrence Eagleburger, que era secretario de Estado en 1992, durante la administración Bush, lo diría de manera más directa: «O te deshaces de la parte clandestina de la CIA, cosa que a mí no me gustaría ver que sucede, o sencillamente tienes que ser muy, muy cauteloso con respecto a la clase de persona a la que haces director de la CIA, y eso significa no nombrar a Bill Casey». Entrevistas en FAOH.

[5] Historia oral de Poindexter, en Strober y Strober, *Reagan: The Man and His Presidency*, p. 111.

[6] George P. Shultz, *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Scribner, Nueva York, 1993, pp. 294-297.

[7] *Ibid.*, p. 84.

[8] Entrevista de Inman con el autor.

[9] Testimonio de Inman, nombramiento de Robert M. Gates como futuro director de la central de inteligencia, Senado de Estados Unidos, Comité Electo sobre Inteligencia, 102.º Congreso, 1.ª sesión, 20 de septiembre de 1991, vol. I, p. 926.

[10] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 209.

[11] Entrevista de McMahon con el autor. Cuando se le asignó la tarea de reorganizar a los analistas de la dirección de inteligencia, McMahon descubrió que era toda la estructura íntegra la que requería de una reorganización. «Si yo quería saber qué ocurría en un país, tenía que preguntárselo a tres oficinas distintas —diría McMahon—. Había una oficina de inteligencia militar, una oficina de inteligencia económica y una oficina de inteligencia política. Así que si yo decía: "¿Qué pasa en México?", recibía respuestas de tres oficinas distintas, y tenía que integrarlas y concebir su análisis.»

[12] *From the Shadows*, pp. 223-224.

[13] Nombramiento de Robert M. Gates, 1991, vol. III, pp. 7-23.

[14] Entrevista de historia oral de Lehman, «Mr. Current Intelligence», *Studies in Intelligence*, verano de 2000, CIA/CSI.

[15] Entrevista de Shultz con el autor. En el verano de 1982, el secretario de Estado Shultz estableció el hábito de compartir un almuerzo semanal con Bill Casey. Al cabo de casi un año, Casey y Shultz, que durante casi una década habían mantenido unas relaciones amistosas, descubrieron que no se soportaban. «Tenía demasiado ideario —diría Shultz—. Para la CIA es un error tener ideario. Se suponía que producen información de inteligencia. Si tienen un ideario, la información de inteligencia puede resultar sesgada.» Entre 1985 y 1987, fueron el subsecretario de Estado John Whitehead y Bob Gates, de la CIA, quienes mantuvieron aquellas reuniones. Whitehead estaba espantado de ver «la poca ayuda que obtenía de la CIA a la hora de saber lo que ocurría en los países en los que teníamos intereses y en los que había problemas ... Los análisis eran superficiales, contenían muy poco de lo que yo pudiera calificar como información importante, y a menudo eran incorrectos ... Yo creía que la propia organización se había deteriorado de algún modo, y en consecuencia, la información que yo recibía y el sistema de recabar dicha información ya no resultaban demasiado productivos». Historia oral de Whitehead, FAOH. Había grandes lagunas en el mapamundi de la agencia. «La principal preocupación que tengo en este momento tiene que ver con la idoneidad de nuestro esfuerzo de inteligencia ... en todo el mundo —diría proféticamente el almirante

Inman justo antes de unirse a Casey en el cuartel general de la CIA, en 1981—. Carecemos de una base de datos sobre las áreas del mundo que se pasaron por alto durante la década de 1960, cuando nos concentramos exclusivamente en el sudeste asiático. No hubo una especial preocupación por los países de Centroamérica, el Caribe, Sudamérica y África. Creo que es muy probable que en esta década nos enfrentemos a un montón de retos en dichas áreas.» Bobby R. Inman, «Managing Intelligence for Effective Use», Center for Information Pol icy Research, Universidad de Harvard, diciembre de 1980.

[16] Testimonio de Clair George, nombramiento de Robert M. Gates, 1991, vol. II, p. 96.

[17] El embajador estadounidense en Nicaragua entre 1982 y 1984, Anthony Quainton, sabía que la operación era una farsa. «La Casa Blanca había renunciado a cualquier perspectiva de diálogo. Incitada por Bill Casey, de la CIA, creía que la única forma de resolver el problema era echar a los sandinistas. El medio para hacerlo era un elaborado programa de acción encubierta. Al principio, se le presentó al Congreso de una forma extremadamente poco sincera. La administración argumentaba que el hostigamiento incomodaría la vida de los sandinistas, impediría que se consolidaran en el poder y les llevaría a la mesa de negociaciones. Verían que no negociar tendría unos costes inaceptables para su economía. La CIA argumentaba que esa era la única forma de persuadirles para que cambiaran sus políticas. Pero al igual que ocurría con otras operaciones encubiertas en otras partes del mundo, esta no parecía tener el prometido efecto inmediato.» Historia oral de Quainton, FAOH.

[18] *From the Shadows*, pp. 242-248.

[19] Entrevista de Clarridge para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1998. Transcripción del Archivo de Seguridad Nacional disponible online en: http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/inteviews/episode-18/clarridge1.html. «La división de Latinoamérica siempre había sido una división aislada en el seno de la agencia; era casi como una pequeña baronía —diría Clarridge en otra historia oral—. De modo que lo primero era llevar esa división a mi terreno. Después de un par de semanas fui y le dije a Casey: "Esto es lo que tendríamos que hacer: ¿por qué no llevamos la guerra a Nicaragua...?". Eso era exactamente lo que Casey quería oír.» Strober y Strober, *Reagan: The Man and His Presidency*, p. 165.

[200] . Historia oral de Quainton, FAOH. En la época de Reagan, los embajadores muy raramente expresaban públicamente su opinión ante las meteduras de pata de la CIA en política exterior. En uno de los numerosos ejemplos de relaciones públicas desastrosas derivados de la guerra en Centroamérica, la CIA ofreció discretamente al Departamento de Estado norteamericano un supuesto filón de relaciones públicas. La agencia había interrogado a un nicaragüense de diecinueve años capturado en El Salvador, quien dijo que había sido entrenado para la insurrección por soldados cubanos en Etiopía. Tenía, pues, una gran historia que contar. ¿Estaba interesado el Departamento de Estado en presentarlo ante la opinión pública de Washington? A instancias de la CIA, el Departamento de Estado organizó una sesión informativa privada para cuatro periodistas de confianza. Un portavoz de prensa escoltó a los reporteros hasta una salita, y luego llevó al nicaragüense capturado. Entonces este declaró, exactamente con estas mismas palabras: «He sido torturado por la CIA. Han tratado de obligarme a decir que me habían enviado a El Salvador. Yo soy un patriota nicaragüense. Nunca he estado en Etiopía». La CIA había sido engañada por un astuto adolescente.

El único «proceso de planificación» de la agencia casi acabó con la carrera de los senadores Gary Hart y William Cohen, este último futuro secretario de Defensa. Ambos estuvieron a punto de morir en una misión de investigación en Nicaragua cuando un avión de la CIA que

acababa de lanzar dos bombas de más de 200 kilos se estrelló contra la sala VIP del aeropuerto internacional de Managua. «Esto creó una actitud extremadamente negativa en ambos senadores con respecto a la calidad de las operaciones encubiertas de la CIA», diría el embajador Quainton.

[21] La CIA no podía haber ganado esa guerra, la hubiera aprobado o no el Congreso. «Nunca tuvimos la habilidad de recuperar las capacidades paramilitares que necesitábamos para llevar a cabo una guerra en Nicaragua —diría John McMahon—. La agencia no estaba preparada —especialmente en personal— para librar una guerra o entrenar a otros para librar una guerra.» Entrevista de McMahon con el autor.

[22] Duane R. Clarridge y Digby Diehl, *A Spy for All Seasons: My Life in the CIA*, Scribner, Nueva York, 1997, pp. 303-318.

[23] El Senado estadounidense había confirmado el nombramiento de Casey por 96 votos a favor y ninguno en contra, y a finales de 1981 el Congreso le dio nuevos fondos por valor de varios cientos de millones de dólares. «Querían que tuviéramos una capacidad clandestina de ámbito mundial a fin de proporcionar información de inteligencia sobre intenciones y de dar alertas —diría John McMahon—. Querían que tuviéramos una buena infraestructura de acción encubierta. Ahora bien, la ventaja de disponer de una buena operación clandestina es que a menudo el individuo que has reclutado para que te proporcione información de inteligencia sobre lo que está ocurriendo en su gobierno es también una persona influyente, y puedes utilizarlo como un activo de acción encubierta. Si es el ministro de Exteriores, puedes influir sutilmente en ese país para que respalde un voto en la ONU o para que hable bien de Estados Unidos. Así, nuestra capacidad de acción encubierta empezó a resurgir con mucha fuerza.» Entrevista de McMahon con el autor.

[24] *From the Shadows*, p. 213.

[25] Barry Goldwater, de Arizona, el derrotado candidato republicano a la presidencia en las elecciones de 1964, fue presidente del comité de inteligencia del Senado entre 1981 y 1984. Casey se mostraba tan temeroso de contar la verdad, que Goldwater solicitó personal al Departamento de Estado para que le acompañara al estrado y actuara en la práctica como escolta. Uno de aquellos acompañantes, el embajador Dennis Kux, oyó murmurar a Casey la frase citada cuando abandonaba la sala de audiencias. Historia oral de Kux, FAOH.

[26] Testimonio de Fiers, audiencias conjuntas, investigación del IránContra, Washington, 1988.

[27] Entrevista de Inman, en Stansfield Turner, *Burn Before Reading: Presidents, CIA Directors, and Secret Intelligence*, Hyperion, Nueva York, 2005, pp. 196-201.

[28] En 1984, cuando el Congreso estadounidense recortó los fondos para la Contra respaldada por la CIA, la guerra se encalló, y en Nicaragua se celebraron elecciones. Entonces la CIA proporcionó dinero y propaganda a Arturo Cruz, antiguo embajador en Estados Unidos y líder legítimo de la oposición política a los sandinistas. Pero el líder de estos últimos, Daniel Ortega, le derrotó por una proporción de dos a uno. En el momento de redactar estas líneas Ortega ha sido reelegido y Nicaragua sigue siendo uno de los países más pobres y atrasados del hemisferio occidental. «La guerra fue innecesaria, inhumana e imprudente —diría Cruz una vez que Reagan y Casey estuvieron muertos y enterrados—. Hay que decir que todos cometimos tremendos errores.»

[29] Historia oral de Kux, FAOH.

[30] Historia oral de Norland, FAOH.

[31] «Nos gustaría ver una resolución pacífica de la lucha entre facciones en el Chad», rezaba un resumen informativo del Departamento de Estado el 17 de noviembre de 1981.

Pero resultaba difícil entender cómo se podía contribuir a ese objetivo armando a una de las facciones hasta los dientes. «Libyan Threat to Sudan», Departamento de Estado, desclasificado el 30 de julio de 2002.

[32] Historia oral de Blakemore, FAOH.

[33] Historia oral de Richard Bogosian, FAOH. Bogosian, que durante la guerra del Golfo de 1991 era embajador estadounidense en Sudán, fue testigo de la pregunta de Baker. La respuesta, según James K. Bishop, el principal responsable del Departamento de Estado para asuntos militares y de inteligencia en África, fue que Habré era «el enemigo de nuestro enemigo ... No sabríamos toda su historia hasta más tarde». Historia oral de Bishop, FAOH. «Nuestra información de inteligencia sobre aquellas partes de África que resultaban de mayor interés para nosotros no fue buena» durante toda la década de 1980, diría Bishop. «La información de inteligencia de fuentes humanas no era especialmente buena en toda África. Los activos de inteligencia fueron empleados fundamentalmente contra el "principal enemigo" —los soviéticos—, en una especie de juego de reclutamiento del gato y el ratón de dudoso interés nacional.»

[34] Unos pocos estadounidenses —muy pocos— previeron la invasión soviética. «Recuerdo haber escrito informes para Brzezinski ya en agosto de 1979 diciendo que el nivel de personal de asesoramiento militar soviético en Afganistán en aquel momento auguraba alguna clase de implicación militar importante en aquel país —diría William Odom, que por entonces era el principal asesor militar de la Casa Blanca, en una entrevista con el autor (posteriormente Odom sería el general de tres estrellas que dirigiría la Agencia de Seguridad Nacional durante la administración Reagan)—. Ahora bien, otra cosa es el momento exacto y el día exacto en el que sucedió. Fue una sorpresa para todo el mundo y para un montón de gente en la administración Carter.» La invasión soviética de Afganistán se inició durante la semana de Navidad de 1979, y la CIA apenas dio ninguna señal de alerta al presidente de Estados Unidos. Carter, indefenso para liberar a sus compatriotas atrapados en Irán, aprobó un plan para ayudar a los afganos a combatir la brutal invasión soviética. En enero de 1980 ordenó a la CIA que sacara armas —originarias del bloque soviético— de las reservas de los aliados estadounidenses en Pakistán. El servicio de inteligencia pakistaní las enviaría luego a un puñado de líderes rebeldes afganos. «Dos días después de la invasión soviética de Afganistán le entregué un memorando al presidente de Estados Unidos que, si lo recuerdo correctamente, empezaba con las palabras: "Ahora tenemos la oportunidad de darle a la Unión Soviética su Vietnam" —diría Brzezinski en una entrevista con el autor—. Y luego pasaba a argumentar que aquel era un acto de agresión que planteaba una amenaza a la estabilidad de aquella región y, potencialmente, a nuestra posición incluso en el golfo Pérsico, y que debíamos hacer todo lo posible por hacer empantanar a los soviéticos ayudando a los muyahidines. Y el presidente lo aprobó. Se creó una discreta coalición en la que participábamos nosotros, los pakistaníes, los saudíes, los chinos, los egipcios y los británicos para darles respaldo. Y el propósito de ello estaba básicamente en sintonía con las palabras iniciales del memorando para el presidente.» Las observaciones de Howard Hart proceden de su discurso en el Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, 7 de septiembre de 2005.

[35] Entrevista de McMahon con el autor.

[36] *From the Shadows*, p. 258. ¿Qué estaba sucediendo realmente en Moscú? Casey quería entregar información de inteligencia sobre los principales actores del Politburó, sobre el pueblo soviético, sobre las minorías y disidentes soviéticos, sobre la existencia cotidiana en el imperio del mal. Pero cuando se encontró con que la CIA no podía proporcionársela a través del espionaje, se limitó a aferrarse a sus prejuicios. El embajador Warren Zimmerman fue el

subjefe de misión de la embajada estadounidense en Moscú desde 1981 hasta 1984, y durante aquellos cuatro años Casey y la CIA tiraron a la papelera todos sus informes en los que hablaba sin tapujos de un imperio soviético que se desmoronaba. Cuando él llegó —relataría Zimmerman—, el líder soviético, Leonid Brezhnev, «ya chocheaba, articulaba mal las palabras, se quedaba dormido, se emborrachaba». Cuando murió Brezhnev, el país pasó a estar gobernado brevemente por Yuri Andropov, el jefe de la inteligencia soviética, que también estaba moribundo, y luego por Konstantín Chernenko, otro líder que estaba a las puertas de la muerte. El Politburó, el órgano de decisión política en Moscú, era «un aparato político absolutamente paralizado e ineficaz», dirigido por «un puñado de ancianos de setenta y ochenta años, algunos de los cuales no habían salido jamás de la Unión Soviética —diría Zimmerman—. Su visión de Estados Unidos resultaba íntegramente estereotipada, basada en lo que leían en sus horribles periódicos y revistas». Poseían «solo el conocimiento y la comprensión más rudimentarios de Estados Unidos». Pero la comprensión por parte de Estados Unidos de lo que sucedía en la Unión Soviética no era mucho mejor. Ancianos generales y corruptos miembros de la vieja guardia del Partido Comunista pasaban a duras penas sus últimos días, la economía soviética se derrumbaba bajo el coste de sostener a un ejército de primera clase, las cosechas se pudrían en los campos por falta de combustible para trasladar el alimento de las granjas a los mercados... y pocos de aquellos hechos lograban penetrar en la conciencia de la CIA. Tampoco era capaz la agencia de hacer el cálculo del equilibrio del terror. Todas las estimaciones de inteligencia nacional sobre las fuerzas estratégicas soviéticas enviadas a la Casa Blanca entre 1974 y 1986 sobrevaloraban el ritmo al que Moscú estaba modernizando su potencia de fuego nuclear.

El apogeo de la inadvertida crisis nuclear de 1982 y 1983 se produjo cuando Reagan anunció que Estados Unidos construiría un sistema de defensa antimisiles —la denominada «Guerra de las Galaxias»— que atacaría y destruiría las armas nucleares soviéticas en el aire. Estados Unidos no tenía —y veinticinco años después sigue sin tener— la tecnología necesaria para llevar a cabo el proyecto imaginado por Reagan; no obstante, su administración potenció la Iniciativa de Defensa Estratégica con una rigurosa campaña de propaganda destinada a convencer a los soviéticos de que la «Guerra de las Galaxias» tenía una base científica real y a contrarrestar las críticas que aquel visionario plan suscitó en todo el mundo. El programa de guerra informativa produjo escalofríos a los rusos. «Estaban realmente asustados —diría Zimmerman—. Curiosamente, supusieron que podíamos construirlo. Luego falsificamos nuestras pruebas, y ellos se lo creyeron.» Por su parte, los soviéticos falsearon también sus propias fuerzas —en las mentiras políticas contadas a su propio pueblo, en las declaraciones públicas del Politburó—, y la CIA también se lo creyó. Historia oral de Zimmerman, FAOH.

La línea de acción de la agencia en cuanto a las armas nucleares y las investigaciones armamentísticas de los soviéticos se vio reforzada en aquel momento por una operación dirigida por Jim Olson, que posteriormente sería jefe de contraespionaje de la CIA. Durante la administración Carter —como relataría el propio Olson—, los nuevos satélites de reconocimiento fotográfico del Proyecto Keyhole («Bocallave») vieron cómo los soviéticos cavaban una zanja paralela a una autopista en las afueras de Moscú y enterraban cables de comunicaciones en ella. La línea, marcada por una serie de tapas de alcantarilla, llegaba hasta un centro de investigación y desarrollo de armamento nuclear situado en las inmediaciones de la capital rusa. Olson viajó a Moscú tras realizar un complejo entrenamiento utilizando una maqueta subterránea, se deshizo de su equipo de vigilancia de la KGB, se puso un disfraz, abrió una de las tapas de alcantarilla, se metió bajo tierra y pinchó la línea. La escucha estuvo funcionando durante casi cinco años, y luego las cintas dejaron de grabar nada. James M.

Olson, *Fair Play: The Moral Dilemmas of Spying*, Potomac, Washington, 2006, pp. 9-11.

[37] Gus W. Weiss, «The Farewell Dossier», *Studies in Intelligence*, vol. 39, n.º 5, 1996, CIA/CSI. Weiss fue el miembro de la dirección del Consejo de Seguridad Nacional que diseñó los elementos clave del plan de ataque.

[38] Richard Allen, Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, Ronald Reagan Oral History Project, 28 de mayo de 2002.

34. «De un modo peligroso»

[1] Historia oral de Quainton, FAOH.

[2] Después de la guerra fría surgieron evidencias de un apoyo directo por parte de los soviéticos a Wadi Haddad, un terrorista palestino renegado que murió en 1978. Pero sigue sin haber pruebas de la acusación de Haig.

[3] El 2 de marzo de 1973 —el día en que Bill Colby se hizo cargo del servicio clandestino de la CIA—, la OLP, que seis meses antes había conmocionado la conciencia de los estadounidenses al asesinar a once atletas israelíes en los juegos olímpicos de Múnich, secuestró al embajador estadounidense en Sudán y a su mano derecha en la embajada. Los norteamericanos fueron raptados en una recepción celebrada en la embajada saudí en Jartum, la capital sudanesa. El atentado fue consecuencia de un golpe contra el primer ministro de Sudán, cuya relación económica con la CIA acababa de revelarse. «Poner en nuestra nómina al primer ministro fue una invitación a tener problemas y algo completamente innecesario —diría Robert Oakley, el coordinador de la lucha antiterrorista de Reagan en el Departamento de Estado—. Al ponerle en la nómina de la CIA, le corrompimos políticamente y le hicimos extremadamente vulnerable.» Los secuestradores de Jartum exigían que Estados Unidos liberara al asesino convicto de Bobby Kennedy, un palestino llamado Sirhan Sirhan. El presidente Nixon, respondiendo sin pensarlo mucho a la pregunta que un periodista le hizo aquel día, dijo que Estados Unidos no negociaría con terroristas. Los palestinos, siguiendo órdenes de Yasir Arafat, mataron a los dos diplomáticos estadounidenses a sangre fría.

La CIA no podía responder porque el gobierno norteamericano carecía de una política que le sirviera de directriz. La OLP llevaba veinte años actuando, financiada principalmente por el gobierno de Arabia Saudí y los emires de Kuwait. La fijación que tenían tanto la CIA como todo el gobierno estadounidense por la idea del terrorismo respaldado por el estado perduraría aun después de la guerra fría, y haría que veinte años después a los estadounidenses les resultara mucho más difícil entender el auge de un rico saudí que había vivido en Sudán, un autoproclamado príncipe llamado Osama bin Laden, que no era un terrorista respaldado por el estado, sino un terrorista que respaldaba a un estado.

Los primeros indicios de un proceso de paz en Oriente Próximo tras la guerra del Yom Kipur de 1973 llevaron a la CIA a un terreno nuevo e inexplorado. En secreto, el subdirector de la central de inteligencia, Vernon Walters, viajó a Marruecos para entrevistarse con Alí Hassan Salameh. La reunión fue iniciada por Yasir Arafat, que de ese modo transmitía el mensaje de que deseaba ser tratado como un líder nacional, y no como un terrorista apátrida. Quería que la OLP negociara por Cisjordania después de la guerra del Yom Kipur. Deseaba establecer una Autoridad Nacional Palestina. Trataba de situarse como la voz moderada de las aspiraciones palestinas. Walters recordaría: «Kissinger dijo: “No puedo enviar a nadie más, puesto que eso equivaldría a una negociación, y la comunidad judía estadounidense se

pondría como loca. Pero usted es un contacto de la inteligencia". Yo le dije: "Doctor Kissinger, yo soy el subdirector de la CIA. Probablemente soy el número seis o siete de su lista de objetivos a los que atacar". Él replicó: "Y yo soy el número uno. Por eso va a ir usted"». La reunión dio sus frutos. La CIA abrió un canal de comunicaciones de alto nivel con la OLP. Después de que Salameh volviera de Marruecos a su base en el Líbano y estableciera contacto con la base de la CIA en Beirut, el jefe de inteligencia de la OLP empezó a reunirse regularmente con un hombre de la CIA, Bob Ames. Historia oral de Walters, FAOH.

No todo el mundo se creía la información que la CIA compraba en Beirut. «Eran prisioneros de sus pésimos informes», diría Talcott Seelye, que pasó a ocupar el puesto de embajador estadounidense en el Líbano después de que su predecesor, Francis Meloy, fuera asesinado cuando se disponía a presentar sus credenciales diplomáticas en 1976. El canal de Salameh se mantuvo durante cinco años, hasta que fue asesinado por la inteligencia israelí en 1978. Dicho canal representó un hito en la comprensión por parte de la CIA de las raíces de la rabia presente en el mundo árabe, una oportunidad de ver quiénes eran y qué querían los palestinos; el único triunfo señalado de la época de Bill Colby como director de la central de inteligencia. Historia oral de Seelye, FAOH; entrevista de Colby con el autor.

[4] Ames poseía «un talento único», según diría Bob Gates en una entrevista con el autor. «Yo siempre consideré que mi mejor reclutamiento en toda mi vida en la agencia fue cuando saqué a Bob Ames del servicio clandestino para hacerle jefe de la oficina de análisis de la CIA que trabajaba sobre Oriente Próximo. E, irónicamente, después de todos sus años en la agencia trabajando en Oriente Próximo en operaciones peligrosas y poniendo su vida en peligro, fue estando en Beirut como jefe de la oficina de análisis, y visitando la embajada, cuando fue asesinado. De modo que cuando lo mataron trabajaba para mí, no para el servicio clandestino. A menudo había pensado que si Bob Ames hubiera vivido, es posible que Estados Unidos no hubiera intervenido en el Líbano y de algún modo se habría cambiado el curso de la historia de dicho país.»

[5] Naftali, *Blind Spot: The Secret History of American Counterterrorism*, Basic, Nueva York, 2005, p. 85.

[6] Historia oral de Dillon, FAOH.

[7] Susan M. Morgan, «Beirut Diary», *Studies in Intelligence*, verano de 1983, CIA/CSI. El relato de primera mano de Morgan, recientemente desclasificado, contradice de manera concluyente varias versiones publicadas sobre el atentado a la embajada estadounidense en Beirut, especialmente la de Bob Baer, de la CIA, quien afirma que la mano de Ames se encontró a varios centenares de metros de distancia, en el puerto de la ciudad.

[8] Historia oral de Lewis, FAOH.

[9] Entrevista de Clarridge para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1998, transcripción del Archivo de Seguridad Nacional disponible online en: http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/interviews/episode-18/clarridge1.html.

[10] Historia oral de Gillespie, FAOH.

35. «Corría un gran riesgo»

[1] Entrevista de Wells con el autor.

[2] Historia oral de O'Neill, FAOH.

[3] Entrevista de Korn con el autor e historia oral, FAOH.

[4] Historia oral de Oakley, FAOH.

[5] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 397.

[6] Entrevista de McMahon con el autor.

[7] Entrevista de Clarridge para la serie de la CNN sobre la guerra fría, 1998, transcripción del Archivo de Seguridad Nacional disponible online en: http://www2.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/interviews/episode-18/clarrid ge1.html. El difunto senador Daniel Patrick Moynihan, por entonces el demócrata de mayor rango en el comité de inteligencia, describiría la difamación de la CIA por parte del senador Goldwater en una entrevista con el autor. En 1984, mientras recortaba los fondos para la Contra nicaragüense, el Congreso estadounidense aprobó una operación encubierta de la CIA destinada a gastar más de 2 millones de dólares para asegurar la elección del democratacristiano José Napoleón Duarte como presidente de El Salvador, al tiempo que se obstaculizaba la candidatura del líder de los escuadrones de la muerte Roberto d'Aubuisson.

[8] *From the Shadows*, p. 315.

36. «Un estafador de estafadores»

[1] . Ronald Reagan, *An American Life*, Simon and Schuster, Nueva York, 1990, pp. 501-502. [Hay trad. cast.: *Una vida americana*, Plaza & Janés, Barcelona, 1991.] A menos que se indique lo contrario, los datos, las cifras y las citas relativas al caso Irán-Contra que aparecen en el presente capítulo proceden de los archivos del comité conjunto del Congreso estadounidense y del informe final del equipo consultivo independiente que investigó aquel desastre.

[2] Entrevista de McMahon con el autor.

[3] Historia oral de Kelly, FAOH.

[4] Historia oral de Wilcox, FAOH.

[5] Entrevista de la CIA con Joseph Fernández, Oficina del Inspector General de la CIA, 24 de enero de 1987.

[6] Historia oral de Oakley, FAOH.

[7] Historia oral de Sofaer, en Deborah Hart Strober y Gerald S. Strober, *Reagan: The Man and His Presidency*, Houghton Mifflin, Boston, 1998, p. 500.

[8] James McCullough, «Personal Reflections on Bill Casey's Last Month at CIA», *Studies in Intelligence*, verano de 1995, comentario de David Gries, CIA/CSI.

[9] Los principales temas de conversación de Casey se citan en Douglas F. Garthoff, «Directors of Central Intelligence as Leaders of the U.S. Intelligence Community, 1946-2005», 2006, CIA/CSI. Esas palabras forman parte del importante corpus de pruebas circunstanciales que sugieren que el tumor cerebral de Casey desencadenó una conducta por lo demás inexplicable durante sus últimos dieciocho meses como director de la central de inteligencia. Su distanciamiento de la realidad en aquellos días quedó ejemplificado por su romance con el RENAMO, el movimiento de Resistencia Nacional de Mozambique. El RENAMO era un ejército guerrillero negro creado por los racistas blancos de Sudáfrica y de Rodesia, y la fuerza rebelde más malvada existente en la región. Entrenado, armado y financiado por la Oficina de Seguridad Estatal Sudafricana (BOSS) —el servicio de inteligencia de Sudáfrica—, el RENAMO empleaba tácticas que incluían «cortar las orejas, las extremidades y los pechos, y la

mutilación en general —en palabras del embajador Chas W. Freeman hijo, encargado de la supervisión de los asuntos africanos durante la administración Reagan—. Esta mutilación se convirtió en la norma, y probablemente perecieron medio millón de personas». El RENAMO «recordaba a los jemeres rojos de Camboya», diría James Bishop, el principal responsable del Departamento de Estado para los asuntos políticos y militares africanos, y era «despiadado y excesivo en su empleo del terrorismo».

Casey, que le dijo al presidente Reagan que el RENAMO merecía el apoyo de la CIA en tanto luchaba por la libertad en la guerra global contra el comunismo, empleó tácticas tales como la «falsificación de información de inteligencia para magnificar el impacto del RENAMO», en palabras del embajador Freeman. Al ver que se le impedía el apoyo directo a los rebeldes, Casey tomó otro camino. En 1986, tras una prohibición de diez años, el Congreso creyó en su palabra y reactivó la ayuda miliar encubierta a los ejércitos favorecidos por la CIA en Angola, incluyendo misiles Stinger, armamento antitanque y toneladas de armas automáticas. La agencia había estado respaldando a una u otra facción angoleña de manera intermitente a lo largo de treinta años. La reanudación del programa de Angola abrió un canal de envío de armamento que desde la agencia pasaba por Sudáfrica y dependía del apoyo del régimen del *apartheid*. Los más poderosos diplomáticos estadounidenses involucrados en la región sospechaban asimismo que Casey había abierto un canal en dirección opuesta que permitió proporcionar una ayuda letal a los rebeldes del RENAMO. «Casey, que era propenso a seguir su propia política exterior, de hecho llegó a estar en cierta medida implicado en el RENAMO, en contra de la política declarada, e incluso de la política mantenida firmemente a nivel interno, de la administración [Reagan]», diría el embajador Freeman.

«Casey se propuso destruir nuestra diplomacia» en África meridional, diría Frank G. Wisner hijo. «Y casi lo consiguió.» Entrevistas en FAOH.

[10] McCullough, «Personal Reflections».

[11] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 414. Gates tuvo que acudir al Capitolio para responder a la prensa con relación a su nombramiento. «¿Qué le parece el puesto hasta ahora?», le preguntó un fotógrafo de prensa. Gates respondió en voz baja citando el título de una célebre canción country: «¡Métete el puesto donde te quepa!». Pero había un micrófono abierto y todo el mundo le oyó.

[12] Entrevista de Webster con el autor.

[13] Entrevista de Gates con el autor.

37. «Pensar en lo impensable»

[1] Entrevista de Webster con el autor.

[2] Entrevista de Thompson con el autor.

[3] Duane R. Clarridge y Digby Diehl, *A Spy for All Seasons: My Life in the CIA*, Scribner, Nueva York, 1997, p. 371.

[4] Entrevista de Webster con el autor.

[5] *Ibid.*

[6] *A Spy for All Seasons*, pp. 381-386.

[7] Actas del Politburó, 28 de septiembre de 1986, Cold War International History Project, Woodrow Wilson Center.

[8] Entrevista de Webster con el autor.

[9] Es difícil exagerar lo devastador que resultó el hecho de descubrir que el servicio de inteligencia de Castro había engañado a la CIA durante veinte años seguidos. Y la deserción de Aspillaga en 1987 no supuso el fin de esa situación. El 21 de septiembre de 2001, el FBI detuvo a Ana Belén Montes, la principal analista sobre Cuba de la Agencia de Inteligencia de la Defensa, quien seis meses después confesaría que había estado espiando para los cubanos desde 1985. Según varios antiguos miembros del servicio cubano, que luego desertaron, centenares de espías de la Dirección General de Inteligencia cubana (DGI) habían estado viviendo y trabajando en Estados Unidos ya desde la época de la bahía de Cochinos. Operaban como diplomáticos o como taxistas, como traficantes de armas, de drogas y de información. El servicio de inteligencia cubano, bajo las órdenes directas de Raúl Castro, el hermano de Fidel, se había infiltrado en grupos de exiliados cubanos y organismos gubernamentales estadounidenses con notable éxito. Tomemos, por ejemplo, el caso de José Rafael Fernández Brenes, que desertó de un buque de la marina mercante cubana en 1988. Reclutado por la inteligencia estadounidense, ayudó a crear y gestionar Tele Martí, una emisora financiada por el gobierno estadounidense que desde 1988 hasta 1991 se dedicó a transmitir información y propaganda a Cuba. El gobierno cubano interfirió la señal de Tele Martí desde el mismo momento en que salió al aire en marzo de 1990, y fue gracias a los datos proporcionados por Fernández Brenes. Luego vino el caso de Francisco Ávila Azcuy, que dirigía operaciones para Alfa 66, uno de los más violentos grupos de exiliados anticastristas, al tiempo que informaba en secreto de ello no solo al FBI sino también a la inteligencia cubana. En 1981, Ávila planeó una incursión en Cuba, informando de ello tanto al FBI como a la DGI. Su información ayudó a condenar a siete miembros de Alfa 66 por violar la Ley de Neutralidad al planificar un ataque a una nación extranjera desde suelo estadounidense. Tim Weiner, «Castro's Moles Dig Deep, Not Just into Exiles», *New York Times*, 1 de marzo de 1996.

[10] Entrevista de Lilley con el autor.

[11] Entrevista de Tom Twetten con el autor. El mejor resumen de la operación está en Timothy Naftali, *Blind Spot: The Secret History of American Counterterrorism*, Basic, Nueva York, 2005, pp. 196-198.

[12] Historia oral de John H. Kelly, FAOH. En junio de 1989, Kelly se convertiría en subsecretario de Estado para Asuntos de Oriente Próximo.

[13] En una carta a Ronald Reagan escrita el 1 de mayo de 1987, Son Sann, el presidente del Frente de Liberación Nacional del Pueblo Jemer, pretendido destinatario de la ayuda de la CIA, advertía contra la «mejora de las relaciones entre Estados Unidos y Vietnam» y desaconsejaba a Reagan la «moderación» con respecto «al principal representante soviético en el sudeste asiático». Tanto la carta de Son Sann como el memorando de Powell a Reagan advirtiendo de un posible resurgimiento de los jemeres rojos se desclasificaron el 28 de mayo de 1999.

[14] Observaciones de Howard Hart, Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, 7 de septiembre de 2005.

[15] Entrevista de Twetten con el autor.

[16] Historia oral de Oakley, FAOH.

38. «¿Qué vamos a hacer cuando caiga el muro?»

[1] Historia oral de Davis, FAOH.

[2] Historia oral de Pastorino, FAOH.

[3] Historia oral de Dachi, FAOH.

[4] Transcripciones del juicio de *Estados Unidos contra Manuel Noriega*.

[5] Historia oral de Wilcox, FAOH.

[6] Entrevista de Giraldi en Balkananalysis.com, 30 de julio de 2006. El autor entrevistó a Giraldi en 1994 y 1995. Dejando aparte la tragedia humana de la muerte de los agentes, durante este período los análisis y la información de la CIA sobre Irán estuvieron completamente errados. En el verano de 1987, durante los últimos estertores de la guerra Irán-Irak, Irán hostigaba a los petroleros kuwaitíes en alta mar. Entonces se puso a los buques bajo bandera estadounidense y se les protegió con barcos de guerra de la marina norteamericana. La CIA evaluó la situación en el golfo Pérsico y aconsejó firmemente que se pusiera fin a la operación de cambio de bandera. El asunto pasó al asesor de seguridad nacional, Frank Carlucci, ex subdirector de la central de inteligencia. «La agencia elaboró un informe que básicamente decía que ninguna confrontación militar con Irán funcionaría —explicaría Carlucci—. Los iraníes nos provocaron y en veinticuatro horas les hundimos la mitad de su marina. Se dieron la vuelta y metieron sus barcos en el puerto, de modo que pudimos navegar con impunidad por el Golfo. La CIA se había equivocado.» Historia oral de Carlucci, FAOH.

[7] Richard L. Russell, «CIA’s Strategic Intelligence in Iraq», *Political Science Quarterly*, verano de 2002. Russell trabajó como analista político-militar de la CIA durante diecisiete años.

[8] Observaciones de Charles Allen, «Intelligence: Cult, Craft, or Business?», Program on Information Resources Policy, Universidad de Harvard, 6 de abril de 2000.

[9] Memorando de la conversación telefónica con el rey Hussein, 31 de julio de 1990, GHWBL.

[10] James A. Baker III y Thomas M. DeFrank, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War and Peace, 1989-1992*, Putnam, Nueva York, 1995, p. 7.

[11] Historia oral de Freeman, FAOH. El 10 de enero de 1991, la CIA advirtió a la Casa Blanca y al Pentágono de que «es casi seguro que Saddam Hussein desatará una importante campaña terrorista contra intereses occidentales —especialmente estadounidenses—. Es probable que ocurran múltiples ataques simultáneos en varias regiones geográficas —incluyendo posiblemente Estados Unidos— en un intento de captar la máxima publicidad y sembrar un pánico generalizado». No hubo nunca evidencia alguna de que hubieran penetrado en territorio estadounidense células de la inteligencia iraquí, pero la CIA y el FBI siguieron el rastro de al menos tres grupos de oficiales militares iraquíes en Oriente Próximo y Asia, y les capturaron en los días inmediatamente anteriores al ataque estadounidense a Irak. CIA, «Terrorism Review», 10 de enero de 1991, CIA/FOIA.

[12] Entrevista de Clarke para el programa *Frontline*, capítulo «The Dark Side», 23 de enero de 2006, transcripción corregida disponible online en: http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/darkside/interviews/clarke.html.

[13] Robert M. Gates, *From the Shadows: The Ultimate Insider’s Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996, p. 449. Durante la administración Bush, Gates hubo de supervisar a un equipo directivo del Consejo de Seguridad Nacional lleno de expertos que despreciaban la labor de los analistas que el propio Gates había llevado a la CIA. El embajador Robert D. Blackwell fue el hombre del NSC responsable de los asuntos soviéticos y europeos entre 1989 y 1990. «La agencia seguía

vomitando productos analíticos que yo nunca leía —diría—. Durante los dos años que estuve no leí ni una sola Estimación [de Inteligencia Nacional]. Ni una. Y con la excepción de Gates, no sé de nadie en el NSC que lo hiciera.» Backwell, citado en Jack Davis, «A Policymaker's Perspective on Intelligence Analysis», *Studies in Intelligence*, vol. 38, n.º 5, 1995, CIA/CSI.

[14] NIE 11-3/8-88, «Soviet Forces and Capabilities for Strategic Nu clear Conflict Through the Late 1990s», 1 de diciembre de 1988, CIA/CSI.

[15] MacEachin, citado en Kirsten Lundberg, «CIA and the Fall of the Soviet Empire: The Politics of "Getting It Right"», Case Study C16-94-1251.0, Universidad de Harvard, 1994, pp. 30-31.

[16] Historia oral de Palmer, FAOH.

[17] Historia oral de Crowe, FAOH.

[18] Walters, citado en la historia oral de David Fischer, FAOH.

[19] Si hubo algún momento en el que la CIA se esforzó por entender por qué habían muerto aquellos espías, fue durante la desintegración de la Unión Soviética, en 1990 y 1991. «Cuando me nombraron director en 1987 tenía un almuerzo con Dick Helms —me explicaría Bob Gates—. Y recuerdo a Helms señalándome con el dedo durante el almuerzo en el comedor del director, estábamos nosotros dos solos, no había nadie más, y él me decía: "Nunca se vaya a casa por la noche sin preguntarse dónde está el topo".» En 1992, en los últimos meses del breve período de Bob Gates como director de la central de inteligencia, el caso empezó a resolverse. Aldrich Ames fue arrestado en febrero de 1994. Entrevista de Gates con el autor.

[20] Entrevista de Bearden con el autor.

[21] Entrevista de Giraldi con el autor.

[22] Arnold Donahue, «Perspectives on U.S. Intelligence», Program on Information Resources, Universidad de Harvard, abril de 1998.

[23] Michael J. Sulick, «As the USSR Collapsed: A CIA Officer in Lithuania», *Studies in Intelligence*, vol. 50, n.º 2, 2006, CIA/CSI.

[24] Nota de Gates y anuncio a los empleados de la CIA citados en Douglas F. Garthoff, «Directors of Central Intelligence as Leaders of the U.S. Intelligence Community, 1946-2005», 2006, CIA/CSI. Garthoff trabajó en la CIA de 1972 a 1999, y durante muchos años fue analista de asuntos soviéticos bajo las órdenes de Gates.

[25] Richard Kerr, «The Evolution of the U.S. Intelligence System in the Post-Soviet Era», Program on Information Resources, Universidad de Harvard, primavera de 1992.

[26] McEachin, citado en Robert Steele, «Private Enterprise Intelligence: Its Potential Contribution to National Security», ponencia presentada en la conferencia sobre Análisis y Evaluación de Inteligencia celebrada en Ottawa, Canadá, los días 22 a 29 de octubre de 1994. Steele es un veterano de la CIA que defiende el análisis de código abierto.

[27] Nota de Gates citada en Garthoff, «Directors of Central Intelligence».

39. «No teníamos datos»

[1] Anthony Lake, «From Containment to Enlargement», Johns Hopkins University School of Advanced International Studies, 21 de septiembre de 1993.

[2] Bill Clinton tenía encantados a la mayoría de los encargados de facilitarle su resumen diario en la CIA, que acudían a Little Rock, la capital de Arkansas, se alojaban en la

habitación de un motel junto al aeropuerto, y luego viajaban en coche hasta la residencia del entonces gobernador de dicho estado para instruirle; sin embargo, nunca estaban seguros de cuánto de lo que le explicaban asimilaba realmente. John L. Helgerson, *Getting to Know the President: CIA Briefings of Presidential Candidates, 1952-1992*, CIA/CSI.

[3] Observaciones de Woolsey, Consejo de Relaciones Exteriores, 12 de mayo de 2004; entrevista de Woolsey con el autor.

[4] Entrevista de Twetten con el autor.

[5] Aunque la cifra exacta sigue estando clasificada, «la administración Clinton pidió un importante número de propuestas de acción encubierta para abordar la creciente y preocupante serie de problemas que afrontaba a principios de la década de 1990, solo para concluir que la acción encubierta no podía salvar a Estados Unidos de una intervención militar abierta», en palabras de John MacGaffin, número dos del servicio clandestino durante la administración Clinton y vecino del piso de abajo del autor después de dejar la CIA. Por cierto que MacGaffin jamás hizo una filtración. Véase su «Spies, Counterspies, and Covert Action», en Jennifer E. Sims y Burton Gerber, eds., *Transforming U.S. Intelligence*, Georgetown University Press, Washington, 2005, pp. 79-95.

[6] Historia oral de Wisner, FAOH.

[7] Historia oral de Crowe, FAOH. Antes de que el almirante asumiera la dirección de la Junta Asesora de Inteligencia Exterior de la Presidencia, tuvo que explicarle al presidente Clinton lo que era: «A comienzos de su administración, el presidente y yo hablamos de lo que me gustaría hacer —recordaría Crowe—. Yo le dije: "la JAIEP", y él me preguntó: "¿Qué es la JAIEP?". Así que tuve que explicarle qué era».

[8] Los acontecimientos del 25 de enero de 1993 se reconstruyen aquí a partir de un informe que redactó Nick Starr para el boletín informativo interno de la CIA y a partir de los registros judiciales. Cuatro años y medio después, el asesino, Mir Amal Kansi, fue arrestado en Pakistán en una operación de busca y captura coordinada por la CIA y respaldada por una recompensa de 2 millones de dólares. Kansi explicó que los crímenes eran un acto de venganza por la política exterior de Estados Unidos en Oriente Próximo. El estado de Virginia lo declaró culpable de asesinato y lo condenó a la pena de muerte por inyección letal.

[9] Historia oral de O'Neill, FAOH.

[10] Memorando de inteligencia, «Iraq: Baghdad Attempts to Assassinate Former President Bush», CIA Counterterrorist Center, 12 de julio de 1993, CIA/FOIA.

[11] Tim Weiner, «Attack is Aimed at the Heart of Iraq's Spy Network», *New York Times*, 27 de junio de 1993.

[12] Observaciones de Woolsey, simposio «Restoration Weekend», Palm Beach, Florida, 16 de noviembre de 2002.

[13] Tim Weiner, Steve Engelberg y Howard French, «CIA Formed Haitian Unit Later Tied to Narcotics Trade», *New York Times*, 14 de noviembre de 1993. He aquí un breve retrato de uno de los hombres de la CIA en Haití, extraído de este artículo. Entre los oficiales militares que cogieron el dinero de la agencia y dirigieron el servicio de inteligencia haitiano estaba el coronel Ernst Prudhomme, un miembro de la junta anti-Aristide que tomó el poder en Haití. El 2 de noviembre de 1989, mientras ostentaba el título de jefe de seguridad nacional y era objeto de la generosidad de la CIA, realizó un brutal interrogatorio a Evans Paul, el alcalde de la capital haitiana, Puerto Príncipe. El interroga torio dejó al alcalde con cinco costillas rotas y diversas lesiones internas. «El propio Prudhomme no me tocó en ningún momento —diría Paul—. Él desempeñaba el papel del intelectual, el hombre que buscaba cuidadosamente contradicciones en tu relato; el hombre que parecía dirigir todo el asunto. Quería presentarme

al mundo como un terrorista … Parecía tener un montón de información sobre mi vida, ya desde mi infancia. Era como si me hubiera seguido paso a paso.»

[14] Observaciones de Woolsey, Consejo de Relaciones Exteriores, 12 de mayo de 2004.

[15] Tim Weiner, «Critics Say U.S. Ignored C.I.A. Warnings of Genocide in Rwanda», *New York Times*, 26 de marzo de 1998. Era difícil ver qué podía haber hecho la CIA para evitar la matanza aunque la Casa Blanca tuviera voluntad de hacerlo, ya que no tenía a nadie destacado en Ruanda. «La CIA no fue de mucha ayuda en términos de política interior africana. Nunca lo había sido —diría el embajador de Clinton en Ruanda, Robert E. Gribbin III, un diplomático profesional con un largo servicio en el continente—. No estaban especialmente interesados en ello.»

[16] La respuesta vino en una importante orden de política exterior denominada la Directiva de Decisión Presidencial 25. Fechada el 3 de mayo de 1994, y todavía clasificada en gran parte, aspiraba a conseguir que las Naciones Unidas asumieran el liderazgo en las operaciones de pacificación.

[17] James Monnier Simon hijo, «Managing Domestic, Military, and For eign Policy Requirements: Correcting Frankenstein's Blunder», en Sims y Gerber, *Transforming U.S. Intelligence*, pp. 149-161.

40. «¿Por qué diablos no lo sabíamos?»

[1] Entrevista de Ames con el autor.

[2] Entrevista de Hitz con el autor.

[3] Entrevista de Glickman con el autor.

[4] Entrevista de Odom con el autor.

[5] Entrevista de Specter con el autor.

[6] Entrevista de Aspin con el autor.

[7] Snider, citado en Loch K. Johnson, «The Aspin-Brown Intelligence Inquiry: Behind the Closed Doors of a Blue Ribbon Commission», *Studies in Intelligence*, otoño de 2004, CIA/CSI.

[8] Johnson, «The Aspin-Brown Intelligence Inquiry».

[9] Entrevista de Hitz con el autor.

41. «Tenemos problemas»

[1] Entrevista de Deutch con el autor.

[2] John A. Gentry, «A Framework for Reform of the U.S. Intelligence Community», disponible online en: http://www.fas.org/irp/gentry. Gentry había sido analista de la CIA durante nueve años.

[3] Entrevista de Helms con el autor.

[4] . Stephen Engelberg, Tim Weiner, Raymond Bonner y Jane Perlez, «Srebrenica: The Days of Slaughter», *New York Times*, 29 de octubre de 1995.

[5] Tim Weiner, «C.I.A. Confirms Blunders During Economic Spying on France», *New York Times*, 13 de marzo de 1996.

[6] Tim Weiner, «More Is Told About C.I.A. in Guatemala», *New York Times*, 25 de abril de

1995.

[7] Entrevista de Stroock con el autor.

[8] Entrevista de McAfee con el autor.

[9] Entrevista de Tenet con el autor.

[10] Entrevista de Lake con el autor.

[11] En mayo de 2004, transcurrido un año de ocupación norteamericana de Irak, Estados Unidos catapultó a Alawi al puesto de primer ministro. Pese a su elocuencia y ambición, este hecho no constituía un éxito político, ya que el conocimiento casi universal de sus largas relaciones con la CIA era algo que no contaba precisamente en su favor.

[12] En el verano de 1972, la agencia proporcionó un paquete de ayuda y armas, valorado en 5,38 millones de dólares, personalmente aprobado por Nixon y Kissinger «para ayudar ... a los kurdos iraquíes en su resistencia contra el régimen iraquí baazista», en palabras de Kissinger. Dos años después, este último traicionaría a los kurdos al abandonar el apoyo estadounidense a su causa a fin de aplacar al sha de Irán, que se había mostrado cada vez más temeroso ante la posibilidad de un estado kurdo independiente. Memorando de Kissinger, sin fecha, pero probablemente del 31 de julio de 1971, en FRUS, 1969-1972, vol. E-4, documento 322, desclasificado en septiembre de 2006.

[13] Entrevista de Lowenthal con el autor.

[14] Entrevista de Lake con el autor.

[15] *Ibid.*

[16] Entrevista de Hitz con el autor.

[177] . Desde finales de la guerra fría ha estado disponible gratuitamente en internet un potente programa de criptografía denominado PGP (siglas de *Pretty Good Privacity*, «Privacidad Bastante Buena»). El 20 de marzo de 1997, el subdirector de la Agencia de Seguridad Nacional, William Crowell, declaró ante el Congreso: «Aunque se pusiera a trabajar a todos los ordenadores personales del mundo —260 millones de unidades— en un solo mensaje encriptado con el PGP, aun así se calcula que se necesitarían, como media, doce millones de veces la edad del universo para descifrar un solo mensaje». ¿Cómo iba la inteligencia estadounidense a descifrar algo así? Testimonio de Crowell, Subcomité Judicial de la Cámara sobre Tribunales y Propiedad Intelectual, 20 de marzo de 1997.

[18] «IC21: The Intelligence Community in the 21st Century», Staff Study, House Permanent Select Committee on Intelligence, 1996.

[19] Completar el curso de formación de la CIA no suponía garantía alguna de éxito cuando a uno se le destinaba al extranjero. Jim Olson, que fue jefe de base en Moscú, Viena y Ciudad de México, relataría la historia de una pareja de brillantes jóvenes que pasaron a estar bajo sus órdenes como agentes de enlace recién incorporados. Ella era abogada y él, ingeniero. «Yo tenía depositadas grandes esperanzas en ellos», explicaría. Pero menos de una semana después le dijeron que el reclutamiento de agentes les planteaba escrúpulos de carácter ético por hacerse «bajo falsos pretextos. Decían que simplemente no podían resignarse a engañar y manipular a personas inocentes de aquella manera». Resulta obvio que eso es precisamente lo que hacen los miembros de la CIA destinados en el extranjero para ganarse la vida. No se pudo salvar a la pareja. Se marcharon, y acabaron conduciendo juntos un camión tráiler. Olson sentía una «gran curiosidad acerca de por qué sus reservas morales no habían aparecido en el curso de formación». Resultó que de hecho sí habían expresado ya sus temores, pero sus instructores les habían dicho que no se preocuparan, que «todo iría bien una vez que se les asignara su primer destino». Pero no todo fue bien. Olson, *Fair Play: The Moral Dilemmas of Spying*, Potomac, Wash ington, 2006, pp. 251-252. Un graduado de la escuela de formación de

la CIA en 2003, T. J. Waters, ha informado de otras respuestas similares por parte de sus instructores. Parece, pues, que hay un problema en la escuela de la agencia. T. J. Waters, *Class 11: Inside the Largest Spy Class in CIA History*, Dutton, Nueva York, 2006.

[20] Informe del Comité Electo Permanente de la Cámara sobre Inteligencia, parlamentario Porter J. Goss, presidente, 18 de junio de 1997.

[21] Russ Travers, «The Coming Intelligence Failure», *Studies in Intelligence*, 1997, CIA/CSI. Travers escribió: «El fallo puede ser de la variedad tradicional: fallamos a la hora de predecir la caída de un gobierno amigo; no proporcionamos una alerta suficiente de un ataque sorpresa contra uno de nuestros aliados o intereses; nos vemos completamente sorprendidos por un ataque terrorista respaldado por un estado, o fallamos a la hora de detectar que un país inesperado adquiere un arma de destrucción masiva. O bien puede adoptar una forma menos tradicional: exageramos numerosas amenazas con el resultado de decenas de miles de millones de dólares de gastos innecesarios; errores de cálculo que conducen a un número de víctimas políticamente inaceptable en una operación de pacificación, o una operación que no sale bien ... Al final puede que no suframos un Pearl Harbor, pero sencillamente sucumbimos a una serie de errores que llevan a cuestionar un presupuesto de inteligencia que deja pequeños a los presupuestos de defensa íntegros de la mayoría de los países. La comunidad [de la inteligencia] tratará de dar explicaciones sobre los fallos, y apuntará legítimamente a una serie de circunstancias atenuantes. Pero vamos a empezar a cometer errores cada vez más grandes y de mayor envergadura, y con mayor frecuencia. Es solo cuestión de tiempo antes de que los resultados alcancen el nivel de un fracaso reconocido de la inteligencia ... Las razones serán bien simples: nos hemos apartado de lo básico, de la recogida y el análisis imparcial de datos».

42. «La amenaza no podría ser más real»

[1] Testimonio de Tenet, Comisión del 11-S, 14 de abril de 2004; observaciones de Tenet, Universidad de Kutztown, 27 de abril de 2005. Tenet declaró que él había heredado una CIA «cuyos dólares declinaban y cuyos expertos disminuían ... La infraestructura para reclutar, formar y mantener a agentes para nuestro servicio clandestino —la capacidad de inteligencia humana de la nación— era caótica ... Nuestros sistemas de información se estaban quedando obsoletos mientras se producía el mayor cambio en tecnología de la información de nuestras vidas».

[2] La lista de los mejores, o «pioneros», de la CIA incluía a Robert Ames, perdido en el atentado a la embajada en Beirut en 1983; Dick Bissell, el padre del U-2 y de la bahía de Cochinos; Jamie Critchfield, que había dirigido la Organización Gehlen; Allen Dulles, que recibiría el apodo de «gran agente de enlace blanco»;[*] Richard Lehman, cuyos informes juzgara Dulles por su peso; Art Lundahl, el intérprete fotográfico en la crisis de los misiles cubanos; Tony Méndez, el maestro del disfraz, y por supuesto, Frank Wisner, la encarnación de la acción encubierta.

[3] Entrevista de Helms con el autor.

[4] Entrevista de Schlesinger con el autor.

[5] Entrevista de Goss con el autor.

[6] Observaciones de Charles Allen, «Intelligence: Cult, Craft, or Business?», Program on Information Resources Policy, Universidad de Harvard, 6 de abril de 2000.

[7] Mary O. McCarthy, «The Mission to Warn: Disaster Looms», *Defense Intelligence Journal*, vol. 7, n.º 2, 1998.

[8] El relato detallado aparece en el informe de la Comisión del 11-S.

[9] McCarthy, citada en el informe de la Comisión del 11-S.

[10] Historia oral de Petterson, FAOH.

[111] . Entrevista de Carney con el autor. Yo personalmente cubrí los atentados de Nairobi y la operación contra al-Shifa para el *New York Times*; las entrevistas realizadas para el segundo de los dos reportajes incluían a varios altos cargos de la CIA, el NSC, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa estadounidenses. Se realizaron de manera anónima y, por desgracia, deben seguir siéndolo; pero dos de ellas fueron con miembros del denominado «Pequeño Grupo», el círculo de mayor rango en la seguridad nacional de Estados Unidos, entre cuyos seis miembros se contaban el asesor de seguridad nacional y el director de la central de inteligencia. Acababan de hacerse públicos los coqueteos sexuales de Clinton con una becaria, y los funcionarios a los que entrevisté ya no estaban seguros de en qué creían. Aun así, montaron un buen espectáculo.

[12] Citado en «Counterterrorism Intelligence Capabilities and Performance Prior to 9/11», audiencia ante el comité de inteligencia de la Cámara, 5 de septiembre de 2002. La sensación de que estaba a punto de ocurrir algo terrible resultaba insoportable para algunos miembros de la comunidad de la inteligencia. Tres semanas después de la advertencia de aquel 11 de septiembre de 1998, John Millis, un veterano agente del servicio clandestino que era el director de organización, bajo las órdenes del presidente Porter Goss, en el comité de inteligencia de la Cámara, pronunció un discurso ante un grupo de antiguos miembros de la CIA ya retirados. Millis dijo entonces que la agencia se estaba ahogando en un mar de datos irrelevantes, que andaba escasa de capacidad intelectual y que estaba próxima al colapso. «La gente solía acudir a nosotros y jactarse de que la CIA era el 911 [el teléfono de emergencias] del gobierno —reflexionaba—. Bueno, pues si tienes que marcar el 911, es que la inteligencia ya está perdida.» Millis se volaría la cabeza con una escopeta en un sórdido motel de las afueras de Washington el 4 de junio de 2000.

[13] Entrevista de Tenet con el autor.

[14] Entrevista de Smith con el autor.

[15] Entrevista de Gates con el autor.

[16] Los relatos de Gary Schroen sobre los fallos a la hora de dar caza a Bin Laden están en su declaración ante la Comisión del 11-S. Años después, los resumiría así: «No hicimos lo bastante. No nos infiltramos en el círculo de allegados de Bin Laden. Y seguimos sin hacerlo. De modo que, ciertamente, hubo un fallo». Entrevista de Schroen para el programa *Frontline*, capítulo «The Dark Side», 20 de enero de 2006, transcripción corregida disponible online en: http://ww.pbs.org/wgbh/pages/frontline/darkside/interviews/shroen.html.

[17] MacGaffin, «Spies, Counterspies, and Covert Action», en Jennifer E. Sims y Burton Gerber, eds., *Transforming U.S. Intelligence*, Georgetown Universiy Press, Washington, 2005.

[18] La persecución de Bin Laden y las vacilaciones de la CIA, el Pentágono y la Casa Blanca se detallan en el informe de la Comisión del 11-S.

[19] Vicealmirante Thomas R. Wilson, Seminario de Harvard sobre Inteligencia, Mando y Control, Programa sobre Políticas de Recursos de Información, noviembre de 2001.

[20] Informe de la Comisión del 11-S, «Intelligence Policy», Staff Statement n.º 7.

[21] Tenet, citado en el informe de la Comisión del 11-S.

[22] Testimonio de Clarke en el informe de la Comisión del 11-S.

[23] Los resúmenes informativos proporcionados por la CIA y por Bill Clinton a George

Bush antes y después de su elección están en el informe de la Comisión del 11-S. El atentado contra el *Cole* provocó un ataque inusualmente vehemente por parte de John Lehman, el secretario de Marina durante la administración Reagan. En un artículo de opinión publicado en el *Washington Post* tres días después, clamaba contra «el escandaloso fracaso de la inteligencia» en el atentado. «Pero, obviamente, nadie debería sorprenderse por ese fracaso de la inteligencia. En catorce años de servicio al gobierno en tres administraciones distintas, he presenciado muchas crisis históricas, y en cada una de ellas el producto consolidado de la burocracia de la inteligencia o bien ha sido incapaz de dar la alerta, como en Kuwait, o bien se ha mostrado enormemente equivocado en su evaluación … Pero no se ha hecho nada. El *Cole* es la última víctima de un programa de puestos de trabajo de 30.000 millones de dólares que coge los productos más maravillosos de la tecnología espacial y electrónica y los convierte en chatarra inútil.»

43. «El lado oscuro»

[1] James Monnier Simon hijo, Seminario sobre Inteligencia, Mando y Control, Programa sobre Políticas de Recursos de Información, Universidad de Harvard, julio de 2001.

[2] Yo ya había oído rumores acerca de lo malas que eran las terminales informáticas y las tecnologías de la información de la CIA, pero no me hice una idea plena de ello hasta que Bruce Berkowitz, antiguo agente de la CIA y luego respetado asesor de la agencia, publicó los datos pertinentes en *Studies in Intelligence* en 2003. «Los analistas saben mucho menos sobre las nuevas tecnologías y servicios de la información que sus colegas del sector privado y de otros organismos del gobierno —escribía después de pasar un año en la agencia como estudioso de la CIA residente—. Como media, parecen tener un retraso de unos cinco años o más. Muchos analistas no parecen ser conscientes de los datos que están disponibles en internet y en otras fuentes ajenas a la CIA.» También decía que el mensaje de los directivos de la CIA era: «que la tecnología es una amenaza, no un beneficio; que la CIA no da demasiada prioridad a que los analistas utilicen la TI de manera fácil o creativa, y lo peor de todo, que los datos ajenos a la propia red de la CIA tienen un carácter secundario en la misión de la inteligencia». Bruce Berkowitz, «Failing to Keep Up with the Information Revolution», *Studies in Intelligence*, vol. 47, n.º 1, 2003, CIA/CSI.

[3] Correo electrónico de Clarke citado en el informe de la Comisión del 11-S.

[4] Clark, citado en el informe de la Comisión del 11-S.

[5] Garrett Jones, «Working with the CIA», *Parameters* (revista de la academia militar del ejército estadounidense), vol. 31, n.º 4, invierno de 20012002. Entre las consecuencias fatales del 11-S poco comentadas en el mundo civil estaba esta: por puro azar, el avión que se estrelló contra el Pentágono mató a la mayoría —si no a la totalidad— del personal de inteligencia naval de la Agencia de Inteligencia de la Defensa.

[6] Hablando desde Camp David para el programa televisivo *Meet the Press*, el domingo 16 de septiembre de 2001 diría Cheney: «También tenemos que trabajar, no obstante, en una especie de lado oscuro, si quiere llamarlo así. Hemos de dedicar tiempo a las sombras en el mundo de la inteligencia. Mucho de lo que hay que hacer aquí tendrá que hacerse discretamente, sin ningún debate, utilizando las fuentes y métodos que estén disponibles para nuestras agencias de inteligencia, si pretendemos tener éxito».

[7] El 10 de enero de 2007, la existencia de la directiva fue reconocida en una demanda

judicial por la CIA. La orden secreta autorizaba a la agencia «a detener a terroristas» y a «establecer centros de detención fuera de Estados Unidos». Declaración de Marilyn A. Dorn, caso *ACLU contra el Departamento de Defensa*.

[8] James M. Simon hijo, «Analysis, Analysts, and Their Role in Government and Intelligence», seminario de Harvard, Programa sobre Políticas de Recursos de Información, julio de 2003.

[9] Testimonio de Hayden, comité de inteligencia del Senado, 18 de mayo de 2006. En el momento de redactar estas líneas, Hayden está dirigiendo la CIA. Se ha mostrado muy elocuente con respecto a lo cerca de los límites de la ley que está dispuesto a llegar. «Vamos a vivir en los límites —ha dicho—. Llegaré a tocarlos con la punta.»

[10] Observaciones de Tenet en el banquete de concesión de los premios por servicios distinguidos del Centro Nixon, 11 de diciembre de 2002. En diciembre de 2006, la agencia reconoció que había estado reteniendo a catorce prisioneros de «alto valor» en sus cárceles secretas, y que los estaba transfiriendo a Guantánamo.

44. «Un grave error»

[1] «Postwar Findings», comité de inteligencia del Senado, 8 de septiembre de 2006.

[2] Testimonio de Tenet, 26 de julio de 2006, citado en «Postwar Findings», 8 de septiembre de 2006.

[3] Observaciones de James L. Pavitt, Asociación de Política Exterior, 21 de junio de 2004. La mejor fuente de información de la que disponía la CIA se la había proporcionado el servicio de inteligencia francés, que había cultivado la amistad de Nayi Sabri, el ministro de Exteriores iraquí, convirtiéndole en agente suyo. Sabri dijo que Saddam no tenía ningún programa de armas nucleares o biológicas activo. Obviamente, su informe fue rechazado. Sabri era el hombre al que aludía Tenet en un discurso pronunciado el 5 de febrero de 2004, cuando dijo que la CIA contaba con «una fuente de información que tenía acceso directo a Saddam y a su círculo de allegados». La agencia casi no tenía ninguna capacidad para analizar acertadamente la poca información de inteligencia que poseía. Sus expertos eran contados y estaban asistidos por montones de novatos. Después del 11-S, unos «analistas poco familiarizados con el terrorismo, al-Qaeda o el suseste asiático se esforzaron por correr a ocupar sus nuevos destinos —señalaba el veterano de la CIA Bruce Berkowitz—. Meses después, la gente todavía estaba reordenando muebles, remodelando despachos y reinstalando ordenadores». Berkowitz, «Failing to Keep Up with the Information Revolution», *Studies in Intelligence*, vol. 47, n.º 1, 2003, CIA/CSI.

[4] Richard Helms, «Intelligence in American Society», *Studies in Intelligence*, vol. 11, n.º 3, verano de 1967, CIA/CSI. El artículo es una adaptación de un discurso que dio Helms al Consejo de Relaciones Exteriores el 17 de abril de 1967.

[5] Observaciones de Duelfer, Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, 22 de abril de 2005.

[6] David Kay, «Weapons of Mass Destruction: Lessons Learned and Unlearned», *Miller Center Report*, vol. 20, n.º 1, primavera/verano de 2004.

[7] . El coronel Larry Wilkerson, principal asesor militar de Colin Powell, estaba allí cuando ocurrió. «Todavía puedo oír a George Tenet diciéndome, y diciéndole a mi jefe en las entrañas de la CIA», que la información de inteligencia era de lo más sólido, explicaría el coronel

Wilkerson. «Yo estaba sentado en la sala mirándole a los ojos, tal como hacía también el secretario de Estado, y le oí hablar con la firmeza que solo George podía transmitir … George Tenet le aseguraba a Colin Powell que la información que exponía ante las Naciones Unidas era irrefutable, solo para tener que repetir esa misma llamada individual al secretario en más de una ocasión en los meses siguientes tras su exposición y decirle que los pilares básicos de dicha exposición en realidad eran falsos.» Observaciones de Wilkerson, New American Foundation, 19 de octubre de 2005; entrevista a Wilkerson para el programa *Frontline*, capítulo «The Dark Side», 13 de diciembre de 2005, transcripción corregida disponible online en: http://www.pbs.org/wgbh/ pages/frontline/darkside/interviews/wilkerson.html.

[8] *Off Target: The Conduct of the War and Civilian Casualties in Iraq*, Human Rights Watch, diciembre de 2003. El informe concluía: «La información de inteligencia de los 50 ataques dirigidos contra 55 líderes iraquíes fue perfecta: no murió ni un solo líder, pero sí docenas de civiles».

[9] Aquella fue la última palabra en vísperas del ataque por tierra, según explicaría el general de división James Thurman, director global de operaciones de la invasión. «Eso fue lo que nos dijo la CIA —explicaría el general Thurman—. Pero no fue eso lo que sucedió. Tuvimos que abrirnos paso en todas y cada una de las poblaciones.» Thurman, citado en Thomas Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, Penguin, Nueva York, 2006, p. 118.

[10] *Command's Responsibility: Detainee Deaths in U.S. Custody in Iraq and Afghanistan*, Human Rights First, 22 de febrero de 2006.

[11] Resumen desclasificado en «Trends in Global Terrorism: Implications for the United States», abril de 2006, CIA.

[12] Teniente general David H. Petraeus, «Learning Counterinsurgence: Observations from Soldiering in Iraq», *Military Review*, enero-febrero de 2006. El artículo está incluido en la colección de obras profesionales del ejército estadounidense, disponible online en: http://www.army.mil/professionalwriting/volumes/volume4/april_2006.

[13] Observaciones de Pavitt, Asociación de Política Exterior, 21 de junio de 2004.

[144] . Lindsay Moran, que dejó el servicio clandestino en 2003 y que basaba su afirmación en informes de amigos y colegas de la base de Bagdad, diría: «El clima allí es tal que simplemente no puedes llevar a cabo las operaciones estándar como agente de enlace. Un colega masculino me ha descrito Bagdad como una especie de juerga universitaria interminable; es decir, los agentes de enlace, al no poder realizar operaciones, se ven limitados a permanecer en el complejo y montar juergas». Observaciones de Moran, «U.S. Intelligence Reform and the WMD Commission Report», American Enterprise Institute, 4 de mayo de 2005.

[15] Historia oral de Crandall, Association for Diplomatic Studies and Training, Iraq Experience Project, 20 de septiembre de 2004.

[16] Declaraciones de Tenet, CIA Office of Public Affairs, 11 de agosto de 2003.

[17] En 2004 estaba claro que no se dependía del análisis de inteligencia a la hora de tomar siquiera las decisiones más significativas de seguridad nacional, según escribiría Paul Pillar, el responsable de inteligencia nacional para Oriente Próximo entre 2000 y 2005. «Lo más extraordinario de la inteligencia estadounidense de antes de la guerra no es que hiciera mal las cosas y engañara a los responsables de las decisiones políticas, sino que jugara un papel tan reducido en una de las decisiones políticas estadounidenses más importantes de las últimas décadas.» Paul Pillar, «Unheeded Intelligence», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 2006.

[18] Conferencia de prensa de Bush, 21 de septiembre de 2004. El presidente descartó los

informes pesimistas del jefe de la base de Bagdad tildándolos de meras tonterías derrotistas.

[199] . Observaciones de Silberman, «U.S. Intelligence Reform and the WMD Commission Report», American Enterprise Institute, 4 de mayo de 2005.

[20] *Commission on the Intelligence Capabilities of the United States Regarding Weapons of Mass Destruction*, 31 de marzo de 2005.

[211] . Observaciones de Tenet, Universidad de Kutztown, 27 de abril de 2005.

[22] «Collection and Analysis on Iraq: Issues for the US Intelligence Community», *Studies in Intelligence*, vol. 49, n.º 3, 2005, CIA/CSI.

[233] . Observaciones de Tenet, Universidad de Kutztown, 27 de abril de 2005.

[24] Kay, «Weapons of Mass Destruction».

45. «La ceremonia fúnebre»

[1] Observaciones de Tenet, CIA Office of Public Affairs, 8 de julio de 2004. A diferencia de Tenet, Nixon, en su propio discurso de despedida, tuvo el buen gusto de citar entero el pasaje de Roosevelt sobre el hombre que está en la arena: «cuyo rostro se deteriora por el polvo, el sudor y la sangre, que lucha con valentía, que se equivoca y falla el golpe una y otra vez, porque no hay esfuerzo sin error y sin limitaciones, pero que ciertamente lucha por hacer las cosas, que sabe de grandes entusiasmos, de grandes devociones, que agota sus fuerzas por una causa digna, que, si tiene suerte, saborea al final el triunfo de los grandes logros, y si no la tiene y fracasa, al menos fracasa con gran audacia».

[2] George Tenet y Bill Harlow, *At the Center of the Storm: My Years at the CIA*, HarperCollins, Nueva York, 2007. Los pasajes citados son de las páginas 110 y 232. Tenet se hizo un flaco favor a sí mismo al iniciar el libro con una dramática historia acerca de un enfrentamiento con el influyente neoconservador Richard Perle en las inmediaciones del Ala Oeste de la Casa Blanca, el 12 de septiembre de 2001, en el que Perle supuestamente le dijo: «Irak tiene que pagar un precio por lo que sucedió ayer». Pero ese día Perle estaba en Francia; la cita era, pues, en el mejor de los casos, un garrafal error. El reconocimiento por parte de Tenet de los errores de la CIA resultaba admirable por sí solo. Sin embargo, se calificaba a sí mismo de «miembro del coro griego» y de «un accesorio más» en el discurso de Colin Powell ante las Naciones Unidas, cuando en realidad él había defendido todos y cada uno de los pasajes de aquel discurso. Trataba de dar explicaciones, pero no podía. El libro de Tenet fue atacado ya desde el momento de publicarse desde la derecha, la izquierda y el centro. Entre sus escasos defensores se contaron seis altos cargos que habían trabajado bajo sus órdenes. Estos escribieron una carta abierta donde le calificaban como un hombre con «el coraje de reconocer los errores que se cometieron y de aceptar la responsabilidad que le corresponde tanto a él como a la comunidad de inteligencia que dirigió».

[3] . Goss le dijo a un entrevistador, ante las cámaras, en un clip de vídeo transcrito y colgado por el cineasta izquierdista Michael Moore: «Yo estuve en la CIA desde aproximadamente finales de los cincuenta hasta aproximadamente comienzos de los setenta. Y es cierto que fui agente de enlace, agente del servicio clandestino, y ciertamente entiendo la misión fundamental de este negocio. Hoy no podría encontrar un puesto de trabajo en la CIA. No estoy cualificado. No tengo los conocimientos lingüísticos. ¿Sabe?, mis conocimientos lingüísticos eran las lenguas romances y tal. Pero hoy buscamos a arabistas. Probablemente no tengo el bagaje cultural. Y sin duda carezco de las habilidades técnicas».

[4] Declaración impresa de Goss, Comité Electo Permanente de la Cámara sobre inteligencia, 21 de junio de 2004.

[5] Declaración oficial de Tenet, Comisión del 11-S, 14 de abril de 2004.

[6] Entrevista de Ford con el autor.

[7] Entrevista de Hamre con el autor.

[8] Observaciones de Hart, Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, 3 de diciembre de 2004.

[9] Smith, citado en *CIA Support Functions: Organization and Accompli shments of the DDA-DDS Group, 1953-1956*, vol. 2, cap. 3, p. 128, Director of Central Intelligence Historical Services, desclasificado el 6 de marzo de 2001, CIA/CREST.

[10] Testimonio de Goss, comité de inteligencia del Senado, 14 de septiembre de 2004.

[11] Transcripción de Goss, CIA Office of Public Affairs, 24 de septiembre de 2004, desclasificado en julio de 2005.

[12] En el plazo de unos meses, Goss, que prefería no tener que trabajar cinco días a la semana, se quejaba de que estaba agotado: «Los trabajos que me han pedido que haga, las cinco responsabilidades que tengo, son demasiado para este mortal», diría el 2 de marzo de 2005, en unas observaciones que se conservan en la Ronald Reagan Presidential Library.

[13] Goss despachó al número dos, el subdirector de la central de inteligencia John McLaughlin; al número tres, el director ejecutivo Buzzy Krongard; al jefe y al subjefe del servicio clandestino, Stephen Kappes y Michael Sulick; al jefe de análisis de inteligencia, Jami Miscik; al jefe del centro de lucha antiterrorista, Robert Greiner, y a los barones que dirigían operaciones en Europa, Oriente Próximo y Asia. En total, Goss se deshizo de tres docenas de altos cargos de la CIA en cuestión de meses.

[14] Nacido en Londres en 1939, hijo de un magnate del transporte griego, Negroponte había ido a Yale con Goss, pero luego se había decantado hacia el Departamento de Estado en lugar de la CIA. Tras un viaje a Saigón, aterrizó en la dirección del Consejo de Seguridad Nacional de Henry Kissinger, a cargo de la cartera de Vietnam. Había sido embajador de Reagan en Honduras, donde trabajó en estrecha colaboración con la CIA y con el brutal ejército hondureño. Negroponte fue director de inteligencia nacional durante diecinueve meses antes de renunciar para pasar a ocupar el puesto número dos en el Departamento de Estado. Dejó tras de sí visibles progresos.

[15] Joan A. Dempsey, «The Limitations of Recent Intelligence Reforms», seminario de Harvard, Programa sobre Políticas de Recursos de Información, 23 de febrero de 2006. «Estamos librando la última guerra», decía Dempsey. Los hombres y mujeres de la inteligencia estadounidense «hacen un gran esfuerzo tratando de producir lo que se espera de ellos, pero, en mi opinión, simplemente no disponen de unas competencias a su alrededor que realmente les permitan tener éxito».

[16] Entrevista de Fingar con el autor.

[17] *Commission on the Intelligence Capabilities of the United States Regarding Weapons of Mass Destruction*, 31 de marzo de 2005.

[18] Entrevista de Goss con Mark K. Matthews, *Orlando Sentinel*, 8 de septiembre de 2006.

[19] *EE.UU. contra Kyle Dustin Foggo*, Tribunal de Distrito de Estados Unidos, San Diego, 13 de febrero de 2007.

[20] *EE.UU. contra David Passaro*, Tribunal de Distrito de Estados Unidos, Raleigh, Carolina del Norte, 13 de febrero de 2007.

[21] En 2003, durante los meses del suplicio de Arar, el presidente Bush señaló de pasada que los gobernantes de Siria habían dejado «un legado de torturas» a su pueblo.

[22] Entrevista de Helms con el autor.

Epílogo

[1] Carta de Powell al senador John McCain, 13 de septiembre de 2006.

[2] P. X. Kelley y Robert F. Turner, «War Crimes and the White House», *Washington Post*, 26 de julio de 2007.

[3] Discurso de Hayden, Consejo de Relaciones Exteriores, 7 de septiembre de 2007.

[4] Entrevista de Kiriakou, *ABC News*, 10 de diciembre de 2007.

[5] Entrevista de Powell con Walter Isaacson, *GQ*, disponible online en: http://www.men.style.com/gq/features/full?id=content_5900&pageNum=3, 11 de septiembre de 2007.

[6] Testimonio de Hutchings, comité de inteligencia de la Cámara, 6 de diciembre de 2007.

[7] *Ibid.*

[*] Conviene precisar aquí que el término inglés *intelligence* no tiene exactamente las mismas acepciones que el español «inteligencia». Uno de los significados de *intelligence* es el de «información de valor político o militar» (Oxford) o «información relativa a un enemigo o posible enemigo» (Merriam-Webster), mientras que ningún diccionario registra una acepción equivalente para el español «inteligencia», lo que obligaría quizá a traducir *intelligence* simplemente por «información» o, tal vez, «información secreta», términos que no reflejan fielmente el significado del original. Sí existe, en cambio, paralelismo entre la acepción inglesa de «grupo de personas empleadas en la obtención de información de valor político o militar» (Oxford) u «organismo encargado de obtener tal información» (Merriam-Webster) y la española de «organización encargada del espionaje y el contraespionaje de un estado o nación» (Vox), lo que nos permite hablar, por ejemplo, del «servicio de inteligencia», la «inteligencia militar», etc. En cualquier caso, no obstante, y para mantener la coherencia del texto, traduciremos aquí sistemáticamente la primera acepción de *intelligence* por «información de inteligencia». (*N. del T.*)

[*] Coloquialmente, la expresión *dead cat* (lit. «gato muerto») significa «crítica feroz o violenta». (*N. del T.*)

[*] Del estribillo del célebre himno *Rule Britannia*: «*Rule, Britannia!, Britannia, rule the waves: / Britons never never never shall be slaves*»: «¡Gobierna, Britania! Britania, gobierna los mares: / los ingleses jamás, jamás, jamás serán esclavos». (*N. del T.*)

[*] Nombre con el que se conocía el campo de prisioneros de Hoa Lao, donde el ejército vietnamita mantuvo presos a numerosos soldados estadounidenses capturados en combate; actualmente es un museo. (*N. del T.*)

[*] En español en el original. (*N. del T.*)

[*] Se trata de un juego de palabras intraducible con el término inglés *goslings*, que significa ‘ansarinos’, y el apellido Goss. (*N. del T.*)



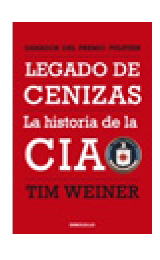
[*] En el original *Ozzard of Wiz*, anagrama de *Wizard of Oz*, ‘Mago de Oz’. (*N. del T.*)

[*] Esa es aproximadamente la pronunciación del término inglés *louse*, ‘piojo’. (*N. del T.*)

[*] La expresión «pequeño temblor en Chile» se utilizaba para aludir a un tema de escasa importancia, y provenía de un concurso realizado en la década de 1930 entre un grupo de periodistas británicos para ver quién ideaba el titular más insulso. El vencedor fue un periodista del londinense *Times*, con el mencionado titular: «*Small earthquake in Chile. Not many dead*». (*N. del T.*)

[*] Esta expresión alude irónicamente a otra, la del «gran padre blanco», referida a la actitud paternalista de los colonialistas europeos frente a los pueblos colonizados. (*N. del T.*)

La primera historia completa de la CIA.



Durante los últimos sesenta años, la CIA ha conseguido mantener una excelente reputación a pesar de su terrible trayectoria, escondiendo sus errores en archivos de alto secreto. Ahora, Tim Weiner, ganador del Pulitzer por sus trabajos periodísticos sobre los servicios secretos estadounidenses, nos ofrece la historia definitiva de la CIA.

A partir de más de cincuenta mil documentos y cientos de entrevistas, *Legado de cenizas* reconstruye la apasionante historia de la agencia secreta más famosa y temida del mundo, desde su creación tras la Segunda Guerra Mundial hasta el colapso del 11 de septiembre. Una obra fundamental para entender la segunda mitad del siglo XX.

** Ganador del National Book Award de no ficción.

** Mejor libro de historia de 2007 para *Los Angeles Times.*

** Finalista del National Book Critics Circle Award de no ficción

«Sin este Legado de cenizas no se puede entender el siglo XX; seguramente, tampoco el siglo XXI.»

El País

«El relato trepidante y documentado de una realidad que supera a cualquier ficción.»

«El relato trepidante y documentado de una realidad que supera a cualquier ficción.»

«Realmente extraordinario, el mejor libro que se ha escrito nunca sobre espionaje.»

The Wall Street Journal

«Magistral, un trabajo brillante.»

«Magistral, un trabajo brillante.»

«Apasionante, no deja cabos sueltos.»

The New York Times

«Un triunfo tanto del periodismo como de la historia.»

Washington Post

Tim Weiner es reportero de *The New York Times* y obtuvo el Premio Pulitzer por su trabajo sobre programas secretos para la seguridad nacional. Lleva veinte años cubriendo la actualidad de inteligencia en Estados Unidos, y de terrorismo en Afganistán, Pakistán y Sudán entre otros países. Conoce de primera mano las operaciones secretas de la CIA, que plasmó en su best seller internacional *Legado de cenizas*. *La historia de la CIA* por el que recibió numerosos premios como el National Book Award de no ficción y el premio de *Los Angeles Times* al Mejor Libro de Historia de 2007; fue finalista del National Book Critics Circle Award de no ficción, y figuró en las listas de los mejores libros del año de las principales publicaciones de Estados Unidos.

Título original: *Legacy of Ashes*

Edición en formato digital: julio de 2019

Adaptación de la portada original de Pracherdesigns: Penguin Random House Grupo Editorial

ISBN: 978-84-663-5173-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com



Índice